ESPASA

Dirigido por Juan Gil

La ocasión la pintan calva

300 HISTORIAS
DE DICHOS
Y EXPRESIONES

Índice

Portada

Prólogo

Nota editorial

COMO EL PERRO Y EL GATO

- a matacaballo
- atar los perros con longanizas
- buscar tres pies al gato
- canto del cisne
- cargar con el mochuelo
- con la mosca detrás de la oreja
- cuatro gatos
- dar gato por liebre
- edad del pavo
- el chocolate del loro
- estar hecho unos zorros
- haber gato encerrado
- hablar por boca de ganso
- la gallina de los huevos de oro
- la madre del cordero
- lágrimas de cocodrilo
- llevarse el gato al agua
- matar el gusanillo
- menos lobos
- mezclar churras con merinas
- no ser moco de pavo
- oveja negra
- pagar el pato
- pensar en las musarañas
- poner el cascabel al gato
- por si las moscas
- salir rana
- verle las orejas al lobo

DE LO QUE SE COME SE CRÍA

a la vuelta lo venden tinto
arrimar el ascua a su sardina
con su pan se lo coma
confundir la velocidad con el tocino
cortar el bacalao
dar sopas con honda
dársela a alguien con queso
de higos a brevas
descubrirse el pastel
échale guindas al pavo
el que asó la manteca
entrar (o meterse) en harina
hacer el caldo gordo
hay más días que longanizas
los experimentos, con gaseosa
mala uva
miel sobre hojuelas
mucho ruido y pocas nueces
¡naranjas de la China!
no comerse una rosca
pelar la pava
que le den morcilla
que si quieres arroz, Catalina
quedar en agua de borrajas
ser habas contadas
sopa boba

EL MUNDO ES UN PAÑUELO

a la luna de Valencia
armarse la de San Quintín
cabeza de turco
de la ceca a la meca
despedirse a la francesa
discusiones bizantinas
entre Pinto y Valdemoro
estar en babia
gota malaya
haber moros en la costa
hacer el indio
hacerse el sueco
noche toledana
poner una pica en Flandes
por los cerros de Úbeda
quien fue a Sevilla perdió su silla

salga el sol por Antequera
tirios y troyanos
tomar las de Villadiego
valer un potosí

CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

a santo de qué
acabar como el rosario de la aurora
adelante con los faroles
chivo expiatorio
como alma que lleva el diablo
comulgar con ruedas de molino
cosa del otro jueves
dar vela en este entierro
de Pascuas a Ramos
donde Cristo dio las tres voces
el séptimo cielo
estar en capilla
estar en misa y repicando
hacer la pascua
írsele a alguien el santo al cielo
la de Dios es Cristo
llamar a capítulo
llegar y besar el santo
no estar *encontrarse* andar muy católico
otro gallo le cantara
para más / mayor inri
perder el oremus
quedarse para vestir santos
sapos y culebras
ser un vivalavirgen

¡VAYA TROPA!

a mí, plin
abrir la caja de Pandora
armarse la marimorena
baile de san Vito
como Pedro por su casa
espada de Damocles
Juan Lanas
la casa de tócame Roque
la purga de Benito
las cuentas del Gran Capitán
más feo que Picio
más moral que el Alcoyano

más tonto que Abundio
ni el Tato
nudo gordiano
pasar las de Caín
saber más que Lepe
si sale con barba(s), san Antón
talón de Aquiles
tener más cuento que Calleja
tiempos de Maricastaña
una y no más, santo Tomás

EL OFICIO QUITA EL VICIO

a ojo de buen cubero
batirse el cobre
dar un cuarto al pregonero
decir las verdades del barquero
el cuento de la lechera
la fe del carbonero
pendón desorejado
piedra de toque
ser cocinero antes que fraile
sota, caballo y rey
tomar por el pito del sereno

DE LA MODA, LO QUE TE ACOMODA

a buenas horas, mangas verdes
andar de capa caída
cambiar de chaqueta
como / (hecho) un pincel
de gorra
de punta en blanco
de tiros largos
defender a capa y espada
hacer de su capa un sayo
meterse en camisa de once varas
no doler prendas
poner como chupa de dómine
ponerse las botas
tirar de la manta
tirar la toalla
zurrar la badana

A MI MANERA

a brazo partido
a carta cabal

a la bartola
a la chita callando
a la pata la llana
a la virulé
a machamartillo
a palo seco
a pie(s) juntillas
a trancas y barrancas
a troche y moche
al pie de la letra
al (buen) tuntún

CON LA MÚSICA (Y LA ESCENA) A OTRA PARTE

dar el do de pecho
el año de la polca
hacer luz de gas
hacer mutis por el foro
no dejar títere con cabeza
poner en solfa
sonar la flauta
templar gaitas
tener bemoles

VIENTO EN POPA A TODA VELA

a todo trapo
cada palo que aguante su vela
cantos de sirena
cerrarse en banda
de pacotilla
patente de corso
quemar las naves

LO QUE HAN DE COMER LOS GUSANOS…

con el pie derecho
con la boca pequeña
con un palmo de narices
darse con un canto en los dientes
de bigote(s)
de perilla(s)
la niña de mis ojos
meter en cintura
nacer de pie
pelillos a la mar
poner pies en polvorosa

LOS TOROS, DESDE LA BARRERA

agarrar el toro por los cuernos
apretarse los machos
brindis al sol
hasta la bandera
ponerse el mundo por montera
saltarse algo a la torera

¿CIENCIAS O LETRAS?

de tres al cuarto
erre que erre
gramática parda
hablar en plata
llámalo hache
mantenerse en sus trece
más chulo que un ocho
poner los puntos sobre las íes

ARDOR GUERRERO

andar a la greña
caballo de batalla
carne de cañón
con cajas destempladas
dejar en la estacada
echar su cuarto a espadas
mandar a la porra
morder el polvo
oído al parche
puñalada trapera

A LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN, CHITÓN

a beneficio de inventario
abogado del diablo
en la picota
en tela de juicio
estar a la cuarta pregunta
oler a cuerno quemado
poner la mano en el fuego por alguien o algo

PODEROSO CABALLERO ES DON DINERO

a tocateja
aflojar la mosca
echar / tirar la casa por la ventana
el oro y el moro

en la inopia
fondo de reptiles
hacer el agosto
lo que vale un peine
sin blanca

COMO EN BOTICA

alma de cántaro
bailar el agua
bajar los humos
beber los vientos
brillar por su ausencia
caer chuzos de punta
caérsele a alguien los palos del sombrajo
dar el pego
de bóbilis, bóbilis
de buten
dorar la píldora
dormirse en los laureles
el parto de los montes
el quinto pino
en olor de multitud(es)
estar a la que salta
fiera corrupia
hacerle la cama a alguien
ir / andar de picos pardos
la ocasión la pintan calva
llamarse andana
no haber tutía
pegar la hebra
poner los cuernos
por arte de birlibirloque
salir del armario
ser la caraba
sin decir oxte ni moxte
tener la negra
tirar / echar los tejos
traer / llevar por la calle de la amargura
vérsele el plumero

QUANDOQUE BONUS DORMITAT HOMERUS

ab ouo
álea iacta est
amícus Plato
Árcades ambo

beátus ille
carpe diem
coram pópulo, coramvobis
deus ex máchina
ecce homo
et cétera
ex ungue leónem
festína lente
gaudeámus
hic Rhodus, hic salta
in púribus
ínter nos
ínter pócula
Minerva
moritúri te salútant
ne sútor ultra crépidam
nosce te ipsum
per áccidens
por fas o por nefas
pro domo sua
Quos ego
rara avis
réspice
rudis indigestáque moles
sesquipedália uerba
sunt lácrimae rerum
suum cuique
tu quoque
urbi et orbi
Vade retro
Vae uictis
Vánitas uanitátum
velis nolis
vía crucis
víribus et armis
volavérunt

Bibliografía básica

Autores y textos citados

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Prólogo [1]

El interés por los refranes (*paroimíai* en griego, *prouerbia* , *ad ā gia* o *prouerbia* en latín) comenzó —¡cómo no!— en Grecia. Aristóteles consagró un libro a los proverbios, que también fueron estudiados por su discípulo Teofrastro, Clearco —otro peripatético—, el estoico Crisipo, etc., y gramáticos como Aristófanes de Bizancio y Dídimo, entre otros. De su labor dan fe colecciones de paremias como las realizadas por Zenobio y Diogeniano (s. II d. C.) en la Antigüedad clásica y, ya en la Edad Media, las llevadas a cabo por Gregorio de Chipre (s. XIII), Macario Crisocéfalo (s. XV) y Miguel Apostolio, obispo de Monembasia (s. XV).

En latín no existió la misma curiosidad por el tema, aunque Apuleyo escribió un libro sobre los refranes y en la Antigüedad tardía se recogieron acertijos, glosados en verso. El estudio científico de los refranes se inició con Erasmo (1466-1536), el educador de Europa, quien, además de escritor incansable, fue un gigantesco colector de proverbios: más de 4000 reunió en sus *Adagia* , publicados una y otra vez en el siglo XVI . Esta obra pasmosa puso otra vez de moda el estudio de los proverbios, en los cuales se quiso ver, siguiendo a Aristóteles, restos de una filosofía antigua, ya perdida, que se había salvado del cataclismo gracias a su brevedad y agudeza. En nuestra patria fueron los gramáticos los que hicieron con más empeño colecciones de refranes (Hernán Nuñez, Alonso de Barros, Gonzalo Correas), aunque nunca se perdió de vista su trasfondo moral; el título que dio Juan de Mal-lara a uno de sus libros dedicado a este tema lo dice todo: *Filosofía vulgar* .

Ni los paremiógrafos antiguos ni Erasmo distinguieron bien entre refrán y dicho. No es tarea fácil, reconozcámoslo, trazar la línea divisoria entre uno y otro. La propia Academia ha variado en sus definiciones con el paso del tiempo. Veamos lo que dijo en el primer y en el último diccionario: *Dicho* (1732): «Expresión que en una o en pocas palabras incluye algún concepto o sentencia». (2015): «Ocurrencia chistosa y oportuna».

Refrán (1737): «El dicho agudo y sentencioso, que viene de unos en otros, y sirve para moralizar lo que se dice o escribe».

(2015): «Dicho agudo y sentencioso de uso común».

En estas palabras suena todavía la definición de Erasmo: «El proverbio es un dicho muy usado, que destaca por alguna aguda novedad» (*paroemia est celebre dictum, scita quapiam nouitate insigne*).

Me parece que, en ambos puntos, estuvo más acertado el criterio de los académicos del s. XVIII , los padres fundadores. En efecto, el refrán se distingue por tener una forma fija (eso quiere decir «que viene de unos en otros»; no en vano está a menudo en verso o se busca una rima) y, sobre todo, por encerrar un mensaje moralizante, características ambas que faltan en la definición actual. El dicho también tiene una forma fija, pero carece de toda intención moralizadora.

Erasmo incluyó en sus *Adagia* infinidad de expresiones estereotipadas, asimismo desprovistas de moraleja, que la gramática moderna calificaría de «modismos». La Academia define hoy el término *modismo* ,inexistente en el s. XVIII , como una «expresión fija, privativa de una lengua, cuyo significado no se deduce de las palabras que lo forman», poniendo como ejemplo *a troche moche* . Quevedo, que más castellanamente llamó a los modismos «modos de decir» (*Pregmática que este año de 1600 se ordenó*), llegó a escribir una obrita hilvanando estas expresiones por puro placer, mas no sin cierta oculta ironía (*Cuento de cuentos*). Escojo un párrafo que contiene siete modismos, entre ellos el mencionado por la Academia: «Pues el diablo del mozuelo (que estaba más enamorado que otro tanto), como se vio señor del armandijo, no hacía más de a trochimochi escribirla billetes y más billetes; y ella, leer que leerás, a tontas y a locas». Un verdadero *tour de force* .

Pues bien, a mi juicio, los dichos, en su inmensa mayoría, se pueden encuadrar entre los modos de decir. Estos modos de decir, sin embargo, no son siempre privativos de una lengua determinada, pues muchos de ellos tienen manifiestamente un origen extranjero o son una simple traducción. Por ejemplo, la expresión *un mirlo blanco* , atestiguada solo en el s. XX ,parece venir del francés *un merle blanc* (en italiano se dice *un corvo bianco*). Más adelante daré otros casos muy claros de dichos que hunden sus raíces en la Antigüedad grecolatina y que tienen su exacto equivalente en todas las lenguas occidentales, como *canto de sirenas* , *chant de sirènes* , *canto delle sirene* , *siren song* , *Sirenen Gesang* .

Pero el dicho es algo más que un modismo. Una frase pronunciada por un personaje histórico a veces se graba de manera perenne en la memoria popular: así ocurrió con el *Delenda est Carthago,* ‘Cartago ha

de ser destruida', de Catón el Censor o el *Veni, uidi, uici,* 'Llegué, vi, vencí', de César (→ TU QUOQUE, VAE UICTIS). Recuérdese que ya Plutarco (s. II d. C.) se interesó por recopilar *apotegmas,* 'frases célebres', de los romanos y de los lacedemonios, dos pueblos guerreros y, por ello, de gran brevedad y contundencia en sus palabras.

Una sentencia breve (*nosce te ipsum*) o el título de una fábula (*el cuento de la lechera*)pueden ser también un dicho. «Proverbio es una sentencia sin autor», dijo el gramático latino Donato; y como «Frase, modismo o proverbio popular» entendió *dicho* el estupendo *Diccionario* de Seco y Andrés, una definición que juzgo plenamente aceptable si, en vez de «proverbio» —el refrán es otra cosa—, ponemos «sentencia».

A estas particularidades del dicho —fijación formal, brevedad y, en su caso, agudeza— se añade otro rasgo fundamental: su carácter popular, que lo hace especialmente adecuado a la conversación y, por tanto, a la literatura parenética (la fábula o la parábola). No extraña, en consecuencia, que se sirvieran de este recurso dos personajes a primera vista tan diferentes como Platón y Jesús.

Por último, el dicho, en tanto en cuanto expresión fija, tiende por naturaleza a la compresión. No es necesario enunciarlo en su totalidad: basta con decir *A buen entendedor…* para que todo el mundo entienda la intención del hablante.

Pero dejémonos de teorías y vayamos al grano. Ya Erasmo señaló que el origen de los dichos es muy diverso. Unos proceden de la jerga técnica de ocupaciones muy comunes, como la navegación (*a palo seco* , *ir viento en popa*), la guerra (*zafarrancho de combate* , *dejar en la estacada*), la caza (*estar a la que salta*), la ganadería (*mezclar churras con merinas*), la medicina (*dorar la píldora* , *la purga de Benito*), la política (*cambiar de chaqueta* , *fondo de reptiles*), la curtiduría (*zurrar la badana*) y hasta el toreo (*dar una larga cambiada* , *coger el toro por los cuernos*). Otros vienen de actividades de la vida cotidiana: la comida (*dar gato por liebre*) o los funerales (*dar vela en este entierro*). Estos surgen de gestos y ademanes que expresan una disposición del ánimo (*fruncir el entrecejo,* 'mostrar disgusto'); aquellos, de la percepción de los sentidos, tomada metafóricamente (*me huelo,* 'sé', *oír campanas y no saber dónde*).

No es raro que los dichos expresen cosas imposibles (*estar en misa y repicando*), necesarias (*mientras brille el sol*), absurdas (*pedir peras al olmo* , *confundir el tocino con la velocidad*) y contrarias (*mirlo blanco*).

A menudo, sigue enseñando Erasmo, el dicho se basa en una metáfora. Esta se produce por denominación (*otro Aristarco*), por comparación (*más forzudo que Hércules*), por semejanza (*como una leona*) y por epítetos (*voz estentórea*). A su vez, dentro de la

comparación la metáfora puede partir: i) de la propia cosa que se compara: *más pobre que la pobreza;* ii) de cosas parecidas: *más dulce que la miel* , *más negro que la pez;* iii) de personas o animales: *más parlanchín que una mujer* , *más lento que una tortuga;* iv) de los dioses paganos: *más casta que Diana* , *más hermosa que Venus ;*

v) de los personajes míticos: *más cruel que el cíclope* , *más loco que Orestes* , *más engañoso que Ulises* , *más elocuente que Néstor;* vi) de los personajes de la comedia: *más jactancioso que Trasón* , *más avaro que Euclión;* vii) de los personajes históricos: *más rico que Creso* , *más envidioso que Zoilo* , *más severo que Catón;* viii) de los pueblos: *más pérfido que un cartaginés* , *más muelle que un sibarita;* ix) de los oficios y cargos: *más perjuro que un alcahuete* , *más violento que un tirano* .

A esta completa disección temática hecha por Erasmo solo le falta que le añadamos una breve organización de los dichos de acuerdo con su estructura gramatical. Procedamos a ello muy brevemente.

En principio, los dichos pueden dividirse en dos grandes grupos: nominales y verbales. Los primeros (en construcción de sustantivo + sustantivo o sustantivo + adjetivo) encubren normalmente una misma realidad lingüística, dado que el genitivo (la construcción de pertenencia) y el adjetivo indican por regla general lo mismo: cabe sustituir *espada de Damocles* por *espada damoclea,* y *victoria pírrica* por *victoria de Pirro,* si bien en *ley draconiana* y *voz estentórea* el adjetivo no indica la identidad, sino la semejanza: 'ley parecida a las leyes de Dracón' o 'voz igual a la de Estentor'.

Vienen a continuación las frases nominales. Que eso es la expresión *ni una mosca* queda probado por su correspondencia en latín, que conocemos por una anécdota. En efecto, cuenta Suetonio (*Domiciano* , 3, 1) que Vibio Crispo, una vez que se le preguntó si estaba alguien con Domiciano, un emperador a quien gustaba matar moscas, replicó: *Ne musca quidem,* 'ni una mosca [hay]'.

Las locuciones verbales son muy variadas, por lo que no es posible entrar aquí en su casuística. Sí conviene señalar que, cuando se establece una comparación, el segundo miembro puede ser un sustantivo (un nombre propio o una expresión genérica) o una frase:
Ser más tonto que
Abundio, Perico el de los palotes, Pichote, etc.
el bobo de Coria
el que asó la manteca

Las expresiones que funcionan como un complemento no se pueden

emplear sin verbo. En efecto, *a manos llenas* y *a cántaros* equivalen en latín a un ablativo instrumental (*manibus plenis*)y a un adverbio (*urceatim*), respectivamente; en una y otra lengua se usan con verbos que significan 'dar' o 'llover'.

Doy a continuación un pequeño elenco de dichos, tomados de la Antigüedad clásica o de la Biblia, que presento ordenados según la clasificación establecida más arriba.

Sustantivo + sustantivo. Antigüedad clásica: *caja de Pandora* , *canto de sirenas* , *canto del cisne* , *cuerno de la abundancia* , *espada de Damocles* , *lágrimas de cocodrilo* , *manzana de la discordia* , *parto de los montes* , *talón de Aquiles* .

Sustantivo + adjetivo. Antigüedad clásica: *calendas griegas* , *ley draconiana* , *nudo gordiano* , *paz octaviana* , *risa sardónica* , *victoria pírrica* , *voz estentórea* . ‖ Biblia: *trampa saducea* .

Frases nominales.Antigüedad clásica: *ni una gota* , *ni una huella* , *ni una mosca* , *ni mu* .

Locuciones verbales. Antigüedad clásica: *abrir la caja de Pandora* , *caerse el alma a los pies* , *cantar la palinodia* , *clamar al cielo* , *dar coces contra el aguijón* , *darse ínfulas* , *echar una filípica* , *estar en brazos de Morfeo* , *estar más callado que una estatua* , *no tener pies ni cabeza* , *pasar el Rubicón* , *pasar por las horcas Caudinas* , *prometer montes de oro* , *salir a la palestra* , *ser el rey Midas, ser un beocio, ser un caco, ser un mecenas, sonar la flauta* , *tirar la piedra y esconder la mano* . ‖Biblia: *armarse un toletole* , *clamar en el desierto* [no se refiere, como dice Alberto Buitrago, a los cuarenta días que Jesucristo hizo penitencia en el desierto, sino a la predicación de Juan el Bautista, equiparado por Mateo 3.3 a la «voz de quien clama en el desierto» de Isaías, 40.3], *echar margaritas a los cerdos* , *ir de Herodes a Pilatos* , *lavarse las manos* , *llorar como una magdalena* , *ser el chivo expiatorio, ser el sursuncorda, ser más falso que Judas, ser más malo que Caín, ser un adefesio, sin faltar una jota.*

Frases proverbiales. Antigüedad clásica: *aquí fue Troya* [quizá tomada de Virgilio, *Eneida,* III 11, mejor que de *Eneida,* II 325], *un clavo saca otro clavo* , *la ocasión la pintan calva* .

Expresiones de complemento. Antigüedad clásica: *a manos llenas* , *a cántaros* .

II

La inclusión de algunos dichos latinos en este libro no creo que requiera ni larga ni prolija justificación. En efecto, desde tiempo inmemorial el latín se introdujo en el habla común del pueblo. Así lo atestiguan los versos de Berceo, un poeta que escribió «en román paladino» y que, sin embargo, no hizo ascos a la inserción de frases latinas en sus maravillosas historias de santos; señal de que el pueblo las entendía, aunque fuera a medias.

El auge del Humanismo no hizo sino impulsar esa antigua tendencia. En tiempo de Cervantes ya se habían hecho castellanos compuestos cultos como *maremagnum* (*mare magnum,* 'gran mar', y, de ahí, 'muchedumbre confusa de personas o cosas'), *península* (*paene insula,* 'casi isla'), *turbamulta* (*turba multa,* 'gran muchedumbre') y *vademecum* (*vade mecum,* 'ven conmigo'). Después se incorporaron a nuestro léxico muchos compuestos más, normalmente venidos de fuera, como *exabrupto* (*ex abrupto,* 'de golpe', 'de repente'), *exvoto* ('a causa de un voto'), *facsímil* (*fac simile,* 'haz igual'), *factotum* (*fac totum,* 'haz todo'), *penumbra* (*paene umbra,* 'casi sombra'), *posdata* (*post data,* 'después de terminada [la carta]'), *sinecura* (*sine cura* , empleo 'sin preocupación'), *solideo* (*soli Deo,* 'solo para Dios'), *viceversa* (*uice uersa,* 'cambiada la vez'), *etc.* Hoy a pocos se les ocurriría pensar que son palabras latinas *álbum* ('lista' 'registro'), *alias* ('de otra manera'), *ego* ('yo'), *ómnibus* ('para todos'), *placebo* ('agradaré'), *quídam* ('cualquiera') y *superávit* ('sobró').

El Derecho, estudiado durante largo tiempo en la lengua del Lacio, ha suministrado un buen arsenal de latinismos. La formulación actual de la máxima *in dubio pro reo* —'en la duda, a favor del reo'— parece deberse al jurista milanés Egidio Bossi (1487-1546); pero su esencia data de muy antiguo, pues se remonta al Derecho romano: ya Gayo juzgó que debía gozar de más favor el demandado que el demandante (*Digesto* ,L 17, 125). Fuera como fuese, la doctrina de que, en igualdad de pruebas, no se puede condenar al inculpado fue cosa archisabida en el siglo XVI , sin necesidad de que viniera Bossi a enseñarla a los europeos. El buen Sancho Panza, haciendo de juez durante su mandato de gobernador, se acordó de un áureo precepto que le había dado don Quijote, y este era «que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese a la misericordia» (*Quijote* , II 51). De antiguo datan también frases archisabidas: *cui prodest?* ('¿a quién aprovecha?'), *fiat* ('hágase'), *in articulo mortis* ('en el momento de la muerte'), *non bis in idem* ('no dos veces contra lo mismo'), *summum ius, summa iniuria* ('sumo derecho, suma injusticia'), *testis unus, testis nullus* ('un solo testigo, ningún testigo'), *etc.* (→ SUUM CUIQUE).

De la Biblia o de la liturgia proceden expresiones muy comunes (→ ECCE HOMO, URBI ET ORBI, VÁNITAS UANITÁTUM). Las oraciones, rezadas

antes en latín, han dejado profunda huella en castellano; como que se las conoce todavía por su comienzo latino: *avemaría* ('[Dios te] salve, María'), *confiteor* ('confieso'), *credo* ('creo'), *salve* ('[Dios te] salve'). Igual ocurre con los himnos: *dies irae* ('el día de la ira [del Señor]'), *magnificat* ('exalta'), *tantum ergo* ('por tanto, tan gran [sacramento]'), *ueni creator* ('ven creador [Espíritu]'). Se hacen misas de *requiem* ('descanso', eufemismo por 'muerte') o se celebra un *tedeum* de gracias ('a ti, Dios, [alabamos]'). La inmensa sensación de culpabilidad que embarga al pecador cristiano no se puede expresar sino por medio de un rotundo *mea culpa* ('por mi culpa', palabras tomadas del *Confiteor*), una locución que se emplea, por haberse lexicalizado, con una falsa concordancia: «Entonó el *mea* [se esperaría *sua*] *culpa* ».El pecador arrepentido pide perdón *de profundis* ('desde el abismo [te llamé Señor]' [así comienza el salmo 129, 1], título de una confesión sobrecogedora de Oscar Wilde, escrita en la cárcel de Reading). La secular censura eclesiástica nos ha familiarizado con fórmulas como *nihil obstat,* 'nada empece [es decir, nada es contrario a la religión]', o *imprimatur,* 'imprímase'. La elección de Pontífice se anuncia con el jubiloso y proverbial *Habemus Papam* .

Hasta algunas siglas se han hecho populares gracias a la Iglesia o —en menor medida— a las cofradías: A. M. D. G. (*ad maiorem Dei gloriam* , 'a mayor gloria de Dios', el emblema de los jesuitas que dio título a una novela de Pérez de Ayala, muy crítica con la Compañía de Jesús), D. O. M. (*Deo optimo maximo,* 'A Dios, el mejor y el más poderoso'), I. N. R. I. (*Iesus Nazarenus rex Iudaeorum,* 'Jesús Nazareno rey de los judíos', la leyenda que se puso en la cruz), R. I. P. (*requiescat in pace,* 'descanse en paz') y S. P. Q. R. (*senatus populusque Romanus* , 'el senado y el pueblo romano'). También se abrevian de esta manera los nombres de las órdenes religiosas: O. F. M. (*Ordinis fratrum minorum,* 'de la Orden de los frailes menores'), O. P. (*Ordinis praedicatorum,* 'de la orden de los predicadores'), S. I. (*Societatis Iesu,* 'de la Compañía de Jesús'), *etc.*

En el Siglo de Oro todos quisieron alardear de sus conocimientos en la lengua del Lacio, hasta caer en extremos ridículos. Quevedo, en su *Disparatario* , registró las palabras que debería usar una mujer para hacerse culterana: «La riña llamará *palestra* , al espanto, *estupor* , *supinidades* las ignorancias»; por caldo sustancial tenía que decir *licor quiditativo* , por rebanadas de pan *planicies* y por ruido *estrépito* . Tanto fue así, que un perro filósofo como Berganza se permitió hacer una advertencia a los cultos latiniparlos: «También se puede decir una necedad en latín como en romance, y yo he visto letrados tontos, y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latín, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo no una, sino

muchas veces».

El correr del tiempo fue apagando esa pasión por la Antigüedad. Para colmo, a partir del siglo XVIII la aristocracia española abdicó de sus funciones y deberes como clase dirigente. En 1852 William Thackeray presentó como protagonista de su novela *Henry Esmond* a un noble inglés capaz de conversar en correcto latín [2] . Ninguno de los personajes que pululan por los *Episodios nacionales* de Galdós podría presumir de lo mismo, salvo el párroco don Celestino Santos del Malvar de *El 19 de marzo* y los seminaristas que chapurrean un latín macarrónico en *Un faccioso más y algunos curas menos* . Puede argüirse que Quintín García Roelas, un enamorado de Horacio, pretendió ser «un cerdo de la piara de Epicuro»; pero Quintín, que tiene algo de personaje de ópera, había estudiado ocho años en Eton (Pío Baroja, *La feria de los discretos* , cap. 5). Poco a poco, el conocimiento de la lengua del Lacio, en nuestra patria, acabó por convertirse en patrimonio casi exclusivo de la Iglesia, al igual que en el Medievo.

Con rezos en latín comenzaron y acabaron sus sesiones las Academias creadas en el siglo XVIII . Y, al parecer, con invocaciones en latín dio inicio a sus reuniones, una centuria después, la sociedad absolutista llamada «El Ángel Exterminador». En su novela *Los recursos de la astucia* , el incansable investigador de rarezas y curiosidades que fue don Pío Baroja nos ha transmitido el protocolo que se siguió en el juicio sumario hecho a un «traidor», el canónigo Sansirgue (Primera parte, 17). Al abrir la causa, los cinco jueces, enmascarados, pronunciaron, empezando por el presidente, sendas invocaciones: *Dominus regnat* (‘El Señor reina’), *Dominus imperat* (‘El Señor impera’), *Angelus vincet* (‘El Ángel vencerá’), *In gladio* (‘Con la espada’), *indignationis eius* (‘de su indignación’). Las frases están tomadas de una jaculatoria medieval: *Christus uincit, Christus regnat, Christus imperat* (‘Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera’). En cuanto al ángel exterminador, es una figura del Antiguo Testamento, recuperada en el *Apocalipsis* : David vio a un ángel que estaba entre el cielo y la tierra, con la espada desenvainada y la cara vuelta hacia Jerusalén, cuando ya habían muerto de peste setenta mil hombres (I Par. 21, 16). Ni que decir tiene que Sansirgue, un pájaro de cuidado, fue ahorcado sin contemplaciones; los realistas no se andaban con chiquitas.

De la apropiación paulatina de los estudios latinos por parte del clero hay abundantes testimonios en nuestra producción literaria, desde luego muy anteriores al fatídico 1936, un año todavía no bien sepultado en la memoria (¡con la falta que hace que sea enterrado de una vez!). Permítaseme que presente algunos ejemplos.

En las novelas románticas no es raro que algún personaje sea o se

haga pasar por religioso; en este último caso, la manera más fehaciente de probar que es verdadera su simulada identidad consiste en decir latines a troche y moche. Un caso de suplantación típica nos ofrece Larra en su única novela. Dos hombres, decididos a poner en libertad a Macías, prisionero del marqués de Villena, se presentan ante la fortaleza donde está aherrojado el doncel disfrazados de franciscanos. El alcaide, el malvado juglar Ferrus, no advierte su impostura y les da acogida en el castillo, restando importancia a su entrada: «Todo el peligro que podemos recelar de los santos varones…», comenta a un ballestero, «es que nos echen algún sermón en latín que no entendamos». Y efectivamente, uno de los falsos frailes no para de soltar frases tomadas de la misa o de la Biblia, aunque en un aparte confiesa a su compañero, en palabras que casi son versos: «Alguna palabra entiendo… de cada ciento que digo» [3] (*El doncel de don Enrique el Doliente* , cap. 34 y 35, respectivamente).

Del Medievo pasemos a otro Medievo de la modernidad. Una escena de las guerras carlistas, tan estrambótica como hilarante, describe Pío Baroja (*Los recursos de la astucia* , I, prólogo, 1). Sus protagonistas son Sancho, un cabecilla guerrillero apodado el Fraile de la Esperanza, y un cristino, Fermín Leguía, comandante del fuerte de Moya. «El Fraile envió a Leguía un oficio exhortándole a rendirse, con frases en latín, que creía le llegarían al alma. Leguía le contestó diciéndole que él no se rendía, y añadió que don Carlos era un babieca… y el latín, un idioma ridículo para quien no lo entendía». Como se ve, aún había entonces almas ingenuas convencidas de que podrían impresionar con latiguillos latinos a un militarote.

En cualquier caso, adobar su discurso con citas latinas fue, hasta hace muy poco tiempo, un rasgo característico de los hombres de la Iglesia. Así lo dice con su gracejo y desparpajo característicos Pío Baroja: «Dantchari hablaba en castellano con esa pedantería clásica de los curas y seminaristas, que creen indispensable, para mayor claridad, decir de cuando en cuando alguna palabra en latín entre personas que ignoran en absoluto este idioma» (*Zalacaín el aventurero* , II, cap. 4) [4] .

No solo los religiosos gustaron de mostrar su sabiduría soltando oportunamente frases en latín. También en ese vicio —o virtud, según se mire— incurrieron los laicos. Plagados de latines están los escritos de Galdós, uno de nuestros escritores más empapados de clasicismo. Tampoco es raro que Clarín, sobre todo en sus artículos periodísticos, deslice de cuando en cuando algún apotegma clásico, ya que un dicho de este porte proporciona la concisión y contundencia esperadas en el momento debido. Un ejemplo. Critica Clarín la poesía del argentino Calixto Oyuela, que ha tomado por modelo al laureado Quintana, y

concluye: «El Sr. Oyuela debe de admirar mucho a Quintana y su manera de decir y a otros vates españoles que siguen el estilo de Quintana. Y esto no lo paga Dios. *Intelligenti pauca* » (*Paliques* , 07/06/1892).Después del irónico «Y esto no lo paga Dios», el sobrio y lapidario *intelligenti pauca,* 'al inteligente pocas palabras [bastan]', viene a cerrar la frase con un broche de oro; el dicho encaja mucho mejor con el tono cáustico empleado que su correspondiente en castellano «a buen entendedor, pocas palabras bastan».

Pero no siempre, por desdicha, acude la cita a la memoria. Oigamos el irónico lamento que Pío Baroja atribuyó al conspirador paradigmático que fue don Eugenio de Avinareta (1792-1872): «Aquí vendría bien un latinajo sentencioso, de esos que expresan con gran elegancia una vulgaridad conocida por todos; pero yo no recuerdo ninguno… ni falta» (*El escuadrón del brigante* , I, Lamentación carcelera). En ayuda de esas personas olvidadizas se hicieron muy pronto colecciones de frases célebres. Uno de los primeros libros de esta clase publicados en nuestra patria fue el *Diccionario citador* de José Borrás (Barcelona, 1837), un libro que, traducido del inglés, suministró un arsenal de dichos en latín, inglés, francés e italiano a quien, como el grajo de la fábula, quisiera adornarse de plumas ajenas y fuese de flaca memoria.

Donde el uso del latín se conservó durante más tiempo fue en las inscripciones de los monumentos. Carlos III inundó de leyendas latinas sus nuevas construcciones en Madrid (ahí están para demostrarlo la Puerta de Alcalá o el Jardín Botánico). El pueblo madrileño expresó su amor a Fernando VII *reduci,* 'regresado' —¡nunca hubiera vuelto!—, en la Puerta del Rastro. Y hasta el general Franco, concluida la guerra civil, no se privó de erigir a su victoria un arco de triunfo a la entrada de la Ciudad Universitaria de Madrid. Pero aquí se echa de ver cómo en el bando de los vencedores flaqueaban ya los conocimientos latinos, pues se grabó un letrero un tanto frailuno: *aedis studiorum Matritensis florescit in conspectu Dei* . Con esta leyenda se quiso decir 'la casa de los estudios de Madrid [i. e., la Universidad] florece bajo la mirada de Dios', mas, en vez de 'casa', lo que se escribió en realidad fue 'templo' (*aedis* en singular significa 'santuario', y en plural, *aedes* ,'casa'); una cosa, «santuario de los estudios», que nuestra Universidad no era ni por pienso en los años cincuenta, por mucho que la bendijeran los obispos. Más inscripciones latinas se pusieron en otros edificios de la dictadura (por ejemplo, en la sede central del CSIC, en la calle Serrano), probablemente inspiradas y redactadas por algún sacerdote. La más célebre y divertida fue, sin duda, la que decoró uno de los muros de la catedral vieja de Salamanca, donde hasta hace muy pocos años se podía ver un víctor de Franco acompañado de dos

palabras, *Miles gloriosus* ,que, aunque parecen elogiar al 'soldado glorioso', significan realmente 'soldado fanfarrón': un dicho de pura cepa plautina. No sé quién fue el autor de tamaña sutileza; pero merecería un buen premio por su ingenio… o, si lo hizo de buena fe, por su incultura.

En conclusión, durante los primeros años de Franco pudo identificarse el cultivo del latín con la Iglesia y la dictadura; un binomio poco gratificante, después de que la guerra civil fuese calificada de «cruzada» por la jerarquía católica. Dichos latinos se ponen en boca de un anónimo «hombre vestido de riguroso negro», como cifra y paradigma de aquella época no menos negra (Luis Landero, *Juegos de la edad tardía*). Paradójicamente, uno de los primeros ministros del general, Pedro Sáinz Rodríguez, favoreció los estudios clásicos al hacer obligatoria la enseñanza del latín y del griego en el bachillerato; gracias a esa medida surgió la más brillante generación de helenistas que haya tenido jamás España. En los últimos años del franquismo cambiaron las tornas. Un ministro, «la sonrisa del régimen», llegó a preguntarse para qué servía el latín; y alguien, muy oportunamente, le contestó que para saber que los nacidos en Cabra, de donde era natural aquel prohombre tan risueño, se llamaban «egabrenses».

De 1976 acá ha llovido mucho. Siguiendo la tendencia marcada ya en Trento, el Concilio Vaticano II ha liberado su liturgia de las ataduras del latín. A su vez, las humanidades han sufrido un aparente naufragio, pues con la cultura se ha alzado otras profesiones que nada tienen que ver con los antiguos *studia humanitatis* . Con todo y con eso, el latín, libre ya de su relación con la Iglesia, sigue conservando todavía un cierto halo mágico, como si fuera la llave de un paraíso perdido lleno de secretos arcanos. La universidad (la *alma mater,* 'madre nutricia')otorga la calificación *cum laude* ('con alabanza')a una tesis bien hecha o concede a un sabio un doctorado *honoris causa* ('por honor'); el Gobierno da el *placet* ('me agrada') a la propuesta de embajadores; un pleito no sustanciado está *sub iudice* ('bajo el juez'); en la jerga editorial se utilizan vocablos como *addenda et corrigenda* ('adiciones y correcciones'), *cf.* (*confer,* 'compara'), *ibidem* ('en el mismo lugar'), *passim* ('en todas partes') y *sic* ('así'); el médico nos habla del *delirium tremens* ('delirio tembloroso'), del *rigor mortis* ('rigidez de la muerte') o del *cólico miserere* ('[Señor,] apiádate'), cuando no nos aturde con diagnósticos tomados del griego; un jurado da un *accessit* ('se aproximó') a una obra notable pero que no es la mejor de las presentadas al concurso; hay algún pesado que sigue hablando *ex cathedra* ('desde la cátedra'); y algunas veces, los que compiten en un deporte llegan *ex aequo* ('igualados'). Hasta en

expresiones populares muy recientes aparece el latinismo: «Tiene un *ego* que se lo pisa».

Además, desde hace algún tiempo, gracias al inglés se están incorporando al español nuevos términos latinizantes. El problema surge cuando a estos anglicismos —llamémoslos por su verdadero nombre— se les tiene que dar un plural. Hay personas que hablan de *curricula* (los méritos) y de *referenda* (los plebiscitos), una terminación correcta que suena un tanto redicha; otros prefieren decir *referendos* y *currículos* , lo que estaría de perlas si el singular fuera siempre *referendo* y *currículo* (pero ¿qué hacemos entonces de *vitae* ?).La misma duda plantea el plural de *campus* (ciudad universitaria): a nadie se le ocurriría decir *campi* (el plural latino), y normalmente se trampea recurriendo a *campos* , a un invariable *campus* o a un horrible *cámpuses* . En un aprieto parecido nos pone *sponsor:* el plural esperado sería *sponsóres* , si bien entonces cambiaría el acento con el número, una anomalía rara pero tampoco desconocida en español (*cf. carácter* , *caractéres*). Y, en fin, ¿para qué hablar de *la parafernalia* , un híbrido grecolatino (‘los bienes extradotales’: del griego *parà,* ‘fuera de’, *pherné,* ‘dote’, y el sufijo latino - *ā lis*)? Cuando menos, convendría devolver la horrenda palabreja a su antiguo género, el plural neutro, un plural al que nosotros, en nuestra ingenua ignorancia, hemos aplicado la regla de «todo lo que acaba en *a* es singular y femenino»; y punto.

No para aquí el influjo foráneo. Gracias al derecho anglosajón se ha implantado la exigencia del *hábeas corpus,* ‘tengas el cuerpo’; algunos hablan ya del *affidavit* (‘certificó’). También nos llegó en buena hora la *ratio* (‘proporción’), aunque vestida de pantalones por la incultura de nuestros economistas. El inglés, en suma, está imponiendo nuevas siglas latinas, como *a. m.* y *p. m.* (*ante* y *post meridiem,* ‘antes’ y ‘después del mediodía’), e incluso ha hecho cambiar de sentido una palabra: *uersus,* ‘hacia’, significa ‘contra’ en la nueva latinidad. Prodigios del imperio. Claro es que la reina de Inglaterra, con cierto sentido del humor, supo alterar el dicho *annus mirabilis* en *annus horribilis* , cuando las desgracias se sucedieron sobre su corona; dudo mucho de que nuestros gobernantes hubiesen sido capaces de jugar de la misma manera con una expresión latina. Pronto en vez de ‘salida’ diremos *exit* (‘sale’), en correspondencia con el plantón tan brutal como inesperado del *Brexit* (*Br-itannia exit,* ‘Gran Bretaña sale’).

En resumidas cuentas, por muy diversas razones el latín sigue teniendo *glamour* . Y mucho. Las páginas de nuestros periódicos todavía nos brindan estupendos neologismos latinizantes. Abro uno de ellos, y me deja sobresaltado que un docto artículo verse sobre «las narraciones circadianas, es decir, las que “transcurren” en un solo día»

(*Babelia* 1.283, 15). *Circadiano* no existe en latín; es un término usado sobre todo por los psicólogos y acuñado por Franz Halberg (1919-2013), un «cronobiólogo» (otro neologismo inventado *ad hoc*). La formación es correcta (*cf. cotidiana*), pero derivada de un *circa* que en inglés se emplea como equivalente a 'en torno a' para indicar que una fecha es poco segura (los más viejos recordarán el estupendo catálogo *Circa 1492* , editado por la Smithsonian Institution con motivo de su no menos memorable exposición dedicada al Quinto Centenario del «encontronazo» nada casual con América). Entonces ¿quién ha dicho que el latín es una lengua muerta? A quien afirme tal cosa, bien se le podría responder aquello de «Los muertos que vos matáis gozan de buena salud». Se trata de una salud algo macarrónica, a decir verdad, pero salud, al fin y al cabo.

JUAN GIL
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Nota editorial

El objetivo único de este libro es acercar al lector curioso, de forma amena y sencilla, pero con cierto rigor, al mundo del origen y usos de 300 dichos y expresiones. La selección se ha realizado teniendo en cuenta la expresividad, el ingenio y la historia interesante que ha originado su uso. Se incluyen, además, cuarenta expresiones latinas que han pervivido más o menos modificadas hasta nuestros días.

Para la documentación de las voces se ha procurado buscar ejemplos de las primeras y últimas manifestaciones escritas de cada dicho o expresión, pero sin que ello nos privase de incluir textos de los autores clásicos de la literatura española y otros que ilustran, e incluso amenizan, la trayectoria del término. No se incluye necesariamente, por tanto, la primera manifestación documentada de la palabra en cuestión.

Los ejemplos están tomados de los corpus académicos (CORDE, CREA, CORPES XXI). Se ha pretendido que los textos sean fácilmente comprensibles por los lectores actuales, para lo cual se ha llevado a cabo una actualización de la ortografía de los más antiguos y de aquellos que, por la época de su publicación, presentaban alguna peculiaridad ortográfica.

El criterio general de selección de las imágenes atiende a ilustrar aquellos casos donde una imagen ayuda a entender la procedencia, trayectoria o significados de la palabra, sin renunciar a algunas meramente ilustrativas.

Los 300 dichos y expresiones se han ordenado alfabéticamente —teniendo en cuenta las partículas— agrupados en bloques temáticos. Para facilitar al lector su localización, se incorpora al final de la obra un índice de sustantivos.

En el último bloque, Juan Gil ha seleccionado cuarenta dichos latinos que ilustran la pervivencia de esa cultura a lo largo de nuestra literatura.

Como el perro y el gato

a matacaballo

Hacer algo *a matacaballo* es hacerlo ‘precipitadamente, muy deprisa’. En este caso la expresión es transparente. Y más aún si se opta por la forma más tradicional, *a mata caballo,* también aceptada por la Real Academia y presente en su diccionario desde la quinta edición, de 1817, aunque usada al menos desde el siglo XVI , como se documenta, por ejemplo, en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* de Bernal Díaz del Castillo. Y es que los caballos, pese a su fuerza y velocidad, son animales particularmente delicados, y no es infrecuente que mueran por sobreesfuerzo o agotamiento. Tal es su grado de nobleza.

La veneración que han despertado estos equinos en el ser humano desde época prehistórica es notoria. Así, el caballo (del latín *caballus,* ‘caballo de carga’; el nombre latino para el caballo de monta es *equus*) es el animal más representado en la iconografía del arte paleolítico. Su domesticación, sin embargo, no se produjo hasta mucho después, en torno a 3500 a. C. en las estepas de Asia central, más concretamente en Kazajistán. Fue precisamente este hecho el que permitió la rápida expansión de los pueblos indoeuropeos. El caballo se convirtió en poderosa arma de guerra. La imagen de Alejandro Magno, por ejemplo, está asociada a la de Bucéfalo, probablemente el corcel más célebre de la historia, que fue homenajeado por su dueño dando su nombre a una ciudad: Alejandría Bucéfala. Aún más lejos llegó el emperador romano Calígula, quien, en su delirio, hizo nombrar a su caballo, Incitato, a quien construyó su propio palacio, miembro del colegio sacerdotal y cónsul.

La literatura ha ensalzado también la figura del noble bruto. Basta pensar, en suelo patrio, en Babieca, la montura del Cid Campeador, o, en sentido bien distinto, en Rocinante, el humilde penco de don Quijote. Este último, por cierto, nos acerca a la otra realidad del caballo. No hace falta ir muy lejos para atestiguarla: así, por ejemplo, son bien conocidas las cifras de los que fallecen cada año en la célebre romería del Rocío. Y eso que el camino no se recorre precisamente a matacaballo.

FRANCISCO DELICADO

¿Quién son aquellos que me miraron? Para ellos es el mundo, ¡y lóbregos de

aquellos que van a pie, que van sudando! Y las mulas van **a matacaballo,** y sus mujeres llevan a las ancas!

La lozana andaluza , 1528.

FERNANDO CHUECA GOITIA

El auge de Madrid como capital de un Imperio —el más importante de la Tierra en su época— coincidió con el de la circulación rodada, y, por lo tanto, en la modesta villa carpetana, desarrollada luego **a matacaballo** […].

El semblante de Madrid , 1951.

atar los perros con longanizas

Atar a un perro con longanizas se interpreta como un signo de especial abundancia y esplendidez. Y tal es el significado de la locución, que, no obstante, se usa casi siempre en sentido irónico, porque, aunque cualquier can estaría encantado con semejante idea, no deja de ser una ocurrencia que pondría en cuestión el buen juicio de su amo. La longaniza (del latín vulgar *lucanicia,* influido por la voz latina *longus* , 'largo') es un embutido de forma estrecha y alargada, elaborado con carne de cerdo picada y adobada. Al parecer, su antecedente se encuentra en Lucania —de ahí su nombre—, región del sur de Italia que se correspondería aproximadamente con la actual Basilicata.

Se ha situado el origen del dicho, que se recoge por vez primera en el diccionario académico en su quinta edición, de 1817, en Candelario, un bello pueblo serrano de Salamanca con gran tradición charcutera. Según esta teoría, el responsable de la ocurrencia fue don Constantino Rico, a la sazón fabricante de embutidos, o uno de sus trabajadores, quien no hallando a mano nada mejor para amarrar a un perro que andaba merodeando por el taller, decidió emplear para ello una ristra de longanizas. La noticia, lógicamente, habría corrido después como la pólvora entre los vecinos de Candelario, que no podían sino ponderar la opulencia del tío Rico. La cosa, sin embargo, es harto difícil de creer y, dado que la anécdota se sitúa a principios del siglo XIX , las fechas no acaban de coincidir (la expresión se utiliza ya en la centuria anterior). No obstante, y aunque bien podríamos decir eso de «a otro perro con ese hueso», no seremos nosotros quienes hagamos de ello un caballo de batalla.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Ved aquí en qué paran las glorias y altezas de este mundo, y qué pendiente hubo de recorrer la tal señora, rodando hacia la profunda miseria, desde que **ataba los perros con longaniza,** por los años 59 y 60, hasta que la encontramos viviendo inconscientemente de limosna […].

Misericordia, 1897.

JUAN J. GUIBELALDE (ENTREVISTA)

—¿En el mundo empresarial **se atan los perros con longaniza?**
—Lo fácil por desgracia no existe en el mundo de la empresa competitiva.

Cambio 16 , 22/01/1990.

buscar tres pies al gato

En este negociado es inevitable buscarle tres pies al gato, es decir, enredarse en complicaciones aparentemente inútiles y a veces carentes de fundamento. De hecho, esta es una buena oportunidad para ello, porque lo de los tres pies del gato es un asunto controvertido. Y es que, puestos a buscar imposibles, ¿por qué no cinco pies? Cinco dice que eran Covarrubias en su *Tesoro* (1611), donde el modismo se define así: «Se dice de los que con sofisterías y embustes nos quieren hacer entender lo imposible; nació de que uno quiso probar que la cola del gato era pie». Vista desde este punto de vista, la cosa tendría algo más de sentido.

Cinco dice también Gonzalo Correas que eran en su *Vocabulario de refranes* (1627). Y la verdad es que a lo largo de todo el siglo XVI se documenta muy mayoritariamente esta versión, de modo que es más que probable que se produjera una «corrupción», como señala José María Iribarren. Ahora bien, si esta tuvo lugar fue muy tempranamente, porque desde principios del XVII se emplea ya con normalidad la locución actual. Hasta el punto de que el propio Cervantes la recoge en el *Quijote: «* Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante y enderécese ese bacín que trae en la cabeza y no ande buscando tres pies al gato». Hay quien le ha atribuido a don Miguel la autoría del cambio del dicho, pero —aunque no negamos que pudiera tener su influencia— la realidad es que la versión de tres pies circulaba ya bastante antes.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

[...] ¡Los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, o él la tuviera para mandárnoslo! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante y enderécese ese bacín que trae en la cabeza y no ande buscando **tres pies al gato.**

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, 1605.

JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL

—Estos curas de ahora se empeñan en **buscar tres pies al gato** —dijo don Cosme, de profesión «sus consejos», con un buen paquete de acciones en la empresa de Francisco.

Los curas comunistas , 1968.

canto del cisne

Como es sabido, el *canto del cisne* es la 'última obra o actividad de alguien, especialmente si esta es valiosa'. Y ello se debe a un lugar común frecuentado por los poetas desde la Antigüedad, que situaron la escena del canto del cisne en los ríos de Asia Menor, el Meandro y el Caístro, es decir, en parajes más o menos exóticos. Sobre la cuestión es suficientemente elocuente Fernando de Herrera, el Divino, en sus *Comentarios a Garcilaso* (1580): «Que cante el cisne a su muerte se trata desde Esquilo entre poetas y pintores, y lo mismo piensan Platón, Aristóteles, Crisipo, Filóstrato, Tulio y Séneca». Y, en efecto, el canto melodioso del cisne en el momento postrero —tan opuesto a su ordinario y vulgar graznido— se convertirá en símbolo de inspiración poética y, a un tiempo, en imagen de la muerte.

Pero como bien señala el propio Herrera: «Plinio, y después de él Ateneo y la experiencia, tienen por fabuloso lo que se escribe del canto del cisne». El testimonio de Jerónimo de la Huerta en su *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo* resulta particularmente clarificador: «Turnero la comparó [la voz del cisne] al rebuzno del jumento, aunque dice ser más breve. Y esto sin duda es más cierto (como dice Luciano) que lo que fabularon mucho de su canto». De modo que esta es, desgraciadamente, la realidad, alejada de cualquier romanticismo; pero para el caso que nos ocupa poco importa, puesto que el tópico, verdadero o falso, dejó su huella no solo en la poesía, sino también en el lenguaje común, aunque la expresión se extendiera solo tardíamente (no parece documentarse antes del siglo XIX).

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

Que llores por mí no quiero,
aunque muerto tú me veas:
solo te pido que creas,
mi vida, que por ti muero.
Y este llanto lastimero,
señora, no te moleste;
que el **canto del cisne** es este,
dulce tierno y postrimero.

El criticón, c. 1835.

JUAN MARSÉ

[…] el Pijoaparte vio en esta espectacular huida del Sans el **canto del cisne** de una etapa de su vida que tal vez, efectivamente, había que dar por liquidada […].

Últimas tardes con Teresa, 1962.

cargar con el mochuelo

El mochuelo es un ave rapaz nocturna semejante al búho, aunque de menor tamaño, muy común en España. Pero no es este el significado que toma el término aquí, donde viene a significar 'asunto o trabajo difícil o enojoso del que nadie quiere encargarse'. A primera vista, se nos escapa la relación entre ambas acepciones. Pero la cosa viene de antiguo, porque en el *Diccionario de autoridades* (1734) se recoge ya la frase *tocar el mochuelo,* «con que se explica que uno lleva siempre lo peor en un repartimiento».

Según una tradición, dos estudiantes, un andaluz y un gallego, buscaron acomodo en una posada. Era ya tarde y la comida escaseaba. «Cuanto queda es una perdiz y un mochuelo», dijo el posadero. A lo que el andaluz contestó que sirviera lo que pudiera, que ya se apañarían entre ellos. Pero mientras esperaban la comida se giró hacia su compañero y le espetó: «Por lo que se ve, solo tenemos dos posibilidades: o tú te comes el mochuelo y yo la perdiz, o yo doy cuenta de la perdiz y tú cargas con el mochuelo».

Y es que, desde siempre, el mochuelo ha sido un ave poco valorada y, además, de mal agüero («es de mala significación, según los adivinadores», dice Fray Vicente de Burgos [1494] haciéndose eco de san Isidoro) y «aborrecido de las otras aves» (según recoge Jerónimo G. de la Huerta en su traducción de Plinio). Con estos antecedentes, ¿quién querría quedarse con el mochuelo? Casi dan ganas de cambiar de locución y cargar con el muerto.

FRAY MARTÍN SARMIENTO

Al punto dije: «no mas visitas en esta casa; pues a la corta o a la larga yo habré de **cargar con el mochuelo** » […].

El porque sí y porque no , 1772.

BENITO PÉREZ GALDÓS

—Para, hijo, para —dijo doña Lupe amoscándose—, que para esas convidadas no te va a bastar el sueldo de un año; y si piensas que yo **cargo con el mochuelo** de los gastos, te equivocas...

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

MAX AUB

Rogelio, consciente de su responsabilidad, desesperado. Desechó cualquier reconcomio acerca de la paternidad, prueba de que los tuvo, vencidos en aras de la verdad. Cuando el abultamiento se hizo patente, los dueños echaron a la

fámula. El muchacho **cargó con el mochuelo.**

La calle de Valverde , 1961.

con la mosca detrás de la oreja

La expresión, cuyos primeros registros datan de mediados del siglo XIX —aunque entonces la mosca estaba en la oreja, no detrás—, no aparece recogida por la Real Academia hasta la decimoctava edición de su diccionario, de 1956: «se aplica al que está receloso y prevenido para evitar alguna cosa». Por ediciones anteriores sabemos que la mosca no es solo un tipo de insecto, sino también la 'desazón picante'. Y es que la presencia de este insecto, como la de otros de su clase, resulta casi siempre molesta. No extraña, por tanto, que genere desazón, inquietud o tensión. Y, si nos ronda la oreja, con doble motivo: permanecemos entonces alerta —como las caballerías—, prevenidos para ahuyentarla, como si sospecháramos que su impertinente zumbido puede tornar en cualquier momento (piénsese en un mosquito en una noche de verano).

No son pocos, sin embargo, quienes sostienen que la expresión alude a la mecha con que los soldados prendían arcabuces y mosquetes en tiempos de guerra, y que, entre disparo y disparo, dejaban preparada detrás de la oreja, ese socorrido soporte de útiles de trabajo en más de una profesión. La idea resulta atractiva, porque visualiza muy bien la idea de prevención y alerta, pero un dato parece avalar nuestra primera propuesta: la existencia en otros idiomas de expresiones semejantes, aunque con actores o emplazamientos diferentes. Se trata, por ejemplo, del caso del francés, donde *avoir la puce à l'oreille* ('con la pulga en la oreja') tiene idéntico significado. ¿No es como para mosquearse?

EMILIA PARDO BAZÁN

—Lleva **la mosca en la oreja** —dijo Gonzalvo—. Va a seguir a su mujer... Realmente es raro... ¿A dónde habrán ido? Porque, a estas horas...

El niño de Guzmán, 1897.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN

—Ese aviso ya me ha llegado y estoy **con la mosca en la oreja,** sin poder aburrir al mochuelo.

La corte de los milagros, 1927-1931.

MIGUEL DELIBES

Yo no sé por qué ni por qué no, pero la manera de ser de la tía no me gusta un pelo y ando ya **con la mosca en la oreja** con este asunto.

Diario de un emigrante, 1958.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

—Es que yo sé lo que me digo. Don Gabriel ya está **con la mosca detrás de la oreja** y a mí no me agarra.

Dos días de septiembre, 1962.

CARLOS RUIZ ZAFÓN

—¿Y qué quiere que le diga? Ya hace tiempo que anda **con la mosca detrás de la oreja** .
—Dígale que va a por pipas o a por polvos para hacer un flan.

La sombra del viento, 2001.

cuatro gatos

El modismo se usa para expresar despectivamente ‘muy poca gente’, de modo que, por ejemplo, decimos que leyeron el libro cuatro gatos cuando lo hizo un número muy reducido de personas. La Real Academia lo registra tardíamente, ya que solo se incorpora a su diccionario en la decimoquinta edición, de 1925. Puede que por este motivo circule por ahí una versión que afirma —un tanto disparatadamente— que su origen está en el hostal Els Quatre Gats de Barcelona, en el que se reunían, siempre en pequeño número, algunas de las más importantes personalidades del modernismo catalán. Pero la realidad es que la expresión tiene larga tradición en español y la encontramos ya en la segunda mitad del siglo XVI .

El gato, que une a su condición doméstica un carácter enigmático, es uno de los animales más presentes en las frases proverbiales. Aquí, sin embargo, su presencia es casi anecdótica, pues la clave significativa descansa en el número cuatro. ¿Cuatro son muchos o pocos? En nuestra lengua, donde la cifra se emplea frecuentemente para expresar con valor indeterminado escasa cantidad, pocos: por

ello decimos que han caído cuatro gotas, que algo nos costó cuatro cuartos o cuatro reales, o que apenas cruzamos cuatro palabras. Y más aún si se trata de un animal pequeño como el gato, que ocupa poco espacio. No obstante, como afirma José Luis García Remiro, parece estar en la frontera de la abundancia. Y se ha empleado desde antiguo (se recoge ya en el *Diccionario de autoridades,* donde *cuatro,* por cierto, se escribe todavía con *q*) la locución *más de cuatro* en el sentido de 'muchos o un número grande de personas': «Más de cuatro quisieran verse en tu lugar», escribe Galdós en *El Grande Oriente*.

JUAN RODRÍGUEZ FREILE

[…] no faltaron murmuradores que dijeran que guerrilla de **cuatro gatos,** pero yo digo que hartó aquella guerra más sangre que toda la conquista del Nuevo Reino de Granada […].

El Carnero o Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada , 1638.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

—Soficiente, creo. Acortaremos detallamientos. Ostí sabe: Mancilla era presidente, elegido por **cuatro gatos.** Abusos cometía a cada. Cinco soles para arreglo huellas pista calles, cinco soles para arreglo campo deporte estadio […].

El zorro de arriba y el zorro de abajo, 1969.

dar gato por liebre

Hay pocos actos tan sociales como la comida. Y tan determinados culturalmente. Por ejemplo, son varios los pueblos que abominan del consumo de conejo. La razón es clara: este es considerado una mascota y la carne de las mascotas es tabú. En España —en la mayoría de los países occidentales— ocurre esto mismo con el gato. No obstante, hay constancia histórica de su consumo. Así, el maestro Robert, en su *Libro de guisados,* escrito en catalán en el último cuarto del siglo XV y traducido después al castellano (1525), incluye una receta muy particular: «Gato asado como se quiere comer». Todavía se consume gato, de hecho, en algunas áreas de Perú.

En todo caso, la locución, que se usa en el sentido de 'engañar dando algo por otra cosa de peor calidad', deja constancia de que este felino ha sido siempre más valorado como animal de compañía —o

como cazador de ratones— que por sus virtudes gastronómicas. Se documenta muy tempranamente *vender gato por liebre* (a mediados del siglo XV), variante que recoge también Covarrubias, quien, por si acaso, aclara que esto de la liebre y el gato no era una mistificación única en la época: «engañar en la mercadería: tomado de los venteros, de los cuales se sospecha que lo hacen a necesidad, y echan un asno en adobo y lo venden por ternera». Aunque, si atendemos a Quevedo, habrá que convenir que la costumbre debía de estar bastante extendida: «Pastel hubo que aruñó *al que le estaba mascando;* y carne que oyendo "¡Zape!" / saltó cubierta de caldo».

BALTASAR DEL ALCÁZAR

Tus cabellos, estimados
Por oro contra razón,
Ya se sabe, Inés, que son
De plata sobredorados.
Pues ¿querrás que se celebre
Por verdad lo que no es?
Dar plata por oro, Inés,
Es vender **gato por liebre.**

Poesías, c. 1550-1606.

FERNÁN CABALLERO (CECILIA BÖHL DE FABER)

—¿Es posible, Rita —dijo el duque—, que hayáis rehusado veinte mil libras de renta?
—No he rehusado la renta —contestó la joven con soltura, sin dejar de mirar el juego—, lo que he rehusado ha sido al que la posee.
—Ha hecho bien —dijo el general—. Cada cual debe casarse en su país. Este es el modo de no exponerse a **tomar gato por liebre.**
—Bien hecho —añadió la marquesa—. ¡Un protestante! ¡Dios nos libre!

La gaviota, 1849.

RÓMULO GALLEGOS

Una tarde, paseando en su macho por los alrededores de la población, se encontró de camino con un forastero mal trajeado y cara de pícaro hipócrita, pero de las que a él ya no le metían **gato por liebre.**

Camaina, 1935.

BEGOÑA AMEZTOY

Y esta confusión masculina crece y va en aumento, sobre todo, ahora que la cirugía plástica ha homologado considerablemente, no solo el nivel de exigencia y perfección estética, sino la virtualidad de **dar gato por liebre,** pues nunca como hasta hoy lo auténtico se ha cotejado con lo falso, y lo natural con lo siliconado, para «salvación» de la mujer y «perdición» de los hombres.

Escuela de mujeres , 2001.

edad del pavo

Cualquiera que haya tenido que enfrentarse a un hijo en la edad del pavo —la edad de entrada en la adolescencia— estará de acuerdo en que no es tarea fácil. De manera que, al menos, démonos el pequeño gusto de saber de dónde procede el modismo. Porque lo del pavo (el término deriva del latín tardío *pavus,* 'pavo real': el pavo o guajolote, originario de América —como «gallo de las Indias» lo define Covarrubias—, era desconocido para los romanos) no resulta demasiado clarificador. La expresión no se recoge en el diccionario académico hasta su decimonovena edición, de 1970. Pero en este caso la docta casa se tomó su tiempo, porque el uso está atestiguado ya en el último cuarto de siglo XIX .

Si buceamos un poco en el diccionario, comprobaremos que una de las acepciones de *pavo* es 'persona sosa o poco desenvuelta'. De hecho, de aquellos con escasa gracia decimos que son *pavisosos.* Y así pueden ser percibidos los jóvenes que se hallan en la primera adolescencia, arquetípicamente desgarbados, inseguros y poco estables emocionalmente. Además, *pavo*
—aunque aquí quepa la duda de si fue antes el huevo o la gallina— se emplea en el sentido de 'timidez o tontuna'. La idea está bien reflejada en este fragmento de *Los trabajos del infatigable creador Pio Cid,* de Ángel Ganivet: «Fueron al baile con ánimo de divertirse cuanto pudieran, excepto Martina, a quien a última hora le entró el pavo, como decía su mamá, disgustada por tener que estar al lado de la niña, que ni quería bailar ni que la dejasen sola».

Por añadidura, existe una locución como *subírsele (a alguien) el pavo* , que se define como 'ruborizarse'. El vínculo con el animal resulta en este caso evidente, puesto que el pavo se caracteriza por el color rojo intenso de las carnosidades que cuelgan de su cabeza. Ahora bien, ¿tienen alguna relación entre sí las dos expresiones? Es muy probable que sí, porque ruborizarse resulta frecuente entre los adolescentes. Y se emplea *estar con el pavo subido* para hacer referencia a los comportamientos propios de este periodo de la vida. En definitiva, que los adolescentes, de una u otra manera, recuerdan, por sus actitudes o reacciones físicas y conductuales, al pavo. Y, en algunos momentos, también al pavón o pavo real.

JUAN VALERA

Ahora —dijo D. Diego—, baila el chico peor que el año pasado, porque está en la **edad del pavo:** edad insufrible, entre la palmeta y el barbero.

El comendador Mendoza, 1877.

E. ORÚE Y S. GUTIÉRREZ

[…] había niñas que te escribían que estaban enamoradas de Figo, que lo querían conocer... Es normal, están en **la edad del pavo.**

Locas por el fútbol. De las gradas al vestuario, 2001.

el chocolate del loro

La frase, que se emplea para expresar la insignificancia de una cantidad en relación con el ahorro o el gasto que se pretende hacer, se emplea desde época más o menos reciente, pues no encontramos textos anteriores a la década de los setenta del siglo XIX . De hecho, la Real Academia lo incorpora a su diccionario en 1956, en su decimoctava edición.

Ahora bien, ¿chocolate para el loro? Pues sí: al parecer era esta una costumbre extendida. Al menos así se atestigua en *Un capricho de veinte ingenios* (1953), de Agustín Gaspar: «cuánto más bello es oír trinar el ruiseñor entre el espeso follaje de las selvas, y el arrullo de la inocente tortolita, que sufrir el continuo graznido de este sucio loro que todo el día está comiendo chocolate y garbanzos», o en *Doña Perfecta* (1876), de Galdós: «Luego cogió con su propia venerable mano algunos garbanzos del cercano cazuelillo y se los dio a comer [al loro]. El animal empezó a llamar a la criada pidiéndole chocolate y sus palabras distrajeron a las dos damas y al caballero», o en los *Cuentos del General* (1896), de Vicente Riva Palacio: «El loro recorría la percha de arriba abajo […] y se colgaba de las patas, cabeza abajo, para recibir la sopa de pan con chocolate que con paternal cariño le llevaba D. Lucas».

Esto, claro, debía de ser solo habitual entre las familias de cierto poderío, pero justifica el origen de la expresión. La realidad es que no se sabe exactamente de dónde procede esta. Se relaciona con una dama de alta alcurnia algo venida a menos, que no habría tenido mejor idea para hacer economías que prescindir del chocolate del loro. O con un indiano, uno de esos emigrantes que regresaron a España enriquecidos tras hacer las Américas. Lo mismo da, porque con independencia de su veracidad —suenan más bien a chiste— estas historias explican muy bien el significado del dicho.

JAIME CAMPMANY

¿Cómo vamos a comparar la grande y próspera España con la pérfida y emprobecida Albión? No me sean avaros, ciudadanos. Esos dieciséis mil millones de pesetas, a la postre, son **el chocolate del loro.** Y, claro, ellos están al loro.

«Escenas políticas», *ABC,* 19/04/1986.

JUAN PEDRO APARICIO

¿Qué censuran pues? ¿El dinero? ¿Los cuarenta y cinco millones de pesetas que ha costado el viaje? Eso es **el chocolate del loro .** ¡No! Censuran lo que nos censuramos todos, lo que no nos perdonaremos jamás: no haberle podido entregar la medalla de hijo predilecto de la ciudad a Chacho.

Retratos del ambigú , 1989.

estar hecho unos zorros

Con el paso de los años uno empieza a estar maltrecho, deteriorado, en mal estado; es decir, hecho unos zorros. La construcción, que se aplica tanto a personas como a cosas, tiene alguna tradición, pues —aunque hubiera que esperar hasta 1992 para que fuera registrada en el diccionario académico— existe documentación de principios del siglo XX . Hoy hemos perdido la referencia de la palabra clave, pero su origen, que alguna relación tiene con las raposas, es bastante evidente. Los zorros eran la «cola o colas de zorra» usados «para sacudir el polvo y limpiar los cuadros, las sillas, etc.». El texto entrecomillado procede del *Diccionario de autoridades* (1739), donde se recoge ya la acepción. Pero, en definitiva, se empleaban los zorros —que después evolucionaron y fueron incorporando nuevos materiales— a modo de plumero o trapo: «En un rincón del cuarto había dejado Petra olvidados los zorros con que limpiaba algunos muebles que necesitaban tales disciplinas», puede leerse en *La Regenta* (1884), de Clarín. Y si ya nuevos debían tener un aspecto no demasiado estiloso, imaginemos después de unos cuantos usos. Vamos, que se entiende lo de los zorros y el modismo. Y hablamos de modismo, no de moda, aunque haya también quien guste de lucirlos en el cuello.

RAMÓN J. SENDER

Pues aquí ya han sacao por cuarta vez de la tierra a un pobre moro, y si haces

la descubierta esta madrugá lo verás a un lao de la carretera **hecho unos zorros .**

Imán , 1930.

JUAN GARCÍA HORTELANO

José María me obligó a regresar desde la puerta, para preguntar si me interrumpía.
—No. Además, estoy **hecho unos zorros** y no puedo dar golpe.

El gran momento de Mary Tribune , 1972.

BEGOÑA AMEZTOY

Páginas y páginas soltando el mismo rollo. Que si ellos son unos cerdos que me dejan el baño **hecho unos zorros.** Que si ellas tienen derecho a ser multiorgásmicas, a mucha honra y usted que lo vea.

Escuela de mujeres, 2001.

haber gato encerrado

Cuando detrás de algo existen manejos ocultos o percibimos una causa o razón secreta, no cabe duda: hay gato encerrado. Con este mismo sentido se utilizaba ya hacia mediados del siglo XVIII esta expresión, que quedó recogida por vez primera en la edición de 1884 del diccionario de la Real Academia. ¿Y qué tiene que ver en todo esto el animal doméstico? Pues la verdad es que poca cosa. Aunque pueda resultar tentador iniciar la explicación elucubrando acerca del carácter de este enigmático felino y de su proceder cauteloso, nos vemos obligados a tomar otra derrota. El diccionario recoge todavía una acepción del sustantivo
—registrada ya por Covarrubias a comienzos de siglo XVII — que remite a una suerte de bolsón amplio, a modo de talego, fabricado inicialmente con el pellejo del gato y utilizado para guardar el dinero en su interior. Así la cosa cambia, naturalmente, porque a partir de aquí se intuye la posibilidad de entender el «gato encerrado» no en sentido literal, sino como ‘talego o zurrón escondido’, pues a buen recaudo conviene siempre tener los dineros, y si el gato estaba oculto, dentro estaba el parné. La expresión debió de tener su origen en el lenguaje de germanías, el propio de los pícaros y ladrones de la época. Y la existencia de diversos derivados viene a corroborar esta teoría, pero el tiempo hizo caer la referencia original en el olvido y ha ido

borrando toda huella; solo queda el modismo, indescifrable, más allá de su significado, para los hablantes actuales.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

D. Lino. — No sé; sin embargo, su conducta no me parece muy clara. [...] Hoy es... Van a dar las once, el día de la boda... pues aún no ha aparecido.
D. Carlos. — (Aparte). Vaya, el suegro tiene razón, aquí **hay gato encerrado** y aún no pierdo la esperanza.

Los inseparables, primer apunte de *Scribe,* 1835.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

«Tigre Juan se inclina ante Carmina —pensaba doña Iluminada— como ante el ojo de una cerradura; para ver a través de él algo que los demás no vemos. Hay **gato encerrado** ».

Tigre Juan, 1926.

JAVIER TOMEO

Si quieren que les diga lo que pienso, todo esto empieza a parecerme sospechoso. Aquí hay **gato encerrado.**

La mirada de la muñeca hinchable, 2003.

hablar por boca de ganso

La locución se documenta desde antiguo. La emplea ya Quevedo en los albores del siglo XVII y se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1726): «Es hablar lo que otro le sugiere para que lo diga, apuntándoselo o enseñándoselo a este fin en secreto, o antes, para que esté prevenido cuando llegue el caso de hablar». Cuando alguien habla por boca de ganso, por tanto, lo hace siguiendo las sugerencias de otra persona. ¿Pero qué tiene de particular la boca —el pico, más bien— de ganso?

Covarrubias señala que se llamaba también *gansos* «a los pedagogos que crían algunos niños, porque cuando los sacan de casa para las escuelas, u otra parte, los llevan delante de sí, como hace el ganso a sus pollos». Basándose en ello, Iribarren sugiere la posibilidad de que el modismo haga referencia a los chicos o jóvenes que hablan por boca de su ayo o preceptor, conformándose con su opinión y criterio, o repitiéndolos mecánicamente. De hecho, una de las acepciones de

pedagogo incluidas en el diccionario académico dice así: «Persona que anda siempre con otra, y la lleva a donde quiere o le dice lo que ha de hacer». «Y lo que ha de decir», añadiríamos nosotros.

Así que la cosa tiene sentido. Aunque hay otras teorías, claro, como la de Julio Cejador, que, ciñéndose más a la literalidad animal del refrán, señala que los gansos, «cantando uno, cantan todos, y tal es el vulgo, que repite sin reparar en lo que oye y dice». Este defecto, por cierto, sería siempre considerado virtud por los romanos, porque los graznidos de los gansos sagrados que habitaban en el templo de Juno dieron la señal de alarma cuando los galos, en el 387 a. C., intentaban asaltar el Capitolio tras saquear la ciudad. Pero la realidad es que el ganso canta mal, muy mal, y es por ello símbolo del mal poeta (al contrario que el cisne, que lo es del bueno, pese a que no cante mucho mejor [" CANTO DEL CISNE]).

BALTASAR GRACIÁN

No os admiréis quando viéredes los reyes rodeados de locos y de inocentes, que no lo hazen sin misterio. No es por divertirle, sino por advertirle, que ya la verdad se oye **por boca de ganso.**

El Criticón, tercera parte. *En el invierno de la vejez,* 1657.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

Yo no puedo hablar mucho; pero **hablo** siempre **por boca de ganso;** siempre digo cosas que para otro deben ser de mucha miga, y de las cuales me quedo en ayunas.

Doña Urraca de Castilla, 1849.

SILVINA BULLRICH

En cualquier ministerio estaría bien, es un hombre excepcional... No lo conozco personalmente, pero todo el mundo sabe que es excepcional. No, no hablo **por boca de ganso,** tampoco conocí a Mahoma y sé que fue excepcional, ni conozco a Khruschev...

Los burgueses, 1964.

la gallina de los huevos de oro

La gallina de los huevos de oro no es ave ni vuela, como dice una

conocida adivinanza, sino 'aquello de lo que se obtiene un gran beneficio o ganancia'. La expresión, que se documenta a mediados del siglo XIX , se incorporó al diccionario académico en la edición de 1925, la decimoquinta. En honor a la verdad el citado repertorio de la Real Academia se hace eco de «matar la gallina de los huevos de oro», aunque el grupo nominal se empleaba ya en otros contextos. En todo caso —pese a que en esta ocasión no resulte necesario— no deja de ser una pista. Porque la frase, como otras semejantes, tiene su génesis en una fábula popularizada por Félix María de Samaniego en la segunda mitad del siglo XVIII . El escritor alavés se inspiró en la versión de Babrio, que adaptó el tema de la fábula de Esopo convirtiendo la oca original en una gallina. La cosa comienza así: «Érase una gallina que ponía *un huevo de oro al dueño cada día». Pero es conocido que la codicia hace estragos, de modo que el amo del ave, decidido a enriquecerse de una vez por todas, determinó sacrificarla para extraer el oro de sus entrañas. Y quedó chasqueado, como es natural. Como toda fábula tiene su moraleja: la avaricia rompe el saco. Pero mejor lo cuenta Samaniego: «¡Cuántos hay que teniendo lo bastante,* enriquecerse quieren al instante, *abrazando proyectos a veces de tan rápidos efectos,* que solo en pocos meses, /
cuando se contemplaban ya marqueses, /
contando sus millones, / se vieron en la calle sin calzones!». La realidad es que hoy es difícil verlos sin calzones
—para algo existen jardines del edén donde si hay parné se hace la vista gorda hasta del pecado original—, pero sí los vemos cambiar el traje de chaqueta por el pijama de rayas, aunque solo sea por unos días.

LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN»

El que descansa en este momento, porque acaba de repartir las cartas, y juegan cuatro, es **la gallina de los huevos de oro** del Procurador y de don Basilio.

La Regenta, 1884-1885.

ÁNGEL PALOMINO

—He visto la factura un poco por encima. Creo que no hay errores pero lo encuentro todo carísimo. No sé dónde van ustedes a parar. Están matando **la gallina de los huevos de oro.**

Torremolinos, Gran Hotel, 1978.

la madre del cordero

«¡Esa es la madre del cordero!», se dice a menudo cuando creemos haber encontrado la clave de algo, su razón de ser. Madre solo hay una, ya lo sabemos. Pero ¿y corderos? Pues también, porque el cordero de Dios es Jesucristo, la víctima ofrecida en sacrificio por los pecados del hombre, a semejanza del cordero sacrificado por los judíos durante la conmemoración de la Pascua. Y debemos su existencia
—hubiera o no hubiera ayuntamiento carnal con José, lo mismo tiene — a su madre, a María. En ella, en la Madre del Cordero, descansa nada menos que la misión redentora de Jesús, el cristianismo, en definitiva. La expresión, que se documenta ya a mediados del siglo XVIII y se recoge en la quinta edición del diccionario académico, de 1817, podría explicarse de distinta forma, claro. Hay quien remite a los pastores y los rebaños, a juegos populares… Cada cual arrima el ascua a su sardina. Y funciona igual si pensamos en una simple oveja y un borrego, porque detrás del hijo está siempre la madre (una de las acepciones figuradas de este término es precisamente 'causa, raíz u origen de donde proviene algo'). Pero la verdad es que se interpreta mejor desde la perspectiva religiosa. Especialmente porque la imagen de la Madre del Cordero, del Agnus Dei, está muy presente en nuestra tradición: «vio la Paloma, Madre del Cordero, en el sepulcro su hijo prisionero», escribe, por ejemplo, Quevedo.

FRAY ÍÑIGO DE MENDOZA

Quel pecado original
nos tiene tan corrompidos
que jamás hombre mortal
de la culpa venial
fue librado en los nacidos,
aunque por ser verdadero
una sola en este mundo
fue **la madre del cordero,**
ajena de lo primero
y lo segundo.

Cancionero, c. 1507.

JOSÉ FRANCISCO DE ISLA

Mas no es esta **la madre del cordero.** Con el sobrescrito del método, su verdadero intento es desterrar del mundo la teología escolástica, como él mismo confiesa sin rebozo […].

Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas alias Zotes , 1758.

MIGUEL DELIBES CASTRO

Dicho más claramente, si los humanos nos apropiamos de mucha de esa producción primaria, quedará muy poca para fabricar leones, por ejemplo. ¿Estará ahí **la madre del cordero?**

Vida. La naturaleza en peligro , 2001.

lágrimas de cocodrilo

Las lágrimas de cocodrilo son aquellas que resultan fingidas, que no se corresponden con un sentimiento real. El cocodrilo no es un animal vinculado a la geografía española, por lo que podría pensarse que estamos ante una expresión relativamente reciente. Y sin embargo se documenta desde finales del siglo XVI y se incluye en la cuarta edición del diccionario académico, de 1803. En realidad, se trata de una tradición procedente de la antigüedad. Ya resulta curiosa la historia del nombre del reptil. Covarrubias señala que «el vocablo está corrompido de crocodilo». Y así es, el término etimológico —sobre el que hay abundante documentación hasta mediados del siglo XVII — fue el que acabó olvidándose: la voz latina original era *crocod ī lus,* tomada a su vez del griego *krokódeilos,* de *króke,* 'canto rodado, guijarro', y *dr ī los,* 'gusano, lombriz'; literalmente, por tanto, 'gusano de los cantos'.

El origen de la expresión lo deja ya claro Plinio el Viejo en su *Historia natural,* parcialmente traducida por Jerónimo de Huerta (1599): «También dicen de estos [de los cocodrilos], que en viendo al hombre desde lejos, lloran derramando lágrimas, y en acercándose le despedazan». Y sobre ello ahonda el propio Covarrubias: «tiene un fingido llanto con que engaña a los pasajeros, que piensan ser persona humana afligida y puesta en necesidad, y cuando ve que llegan cerca del los acomete y mata en la tierra». Lo de los sollozos simulados no está tan claro —parece más bien una invención legendaria—, pero las lágrimas de cocodrilo existen, aunque no están originadas por el dolor, la pena o el remordimiento. Tienen como función lubricar el ojo del animal fuera del agua y reducir el crecimiento bacteriano, y son especialmente perceptibles cuando está comiendo.

MATEO ALEMÁN

Porque la gracia de esta bula solo la concedió el uso a los hermanos mayores de la cofradía de ricos y poderosos, a los privados, a los hinchados, a los arrogantes, a los aduladores, a los que tienen **lágrimas de cocodrilo** […].

Guzmán de Alfarache . Primera parte, 1599.

CARMEN GURRUCHAGA / ISABEL SAN SEBASTIÁN

Pues el día que un tío del PSOE o PP, PNV va al funeral de un *txakurra* y se llena la boca de palabras de condena y **lágrimas de cocodrilo,** no ve en peligro su situación personal y asume ese tipo de *ekintza* pues están hechos una piña.

El árbol y las nueces , 2000.

llevarse el gato al agua

Es sabido que el gato no es demasiado amigo del H_2O, así que lo de llevarlo allí no es tarea fácil; aunque sí muy reconfortante si se logra, pues quien se lleva el gato al agua es quien consigue algo pretendido por varios. La expresión se documenta al menos desde mediados del siglo XVI (una centuria antes se recoge en *Seniloquim* [c. 1450] el dicho «El que menos puede, lleve el gato al agua»). Y Covarrubias explica así la frase «Veamos quien se lleva el gato a agua»; esto es, 'quien se sale con la suya': «Antiguamente debieron usar cierto juego en la ribera del río con un gato, y ganaba quien lo metía dentro de él; pero como se defiende con uñas y dientes era dificultoso y peligroso».

La verdad es que el ilustre toledano solo sugiere, no afirma. Y hace bien, porque va algo desencaminado. Es Rodrigo Caro quien nos da la clave en *Días geniales o lúdricos* (1626): «Ese es juego muy usado, aunque yo no lo he visto jugar poniendo palo en medio horadado, sino en su lugar una tirante o viga de las casas donde se suele hacer; y el que tira más [de la soga o cuerda a cuyos extremos están atados los chiquillos] da con el otro en la viga, con mucha risa de los que miran. Otras veces lo hacen sin echar la soga por la tirante o viga, sino en el suelo, cerca de algún charco o lodo; y porque el que más puede lleva al otro yendo a gatas para echarlo en el agua, le llaman "llevar el gato al agua"». Así que llevarse el gato al agua es en realidad —y usamos aquí la expresión en sentido literal, no figurado, ¡ojalá fuera tan fácil! — un juego de niños. Aunque eso sí, un juego serio, con larga historia, pues era ya practicado por griegos y romanos, como señala también Rodrigo Caro: «Llamáronle los griegos *scaperda;* los latinos, *funis contentiosus;* los españoles le llamamos: "llevar el gato al agua", que aun viene a ser proverbio del que vence a otro en contienda». Y no deja de ser una variante del juego de la soga o tira y afloja (nos gusta más en euskera: *soka-tira,* pues), que llegó a formar parte del programa de los primeros Juegos Olímpicos.

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

Pues al peligro os fuistes, no es razón que ya que salí del, seáis vos mi Capitán, […] y si por fuerza queréis selo, aquí estamos para ver quién **llevará el gato al agua** [...].

Crónica de la Nueva España, 1560.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

—Y el que **se lleva el gato al agua** es el que no pierde ni el paso. Si es que no hay otro remedio: aprovechar lo que caiga, un ojo aquí y otro allí —se bajaba un párpado—, ¿tengo razón o no?

Dos días de setiembre, 1962.

matar el gusanillo

A veces sentimos la necesidad imperiosa de ingerir algún alimento para matar el gusanillo; es decir, para 'apaciguar el hambre'. Tal es el sentido en que se emplea hoy de forma generalizada la expresión, que sin embargo aparece por vez primera en la decimocuarta edición del diccionario académico, de 1914, con el significado de 'beber aguardiente en ayunas' (lo que se denominaba también *tomar la mañana*).

La idea de la existencia de un gusanillo especialmente revoltoso en ayunas que hacía del hombre un ser venenoso es antigua. Y Pasteur llegó a demostrar su existencia «científicamente», al inocular la saliva de un muchacho a un conejo con resultado fatal para el roedor: «Según Pasteur, se debe este resultado [la muerte del conejo] a la presencia en la saliva de los párvulos de un parásito, que introducido en la circulación de algunos animales produce accidentes mortales. Dicho parásito está igualmente en la saliva del hombre, pero desaparece de la boca tan pronto como cesa el ayuno», podía leerse en 1881 en *La Ilustración Española y Americana* .

El artículo continuaba así: «Al leer la interesante conferencia de M. Pasteur, recordaba yo la frase popular que sirve de pretexto a los que en nuestra tierra rinden culto al Baco de Chinchón». Y, en efecto, con tal motivo —acabar con el gusanillo— se justificaba popularmente esa costumbre tan hispánica del aguardiente en ayunas. Sin embargo, existe documentación bastante anterior que atestigua que lo de matar el bicho (*matar o bicho* dicen los portugueses) podía hacerse también

mediante la ingesta de alimento, pese a que el diccionario académico no recoja la acepción hasta hace, como quien dice, dos días (1992): «En ayunas salimos de casa y quisiéramos almorzar, y pues ha llegado a tan buen tiempo, guíe adonde se pueda matar el gusanillo, que por parecernos tarde aún no tomamos chocolate» (*Día y noche de Madrid* [1663], de Francisco Santos). Así que el supuesto gusanillo no parece ser otra cosa que el hambre matutina, que roe el estómago del famélico igual que el gusano de la conciencia roe insidiosamente las almas de los arrepentidos. Claro que lo primero es lo primero. Y cuando el hambre aprieta…

JULIÁN ZUGASTI Y SÁENZ

El sereno tomó su correspondiente copa de aguardiente para **matar el gusanillo,** como él decía, mientras que el inglés pidió una taza de café y un rosco […].

El bandolerismo. Estudio social y memorias históricas , 1876-1880.

JAVIER TOMEO

Acabo la sopa —lo hago, como siempre, con largos y sonoros sorbos— y luego, para acabar de **matar el gusanillo ,** le pido un par de huevos fritos con jamón.

La mirada de la muñeca hinchable , 2003.

menos lobos

«¡Menos lobos!», decimos para expresar que pensamos que lo que se nos cuenta es una baladronada. Y es que el exceso y la exageración son costumbres patrias bien arraigadas. En ellas descansa el siguiente chistecillo, que encontramos en un ejemplar de 1929 de la revista satírica *Gutiérrez* : «Mañana, festividad de Santa Lucía, no celebra su santo la Marquesa de Menos Lobos, nacida Encarnación Potes y Gallego». El modismo, por lo que se ve, tiene cierta tradición en nuestra lengua, aunque no parece existir documentación muy anterior. La Real Academia, por su parte, lo incorporó a su diccionario hace relativamente poco, en la vigesimoprimera edición, de 1992.

Su origen remite intuitivamente a los cuentos infantiles. De hecho, se emplea en ocasiones un remate inequívoco: «menos lobos, Caperucita». Pero no es Caperucita Roja la fuente de la frase ni tampoco Pedro —el pastor guasón que gustaba de dar falsas voces de

alerta—, sino el protagonista de otra narración popular, el Tío Pinto. Este humilde campesino andaluz se jactaba en una venta de haber visto más de cien lobos en una sola mañana. «No exageres, Tío Pinto», le afeaban los parroquianos entre bromas. Y la cifra se fue reduciendo, reduciendo… hasta llegar a un solo lobo: «La verdad es que no lo vi bien —acabó reconociendo el Tío Pinto—. Solo el rabo. Y bien pudiera ser de raposa».

ANTONIO DE VALBUENA

—Lo menos media fanega de pan habéis dejado ir con la paja —dijo el tío Blas sin parar de tirar bieldadas al alto.
—¡Quiá!... **Menos lobos,** tío Blas
—dijo Martín.
—**Menos lobos** sí, pero más trigo, porque lo menos tiene una fanega —replicó […].

Rebojos. Zurrón de cuentos humorísticos, 1901.

JUAN BONILLA

[…] en ese océano de tinta arrojado a las estanterías por quienes sí cobran 300 000 pesetas por su novela ya pueden darse con un canto en los dientes. O sea, que **menos lobos.**

«Menos lobos», *El Mundo* , 05/10/1996.

mezclar churras con merinas

Esta frase alerta sobre la inconveniencia de mezclar cosas de naturaleza diferente. Y tiene su razón de ser, porque churras y merinas son ovejas muy distintas. De hecho, es difícil confundirlas: la merina es, pese a su etimología (el nombre proviene del latín *maior ī nus* , 'de mayor tamaño o extensión'), algo más pequeña, tiene el hocico grueso y ancho, y la cabeza y las extremidades cubiertas, como todo el cuerpo, de lana muy fina, corta y rizada; la churra (voz de origen prerromano, emparentada con la portuguesa *surro,* 'sucio, suciedad'), por el contrario, carece de lana en la cabeza y las patas, y la que cubre su cuerpo es más larga y basta que la de la merina.

También su explotación es muy diferente. Mientras las merinas son más delicadas y se dedican a la producción de lana, las churras son

resistentes y sobre todo interesantes por su carne y su leche. Y aunque la fama sea sobre todo de las merinas, que en tiempos de la Mesta proporcionaron pingües beneficios a los ganaderos castellanos, cualquiera que haya probado un buen lechazo en tierras de Castilla, de donde son originarias, convendrá en que las churras tienen también sus virtudes. Cada una en lo suyo roza la excelencia. Así que mejor no mezclarlas, porque la mixtura solo puede empeorar la calidad de la lana, en el caso de las merinas, o de la carne, en el de las churras.

MANUEL MARTÍNEZ MEDIERO

Nosotros no podemos hacer distingos, Felipe. Tenemos una corte que vaya con Dios... Aquí se han juntado **las churras con las merinas…** Qué país es este que todo el mundo habla de todo menos de lo que importa…

Juana del amor hermoso , 1982.

DOMINGO YNDURÁIN

[…] afirmar que no se pueden sumar peras con manzanas ni **mezclar churras con merinas** es una decisión de quien suma o de quien mezcla, tan caprichosa como cualquier otra […].

Del clasicismo al 98 , 2000.

no ser moco de pavo

No ser moco de pavo equivale a ‘ser importante, tener valor, no ser despreciable o insignificante’. Se trata de una expresión con larga tradición, pues la Real Academia la recoge ya
—por entonces se empleaba también en frases no negativas— en el *Diccionario de autoridades* (1734), que además proporciona un ejemplo de uso de finales del siglo XVII . El moco de pavo es, en sentido literal, parte de la carúncula; es decir, la membrana carnosa que cubre el cuello y la cabeza de esta ave, y que cuelga ostensiblemente sobre el pico. Resulta muy llamativo y en apariencia no tiene ninguna función, por lo que no es de extrañar que asumiera el sentido figurado que hoy conocemos. Sí parece tener alguna significación en el cortejo sexual y, de hecho, ha habido autores, como Félix María de Samaniego, que aprovechando una cosa y otra —es también eréctil— lo han empleado metafóricamente con intención festiva: «Empeine con empeine compitieron, *el choque repitieron,* y al golpe la erección del moro bravo

/ vino a quedar en un moco de pavo» (*El jardín de Venus* [a. 1797]). Pero cambiemos de tercio, porque circula, y está ampliamente extendida, una teoría que relaciona el modismo con el lenguaje de germanías, el de los ladrones, pícaros y maleantes; según esta, el moco de pavo no sería sino la cadena del reloj del incauto desplumado —es decir, del pavo—, que queda colgando igual que el apéndice carnoso del animal: sin valor alguno, por tanto.

FRANCISCO FLORES ARENAS

Doña María.— […] Tengo
una hija: los partidos
ni son muchos, ni son buenos:
hay maulas en abundancia,
hay muchísimo embustero,
y **no es un moco de pavo**
el casarse. Este es el cuento.

Coquetismo y presunción: comedia original en tres actos , 1831.

JOSÉ MARÍA GUELBENZU

Y entonces, al volver, comencé a recordar muchas cosas y acontecimientos vividos desde la familia y, lo que **no es moco de pavo,** es sentirme, por primera vez en muchos años, verdaderamente bien alimentado.

El río de la luna, 1981.

MANUEL LEGUINECHE

La contribución española se reduce, lo que **no es moco de pavo,** a los navegantes que pasaron de largo, los misioneros, los cortadores de caña en Queensland, las ovejas merinas, que tan buena lana han dado, las cepas de vides, los benedictinos.

La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sidney , 2000.

oveja negra

Por tradición, en todas las familias existe una oveja negra; es decir, alguien que se distingue desfavorablemente del resto. Estas cosas son siempre subjetivas, claro, pero a efectos lingüísticos lo mismo da. Así que mejor no entrar en disquisiciones. Se trata de una expresión sin larga tradición, pues no parece documentarse antes del último cuarto del siglo XIX y la Real Academia la incorporó a su diccionario en el

suplemento de la decimoséptima edición, de 1947. Sin embargo, la idea negativa de la oveja negra es muy antigua. En una de las fábulas del *Libro de los gatos* (c. 1400) ya puede leerse lo siguiente: «Dijo la oveja negra: "Yo soy de fuera negra, menos preciada; mas de dentro soy fermosa"». El color blanco de la lana de las ovejas no es natural, ha sido seleccionado de forma progresiva por los criadores (aunque de vez en cuando la genética depare alguna sorpresa) a lo largo de la historia. Hasta tal punto que la raza merina negra se considera en peligro de extinción. Y la cosa tiene su razón de ser, porque la lana negra no admite el tinte, por lo que resulta mucho menos cotizada. Habría que sumar a ello, además, el valor simbólico del color negro, nunca demasiado halagüeño (piénsese en la expresión «garbanzo negro», de idéntico sentido). De modo que no hace falta incidir demasiado en el tema, como tampoco en la identificación del rebaño con la comunidad, presente ya en el texto bíblico (basta recordar la parábola de la oveja perdida). Y así, con el color negro de la sotana —símbolo no de la oveja, sino del pastor—, nos despedimos.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

—Despidámonos como hermanos; todos hijos del mismo Padre.
—Pero yo soy la **oveja negra.** Llevadme al matadero —suspiró Herminia.

El curandero de su honra , 1926.

MARCOS AGUINIS

—¿Qué dirá a todo esto su tío?
—¡Aah!... ¡El R. P. Fermín Saldaño es un santo varón! ¡Este Torres debe ser la **oveja negra** de su familia!

La cruz invertida, 1970.

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Aunque se descontaba que las riendas las llevaba la Mejicana, claro. Imposible imaginar a la **oveja negra** de los O'Farrell montando ese negocio ella sola.

La Reina del Sur , 2002.

pagar el pato

La expresión *pagar el pato,* que se emplea en el sentido de 'cargar con culpas ajenas o no merecidas', tiene larga tradición, pues se documenta ya en la primera mitad del siglo XVI y se incluye en la quinta edición del diccionario académico, de 1803. ¿De dónde procede? Si hemos de creer el testimonio de Casiodoro de Reina en su *Biblia del oso* (1569), una de las primeras traducciones del texto bíblico al castellano, la cosa tiene su miga: el monje jerónimo apunta directamente al judaísmo y hace referencia a los vocablos *Torá* y *pacto,* «usados por los judíos españoles, el primero por la ley y el segundo por el concierto de Dios, por los cuales nuestros españoles les levantaban [acusaban de] que tenían una tora o becerra pintada en su sinagoga, que adoraban; y del pacto sacaron por refrán: "Aquí pagaréis el pato"».

Así que la alianza del pueblo de Israel con Yahvé acabó convertida en ánade. O al menos este es el origen comúnmente aceptado del modismo, pues parece corroborarse con la versión que da Gonzalo Correas acerca de la Torá —el texto de la ley de los judíos— en relación con otra expresión caída en desuso, *el pregón de Codos* , población zaragozana donde se corría un toro «fingido con una manta y cornamenta […] como se suele hacer la tora en burlas y disfraces de judíos». No nos resistimos a dar la explicación de este dicho burlesco, recogido también por Iribarren, que no es otra que la advertencia municipal de que «nadie tirase garrochas al toro, porque era hombre». ¡Más vale prevenir!

DIEGO SÁNCHEZ DE BADAJOZ

No tengo bancal ni prato
que no me leven por prenda.
¡Do al diabro la molienda
que ha de gormar cada rato!
Cuatro mil mañas le cato
para esquitalle las nueces,
mas préndanme tantas veces
que hacen **pagar el pato.**

Farsa del molinero, c. 1525-1547.

EDUARDO GALEANO

En 1993, la marca del racismo estaba subiendo. El olor a peste ya se sentía, como una pesadilla que vuelve, en toda Europa, mientras se sucedían algunos crímenes y se promulgaban leyes contra los inmigrantes de los países que habían sido colonias. Muchos jóvenes blancos no encontraban trabajo y la gente de piel oscura empezaba a **pagar el pato.**

El fútbol. A sol y sombra, 1995.

pensar en las musarañas

Conocida también como *musgaño* en algunas áreas, la musaraña (del latín *mus araeneus,* literalmente 'ratón araña') es un pequeño roedor semejante al ratón, pero con el hocico prolongado y puntiagudo, y que se alimenta fundamentalmente de insectos, lombrices y algunos arácnidos. No deja de ser sorprendente que haya alcanzado tal celebridad, aunque bien mirado tiene su razón de ser, porque hay que estar realmente distraído —tal es el significado de la expresión— para pensar en un animal tan insignificante. Y por ahí parece venir el origen de la frase, que se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* (1734).

Casi dos siglos antes, Pedro Vallés recoge *mirar las musarañas* en su *Libro de refranes* (1549), construcción que se documenta profusamente en la época: «Que me pelen las pestañas, / si al cielo no se ha volado, *que siempre andaba abobado* mirando a las musarañas», puede leerse, por ejemplo, en el *Coloquio de Moisés,* de Hernando de Ávila, (1587). Sobre ella añade Gonzalo Correas*:* «Dícese al que donde va no lleva cuidado y va mirando las musarañas, las nonaderías y cosas fútiles que ve por las paredes. "Musarañas" parece que son los hilos de telaraña que se ven volando». Casi en paralelo, Covarrubias recoge otro sentido

del término: «unas nubecillas que imaginamos en el aire». Pero sean lo que sean, son insignificantes, fútiles, de escaso valor. Y así, en una frase nada políticamente correcta, Alonso de Villegas dice en el *Fructus sanctorum y quinta parte del Flos sanctorum* (1594): «El gasto de los hombres suele ser en cosa de provecho, en posesiones y preseas, mas el de mujeres es todo en aire, porque ni vale, ni luce: en guantes y en volantes, en pebetes y cazoletas, en azabaches, vidrios y musarañas». La cosa parece clara: no perdamos más tiempo, pues, pensando en las musarañas, mirándolas o hablando de ellas. ¡A otra cosa, mariposa!

CRISTOBAL DE TAMARIZ

No llamaré a las Musas, ni aun espero
que vengan a tan gran desasosiego,
que para escribir gracias tan estrañas,
es mejor invocar **las musarañas.**

«Novela de las monas». *Novelas en verso,* c. 1580.

FRAY FRANCISCO ALVARADO

¿Recuerda Vd. cuando en la mesa de S. Luis Rey de Francia se puso a **pensar en las musarañas,** y dio aquel golpe sobre la misma mesa, diciendo *conclusum est contra manicheos* ?

Cartas críticas del Filósofo Rancio , II, 1811-1813.

JUAN APAPUCIO CORRALES

Con motivo de la gripe que me agarró he quedado tan desmadejado que no tengo ganas sino de estar todo el día tumbado sobre la cama, **mirando las musarañas.**

Crónicas político-doméstico-taurinas, c. 1908-1930.

MARIO VARGAS LLOSA

En esas mesas de falso mármol, en las terrazas que miran al Luxemburgo, no **soñaba con las musarañas** ni hacía frases como los bohemios sudamericanos de la Rue Cujas [...].

La verdad de las mentiras, 2002.

poner el cascabel al gato

Para poner el cascabel al gato, esto es, arriesgarse a hacer algo peligroso, no suele haber voluntarios. La expresión se documenta

desde antiguo y la recoge ya Covarrubias (1627) (en realidad, don Sebastián hace referencia a la frase «¿Quién echará el cascabel al gato?»), que la glosa así: «Hay algunos que dan consejos impertinentes contra los que son más poderosos, que no les darán lugar a que los ejecuten». El propio Covarrubias nos informa de la fuente, que por otra parte es bien conocida: el cuento del gato y los ratones. Su origen es muy antiguo —Iribarren cita la primera versión que nos ha llegado, incluida en el *Libro de los gatos* (siglo XIV)—, pero alcanzó enorme popularidad gracias a Félix María de Samaniego, que lo retomó en su fábula «El congreso de los ratones»
(1781-1784). En ella, reunidos los ratones en Ratópolis, buscan una solución para librarse de Miauragato: «Propuso el elocuente Roequeso /
echarle un cascabel, y de esa suerte / al ruido escaparían de la muerte. *El proyecto aprobaron uno a uno,* ¿quién lo ha de ejecutar? eso ninguno». Y ya antes lo había puesto en verso Lope de Vega en *La esclava de su galán* (c. 1626), donde el equivalente de Roequeso es un «ratón barbicano, colilargo, hociquirromo» que habla culto al senado romano «encrespando el grueso lomo». Pero en estas fechas electorales (casi todas las fechas son electorales, sea esto bueno o malo: nos lo tomaremos como señal de «buena salud democrática») merece la pena reproducir el remate de la fábula de Samaniego: «Proponen un proyecto sin segundo. *Lo aprueban: hacen otro. ¡Qué portento!* Pero ¿la ejecución? Ahí está el cuento».

JERÓNIMO DE BARRIONUEVO

Bien lo puede pagar, que tiene el riñón muy cubierto, si es que quiere; que si no, qué ratón ha de echar **el cascabel al gato .**

Avisos, 1654-1658.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

Sus amigos convienen con él,
y en su ausencia se les oye decir:
—Yo lo dije; esa comedia no podía gustar; pero ¿quién se lo dice al autor? ¿Quién pone **el cascabel al gato?**

«Una primera representación». *Fígaro,* 1835.

MARIANO AZUELA

Somos cerca de quince: unos actúan de frailes, otras de monjas y no falta el diablo que le ponga **el cascabel al gato .**

El tamaño del infierno, 1973.

ALBERT BOADELLA

En aquellas inacabables veladas, las disquisiciones dogmáticas de los militantes

políticos iban siempre dirigidas a determinar dialécticamente quién pondría **el cascabel al gato.**

Memorias de un bufón, 2001.

por si las moscas

Quienes hacen algo por si las moscas lo hacen 'por si acaso, por lo que pudiera suceder', así que no erramos si los tachamos de previsores. Una tradición popular remite el origen de la expresión a la segunda mitad del siglo XIII , cuando las tropas de Felipe II de Borgoña asediaron Gerona y profanaron la tumba de su patrón, san Narciso, probablemente pensando que encontrarían en ella grandes riquezas. Lo que encontraron fue una gran nube de moscas que propagó la peste entre sus soldados. Aunque el milagro explica muy bien la precaución frente a estos molestos insectos —no vaya a ser que se repita el acontecimiento—, la cosa resulta poco creíble, en particular porque no existe documentación de la frase anterior a la primera mitad del siglo XX . No es casualidad que la Real Academia no la incorporara a su diccionario hasta 1970.

Aunque resulte más prosaico, cabe pensar que alude a las medidas de prevención que se toman frente a las moscas, en particular a la de tapar o guardar los alimentos en verano, cuando son especialmente numerosas. Claro que las moscas de que hablamos también podrían ser de otro jaez: sujetos molestos, impertinentes y pesados; moscones, en definitiva. La verdad es que no lo sabemos. En todo caso, es muy probable que en la difusión del dicho —ya en uso— influyera el éxito de un vodevil protagonizado por Celia Gámez: *Por si las moscas* (1929). En él se popularizó el «Chotis de la Manuela», que nada tiene que ver, por cierto, con el que con motivo de su elección se dedicó a la actual alcaldesa de Madrid. Aunque no resulta difícil imaginar a alguna conocida política de la capital entonando su letra: «Tienes, Manuela, desatendida a toda la clientela…». En tono chulapón, naturalmente.

RAMÓN J. SÉNDER

—¡Tonterías! ¿Dicen que pué que salgamos mañana? Pues me gasto ahora ocho

perras que tengo, **por si las moscas.** Yo creo que cada «quisque» hace otro tanto.

Imán, 1930.

CARLOS FUENTES

En política, contactos con los gringos, pero también, en tiempos de Cedillo, con los Camisas Doradas y los nazis, **por si las moscas.**

La región más transparente, 1958.

RUBÉN BAREIRO SAGUIER

Porque, finalmente, el juez no se detuvo en los nombres de los opositores; como tenía la lista de los habitantes del pueblo, los fue denunciando a todos, **por si las moscas…**

Ojo por diente, 1972.

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Ya que se empeña en ir esta vez, lo que me parece un riesgo innecesario y una locura [...], permítame al menos organizar un poco su seguridad. Ya sé que todo el mundo está bien pagado y tal. Pero **por si las moscas.**

La Reina del Sur, 2002.

salir rana

Cuando alguien nos sale rana nos sentimos defraudados, porque o bien no ha cumplido nuestras expectativas, o bien nos ha traicionado. La expresión, que se emplea también aplicada a cosas, se documenta desde finales del siglo XIX , aunque la Real Academia no la recoge hasta muy tardíamente, en la vigésima edición de su diccionario, de 1984. La imagen popular de la rana no es precisamente positiva. Esta es la idea que subyace, por ejemplo, en la frase tradicional *no ser rana* (‘ser hábil y apto para algo’). Y basta pensar en los cuentos infantiles, donde se oponen simbólicamente la rana y el príncipe.

Otro tipo de oposición, más realista, es la que desde antiguo establecía
—indirectamente— la expresión «salga pez o salga rana», cuyo significado aproximado es ‘salga lo que salga, pase lo que pase’: «Acá me toca, y ofrezco, *salga pez o salga rana* sacudirle de lo bueno» (*La batida* [1760], Ramón de la Cruz). Se trata de un acortamiento del dicho «salga pez o salga rana, a la capacha», que el *Diccionario de*

autoridades (1739) define así: «Refrán que advierte la codicia de los demasiadamente aprovechados, que todo cuanto hallan lo recogen con fin de aprovecharse, aunque no haya de servir después». Los ecos de esta construcción están todavía presentes en el párrafo siguiente de *Fortunata y Jacinta* (1885-1887): «Pero a saber cómo vienen las cosas... porque una dice: "esto deseo", y después se pone a hacerlo y ¡tras! lo que una quería que saliera pez sale rana». Pero el cambio es evidente, pues los dos conceptos se contraponen ya abiertamente: estamos en plena transición y el pez no tardará en desaparecer. De modo que —quizá porque el beso de la dama no produzca aquí la metamorfosis deseada— nos quedamos con la rana.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

Don Friolera.— ¡Mi mujer piedra de escándalo! […] Me reconozco un calzonazos. ¿Adónde voy yo con mis cincuenta y tres años averiados? ¡Una vida rota! En qué poco está la felicidad, en que la mujer te salga cabra. […] ¡Soy un mandria! ¡A mis años andar a tiros!... […] ¿Qué culpa tiene el marido de que la mujer **le salga rana?** ¡Y no basta una honrosa separación!

Los cuernos de don Friolera [Martes de carnaval], 1921-1930.

MERCEDES SALISACH

—Espero que no **te salga rana** como nos salió el padre Antonio. Poco le faltó para ser terrorista de la ETA. Es curioso: ¿quién iba a decirnos que ser cura y ser terrorista iba a parecerse tanto?

La gangrena, 1975.

verle las orejas al lobo

Con cierta frecuencia actuamos desprevenidamente y percibimos el riesgo de forma tardía, cuando es ya inminente; le vemos entonces, según expresión muy extendida, las orejas al lobo. Esta se documenta ya a mediados del siglo XVI, por lo que es realmente antigua, y se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1734). Se sustenta en un simbolismo evidente, pues si somos capaces de verle las orejas al lobo su cercanía es manifiesta, y resulta proverbial la identificación de este animal con el peligro. Se trata de una tradición arraigada, propia de las sociedades pastoriles, en las que el lobo —el lobo salvaje; el otro, el domesticado, acabaría siendo el «mejor amigo del hombre»— es concebido como un peligro para el ganado. Está muy presente, como

cabe esperar, en el lenguaje y en las narraciones tradicionales, pero se deja sentir incluso en el pensamiento filosófico, y así Hobbes utilizó, como expresión del egoísmo humano, del instinto de autoconservación, la célebre máxima «el hombre es un lobo para el hombre» (la idea original de esto del *homo homini lupus* fue en realidad del comediógrafo latino Plauto). Lo de la reputación siempre ha sido así: por un perro que maté, mataperros me llamaron. De modo que, como suele decirse, cría fama y échate a dormir, porque la única realidad es que el hombre ha sido —por desgracia para el animal— un hombre para el lobo: lo ha erradicado de la mayor parte de su territorio, condenándolo a la marginalidad.

ALFONSO DE VALDÉS

Veamos: el pueblo romano y aun vosotros todos, cuando **veíades las orejas al lobo,** ¿por qué no os concertábades con el ejército del Emperador?

Diálogo de las cosas acaecidas en Roma, 1527-1529.

ÁNGEL GANIVET

—Toos se quejan —contestó el tío Rentero—, y la verdá es que hay que suarlo, créame osté; pero cuando ya se **le han visto las orejas al lobo,** se tiene pacencia.

Los trabajos del infatigable creador Pío Cid, 1898.

YOLANDA ARENALES

Tal vez él y algún otro se salvaran, pero las posibilidades de que sobrevivieran solos eran harto ínfimas. De modo que, en **viéndole las orejas al lobo,** dedicó menos tiempo a reprendernos y más a buscar remedio.

Desde el Arauco, 1992.

De lo que se come se cría

a la vuelta lo venden tinto

Esta frase popular se utiliza para expresar indiferencia, desentendiéndose de lo que pide o sugiere alguien. Suele relacionarse con una anécdota protagonizada en la localidad sevillana de Écija por el gran diestro Joselito, quien a principios del siglo XX mantuvo con Juan Belmonte una extraordinaria rivalidad que polarizó el mundo del toro hasta la muerte de aquel en la plaza de Talavera de la Reina en 1920. Según esta tradición, Joselito habría enviado a un conocido personaje astigitano (de Ástigi, hoy Écija), el Bizco Pardal, a realizar algunas compras. Por lo visto el Bizco cumplió felizmente el encargo, pero cuando el diestro le solicitó las vueltas el otro remoloneó un rato antes de contestar: «¿Las vueltas? A la vuelta lo venden tinto».

La realidad, sin embargo, es bien diferente, puesto que la expresión podemos encontrarla ya en la obra de José María de Pereda *Tipos y paisajes* (1871), que deja bien a las claras su origen popular: «[la sirvienta] fijó bien en la memoria las palabras abuja, endimpués, bujero, cudiado, sastinfecho, bolpe, juegar y otras por el estilo del lenguaje fino fregonil, y algunas muletillas de igual procedencia, como ¡Ya baja! ¡A la vuelta lo venden tinto! ¡Cómo no, morena!...». Como se ve, el dicho es bastante anterior. Y, de hecho, aparece también en las *Poesías líricas y jocoserías* (1743) de José Benegasi y Luján. Ahora bien, ¿de dónde procede? No lo sabemos. Permítasenos aquí un final abierto, tan de moda hoy en los desenlaces de temporada de las series televisivas.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Y no digan que eres casada y que tu hijo se tiene que llamar Rubín... ¡Qué comedia! Tú eres mayormente viuda y libre, porque a tu marido cuéntale como que está en gloria... Y bien saben todos que **a la vuelta lo venden tinto,** y el chico en la cara trae la casta […].

Fortunata y Jacinta , 1885-1887.

RAMÓN AYERRA

[…] y era el marrajo de su padre el que con vida desatentada y de perdido había hilvanado a sus solas expensas una tradición de ironía, befa y chufla, y en la vida como en todo, **a la vuelta lo venden tinto.**

La lucha inútil , 1984.

arrimar el ascua a su sardina

Si alguien arrima el ascua a su sardina es que está aprovechando la coyuntura en su beneficio; en definitiva, que está haciendo un uso egoísta de las circunstancias. La imagen es suficientemente elocuente, de modo que no cabe añadir mucho más. El dicho se recoge ya en el repertorio de Sbarbi (1872) y se incorpora al diccionario de la Real Academia en su duodécima edición, de 1884. Al asomarnos a este último, por cierto, vemos otros modismos dedicados a este sabroso y humilde pescado: por ejemplo *estar como sardinas en banasta,* frase «con que se pondera la apretura con que se está por el mucho concurso». Y la cosa tiene su miga, porque, pese a la definiciónacadémica, no podemos dejar de pensar que las sardinas estaban entonces mucho más holgadamente que hoy, reducidas como andan a la prisión de la lata.

Pero volvamos a lo nuestro e intentemos aportar algo de luz sobre el posible origen de la locución. José María Iribarren se hace eco de Francisco Rodríguez Marín para afirmar que podría provenir de la antigua costumbre existente en los cortijos de entregar sardinas a los trabajadores para que las asaran en la lumbre. Al parecer era habitual que estos cogieran las ascuas arrimándolas a su sardina, apagándose así el fuego general. Tanto es así que finalmente habría acabado prohibiéndose el consumo de este pescado. Y Rodríguez Marín apoya este origen en una versión que se remata así: «por eso quitaron las sardinas de los cortijos del Viso». Pudiera ser, pero en ese caso habría que remontarse a tiempos antiguos, pues Gonzalo Correas recoge ya en su *Vocabulario de refranes* (1627) dos variantes del dicho (*Cada uno huelga llegar la brasa a su sardina, puesta a asar* y *Cada uno llega la brasa a su sardina*) y aparentemente no existe rastro documental de la que finalmente ha acabado imponiéndose hasta el siglo XIX .

BENITO PÉREZ GALDÓS

[…] y por fin, tratando de la próxima elección parcial, aprovechó la coyuntura que se le presentaba para **arrimar el ascua a su sardina** […].

La incógnita , 1889-1889.

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

El taurino es un hombre que vive alrededor de los toreros, prestándoles servicios accesorios, que apaña sus comisiones, que actúa de corifeo y que pontifica en las discusiones, **arrimando el ascua a su sardina.**

Historia de una tertulia, 1952

ANTONIO GALA

Del Gobierno de Aznar están tirando unos y otros para **arrimar** cada cual **el ascua a su sardina.** Y lo peor es que el Gobierno no se opone, sino que se deja tironear.

«La extraña regeneración», *El Mundo,* 15/12/1996.

con su pan se lo coma

Se expresa con esta frase indiferencia ante la decisión o actitud de otra persona; equivale aproximadamente, por tanto, a «¡allá él!» o «¡allá se las componga!». Tiene muy larga tradición, pues la recoge ya Covarrubias, y se documenta a mediados del siglo XVI . Iribarren apunta que es posible que fuera popularizada por Iriarte a través de la fábula «El elefante y otros animales». En todo caso, y como deja claro el académico navarro, tiene abundante uso anterior. El propio Quevedo la utiliza hacia 1600 como estribillo de una conocida letrilla satírica: «Que el viejo que con destreza /
se ilumina, tiñe y pinta, / eche borrones de tinta *al papel de su cabeza;* que enmiende a naturaleza, *en sus locuras protervo;* que amanezca negro cuervo, / durmiendo blanca paloma, con su pan se lo coma». Y lo mismo hace Lope de Vega en uno de los poemas incluidos en *El peregrino en su patria* (1604): «El que vive alegremente / vida estragada y ociosa *y muere como ha vivido,* que con su pan se lo coma». El dicho, que como vemos era bastante popular en el Siglo de Oro, resulta intuitivo como expresión de desdén o desinterés y no requiere explicación. Es, por otra parte, uno de tantos en los que el pan aparece

como protagonista: «a buen hambre no hay pan duro», «a falta de pan, buenas son tortas», «a pan y agua», «al pan pan y al vino vino», «con pan y vino se anda el camino», «contigo, pan y cebolla», «de toma pan y moja», «hacer un pan como unas hostias», «negar el pan y la sal», «ser pan comido»… La cosa deja bien a las claras la importancia del pan en el sustento diario del pueblo. Y es que las penas con pan, naturalmente, son menos.

LEÓN DE ARROYAL

Ya por su casa hay duendes,
ya por su calle hay sombras,
ya por su ropa hay faltas,
ya por su cuerpo hay sobras.
No, no anda en buenos pasos,
el Pueblo lo pregona;
pero yo no sé nada,
con su pan se lo coma.

Los epigramas, 1784.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

Martín. —¿Se pica usted, camarada?
Pues **con su pan se lo coma.**

Marcela o, ¿cuál de los tres?, 1831.

ROMÁN AYERRA

¿Daño dice? Vaya usted al cuerno que ya acabó la audiencia —y apostilló—: Se le aconsejó por la Autoridad que desista de cebolleces y recuerdos, pero si insiste, **con su pan se lo coma.**

La lucha inútil , 1984.

confundir la velocidad con el tocino

En principio, lo de confundir la velocidad con el tocino no es cosa fácil. Y esa es precisamente la gracia de la locución, puesto que esta significa ‘confundir o mezclar cosas muy distintas entres sí’. Ahora bien, ¿por qué la velocidad y el tocino? Parece claro que la elección resulta aleatoria y que no se trata más que de una frase ingeniosa. Aun

así, hay quien se empeña en vincular estos dos términos. ¿Cómo? Pues mediante su relación causa-efecto: a mayor consumo de grasa o tocino, menor velocidad. O, más sesudamente, porque el tocino se utilizaba tradicionalmente para engrasar distintos mecanismos facilitando así la velocidad en la tarea que se desarrollaba con ellos. En fin, que hay gente para todo.

La frase, en todo caso, es bastante reciente y no logramos documentarla antes de 1960. De hecho, el diccionario académico la incluyó por vez primera en su vigesimosegunda edición, de 2001. En realidad, parece inspirarse en una expresión anterior —se empleaba ya en el primer cuarto del siglo XIX — de igual significado y, al menos en apariencia, igualmente disparatada: *confundir el culo con las témporas*. Las témporas (del latín *temp ŏ ra,* plural de *tempus,* 'tiempo, estación') son breves ciclos litúrgicos consagrados al ayuno y la plegaria en el comienzo de cada una de las cuatro estaciones del año. Pero la verdad es que uno —llámenme mal pensado— nunca ha podido sustraerse a la idea de que se trataba en realidad de un eufemismo que venía a sustituir a una voz con carga sexual, por ejemplo la correspondiente a otro de los atributos de la mujer que tradicionalmente «sulibeyan» a los caballeros. Lo lógico es que entre los dos elementos de comparación haya una mínima semejanza, del tipo que sea, como ocurre con la gimnasia y la magnesia, o las churras y las merinas. ¿Cómo vamos, si no, a confundirlos?

JAVIER MAQUA

—Pero ¿no va a misa la Juli?
—Ya lo creo.
—Entonces será de Franco.
—Tendrá que ver la **velocidad con el tocino.**

Invierno sin pretexto , 1992.

LORENZO DÍAZ

La ligereza es el mensaje y, en aras de un ritmo mal entendido, **se confunde la velocidad con el tocino.**

Informe sobre la TV. en España, 1989-1998, 1999.

cortar el bacalao

Quien corta el bacalao es el que manda en un lugar, el que verdaderamente tiene el poder. Pero ¿por qué el bacalao? Pues porque su historia es una historia de éxito, como se dice ahora. Gracias a su escaso porcentaje de grasa, este pescado acepta particularmente bien el secado y la salazón, lo que, junto a la abundancia de los bancos del Atlántico Norte, lo convirtió en uno de los más populares de nuestra gastronomía. Todo dio comienzo en los albores del siglo XVI —hasta ese momento en los hogares españoles se consumía merluza secada al aire, pero esta comenzó a escasear—,cuando los pescadores vascos empezaron a desplazarse a Terranova, cuyas aguas frías constituyen el hábitat ideal para este pez. El despegue de la industria fue tal, que asociada a ella floreció otra de importancia no menor, la de la sal. A este éxito contribuyó de forma decisiva la prohibición de la carne por parte de la Iglesia en determinadas épocas del año.

A partir de aquí, sin embargo, la cosa se complica, porque no hay argumentos suficientes para justificar el origen del dicho. En todas las hipótesis se han relacionado, lógicamente, dos elementos: el corte del bacalao y el mando en plaza. Así, hay quien remite a las plantaciones de las colonias, en las que el capataz era el encargado de cortar el bacalao que se servía en el rancho. Pero por las fechas en que empieza a popularizarse el modismo, a finales del siglo XIX —el diccionario académico lo recoge en 1925— con el imperio colonial español en plena disolución, la historia no parece demasiado convincente. Y no hay tampoco pruebas documentales de que su uso se extendiera primero en América. Otras fuentes remiten a las tiendas de ultramarinos porque el corte del bacalao, que se llevaba a cabo con una guillotina especial, era tarea reservada al propietario o encargado del comercio. Por último, hay quienes piensan sin más en los hogares españoles, donde el consumo de este pescado era especialmente abundante en la Cuaresma. Y quien cortaba el bacalao —literal y figuradamente— era el paterfamilias, el jefe del grupo familiar. Queda en manos del lector aceptar pulpo como animal de compañía.

TOMÁS CRUZADA

En Montevideo sigue S. M. Don Antonio I y único, como por aquellos lares llaman a Fuentes, **cortan do el bacalao.** En la corrida del 20 de febrero realizó, con el toro Cordelero, número 14, negro zaino, de Peñalver, quizá la mejor faena de la temporada.

La Peña, 21/03/1910.

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

Yo tenía mejor planta que ellos y tenía labia pa las mujeres y pa los hombres, y ande íbamos era yo el que **corta ba el bacalao.** Y vamos a lo que vamos.

Paseíllo por el planeta de los toros, 1970.

dar sopas con honda

‘Tener mucha superioridad sobre otra persona’, tal es el significado de esta expresión, que no se incorpora al diccionario académico hasta su vigésima edición, de 1984. Sobre su grafía existe mucha vacilación, probablemente porque se relacionan la sopa y las ondas (que se forman en la sopa, como en cualquier otro líquido, al producirse una perturbación). Pero se escribe con hache, como deja bien a las claras la Real Academia, y eso nos proporciona ya una pista importante. La vinculación de las sopas (hablamos de ellas en plural: de pan empapado en un líquido, por tanto) y la honda (esa tira de cuero o esparto empleada para lanzar piedras) no parece fácil de establecer. Y precisamente por ello cabe pensar en una exageración: si dar las sopas con cuchara, como es normal, implica ya una cierta preeminencia —se les dan a los niños o a los enfermos—, la hipérbole agudiza la diferencia de capacidades entre los dos actores, porque la extrema habilidad de uno contrasta con la incapacidad de otro.

Aunque la cosa parece funcionar, existe otra teoría francamente interesante. Ya *en La pícara Justina* (1605) puede leerse lo siguiente: «El mayor [temor] que yo tenía era no hubiese cogido alguna sopa de arroyo o marinica de cascajal, que es lo mismo que lágrima de Moisén, y, dicho en romance, es un guijarro». Y Sancho, en la segunda parte del *Quijote* (1615), vuelve a hacer mención de esta «sopa de arroyo»(‘piedra suelta, guijarro’), que además viene recogida en el diccionario de la Real Academia. Así que miel sobre hojuelas. Y no existe mayor demostración de superioridad con la honda que apedrear al otro. Todo cuadra, pues, salvo la secuencia temporal, porque no hay documentación de la frase (*dar sopas con honda*) hasta principios del siglo XX , cuando hacía mucho tiempo que se había perdido la expresión de referencia (*sopa de arroyo*). De modo que, dramatizando un poco, nos quedamos con el alma en vilo. O no tanto, porque lo de exagerar es muy propio del suelo patrio, y lo mismo damos sopas con honda que —en palabras de Jardiel Poncela— «arrope en porrón o guisantes con tirador».

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

[…] me suena que fue un tío que debía bordar el órdago a lo grande, mejorando a los presentes, que sois todos unos chambones chapuceros, y quitándome a mí, que os **doy sopas con honda** en los envites.

Paseíllo por el planeta de los toros , 1970.

CARMEN MARTÍN GAITE

Tenías que haber seguido estudiando y luego sacar unas oposiciones, pedir una beca, algo. ¡Si en el instituto, vaga y todo, acuérdate, nos **dabas sopas con honda** a las más estudiosas!

Nubosidad variable, 1992.

dársela a alguien con queso

La expresión, que hace referencia a un ardid, trampa o engaño, es, tal y como la conocemos, relativamente reciente, pues no parece documentarse antes de la segunda mitad del siglo XIX . De hecho, la Real Academia la incorporó a su diccionario en la decimonovena edición, de 1970. La reflexión más inmediata nos conduce de forma intuitiva a las trampas tradicionales para ratones, en las que se empleaba el queso como cebo. No obstante, hay voces que defienden otra teoría. Esta quiere sustentar el origen de la expresión en la costumbre inveterada de los bodegueros manchegos de agasajar a los clientes interesados en adquirir su vino con un queso muy curado y conservado en aceite. Lo que aparenta ser atención no era sino una estratagema para impedir que los compradores pudieran distinguir el buen vino del aguado o estropeado. Porque, aunque el maridaje del queso y el vino es más que conocido, un queso de sabor poderoso —como es el caso— puede «comerse» a un vino joven o sin crianza.

La verdad es que no hace falta ir tan lejos: la metáfora del queso de la ratonera como imagen del engaño es casi un lugar común y se repite a lo largo de la historia. Existió además desde época antigua una construcción paralela: *armar con queso.* La recoge ya Covarrubias, que la define así: «significa cebar a uno con alguna niñería para cogerle como si fuera un ratón». No muy diferente es el tratamiento de Gonzalo Correas: «Atraer a uno, con cosa que apetece, a engaño y trampa, como los ratones que son golosos por queso». Y el *Diccionario de autoridades* (1726), después de la definición, insiste en el mismo origen: «Es frase vulgar tomada del armadijo que se hace a los animales para que caigan en él; para lo cual se les pone el cebo que los convida y trae al lazo». Se mantuvo en uso hasta el siglo XIX , coincidiendo con la eclosión de la variante empleada en la actualidad. ¿Por qué mezclar el mal vino?

ANÓMINO

El pícaro ha despertado,
pero **la armaré con queso,**
para que quede entrampado.

El bravo Juan García Nebrón. Romances de ciego, c. 1850-1900.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Las mujeres no son todas de la calaña que usté dice, por decir, claro está. Pero hay algunas tan sutiles e hipócritas que al lucero del alba se la **dan con queso** [...].

Tigre Juan, 1926.

MANUEL MARTÍNEZ MEDIERO

Ah, pero a mí no me engañan... Son ustedes unos consumados comediantes, y pueden dejar con la boca abierta al más distinguido auditorio, pero a mí no me la **dan con queso...**

Las bragas perdidas en el tendedero, 1982.

JAVIER ORTÍZ

Escuchando estos días las radios y leyendo a ciertos articulistas de la Villa y Corte, he llegado a la conclusión de que el truco de *El Español* se repite. Me engañaron entonces, pero esta vez no me la **dan con queso.**

«Independentistas camuflados», *El Mundo,* 20/08/1994.

de higos a brevas

Los ciclos de la naturaleza han sido siempre empleados por el hombre como medida del tiempo. Y tal ocurre con esta expresión, que significa 'de tarde en tarde, raramente'. Fue recogida por la Real Academia en la undécima edición de su diccionario, de 1869, pero se documenta ya en la primera mitad del siglo XIX . La higuera, asociada desde antiguo con la abundancia y la prosperidad —no por casualidad está presente en el mito fundacional de Roma: Rómulo y Remo eran alimentados por la loba a la sombra de una higuera—, se extiende por todo el Mediterráneo. Se trata de un árbol singular que, como es sabido, produce dos frutos: la breva y el higo, por este orden. La breva madura a finales de la primavera o principios del verano, mientras que el higo entra en sazón a finales del verano. Transcurre poco tiempo, por tanto, entre brevas e higos (alrededor de tres meses) y

mucho más (nueve meses, más o menos) entre higos y brevas. No resulta necesario, por tanto, incidir sobre el tema. Si acaso reseñar la existencia de otras variantes frutícolas (relacionadas con el cultivo de los frutales), que expresan el mismo concepto: de uvas a peras, por ejemplo, o el cruce de uvas a brevas. A efectos temporales lo mismo da, aunque convendremos en que la imagen —por el cambio de planta y de fruto, ya sabemos que no se pueden sumar peras con manzanas— es menos poderosa, menos redonda. ¡Por algo no han prosperado con igual vitalidad!

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Hemos dicho que **de higos a brevas** hacía don Robustiano un viaje a la capital, o a alguna feria o santuario de la provincia, y es conveniente añadir aquí cómo le hacía.

Tipos y paisajes , 1871.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

—¡Ja, ja, ja! Me haces reír, alma de cántaro. Un Don Juan no nace de madre sino con grandes espacios y **de higos a brevas,** cuando Dios quiere, porque ya las cosas de tejas abajo andan por extremo confusas, a causa de los enredos de las mujeres. Entonces envía Dios uno de estos redentores.

Tigre Juan, 1926.

JAVIER MAQUA

[…] lo cierto era que, por aquel entonces, la feliz pareja se reunía en apasionado abrazo muy **de higos a brevas** […].

Invierno sin pretexto , 1992.

SANTI ORTIZ TRIXAC

La profesión de torero es discontinua e irregular; diestros hay que torean a destajo, mas otros lo hacen **de higos a brevas;** era absurdo, por lo tanto, aplicarles la ley del dominical descanso como si estuviesen sujetos a un horario regular.

Lances que cambiaron la fiesta , 2001.

descubrirse el pastel

El pastel al que hace referencia la expresión no es precisamente dulce, pues se trata de algo oculto o encubierto. Y, naturalmente, aquello que

se ha de ocultar rara vez resulta bienintencionado. El uso de la frase es antiguo, pues se documenta a mediados del siglo XVIII , pero el sustantivo había adquirido connotaciones negativas con bastante anterioridad. Dos de las acepciones del *Diccionario de autoridades* (1739) así lo atestiguan:«En el juego es una fullería, que consiste en barajar y disponer los naipes, de modo que se tome el que los reparte lo principal del juego o se le dé a otro su parcial» y «Metafóricamente, se toma por el convenio de algunos, secreto o encubierto, para algún intento, regularmente no bueno».

En sentido recto, los pasteles de la época eran en realidad una especie de empanada de carne picada cubierta por hojaldre, «refugio de quienes no pueden hacer olla», según Covarrubias. Los pasteleros no tenían precisamente buena fama. Tanto por la calidad de la carne que empleaban («Los perritos regalados *que a pasteleros llegan,* si con ellos veis que juegan, *ellos quedarán pecados:* habrá estómagos ladrados, *si comen lo que comí.* Mas no ha de salir de aquí», dice una letrilla satírica de Quevedo), como por el tamaño del pastel («De los pasteleros dijo que había muchos años que jugaban a la dobladilla, sin que les llevasen [a] la pena, porque habían hecho el pastel de a dos de a cuatro, el de a cuatro de a ocho, y el de a ocho de a medio real», puede leerse en el *Licenciado Vidriera* [1613], de Cervantes). Vamos, que en el pastel, especialmente en el relleno —que queda siempre oculto—, había trampa o engaño. De ahí el modismo, que después pasó a usarse en política, dándose a «pastel» el valor de 'conjura': de *pasteleros* ('conjurados') fueron tachados los absolutistas. Valga para terminar la metáfora de Quevedo, siempre diestro en olerse tostadas de este tipo y en denunciarlas sarcásticamente, en *La culta latiniparla* (1629), donde burlándose del lenguaje culteranista afirma: «Al pastel llamará "pícaro de masa"».

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Tiró el diablo de la manta y **se descubrió el pastel.** El Gabinete de las Tullerías comienza a enseñar la punta de la oreja de sus propósitos.

Artículos y escritos diversos, c. 1870.

CRISTINA ALMEIDA

Ha caído en este entramado algún mensajero que **descubrió el pastel.** Aquel contable despedido, Carlos van Schowen, al que se mata como mensajero molesto de la verdad.

Carta abierta a una política honrada sobre la corrupción, 1995.

échale guindas al pavo

Lo de echarle guindas al pavo suena bien. Aunque —para gustos los colores— habrá muchos que prefieran por un lado el pavo y las guindas por otro. Nada de mezclas. Y estos, claro, elegirán la versión simplificada de la expresión, que prescinde sin más del pavo. Pero dejémonos de disquisiciones culinarias, que poco tienen que ver con el modismo. Este, que se emplea para expresar asombro o enfatizar la importancia de algo, se documenta muy recientemente, a partir de mediados del siglo XX . De hecho, se recoge en el diccionario académico solo en su vigesimosegunda edición, de 2001. Su origen está bien localizado y es una canción: «¡Échale guindas al pavo!», popularizada por Imperio Argentina y Miguel Ligero en la película *Morena Clara* (1936), cuyo estribillo decía así: «Échale guindas al pavo, *échale guindas al pavo,* que yo le echaré a la pava / azúcar, canela y clavo».

Hay, sin embargo, algo más: un cruce con una expresión añeja, documentada ya en el siglo XVIII : *echar guindas a la tarasca* (en su versión proverbial, «Échale guindas a la tarasca y verás como las masca»). La tarasca era un monstruo de cartón con forma de serpiente o dragón que recorría las calles de algunas ciudades españolas durante las procesiones del Corpus. La bicha causaba pavor entre los muchachos, que gustaban de echarle cerezas y guindas por su gran boca. El modismo venía a expresar, por una parte, el asombro ante la facilidad con que se resuelve una aparente dificultad; por otra, la inutilidad de un esfuerzo, puesto que la tarasca era insaciable. De hecho, existía una versión anterior en la que la sierpe engullía caperuzas y no guindas. La explicación nos la da Covarrubias: «Los labradores, cuando van a las ciudades el día del Señor, están abobados de ver la tarasca, y si se descuidan pueden los que la llevan [la tarasca] alargar el pescuezo y quietarles las caperuzas de la cabeza». Total, que la cosa viene de antiguo y tiene su arraigo folclórico. Casi ná.

PRENSA

Un bailaor, tres palmeras y un guitarrista le jalearon mientras que el inefable demostraba sus dotes para el baile español y el taconeo, a la vez que interpretaba **Échale guindas al pavo.**

«Raphael concluye hoy sus actuaciones en el Conde Duque de Madrid», *El Mundo* , 24/08/1994.

PRENSA

El símbolo del Gobierno es un chalé: La Moncloa. Le llaman Palacio de la Moncloa, porque aquí, con lo que nos gusta un chalé, nos parece poco el chalé para simbolizar el poder. La Zarzuela mismo es un chalé. El primer chalé en la España de los chalés, pero **chalé guindas al pavo** al fin y al cabo.

«Chalés a 25 minutos del despacho», *Época,* 28/04/1997.

el que asó la manteca

«¡No se le ocurre ni al que asó la manteca!», se oye con cierta frecuencia con afán de reprobación. Y es que el personaje proverbial, el que tuvo la ocurrencia de asar la manteca, simboliza al mayor de los necios. La expresión se emplea al menos desde mediados del siglo XIX y la Real Academia la incorporó a su diccionario en la duodécima edición, de 1884. Como es sabido, la manteca es la gordura, la grasa de los animales; la del cerdo, si no se especifica. Y al asarla, naturalmente, esta se derrite. De modo que la idea no parece demasiado brillante. ¿O sí? Pues depende de la técnica y del punto de vista. Es posible que hoy fuera percibido —comparativamente— como una genialidad. Vamos, que lo de asar la manteca podría haber sido algo así como la esferificación del siglo XVII . De hecho, uno de los más celebres cocineros del Siglo de Oro, Francisco Martínez Motiño, jefe de cocina de la casa real, dejó en su libro *Arte de cocina, pastelería, bizcochería y conservería* (1611) una receta al respecto: «Cómo se puede asar una pella de manteca de vacas en el asador». En ella, tras detalladas instrucciones —la cosa tiene su arte—, puede leerse que «si te das buena maña a echar el pan, la asarás sin que se derrita gota de manteca más de lo que se empapare en el pan». Por lo que parece no fue muy bien recibida, pero tiene buena pinta. Aunque, claro, siempre ha habido gentes dadas al desdén y reacias a la innovación.

LUIS COLOMA

¡Proponer a María Villasis para presidenta!... ¡Si eso no se le ocurre ni **al que asó la manteca** !... Y claro está, sucedió lo que tenía que suceder: que la muy mojigata dio con todo al traste […].

Pequeñeces, 1891.

FERNANDO QUIÑONES

Bueno, yo se lo aguantaba porque era cariñoso y buena persona, pero eso no se le ocurre ni **al que asó la manteca ,** que cosa más chocante […].

Las mil noches de Hortensia Romero, 1979.

entrar (o meterse) en harina

Metidos ya en la harina de este libro no hay marcha atrás, así que sigamos adelante. Cualquier español habrá identificado sin demasiados problemas la expresión arriba empleada y podrá descodificarla de forma automática. Más problemas tendrán otros hispanohablantes, pues si hacemos caso de la Real Academia su uso es exclusivo de España. Y para la gran mayoría de los demás extranjeros será simplemente indescifrable: ¿meterse en harina?, ¿qué disparate es ese? Imaginemos su estupor.

No tiene nada de nuevo, claro, es lo que suele pasar con las expresiones idiomáticas, ya que para su comprensión no basta dominar el código general de la lengua. De modo que facilitemos algo su labor y demos el significado: 'entrar en materia, empezar a desarrollar una actividad, especialmente si se hace con empeño'. El modismo tiene bastante tradición y se documenta abundantemente desde mediados del siglo XIX . Pero la Real Academia lo recoge ya en 1817, en la quinta edición de su diccionario, así que debió de circular incluso con anterioridad. En realidad su origen resulta fácilmente deducible, porque quien entra o se mete en harina es, literalmente, el panadero cuando lleva a cabo su tarea: meterse en harina es, por tanto, comenzar a elaborar el pan y, por extensión, cualquier otra faena.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Tal es la historia del presente libro... Conque **metámonos ya en harina,** quiero decir, demos comienzo a la relación de El corregidor y la molinera […].

El sombrero de tres picos, 1874.

MIGUEL DELIBES

Se me hace a mí que el torda de León ya no tiene remedio. A lo bobo **se ha metido en harina** y lo que pasa. Hoy me salió con que la chavala lo lleva de apunte y es hija de españoles. Entonces aproveché para decirle que la cría tiene dije, pero que la guancaba yéndole a buscar al hotel.

Diario de un inmigrante, 1958.

ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT

Y ya **metidos en harina** recordemos que, aunque parezca mentira, en España siempre han existido grandes prejuicios sobre el aspecto de las monjas. Es un tópico conocido el pensar que, cuando una mujer «se mete» monja se debe a que es fea y ha desesperado de encontrar un marido.

La deuda de Eva. Del pecado de ser feas y el deber de ser hermosas, 2002.

hacer el caldo gordo

La expresión, que se emplea con el significado de 'actuar de modo que aproveche o favorezca a otra persona, generalmente de forma inadvertida o involuntaria', se usa desde antiguo. La Real Academia la recoge en el suplemento de la sexta edición del diccionario, de 1822, pero se documenta casi una centuria antes. El caldo gordo —graso, untuoso— es el que tiene carnes y, sobre todo, el que tiene tocino: «sobre la vaca cortada y hechos platos de ella sembrar sal con un cuchillo y echar del mismo caldo sobre la carne; si la carne es magra, sea el caldo gordo; si fuere la carne gorda, echarle el caldo magro, que no tenga gordura», puede leerse en el *Libro de guisados* (1529) de Ruperto de Nola. Y algo más adelante esta misma obra afina un poco más: «Las pencas de las berzas […] ponerlas has a cocer con buen caldo gordo; y toma unto de puerco o lardo, que es tocino derretido, y toma dos cebollas y córtalas a manera de cruz; y ponlas a cocer con las pencas de las berzas». Se trata, por tanto, de un caldo sustancioso, enriquecido, que lleva su tiempo y tiene su trabajo. Y que en aquella época no era accesible para todo el mundo ni en todas las fechas. Si atendemos a la primera definición académica («darle o proporcionarle [a alguien] los medios que para alguna cosa le faltaban, o en que mas principalmente estaba el conseguirla»), la metáfora está servida. Porque con el caldo gordo se elaboran los mejores platos, platos «con fundamento», como diría un célebre cocinero vasco.

FRAY MARTÍN SARMIENTO

Poco importa que a este género de conducta vil, llamen los discretos ignominia de la naturaleza racional. Eso no lo saben los mentecatos; y solo con estos se ha de **hacer el caldo gordo** de nuestra fortuna.

El porque sí y el porque no , a. 1772.

RICARDO PALMA

Y Fernández Estrada empezó desde ese día a **hacer caldo gordo** con los maravedises que cobraba por derecho de peaje.

Tradiciones peruanas, 1877.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

—Que no hable de política. Todo es política. Ahora dicen que vamos hacia la democracia. ¿De la mano de quién? Pues de los mismos charnegos que **hicieron el caldo gordo** al franquismo. Primero la democracia y luego las autonomías; la mare que'ls va parir!

La soledad del mánager, 1977.

hay más días que longanizas

«Hay más días que longanizas», decimos cuando queremos expresar que tenemos tiempo suficiente para hacer algo, que no urge, de modo que si no se hace hoy se hará mañana. El dicho tiene larguísima tradición. Tanta que lo recoge ya el marqués de Santillana en sus *Refranes que dicen las viejas tras el fuego* (a. 1454). Si atendemos a Covarrubias, su origen es bien distinto del que cabría imaginar: «Dícese de los que se comen lo que tienen con mucha prisa, sin mirar que hay mañana». Sobre ello insiste el *Diccionario de autoridades* (1732), que destaca que enseña la «economía y que las provisiones del gasto cotidiano se deben reservar y no apurar en poco tiempo». Pero este mismo diccionario recoge ya la acepción hoy más habitual, que de hecho estaba en uso al menos desde la primera mitad del siglo XVI .

La frase resulta ambigua y admite las dos interpretaciones: la clave está en las longanizas, que parecen abundar en un caso —en ello descansa el valor ponderativo— y ser un bien escaso en otro. No obstante, desde antiguo parece predominar claramente la primera, que, por cierto, no está de más traer a la memoria de vez en cuando en tiempos tan acelerados como los que vivimos (bien podría proponerse como adaptación castiza de eso que se denomina «movimiento *slow* »). Y es que, nos pongamos como nos pongamos, longanizas haberlas haylas. Y en cantidad. Algunos hasta atan los perros con ellas.

ALFONSO DE VALDÉS

Mira Mercurio, **más hay días que longanizas.** Mañana podrás hacer lo que no hicieres hoy.

Diálogo de Mercurio y Carón, 1529.

BENITO PÉREZ GALDÓS

No es que yo renuncie al cumplimiento de mi destino; pero ya vendrá la ocasión, ¿no es verdad, niña mía? **Hay más días que longanizas,** y tiempo hay, tiempo hay.

El terror de 1824, 1877.

ÁLVARO POMBO

Una zona poco definida y muy cercana a la fría cabeza y al sensato juicio con que Pelé no podía menos de juzgar la situación presente: lo sensato era darse cuenta, y tío Gonzalo tenía que darse cuenta, de que mañana y pasado y al otro habría días que serían iguales que hoy, días corrientes y molientes, **más días que longanizas** y que tío Gonzalo y él tendrían tiempo de verse hasta hartarse durante todo el nuevo curso.

El metro de platino iridiado, 1990.

los experimentos, con gaseosa

La expresión, que no se recoge en el diccionario académico, incide sobre lo inapropiado de aprender o llevar a cabo pruebas con cosas importantes o de algún valor. Se le atribuye a Eugenio d'Ors, que la cita en una de sus glosas. Cuenta en ella el escritor catalán que un joven oficial decidió convidar a una copa de champán francés (de champán, sin más, pero antes el cava era también champán) a sus compañeros de pensión. El encargado de descorchar la botella fue un camarero resuelto pero poco experimentado, con tan mala fortuna que derramó parte del preciado líquido en el mantel. Cuando intentaba disculparse el aprendiz, atronó la voz del capitán: «Los experimentos, joven, con gaseosa». La frase ha tenido éxito y desde la década de los setenta del siglo xx la encontramos por doquier. En su versión original y en otras, porque en buena parte de España, en algunos periodos del siglo pasado —como hoy—, hablar de gaseosa era hacerlo de La Casera, y el tinto con casera, con minúscula, se convirtió casi en bebida nacional en los días de diario, los de poca o ninguna celebración. Así que no extraña que la marca, ya lexicalizada, entrara

a formar parte del modismo: «los experimentos, con casera». Claro, que, salvo a efectos lingüísticos, lo mismo nos da. Y a estos, lo mismo nos hubiera dado que la triunfante fuera otra marca: La Pitusa o La Revoltosa, por ejemplo. ¡Qué tiempos!

BENIGNO BLANCO Y JUAN MESEGUER

¿Es razonable hacer este experimento con los menores? Creo que no. **Los experimentos con gaseosa,** como dijo Álvaro d'Ors; no con niños, por favor.

Familia. Los debates que no tuvimos, 2012.

BENJAMÍN PRADO

[…] si hay alguna frase que odie es esa de **«los experimentos, con gaseosa».** Cada vez que alguien la dice en mi presencia, respondo: «Si Pasteur, Fleming y Wilhelm Roentgen hubieran pensado eso, los microbios nos seguirían matando, no existirían ni la penicilina ni los rayos X, y tú estarías tres metros bajo tierra.

Ajuste de cuentas, 2013.

mala uva

La mala uva —esto es, la 'mala intención' o el 'mal humor'— es mejor tenerla cuanto más lejos mejor. Curiosamente la expresión no se incluye en el diccionario académico hasta su vigesimosegunda edición, de 2001. Hace dos días, por tanto, aunque no es tan reciente, pues encontramos documentación de principios del siglo XX .

La expresión tiene equivalentes en sus distintos significados: *malas pulgas* , *mala sangre* o *mala leche* , por ejemplo. Pero todas ellas las relacionamos metafóricamente de forma intuitiva: no es necesario incidir sobre las pulgas, que aluden a los perros y son razón suficiente para el mal humor; la sangre remite a la naturaleza de la persona, y la leche, a su crianza (de ahí expresiones como «la leche que te dieron» o «la leche que mamaste»), pero también a la leche cortada, agria como el mal carácter.

¿Y la uva? Pues al vino, concretamente al mal vino, que se obtiene de la mala uva. Y quien tiene mal vino, claro, es que tiene mal beber; es decir, resulta desabrido, irritable y agresivo en estado de embriaguez: «Estás borracho y tienes mal vino; a casa», puede leerse en *La familia de Alvareda* (1849), de Fernán Caballero. En realidad la identificación de la uva y la borrachera es antigua, y ya Covarrubias

recoge la construcción «hacerse uva», que es 'emborracharse'. De ella se sirve el verbo afilado de Quevedo: «Ferraguto, agarrando de una cuba *que tiene una vendimia en la barriga,* mirando a Galalón hecho una uva / le hizo un brindis, dándole una higa» (*Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando* [c. 1626-1628]). Por cierto, que a vueltas con el artículo uno no puede dejar de pensar en el insigne escritor madrileño del Siglo de Oro, porque, si su ingenio resplandece, no menos lo hace su mala uva o, mejor aún, su malafollá.

CAMILO JOSÉ CELA

Será cierto lo del amigo —piensa la niña—, papá tendrá sus planes, pero ¡también sería **mala uva** que se viniera a meter aquí!

La colmena , 1951-1969.

JUAN GARCÍA HORTELANO

Su hieratismo, recalcado hasta los límites del desprecio, me ofrecía ella.
—¿Por qué te has vuelto a poner la cofia y el delantal?
—Si no va buscando más que chicolear un rato, me vuelvo a mis ocupaciones, que me sobran.
—Oye, cordera, ¿te he faltado yo en algo?
—¿A mí?
—Entonces, ¿por qué me tienes ese gesto de perro, desde que me he levantado?
—Una servidora no tiene cara de perro.
Hidrofóbico, pero mejor no discutir.
—¿Estás de **mala uva** ?
—Y usted, ¿de qué leche cree que debo estar?
—Explícate.
—A una servidora la pagan para que trabaje, no para que se explique.

El gran momento de Mary Tribune, 1972.

ÁLVARO POMBO

Y había en todas las conciencias una **mala uva** específicamente santanderina que se regocijaba al pensar que el indiano se estaba echando encima un lío gordo […].

Una ventana al norte, 2004.

miel sobre hojuelas

«¡Miel sobre hojuelas!», decimos cuando queremos expresar que una cosa viene a mejorar otra que ya de por sí era buena. Estamos ante

una expresión realmente antigua, pues se usaba al menos desde mediados del siglo XVI y se recoge en el *Tesoro* (1611) de Covarrubias. En este caso el origen de la frase resulta fácilmente deducible. Las hojuelas son una masa elaborada con harina y huevo, finamente extendida (recuerdan a la hoja de papel, de ahí su nombre), que se fríe en aceite; en definitiva, y utilizando la terminología tradicional del diccionario académico, una de las frutas de sartén, tan propias de la gastronomía española, pero que tienen su origen en la cocina andalusí y sefardita, oriental, en suma.

Aunque a menudo las hojuelas entraran a formar parte de platos salados más sofisticados, generalmente se han comido como dulce, añadiendo algo de azúcar a la masa. Siguen teniendo mucha tradición en algunas zonas de nuestra geografía, como la Mancha, especialmente en Semana Santa. Y no hace falta decir que resultan muy gustosas, pero la verdad es que con miel —se asemejan entonces a los pestiños— llegan ser realmente deliciosas. De modo que, aunque no está hecha la miel para la boca del asno, no escatimemos medios: ¡hojuelas con miel para todos y chocolate para el loro!

SEBASTIÁN DE OROZCO

Cierto fue bien acordado
casaros, señor Maçuelas,
en tiempo tan apropiado,
que vino más acertado
que la **miel sobre hojuelas.**
Porque para el macear
el invierno, como dicho,
es tiempo muy singular,
do podréis matraquear
como en tiempo de entredicho.

Cancionero , c. 1540-1579.

MAX AUB

—Un erudito —le corta Terraza en brazos de su ira—, es un ser que busca una ficha para restregársela en las narices a un compañero. Bueno, lo de compañero es un decir. Lo mismo da que el dato sea importante o no. Lo que cuenta es el hallazgo y que rectifique una aseveración cualquiera de otro. Entonces, ¡oh gloria! **Miel sobre hojuelas .**

La calle de Valverde, 1961.

JORGE SEMPRÚN

[…] acaba de salir Aurelio Romero Marín de Carabanchel: albricias enhorabuena alegría **miel sobre hojuelas:** cada preso que salga de Carabanchel de donde sea será una victoria: y mientras quede un preso no será total esa victoria […].

Autobiografía de Federico Sánchez, 1977.

mucho ruido y pocas nueces

Tradicionalmente, se ha relacionado esta expresión, que viene a despreciar las apariencias, la escasa importancia de lo que mucho promete, con la toma de Amiens por los tercios de Flandes en 1597, pues se empleó en ella una estratagema —un grupo de soldados entraron en la ciudad disfrazados de aldeanos— que incluía el derramamiento de un costal de nueces. Es, sin embargo, muy anterior. La utiliza ya el Arcipreste de Hita, de modo que está en uso al menos desde el siglo XIV , y aparece también en la *Celestina* (c. 1499-1502). Bastante tiempo después la recogería Gonzalo Correas, que ofrece una versión con un remate florido: «ser más el ruido que las nueces, cagajones descabeces».

Como se ve, el refrán tiene —en sus distintas variantes— larguísima tradición, lo que no hace sino complicar la tarea de establecer su origen. No queda otra que optar por la opción más sencilla, la más lógica. Y esta no es otra que la que relaciona el ruido de pelar las nueces —y la dificultad de la tarea— con la escasa recompensa interior: la parte comestible de la nuez es reducida y a menudo está dañada o resulta inservible.

Encontramos, sin embargo, una posible referencia en el *Jardín de nobles doncellas* (1468), de fray Martín de Córdoba: «La mujer fue hecha de hueso; donde, si pones dos o tres huesos en una calabaza y la mueves, más ruido y son hacen que nueces puestas en un costal». Y, años más adelante, en las poesías de Cristóbal de Castillejo (c. 1542-a. 1550): «De su cabalgar muy crudo / y golpazos de la silla / paresce costal de nueces». Curiosa coincidencia. ¿O no? Pues más bien parece que no, pues Sebastián de Horozco, que recoge el dicho en su *Libro de los proverbios glosados* (1570-1579), lo define así: «Este proverbio literalmente entendido está claro porque pocas nueces en un costal hacen ruido de muchas y parecen más de las que son». La verdad es que dan ganas de seguir una conocida máxima periodística: «No dejes que la realidad estropee una buena noticia»; o teoría, en este caso.

DIEGO DE AMBURCEA

Y también sabe V. S. que todos los años es tan ordinario el **mucho ruido** de armada del Turco, como las **pocas nueces** de él, y ahora está ya el tiempo muy adelante, pues nos hallamos en fin de agosto, y tendría larguísima y de evidente peligro la retirada, no le siendo posible el invernar en Argel [...].

Carta a Esteban de Ibarra , a. 1608.

LOLA BECCARIA

—¿Y este qué? Porque tu Ramoncito está casado, querida, casado. No lo olvides. Mucho follártelo **pero pocas nueces,** ya verás, chata.

La luna en Jorge, 2001.

¡naranjas de la China!

La expresión se usa —cada vez menos, la verdad, hoy se puede percibir como afectada o meliflua— para mostrar rechazo o incredulidad. Se documenta ya a comienzos del siglo XIX y se recoge por vez primera en el diccionario académico en 1925. Resulta evidente que todas las naranjas provienen de Extremo Oriente, pero los árabes difundieron su cultivo en África a partir del siglo X y genoveses y portugueses lo introdujeron en la Europa mediterránea seiscientos años después. Pero volvamos a la frase, porque es muy probable que el pueblo reaccionara con asombro y escepticismo cuando se le intentaran vender «naranjas de la China», aunque estas no fueran (al menos a estas alturas, con anterioridad pudo identificarse con esta denominación a la naranja dulce, la que no es agria, cuyo nombre científico es, de hecho, *Citrus sinensis*) sino una de la variedades de esta fruta: «proseguiremos, especificando el modo de confitar las naranjas, según el orden que les corresponde; es, a saber, naranjas de la China, de Portugal, del Puerto, y otras dulces, agrias y agridulces», puede leerse en *Arte de repostería* (1755), de Juan de la Mata. Existen, en efecto, numerosas variedades de naranjas. La piel de estas chinas, que por lo que se ve eran especialmente valoradas en la época, es más lisa y fina, y tira a amarillo, y el sabor de su pulpa resulta muy delicado. Pero claro, lo de China… Huele a estrategia comercial. Hay que pensar que hace dos siglos y medio Oriente era percibido popularmente como un lugar lejano, sumido todavía en la fantasía y la leyenda. E igual que hay cuentos y cuentos chinos, hay naranjas y naranjas de la China. Vamos, que la cosa era poco creíble. Y con razón.

CARLOS ARNICHES

Ceferino. — Y náamás. Unos farsantes que sus balandronáis de coletivismo y de socialismo y de **naranjas de la China,** y salís por la calle gritando: «¡Abajo los consumos!».

Los culpables (en *Del Madrid castizo. Sainetes*), 1917.

ANTONIO GALA

Primera, nadie nace para otra persona concreta: lo de las medias naranjas es un timo: **naranjas de la China.** Segunda, nadie tiene por qué satisfacer los ideales de nadie […].

Los bellos durmientes , 1994.

no comerse una rosca

Rosco o rosca, lo mismo da. No comérselos significa 'no tener éxito, muy particularmente en asuntos amorosos'. La expresión parece ser reciente, pues no se recoge en el diccionario académico hasta la vigesimosegunda edición, de 1992. De hecho, no hemos conseguido documentarla hasta el segundo cuarto del siglo XX . En este periodo aparece a menudo en el lenguaje taurino con el significado de 'ganarse el pan, triunfar': «Y se obceca en torear / y por los pueblos rodar *sin laureles y sin "mosca"* y no se come una rosca», puede leerse en las páginas de *El Clarín* en 1931. Con el sentido de 'ligar, tener relaciones sexuales', no lo encontramos hasta los años sesenta, aunque parece evidente que tenía uso con anterioridad y que simplemente era considerado malsonante, vulgar. Y es que las connotaciones sexuales de la rosca son claras, tanto por su relación con el placer —gastronómico en este caso— como por su forma. E invitar a una rosca o regalarla ha sido un medio tradicional de entablar contacto amoroso. Ahora bien, esta reflexión nos suscita alguna duda, porque si por la apariencia nos hemos de guiar resulta manifiesta la interpretación de la variante que da protagonismo al colín. Lo dejamos, en fin, en manos del lector… o lectora, por si se malinterpreta aquí el masculino genérico.

PRENSA

Gerardo Iglesias, secretario general del PCE, manifestó anoche ante el Pleno de la VIII Conferencia de Madrid de los comunistas que «o el partido vuelve al movimiento de masas o **no nos jalaremos una rosca»** , como ocurrió en los últimos años.

«Gerardo Iglesias propugna el regreso al movimiento de masas», *ABC,* 03/12/1983.

MARTÍN CASARIEGO

—Que nos conocemos, Jesús —dijo Sánchez—. Que tu padre y el mío fueron a la escuela juntos, que no, Jesús, que no, que a mí no me la das. Que tú **no te comes una rosca** ni por casualidad […].

«Dos veces Miranda», *El Mundo,* 08/08/1996.

LOLA BECCARIA

—Para mí el sexo es lo único. Si no tengo sexo, la vida carece de sentido. Y aunque todavía soy joven, ya tengo cuarenta y cuatro años.Y no quiero perder el poco tiempo que me queda de vida sexual **sin comerme una rosca** por lo menos una vez a la semana.

La luna en Jorge, 2001.

pelar la pava

Cuando dos novios conversan acarameladamente se dice que están pelando la pava. Sin embargo la imagen —la de la pava desplumada— no acaba de ser muy romántica. ¿De dónde procede? Se trata de una expresión con bastante tradición, pues la encontramos ya a mediados del XVIII y se incluye en el diccionario académico en 1884. En Andalucía era costumbre que al caer la tarde los enamorados cortejaran a sus prometidas a través de la reja. Y ese era el significado de la construcción. Si hacemos caso a una copla tradicional: «Eso de pelar la pava *tiene mucho que entender*. Unos la pelan sentados / y otros la pelan de pie».

Circula desde hace casi un siglo y medio una historia que recogía ya Carlos María Perier en *El Averiguador Universal* (1881) y que intenta explicar el origen del modismo. Encargada una joven criada por su achacosa ama de matar y pelar una pava, aprovechó la llegada de su novio para hacerlo junto a la reja, donde la rondaba el muchacho cada noche. Y a la vez que iban pelando a cuatro manos al animal, trabaron, como es costumbre y naturaleza, animada conversación. Pero como se demoraban, el ama gritaba de tanto en tanto: «¡Muchacha! ¿Qué haces, no vienes?». A lo que la criada respondía: «¡Ya voy, señora, estoy pelando la pava!». Y tal hacía, ciertamente. La cosa no resulta demasiado convincente, pero no existe mejor alternativa, de modo que dejamos el veredicto en manos del lector, por si fuera más benevolente que nosotros. Curiosamente, la expresión se emplea también en algunos países de América con el significado de

‘estar ocioso, perder el tiempo’. ¿Simple coincidencia?

RAMÓN DE LA CRUZ

Sebastián.— Dejemos el baile. Chicas, la verdad: ¿estáis muy diestras en **pelar la pava** ?
Criada 2.ª.— Aquí tenemos muy poca escuela.

Los picos de oro , 1765.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN

—¡Sois unos sosainas! ¿Por qué no le gastáis una broma esta noche, cuando vuelva de **pelar la pava** ?

La corte de los milagros, 1927-1931.

ANTONIO GALA

—Qué coñazo es este tío
—comentaban los del concesionario—. Parece que viene a **pelar la pava** con su novia.

Los invitados al jardín, 2002.

que le den morcilla

Se emplea como imprecación para expresar rechazo, indiferencia o desprecio hacia alguien o algo: «¡Que te den morcilla!». «Pues no es mala cosa —pensará más de uno—. ¿De cebolla o de arroz?». Pero no van por ahí los tiros.

Si intentamos rastrear el origen de la expresión tendremos que remontarnos a la segunda mitad siglo XIX , cuando estaba ya en uso. Bastantes años después, en la edición de 1984, la vigésima de su diccionario, se haría eco de ella la Real Academia. Entre tanto, sin embargo, la docta casa incorporó en la voz «morcilla» —en el suplemento de 1947— una acepción que nos da la pista para

solucionar este enredo: «Tripa o piltrafa envenenada que se usaba para matar a los perros callejeros». Y precisamente se utilizó este medio letal a lo largo del siglo XIX —como en otros periodos históricos—, coincidiendo con un brote de hidrofobia o rabia. Y, claro, tal es el embutido al que se hace referencia en la expresión, la morcilla con estricnina utilizada por los empleados municipales para exterminar a los perros sin amo.

Como era de esperar, la prensa de la época se ocupa de la cuestión, y de ella, concretamente de un ejemplar de 1864 del periódico satírico *Gil Blas,* proceden los versos siguientes: «Mi vida así tranquila resbalaba, / cuando un día, de gala por más señas, *a que abriesen la puerta yo esperaba;* mas mi dueño se tira de las greñas, *y exclama, dando un salto de la silla:*
"¡No se sale, Dragón, que echan morcilla!". /
Desde entonces, ¡adiós mis devaneos! /
¡adiós mi libertad, mis ilusiones! *¡mis alegres paseos!* ¡mi perra, mi amistad, mis relaciones!... *Ya, si salgo a la calle, ¡oh, dura pena!* o salgo con bozal o con cadena». Disculpe el lector la larga «morcilla», pero un poco de humor en circunstancias desgraciadas nunca viene mal. Habría que esperar hasta fin de siglo para que tan bárbara costumbre se extinguiera. Para entonces, sin embargo, estaba ya plenamente incorporada a la lengua.

JULIO SENADOR

Pues nada; que lo arreglen. Ellos lo tienen ya todo arreglado. ¿Van ellos a tener que ocuparse de dar trabajo a sus enemigos? ¡Como no **les den morcilla** !

La ciudad castellana, 1918.

TERENCI MOIX

No tenemos altares para lucirnos, pero nadie nos toca un pelo en el corazón de los humanos. O séase, que a esperar tiempos mejores y sanseacabó. En cuanto a Akenatón, **que le den morcilla** de Kom-Ombo.

El arpista ciego. Una fantasía del reinado de Tutankamón, 2002.

que si quieres arroz, Catalina

La expresión se relaciona tradicionalmente con una vecina de Sahagún de la primera mitad del siglo XV , en tiempos de Juan II de Castilla. La

mujer, esposa de un judío converso, para más señas, era particularmente aficionada al arroz, cereal del que hablaba maravillas, tanto por su sabor como por sus propiedades salutíferas. Hasta que la enfermedad vino a postrarla en su lecho. Sus deudos trataban entonces de animarla ofreciéndole aquello que más le había gustado: «¿Quieres, arroz, Catalina?», pero la mujer, ya muy apagada, se mostraba reacia a sus requerimientos y los ignoraba. «Que si quieres arroz, Catalina», insistían una y otra vez.

La pobre Catalina —es ley de vida— acabó muriendo, pero pervivió su nombre, asociado en la lengua a la falta de receptividad, a la terquedad en el mantenimiento de ideas o actitudes. Se trata, lógicamente, de una mera explicación del modismo, un cuentecillo construido expresamente para el caso, al que se pretende dotar de cierta verosimilitud mediante la acumulación de datos históricos (las fechas, el monarca, el topónimo, el origen judío). En realidad lo más probable es que la frase —que no se recoge en el diccionario académico— sea de origen moderno, porque no existe una sola referencia antes de la segunda mitad del siglo XIX. Sobre esta cuestión nadie nos va a apear del burro: por mucho arroz que puedan ofrecernos. Pero el caso viene al pelo para hacer una referencia a los *Sermones* de Horacio (II 3, 147ss.), donde se cuenta una historia algo parecida sobre un avaro, Opimio, a quien, ya moribundo, el médico intenta reanimar con una tisana de arroz (el arroz era entonces un remedio medicinal); pero el enfermo pregunta cuánto ha costado la sopita y, al enterarse del precio, exclama: «¿Y que diferencia hay entre morirse de una enfermedad o de un robo?».

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

El señor Esteban se alarmó y negóse en un principio. Era demasiado dinero; había que esperar. Esperaron. **¡Que si quieres arroz, Catalina!** Catalina no quería arroz.

Paseíllo por el planeta de los toros, 1970.

ALONSO ZAMORA VICENTE

Siempre he tenido mucho miedo [...], todo el mundo metiéndose conmigo, «¡Anda boba, no seas tan cobardica, si no te va a pasar nada!», pero, **que si quieres arroz, Catalina.** Que no, amigo mío, que no, que era algo invencible [...].

A traque barraque, 1972.

MANUEL HIDALGO

Esta es la fecha en que no sé cuándo, cómo, dónde, con quién y por qué. Al principio dijiste que un día, pasado el tiempo, me lo contarías todo. Y hasta ahora. **Que si quieres arroz, Catalina.**

Azucena, que juega al tenis, 1988.

quedar en agua de borrajas

Si algo queda *en agua de borrajas* es que queda 'en nada', en particular si prometía inicialmente alguna importancia. La borraja es una hortaliza muy común en todo el Mediterráneo; de sabor fino y delicado, resulta especialmente valorada en las regiones bañadas por el Ebro. Su nombre procede del catalán *borratja,* y este del latín *borr ā go, - ĭ nis* , aunque esta última voz plantea algunos problemas documentales y hay quien, como Corominas, la hace derivar tardíamente del árabe *abuaraq,* cuyo significado aproximado sería 'padre del sudor', por las bien conocidas propiedades sudoríficas de la planta.

En realidad, la cosa no parece ser así, pero vayamos a lo nuestro y centrémonos en el origen de la expresión, que convive en el habla con otra variante hoy muy minoritaria, *agua de cerrajas* . Curiosamente, esta sería la locución original —la emplea ya Quevedo en torno al año 1600— y es la que se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1726), el primero de la serie académica: «Se llama así a la que se saca de la hierba cerraja, y por ser inútil y de ningún provecho se suele decir agua de cerrajas por todo aquello que no tiene sustancia ni valor, y también cuando se espera alguna cosa y se desvanece se dice que se hizo agua de cerrajas». Y la cosa cuadra, puesto que la cerraja es una planta herbácea escasamente valorada —aunque el mismísimo Sebastián de Covarrubias defendiera sus virtudes curativas—, mientras que la borraja ha gozado desde siempre de mayor predicamento; incluso su agua, empleada tradicionalmente por la medicina natural por sus propiedades sudoríficas y diuréticas, y a la que antaño se le suponían también efectos benéficos para el corazón. La semejanza fonética de ambos términos explicaría el resto.

MIGUEL DE UNAMUNO

En coyunturas tales se toca la trompa épica, se habla teatralmente de vengar la afrenta haciendo una que sea sonada, y pasada la calentura, **queda todo ello en agua de borrajas** […].

En torno al casticismo , 1895-1902.

IÑAKI LINAZASORO

Existen también quienes estiman que el nombre dado a la fuente proviene de las cualidades salutíferas de su «hache dos O». Incluso, hace un siglo, existió el proyecto de construir un balneario, pero todo **quedó en agua… de borrajas.**

La otra Guipúzcoa , 1969.

ser habas contadas

'Ser un número determinado y muy escaso' y, por extensión, 'ser algo cierto o manifiesto', tales son los significados de esta expresión, cuyo uso se atestigua ya en el siglo XVII . La recoge, de hecho, Gonzalo Correas, aunque se incorpora al diccionario de la Real Academia bastante después, en su quinta edición, de 1822. ¿Pero por qué habas? Covarrubias señala que se usó «en algunas repúblicas, y hoy día en algunas congregaciones y cabildos, votar las cosas de gracia por habas blancas y negras». Son muchos los documentos que atestiguan esta tradición, que al parecer se remonta a Grecia y Roma. De la historia de Felipe II (c. 1619) de Cabrera de Córdoba está tomado este fragmento: «juzgan diez y siete hombres legos, según sus conciencias, llamados judicantes; votan con habas negras y blancas, de noche». En realidad —si hacemos caso a los primeros diccionarios académicos— se llamó también *habas* a unas bolillas de madera, blancas o negras, dispuestas para tal fin. Pero es algo que viene a reforzar la tradición de las habas. Iribarren, por su parte, se hace eco de Seijas Patiño, que señala que «las habas fueron durante mucho tiempo el medio de echar suertes y de hacer cuentas en los usos domésticos, y aun en los públicos de muchos pueblos». Todavía hoy es habitual emplear habas o garbanzos para el tanteo de algunos juegos. Y si las habas han sido sometidas a cuenta su número no puede ser muy alto y la suma final ha de coincidir necesariamente. Por descontado.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

—Aquí no hay sino sus, sus, y alto: a casar, que estas **son habas contadas.**

Cuento de cuentos, 1626.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

«No hay tu tía», replica la otra tía. «**¡Son habas contadas!** O al chico de Jeroma le faltan cinco semanas para ser sietemesino, o el papamoscas de

Tiburcio puede y debe probar la coartada».

Opúsculos en prosa, 1843-1844.

LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN»

[...]; en fin, ello eran cinco mil reales: la empresa no los tenía en aquel momento... pero la renovación del abono daría un resultado seguro y... **eran habas contadas.**

Su único hijo, 1891.

ANTONIO GALA

La vida en una isla no ofrece muchas novedades: **habas contadas...** Y los hombres de aquí son más feos que tú.

¿Por qué corres, Ulises?, 1975.

JESÚS CACHO CORTÉS

—¿En quién estás pensando?
—Pues mira, como **son habas contadas,** se me ocurre pensar en los March, pero estos parece que están ya embarcados en su propio proyecto con el Hispano.

Asalto al poder. La revolución de Mario Conde, 1988.

sopa boba

Hay verdaderos maestros en esto de vivir de la sopa boba; esto es, sin trabajar, a expensas de otra persona (y *a expensas* quiere decir 'a costa de, a cargo de', aunque hoy tengamos que oír a todas horas que «la continuidad del entrenador está a expensas de los resultados»). Lo de la sopa boba tiene fácil explicación. Se llamaba así a la sopa que se daba a los pobres en los conventos, compuesta básicamente de pan y caldo. Tan extendida estaba esta práctica que Covarrubias, en su *Tesoro* (1611), recoge ya la expresión *ir a la sopa:* «Acudir a la portería de los monasterios, adonde dan a los pobres cuando no tienen nada más que repartir con ellos, caldo y algunos mendrugos de pan, con que hacen sopas». Pero el adjetivo peyorativo —probablemente por sus ingredientes, existe también un huevo bobo, elaborado con pan rallado y caldo— es posterior: no lo encontramos hasta el siglo XIX (el diccionario académico lo incluye, directamente con su significado figurado, en el suplemento de la octava edición, de 1837).

Quienes vivían de la sopa, o de la sopa boba, se denominaban

sopistas. Y entre ellos había un buen número de estudiantes pobres que se mantenían gracias a la caridad: «Soy hijo de unos labradores del Campillo de las Ranas, y vivía en Alcalá unos días de limosna, otros de la sopa boba y otros de lo que mis compañeros me quisieran dar», cuenta uno de estos jóvenes —ahora miembro de una partida de guerrilleros— en *Juan Martín el Empecinado* (1873), uno de los Episodios Nacionales de Galdós. A menudo los sopistas completaban su dieta cantando alguna canción o recitando algún poema en posadas y mesones, donde a cambio recibían una moneda o las sobras de la comida. Como bien imagina el lector, estamos ante el germen —y nos referimos al principio u origen, no se interprete mal— de la tuna.

JUAN CRISTÓBAL NÁPOLES FAJARDO (EL CUCALAMBÉ)

El cólera acabó con mis deudores,
Ningún placer mi corazón arroba,
Me persiguen ingratos acreedores.
Nadie me quiere dar **la sopa boba**

Y entre penas, congojas y disgustos,
No gano en este mundo para sustos.

Poesías completas , 1840-1862.

ALFONSO ROJO

La generación de los históricos se había jubilado y vivía opíparamente, cobrando sueldo de parlamentario, ejerciendo de concejal o engordando con la **sopa boba.** Algunos, los menos, deambulaban por Francia o se tostaban al sol, a cuenta del contribuyente español [...].

Matar para vivir, 2002.

El mundo es un pañuelo

a la luna de Valencia

La frase, que significa ‘frustrado, chasqueado’, se utilizó tempranamente, al menos desde comienzos del siglo XVII —la menciona ya Gonzalo Correas—, y se cita en el *Diccionario de autoridades* (1732). Para ser francos, en este primer repertorio académico se incluye la expresión *dejar a la luna* , que se define así: «Lo mismo que dejar en blanco [sin lo que se pretendía o deseaba]. Díjose por la analogía del que halla la posada cerrada y se queda al sereno, y se suele decir comúnmente a la luna de Valencia». Sin embargo, los primeros textos en que se documenta no parecen coincidir con este significado. Se utiliza más bien en el sentido de ‘dejar sin blanca, sin dinero’, aunque, claro, es extensible a ‘dejar a la intemperie, sin techo’, porque una cosa lleva a la otra. Nada halagüeño, en todo caso.

Ahora bien, ¿lo de Valencia tiene alguna explicación? Porque, según puede leerse en el epistolario de Góngora, «tan recia era la luna de Valencia como la de Salamanca». Las dos variantes —la que incluye a la capital levantina y la que prescinde de ella— se documentan casi en paralelo, así que no parece un mero añadido regional. Sbarbi sugiere que lo de quedarse a la luna de Valencia se debía a que a ciertas horas cerraban la puerta de la ciudad, de modo que los arrieros y viajeros tenían que pasar la noche al raso, al pie de las murallas, si no llegaban a tiempo. Otros ahondan en esta misma teoría con enfoques algo diferentes. Los menos, en fin, suponen que la luna era en realidad la playa de la ciudad del Turia, de forma semicircular. Son meras especulaciones, claro, y además extensibles a otras muchas ciudades.

Pero ha llamado nuestra atención la originalidad de otro argumento, que relaciona la expresión con el «hospital de locos» de Valencia, el primero y más célebre de España (allí situó Lope de Vega una de sus comedias). Es bien conocida la supuesta influencia de la luna en algunos tipos de locura
—propiamente en los lunáticos— y el término se empleaba para hacer referencia al efecto que ocasiona el satélite «en algunos faltos de juicio». Los textos no permiten corroborarlo, pero, dijera lo que dijera el gran Góngora, no cabe equiparar la reciedumbre de la luna valenciana con la salmantina. Y menos en invierno y al raso.

FRANCISCO DE LUQUE FAJARDO

[...] entrábase en rueda de tahures con cuatro o seis reales prestados o de barato y a pocos lances hacía, como ellos dicen, mesa gallega, dejando a todos sin blanca, **a la luna de Valencia .**

Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos, 1603.

NÉSTOR LUJÁN

No hubo testamento y Sancha quedó **a la luna de Valencia,** más corrida que una mona**.**

Los espejos paralelos , 1991.

armarse la de San Quintín

La locución *armarse la de San Quintín* significa 'sobrevenir un gran alboroto, pelea o discusión ruidosa'. Aunque la primera documentación sobre ella es posterior, ya en el siglo XVII aparece San Quintín empleado por antonomasia para expresar 'lío o jaleo de grandes dimensiones'. Cualquier mediano conocedor de la historia de España identificará de inmediato el origen de la referencia. Se trata, en efecto, de la batalla de San Quintín, que enfrentó a los ejércitos del rey español Felipe II y del monarca francés Enrique II en el curso de las guerras italianas del siglo XVI .

El detonante fue la invasión francesa del reino de Nápoles, que fue eficazmente rechazada por el duque de Alba. Francia contó para ello con la alianza del papa, hecho que acabaría derivando —cosas de la «alta política», que a menudo hace mudables los más firmes principios del ser humano— en la excomunión del muy católico Felipe II. La respuesta del monarca de la casa de Austria, sin embargo, no se hizo esperar. Para ello reunió en Flandes un gran ejército con tropas procedentes de los propios Países Bajos, Austria, Hungría y España, y ordenó a su comandante, el duque de Saboya, que se adentrara en territorio francés. Pronto llegaría este a San Quintín, capital de la Alta Picardía. Aunque el sitio de la ciudad se prolongó durante algún tiempo, la batalla decisiva, favorable a las tropas españolas, tuvo lugar el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo. Precisamente en conmemoración de tal fecha se erigiría el monasterio de El Escorial. En la contienda, por cierto, se granjeó el monarca el sobrenombre de Rey Prudente, al no decidirse a atacar París pese al aliento del propio duque de Saboya. Fallecieron en ella más de 12 000 soldados

franceses, lo que deja bien a las claras que se armó la gorda; vamos, que allí fue Troya. Pero no vayamos tan lejos: contentémonos con San Quintín.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Una de las niñas llevó tan a mal aquella falta de respeto, y dio unos chillidos tan fuertes que por poco se **arma** allí**la de San Quintín.**

Fortunata y Jacinta, 1885-1887

JAVIER TOMEO

He dejado el televisor en marcha y poco a poco me voy quedando traspuesto, pero he olvidado apagar el televisor y los actores de la película empiezan a follar y organizan **la de San Quintín.**

La mirada de la muñeca hinchable , 2003.

cabeza de turco

Tal es el nombre de la persona sobre la que recaen las culpas de un error o fracaso del que son responsables otros. A partir de la segunda

mitad del siglo XIV los turcos otomanos comenzaron a configurarse como una amenaza para Occidente, amenaza que se manifestó en todo su esplendor en la centuria siguiente, tras la toma de Constantinopla (1453), y muy especialmente durante el siglo XVI , cuando el Imperio otomano se extendía a lo largo de tres continentes ciñendo la mayor parte del Mediterráneo y desafiando a las potencias europeas —fue entonces cuando tuvo lugar la batalla de Lepanto (1571), que frenó momentáneamente su expansión—. En este contexto, no es difícil imaginar el odio al turco, que unía a su condición de enemigo la de infiel. Este era tal, que entre los soldados cristianos era costumbre exhibir como trofeo la cabeza de los otomanos o berberiscos, que expiaban así las «culpas» de la Sublime Puerta.

Si atendemos a la *Historia de la villa y corte de Madrid* (1864), la cabeza de turco formaba parte incluso de los juegos caballerescos. Así, con motivo del cumpleaños de Felipe V, y poco después de su apoteósica entrada en Madrid (1706) —ya en plena decadencia otomana, por cierto—, se celebró en la corte un juego de lanza y flecha: «Construyéronse dos vallas: sobre el balaustre de la una se puso una cabeza de turco y otra sobre una pirámide, fuera de aquella, y al principio de la carrera; en la segunda valla, una adarga, y a cierta distancia otra cabeza». Pues bien, el ejercicio, en el que al parecer se distinguió de forma particular el monarca, consistía en alancear y asaetear a caballo las cabezas de los infieles.

Bien es verdad que *cabeza de turco* es también un tipo de nudo marinero, una especie de barrilete que toma este nombre porque recuerda la forma del turbante, así que —quizá pecando de optimismo — queremos pensar que tales eran las cabezas de que hablan Amador de los Ríos y Cayetano Rosell en esta obra. Sea como sea, y volviendo a lo nuestro, conviene dejar constancia de que el uso figurado de la expresión es relativamente reciente, pues no parece documentarse hasta la segunda mitad del siglo XIX .

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

Por una parte, las declamaciones alfierianas contra el ente de razón llamado tirano, especie de **cabeza de turco,** en quien viene ensañándose el flujo retórico de muchos colegiales desde el siglo XVI acá.

Historia de los hererodoxos españoles, 1880-1881.

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

—El orgullo es una cosa que hay que saberla tener. Si tienes poco, malo; te avasallan y te toman por **cabeza de turco.** Si en cambio tienes mucho, peor; entonces eres tú mismo el que te pegas el tortazo.

El Jarama, 1956.

de la ceca a la meca

Andar *de la ceca a la meca* es hacerlo 'de una parte a otra, de aquí para allá'. La ceca (del árabe hispánico *sákka,* y este del árabe clásico *sikkah,* 'molde de moneda') es la casa de la moneda, esto es, un establecimiento oficial donde se fabrica y acuña moneda. Acerca de La Meca sobra cualquier comentario, puesto que se trata del lugar de nacimiento de Mahoma y de la más importante ciudad santa del islamismo, y resulta bien conocida como centro de peregrinación musulmana. Vistas así las cosas, la intuición nos lleva a interpretar la locución —más allá de la eufonía que aporta la rima— en un sentido figurado: *andar de la ceca a la meca* (o *de ceca en meca,* como recoge Cervantes) sería 'ir de lo humano a lo divino', conceptos que, ciertamente, se encuentran muy alejados entre sí.

La locución se ha empleado desde antiguo y, por consiguiente, se recoge ya en el *Tesoro* (1611) de Covarrubias. Pero lo curioso es que ni este repertorio ni tampoco el diccionario académico hasta muy tardíamente (1843) incluyen el término *ceca.* De hecho, Covarrubias señala que la voz procede de «cierta casa de devoción de Córdoba, a do los moros venían en romería». Y la cosa —con sus variantes, pues hay quien afirma que la ceca era la propia mezquita de Córdoba— cuadra, puesto que se trataría de dos centros de peregrinaje situados en lugares muy distantes, casi en los extremos del ámbito musulmán, y la idea de peregrinación reflejaría perfectamente el significado del modismo. No es Covarrubias el único que ha sustentado esta teoría. De hecho, es la que, según parece, defendió históricamente la Real Academia, que en su diccionario incluía *Ceca* (con mayúscula inicial) como lema independiente (durante algún tiempo lo hizo derivar del berberisco *azzecca,* 'casa, pueblo'). En su última edición ha rectificado parcialmente, de modo que podemos contentarnos más plácidamente con nuestra primera teoría.

JUAN DE LUNA

Encomendome a una beata, con quien estuve bien proveída de lo necesario más de seis meses. De allí me saco un capitán. **De ceca en meca** y de zoca en colodra, estoy donde me veis.

Segunda parte del Lazarillo de Tormes, 1620.

ADOLFO BIOY CASARES

Esa noche yo estaba tremendo.
—¿A tu casa? —inquirió desconcertada.

—A casa. A estas horas no vamos a andar **de la ceca a la meca.**
—Está bien —dijo Cecilia.

El gran Serafín , 1962.

ALBERT BOADELLA

Es así como me he podido reír sin reservas de la comedia interpretada por mis conciudadanos catalanes, que a pesar de contarse entre los más gandules de Europa, no paran de ir **de la ceca a la meca** por un país de ficción, con la particularidad de que tales aspavientos les resultan más cansados que si trabajaran de verdad.

Memorias de un bufón, 2001.

despedirse a la francesa

Si hacemos caso al modismo, no dudaremos en calificar a los franceses como maleducados. Y es que *despedirse a la francesa* es, precisamente, 'marcharse sin despedirse, sin decir una sola palabra'. Resulta revelador que, pese a la tradicional rivalidad con nuestros vecinos del norte, el uso de la locución *a la francesa* en su sentido recto se relacione fundamentalmente con la moda: «vestir a la francesa», es decir, 'al modo de Francia', es con mucho la colocación más repetida en los corpus. Pues bien, los tiros parecen ir por ahí, puesto que a mediados del siglo XVII se puso de moda en la corte francesa, a la sazón árbitro de las formas de la etiqueta europea, la costumbre de no despedirse en las fiestas y reuniones sociales. Pero, como toda moda, resultó efímera, de manera que lo que fue educado, elegante y distinguido acabó siendo propio de gentes sin gusto, finura ni instrucción.

Así que no es raro que en España —aprovechando la coyuntura— se extendiera el uso de *despedirse a la francesa,* mientras en Francia acababa imponiéndose *filer à l'anglaise,* esto es 'a la inglesa' (la elección de los gentilicios en los dichos y expresiones no resulta casi nunca inocente). Además, por la época en que comienza a popularizarse en nuestro país, ya entrado el siglo XIX, es muy posible que, como señala José María Sbarbi, influyera en ella la expresión francesa *sans adieu,* utilizada en el sentido de 'despedida no definitiva' , que encontramos también como moda en textos españoles de la época y bien pudiera haberse interpretado literalmente.

RICARDO DE PALMA

Pedro, componte como puedas; pero es preciso que con el alba tomemos el tole, sin que nos sienta alma viviente. Circunstancias hay en que tiene uno que **despedirse a la francesa.**

Tradiciones peruanas , 1875.

JUAN MARSÉ

Teresa se sentó junto a Manolo y le besó en la mejilla.
—De parte de Mari Carmen, y que la disculpes por **despedirse a la francesa…** ¿Has quedado en algo con Alberto?

Últimas tardes con Teresa, 1966.

discusiones bizantinas

Si atendemos al diccionario de la Real Academia,una *discusión bizantina* es 'aquella que resulta artificiosa o demasiado sutil'. En definitiva, que no conduce a conclusión alguna. ¿Pero por qué bizantina? ¿Qué pasó de especial en Bizancio? Según alguna tradición, cuando los turcos otomanos entraron en Constantinopla en el siglo XV , encontraron a los prohombres bizantinos inmersos en sesudas disputas teológicas. Y, en particular, discutían sobre el sexo de los ángeles (de ahí la locución verbal correspondiente, de significado afín a la lexía sobre la que versa este artículo). Se trata, lógicamente, de una leyenda caricaturesca, pero no deja de reflejar un estado de las cosas.

La unidad religiosa del Imperio bizantino estuvo siempre en jaque. No era cuestión sencilla unificar criterios entre tradiciones culturales diversas, muy antiguas y fuertemente arraigadas, y tampoco facilitaba las cosas la existencia de cuatro patriarcados (Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén). Entre los siglo IV y IX se sucedieron en la Iglesia de Oriente las controversias doctrinales, con la activa participación de los emperadores —basta recordar, en este sentido, la polémica iconoclasta—. El dogma trinitario y la doble naturaleza, humana y divina, de Cristo tuvieron especial protagonismo.

En este periodo se llevaron a cabo hasta ocho concilios ecuménicos, amén de algunos otros no reconocidos por Roma. El primero fue el de Nicea (325), en el que se condenó el arrianismo; el último, el IV de Constantinopla (869), que determinó la condena de Focio, primera escaramuza del Gran Cisma, que en 1054 condujo a la ruptura con la

Iglesia católica romana (con la cuestión del *filioque* , es decir, 'y del Hijo', en relación con la procedencia del Espíritu Santo, en primer término). No es difícil imaginar que todas estas cuestiones teológicas fueran percibidas con cierto distanciamiento e incomprensión por el pueblo, y especialmente desde Occidente, lo que justifica plenamente el origen de la expresión.

FEDERICO MASANO MERTENS

Con su conducta no solo se aislaron, sino que fomentaron y dieron alas al purismo radical, acostumbrado a proporcionar siempre respuestas éticas a problemas políticos, donde el voto pasaba a ser una mala palabra, disecado en **discusiones bizantinas** con el objeto de descubrir el sexo del sufragio.

Después de la derrota: Un eslabón débil llamado Uruguay , 1980.

IÑAKI EZQUERRA

[…] que las minorías se decidan a hacer su labor de oposición por métodos democráticos, sincera y libremente, sin enredarse en **discusiones bizantinas** de interés partidista […]

ETA pro nobis. El pecado original de la Iglesia vasca , 2002.

entre Pinto y Valdemoro

No cabe duda de que este es un modismo muy localizado, pues Pinto, que presume de ser el centro geográfico de la península, y Valdemoro son dos poblaciones madrileñas muy cercanas entre sí: apenas seis kilómetros las separan. Su significado es casi transparente: *estar entre Pinto y Valdemoro* es 'estar indeciso entre dos cosas, no acabar de tomar partido por ninguna de ellas'. La tradición explica su origen a través de una historia jocosa. Su protagonista es un pertinaz bebedor que, tras probar los vinos locales en los mesones de Pinto, determinó continuar la juerga en Valdemoro, cuyo término municipal quedaba delimitado por un arroyo. De camino, y animado por los buenos caldos pinteños, se entretuvo jugando infantilmente, saltando de uno a otro lado del cauce y diciendo: «Ahora estoy en Pinto…., ahora en Valdemoro. Ahora estoy en Pinto…, ahora en Valdemoro», hasta que los excesos etílicos le hicieron perder el paso y caer en las exiguas aguas del arroyo. Fue entonces cuando afirmó: «Ahora estoy entre Pinto y Valdemoro».

Lógicamente, no es más que un cuentecillo chistoso extendido entre los habitantes de la comarca. Carece de cualquier verosimilitud y, de hecho, ni siquiera parece existir el regato o arroyuelo que vertebra la historia. El verdadero origen del modismo no está nada claro, pero todos los indicios conducen de una u otra manera hacia el vino. Y es que a pesar de no ser especialmente conocidas por ello ambas poblaciones tuvieron una importante producción vitivinícola. En el siglo XVII , el vino ordinario de Valdemoro era el de mayor renombre en Madrid. Y también Pinto elaboraba caldos apreciados en la capital. Hasta un refrán ponderaba su calidad: «Vino tinto: si no lo hay de Valdemoro, démelo de Pinto».

En realidad, la locución remitía inicialmente a un estado de semiembriaguez, *andar entre Pinto y Valdemoro* era 'estar entre dos luces'. ¿Puede relacionarse su origen con esta última expresión, vinculada a las dos poblaciones madrileñas por el efecto de sus vinos? No lo sabemos, aunque la hipótesis es tentadora.

FRANCISCO DE PAULA VALLADAR

Cuadro número 18. Calle: En medio de ella un borracho con faca en mano, que impide el tránsito público.
Quizá descienda de un moro,
(que aún ha moros en Granada)
y para mejor decoro
ha tomado una tajada
« entre Pinto y Valdemoro».

Fiestas del Corpus en Granada, 1886.

JAVIER MEMBA

Yo, sentado entre ambas militancias —como quien dice **entre Pinto y Valdemoro,** en ese limbo al que solo accede el que pasa de todo— pude comprobar que, salvo en la palabrería, no hay diferencias sustanciales entre los dos candidatos.

«Empieza el espectáculo», *El Mundo,* 10/05/1995.

estar en babia

Suponemos que cuando uno está en babia se encuentra en un estado de escasa concentración, ausente o ignorante de cuanto acontece a su alrededor, descuidado de problemas o absorto en las propias

elucubraciones. Precisamente con intención de alejarse de las tribulaciones cotidianas derivadas de sus responsabilidades de gobierno se recluían los reyes leoneses en la comarca de Babia, un apartado enclave leonés cuyo carácter agreste favorecía el aislamiento y el retiro, lo que, a su vez, propiciaba el descanso de los monarcas y gentes principales, que permanecían apartados de espinosas cuestiones cortesanas, dedicados a placeres diversos, entre otros el cinegético, grato a nuestros soberanos de ahora y siempre, como es sabido.

Es esta una expresión de larga tradición, pues se documenta ya a comienzos del siglo XVII y aparece recogida en el *Tesoro* (1611) de Covarrubias, pero ha mantenido toda su vitalidad, incluso en pugna con otras variantes de uso común, como *estar a por uvas, estar en la inopia* o la más minoritaria *estar en las Batuecas,* que igualmente utiliza en su composición el topónimo de un área localizada a trasmano de caminos transitados, salmantina en este caso. Este aislamiento, como en el caso de Babia, justificaría, en opinión de algunos, la ignorancia y la condición de gentes de pocas luces de sus habitantes, otorgando a la expresión un matiz peyorativo. Y no es disparatado pensar, además, que aquel vendría a reforzarse por la proximidad fonética entre la voz *babia* y los términos *bobo* o *bobada,* de modo que *estar en babia* pasaría a designar prácticamente un estado de idiotez.

En relación con lo anterior, no nos resistimos a dejar constancia de la definición de la voz *babieca* en el *Diccionario de autoridades* (1726): «En lo literal es el nombre que pusieron al caballo del Cid; pero se usa de esta voz por traslación muy frecuentemente por lo mismo que *bobo*. Está tomada la alusión por el sonido de la voz».

JUAN DE LUNA

I.—Eso es más fácil, porque aquellos monstruos son los hornos a do se cuece el pan, que echan llamas, y por la boca vomitan el pan que comemos.
F.—Ahora digo que tienes razón, y que yo **estaba en babia,** y que puede un necio, con una necedad forjada en su imaginación, dar en que entender a cien sabios.

Diálogos familiares en lengua española, 1619.

IGNACIO SOLARES

Fue durante uno de esos accidentes, en el que todos mis compañeros se echaron a correr, como era lo aconsejable, y durante el cual yo **andaba en babia** […].

Los mártires y otras historias , 1997.

gota malaya

Pues resulta que no es *gota,* sino *bota,* y, en todo caso, según opinión general, aquella sería de origen chino y no malayo. Eso sí, ya se trate de la gota china o de la bota malaya, de torturas hablamos. Pero repasemos brevemente estos asuntos: la gota china es lo que el diccionario académico, más castizamente, denomina «tormento de gota», esto es, el que consiste en dejar caer gotas a intervalos regulares sobre el mismo punto de la cabeza de la víctima, previamente inmovilizada; la bota malaya —que algún cinéfilo recordará aplicada a Clark Gable en *Mares de China* (1935)—, un aparato a modo de calzado, provisto de una especie de torniquete y de un sistema de piezas móviles que al accionar el mecanismo van reduciendo poco a poco el espacio interior y comprimiendo la extremidad hasta quebrar todos sus huesos.

La verdad es que resulta difícil decantarse por una u otra, de modo que si nos dieran a elegir optaríamos por esa solución intermedia que ha triunfado con fuerza inusitada en nuestra lengua: la gota malaya, pues solo puede interpretarse en sentido metafórico. El modismo se aplica a aquello que poco a poco, casi imperceptiblemente, va erosionando la resistencia de algo o de alguien, o produciendo desazón, perjuicio o daño. También, a quien insiste y persevera en un argumento, quien se obstina en una determinada cuestión, quien defiende con tenacidad insoportable una idea, en definitiva, quien está siempre con lo mismo, erre que erre, ejerciendo figuradamente una tortura similar a aquella otra, tan real, de filiación china.

¿Pero cómo se ha producido este extraño trasvase geográfico? Pues no lo sabemos a ciencia cierta, aunque asegura la leyenda urbana que fue un célebre político español el que aplicó por vez primera a un compañero de partido, suponemos que con ánimo de camaradería, la denominación «gota malaya», cambiando así, quizá por simple lapsus, la procedencia de la gota en cuestión. Pero también cabe suponer que rondara por la cabeza de aquel padre de la patria la idea de que, si una gota horada la piedra, otro tanto y más podría hacer el agua destilando lentamente sobre nuestra piel. En todo caso lo más curioso es que si su compañero de filas era gota malaya, él acabaría siendo jarrón chino.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

Una de las conversaciones que le salían mejor […] era la que hacía referencia a China, uno de los vicios informativos de su juventud, seducido por una película

de Clark Gable y Jean Harlow en la que al Duque le aplican la **bota malaya** y ni frunce el ceño.

Galíndez , 1990.

JUAN JOSÉ LIZARBE

Pero en Navarra […] sufrimos un terrorismo a veces definido de baja intensidad pero tan cruel como la **gota malaya.**

Diario de Navarra , 07/01/2001.

haber moros en la costa

A lo largo de los siglos XVI y XVII , los piratas musulmanes asolaron con sus correrías el Mediterráneo occidental. Son célebres, por ejemplo, las hazañas de los hermanos Barbarroja o Dragut, pero la nómina de estos corsarios berberiscos —así conocidos porque actuaban desde Berbería, el territorio bereber— es particularmente nutrida. Desde sus bases de Argel, Túnez o Trípoli, ya fueran dependencias otomanas o Estados tributarios del sultán, hostigaron el tráfico marítimo de Occidente y saquearon reiteradamente las poblaciones costeras, haciendo además acopio de prisioneros para venderlos como esclavos o pedir rescate. Para evitarlo, se construyeron a lo largo de toda la franja costera mediterránea española torres vigía, muchas de las cuales perviven todavía hoy, y se organizaron cuerpos de vigilancia y patrullaje.

La locución —que se emplea para indicar que está presente una persona que no conviene que oiga o vea algo, y generalmente en sentido negativo— tiene su origen en este tiempo de zozobra y miedo, cuando constituía una voz de alarma. De hecho, hayamos ya el sentido figurado en la primera mitad del siglo XVII en la obra de Lope de Vega. Así, en *La Dorotea* (1632), uno de los personajes, Ludovico, afirma: «Yo acudí algunas noches a ver si había moros en la costa, y vi algunos embozados, como criados que esperaban amante dueño». Por cierto que lo de *moro* proviene del latín *Maurus,* 'de Mauritania', y este del griego *Maûros,* propiamente 'oscuro', por el color de su piel.

LOPE DE VEGA

Saltó, en efecto, como el conde Claros,
y armándose de ofensas y reparos
vino de ronda al puesto por la posta,
por ver si **había moros en la costa**

y no siendo ilusión el pensamiento,
que del alma el primero movimiento
pocas veces engaña.

La gatomaquia, 1634.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

—Sí —reponía otro—, apostaría la mejor pieza de mi arnés a que fue a ver bajo las ventanas de su amada esposa si andaban **moros en la costa.**
—Bravo modo de decirnos que el escudero es celoso.

El doncel de don Enrique el Doliente, 1834.

MARIO VARGAS LLOSA

—Hola, Chispas —ahí las cosquillas en todo el cuerpo, la impresión de que el suelo se ablandaba—. Sí, soy yo, Santiago.
—Hay **moros en la costa** —ahí la voz susurrante y casi inaudible del Chispas, su tono cómplice—. Llámame más tarde, el viejo está aquí.

Conversación en la catedral, 1964.

CLARA OBLIGADO

Mientras tanto, en la clínica, Gloria emergió de entre las sábanas y, viendo que no **había moros en la costa,** aprovechando la ausencia de Julio, pulsó un número en el móvil.

Salsa , 2002.

hacer el indio

La última edición del diccionario de la Real Academia (2014) incluye dos acepciones para esta locución verbal: «Divertirse o divertir a los demás con travesuras o bromas» y «Hacer algo desacertado y perjudicial para quien lo hace». La frase está aparentemente relacionada con la conquista de América por los españoles, a quienes, con bastante probabilidad, las ceremonias y atuendos de los habitantes del Nuevo Mundo, a los que, por otra parte, embaucaban fácilmente con los abalorios que ofrecían como regalo, resultarían extraños e hilarantes, seguramente absurdos.

En todo caso, parece manifiesto su carácter peyorativo, al atribuir a los indios la disposición al comportamiento grotesco, ridículo y jocoso, estableciéndose la equivalencia entre *hacer el indio, hacer el payaso* y *hacer el ganso,* por ejemplo. Y este está también presente en un dicho

hoy en desuso que se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1734): *¿Somos indios?,* que alude a la percepción de los indígenas americanos como gentes bárbaras o fáciles de engañar.

Sin embargo, resulta sorprendente que la expresión no se documente antes del siglo XX (solo se incorpora al diccionario académico en 1992). El hecho puede tener una explicación que deja en agua de borrajas cuanto más arriba hemos dicho, pues se cuenta que en las celebraciones del centenario del descubrimiento en 1892 salieron, con gran alborozo general, algunas personas disfrazadas de indios y haciendo payasadas. La cosa cuadra muy bien con esa citada primera acepción. ¿Habremos estado haciendo el indio (o el oso, para que nadie se sienta ofendido) a lo largo de todo el artículo?

CARMEN MARTÍN GAITE

—No, rica, si por mí bien dejada estás. Buena cosa que me importa, lo digo por ti, que estás **haciendo el indio,** que no ves lo que tienes delante. Porque vamos, más claro que te lo está poniendo para que lo dejes, no te lo puede poner.

Entre visillos, 1958.

CARLOS PÉREZ MARINERO

¿Ustedes qué son, de los que tardan trece minutos en jalarse un cocido o de los que pierden ese tiempo en **hacer el indio** en paños menores dando vueltas como mulas alrededor de una pista de tartán?

Días de guardar , 1981.

hacerse el sueco

Pese a lo que pudiera pensarse, está locución tiene larga tradición. De hecho, se recoge ya en la quinta edición del diccionario académico, de 1817, donde se define así: «Hacerse el desentendido en alguna conversación o negocio de que se trata». A primera vista, lo lógico sería pensar que hace referencia a los naturales de Suecia. No es difícil imaginar que para los marineros de este país que arribaban a nuestros puertos el español fuera una lengua ininteligible, como lo era el sueco para los españoles. De modo que es natural que se mantuvieran retraídos, ajenos a cualquier coloquio.

Pero si nos asomamos al diccionario de la Real Academia veremos

que la hace derivar de la voz latina *soccus* (‘zueco’), que daba nombre alcalzado empleado en la antigua Roma por los comediantes, por oposición al *cothurnus* (‘coturno’), que era el utilizado por los actores de la tragedia. Esta es la teoría sustentada también por Iribarren, quien se basa, sin embargo, en un supuesto erróneo, el de que *zoquete* (‘tarugo de madera’ y ‘hombre tonto o tardo’) procede de esta misma raíz. Así que *hacerse el sueco* sería ‘hacerse el tonto, el tarugo, el zoquete’. Pero la propia Academia, después de barajar otras opciones, remite ahora a una hipotética voz celta, *tsucca,* como origen de *zoquete,* por lo que la explicación ha quedado coja. Llegados a este punto, lo más sensato es, por tanto, hacerse el nórdico, o mejor, el longuis, puesto que en este caso, al menos, estamos seguros de su origen caló. ¿O tampoco?

JOSÉ LÓPEZ SILVA

Tiberio.— ¡Bueno!
Pues cobra «usté» los recibos,
¡y pax Christi!
Candelas. — ¡Cuando puedo!,
que hay quien anda de vergüenza
lo mismo que de dinero
en la «vecindaz».
(Mirando fijamente a Tiberio).
Atenedoro. — ¡Y gracias!
Candelas. — (A Atenedoro, por Tiberio). Mira cómo **se hace el sueco.**

La revoltosa, 1897.

LUIS MARÍA ANSÓN

Salvo a personas pías que los devuelven, como Dodero o usted, lo mejor es dar largas, o **hacerse el sueco,** que hay muchos cabrones a los que prestas un libro y luego no lo devuelven.

Don Juan , 1994.

noche toledana

Pocas cosas resultan más enojosas que una noche toledana. Y es que las noches en vela —tal es el significado de la locución— se hacen particularmente largas y tediosas, y ponen a prueba los nervios del más pintado. Ahora bien, ¿de dónde procede esta expresión? Según

una tradición muy extendida, de la jornada del Foso, una acción represiva del emir omeya al-Hakam I contra la población de Toledo, foco permanente de rebeldía frente a Córdoba. El episodio, recogido por las crónicas
—aunque algunos historiadores lo consideren legendario—, se fecha a caballo entre los siglos VIII y IX . Su protagonista es el valí Amrús, quien, vengando así la muerte de su hijo Yusuf, que había sido ejecutado previamente por la nobleza toledana, se valió del engaño para decapitar a varios cientos de muladíes. Sus cuerpos fueron arrojados a un foso excavado para la ocasión —de ahí el nombre— y sus cabezas expuestas públicamente.

Los especialistas, sin embargo, lo interpretan de diferente manera. El modismo es antiguo y se recoge ya en el *Libro de los proverbios glosados* (1570), de Sebastián de Horozco. Para explicar su origen, Horozco se hace eco de otra vieja leyenda, pero acaba remitiendo a la abundancia de mosquitos. Del mismo criterio es su hijo, Sebastián de Covarrubias, que lo define así: «Noche que se pasa de claro en claro, sin dormir, porque los mosquitos persiguen a los forasteros, que no están prevenidos de remedios, como los demás».

Correas, por su parte, lo relaciona con una tradición toledana: «Es la escucha que hacían mozas necias, noche de San Juan, de la palabra primera que oían, dadas las doce en la calle, pensando que con el que se nombrase se habían de casar. De allí salió decir “noche toledana”, por noche mala, por el desvelo que pasaban». Pero esta teoría no acaba de ser convincente, porque las jóvenes toledanas no pasaban la noche en vela en contra de su voluntad, sino todo lo contrario, de modo que se pierde el matiz negativo presente en la locución. ¿Nos quedamos entonces con la versión más prosaica, la de los mosquitos? Es la más plausible, puesto que estos tienen en el Tajo, que ciñe con su meandro la vieja ciudad imperial, un hábitat ideal para desarrollarse. Y a ellos habría que sumar, claro, el calor agobiante de las noches de verano toledanas.

RAMÓN DE LA CRUZ

Chinica. Amigos, ello es forzoso
pasar **noche toledana**
y guardar nuestras queridas;
ellos no han de ir a inquietarlas
por la puerta principal,
porque se acuesta en la sala
el escribano; y así,
lo que conviene es guardarlas
por detrás.

Poner la escala para otro, 1765.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

[…] vivimos la más gatuna noche de enero puro y frío, una **noche** verdaderamente **toledana** insaculada entre las peores, porque treinta literatos y artistas se inscribieron para la gran velada por las plazas y las calles de Toledo.

Automoribundia, 1948.

poner una pica en Flandes

La locución, que se emplea en el sentido de 'lograr algo de especial dificultad', se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1737). Pero la aparición del modismo debe de fecharse en la centuria anterior, coincidiendo con la decadencia de las armas españolas, escenificada en las derrotas de Rocroi (1643) y de las Dunas (1658) frente a las tropas francesas —la segunda con la colaboración de Inglaterra—, y sancionada en la paz de Westfalia (1648), con el reconocimiento de las Provincias Unidas, y el tratado de los Pirineos (1659).

A lo largo de todo este periodo, «poner una pica en Flandes», es decir, conseguir reclutas que se alistaran para incorporarse a los tercios, y trasladarlos, fue cada vez más difícil. Además de la escasez de fondos —los tercios estaban mal pagados, lo que los hacía poco atractivos—, serían determinantes la crisis demográfica, que asoló en particular a Castilla, despoblándola, y la pérdida del llamado Camino Español, un corredor militar que unía por tierra Milán con Bruselas (la ruta marítima, dominada por Inglaterra, era mucho más peligrosa). De la magnitud del problema deja constancia el hecho de que, según Sbarbi, en 1655 algunas compañías solo contaran con 28 soldados armados, cuando teóricamente estaban integradas por 250 o 300 hombres. Así que no extraña que la expresión acabara convertida en proverbial.

ANÓNIMO

[..] en fin, Vuesa merced ha puesto una **pica en Flandes** con la remisión de fusiles y demás de las bancas, y el Señor Gobernador está loco de contento, y yo admirado de la maña que V. m. se da para hacer tantas cosas y tan buenas.

Carta del Fiscal de S. M. al P. San Próspero, 1763.

FERNÁN CABALLERO (CECILIA BÖHL DE FABER)

—Cuando llegue ese día —dijo Manuel— he de cavar un hoyo delante de ti, José, y veremos si te convenzo de que no hay tal.
—¿Y qué **pica en Flandes** habrás puesto, si no hallas carbón? —le dijo su madre—. ¿Acaso crees que lo hallarás si lo buscas sin creerlo?

La gaviota, 1849.

RAFAEL RONCAL

De esa manera, con la magia y la sutileza de su música, de la música afroperuana, Susana Baca puso **pica en Flandes** para establecer un «íntimo» diálogo con «su» público, con «nosotros» [...].

«Un Grammy para Susana», *El Pregonero,* 26/09/2002.

por los cerros de Úbeda

El modismo, que conserva toda su vitalidad, tiene larga tradición. Se documenta abundantemente, por ejemplo, en la segunda parte del *Quijote,* y unos años antes lo recoge ya Covarrubias. Nos situamos, por tanto, en el primer cuarto del siglo XVII . Úbeda no necesita demasiada presentación: es una bella ciudad de Jaén, enteramente renacentista, que se alza, rodeada de cerros moteados por olivos, frente a Sierra Mágina. Pero parece que estamos extraviando el discurso. Y es que en trabajos de este tipo no es raro caer en divagaciones ajenas al tema de que se trata; en definitiva, irse por los cerros de Úbeda. De modo que intentaremos reconducirnos.

Como es habitual en esto de la paremiología —ciencia muchas veces inexacta— se han sugerido varias hipótesis sobre el origen de la expresión. Así, hay autores que apuntan a la Reconquista. Pero la teoría más comúnmente aceptada es la que ofrece Covarrubias, quien hace referencia a Idubeda, «que, según Estrabón y Ptolomeo, son unos montes de nuestra España. Estos van discurriendo por muchas partes, y toman diversos nombres según los lugares por donde pasan. De aquí nació un proverbio, cuando uno se va despepitando por términos extraordinarios y levantados». Y esta es, en efecto, la primera acepción del diccionario académico: «Por sitio o lugar muy remoto y fuera de camino». La localización de tales montes por parte de Estrabón es algo vaga. Sabemos, por ejemplo, que la cordillera «corre paralela a los Pirineos y comienza entre los cántabros para terminar en las orillas de nuestro mar» y, también, que «más allá de la Idubeda comienza sin transición la Celtiberia». Lo que sí queda claro es que, más allá de la

semejanza fonética (que justificaría el cruce y, por tanto, el origen del modismo) nada tiene que ver con Úbeda. Más bien tiende a identificarse con el Sistema Ibérico, con el que, por cierto, la hace coincidir de forma aproximada Florián de Ocampo en su *Crónica general de España,* de mediados del siglo XVI .

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como **por los cerros de Úbeda.**

Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha, 1615.

EMILIA PARDO BAZÁN

La copa de agua que Borromeo alzaba se inclinó, y unas gotas cayeron sobre el mantel. Hubo en la mesa otro silencio tormentoso, difícil. Don Servando echó **por los cerros de Úbeda,** a trueque de variar de asunto.

El niño de Guzmán, 1897.

ALBERT BOADELLA

La clase se convertía entonces en un galimatías teórico que, olvidándose completamente del teatro, se iba **por los cerros de Úbeda,** y así, gracias a la habilidad de los lameculos, se le ofrecía al profesor una nueva ocasión de lucimiento [...].

Memorias de un bufón, 2001.

quien fue a Sevilla perdió su silla

Este refrán se emplea para dejar constancia de que quien abandona un empleo o lugar (sea este real o figurado) pierde los derechos que sobre él pudiera tener. La frase —que en ocasiones puede completarse con un remate: «y quien fue a Aragón la encontró», por ejemplo, existen multitud de variantes— se ha utilizado tradicionalmente en el juego infantil de la silla y se documenta ya a principios del siglo XVIII , aunque con certeza es anterior. Se acepta comúnmente que el dicho está basado en un hecho histórico protagonizado por dos miembros de la familia Fonseca, originaria de Portugal, pero que desde mediados del siglo XV intervino activamente en la política castellana.

Concretamente tuvo lugar en tiempos de Enrique IV, cuando Alonso de Fonseca recibió, gracias a la influencia de su tío —llamado también

Alonso y a la sazón arzobispo de Sevilla—, el arzobispado de Santiago de Compostela. Corría el año 1460 y, puesto que en el reino de Galicia existía una fuerte inestabilidad y el titular de la archidiócesis se había visto envuelto en algún escándalo político, tío y sobrino decidieron intercambiar la mitra. Una vez apaciguada la revuelta que asolaba el territorio galaico, el mayor de los Fonseca pretendió volver a Sevilla, pero su sobrino se negó a abandonar la silla arzobispal de la capital hispalense. Aquel hubo de recurrir a un mandamiento papal y al apoyo del rey castellano; también, a la intervención armada del duque de Medina Sidonia y don Beltrán de la Cueva. Solo tras el ahorcamiento de algunos de sus partidarios las aguas volvieron a su cauce y el joven Fonseca aceptó regresar a Santiago.

La historia, recogida por Diego Enríquez del Castillo en su crónica del rey Enrique IV, es ciertamente interesante y tiene sentido, pero deja algunas incertidumbres: en particular el baile de la preposición, pues no pierde la silla arzobispal quien va a Sevilla, como ocurre en el dicho, sino quien se va de la ciudad.

FAUSTO LÓPEZ VILLABRILLE

[…] cambian de sitio con ligereza para no dar lugar a que aquella se adelante a coger uno, y se quede una de ellas sin esquina, en cuyo caso pierde, diciendo la que tomó su puesto: «**quien fue a Sevilla perdió su silla** ».

Colección de juegos para niños de ambos sexos , 1855.

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS

[…] tras la aventura del PSA, Alberto tenía derecho a apelar al dicho de «**el que se fue a Sevilla perdió su silla** ». Javier y Broto insistieron en que yo reasumiera la dirección porque Alberto estaba, digamos, «descontrolado» […].

Lo que queda de España , 1995.

salga el sol por Antequera

La frase completa, que se emplea para expresar indiferencia sobre las consecuencias de una acción aventurada, es «salga el sol por Antequera y póngase por donde quiera». Así la recoge la Real Academia en la undécima edición de su diccionario, de 1869, del que posteriormente sería eliminada, suponemos que por tratarse de un refrán.

La tradición remite el origen del dicho a la conquista de Antequera, que consumó el infante don Fernando, por entonces regente de Castilla, en 1410. Era costumbre tras la conquista de una población elegir a su patrón. Como aquella se hiciera efectiva el 16 de septiembre, se introdujeron en una urna los nombres de los santos que la Iglesia celebra tal día. Se invocó al Espíritu Santo y… salió por tres veces consecutivas el nombre de santa Eufemia. «Fue ella quien se me apareció en mi campamento en Córdoba, cuando no sabía qué tierra conquistar», dijo entonces don Fernando, a quien la santa, rodeada por leones, se habría dirigido en estos términos: «Salga el sol por Antequera y que sea lo que Dios quiera».

Pero dejando a un lado la leyenda, hay quien ha considerado que, puesto que Antequera se sitúa en pleno centro de Andalucía, no es posible que el orto (que nos disculpen los lectores del sur americano si inadvertidamente incurrimos en vulgaridad) tenga lugar por ella. Lo que justificaría, por vía irónica, el origen de la expresión, que equivale a 'que suceda lo que tenga que suceder, sea lo que sea (incluso lo imposible)'. Pero, claro, todo es relativo y estas cosas —el lugar de la salida y la puesta del sol— dependen del punto geográfico donde uno se encuentre. Ahora bien, la hipótesis se cumple si alguien se sitúa en Santa Fe, como los Reyes Católicos justo antes de la conquista de la ciudad de Granada, puesto que Antequera se localiza a poniente. Y es de esta teoría de la que se hace eco Iribarren, que ni niega ni afirma. A nosotros hay algo que nos escama: la falta de documentación anterior al siglo XIX . De modo que lo dejamos en manos del lector, aunque todo parece reducirse a una mera cuestión de fe, territorio siempre espinoso.

BENITO PÉREZ GALDÓS

El Sr. Regato me ha prometido darme un destino en la Contaduría de Propios. D. Patricio me enseña a echar la firma, que es lo que necesito, y **salga el sol por Antequera .**

El Grande Oriente , 1876.

BEGOÑA AMEZTOY

No entraba en sus planes montar un chocho en un sábado tan especial, pero si hay que montarlo, se monta a lo grande. A tomar por el culo y que **salga el sol por Antequera.**

Escuela de mujeres , 2001.

tirios y troyanos

«Callaron todos , tirios y troyanos ; quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas». Así empieza Cervantes el capítulo del retablo de Maese Pedro en el que se narra la representación de la historia de don Gaiferos y Melisendra. Estamos en 1615 y la expresión (que se emplea para hacer referencia a 'personas con ideas e intereses contrapuestos') parece ya prefigurarse, aunque no se convertiría en lugar común hasta el siglo XIX . A finales de este siglo, en 1899, la incorporaría la Real Academia a su diccionario.

El origen del modismo hay que buscarlo en el arranque del segundo libro de la *Eneida.* O, más concretamente, en la traducción de la obra de Virgilio llevada a cabo por Gregorio Hernández de Velasco (1557): «Callaron todos, tirios y troyanos, *y atentos escucharon con silencio.* El padre Eneas, desde su alto asiento, /
comenzó así su larga y triste historia». Hay que situarse en Cartago, donde, tras siete años de navegación errante, llegan Eneas y los troyanos —como simples migrantes o refugiados políticos: la historia se repite— huyendo de la destrucción de su ciudad. Allí son acogidos por Dido, reina de origen fenicio, procedente de Tiro, que intenta recomponer su reino en la actual Túnez.

Históricamente la rivalidad entre troyanos y fenicios había sido en todo caso comercial, pero no es en ella en la que descansa el sentido pleno de la expresión, sino en la de sus descendientes. Continuemos, pues, con la narración de los hechos. Dido, por mediación de Cupido, cae rendida a los encantos de Eneas. Pero este ha recibido de Júpiter la misión de fundar un nuevo reino en Italia. El romance, pues, acaba en tragedia, y la reina se suicida con la espada de Eneas, maldiciendo al héroe troyano y haciendo jurar venganza a su pueblo. Eneas, que ha zarpado en aquel momento rumbo a Italia, se instala junto con sus hombres en el Lacio, donde emparenta con los reyes latinos. Rómulo y Remo serán, por tanto, sus descendientes. De modo que los romanos son herederos de los troyanos y los cartagineses de los tirios. Y no hace falta incidir en la rivalidad entre ambos: basta recordar las guerras púnicas.

FRAY FRANCISCO ALVARADO

No haya desunion, seamos todos unos, **tirios y troyanos;** y como hasta aqui nos ha unido un Dios, una fe y un bautismo, únannos de aqui adelante un Quesnel, unas ideas liberales, o para acabar mas pronto, un ateismo.

Cartas críticas del Filósofo Rancio, 1811-1813.

LUIS COLOMA

Mientras tanto, las gacetillas de *La España con Honra* y *El Puente de Alcolea* corrían por todo Madrid, entre las rechiflas, burlas y sarcasmos de **tirios y**

troyanos, capuletos y montescos.

Pequeñeces, 1891.

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Los consejos e ideas de nuestra tradición moral del Siglo de Oro han sido y son desconocidos por **tirios y troyanos** […].

¿Qué nos falta para ser felices? Un nuevo modo de pensar y de vivir, 2002.

tomar las de Villadiego

Es esta una expresión antigua que se emplea con el sentido de 'marcharse apresuradamente, huir de un lugar'. Aparece por vez primera en la *Celestina* (c. 1499-1502), donde se utiliza en realidad «tomar las calzas de Villadiego». Esta parece ser la forma original del modismo, que poco tiempo después, sin embargo, había perdido las «calzas». Quevedo hace manifestar su ignorancia sobre el tema al propio Villadiego en *Sueño de la muerte* (1610): «Señor Vargas, pues V. M. lo averigua todo, hágame merced de averiguar quién fueron las de Villadiego, que todos las toman, porque yo soy Villadiego, y en tantos años como viví, no lo he podido saber». Y Covarrubias no anda mucho más avisado, aunque supone que «Villadiego se debió de ver en algún aprieto y no le dieron lugar a que se calzase, y con ellas en las manos se fue huyendo». Tampoco Gonzalo Correas nos aclara demasiado, pero como los anteriores —y el mismísimo Cervantes— supone que Villadiego fue un personaje histórico. Si es así, nada sabemos de su vida y hechos.

Caminos muy distintos han seguido otros autores, pero resulta especialmente interesante la hipótesis que relaciona el origen histórico de la frase con las persecuciones a que fueron sometidos los judíos en la Edad Media. Fernando III el Santo concedió a la población hebrea de la localidad burgalesa de Villadiego un privilegio, confirmado por Alfonso X el Sabio, según el cual la recibía «bajo la real protección». De esta manera Villadiego se convirtió en villa de asilo y refugio para los judíos en un momento en que arreciaban las persecuciones en Toledo y Burgos. A estos datos se adaptaría muy bien la versión moderna del dicho, aunque no tanto la primitiva, la que hace mención de las calzas. Pero es que condición para disfrutar del citado privilegio era portar una vestimenta específica (hay quien afirma que unas

calzas amarillas). Y este hecho otorga sentido pleno a la expresión, pues metafóricamente tomar estas calzas equivaldría a huir para buscar refugio en la ciudad, asumiendo, claro, el distintivo vestimentario correspondiente.

PEDRO VALLÉS

[...] que ninguno, por muy valiente que sea, podrá, siendo solo, resistir ni pelear contra muchos sin que le maltraten o maten, y es prudencia entoncestomar **calças de villadiego.**

Libro de refranes, 1549.

ALFONSO ROJO

El asunto había concluido sin procesamientos. Era complicado probar los cargos y hubo pactos bajo la mesa, pero Álvaro Palomino, el director del banco, se dio **las de Villadiego.** Y lo hizo de forma discreta, sin despedirse y con un buen pellizco.

Matar para vivir, 2002.

valer un potosí

Siempre resulta agradable escuchar que uno vale un potosí. Aunque sea mentira. Y es que la vanidad es condición propia del ser humano, pese a que a veces se esconda bajo una falsa modestia. Conviene, eso sí, no perder el oremus, cosa que —por lo que se ve— resulta relativamente fácil cuando se vive rodeado de aduladores. La expresión, que se emplea para ponderar la valía de algo o de alguien, fue recogida por la Real Academia tardíamente, en la decimoquinta edición de su diccionario, pero su uso se documenta bastante antes, al menos desde el siglo XVIII . En realidad, se utilizaba ya *Potosí* poéticamente con el significado de 'riqueza extraordinaria' a comienzos de la centuria anterior: «Para igualar tu humildad / no tengo un maravedí; *para alentar tu esperanza* mi dote es un Potosí», escribe Góngora en la comedia *Las firmezas de Isabela* (1610).

Potosí es una ciudad boliviana fundada a mediados del siglo XVI como consecuencia del descubrimiento de las riquezas argentíferas (las minas de plata, hablando en este mismo metal) del Cerro Rico. El propio Cervantes se hace eco de la importancia de los yacimientos en la segunda parte de su gran obra: «Si yo te hubiera de pagar, Sancho

—respondió don Quijote—, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte». Su fama atrajo a multitud de aventureros y colonos, tantos que a finales de la centuria y a principios del siglo XVII era la principal ciudad del Nuevo Mundo. Una ciudad alegre, conocida por sus celebraciones, en la que proliferaban las casas de juego y los prostíbulos. Pero la fiesta se acabó pronto, en el XVIII , cuando sus reservas de plata comenzaron a agotarse. Potosí sigue existiendo, claro, pero no precisamente como referencia económica de primer orden. Salvo en el lenguaje, aunque en este comparta con Perú —a fin de cuentas en su virreinato estaba Potosí— o el Congo tal privilegio.

ANÓNIMO

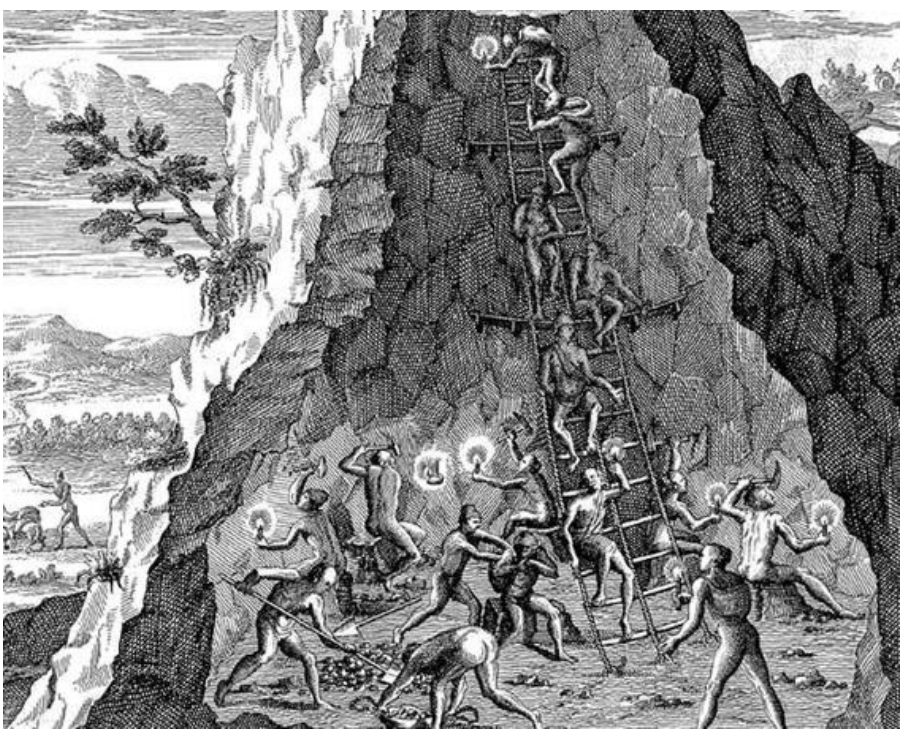
Cuanto al estado y riqueza,
Es mi bolsa **un Potosí** ,
Que tiene en versos su renta.

Romances, en *Segunda parte del Romancero general,* 1605.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

¿No cree usted que es razonable pensar que si esto sucede, los sellos de Nicaragua van a **valer un Potosí** ?

¡Voz de alarma! (París 1924-1933. Periodismo y creación literaria), 1928.



Con la Iglesia hemos topado

a santo de qué

La expresión, que se utiliza con el significado de ‘con qué motivo, por qué razón’, no es demasiado antigua, aunque su uso se remonta al menos a la segunda mitad del siglo XIX. La Real Academia recoge en 1925, en la decimoquinta edición de su diccionario, «a santo de». El uso de esta construcción con el significado de ‘en el nombre de’ no es nuevo en español (se encuentra por ejemplo en la Biblia de Ferrara), pero no forma parte de la tradición central de nuestra lengua. Ahora bien, la identificación de los santos y el nombre resulta inmediata. Estos han nutrido secularmente la antroponimia del español. Tanto que, en el Ejército, se habla de «santo y seña», y ese santo no es sino el nombre secreto utilizado para reconocer a las fuerzas amigas, tomado inicialmente de alguno de los presentes en el santoral. No seguiremos por ahí, sin embargo, porque parece ser una vía muerta. Y, si atendemos a la teoría más extendida, el origen de la expresión que tenemos entre manos está vinculado a la inveterada costumbre popular de relacionar cada acción de la vida con un santo, encomendándose a él para llevarla a cabo. San Judas Tadeo, por ejemplo, es el patrón de las causas difíciles, y San Antonio, el más indicado si se busca pareja. Pero, naturalmente, para aquello que se sale de la norma, que resulta gratuito o arbitrario, no existe santo correspondiente. Se diría entonces: «¿A santo de qué?» o, según otra variante, «¿A qué santo?».

BENITO PÉREZ GALDÓS

A doña Lupe le pareció la amonestación muy impertinente y descortés, porque ¿**a santo de qué** venía él a hablar de pecados ajenos, teniendo tantos propios de qué ocuparse?

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Como usté comprende, no puedo ni pensar en que el Auditor se quede con mis diez mil pesos, y ando viendo cómo hago para que me los devuelva, que **a santo de qué** se va a quedar con lo que es mío, **a santo de qué...**

El señor presidente, 1933-1946.

MIGUEL DELIBES

Acabé el día murrio. Yo no sé **a santo de qué,** uno ve unos días la vida color de rosa y otros, negra.

Diario de un emigrante, 1958.

SALVADOR DE MADARIAGA

Demasiado sabes tú que no fusilarías a tu hermano. Además, **¿a santo de qué?** Que lo tomaras preso, bueno está. Pero fusilarlo... ¿por qué?

¡Viva la muerte! Tragedia moderna en tres actos, a. 1978.

SANTI ORTIZ TRIXAC

Y me parece muy bien que no vayan a la plaza si así piensan, nadie les obliga; pero no sé **a santo de qué** se arrogan el derecho de impedirnos a los aficionados ver nuestros toros en paz.

Lances que cambiaron la fiesta, 2001.

acabar como el rosario de la aurora

Si alguien nos dice que un conclave o una reunión ha acabado como el rosario de aurora, es preferible no insistir demasiado: la cosa ha acabado rematadamente mal, con falta de acuerdo, tumulto generalizado y desbandada de los asistentes. Ahora bien, la locución no deja de ser sorprendente, puesto que uno tiende a pensar que eso de rezar el rosario (voz derivada del latín *rosarium,* 'rosaleda', por la frecuente comparación de la Virgen con una rosa, como símbolo místico) no es una actividad particularmente conflictiva. Pero, claro, hay excepciones. Y sobre todo a determinadas horas, en las que al fervor religioso se une la falta de sueño y la desinhibición propia de los excesos espirituosos.

El rosario de la aurora, que se canta procesionalmente en la madrugada de los domingos, al asomar el alba, tiene larga tradición en España. La locución, sin embargo, no parece documentarse antes

del siglo XIX . Sobre el lugar y la fecha en que se produjeron los acontecimientos que están en su origen hay varias versiones. Es seguro que la bronca se repitió en distintas localidades (se citan, por ejemplo, Sevilla y Madrid) y, de hecho, existen versiones locales, que identifican geográficamente la expresión. Una de ellas hace referencia a Espera, un pueblecito de la provincia de Cádiz en el que, todavía en el siglo XVIII , la fuerte rivalidad existente entre dos hermandades, la de la Vera Cruz y la de las Ánimas, acabó de mala manera en plena celebración del rosario. A farolazos, más concretamente.

EMILIA PARDO BAZÁN

Contaba la gloriosa menos de un año, y ya nadie sabía a qué santo encomendarse, ni adónde íbamos a parar, ni dónde dar de cabeza. Abundaban

las manifestaciones pacíficas, **acabando** siempre **como el rosario de la aurora.**

La tribuna, 1883.

MIGUEL DELIBES

[…] venga, que a este paso me parece a mí vamos a **acabar como el rosario de la aurora,** porque no es decir que hoy una criada valga más de mil pesetas, que eso es lo de menos, que luego está lo que te come, pero con eso y con todo, lo peor es que no las hay, que no se pueden pintar, Mario, métetelo en la cabeza […].

Cinco horas con Mario, 1966.

adelante con los faroles

Utilizada de forma coloquial con el fin de infundir ánimo para llevar a cabo una empresa o perseverar en ella pese a las dificultades que puedan presentarse, la expresión *adelante con los faroles* se recoge por vez primera en el diccionario académico tardíamente, en su decimotercera edición, publicada en 1899. No parece ser mucho más antigua, ya que no se documenta antes de la segunda mitad del siglo XIX . Su origen no está del todo claro. Podría relacionarse intuitivamente con la acepción figurada del sustantivo (‘hecho exagerado o jactancioso que carece de fundamento’); pero, aunque tengamos la tentación de tirar de este hilo —en definitiva, de marcarnos un farol—, la realidad parece ir por otros derroteros.

Hay quien la vincula con el rosario de la aurora, en el que no era raro terminar a farolazos (" ACABAR COMO EL ROSARIO DE LA AURORA). Y, en efecto, parece tener relación con un acto procesional, aunque no necesariamente con este. Según la teoría más comúnmente aceptada, se trata de un acortamiento del refrán «¡Adelante con los faroles, que atrás vienen los cargadores!». No hace falta añadir que los faroles aparecen en las procesiones en cabeza del cortejo, custodiando la cruz de guía. Detrás —mucho detrás, en ocasiones— vienen los cargadores portando la imagen procesionaria. De forma que el origen último del modismo podría ser una mera expresión de ánimo procesional. Ahora que, puestos a ello, ¿no sería más sensato animar a los costaleros?

BENITO PÉREZ GALDÓS

Yo sé que andan por Madrid emisarios del Emperador que nos hacen la

mamola a cencerros tapados para que le rindamos pleito-homenaje y transijamos con él, requisito indispensable para tratarnos a maravilla, por lo cual opino que tan bien se sirve con Pedro como con Juan, y **adelante con los faroles,** porque si tienes hogazas no pidas tortas, y si te dan la vaquilla acude con la soguilla, que como dijo el otro, mano que da mendrugo, buena es aunque sea de turco.

Napoleón en Chamartín, 1874.

ELOY HERRERA

Ricardo. — ¿Dos años? Unos días, señora. Fíjese bien en el mecanismo: por buena conducta, la rebajan seis meses; por el cumpleaños de Suárez, otros tres...
Candel. — Y si se muere el papa, estoy en la calle al día siguiente.
Ricardo. — Eso es.
Candel. — Pues nada, hijo, **adelante con los faroles.** Si entrar en la cárcel por la política es una honra.... ¡a mí, a honra no hay quien me gane!

Un cero a la izquierda, 1976.

chivo expiatorio

El chivo expiatorio es la persona a la que se hace pagar las culpas o errores ajenos o de toda la comunidad. La expresión figurasolo recientemente en el diccionario académico, al que se incorporó en 1992. Sin embargo, se documenta con cierta frecuencia ya en la segunda mitad del siglo XIX . Su origen parece evidente. Si atendemos a la definición de la Real Academia, el chivo expiatorio era, en sentido recto, «el macho cabrío que el sumo sacerdote sacrificaba por los pecados de los israelitas». De modo que podemos imaginar que el pobre animal cargaba con las culpas de todo el pueblo hebreo.

Pero la cosa no es exactamente así, porque en realidad eran dos los machos cabríos ofrecidos el Día de la Expiación: uno a Jehová y otro a Azazel (no está del todo claro a qué o quién se hace referencia con este nombre). En todo caso, la suerte decidía. Con la sangre del primero, que era degollado, se purificaba el tabernáculo. El segundo —el chivo emisario— era cargado con todas las culpas del pueblo judío y enviado al desierto: «pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo […]. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto», puede leerse en el Levítico. De modo que o la definición del diccionario académico es incorrecta o la

metáfora del chivo expiatorio es parcialmente imperfecta. A efectos lingüísticos, claro, nada cambia, pues el chivo expiatorio seguirá siendo el cabeza de turco.

PEDRO SALINAS

Lo de Balzac me va a salir muy radical: porque cuanto más lo miro, más se me representa como el **chivo expiatorio** de la confusión de los fines de la creación literaria y las tremendas consecuencias de esa confusión para el autor y la obra.

Correspondencia (1923-1951), 1951.

ÁNGEL PALOMINO

El único que, con miedo y todo, trata de impedir una decisión injusta es Tafalla.
—Si la opinión del Consejo es que Recalte debe ser ofrecido a Díaz Perea como **chivo expiatorio,** yo me considero moralmente dimitido.

Torremolinos, Gran Hotel, 1971.

CARMEN ALBORCH

En opinión de Mercedes Madrid, las razones de la misoginia de Hesíodo residen en la necesidad de proyectar en alguien la frustración por los bienes perdidos y los males hallados; es decir, las mujeres son una especie de **chivo expiatorio.**

Malas. Rivalidad y complicidad entre mujeres , 2002.

como alma que lleva el diablo

«Con extraordinaria velocidad y agitación de ánimo», tal es el significado de esta locución adverbial. Si atendemos al registro académico, se recoge por vez primera en la duodécima edición del diccionario, de 1884, pero se documenta más de una centuria antes. Por su uso frecuente con verbos como *correr, huir* o *salir,* bien pudiera pensarse que está mal construida, pues no parece haber mayor incentivo para la carrera del alma que escapar del diablo. Sin embargo, podría también responder a una tradición de origen medieval, ya que la rapidez es una de las características del diablo —que acecha permanentemente— cuando trata de apoderarse del alma de algún pecador.

Así se pone de manifiesto, por ejemplo, en las *Cantigas* de Alfonso X el Sabio, donde puede leerse: «e logo chegaron *a alma tomar* demoes [demonios], que a levaron / mui toste [presto] sen tardar». De hecho, en este periodo era especialmente temida la muerte súbita, sin confesión, ya que el diablo podía aprovechar ese momento fugaz en que el alma abandona el cuerpo para apoderarse con premura de ella y trasladarla al infierno, evitando así la confrontación con los enviados de Dios. De modo que la cosa tiene su sentido. Y resuelto el asunto de la velocidad —manifiesta, incluso, en el diablo cojuelo—, el de la agitación de ánimo parece explicarse por sí solo.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Platero huía entre las cepas, **como alma que lleva el diablo,** rebuznando enloquecido hacia los tranquilos pinos en sombra.

Platero y yo, 1916.

JAVIER MAQUA

Eusebito, con las manos vacías, chillaba **como alma que lleva el diablo** mientras la cercana concurrencia intentaba inútilmente calmar al infante y se preguntaba dónde se hallarían los irresponsables familiares de aquel basilisco inoportuno.

Invierno sin pretexto, 1992.

comulgar con ruedas de molino

Comulgar con ruedas de molino es 'creer algo inverosímil'. La locución tiene tradición, puesto que —aunque el diccionario académico la recoge con bastante posterioridad— se documenta ya en la segunda mitad del siglo XVIII , donde la encontramos en una pastoral del arzobispo de Burgos, José Javier Rodríguez de Arellano, titulada *Doctrina de los expulsos extinguida,* en la que se deja bien a las claras su origen popular: «¿Y no es también querernos trastornar los entendimientos, o (como se expresa el vulgo) comulgarnos con ruedas de molino?».

No cabe duda de que se trata de una expresión particularmente elocuente, un hallazgo feliz que estaba condenado a perdurar. Las

ruedas de molino o muelas son enormes discos de piedra que, mediante tracción animal, el viento o una corriente de agua, se hacían girar sobre su eje para moler los cereales, que se depositaban sobre otra gran piedra que permanecía fija, la solera. Nada más inverosímil que tomar las ciclópeas ruedas de molino por el cuerpo de Cristo, por mucho que su forma circular pudiera asemejarse a la de la sagrada hostia. ¿Quién podría tragarse —y vale aquí el verbo en su doble sentido— semejante cosa?

SEBASTIÁN DE MIÑANO

Desde que vi los desmoches que se hacían a diestro y a siniestro, y que llamaban reformas el quitar a Pedro para poner a Juan, desde que vi arrebatarse las prebendas, los empleos, las comisiones lucrosas, y que todo esto se hacía al son de viva la patria, dije para mi coleto: «como el mono será usted mi tía, esto es jugar a punto el postre y querernos **comulgar con ruedas de molino** ».

Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional , 1820-1823.

JAVIER TOMEO

Seguro que está complicado algún pez gordo. Tal vez alguno de esos políticos que pretenden hacernos **comulgar con ruedas de molino.**

La mirada de la muñeca hinchable, 2003.

cosa del otro jueves

Una cosa del otro jueves —se usa casi exclusivamente en construcciones negativas— es ‘algo extraordinario, fuera de lo común’. La expresión tiene larga tradición, pues se documenta al menos desde principios del siglo XVII y se recoge tempranamente en el diccionario académico, en 1780. Según la teoría más comúnmente aceptada, tiene su origen en la práctica cristiana de observar abstinencia los viernes (no todos los fieles, el muy piadoso rey Felipe II, gran aficionado a la carne, estaba exento de ella), especialmente en tiempo de Cuaresma. Y como ya se sabe que el hombre es débil, no era raro que los penitentes hicieran acopio de energías y comieran más abundantemente la noche de antes, la del jueves. Así que los jueves eran, al menos en lo gastronómico (pero no solo, recuérdense los tres que relucen más que

el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión), días singulares. Y se apuraba hasta el último minuto, como atestigua Quevedo en *Lo más corriente de Madrid* (1689): «Relojes como tribunales, que se apela de unos a otros, aunque los más atrasados son los más finos jueves en la noche».

Pero aunque la cosa tiene sentido, hay algo que no acaba de cuadrar: tal y como recoge el *Diccionario de autoridades* (1726), existía antiguamente una variante del dicho que, con igual significado, hacía referencia a los viernes: «La cotidiana abstinencia /
debe estimalla otro tanto *que es cosa del otro viernes* esto del comer pescado», dice Jerónimo de Cáncer en un romance de 1651. ¿Lo mismo da entonces jueves que viernes? No parece. De modo que más nos vale ir buscando alternativas. Por el momento intentaremos agarrarnos —menos da una piedra— a otra vieja tradición, la de *hacer medianoche:* «aguardar a que den las doce del viernes en la noche para comer una olla regalada de menudo», en palabras de Covarrubias.

FRANCISCO LÓPEZ DE ÚBEDA

Mi bisabuelo tuvo títeres en Sevilla, los más bien vestidos y acomodados de retablo que jamás entraron en aquel pueblo. Era pequeño, no mayor que del codo a la mano, que del a sus títeres solo había diferencia de hablar por cerbatana o sin ella. Lo que es decir la arenga o plática era **cosa del otro jueves.**

La pícara Justina, 1605.

FERNÁN CABALLERO (CECILIA BÖLH DE FABER)

—Un resfriado —dijo la tía María—. Vamos, que eso no es **cosa del otro jueves.** Pero también, tío Pedro de mis pecados, ¿quién consiente en que esa niña, con el frío que hace, ande descalza de pies y piernas por esas rocas y esos ventisqueros?

La gaviota, 1849.

CARLOS FISAS

Lo más probable, por no decir lo más seguro, es que las enfermedades no fuesen **cosa del otro jueves** y que la sola naturaleza bastárase para curarlas.

Historias de la historia, 1983.

dar vela en este entierro

Usado casi siempre en sentido negativo o interrogativo, significa 'dar permiso o motivo para intervenir en un asunto'. «¿Quién le ha dado vela en este entierro?», se suele decir. La locución se documenta a principios del siglo XIX y se recoge por vez primera en la duodécima edición del diccionario académico, de 1884. Covarrubias afirma que «el llevar lumbres encendidas en los entierros de los fieles se ha usado desde la primitiva Iglesia».

Está claro que la costumbre de acompañar con velas el cortejo fúnebre viene de antiguo. Así se recoge, por ejemplo, en una pragmática de Felipe II promulgada el 20 de marzo de 1565 y que regula las formalidades de entierros y exequias: «En cuanto toca a los entierros, […] no se pueda llevar […] más de doce hachas o cirios; pero esto no se entienda en cuanto a las candelas o velas que se dan a los clérigos o frailes, y niños de doctrina que van a los dichos entierros, ni a la cera que llevan las cofradías que acompañan los cuerpos de los dichos difuntos». E Iribarren remata la cuestión afirmando que el modismo proviene de la antigua costumbre de entregar la familia una vela a los amigos del difunto que acudían al sepelio. Así que parece haber luz suficiente en esto de la vela, aunque siempre haya quien, por si acaso, prefiera dos: para poner una a Dios y otra al diablo.

RICARDO PALMA

—Y a usted, so godo de cuernos, cascabel sonajero, ¿quién **le dio vela en este entierro** ? —contestó con su habitual insolencia el negrito Manzanares.

Tradiciones peruanas , 1874.

JUAN PÉREZ-CARMONA

Beatriz. — Eso quiere decir que ella lo quiere.
María (enérgica).— ¿Y a usted quién **le dio vela en este entierro** ?
Beatriz. — ¡Bueno!... ¡Yo!... ¡Como no se ponen de acuerdo!... ¡Creí que mi deber!...

Piedra libre, 1970.

ELADIA GONZÁLEZ

Doña Cuca dio dos palmadas.
—Se me van largando todos p'afuera —dijo—, nomás Concha se puede quedar p'ayudar; los demás ya **no tienen vela en este entierro.**
Se esfumaron todos; doña Cuca entre ellos. Se quedaron Sole, su mana y la muchacha de los ojos de café con leche.

Quien como Dios, 1999.

de Pascuas a Ramos

Si atendemos al diccionario académico, las Pascuas (el término remite en origen al hebreo *pesah,* 'paso, tránsito'), así, en plural, son las Navidades, el «tiempo desde la natividad de Nuestro Señor Jesucristo hasta el día de Reyes incluido». Pero para que la locución cobre su verdadera significación hay que entender Pascuas en otro sentido. En efecto, de Pascuas a Ramos es 'de tarde en tarde'. No tiene razón de ser, por tanto, la referencia a la Navidad, pues el tiempo transcurrido hasta el día de Ramos, que señala el fin de la Cuaresma y el comienzo de la Semana Santa —se festeja en él la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén—, sería más bien exiguo. El dicho hace mención, lógicamente, a la Pascua de Resurrección o Pascua Florida, que se celebra exactamente una semana después del Domingo de Ramos para conmemorar la resurrección de Jesús al tercer día de su crucifixión. Entre una y otro media casi un año completo.

La expresión, de estructura y significado análogos a los de otras del español, como → DE HIGOS A BREVAS , no parece documentarse antes de la segunda mitad del siglo XIX y se incluyó en el diccionario académico en la duodécima edición —en la que la Real Academia hizo acopio de numerosos modismos—, de 1884. Y, puesto que no tenemos mucho más que decir, cada uno a lo suyo y ¡santas pascuas!

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

¡A la novena, al sermón! Y **de Pascuas a Ramos** un paseíto con la mamá por el Espolón o el Paseo de Verano.

La Regenta , 1884-1885.

CAMILO JOSÉ CELA

No hace nada, eso es cierto, pero por no hacer nada, ni come siquiera. Lee novelas, va al café, se fuma algún que otro tritón y está a lo que caiga. Lo malo es que lo que cae suele ser **de pascuas a ramos,** y para eso, casi siempre de deshecho de tienta y defectuoso.

La colmena, 1951-1969.

CARMEN RICO-GODOY

—¿Y entonces qué haces?
—Nada.
—¿Qué quiere decir nada, que no haces el amor o que no tomas precauciones?
—En realidad no tomo precauciones porque hago el amor **de pascuas a ramos.** En fin, tomo las que manda la Santa Iglesia.
—Pero si tú eres atea.

Cómo ser mujer y no morir en el intento, 1990.

donde Cristo dio las tres voces

De inmediato nos asalta la duda: ¿dónde tuvo lugar tal cosa? Pero vayamos por partes. La locución, que se documenta ya en el primer cuarto del siglo XIX y se incluyó en el diccionario académico en su duodécima edición, de 1884, se emplea con el significado de 'en un lugar muy lejano o remoto'. Parece claro que debemos remitirnos a la historia sagrada. Y, en efecto, es en la Biblia, concretamente en los evangelios de Mateo y Lucas, donde encontramos la solución. Seguiremos aquí el primero.

Después de su bautismo, Jesús se retira al desierto guiado por el Espíritu. Allí, tras cuarenta días y cuarenta noches de ayuno, se aparece el demonio para tentarle: «Si eres hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes». A lo que Jesús contesta: «No solo de pan vivirá el hombre». Lo conduce después Satán a Jerusalén, donde lo invita a tirarse desde lo alto del pináculo del templo asegurándole que está escrito: si realmente es el hijo de Dios los ángeles le salvarán. Y Jesús responde: «Escrito está también: no tentarás al Señor tu Dios». Aún el diablo lo transporta a un monte encumbrado, desde donde le muestra y ofrece «los reinos de este mundo y la gloria de ellos». Pero Jesús es tajante: «Vete, Satanás, porque escrito está: al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás».

Las respuestas de Jesucristo a las tentaciones del diablo son las «tres voces» y el lugar donde las da, el desierto —o la cumbre de un monte elevado—, símbolo de aislamiento y lejanía. De modo que el origen de la locución queda aclarado. Otra cosa será determinar, desde una perspectiva algo más irreverente, dónde Cristo perdió el mechero.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Vivía en la calle de Tabernillas (Puerta de Moros), que para los madrileños del centro es **donde Cristo dio las tres voces** y no le oyeron. Es aquel barrio tan apartado, que parece un pueblo.

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

FERNANDO ARRABAL

Un día fue conducido a picar unas rocas, aborrecidas, cerca de la raya de Francia: no solo estaban **donde Cristo dio las tres voces,** sino que aún había que acarrear hasta sus faldas toda la herramienta al hombro.

La torre herida por el rayo, 1982.

el séptimo cielo

Todos ambicionamos el séptimo cielo,en tanto que este, sea situación o lugar, resulta extremadamente placentero. Ahora bien, incluso en estos menesteres existen clases, de modo que la gran mayoría nos contentaríamos con algo menos. Con estar en la gloria, por ejemplo. Casi todos andamos algo perdidos en estas cosas. Parece que incluso Covarrubias, que ya señala que no se meterá «en averiguar el número de los cielos, ni sus movimientos, ni si su materia es corruptible o no». Así que intentaremos ofrecer un mínimo de luz sobre el asunto.

En la cosmología de Aristóteles —inspirada en la ptolemaica—, la Tierra era considerada una esfera inmóvil situada en el centro del universo; alrededor de ella giraban los demás astros adheridos a esferas concéntricas transparentes, cuyo movimiento último era debido a un motor inmóvil exterior o causa final. En este sistema se establece una jerarquía de seres a partir de la perfección de esta forma pura, que se va degradando a medida que nos acercamos a la Tierra.

Esta es la idea básica que, tamizada por el tomismo, subyace en los nueve cielos en los que Dante divide el Paraíso en su *Divina comedia* (c. 1304-1321). Los siete primeros se corresponden con astros del sistema solar: la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno; el octavo, con las estrellas fijas, y el noveno —el único no existente en la teoría aristotélica—, con el cielo cristalino o primer móvil. Más allá se situaba el Empíreo, donde la potencia divina ejercía como motor inmóvil. En estas esferas se distribuyen las almas según sus virtudes. Y las del séptimo cielo, dedicadas en vida a la contemplación y la caridad, son las más cercanas a Dios, puesto que el octavo está habitado por las almas triunfantes, y el noveno, por las jerarquías angélicas. De modo que si podemos elegir... Aunque antes, claro, hay que ganarse el cielo, siquiera sea el primero.

—Yo digo que tendrán que subir dos, porque uno solo no va a poder con todo.
Ahora, Miguel partía los papelitos.
—Sí, dos; claro está.
—Y el Dani que no se escurra del sorteo —dijo Fernando—. Echa también para él. Porque esté así, no se nos va a librar de extranjis. Sería una marranada.
—Está en **el séptimo cielo,** ahora mismo, el infeliz.
—Pues que se apee.

El Jarama, 1956.

MARTA RIVERA DE LA CRUZ

Cuando Clark Gable la sacó a bailar, Marilyn se sentía ya en **el séptimo cielo** . Ella le dijo que le admiraba desde siempre. Él, que se había sentido fascinado por su actuación en *Los caballeros las prefieren rubias* y que estaba deseando trabajar con ella.

Fiestas que hicieron historia, 2001.

estar en capilla

Lo de estar en capilla nunca es cosa de gusto, pues hallarse en el trance de enfrentarse a una prueba o de conocer el resultado de algo que consideramos relevante genera inevitablemente inquietud. Y no digamos nada acerca de la espera del cumplimiento de la pena capital. Ahora bien, ¿de dónde procede tal locución? La cosa no acaba de estar clara, pero lo más razonable es pensar, como señala el *Diccionario de autoridades* (1729), que tiene su origen en este último significado. De hecho, Felipe II, siguiendo un *motu proprio* de Pio V, dispuso mediante pragmática en 1569 que se dispensara la sagrada comunión a los condenados a muerte que la solicitaran un día antes de hacerse efectiva la pena, «proveyendo que se les diga misa dentro de la cárcel en el lugar más decente señalado
por el ordinario». Y más adelante
—exceptuando un breve paréntesis durante la Segunda República, la pena de muerte mantuvo su vigencia en España hasta la aprobación de la Constitución de 1978— fue tradición que los reos pasaran sus últimas horas en la capilla de la prisión en compañía del confesor.

Más romántica, aunque menos plausible, es la teoría que identifica el origen de la expresión con la capilla de Santa Bárbara del claustro de la catedral vieja de Salamanca, vinculada tradicionalmente a la universidad y en la que los aspirantes a licenciados y doctores pasaban, junto al sepulcro en piedra policromada de su fundador, el

obispo Lucero, las horas previas al examen final, que también tenía lugar en ella.

BENITO PÉREZ GALDÓS

[…] todos se empeñan en hacerle creer que es el hombre más feliz de la creación, que no debe envidiar a los que incurren en la tontería de seguir viviendo, y que **estar en capilla** con el implacable verdugo a la puerta es una delicia.

El terror de 1824, 1877.

ANDRÉS BERLANGA

Porque dar un paso como el que te aguardará al día siguiente —ese lunes, obsesivo desde que te dieron la fecha de la cita para que te **pusieras en capilla** y lo meditaras bien—, supondrá por encima de todo la muerte de la escritora, la certeza de que los días ya no te pertenecerán y tus palabras no serán tuyas.

La gaznápira, 1984.

estar en misa y repicando

Hay quienes, quizá en su ambición por equipararse a Dios, quieren estar en todas partes a la vez, pero esta virtud, la de la ubicuidad, le está todavía vedada al ser humano. De modo que, por mucha voluntad que exista, no se puede estar en misa y tañendo las campanas de la iglesia a un tiempo. Ambas cosas son, de momento, físicamente incompatibles. Y tal es la idea —la de la incompatibilidad, recurrente en la sabiduría popular— que expresa este modismo, que se usa casi siempre en sentido negativo.

Curiosamente, pese a ser relativamente usual y a que se documenta ya en el último cuarto del siglo XIX , no se registra en el repertorio académico. Parece derivar de una expresión proverbial muy anterior: «no se puede repicar y andar en la procesión», que recoge ya Correas en el primer tercio del siglo XVII . Este mismo autor, por cierto, da cabida a otro dicho, bastante más expresivo, que persuade sobre la imposibilidad de lograr a un tiempo cosas incompatibles: «soplar y sorber no puede ser».Lo encontramos yaen *El guitón Onofre* (1604), la novela picaresca de Gregorio González: «Cuanto mayor es el ciudadano, tanto mayor es la caída que da; que siempre la buena fama es madre de la envidia. En efecto, soplar y sorber no puede ser». Y eso pensamos todos, pero siempre hay quien se las ingenia, por muy difícil

que parezca, para nadar y guardar la ropa.

JUAN ALTABE

—¿Cree que se ha terminado la tregua que han vivido en los últimos meses con UGT?
—Lo que creo es que no se puede tomar en cada momento la actitud que a uno le reporta más poder.
—Es decir, que, en su opinión, Nicolás Redondo no puede **estar en misa y repicando.**
—Si con esa expresión se quiere expresar una posición contradictoria, la acepto como buena.

Entrevista a Francisco Fernández Marugán, *Cambio 16,* 26/03/1990.

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS

No se puede **estar en la procesión y repicando ,** sobre todo cuando desde el campanario disparan a la procesión.

Lo que queda de España , 1995.

hacer la pascua

Como es bien sabido, *hacer la pascua a alguien* es 'fastidiarlo o perjudicarlo'. El asunto tiene su miga, porque la Pascua, en la que se celebra la resurrección de Jesucristo, debería ser para cualquier cristiano una fecha particularmente gozosa. Piénsese, por ejemplo, en la expresión *más feliz que unas pascuas.* Y, entonces, ¿por qué este significado negativo? Si damos marcha atrás en el tiempo para buscar alguna luz descubriremos que el modismo no tiene demasiada tradición y, aunque se documenta mucho antes, al menos desde comienzos del siglo XX , el diccionario académico solo lo incluye en su edición de 1970.

Algunas fuentes han intentado explicarlo desde la perspectiva del cordero pascual. Haría referencia, por tanto, a la Pascua judía, en la que los hebreos conmemoran la libertad del cautiverio de Egipto, relatada en el libro del Éxodo. En esta festividad la tradición impone el sacrificio de un cordero que ha sido previamente cuidado con mimo. Y a este, qué duda cabe, se le hace la pascua (literal y figuradamente). La cosa tiene sentido, pero recurrir a una tradición ajena
—aunque presente en la Biblia— para la formación del modismo en

época tan tardía no acaba de resultar convincente. Es más factible que, como recoge Iribarren, que se hace eco también de la hipótesis anterior, se trate de una simple ironía, un recurso siempre frecuente en la tradición popular. Másen concreto, podríamos encontrarnos ante una antífrasis (figura que consiste en designar a una persona o cosa con una voz que significa lo contrario).Porque la realidad es que la expresión exige un sustantivo algo más rotundo y no demasiado decoroso: *puñeta,* por ejemplo. Y aquí merece la pena reseñar que en la época, y al menos desde el Siglo de Oro, *hacer(se) la puñeta* era una expresión malsonante equivalente a 'masturbar(se)'.

EUGENIO NOEL

Todos los que conocieron al Cuco o **le hicieron la pascua,** contemplaban ¡con respeto! la soga. Quieras que no, cuerda de ahorcado tenían. Y no eran pocos los que se condolían de que se mate a un hombre [...] para enseñarle que no debió matar él.

Las siete cucas , 1927.

FRANCISCO NIEVA

En parte, creo que la falta de bríos de Su Majestad y el inocente vicio de saltar a la comba nos pueden **hacer la pascua.**

La carroza de plomo candente , 1976.

MANUEL CASTELLS

¿Qué es esa dichosa globalización que, en estos días, obsesiona a los políticos y nos suele **hacer la pascua** a los demás?

«La insidiosa globalización», *El País,* 29/07/1997.

írsele a alguien el santo al cielo

A todos se nos ha ido el santo al cielo alguna vez. Y es que lo de distraerse y olvidar lo que íbamos a decir o hacer es algo normal, si bien —es ley de vida— más a unas edades que a otras. La expresión, que no hemos conseguido documentar antes del primer cuarto del siglo XIX , la incluye la Real Academia en la undécima edición de su diccionario, de 1869. Sobre su origen no parece haber demasiada controversia. Iribarren recoge el testimonio de Julio Cejador, que afirma que «alude al predicador que se olvidó del santo, hablando de

otra cosa». En efecto, con el cuentecillo de un sacerdote que se quedó en blanco o se adentró en sendas poco espirituales en pleno sermón —que unos y otros adornan añadiendo aquí o quitando allá— suele explicarse el dicho. Pero, aunque pueda resultar convincente, se trata de una mera explicación, sin mayor sustento histórico o filológico. Hay quien prefiere pensar en la letanía de los santos, oración en la que, tras una súplica a Dios, se invoca a aquellos enunciando su nombre en un orden jerárquico definido. De modo que no es difícil olvidar el que inmediatamente corresponde. Lo que es evidente, en todo caso, es que en la base de esta construcción se encuentra la ironía. Porque todos estamos de acuerdo en que los santos van al cielo. Pero a su debido tiempo: cuando Dios manda, vamos.

RICARDO PALMA

Pero a todo esto, ¿por qué se llama esa la casa de Pilatos? No digas, lector, que **se me ha ido el santo al cielo.** Ten paciencia, que allá vamos.

Tradiciones peruanas (primera serie), 1872.

BENITO PÉREZ GALDÓS

—No, Casiana, no es eso. Déjame ahora. Temo que **se me vaya el santo al cielo** si me entretengo en hablar contigo... Vete a tus quehaceres...

Cánovas, 1912.

ANTONIO GALA

Porque la gente lo sabía. [...] Se daban con el codo cuando **se le iba el santo al cielo.** Ignoraban el daño que le hacían.

Los invitados al jardín, 2002.

la de Dios es Cristo

La locución sustantiva *la de Dios es Cristo* se emplea, generalmente con el verbo *armarse,* para hacer referencia a ‘un alboroto o riña grande’. Su origen parece claro. La historia del cristianismo tras el edicto de Milán (313), que puso fin de las persecuciones en el Imperio romano, estuvo marcada por los debates teológicos (" DISCUSIONES BIZANTINAS). Una de las cuestiones más conflictivas fue la relacionada con la naturaleza de Cristo. La disputa surgió ya a principio del siglo IV cuando Arrio negó su carácter divino, subordinándolo al Padre. Tal

cuestión monopolizó el concilio de Nicea (325), en el que se afirmó la identidad de su substancia y, por tanto, que Cristo era Dios sin dejar de ser humano. Fue el primer conflicto teológico relevante, pero la cuestión cristológica se prolongó en el tiempo y acabó originando los primeros cismas del cristianismo.

Condenados en los concilios de Éfeso (431) y Calcedonia (451), los nestorianos (quienes negaban la unidad substancial de la doble naturaleza, humana y divina, de Cristo y la maternidad divina de María) y los monofisitas (que defendían la naturaleza única de Cristo, encarnación del Verbo de Dios) acabarían separándose y dando lugar a las Iglesias de Persia, Armenia, copta de Egipto, etíope y Siria. Vamos, que la cosa fue gorda. Y fue solo el principio, porque la defensa de los dogmas religiosos
—saltemos aquí de lo particular a la general— ha provocado a lo largo de la historia sangre, sudor y lágrimas.
Y lo sigue haciendo. De modo que bien puede justificarse una expresión como esta.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Por supuesto que al acostarse la familia había **la de Dios es Cristo** sobre quién había de despertar a quién antes de amanecer, pues nadie tenía en sí mismo bastante confianza para comprometerse a desempeñar lucidamente un cargo tan delicado.

Tipos y paisajes , 1871.

JOAQUÍN CALVO SOTELO

Patricio. — […] no me atrevería yo a censurarla porque, al fin y al cabo, puso su pasión al servicio de la paz.
Ángel. — Eso es cierto. Lo que sucede es que si un día se le ocurre ponerla al servicio de la guerra, arma **la de Dios es Cristo.**

Una muchacha de Valladolid . Comedia en dos partes, 1957.

IGNACIO CARRIÓN

Los de ETA son cobardes. Ya verá usted cómo al final ese cabecilla del IRA se deja morir. Cuando muera se armará **la de Dios es Cristo.** Esté preparado. En cambio uno de ETA no se deja morir por nada del mundo. Es otro tipo de gente.

Cruzar el Danubio, 1995.

llamar a capítulo

Lo de que te llamen a capítulo es un mal asunto, pues quien tal hace te pide cuentas por tu comportamiento o te lo recrimina, y generalmente con autoridad para ello. La expresión se empleaba ya a mediados del siglo XIX y el diccionario académico la recoge en su decimoquinta edición, de 1925. Su origen no plantea dudas. El capítulo es la junta o reunión de los miembros de una orden monástica o de un determinado monasterio para tratar asuntos propios de su instituto. Valga como ejemplo poco edificante el siguiente texto de Félix María de Samaniego: «Un convento ejemplar benedictino *a grave aflicción vino*
porque en él se soltó con ciega furia *el demonio tenaz de la lujuria,* de modo que en tres pies continuamente *estaba aquel rebaño penitente* […] *Supo el caso el abad; quien, aturdido* del feroz priapismo referido, *a capítulo un día*
llamó a la bien armada frailería» (*El jardín de Venus* [a. 1797]). Suponemos que en casos como este, además de coloquio, habría en el capítulo alguna censura, aunque fuera indulgente. Sería lo lógico, porque desde mucho antes (se recoge ya este uso en el *Diccionario de autoridades* , de 1729), el sustantivo era empleado con el significado de «grave reprensión en comunidad a algún religioso». Y por si la cuestión suscitara todavía alguna duda, fuera del ámbito de la Iglesia, y al menos desde el siglo XVI, *capítulo* significaba «cargo que se hace [falta que se le imputa] a alguna persona sobre el cumplimiento de su obligación o empleo». Más claro el agua.

IGNACIO ALDECOA

Llegaban a casa muy tarde, siempre acompañadas por distintos hombres. La señora Pepa afirmó que las pensaba **llamar a capítulo** muy seriamente.

El fulgor y la sangre , 1954.

EDUARDO MENDOZA

La noche en que vencía el plazo fijado, el señor Braulio **llamó** a Onofre **a capítulo:** «Los pagos, como usted sabe, se efectúan por adelantado», le dijo.

La ciudad de los prodigios, 1986.

RAIMUNDO CASTRO

El cierre de filas es, a la postre, un acto de responsabilidad por ambas partes (tanto de Felipe González como de Alfonso Guerra, que **llamaron** a los suyos **a capítulo** para evitar peleas de aquí a mayo) [...].

«Sucesión de González», *El Mundo,* 20/02/1995.

llegar y besar el santo

Hay gente que nace con suerte. Y es que hay que tener algo de fortuna para llegar y besar el santo, es decir, para ‘conseguir algo de inmediato, sin tardanza’. La expresión tiene bastante solera, como atestigua el hecho de que la Real Academia se hiciera eco de ella en 1817, en la quinta edición de su diccionario. Pero mucha más tradición tiene lo de besar a los santos, costumbre ancestral extendida por todo el suelo patrio —o estatal, según gustan algunos— y que de vez en cuando es puesta en entredicho por su dudosa sanidad. Tal ocurrió hace unos años, en 2009, cuando un brote de gripe A hizo saltar las alarmas institucionales (hay quien dice que con exceso: las principales beneficiarias fueron las farmacéuticas, que colocaron a la Seguridad Social millones de dosis de la vacuna correspondiente). Pues bien, el propio cabildo de la catedral de Santiago llegó a recomendar abstenerse de besar al apóstol, aunque la devoción de los peregrinos dejara la admonición en agua de borrajas. En realidad ya la había minimizado el propio cabildo al afirmar que el riesgo era insignificante: nada que ver, desde luego, con el de «discotecas y pubs», donde realmente urgía tomar medidas. Discursos de este tipo no son nuevos, naturalmente. Pero, zapatero a tus zapatos, regresemos a lo nuestro, porque cualquiera que haya asistido a una romería o peregrinado a un santuario, o seguido los rituales de unas fiestas patronales, sabrá que a veces lo de acceder al santo no es cosa fácil. Las colas demoran considerablemente este acto de fervor. De modo que eso de llegar y besar… Ni con gripe A. Por algo se ha generalizado la frase.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

—El insomnio junto a una mujer bonita no es seguramente el peor de los males.
—¡Una mujer! —repitió su interlocutor, como admirándose de la buena fortuna del recién venido—. Eso es lo que se llama **llegar y besar el santo.**

El beso , en *Leyendas,* 1863.

JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL

—Todos caéis en lo mismo. Después de tantos años no basta llegar para **llegar y besar el santo,** ¿comprendes? Quizás haga falta que muchos de nosotros pasemos por experiencias como esta.

Los curas comunistas, 1968.

no estar *encontrarse* andar muy católico

La expresión, que se construye generalmente con verbos como *estar, encontrarse* o *andar,* se emplea con el significado de 'no del todo sano, con algún problema de salud'. Su uso es antiguo, tanto que se recoge ya en el *Tesoro* (1611) de Covarrubias. La encontramos también en la segunda parte del *Quijote* cuando una vacada de toros bravos arroya a los protagonistas: «Quedó molido Sancho, espantado don Quijote, aporreado el rucio y no muy católico Rocinante». Su origen parece evidente. El término *católico* (del latín tardío *cathol ĭ cus,* y este del griego *katholikós,* 'universal': así se considera a sí misma la Iglesia de Roma, la que acepta la autoridad del sumo pontífice) hace referencia a quien profesa el catolicismo, y este, naturalmente, implica buena salud espiritual. Así que no resulta extraño que, por extensión, se aplique a la salud física.

Hay quien relaciona más específicamente la expresión con los interrogatorios inquisitoriales, en los que con alguna frecuencia los reos sospechosos de herejía no acababan tampocomuy católicos (en lo físico), lo que pudo ser puesto en consonancia con su teórica falta de fe. Uno de los argumentos que se manejan para ello es la presencia muy frecuente del verbo *estar* (y no *ser*); estaba ya católico, en sentido literal, quien había abjurado de su error. Pero la elección de este verbo es obligada, porque la condición física es contingente, circunstancial, mientras que se es o no se es católico: es una condición caracterizadora. Pero dejemos las honduras gramaticales, a veces oscuras, y encomendémonos al Santísimo para morir —cosa inevitable, por lo que parece— muy católicos. ¿O es esto imposible? La paradoja, en fin, está servida.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Segismundo observaba a su amiga, y a la verdad, **no** le **parecía** su estado **muy católico.** El falso gozo que la hacía reír a cada instante no era buena señal [...].

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

ALFONSO SASTRE

Comisario.— Gozamos de muy buena salud, gracias a Dios, y no es ése el objeto.
Agente.— No lo dirá por mí, jefe, que **no me encuentro muy católico.**

M. S. V. (o La sangre y la ceniza) , 1961.

FÉLIX DE AZÚA

Ultimamente **no se encuentra muy católico;** dolores musculares, decaimiento, la edad, la edad, y claro, cuando se encuentra así, pues no está; vaya, que sí que está, pero como si no estuviera.

Diario de un hombre humillado, 1987.

otro gallo le cantara

La expresión se emplea desde antiguo para señalar que, si se hubiera hecho otra cosa o se hubieran dado otras circunstancias, se habría corrido mejor suerte. Ya el *Diccionario de autoridades* (1734) se hace eco de ella, pero es en realidad bastante anterior, puesto que se documenta más de dos centurias antes. En la primera mitad del siglo XVII , Gonzalo Correas recoge en su *Vocabulario de refranes* una variante más completa: «Otro gallo le cantara, si buen consejo tomara» (la expresión se emplea siempre condicionalmente) e indica que parece relacionarse con el episodio bíblico en el que Pedro niega a Jesucristo: «Y al instante un gallo cantó. Y Pedro se acordó de lo que Jesús había dicho: "Antes que el gallo cante, me negarás tres veces". Y saliendo fuera, lloró amargamente». La cosa se acepta de forma generalizada. Y tiene sentido: otra muy distinta hubiera sido la situación de Pedro, la suerte que habría corrido, si hubiera evitado este acto de cobardía. Tradicionalmente han circulado versos populares que parecen atestiguar esta relación. Y el propio Quevedo, de forma más festiva, vincula el modismo con el apóstol en uno de sus sonetos: «A Dios negastes; luego os cantó el gallo, *y otro gallo os cantara a no negallo;* pero que el gallo cante *por vos, cobarde Pedro, no os espante:* que no es cosa muy nueva o peregrina / ver el gallo cantar por la gallina».

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Yo soy buen testigo, y sé más que otro en ese caso; y sé que si él se fuera, como pudo muy bien hacerlo y le fue aconsejado, que **otro gallo le cantara .**

La vida del Gran Capitán. Correspondencia, 1497-1515.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Cristina. — ¡Oh, espejo del matrimonio! A fe que si todas las casadas quisiesen tanto a sus maridos como mi señora Leonarda quiere al suyo, que **otro gallo les cantase.**

Entremés de la cueva de Salamanca, 1615.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

A saber yo hurtar, **otro gallo me cantara,** y no tendría necesidad de ser hoy en el día liberal, que antes pudiera ser lo que me diese la gana [...].

« Dos liberales o lo que es entenderse**».** *Fígaro,* 1834.

DULCE CHACÓN

Si hubiera habido más gente de la catadura de Líster, **otro gallo nos hubiera cantado.** Miles de Líster, ojalá hubiera habido muchos miles, que hubieran aplastado al fascismo en unos meses.

La voz dormida, 2002.

para más / mayor inri

La expresión, que significa 'para mayor burla u ofensa', se usa a menudo con valor enfático para indicar que algo negativo sucede por añadidura. No se documenta hasta época más o menos reciente, el último cuarto del siglo XIX, y la Real Academia se hace eco de ella en la vigesimoprimera edición de su diccionario, en 1992. En desagravio de la docta casa hay que decir que desde 1925 recoge el uso figurado del sustantivo: «Nota de burla o de afrenta».

Esto del *inri* es, naturalmente, una sigla, un acrónimo que procede de la frase latina «Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum» ('Jesús de Nazaret, rey de los judíos'). Como es bien sabido, así rezaba la inscripción que, según el evangelio de san Juan, se hizo grabar para dar a conocer el motivo de la crucifixión de Cristo: «Y escribió también Pilato un título, que puso sobre la cruz, el cual decía: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS». Lucas y Mateo confirman que el título se situaba sobre la cabeza de Jesús y que sufrió por ello mofas y escarnio por parte de los soldados, de quienes asistían a la crucifixión e incluso de otros crucificados. Al parecer, no era raro el sarcasmo en estas inscripciones. Pero, en todo caso, el *inri* es el cargo en que se sustentó la acusación que condujo a la muerte de Jesucristo en la cruz. De modo que, sea por vía irónica o por vía procesal, «más inri» o un «mayor inri» no augura nada bueno. En absoluto.

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

Pero allí estaba yo prisionero de los carlistas y, **para mayor inri** , prisionero de aquella guerra, que no se había hecho.

La vida nueva de Pedrito de Andía , 1956.

MIGUEL DELIBES

Y luego, **para mayor inri,** haciéndote el deportista, que también es humor, que no puedes con los zapatos y corriendo cincuenta kilómetros en bicicleta cada domingo, no me digas [...].

Cinco horas con Mario , 1966.

ÁLVARO POMBO

Pues que también usted, en el piso de arriba de esta casa, comete usted pecado de adulterio, en esta misma casa, en el propio lecho conyugal, **para más inri** [...].

Una ventana al norte, 2004.

perder el oremus

'Perder el juicio', tal es el significado de esta expresión, que documentamos a principios del siglo XX , aunque la Real Academia solo la recogiera en la vigesimotercera edición de su diccionario, de 2014, la del tricentenario de la institución. Es evidente que el modismo tiene su origen en la misa, celebrada en latín hasta el Concilio Vaticano II. De modo que el término latino corresponde al actual «oremos», pronunciado por el sacerdote para invitar a los fieles a la oración (la oración colecta y la de después de la comunión). Perder el oremus, por tanto, equivaldría a perder el hilo de la liturgia y, por extensión, perder el control, el norte, el rumbo, la cordura.

La cuestión parece resuelta, porque además el uso del latín, desconocido ya para la gran mayoría de la población en la época de que estamos hablando, tampoco ayudaba demasiado. Lo que queda por determinar es quién perdía, literalmente, el oremus, si los feligreses —lo que es comprensible, a todo el mundo se le va es santo al cielo en algún momento— o el sacerdote —cosa más grave—. Circula una versión que hace responsable al segundo, ya que, una vez preparada la misa, el oficiante puede acceder con presteza a las oraciones elegidas mediante las pestañas que a tal efecto existen en el

misal; pero si pierde esta referencia, pierde las oraciones, el oremus y hasta el respeto de los parroquianos. Tiene sentido, pero no hemos encontrado documentación que permita corroborarlo, así que lo dejamos en cuarentena. A la espera de iluminación.

MANUEL LONGARES

[...] tú, desorbitada, que **perdiste el oremus** ante la incontrolada diarrea nociva de ediles y concejales, nefastos jinetes de tu apocalipsis [...].

La novela del corsé, 1979.

JUAN GARCÍA HORTELANO

—¿Quién ha permitido entrar a esta furcia en mi casa? Diego, has perdido totalmente el norte y el decoro. **Has perdido el oremus.** Responde, si aún te queda vergüenza [...].

Mucho cuento, 1987.

FERNANDO SÁNCHEZ DRAGÓ

[…] pilotos y copilotos de relucientes camiones cisterna que también **habían perdido** el norte y **el oremus** , pero no la comida ni el agua ni el gasoil ni las herramientas […].

El camino del corazón , 1993.

quedarse para vestir santos

Pese a las connotaciones negativas de la expresión, la mujer que se queda para vestir santos se queda, simplemente, soltera. Su uso se atestigua ya a mediados del siglo XIX , pero solo se incorporó al diccionario académico en 1992, en su vigesimoprimera edición. Ha ido perdiendo vigencia (en la actualidad se emplea sobre todo con intención humorística, referida también a los hombres) al tiempo que las mujeres iban ganando derechos y libertades. La presión social es hoy mucho menor que antaño y lo de no casarse se contempla, en general, como una opción tan válida como otra cualquiera. Tradicionalmente, sin embargo, en particular en los pueblos y las ciudades de provincia, las cosas eran muy diferentes: «La realización del destino de la mujer se hacía depender enteramente del hecho contingente de que encontrase un marido. Si esto no ocurría la frustración era inevitable. De ahí la angustia creciente según iban

pasando los años», dice Aranguren en *Erotismo y liberación de la mujer* (1973). Cuando se acercaba la edad fatídica, en torno a la treintena, la mujer comenzaba a ser percibida como una solterona —otro nombre con indudable carga peyorativa—. La alternativa al matrimonio era volcarse en la Iglesia, en la devoción religiosa. Eran estas mujeres, las beatas, las que se encargaban de la limpieza del templo, el cuidado de las velas, el arreglo de los altares y las ropas de las imágenes. En definitiva: de vestir los santos.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

—Pues entonces, mamá, seguiremos como hasta aquí, que éstas no son penas del infierno; algún día acabarán, y mejor **me quedaré para vestir santos…**

El Zarco: episodio de la vida mexicana en 1861-63 , c. 1886-1888.

MIGUEL DE UNAMUNO

Una vez que oyó decir de una que se quedaba soltera que **se quedaba para vestir santos,** agregó: «¡o para vestir almas de niños!».

La tía Tula, 1921.

ÁLVARO POMBO

Pero todo se encaminaba en todas partes, al menos del lado de las chicas, hacia los chicos, hacia los pretendientes, que, una vez puestas de largo, había que tenerlos o, de no tenerlos, conformarse con parecer menos agraciadas, feas incluso, o sosas, o solteras que **se quedan para vestir santos.**

Una ventana al norte , 2004.

sapos y culebras

La expresión, empleada generalmente con el verbo *echar* en el sentido de ‘insultar, maldecir o blasfemar’, es antigua y se recoge ya en la tercera edición del diccionario académico, de 1791. La cosa tiene su sentido, porque los reptiles se han identificado tradicionalmente con el mal, y lo mismo puede decirse de los batracios, en particular del sapo, voz sobre cuya etimología se manifiesta así —equivocadamente— el *Diccionario de autoridades:* «Pudo haberse dicho de la voz griega *sapros,* que vale ‘podrido’, por ser engendrado de la podredumbre y ponzoña». La idea negativa, literal o figurada, de ambos animales como seres de pesadilla está también presente en la

segunda parte del *Quijote,* donde Sancho exclama al caer en la sima: «Allí vio él [don Quijote] visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, a lo que creo, sapos y culebras».

Y es que, como señala Montoto en *Un paquete de cartas de modismos* (1888), ambos «son representaciones corpóreas de los mismos demonios del infierno». La imagen de los endemoniados echando sapos y culebras por la boca es, en efecto, secular. Valga a modo de ilustración el texto siguiente, tomado del *Fructus sanctorum y quinta parte del Flos sanctorum,* de Alonso de Villegas (1594): «Entretanto […] veía salir de la boca de la mujer penitente algunos escuerzos o sapos, que andaban saltando por la iglesia. Desde algún tiempo vio que sacó la cabeza por la boca de la mujer una sierpe, aunque no acabó de salir, sino tornándose adentro llevó tras sí todos los sapos que antes habían salido. Y fue el misterio que la mujer comenzó a confesar un pecado, y de vergüenza le dejó sin declararlo». Casi nada.

RICARDO PALMA

Siempre que algún parroquiano llegaba al cuchitril de Gertrudis la Lunareja, en demanda de un par de zapatos de orejita, era cosa de taparse los oídos con algodones para no escucharla echar por la boca de espuerta que Dios la dio **sapos, culebras** y demás sucias alimañas.

Tradiciones peruanas , 1877.

MARIO VARGAS LLOSA

Durante el viaje, Javier y Pascual hablaban del alcalde, Javier decía que era el peor cínico que había conocido, Pascual trataba de endosarle la culpa al secretario, y, de pronto, el chofer metió su cuchara y comenzó también a **echar sapos y culebras** contra el burgomaestre de Chincha y a decir que solo vivía para los negociados y las coimas.

La tía Julia y el escribidor, 1977.

ser un vivalavirgen

Esto de ser un vivalavirgen o un viva la Virgen —es decir, una persona informal y despreocupada— es tan antiguo como la humanidad, pues se lleva en el carácter; pero documentalmente no encontramos la expresión hasta principios del siglo XX y la Real Academia la recoge en la decimoquinta edición de su diccionario, de 1925. Se usó con anterioridad, pero con distinto significado. Montoto hace referencia a

ello en *Un paquete de cartas* (1888): «Dícese del hombre sencillo y candoroso que tiene sus puntas y ribetes de bobo. Debió de nacer el modismo de que un inocente exclamaría a cada paso, viniese o no viniese a cuento: "¡Viva la Virgen!"». Y, sí, debió de nacer de quien repetía a cada paso la expresión de marras
—nadie en concreto, pues con seguridad tal actitud estaba harto extendida—, pero en otro sentido: exonerándose de cualquier responsabilidad en la vida y poniéndola en manos de la Virgen. Resulta especialmente significativo el siguiente párrafo, tomado de un ejemplar de 1843 de la revista humorística *La Risa:* «Un "viva la virgen" a tiempo, dejando rodar el mundo a discreción y huyendo los efectos de todo, sin averiguar las causas de nada, es lo que se llama saber vivir». Es más que posible que existiera además un cruce con una tradición al parecer extendida en la marina y que recoge Iribarren. Según esta, el último marinero que llegaba a la formación debía exclamar: «¡Viva la Virgen!». Y, claro, así acabó llamándose a los más despreocupados y descuidados, a los que llegaban siempre tarde sin atender a las consecuencias. En fin: «Sea todo lo que Dios quiera, y pecho al agua, y viva la Virgen», como escribe Moratín en 1827 en carta a Juan Antonio Melón.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

Allí saben que puedo **ser un viva la virgen,** pero que soy un patriota y que solo me mueve el amor a las Instituciones.

La hija del capitán [Martes de carnaval], 1927-1930.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Andando el tiempo, cuando Encarna se casó con Paco Páez, un **vivalavirgen** que se agarraba a lo que fuese y al que seguramente por eso le decían el «Tenazas».

Dos días de setiembre , 1962.

EDUARDO MENDICUTTI

Mi tío Ramón estaba siempre fuera y tenía una fama lo que se dice fatal de juerguista y **vivalavirgen,** y yo creo que por eso la abuela lo quería tantísimo, por su mala cabeza.

El palomo cojo, 1991.

¡Vaya tropa!

a mí, plin

No hay certeza absoluta sobre el origen de esta expresión, con la que se manifiesta indiferencia o falta total de interés acerca de algo. Por su sonoridad, bien pudiera ser de origen expresivo. Sin embargo, no son pocos los autores que la relacionan con el general Prim. Y si atendemos a la documentación histórica, la cosa parece estar justificada, puesto que es a principios del siglo XX cuando se atestigua. Hay, además, algunos datos que avalan esta teoría. Así, el dramaturgo Juan López Silva, cuya obra más popular es el libreto de la zarzuela *La revoltosa,* escrito encolaboración con Carlos Fernández-Shaw,pone en boca de un personaje popular madrileño la frase «¡a mí, Prim, y allá ca uno!» en una de las composiciones de *La gente del pueblo* (1908).

Ahora bien, «A mí Prim» habría sido, en principio, una manifestación de adhesión al general liberal progresista, uno de los grandes protagonistas de la política española de la segunda mitad del siglo XIX . Prim (1814-1870) encabezó la revolución de septiembre de 1868, más conocida como La Gloriosa, y desde la presidencia del Gobierno impulsó la proclamación de Amadeo de Saboya como rey de España. Poco después, moriría en circunstancias no del todo aclaradas como consecuencia de un atentado perpetrado en la madrileña calle del Turco.

Y entonces, ¿cómo ha llegado semejante frase a adquirir su significado actual? ¿Cómo la hipotética expresión de adhesión acabó tornándose en manifestación de indiferencia? Pues la verdad es que no está nada claro. Más fácil de explicar sería la evolución del antropónimo una vez perdida su referencia inicial. De hecho, está ampliamente extendida la variante *a mí, plim* . En este sentido, resulta clarificador uno de los Episodios Nacionales de Galdós, concretamente el titulado *Amadeo I* (1910), en el que varios chiquillos juegan «a la tropa» disputándose el mando: «Yo soy Plim, chillaba uno, y otro gritaba: Pues yo Napolión. […] Un tercero venía dando zancajos y vociferando así: Quitaos, gallinas, que yo soy mi abuelo, y mi abuelo se llamaba el Tío Pecinado».

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

Asoma la chica de una portera. Trenza en perico, caídas calcetas, cara de hambre.

La chica.— ¿Ha salido esta semana entrega de *El Hijo de la Difunta?*
Zaratustra. — Se está repartiendo.
La chica.— ¿Sabe usted si al fin se casa Alfredo?
Don Gay. — ¿Tú qué deseas, pimpollo?
La chica.— **A mí, plin.** Es Doña Loreta la del coronel quien lo pregunta.
Zaratustra.— Niña, dile a esa señora que es un secreto lo que hacen los personajes de las novelas.

Luces de bohemia, 1920-1924.

MANUEL LONGARES

[…] magnánimo madrileño hortera que vendes y compras con idéntico mohín de despachar porque ni te va ni te viene, porque **a ti, ¡plin!** […].

La novela del corsé, 1979.

abrir la caja de Pandora

A veces merece la pena contenerse y pensar las cosas dos veces, pues una decisión precipitada puede suponer abrir la caja de Pandora y originar consecuencias desastrosas. Es sabido que la *caja de Pandora* es cualquier 'acción o decisión de la que, de manera imprevista, se derivan desastres y calamidades'. La expresión tiene ya cierta tradición, pues se emplea con este significado al menos desde comienzos del siglo XIX . Su origen, claro, hay que buscarlo en el mito griego. Pandora (de *pan,* 'todo, totalidad', y *dora* , 'don, regalo') fue la primera mujer, creada por orden de Zeus para castigar a la raza humana, puesto que el titán Prometeo había robado el fuego divino para entregárselo a los hombres, sus criaturas. Modelada por Hefesto, los dioses la hicieron dueña de todas las virtudes, pero también de la inconstancia y la mentira, que Hermes puso en su corazón.

Pandora fue ofrecida por Zeus como regalo a Epimeteo, quien, pese a las advertencias de su hermano Prometeo, que intuía la inminente venganza del dios del cielo y el trueno, cayó rendido ante su belleza y se unió a ella. Pero Prometeo tenía razón: la mujer llevaba en sus manos un misterioso vaso o tinaja herméticamente cerrado (según otras versiones, lo guardaba Epimeteo) y, víctima de la curiosidad, casi siempre mala consejera, levantó su tapa. De él surgieron de inmediato todos los males (las enfermedades, la vejez, la locura, el

hambre o la muerte), que se esparcieron por la tierra. Pandora recuerda así a Eva, responsable también de los desvelos del hombre por su sed de conocimiento. Cuando pudo cerrarlo, solo quedaba en su interior la esperanza… Y en esas estamos.

GASPAR MARÍA DE NAVA ÁLVAREZ DE NORÑA (CONDE DE NOROÑA)

Cuando en infausto día
El hombre **abrió la caja de Pandora**
Así cual se desvía
Del arco la saeta voladora,
Se esparcieron los males
Para afligir a todos los mortales.

Poesías, 1799-1815.

JUAN GOYTISOLO

[…] y sin embargo, ah, sin embargo: **abierta la caja de Pandora,** la enfermedad, la miseria, el tormento le invaden: un fuego destructor convertirá el limpio y gallardo corazón del niño en un endurecido trozo de lava […]

Reivindicación del conde don Julián , 1970.

armarse la marimorena

Armarse la marimorena es ‘originarse un gran tumulto por una riña o pendencia’. Tiene larga tradición en nuestra lengua, puesto que el término *marimorena* se documenta ya con este significado en la primera mitad del siglo XVIII y se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1734). No hace falta destacar el antropónimo semioculto. La cuestión es determinar si este corresponde a un personaje histórico o es simplemente un nombre genérico: hay que pensar que Marías eran casi todas las mujeres españolas y que a partir de su apócope se han formado compuestos como *marimacho, marimandona* o *marisabidilla,* además de un buen número de nombres de personajes proverbiales (" EN TIEMPOS DE MARICASTAÑA).

Según algunas fuentes, correspondería en realidad a María Morena, esposa de Alonso de Zayas y tabernera madrileña, quien rehusó vender vino en su establecimiento —el vino de calidad, que reservaba para los clientes más distinguidos—, organizando con ello una gran trifulca, en la que, por cierto, se desempeñó con la entereza del más fornido de los varones. Hay constancia histórica de la existencia de la tal María y también de que fue juzgada por estos hechos, junto con su marido, en 1579. Lo extraño es que no haya documentación de la época o inmediatamente posterior que avale la formación de la frase.

Sí parece, por algún texto de la siguiente centuria, que Marimorena se empleaba como genérico para referirse a las taberneras. Al menos, tal se pone en boca de uno de los personajes, de un burlador, para más señas, de *La casa de vecindad* (1661), un entremés de Sebastián Rodríguez de Villaviciosa: «“Tomad un real para comida y cena”, y tomo un real, sin ser Marimorena». Es una pista, desde luego, pero no definitiva, y podría ser interpretada en cualquiera de los dos sentidos.

BENITO PÉREZ GALDÓS

—¡Jesús, María y José! ¡Pues allá por la Catedral debe de **haber armada una marimorena…!**
La multitud que obstruía la calle Ancha retrocedió, y Susana con sus dos acompañantes volvió al Zocodover.

El audaz. Historia de un radical de antaño , 1871.

FRANCISCO NIEVA

Señor gobernador de la provincia, con su puro y sus zapatos de mucho lustre; señor obispo reverendísimo, vestido con tantas cortinas; señor capitán de la guardia civil de plomo, yo me arrodillo ante sus divinas autoridades y con la antigua cortesía china de los hidalgos españoles, solicito vuestro permiso para dar la voz en grito del regocijo en el ínterin. Que así comience **la marimorena** anual en honor de nuestro San Blas, santo de madera de olivo, el más viejo y el más santo de toda la sierra de Mangatoros.

Coronada y el toro (Rapsodia española), 1982.

baile de san Vito

Coloquialmente se dice que alguien tiene el baile de san Vito cuando se mueve nerviosamente, cuando no es capaz de estarse quieto. En sentido recto, sin embargo, la expresión hace referencia a la corea, una enfermedad neurológica que se caracteriza por movimientos involuntarios, bruscos y arrítmicos. Esta acepción se atestigua ya en el siglo XVIII y es la que se recoge en el diccionario académico desde su undécima edición, de 1869.

La definición nos proporciona las claves sobre su origen: «Cierta afección convulsiva de los niños, así llamada del santo a quien se invocaba para remediarla». Este no era otro que san Vito, un muchacho siciliano que sufrió martirio con motivo de las persecuciones de Diocleciano, en 303. Su vida se confunde con la leyenda, que le atribuye la curación de la epilepsia del hijo del emperador antes de ser torturado —se le representa a menudo en un caldero con aceite hirviendo— y morir en Lucania. Alcanzó enorme popularidad durante la Edad Media, ya que fue uno de los pocos santos auxiliares reconocidos, cuya intercesión se consideraba eficaz para hacer frente a determinadas enfermedades. A San Vito se le invocaba sobre todo para conjurar la corea (que a menudo era interpretada como posesión), pero también el letargo, la hidrofobia y las picaduras de animales venenosos.

La cosa, por tanto, está suficientemente clara, pero no podemos dejar de mencionar un extraño fenómeno ocurrido en Estrasburgo en 1518, llamado también *baile de San Vito* o *coreomanía.* Todo dio comienzo cuando una mujer empezó a bailar frenéticamente en las calles de la ciudad francesa. Podría pensarse en un episodio de demencia, pero lo realmente curioso es que la siguieron cientos de

personas —unas cuatrocientas en un mes—, muchas de las cuales se contorsionaron compulsivamente hasta la muerte. La extraña plaga no es única, puesto que había tenido precedentes en otras ciudades europeas en siglos anteriores. ¿Fue un brote de histeria colectiva o nos adentramos, como diría aquel, en el espeluznante territorio del misterio?

XIMENO XIMÉNEZ (ALBERTO DÍAZ DE LA QUINTANA)

[…] cantaba con música conocida un aficionado al arte de Terpsícore espontáneo, o, mejor dicho, al estudio del **baile de San Vito** con gaita gallega.

Siluetas filipinas, 1887.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Temblaba de arriba a abajo como un azogado, parecía que alguien lo tundía a palos, balbuceaba, daba patadas contra la acera, se daba puñadas contra el cuerpo y la cara. Poseso amoratado saltaba en el **baile de San Vito.**

Paradiso, 1966.

CAMILO JOSÉ CELA

[…] Eddie Capellán tiene el **baile de san Vito ,** se pasa el día en una pura temblequera, él sufre mucho pero a la gente le da la risa, hay que disculparla porque la verdad es que es muy gracioso […].

Cristo versus Arizona , 1988.

como Pedro por su casa

El dicho, que se documenta en la primera mitad del siglo XVIII y se recoge por vez primera en el diccionario académico en su duodécima edición, de 1884, se usa para expresar que alguien entra o anda en alguna parte ‘con entera libertad y sin ningún reparo’, en general sin tener derecho o razón para ello. Parece emplearse aquí Pedro como nombre arquetípico de hombre. Este uso puede atestiguarse en las primeras ediciones del diccionario de la Real Academia, donde se incluyen numerosas locuciones, expresiones y dichos —la gran mayoría hoy perdidos— en los que se utiliza con este significado. Sería, por tanto, el equivalente de María, en referencia a las mujeres.

Por cierto —y permítasenos esta breve digresión histórica—, que una de las formas femeninas del antropónimo es Petronila, como

tantos otros caído hoy en desgracia. Este nombre, habitual en la época medieval, nos traslada a la corte aragonesa del siglo XII . ¿Nos estamos yendo por los cerros de Úbeda? Pues no tanto, porque Petronila era hija de Ramiro II el Monje y sobrina de Alfonso I el Batallador y Pedro I. Y este último conquistó Huesca en el año 1096. ¿Por qué decimos esto? Porque existe una variante del dicho, de origen aragonés, que hace referencia a este acontecimiento histórico: *como Pedro por Huesca.* Se supone que por la escasa resistencia que ofreció la ciudad después de la batalla de Alcoraz. El hecho es que esta locución se documenta tempranamente. La cita ya Gonzalo Correas y la utiliza Gracián en *El criticón* (1657): «—Que tú has de entrar como Pedro por Huesca. —¿Qué Pedro fue ese? —El famoso que la ganó». De modo que bien pudiera estar en el origen de la que finalmente ha acabado imponiéndose, o al menos influir en ella.

RAMÓN DE LA CRUZ

Paje. — Señora, ahí está una buena
mujer, que si no la atajo,
como Pedro por su casa
se entra de golpe y porrazo.
Doña María. — ¿Y quién es?
Paje.— María Martín.

La presumida burlada , 1768.

JORGE SEMPRÚN

Del sueño de Lekeitio siempre me he acordado al despertarme.
Se entraba en ese sueño **como Pedro por su casa.** Se abrían una tras otra, suavemente, silenciosamente, todas las puertas del sueño y se estaba en el corazón de ese sueño, como en el espacio recoleto de un patio, con arrayanes y fuentes temblorosas.

Autobiografía de Federico Sánchez, 1977.

espada de Damocles

La *espada de Damocles* es una 'amenaza persistente', y resulta especialmente peligrosa si pende sobre nuestra cabeza. Ahora bien, ¿quién era este Damocles, cuyo acero puede causarnos semejante temor? Pues un siracusano contemporáneo de Dionisio el Viejo (siglo IV a. C.), un cortesano adulador que tenía a gala exaltar a diario la

felicidad del tirano. Tanto porfiaba Damocles que Dionisio, cansado de su insistencia, decidió cederle el trono por un día para que conociera en persona el lado oscuro del poder. Y pronto, mientras disfrutaba de un espléndido banquete, pudo comprobar que la dicha del soberano no era completa: sobre su cabeza colgaba una espada apenas sujeta por la crin de un caballo.

La leyenda, claro, tiene un valor simbólico, y viene a representar el grado de incertidumbre en la existencia de Dionisio I. El tirano engrandeció el imperio siracusano, consolidando el poder de la polis entre las colonias griegas de la Magna Grecia, y convirtió Siracusa en un importante foco de la cultura helena (allí estuvo Platón, que, por desavenencias con Dionisio, acabó siendo vendido como esclavo). Además, se enfrentó a Cartago con el fin de eliminar su influencia en Sicilia. Su gestión política solo puede tildarse de exitosa, pero, al tiempo, hubo de hacer frente a distintas sublevaciones y su desconfianza era tal que se hizo arropar por una guardia personal de mil hombres. En realidad, buena parte de su vida se desarrolló tras los muros de la triple muralla de su fortaleza. Y es que el poder tiene sus servidumbres y está siempre expuesto a la ambición ajena, de modo que Dionisio vivía —o creía vivir— en el filo de la navaja.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Cuando no nos acosa un perro, amenaza aplastarnos un coche o nos arrima un puntillón un pillete. La caña no se da punto de reposo. Noche y día la tenemos suspendida sobre la cabeza como una nueva **espada de Damocles.**

Artículos y escritos diversos , 1870.

JOSÉ MANUEL FAJARDO

Pronto hizo saber a sus amigos de fuga su intención de abandonar Francia. Los comités españoles de propaganda revolucionaria, cuya organización le había llevado a París, habían muerto sin llegar a nacer. Su condición de extranjero era una **espada de Damocles** que pendía continuamente sobre su cabeza. Sus amigos políticos estaban siendo derrotados por los leales a Robespierre.

La epopeya de los locos, 1990.

Juan Lanas

La Real Academia, que lo incluye ya en la cuarta edición de su diccionario, de 1803, define así el modismo, empleado

fundamentalmente en la construcción «ser un Juan Lanas»: «Hombre apocado que se presta con facilidad a todo cuanto se quiere hacer de él». Su figura fue particularmente popular en el siglo XIX , cuando protagonizó narraciones y coplas populares
—literatura de cordel—, e incluso una zarzuela. ¿Pero quién fue el tal Juan Lanas? Parece claro que no estamos ante un personaje histórico. Como señala Julio Cejador en nota de su edición de la *Celestina:* «*Juan* en castellano es el buenazo y el bobo, que a nada pone embarazo y aún sufre todo bondadosamente». Y reseña este mismo autor un buen número de Juanes proverbiales que atienden a tales rasgos.

Son bastantes, de hecho, los textos que identifican este nombre con el hombre simple y bueno, de poco carácter: «Todos los Juanes son tontos, *los meten en un costal* se los suben a la torre / y los echan a volar», dice una coplilla popular. Y no es difícil relacionar el apellido, por vía de la mansedumbre, con la oveja, pues este es el animal que proporciona la lana. ¿O tal vez hace referencia al carnero? Bien pudiera ser, porque un Juan Lanas resulta especialmente débil frente a su mujer —se identifica frecuentemente con el calzonazos—, tanto que podría llegar a ser cornudo. Y la cosa vendría por vía doble, puesto que ya Cervino, el protagonista de *El celoso* (1602), de Alfonso Velázquez de Velasco, relaciona a los Juanes con los cuernos: «sé tener a mis mujeres de manera que no me puedan hacer de los juegos de pasa pasa, que suelen las que tienen algunos buenos Juanes por maridos».

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

Mi marido es un **Juan Lanas** que no me mortifica demasiado; sin embargo, por no dejar de tener alguna falta, ha dado en que sus hijos han de ser muy bien criados […].

La Quijotita y su prima , c. 1818.

JACINTO BENAVENTE

El señor, que debe ser un **Juan Lanas,** ya no se atrevió a decirme nada, me despidió muy fino y sólo a la puerta me dijo: «Mire usted, no parecía mala muchacha; ahora que mi señora...».

La losa de los sueños. Comedia en dos actos en prosa, 1911.

ROBERTO RAMOS-PEREA

Consuelo. — (Amarga). El mismo vago, el mismo **Juan Lanas,** que lo único que sabe hacer es criar vacas y jugar baloncesto.

Obsesión. Drama en dos actos, 1988.

la casa de tócame Roque

La casa de tócame Roque es aquella en la que vive mucha gente y reina el desorden y la confusión. En nota a la descripción de la casa de vecindad que se menciona en «El día de toros», una de sus *Escenas matritenses,* de 1836, Mesonero Romanos señala: «El ingenioso D. Ramón de la Cruz, que abasteció nuestra escena, a los fines del siglo pasado, de una rica colección de sainetes, […] presentó en varios de ellos el interior de una de esas casas ómnibus que existen en Madrid, donde hallan colocación centenares de familias de diversas condiciones, y que suelen dar que hacer a los alguaciles y caseros, y prestar argumento para sus cuadros de bajo cómico a pintores y poetas. Señaladamente en el que tituló *La Petra y la Juana,* y que ha sido conocido y representado constantemente [a partir de 1791] con el de *La casa de Tócame Roque* ». Y así, *casas de tócame Roque,* se llamaron posteriormente las tradicionales corralas madrileñas. Sobre ello incide Galdós en uno de sus Episodios Nacionales, *Napoleón en Chamartín* (1874)*:* «La casa […] era de esas que pueden llamarse mapa universal del género humano por ser un edificio compuesto de corredores, donde tenían su puerta numerada multitud de habitaciones pequeñas, para familias pobres. A esto llamaban casas de Tócame Roque, no sé por qué».

Don Benito desconocía el origen de la expresión, pero el diccionario de la Real Academia, que la recoge en su duodécima edición, de 1884, nos proporciona una pista clara: «Dícese aludiendo a la casa de vecindad de este nombre situada en la calle del Barquillo de Madrid y que hizo famosa un sainete de D. Ramón de la Cruz». El propio Mesonero Romanos señala que la tradición denominaba con aquel nombre «a la casa que aún existe en la calle del Barquillo, señalada con el número 27 nuevo». Y Fernández de los Ríos, en su *Guía de Madrid* (1875), atribuye la propiedad del inmueble a dos hermanos, Juan y Roque, cuyas continuas desavenencias habrían dado origen a su nombre: «Tócame a mí, Roque», le diría el tal Juan a su hermano repetidamente. Desde luego la historia de la casa —que se menciona ya con su nombre popular en 1787 en el *Diario curioso, erudito, económico y comercial* — debió de ser movidita hasta su derribo final, tras larga disputa entre los vecinos, los propietarios y la Administración, en 1850.

FERNANDO CHUECA GOITIA

Es indiscutible que sin las casas de corredor, las que ya se llamaban en tiempos

de Mesonero Romanos casas de **«tócame Roque»,** no existiría el sainete madrileño donde no brillaban, ni mucho menos, la intimidad de la vida familiar y sí la
estrepitosa comadrería de una pequeña sociedad que vive en común entre pasiones, altercados, dimes y diretes.

Breve historia del urbanismo, 1968.

la purga de Benito

Según el *Diccionario de autoridades* (1737)*,* la *purga* es una «medicina que se toma por la boca a fin de mover los malos humores, y expelerlos por la parte posterior». Utilizando una muletilla de un célebre político hoy en la reserva, lo que viene siendo un purgante, vamos. ¿Pero quién es Benito? ¿Cuáles son sus méritos? La frase, que se emplea con el significado de 'cosa a la que se atribuyen efectos inmediatos', se documenta desde mediados del siglo XIX . Bastante después se recoge en el diccionario académico, ya que habría que esperar hasta su decimoquinta edición, de 1925.

Sin embargo, desde la perspectiva actual esta resulta bastante informativa, pues se da entrada a la expresión así: «la purga de Benito, o de Fernando, que desde la botica estaba obrando». De modo que, conocida la purga como casusa eficiente, queda aclarado lo de la inmediatez. Sigue sin resolverse, empero, la identidad de los implicados. Porque resulta evidente que Fernando o Hernando —valga el ripio— da igual mientras la frase siga rimando. ¿Pero existió de verdad el tal Benito?

MIGUEL DELIBES

Pero él no estaba a lo que estaba y al salir me dijo que hoy 73 y que Abel se había enfermado. Le pregunté quién era Abel y me salió que uno de los limpias y que la cosa está para las cagas. Ya le dije que ni **la purga de Benito** y que diera tiempo al tiempo.

Diario de un emigrante, 1958.

IBÁN GARCÍA CASALS

Renovarse o morir, dicen los supervivientes y, ante los tiempos difíciles, exprimirse el magín es la única y milagrosa **purga de Benito** para capear el temporal.

«Pistas. Locales». *La Vanguardia,* 03/04/1995.

las cuentas del Gran Capitán

Se emplea esta expresión —recogida en el diccionario académico desde el suplemento de 1803— para hacer referencia a las 'cuentas exorbitantes y arbitrarias'. Como es sabido, el Gran Capitán no es otro que Gonzalo Fernández de Córdoba, célebre militar español de finales del siglo XV y principios del XVI que se distinguió ya en la guerra de Granada, donde negoció con Boabdil la rendición del reino musulmán. Pero es en Italia donde realmente alcanzó renombre en el campo de batalla. Allí hizo frente a las ambiciones de los monarcas franceses Carlos VIII, primero, y Luis XII, después, sobre el reino de Nápoles. En particular, se recuerda la batalla de Ceriñola (1503), donde reforzó el papel de la infantería articulando lo que había de ser en adelante la estructura de los ejércitos españoles. Gracias a ella pudo tomar Gaeta y sentar las bases del dominio aragonés en Nápoles durante dos siglos.

Gobernó después allí en nombre de Fernando el Católico, pero se asegura que su éxito y fama levantaron las suspicacias del monarca, que solicitó al virrey un inventario de gastos, algo que Fernández de Córdoba consideró humillante. La respuesta fue un memorial altivo y disparatado, en donde entre otras lindezas se detallaban cosas como estas: «Doscientos mil setecientos treinta y seis duros y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas españolas», «Ciento sesenta mil ducados en poner y renovar campanas destruidas en el uso continuo de repicar todos los días por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo» o «Cien millones por mi paciencia en escuchar ayer que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino». Parece claro que todo este episodio —que ha dado origen al modismo— pertenece a la leyenda, pero algo habrá de cierto cuando el Gran Capitán fue alejado de Nápoles y se le mantuvo al margen de cualquier otra responsabilidad hasta su muerte.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Que las clases pobres no se metan a lo que no deben, que las clases ricas no gasten mal su dinero, que cesen **las cuentas del Gran Capitán** sobre nuestro país, que no se espere a que pase la crisis, y poco a poco, insensiblemente iremos encontrando el cauce normal de nuestra vida guatemalteca.

Las cuentas del Gran Capitán o la crisis en Guatemala, 1932.

LUIS LANDERO

—[…] Se mire por donde se mire, sacaremos dinero. Si es muy fácil, mira —y ayudándose con los cubiertos repitió la operación mercantil.
—Esas son **las cuentas del Gran Capitán** —dijo Angelina recogiendo la mesa.
—Tú ríete, que puede que estés hablando con un genio.

Juegos de la edad tardía , 1989.

más feo que Picio

Picio, desde luego, es feo. Nos referimos al nombre, claro, porque no hemos tenido la suerte —o desgracia— de conocerlo en persona. Lo que sí sabemos es que la expresión, que se emplea para ponderar la fealdad, tiene cierta tradición, pues se documenta ya a mediados del siglo XIX . La encontramos, por ejemplo, en unas letrillas satíricas de Bretón de los Herreros: «Soy más feo que Picio, *y es mi mayor suplicio* gustar de la hermosura *si al fin por desventura* acepta alguna bella mi amor, ¡tal será ella!**».**

Pues bien, según cuenta José María Sbarbi en su *Diccionario de refranes* (1922, obra póstuma), el tal Picio era un zapatero del pueblo granadino de Alhendín que fue condenado a muerte por razones que desconocemos. Estaba ya en capilla cuando recibió el indulto: «Fue tanta la sorpresa que le causó la inesperada nueva —cuenta Sbarbi—, que, cayéndosele a poco el cabello, las cejas y las pestañas, y llenándosele de tumores la cara, quedó tan monstruoso y deforme, que en breve pasó a ser citado como modelo de la fealdad más horrorosa».

Intentando rehacer su vida, Picio se trasladó a Lanjarón, pero como se negaba a retirar el pañuelo con que cubría su cabeza tenía prohibido entrar en la iglesia, de modo que era mirado con desconfianza por los cañoneros —por este nombre son conocidos los habitantes de Lanjarón en la comarca—. Tanto es así que hubo de abandonar la villa y buscar refugió en Granada, donde falleció al poco tiempo. Convertido ya en personaje proverbial, el pueblo —siempre excesivo— remató la expresión con un chiste cruel hasta el extremo: «Fíjate si era feo que le dieron la unción con caña».

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

El tío Lucas era **más feo que Picio .** Lo había sido toda su vida, y ya tenía cerca de cuarenta años.

El sombrero de tres picos, 1874.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

A un gaznápiro con faldas, aunque pertenezca a la familia más baja, se le admitirá en las mejores familias; aunque no posea un céntimo, no le desdeñarán los más ricos; aunque sea un sandio, le escucharán los políticos y los académicos; aunque sea **más feo que Picio,** le mirarán hasta con embeleso las más hermosas mujeres. Todo depende de que él sepa manejarse.

Belarmino y Apolonio, 1921.

JUAN MARSÉ

Yo venía de entregar las fotos de una boda a una familia del Carmelo, y los novios eran tan pobres que solo se quedaron dos, una en el altar y otra en el portal de la iglesia, tieso él y sonriente y **más feo que Picio.**

Rabos de lagartija, 2000.

más moral que el Alcoyano

El tesón y la porfía del Alcoyano, su moral, en suma, son ya legendarios, pero ¿de dónde procede semejante expresión? Parece de muy reciente creación, pues no se documenta antes de la década de los setenta del siglo XX , aunque sin duda es algo anterior. Su origen es futbolero y hace referencia al Club Deportivo Alcoyano, el equipo de la ciudad alicantina de Alcoy, fundado en 1928. Recluido en la actualidad en el pozo de las categorías inferiores, el Alcoyano vive tiempos difíciles. En la posguerra, sin embargo, llegó a militar hasta cuatro temporadas, entre los años 1945 y 1951, en primera división. Su mejor resultado fue la décima posición de la liga 1947-1948, por delante incluso del Real Madrid.

En este tiempo —en el que sin duda comenzó a forjarse el dicho— el Alcoyano se distinguió por su lucha y entrega más que por su fútbol. Son varios los episodios a los que se atribuye el origen de la leyenda. Uno de ellos especialmente significativo. Corría el año 1944 y el Alcoyano disputaba con el Español de Barcelona la promoción de ascenso a primera división. Los periquitos ganaban por 7-1 y el árbitro, para no prolongar el sufrimiento del equipo de Alcoy, decidió pitar el final del partido cuando aún quedaban uno o dos minutos por disputarse. Pero los jugadores del Alcoyano se abalanzaron sobre él y con enérgicas protestas le exigieron el cumplimiento del tiempo

reglamentario. Anécdotas similares tratan de explicar el modismo, aunque seguramente este responde más bien a una forma de proceder siempre inasequible al desaliento, la única que podía permitir a un equipo modesto como el Alcoyano competir con los clubes de las grandes capitales. Sea como sea, no ha sido el Real Madrid de Di Stéfano, de la quinta del Buitre o de los galácticos el que ha pasado a la historia de la lengua, tampoco el intratable Barcelona de Cruyff o de Guardiola, sino el humilde Alcoyano. ¡Vivir para ver!

FRANCISCO MELGARES

Hay que luchar día a día en la labor diaria. Se lo digo yo, que participé en la gran huelga del textil y en todas las convocatorias de la Junta Democrática, que acepté la reforma y ahora trago con la socialdemocracia. ¿Y sabe por qué? ¡Porque tengo **más moral que el Alcoyano** !

Anselmo B o la desmedida pasión por los alféizares , 1985.

FANNY RUBIO

[…] el único del grupo que continúa con la misma madre, el mismo padre, el dos caballos del setenta ya sin tubo de escape y **la moral del Alcoyano.**

La sal del chocolate , 1992.

más tonto que Abundio

Con independencia de su mayor o menor sonoridad, Abundio es un nombre contaminado. No en vano forma parte de una expresión harto extendida en España para ponderar la falta de inteligencia. Abundio constituye, en definitiva, el paradigma de la estupidez, aunque haya quienes, como Pichote o Perico de los Palotes, hayan aspirado a competir
—inútilmente— con él. Las hazañas que se le atribuyen (que, más o menos ingeniosas, siempre completan la expresión comparativa a modo de explicación) son múltiples: «que corría solo y quedó el segundo», «que vendió los zapatos para comprar cordones», «que vendió el coche para comprar gasolina». La más tradicional, «que fue a vendimiar y llevó uvas de postre», lo pone en relación con el agro.

Existen tantas teorías sobre su origen como versiones del dicho. Así, hay quien ha considerado que la expresión hace referencia a san Abundio, mártir cordobés del siglo XI que confesó voluntariamente

ante el cadí su fe cristiana y la falsedad del Corán, y fue decapitado, o a un capitán de fragata que en la guerra de Filipinas se enfrentó temerariamente a la armada estadounidense, con resultado fatal tanto para su nave y como para la tripulación. Y hay otras versiones más jocosas, como la del campesino cordobés de los siglos XVII y XVIII que pretendía regar un cortijo «con el solo chorrillo de la verga», según apunta Pancracio Celdrán.

Ninguna resulta demasiado convincente. Y la expresión parece ser muy reciente, puesto que no se documenta antes de mediados del siglo XX . Una época en la que un antropónimo como Abundio estaba ya en franco retroceso en las áreas urbanas. Así que, aunque la cosa pierda atractivo, tiene toda la pinta de ser un nombre genérico, representativo del hombre rústico y zafio. Del aldeano, siempre visto con desprecio desde la urbe.

CARLOS PÉREZ MERINERO

Busco la pistola en la chaqueta y, sigilosamente, me asomo.¡Me cago en mi padre!¡Soy **más tonto que Abundio** !Me había dejado la televisión encendida y dos policías están hostiando a un negrazo.

Días de guardar , 1981.

MANUEL HIDALGO

«Siempre te dije que esa tía buscaba un jeque. Me conozco el género», apuntilló Sebas.Y lo cierto es que se casó con un millonario. **Más tonto que Abundio,** eso sí.

Azucena, que juega al tenis , 1988.

ni el Tato

El nombre del Tato se menciona, generalmente en construcciones negativas, para ponderar la escasez de las personas presentes en un lugar o que intervienen en algún asunto: «no vino ni el Tato», suele decirse. Se trata de una expresión relativamente reciente, puesto que no parece documentarse
—en prensa— hasta los albores del siglo XX . Poco antes había muerto Antonio Sánchez, el Tato, famoso torero sevillano de la segunda mitad del siglo XIX . El Tato, que recibió la alternativa en Madrid de manos de Cuchares en 1953, mantuvo una reñida rivalidad con el Gordito

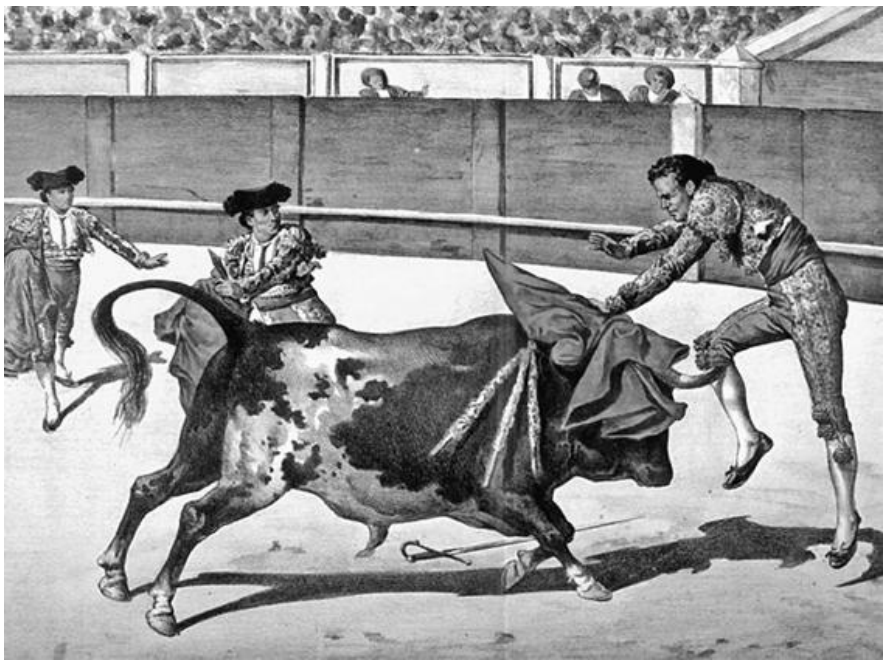
hasta que una cornada, y la subsiguiente amputación de su pierna derecha, lo abocaron al abandono de los ruedos en 1969. Intentó volver a torear con una pierna ortopédica, pero en vano.

Aunque no se distinguía con la muleta, Antonio Sánchez se hizo célebre por su peculiar manera de practicar el volapié, su arrojo y su simpatía personal. Tanta fama alcanzó que en la época circularon dos modismos: *Anda y que te mate el Tato* (utilizado para despedir con cajas destempladas a alguien molesto y especialmente ofensivo para los casados, pues era tanto como llamarlos cornudos) y *A ese no lo mata ni el Tato.* Por lo que parece, sería este último —recogido por Iribarren— el que, de forma simplificada, acabaría perdurando en la lengua común, en la que *ni el Tato* pasó a significar 'nadie'. Y bien puede estar orgulloso el diestro sevillano, porque casi podría decirse que se encuentra —en lo que a lo lingüístico toca, claro— a la derecha del Padre, pues decir *ni el Tato* es tanto como decir *ni Dios* .

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

—Yo a lo que hubiera ido de buena gana es a bailar a Torrejón.
—¿Otra vez? —dijo Mely—. ¡Qué tío! Se te mete una idea en la cabeza y no te la saca **ni el Tato.**

El Jarama , 1956.



nudo gordiano

'Cosa de difícil o imposible solución', tal es el significado de este modismo, que tiene larga tradición en la lengua española, puesto que se documenta desde el siglo XVII y se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1734). Para encontrar su origen hay que remitirse a la tradición griega, más concretamente a la leyenda de Alejandro.

El nudo gordiano era en realidad el nudo de Gordias, rey legendario de Frigia, un humilde labrador que logró auparse a tan alta magistratura merced a las predicciones del oráculo. Según este, el nuevo monarca —Frigia se encontraba en plena interinidad— sería el primero en llegar a la ciudad en un carro tirado por bueyes. Y ese fue, para su suerte, el caso de Gordias, quien, una vez investido, fundó la ciudad de Gordio y ofreció su carro a Zeus, uniendo el yugo y la lanza con un nudo de enorme complejidad. Según la tradición, quien lo deshiciera estaba destinado a conquistar Asia. Corría el año 334 a. C. cuando Alejandro —ya dueño de Frigia— inspeccionó el nudo, desenvainó su espada y, sin dudarlo, lo cortó de un tajo. La maniobra contó con el beneplácito de Zeus y la profecía, lógicamente, acabó cumpliéndose. Por esta razón, Fernando el Católico, siempre un hombre práctico, adoptó como emblema el yugo, resucitado luego por la Falange. Pero en honor a la verdad, habrá que reconocer que en el devenir histórico más que el nudo gordiano fue importante la inminente batalla de Issos (333 a. C.), en la que el ejército macedonio logró doblegar la resistencia de los persas de Darío III. Como testimonio de ello nos ha llegado un fantástico mosaico procedente de Pompeya, copia romana de la pintura original helenística.

BALTASAR GRACIÁN

Así el católico rey don Fernando, viendo que no podía por maña y destreza destejer la liga de los príncipes, sus émulos, determinó de contrastarla por las armas y romper la guerra, valiéndose de aquellas palabras de Alejandro, cuando cortó el **nudo gordiano.**

Agudeza y arte de ingenio , 1642-1648.

MARIO VARGAS LLOSA

—¡Ah, los haitianos! —su palmada en la mesa hizo tintinear la fina cristalería de copas, fuentes, vasos y botellas—. El día que Su Excelencia decidió cortar el **nudo gordiano** de la invasión haitiana.

La Fiesta del Chivo, 2000.

pasar las de Caín

La expresión, que se documenta desde mediados del siglo XIX , pero solo fue recogida por el diccionario académico en su vigesimoprimera edición, de 1992, se utiliza con el significado de ‘pasar un apuro grande, una situación de extrema dificultad’. No hace falta incidir en quién es Caín, aunque uno tendería a pensar que fue Abel el que se llevó la peor parte en esta historia. A fin de cuentas, fue asesinado. Y, probablemente por ello, ha habido quien ha buscado al modismo un origen diferente, apuntando en otra dirección: la de Caín, un pueblecito leonés situado a los pies de los Picos de Europa, de orografía escabrosa, por tanto.

La realidad es más sencilla, porque Caín, tras matar por celos a su hermano —probable eco de la pugna histórica entre la sociedad agrícola y el nomadismo pastoril: Caín era agricultor y Abel pastor—, hubo de cargar con este estigma el resto de su existencia. «Y él [Dios] le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra», puede leerse en el Génesis. Y para evitar que alguien acabara con su vida, Dios «puso señal en Caín»: se trata de la marca de Caín —que algunas interpretaciones teológicas basadas en el racismo identificaron con el color negro de la piel—, signo visible de la maldición que arrastrarán él y sus descendientes. Así que muy bien Caín tampoco lo pasó. Aunque, claro, la cosa no es para menos.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Total, que me marché. Aquí me tienes, pues, sin colocación, **pasando las de Caín** para mantener tanta familia.

El doctor Centeno, 1883.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Agricultores nacionales también son los ladinos, que de esto hacen su vida, expuestos muchas veces a **pasar las de Caín** en zonas de climas imposibles o de autoridades idem.

La nacionalización de las tierras debe preocupar a los guatemaltecos, 1928.

CAMILO JOSÉ CELA

—Oye, Petrita, ¿sabes que el hermano de tu señorita se ha vuelto muy flamenco?

—Déjelo usted, señor Celestino, que el pobre lo que está es **pasando las de Caín.** ¿Le dejó algo a deber?

La colmena, 1951-1969.

ALÁN GARCÍA

Mira —le explicó, didáctico—: la gente se consuela de sus problemas cuando ve a los otros **pasar las de Caín.**

El mundo de Maquiavelo, 1994.

saber más que Lepe

La expresión, que significa 'ser muy perspicaz y despierto', se documenta en torno a 1800. La Real Academia la incluye ya en su diccionario en 1884 y nos proporciona la clave sobre su origen: «Por alusión a Pedro de Lepe, obispo de Calahorra y La Calzada, autor de un conocido catecismo». Y, en efecto, el catecismo de Lepe y Dorantes, gaditano de Sanlúcar de Barrameda, cuya primera edición data de 1687, alcanzó enorme fama en la época y a lo largo de todo el siglo XVIII , por lo que no extraña que desde la perspectiva popular don Pedro, que además fue una de las «autoridades» del primer diccionario académico, fuera percibido como un sabio. Tanto que se le identifica con el mago Merlín, acreedor desde antiguo de esta misma consideración: «Excedió su sabiduría, según se dice, a la de todos los orientales, que son los ángeles y patriarcas y profetas y filósofos; y a la de los egipcianos, que son los demonios, el menor de los cuales sabe más que Merlín», escribe ya Francisco de Osuna en la primera parte de su *Abecedario espiritual* (1528).

Además, las fechas cuadran, por lo que el asunto parece resuelto. Pero, andando Lepe de por medio, todo puede pasar. La expresión se completa en ocasiones con una rima: «saber más que Lepe, Lepijo y su hijo», se dice, sobre todo en Andalucía. Y esta es una de las razones por la que algunos estudiosos han querido identificar al personaje con un aventurero del pueblo onubense, Juan de Lepe, a quien se atribuyen grandes hazañas: por ejemplo, ganar a las cartas al mismísimo Enrique VII de Inglaterra el privilegio de ser rey por un día. Al parecer, Juan (cuya figura histórica ha sido reivindicada por Pedro Voltes Bou) donó una gran cantidad de dinero al convento franciscano de Nuestra Señora la Bella y allí, en su ciudad natal, está

enterrado. No deja de resultar sorprendente que el nombre de Lepe, que como es sabido carga en el acervo con un pesado sambenito —en España y en América—, aparezca relacionado con la sabiduría, aunque sea con la gramática parda. Así que sirva esta versión, por lo demás no demasiado convincente, de desagravio a los leperos.

CAMILO JOSÉ CELA

[…] mandé a un golfillo que por allí andaba por un litro de vino, litro del que no caté ni gota, ni cataron conmigo los que conmigo estaban porque la criatura, que debía **saber más que Lepe,** cogió los cuartos y no le volvimos a ver el pelo.

La familia de Pascual Duarte , 1942.

ROSA CHACEL

— No sé, no sé, eres muy pequeña para hablar de esas cosas. Claro que **sabes más que Lepe…** Bueno, no es que crea que sabes picardías, es que lo sabes todo. No sé cómo te las arreglas, pero todo lo sabes.

Barrio de maravillas, 1976.

si sale con barba(s), san Antón

Cuando el resultado de la empresa no nos importa demasiado, cuando algo puede suceder o no, sin que ello dependa de algo más que del azar, decimos aquello de «si sale con barbas, san Antón», expresión que algunos completan con la alternativa «y, si no, la Purísima Concepción». El dicho, cuyo uso se registra ya en la primera mitad del siglo XIX , incorpora también, si asumimos como cierto el origen que no pocos le atribuyen, el matiz de falta de confianza en la capacidad propia o ajena para llevar a cabo el intento en cuestión.

Para explicar su formación se recurre a un cuentecillo, en el que preguntado un artista de mediocres méritos (pintor según algunas fuentes, escultor en opinión de otras) acerca de lo que intentaba representar a partir de un primer esbozo de su obra, respondió con esta frase, dejando clara su intención inicial de retratar al santo, pero mostrando al mismo tiempo escasa pesadumbre si el azar —más bien su impericia— le llevaba a concluir una imagen por completo diferente.

Nos viene a la memoria, por cierto, un episodio reciente en que bien pudiera aplicarse el modismo que nos ocupa. Nos referimos a la restauración de un Eccehomodel siglo XIX , llevada a cabo —perpetrada, dirán las malas lenguas— en 2012, en el pueblo de Borja (Zaragoza), por una vecina de buenas intenciones y pincel generoso, que puso sus dotes creativas al servicio de la comunidad y a mayor gloria de Cristo. Cuando uno contempla el fruto de sus desvelos, un rostro de perfiles emborronados, solo puede pensar que salió sin barbas: ¡la Purísima Concepción!

PRENSA

[…] por la sencilla razón de que para las narraciones vale el célebre dicho castellano de que **«si sale con barba, san Antón, y, si no, la Purísima Concepción»** ; y esto sitúa al narrador claramente en el territorio del capricho [...].

«Un novelista en busca de la verdad», *La Razón Digital,* 21/06/2004.

JOS É SANCHIS SINISTERRA

Quiero decir que las cosas ya no son lo que eran, y lo blanco se vuelve negro y lo negro, blanco, y ahora tú te bajas y yo me subo, y donde dije digo, digo Diego, y si te he visto no me acuerdo**… Y si sale con barba, San Antón, y si no, la Purísima Concepción…** Y así todo.

Los figurantes, 1991.

talón de Aquiles

La expresión no necesita demasiadas explicaciones: el *talón de Aquiles* es el ‘punto vulnerable de algo o de alguien, su punto débil’. Se documenta ya a mediados del siglo XIX , pero sorprendentemente —o no— el diccionario académico la recoge mucho después, en su vigésima edición, de 1984. Su origen remite al mito griego y es bien conocido; aun así, no está de más recordarlo.

Aquiles, el de los pies ligeros, fue un legendario héroe tesalio, hijo de la nereida Tetis y el mortal Peleo, y uno de los protagonistas de la *Iliada,* el gran poema épico homérico. Para hacerlo inmortal, su madre lo sumergió en las aguas de la laguna Estigia sujetándolo por el talón, su único punto vulnerable. Se convirtió en un poderoso guerrero gracias a las enseñanzas del centauro Quirón y fue reclamado por los griegos, que enviaron a Ulises en su busca, en la guerra de Troya.

Combatió ardorosamente al frente de los mirmidones, pero la arbitraria decisión de Agamenón de privarle de la compañía de la esclava Briseida le hizo abandonar la contienda. Solo la retomó, revestido con la nueva armadura que Hefesto había forjado para él, para vengar la muerte de Patroclo, su íntimo amigo. Puso fin entonces a la vida de Héctor y, preso de la ira, arrastró el cuerpo de su enemigo por el campo de batalla durante nueve días. Su cólera disgustó a Apolo, quien —pese al gesto postrero de Aquiles, que aceptó entregar el cadáver de Héctor a su anciano padre— guio la flecha envenenada de Paris hasta su talón, provocándole la muerte.

Aquiles recibió entre los griegos honores propios de un Dios… Pero dejemos estas honduras, pues con seguridad habrá lectores más interesados en la ambigua relación entre Aquiles y Patroclo. El asunto, de hecho, fue ya objeto de sesudo debate en la Antigüedad: ¿quién era el *erastés* (‘amante’) y quién el *erómenos* (‘amado’)? Y es que no podemos negar la herencia de los clásicos: en el lenguaje, desde luego, pero acaso también en cuestiones menos edificantes, como las propias de la salsa rosa y la prensa del corazón.

ANTONIO BARRERAS

—Sería en absoluto inexplicable para mí la insistencia con que en Madrid parece volverte la espalda la fortuna, si no conociera perfectamente **tu talón de Aquiles.**
—¿Qué talón es ese?
—¡El sacanete!
—No blasfemes, desventurado. Tomas la triaca por el tósigo. ¡Ah! ¡si supieras que precisamente al sacanete es a lo que se debe en esta casa el pan nuestro de cada día!...
—Lo cual significa en buen romance que vives del juego.

El espadachín: narración histórica del motín de Madrid en 1766 , 1880.

MARIO VARGAS LLOSA

Pero el libro no erró en señalar **el talón de Aquiles** de la civilización industrial. Ésta hace a los hombres más prósperos, no más felices.

La verdad de las mentiras , 2002.

tener más cuento que Calleja

La construcción, que solo se emplea en España, es relativamente

reciente, y no hemos logrado documentarla antes de los años cincuenta del siglo XX . De hecho, entró en el diccionario académico en 1992, en su vigesimoprimera edición. Se usa para expresar que alguien falsea la realidad exagerando todo cuanto le afecta para darle mayor relevancia o parecer él más importante. Ya sabemos lo que es el cuento, ahora bien, ¿quién era este Calleja? ¿Un futbolista célebre dado a los piscinazos, los revolcones y otras artes poco elegantes en el «rectángulo de juego»? Alguno hubo con este nombre, colchonero y no malo. Pero los tiros, como bien recordarán los lectores algo entrados en años, no van por ahí.

La expresión hace referencia a la editorial Calleja, fundada en Madrid en 1876 por el pedagogo Saturnino Calleja y que se hizo célebre por la publicación de cuentos infantiles ilustrados. Estos alcanzaron enorme popularidad por su calidad y precio asequible, que el editor podía permitirse gracias a grandes tiradas, y contribuyeron decisivamente a desarrollar el hábito de la lectura en varias generaciones de españoles. Pero, como nada es eterno, la editorial se vio abocada al cierre en 1958. De momento, al menos sigue viva en la lengua, que no es poco.

ELOY HERRERA

Ricardo.— No sea usted inocente. Ya se encargará su hija de llevarme el suministro. ¿O cree usted que el Xirinach vive del aire?
Candel.— El Xirinach y tú tenéis **más cuentos que Calleja,** pero no trago. [...]

Un cero a la izquierda, 1976.

EDUARDO MENDICUTTI

—Este **tiene más cuento que Calleja** —decía mi hermano Manolín, que nunca tuvo mucha imaginación y repetía siempre lo que decía todo el mundo [...].

El palomo cojo , 1991.

RAFAEL MENDIZÁBAL

Angustias.— Me parece que tú eres un golfo con **más cuento que Calleja.**

¡Viva el cuponazo !, 1992.

tiempos de Maricastaña

Los tiempos de Maricastaña se pierden en la memoria. Más aún si tenemos en cuenta que la expresión se atestigua ya con este mismo significado en la primera mitad del siglo XVI . Una centuria después la recoge Gonzalo Correas, que dice que se usaba «por tiempo muy antiguo, cuando hablaban los animales». Lo del habla de los animales es un remate que viene a ponderar la antigüedad, porque en uno de los primeros textos que poseemos, la *Crónica burlesca de Carlos V* (1525-1529), de Francés de Zúñiga, se hace referencia a «cuando se pasaba la mar en enjuto [en seco]», y en una de las novelas ejemplares de Cervantes, *El casamiento engañoso* (1613), a «cuando hablaban las calabazas».

¿Pero existió esta Maricastaña? Esta es la hipótesis que plantea el historiador José Godoy Alcántara, quien en su *Ensayo histórico etimológico filológico sobre los apellidos españoles* (1871) afirma que «Maricastaña […] estuvo en el siglo XIV , con su marido y dos hermanos de este, al frente del partido popular de Lugo que resistía el

pago de los tributos que el obispo, como señor, imponía; resistencia en la que no escasearon excesos y violencias, hasta matar al mayordomo del mismo obispo». Los hechos se recogen en el tomo XVI de la *Historia sagrada* (1798) del padre Manuel Risco: «El 18 de junio de 1386 María Castaña, mujer de Martín Cego, Gonzalo Cego y Alfonso Cego, confiesan haber hecho muchas injurias a la Iglesia de Lugo, y haber matado a Francisco Fernández, mayordomo del obispo».

La teoría no es descabellada, porque parece claro que la gesta de María Castaña tuvo repercusión en Galicia (tal vez no sea casual que Tirso hiciera de Mari-Hernández una heroína gallega coetánea de los Reyes Católicos). Pero también podría tratarse de un nombre genérico o simbólico. El acortamiento familiar de Maríaentra a formar parte de la gran mayoría de estas creaciones: Marisabidilla, Maritornes, Marisarmiento, Marimorena… Y *castaña* puede hacer referencia al color del pelo. O, simbólicamente, como sugiere Julio Cejador, a la virtud (la castaña está cerrada, protegida por la piel y también por el erizo). Pero ha pasado tanto tiempo… Tanto que por entonces pacían los hombres y hablaban los jumentos. O eso, al menos, dice Quevedo.

EMILIA PARDO BAZÁN

El pórtico estaba muy mal labrado, y las figuras parecían pasadas por tamiz. Por fuerza las artes andaban atrasadísimas en aquellos **tiempos de maricastaña.**

Los pazos de Ulloa, 1886.

PILAR PEDRAZA

No era más que […] un descosido del tejido urbano habitado por ancianos que ocupaban los destartalados caserones desde **tiempos de Maricastaña.**

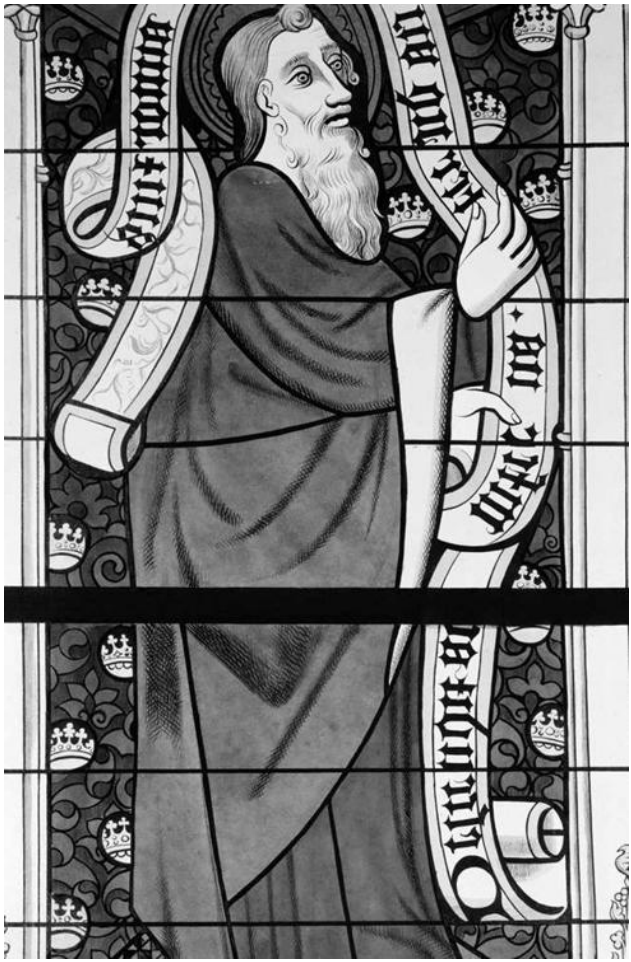
La pequeña pasión , 1990.

una y no más, santo Tomás

La expresión hace referencia a ‘la resolución o propósito firme de no volver a caer en algo que nos ha dejado escarmentados’. Tiene cierta tradición, pues se documenta ya en la segunda mitad del siglo XIX , pero no se incluye en el diccionario de la Real Academia, donde solo

se da entrada a la forma reducida: *una y no más.* El porqué de esta última resulta evidente, así que lo que de verdad interesa es la referencia al santo, el remate. Según unos, cumple una mera función estética, como simple rima; sostienen otros que remite a la historia sagrada, y en concreto a la manifestación de incredulidad del apóstol Tomás. Hagámonos eco, por consiguiente, de este conocido episodio bíblico, que se relata en el Evangelio de Juan.

Santo Tomás tuvo la mala fortuna de encontrarse ausente cuando Cristo resucitado se apareció por vez primera ante sus discípulos. En un alarde de racionalidad, desconfió de la veracidad de aquel prodigio, así que no dudó en afirmar, como quien echa un órdago: «Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré». Dicho y hecho, porque a los ocho días volvió Jesús a aparecer entre sus discípulos, asegurándose esta vez de que estuviera presente Tomás, a quien recriminó su falta de fe: «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Es precisamente en esta escena, en la admonición de Cristo, en la que quiere sustentarse el sentido de la expresión, pues —aunque en los tiempos que corren parezca excesiva pretensión que alguien crea algo sin haberlo visto previamente— después de semejante rapapolvo bien pudiéramos imaginar al apóstol moviendo la cabeza de un lado a otro y admitiendo para sí: «Una y no más, santo Tomás».



MIGUEL DELIBES

Ya le dije que no cuente conmigo, que **una y no más, santo Tomás,** y que así me lo pongan a huevo yo no hago el leso dos veces.

Diario de un inmigrante, 1958.

ANTONIO PAVÓN

Le constaba, asimismo, que muchas ratas grises actuaban de igual modo; a lo mejor las primerizas sucumbían a ese esnobismo, pero como decían los humanos: **«una y no más, santo Tomás».**

Lucrecia y la rata, 2006.

El oficio quita el vicio

a ojo de buen cubero

La expresión *a ojo de buen cubero* significa ‘aproximadamente, sin precisión o medida’. Tiene larga tradición y, de hecho, se encuentra ya recogida en el *Diccionario de autoridades* (1729), donde se define así: «el juicio prudencial que se hace de las cosas, según la común experiencia y conocimiento».

¿Y ello por qué? Pues por la habilidad que se le supone al artífice de las cubas de vino; es decir, al cubero. Las cubas tienen forma ovalada y se colocan en horizontal, y, por su capacidad, siempre superior a los 1000 litros, se distinguen de las barricas. Estas últimas son fabricadas por los toneleros, mientras que los cuberos estaban especializados en cubas y tinas. Las cubas están compuestas por duelas (tablas curvas) unidas y aseguradas con cellos (aros de hierro), y los cuberos eran valorados por su precisión, puesto que su sola intuición y experiencia les permitía elegir las maderas adecuadas para lograr la estanqueidad y calcular la capacidad de estos grandes recipientes.

Hoy la profesión está en decadencia, ya que la gran mayoría de las cubas son de acero inoxidable. Antaño, sin embargo, era una artesanía con gran pujanza en las áreas vitivinícolas y productoras de sidra. Es curioso comprobar cómo el lenguaje, si bien imperceptiblemente, hace pervivir usos y tradiciones casi olvidados, vinculando entre sí generaciones y formas de vida muy diferentes.

ALONSO CARRIÓ DE LA VANDERA (CONCOLORCORVO)

En la Nueva Vi(s)caya se da a los que trabajan en las minas, después de haber cumplido su tarea, medio tenate o capacho de metal y, para evitar las trampas que se han observado, lo revuelven bien con el montón que sacó aquel día y se les reparte **a ojo de buen cubero.**

El Lazarillo de ciegos caminantes , c. 1775.

ALEJO CARPENTIER

Cuando sus naves regresaban con buenas mercancías, el Comisario presenciaba la descarga, valorando los fardos, borricas, enseres y armas, **a ojo de buen cubero .**

El siglo de las luces , 1962.

ALFONSO ROJO

Porta registró los bolsillos. Cogió la cartera con las tarjetas de crédito y la documentación, una agenda de teléfonos alargada, la tarjeta de aparcamiento recién pagada y un abultado sobre de color blanco. **A ojo de buen cubero,** calculó que habría dentro tres mil euros. La mitad de lo acordado.

Matar para vivir, 2002.

batirse el cobre

'Esforzarse o luchar con gran empeño', tal es el significado de esta expresión, cuyo uso se remonta al menos al siglo XVI . La recoge ya Covarrubias, que aclara su procedencia: «Batir el cobre es hacer mucho ruido y trabajar con solicitud en algún negocio, porque los que labran cobre suelen estar sobre una pieza, martillando tres o cuatro juntos, guardando el compas de los golpes». Como se ve, el dicho remite a la acción de labrar el cobre, consistente en martillear el metal para modelarlo o reducirlo a chapa. Se trata de un material muy maleable, pero la tarea requiere tesón y un esfuerzo considerable, y tales son los elementos semánticos que han acabado predominando en el dicho. Lo de batir el cobre —que hoy tiene grandes utilidades como conductor de la electricidad— era propio sobre todo de los caldereros, encargados de elaborar con este metal utensilios domésticos: calderos, ollas, cazos, moldes… Su nombre en las calles de pueblos y ciudades deja constancia de la antigua pujanza del oficio, que hoy, como es natural, está en vías de extinción. Queda claro que cuando se nada a contracorriente no basta con batirse el cobre. Y de nada vale hacer pucheros.

PEDRO DE LA SIERRA

Con semejante ira los dos se juntaron, haziendo una de las más peligrosas batallas del mundo, golpeando cada uno por donde más daño a su contrario podía hazer [...], dándose golpes muy notables, **batiéndose el cobre** [...].

Espejo de príncipes y caballeros, segunda parte, 1580.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Y se buscaran con ganas de encontrarse, se encontrarían, poniendo fin de una vez a estas continuas reyertas, en las cuales los que verdaderamente **se baten el cobre** de firme son sus deudos, sus allegados y su servidumbre.

Maese Pérez el organista, 1868.

GUILLERMO COTTO-THORNER

—Al pobre muchacho le faltaba experiencia en la colonia.
—Tiene muchas ideas buenas, pero en realidad no sabe cómo **se bate el cobre** por aquí —añadió Finí.

Trópico en Manhattan, 1951.

ALFONSO ROJO

Le irritaban los mocosos, que no habían pegado un tiro y se asustaban hasta de su sombra cuando él **se batía el cobre** en el norte, y ahora reaparecían vestidos como maniquíes y dándose ínfulas.

Matar para vivir, 2002.

dar un cuarto al pregonero

A falta de otros medios, históricamente los pregoneros tuvieron un papel fundamental en la comunicación entre las autoridades y el pueblo; en particular en el ámbito municipal y judicial. La función de este empleado público era divulgar las noticias que pudieran interesar a la población, lo que se hacía a viva voz por las calles y plazas. Para captar la atención de los vecinos, solían usar una trompetilla o redoble de tamboril.

Pero el pregonero no solo llevaba a cabo anuncios oficiales, sino también otros de interés general, como la llegada de determinados comerciantes al pueblo. Y los particulares podían solicitar sus servicios para que divulgara una información propia: la pérdida de algún objeto, por ejemplo, o una boda o un deceso. Para estos casos estaba estipulada una tarifa. Y esta es la que está en el origen de la expresión, puesto que el cuarto era una moneda de cobre (" DE TRES AL CUARTO) y dar un cuarto al pregonero es, literalmente, pagarle, satisfacer lo que se debe por el servicio que va a prestar o ha prestado. Así que la frase se empleó de forma figurada en el sentido de ‘hacer público, en especial lo que debe callarse, lo que no debe conocerse’.

El modismo se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1737): «Frase que se dice para motejar a alguno que no sabe guardar un secreto. Y así se dice: Lo mismo es decírselo a fulano que dar un cuarto al pregonero». Sin embargo, hoy los modernos medios de comunicación aseguran la difusión de la información, de modo que la figura del pregonero está desapareciendo. Y con ella gran parte de la vitalidad de la locución verbal de que hablamos.

FRAY FRANCISCO ALVARADO

¿Será bueno, será justo, será según la institución de Jesucristo que vaya a **dar un cuarto al pregonero ,** por donde mi pecado oculto se convierta en escándalo, mis esperanzas de colocarme en matrimonio se frustren, o un divorcio perjudique mi matrimonio?

Cartas críticas del Filósofo Rancio, II, 1811-1813.

FERNANDO ARRABAL

En vista de ello, cada una de las organizaciones antagónicas, con gran sentido de la responsabilidad, fundó una publicación en la que, cada una por su lado, **daba su cuarto al pregonero.**

La torre herida por el rayo , 1982.

decir las verdades del barquero

Según una leyenda, existía en Salamanca un humilde barquero encargado de cruzar el Tormes. Cierto día, se le acercó un estudiante diciéndole que necesitaba pasar urgentemente el río, pues su madre estaba muy enferma: «No tengo dinero —le dijo—, pero ayúdeme y no se arrepentirá: le contaré tres verdades que no podrá olvidar». Tras sopesarlo un rato, el barquero sintió curiosidad. Pero escarmentado como estaba de los estudiantes, le respondió: «De acuerdo, pero han de ser verdades irrefutables y de interés». Iniciado el viaje, el estudiante comenzó a enunciar la primera: «El pan duro, muy duro, es mejor este que ninguno». El barquero asintió para sí: era esta una verdad incuestionable. Así que el universitario siguió adelante: «El zapato malo, muy malo, más vale en el pie que no en la mano». Y el barquero tuvo que admitir que esta segunda era también una verdad irrebatible. Se acercaban ya a la orilla cuando el barquero preguntó: «¿Qué hay, joven, de la tercera verdad?». Y más le valiera no haberla solicitado, pues esta fue particularmente dolorosa: «¿Si a todos cobra como a mí, qué hace usted aquí?».

En realidad, existen numerosas versiones sobre esta fábula, modificando el lugar en que se desarrolla y las verdades, incluso el número de estas, pues no es raro que sean cuatro y no tres. En lo esencial, sin embargo, el relato no cambia. Y parece claro que está en el origen de la locución, que tiene también varias versiones y significa ‘decir sin miramientos verdades que duelen’. Aunque se empleaba ya en la centuria anterior, se documenta abundantemente en la primera mitad del siglo XIX y se recoge por vez primera en la décima edición del diccionario académico, de 1852. Hay quien, apoyándose en que las verdades son en realidad las del estudiante y no las del barquero, ha querido relacionarla con Caronte, el mítico barquero encargado de cruzar las almas de los difuntos al otro lado del Aqueronte. Pero, la verdad, no encontramos razón para ello.

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO

Por un quítame allá esas pajas, los amantes más tiernos se tiran los trastos á la cabeza, y, tira de aquí y tira de allí, **se dicen las verdades del barquero** se ponen como chupa de dómine, y entonces son las madres mías.

Hechos y dichos, 1879.

CARMEN MARTÍN GAITE

Le dije que me encontraba muy mal y que no me parecía un asunto para ventilarlo por teléfono, y eso ya la sacó de quicio y provocó la avalancha de **«verdades del barquero»** que desembocó en mi insomnio de anoche.

Nubosidad variable, 1992.

el cuento de la lechera

Esta expresión se emplea cuando alguien sueña o imagina cosas imposibles; en definitiva, cuando hace castillos en el aire: «Tal es el cuento de la lechera», suele decirse. Se documenta ya en la segunda mitad del siglo XIX , pero no se recoge en el diccionario académico, probablemente porque con frecuencia se ha empleado como comparación y no con valor metafórico pleno. Su origen, claro, hay que buscarlo en una conocida fábula de Esopo, reinterpretada después por otros muchos autores, como don Juan Manuel o Félix María de Samaniego.

En ella, una lechera camina ufana con un valioso regalo de sus amos: un gran cántaro de leche recién ordeñada. Dejando volar su imaginación, imagina su brillante porvenir: obtendrá de la leche un buen dinero que invertirá en huevos, de los que nacerán pollitos que venderá cuando crezcan; comprará entonces un bonito vestido y una sortija, y así vestida recuperará en la feria el amor de Pedro… Y en estas estaba la muchacha cuando un asno tropezó con ella, haciendo caer el cántaro. De modo que se quedó sin nada: adiós huevos, pollos, vestido y sortija; adiós boda. Samaniego lo remata así: «No seas ambiciosa *de mejor o más prospera fortuna,* que vivirás ansiosa *sin que pueda saciarte cosa alguna.* No anheles impaciente el bien futuro, / mira que ni el presente está seguro».

La cosa da que pensar, desde luego, pero no es este lugar para ello. Nos limitamos a señalar que desde antiguo se extendió otra versión del modismo: *las cuentas de la lechera,* puede que porque en esto de imaginar imposibles las cuentas —las perras, en definitiva— ocupan un lugar prioritario.

RAMIRO DE MAEZTU

Todo lo que se ha escrito en estos años respecto de los sueños, vale también para **las cuentas de la lechera** y para los entretenimientos de los niños cuando juegan a suponer que son el rey, justicias o ladrones.

Don Quijote, Don Juan y la Celestina, 1926.

JOSÉ IGNACIO PARDO DE SATAYANA

Todo esto, que ocurrió en pocos minutos, hizo rodar por el suelo mis ilusiones, como en **el cuento de la lechera.**

El beso del chimpancé. Divertidas e insólitas historias de la vida cotidiana en un zoo , 2001.

la fe del carbonero

Duro donde los haya, el oficio de carbonero es uno de esos muchos que los avances tecnológicos han condenado a la extinción. Y es precisamente este hecho el que nos conduce a la nostalgia al recordar a Tasio, el carbonero navarro que protagoniza la película homónima de Montxo Armendáriz. Pero nos estamos desviando, como es habitual, del camino. O no tanto, porque Tasio era, sobre todo, un hombre sencillo. Y la fe del carbonero es la fe —real o figurada— propia de hombres como él, la fe firme que no exige pruebas ni justificaciones. La fe de los simples de corazón, en palabras de Unamuno.

Se trata de una expresión con cierta tradición, pues se documenta ya a principios del siglo XVIII . Curiosamente, podemos encontrar una explicación de su origen una centuria antes, en el *Vocabulario de refranes* de Gonzalo Correas: «Un maestro teólogo tuvo una vez plática con un carbonero en cosas de la fe, y acerca de la Santísima Trinidad; como cosa tan superior, el teólogo dudaba y disputaba como sabio, y propuso al carbonero: "¿Cómo entendéis vos esto de las tres divinas personas, tres y una?". El carbonero tomó la falda del sayo e hizo tres dobleces, y luego extendiéndola, dijo: "Ansí, mostrando que eran tres cosas y todas una". Agradole al teólogo y satisfízose, y después, al tiempo de su muerte, decía: "Creo lo que cree el carbonero"». Esta última frase, hoy caída en desuso como modismo, es la que justificaba el comentario de Correas. Y lo que cree el carbonero es, claro, la «buena y firme fe sencilla», la fe del carbonero. Pero parece claro que nos estamos dejando llevar por la melancolía. Porque firme es, ¿pero es tan buena? Y, sobre todo, ¿para quién?

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

—Esta es la doctrina de la Iglesia que se ignora por muchos en punto de milagros. ¿Qué le parece a usted, doña María?
—¿Qué me ha de parecer?, sino que cuanto usted dice, ni me toca ni me atañe, porque yo no soy teóloga.
—Pero es usted católica cristiana, y como tal no debe ignorar los principios de la religión que profesa.
—Pues yo sé muy bien el Catecismo y tengo **la fe del carbonero,** y con eso me basta.

La Quijotita y su prima, c. 1818.

MANUEL LONGARES

Tan grande era su descrédito en estos asuntos que ni adhiriéndose al Régimen con **la fe del carbonero** se salvaba.

Romanticismo, 2001.

pendón desorejado

La locución *pendón desorejado* se utiliza, peyorativamente, para hacer referencia a la mujer de vida libertina en asuntos de sexo. Al margen de los análisis sociológicos que de ella puedan derivarse —es evidente que la tradicional represión sexual femenina está bien presente en el léxico de nuestra lengua—, su origen no ofrece duda, puesto que *pendón* es una de las muchas denominaciones utilizadas en español para la fémina que se dedica a eso que ha dado en llamarse «el oficio más viejo del mundo»; es decir, a la prostitución.

La voz *pendón* proviene del francés antiguo u occitano *penon,* del latín *penna* ('pluma', 'ala'), a la que se añadió una *d* al identificar, por etimología popular, el término con la raíz latina *péndere* ('colgar'). Todos estos elementos están presentes, de forma indirecta, en el significado recto de la palabra, que, como es sabido, remite propiamente a una bandera o estandarte. De ahí procedería, según algunos, la acepción derivada, puesto que en la puerta de los burdeles, como en la de los mesones o posadas, se alzaba antiguamente un pendón para indicar que los huéspedes eran bienvenidos. La teoría más extendida, sin embargo, identifica el adorno y la vestimenta de las prostitutas, siempre llamativa por mor de la propia actividad, con los pendones. Después, por metonimia —ya saben, aquello de llamar a la parte por el todo o, a la inversa, al todo por la parte—, se habría aplicado el término a las mismas meretrices.

Respecto al adjetivo no caben demasiadas interpretaciones, ya que el desorejamiento ha sido considerado tradicionalmente infamante. Este castigo histórico, practicado por distintos pueblos de la antigüedad
—asirios, babilonios y persas, entre otros—, reapareció en Europa en la Alta Edad Media y en España se aplicó como pena en determinados robos y, en lo que aquí interesa, a las prostitutas reincidentes. Aunque esta mutilación sería prohibida en Castilla por la Partidas en tiempos de Alfonso X, la expresión pervivió, y se ha conservado hasta nuestros días en feroz competencia con otras variantes, como la también bien conocida de *pendón* o, más comúnmente, *putón verbenero*.

IGNACIO AMESTOY EGIGUREN

Aristóteles.— (A Alfonso) Yo os aseguro, amado fraile, que no he denunciado a esta muchacha a las tropas castellanas, ya que aunque sea un **pendón desorejado,** que lo es, nunca denunciaría a quien practica el oficio más consolador entre los que existen.

Durango, un sueño. 1439. La utopía se acaba esta noche , 1989.

JORDI SIERRA I FABRA

Me muerdo la lengua para no decirle que es un **pendón desorejado** , una de tantas, una derrotada social, una tía buena quemando sus últimas posibilidades.

Jonny Pickup , 1995.

piedra de toque

La expresión, que da nombre a 'aquello que sirve para probar la calidad o validez de algo', se empleaba ya con este sentido en la segunda mitad del siglo XVI y se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1737). Recuerda, por compartir con ella el sustantivo inicial, a otra que utilizamos para hacer mención del fundamento o base principal de cualquier cosa: *piedra angular*. Pero, si esta se relaciona con la arquitectura (en su sentido recto se refiere al sillar que ocupa una esquina y sustenta los dos lados de una construcción), la que nos ocupa procede del ámbito de la joyería. Y es que la clave del significado del modismo reside, en realidad, en lo que en términos lingüísticos sería complemento, así que no empecemos por la piedra y centrémonos en el toque, que el diccionario define así: «Ensayo de un objeto de oro o de plata que se hace comparando el efecto producido por el ácido nítrico en dos rayas trazadas sobre una piedra dura, una con dicho objeto y otra con una barrita de prueba, cuya ley es conocida». Se trata, en definitiva, de una suerte de examen que los orfebres y plateros realizaban para verificar los quilates del oro y la pureza de otros metales, y el instrumento que servía como referencia para establecer dicho valor era la piedra de toque, que solía incorporar cuarzo en su composición. Así que la cosa está más que lista, ya no hay último toque que valga. Y también a toque, pero de corneta, nos vamos.

LUIS MILÁN

[...] y tambien nos ha dicho poco ha que la ocasión es piedratoque, queriendo decir que es **piedra de toque,** que descubre a cada uno de qué metal es [...].

El cortesano, 1561.

JUAN ROMERO ALPUENTE

Hablad así, y hablad alto, y con dignidad a la Inglaterra: aquí ha de verse, esta ha de ser la **piedra de toque** en que se pruebe si su amistad y su alianza son sinceras.

Wellington en España, y Ballesteros en Ceuta, 1813.

RAFAEL LÓPEZ DE HARO

La única que, como yo, podía desafiar las violencias del aire libre, fiel contraste, **piedra de toque,** era la señora blanca del pelo de té y los ojos azules.

Yo he sido casada, 1930.

PABLO NERUDA

No obstante, México es la **piedra de toque** de las Américas y no por azar se talló allí el calendario solar de la América antigua, el círculo central de la irradiación, de la sabiduría y del misterio.

Confieso que he vivido, a. 1973.

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Incluso la **piedra de toque** de cualquier teoría es elegir aquella que predice más variedad de hechos.

¿Qué nos falta para ser felices? Un nuevo modo de pensar y de vivir, 2002.

ser cocinero antes que fraile

Con esta locución, empleada siempre en pasado, se pondera la experiencia de una persona en una determinada actividad, a menudo porque sus conocimientos la facultan para evitar posibles engaños. Se documenta al menos desde la primera mitad del siglo XIX y constituye, en realidad, una abreviación del refrán «Quien fue cocinero antes que fraile, lo que pasa en la cocina bien sabe».

Su origen parece claro, puesto que las cocinas arrastraban pésima reputación desde las comedias de Plauto. Quienes trabajaban en ellas tenían fama de buscavidas y ladrones. Es revelador en este sentido el texto del *Estilo de servir a príncipes* (1614), de Miguel Yelgo de Blázquez: «El veedor ha de estar con mucho cuidado […] de manera que no le engañe el cocinero, porque si se descuida tantico la ha de

mamar el veedor, porque los cocineros en esto de faltar son muy diestros que raposos».

Aún peor —como puede atestiguarse en el *Guzmán de Alfarache* y otras novelas picarescas— era la fama los pícaros de cocina, los actuales pinches o auxiliares: «Satisfícele a sus preguntas y recibiome por su pícaro de cocina, que es punto menos que mochilero y punto más que mandil. No me descontentó el cargo que me había dado, porque sabía, por la experiencia de la embarcación, que es oficio graso y, ya que no honroso, provechoso», puede leerse en el *Estebanillo González* (1646). Al respecto, se recoge en el citado texto de Yelgo de Blázquez una anécdota sabrosa: «este galopín [un mozo de cocina] era muy diligente, y todas las veces que lo enviaban por vino, por sisar un cuarto, lo orinaba en el jarro». En definitiva, que las cocinas eran lugar privilegiado en eso que se ha dado en llamar la «escuela de la vida». Y, claro, nada mejor que haber sido cocinero para conocer los ardides y artimañas de ventajistas o desaprensivos.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

—¡A mí con esas disculpas de colegial! ¡Al que **ha sido cocinero antes que fraile** ! ¡Semejante majaderote!

La Montálvez, 1888.

RICARDO LEÓN

Y aunque la impenitente se retrajo y se guardó bien de confesar los más gordos, Luis Felipe, como buen **cocinero antes que fraile,** sintió en seguida el olor de aquel amoroso desaguisado.

Cristo en los infiernos, 1941.

AMADO JUAN DE ANDRÉS

A sus 48 años Killy es uno de los profesionales del patrocinio más conocidos del mundo. Ha sido **« cocinero antes que fraile»** ya que antes que empresario y consultor fue deportista profesional.

Mecenazgo y patrocinio. Las claves del marketing del siglo XXI *,* 1993.

sota, caballo y rey

La expresión hace referencia a aquello que es siempre igual, que responde a una fórmula fija, sin posibilidad de variación. Se

documenta tempranamente, en la segunda mitad del siglo XIX , pero entonces remitía a los tres vuelcos del plato diario, el cocido: la sopa, los garbanzos y la carne, o a los tres platos de la comida ordinaria: «Como se ve, el bueno de D. Rodrigo no era víctima del pecado de gula; pues su comida se limitaba a sota, caballo y rey, sazonados con la salsa de San Bernardo», puede leerse en *Tradiciones peruanas* (1874), de Ricardo Palma. Algo, naturalmente, repetitivo y que sigue un orden, como la sota, el caballo y el rey en la baraja española (tanto que la voz *sota,* que da nombre a la carta que representa al infante o paje —siempre ha habido cierta controversia sobre la cuestión—, deriva de la voz latina *subtus* , 'debajo', porque justamente está *sotacaballo,* 'debajo del caballo', como el capitán antiguamente tenía a su *sotacapitán*). De aquel significado gastronómico, que alcanzó enorme difusión en la España de la época, procede la acepción actual, solo recogida por la Real Academia en la última edición de su diccionario, ya en 2014. Su uso, sin embargo, es bastante anterior, pues se remonta al menos a la segunda mitad del siglo XX . Y es que, como ya se sabe, las cosas de palacio van despacio, aunque lo importante, claro está, es que vayan bien.

JOSÉ DE VALDIVIELSO

Maliçia.— A buena ley;
¿no hay **sota, caballo y rey** ?
Carne.— ¿ Sota yo, camaleón?

Auto de las ferias del alma (Doce actos sacramentales y dos comedias divinas), 1622.

MIGUEL DE UNAMUNO

En su casa no se comía sino **sota, caballo y rey,** cocido, pero no principio; solo el padre, Ramírez padre, tomaba principio [...].

Abel Sánchez. Una historia de pasión, 1917.

ARTURO PÉREZ REVERTE

—Depende de vuestros planes para el futuro. Lo que os hizo Eddie vale para el estado actual de los negocios: **sota, caballo y rey** .

La Reina del Sur , 2002.

tomar por el pito del sereno

Dedicamos también algunas líneas en otro artículo a glosar la figura del sereno, ese vigilante nocturno encargado de velar por la seguridad del barrio o distrito, que cumplía además funciones complementarias como regular el alumbrado público —tal fue su cometido inicial, en la segunda mitad del siglo XVIII — o, en algunas poblaciones, dar las horas e informar sobre el estado de la atmósfera, o abrir los portales a los vecinos. Armados con un chuzo (" CAER CHUZOS DE PUNTA), los serenos llevaban a cabo rondas por las calles de la ciudad al caer la noche, momento que, según argumentación del Ayuntamiento de Madrid, los malhechores «toman por salvoconducto para cometer insultos de diversas especies».

Otros elementos característicos del uniforme del sereno eran la gorra y el pito, que empleaban para llamar la atención a los viandantes, pero también, en caso de necesidad, para dar aviso a sus compañeros o a la policía. La gorra —gorra de plato llevaban los serenos— y el pito siempre han sido signos de autoridad; autoridad menor, pero autoridad al fin y al cabo. Y autoridad eran los serenos, que se integraron administrativamente en el cuerpo de policía o en los cuerpos auxiliares de justicia. Pero, claro, para bien o para mal, el pito resulta inocuo, inofensivo, y el del sereno nunca fue especialmente respetado, como atestigua el significado de la expresión que tenemos entre manos, que se documenta desde principios del siglo XX y recoge la Real Academia en la vigesimoprimera edición de su diccionario, de 1992: ‘no dar importancia a algo, tenerlo en muy poca consideración’.

CARMEN MARTÍN GAITE

He visto que andan haciendo pastelitos y mandangas. Me **toman** el estudio **por el pito del sereno.**
—Si te traen a la francesita, no te quejes.

Entre visillos , 1958.

JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL

—Pues tú dirás, porque a nosotros, allá arriba, nos hacen tanto caso como si fuéramos **el pito del sereno.**

Los curas comunistas, 1968.

MANUEL MARTÍNEZ MEDIERO

Jesús.— ¿Eh? Me niego... Échenlo a la calle... Y si no lo echo yo... Hasta ahí podíamos llegar... A mí no me **toma** nadie **por el pito del sereno.** Ni que fuera este convento la casa de tócame Roque que te escondes…

El niño de Belén , 1991.

De la moda, lo que te acomoda

a buenas horas, mangas verdes

Esta expresión, que parece remontarse al siglo XVII — aunque se atestigua sobre todo a partir del XIX— , viene a censurar la demora en la atención de las necesidades o la solución de los problemas, y su origen está bien documentado. Corría el año 1476 cuando Isabel la Católica, en las Cortes de Madrigal, decidió apoyar el proyecto de creación de la Santa Hermandad Nueva, unificando así las distintas hermandades para la defensa del orden público que, sufragadas por los concejos, habían existido desde el siglo XI en los reinos peninsulares, y especialmente en tierras de Castilla. Aunque tenía como antecedente la Hermandad de Segovia promovida por Enrique IV, nacía con ella el primer cuerpo policial realmente organizado de Europa.

La función de las cuadrillas de la Santa Hermandad era combatir los delitos cometidos a cielo abierto, esto es, fuera del recinto de las ciudades. En origen, el cuerpo cumplió eficazmente su cometido, arrinconando el bandolerismo y reforzando de paso el poder real frente a las ambiciones nobiliarias. No tardaría, sin embargo, en entrar en paulatina decadencia, al tiempo que la falta de integridad de sus alcaldes y cuadrilleros les granjeaba mala reputación entre el pueblo. Su escasa diligencia, convertida en proverbial, acabaría dando origen al dicho *a buenas horas, mangas verdes,* puesto que los soldados vestían un coleto o chaleco de piel que dejaba al descubierto las mangas de la camisa, que eran de este color. Pese a todo, la Santa Hermandad prolongó su existencia durante siglos —a menudo la percepción de los poderes públicos difiere de la de los ciudadanos—, hasta ser disuelta en 1834. Diez años después se fundaría, con misiones análogas, la Guardia Civil.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Algo chocaba a la familia la asiduidad con que Abelarda iba a la iglesia, y a doña Pura no se le pudrió en el cuerpo esta observación impertinente: “¡Vaya, hija, **a buenas horas mangas verdes** !

Miau , 1888.

ANTONIO BURGOS

«Si estando como estábamos estamos como estamos, ¿cómo estaríamos si estuviéramos como deberíamos estar?». Contra la corrupción vamos a tener unas leyes divinas; **a buenas horas mangas verdes…**

«Testimonios varios», *El Mundo* , 29/04/1995.

andar de capa caída

Nada bueno se le augura a quien anda de capa caída, pues la locución expresa bien a las claras su decadencia, ya sea en bienes, fortuna o salud. El modismo se documenta en época temprana; lo encontramos ya en textos de finales del siglo XVI, por ejemplo en el *Guzmán de Alfarache* (en esto de los dichos la novela picaresca es una fuente documental inagotable),y, de hecho, se incluye en el repertorio de Covarrubias (1611), aplicándolo al «que ha ido perdiendo hacienda y crédito».

La capa (del latín tardío *cappa,* 'capucha, capa') es una prenda larga y suelta, sin mangas, abierta por delante, que se llevaba sobre los hombros encima del resto de la ropa. Era, por tanto, el signo más visible de estatus o posición social. No es extraño que el grado de bienestar, moral o material, se relacionara simbólicamente con su lucimiento y —aunque se han querido buscar otras interpretaciones sobre el origen de la expresión— se identificara el desaliño de este ropaje con el decaimiento. Además debe tenerse en cuenta que, si bien hoy está en desuso, la capa, en sus múltiples variantes, ha sido durante siglos parte esencial de la moda española. Baste recordar que —pese a que sin duda había causas subyacentes más poderosas— el motín de Esquilache (1766) se desencadenó en Madrid cuando el ministro de Carlos III, haciendo de su capa un sayo, prohibió el uso de la capa larga.

MATEO ALEMÁN

Corra como corre, que la reformación de semejantes cosas importantes y otras que lo son más, **va de capa caída** y a mí no me toca: es dar voces al lobo, tener el sol y predicar en desierto.

Guzmán de Alfarache , 1599.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

—Pero dígame usted, Flores, con semejantes ideas cuyo origen no me es desconocido ya, ¿cómo es que sirve usted en el ejército, y en un tiempo como este, en que la República **anda de capa caída** ?

Clemencia, 1869.

LUIS MATEO DIEZ

—Bueno, si el tren sube hacia Olencia, aquella sería la estación más cercana. Luego, ya sabe, quince o veinte kilómetros. Yo si lo cojo, lo que quiero es ir a Ordial. De todos modos, si viene antes el otro, el que baja, también me sirve, igual me daría Armenta. El caso es que respeten el apeadero, la línea **está de capa caída** y el tren que para lo hace más por capricho que por obligación. Yo comprendo que si no hay viajeros no hay negocio.

El oscurecer (Un encuentro), 2002.

cambiar de chaqueta

Cambiar de chaqueta no está demasiado bien visto. Al menos en su sentido figurado. Y es que la fidelidad es siempre percibida como un valor, de modo que mudar de bando o de partido por conveniencia es algo socialmente penalizado. Tanto que no son pocos los que no lo hacen ni después de haber trocado su ideología. O por seguir con la imagen: pese a haber engordado o adelgazado considerablemente —ya se sabe que con la edad se tiende en realidad a engordar, aunque uno se resista a aceptarlo—, siguen llevando la misma chaqueta. Y esta, claro, no acaba de adaptarse a su nuevo cuerpo. Pero abandonemos estas disquisiciones y centrémonos en el origen del dicho.

Aunque existen testimonios, el uso de la voz *chaqueta* era raro hasta finales del siglo XVIII . De hecho, no se recoge en el diccionario académico hasta su quinta edición, de 1817. Por entonces se empleaba más con este mismo significado *jaqueta,* que acabaría cayendo en desuso. No obstante, no es este el término que aquí nos interesa, sino otro bien diferente: *casaca* (‘prenda semejante a una chaqueta, ceñida al cuerpo y con faldones hasta la altura de las rodillas, usada sobre todoen uniformes’).

Ya en el *Diccionario de autoridades* (1729) encontramos la locución *volver casaca,* que se define así: «Frase que significa dejar el partido de uno y seguir el contrario. Es tomada de los soldados, que cuando desertan vuelven las casacas lo de dentro afuera, por no ser conocidos». Este uso, que según diversos autores está inspirado en las guerras de religión, se registra, por ejemplo, en los *Avisos* de Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658): «El duque de Mantua se vio con el marqués de Caracena en Pavía, de que han resultado muchos celos en los franceses, temerosos no quiera volver la casaca». He aquí el origen de la locución, que pasó después a emplearse con el verbo *cambiar* y el sustantivo *chaqueta,* adaptándosea los tiempos y a la moda. Es posible que no resulte procedente, pero no nos resistimos a la tentación de interpretar este cambió en clave simbólica, como trasvase de la tradicional preponderancia militar (la casaca) a la política (la chaqueta).

CAMILO JOSÉ CELA

¡En diez años que han pasado, ustedes calcularán la cantidad de veces que puede cambiar de olor la chaqueta de un hombre de acción! ¡Y la cantidad de veces que un hombre de acción puede **cambiar de chaqueta!**

Esas nubes que pasan , 1945.

LORENZO SILVA

El contrato de Gardiner con Abd el-Krim quedó roto. El líder rifeño comentarla amargamente que los ingleses se habían **cambiado de chaqueta.**

Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos, 2001.

como / (hecho) un pincel

¿Un pincel? Convendremos en que, si pensamos en el significado recto del sustantivo, la metáfora resulta bastante poco intuitiva, porque quien va hecho un pincel o como un pincel va 'muy arreglado, aseado y elegante'. Se trata de una expresión con bastante tradición y aparece ya documentada en la segunda mitad del siglo XIX . Ha habido quien, para explicar su origen, ha relacionado la delgadez del pincel con la esbeltez de la figura humana y su exuberante remate de cerdas o fibras con una abundante y bien peinada cabellera. La teoría, sin embargo, no acaba de resultar demasiado convincente. Se nos ocurren piropos más elaborados. Y existe, además, otra posibilidad que parece más digna de crédito, puesto que desde 1832 se incluye en el diccionario académico una acepción de *pincel* que explicaría bien el modismo: «Obra pintada». *Ir hecho un pincel,* por consiguiente, sería 'ir hecho una pintura'; esto es, arreglado con el esmero de quienes aparecen en ella retratados. Y, de paso —aunque como argumento resulte inválido—, vendría a justificarse el retraso de la Real Academia al recoger la expresión, que solo se incorporó a su diccionario en 2001, en su vigesimosegunda edición. Vamos, hace dos días.

MIGUEL DELIBES

Y que no es tener más o menos, qué va, que yo recuerdo a Evaristo, el Viejo, quita y pon, nada más, pero eso sí, planchado y requeteplanchado, **como un pincel,** había que verle, y no creas que se avergonzaba de decirlo, «me subo a una silla para ponerme o quitarme los pantalones; es la única manera» [...].

Cinco horas con Mario, 1966.

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

Este es el Manolete que conocieron en Córdoba. Un muchacho sencillo, vestido **como un pincel,** que se escondía detrás de las gafas ahumadas.

Los mejores toreros de la historia, c. 1966.

CARMEN RIGALT

En estas llegó el atascado. Iba **hecho un pincel** (traje oscuro a rayas, corbata y pañuelo amarillos) y se dirigió con temple papal hacia el estrado.

«... Y Pombo cogió su fusil», *El Mundo,* 10/05/1996.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

[...] con lo flamenco que era antes y lo que le gustaba arreglarse, que se ponía **hecho un pincel** aunque solo fuera
para ir al mercado, que está a la vuelta
de la esquina.

Sefarad. Una novela de novelas, 2001.

de gorra

Se emplea la expresión *de gorra* en el sentido de'a costa ajena'. Así, quien vive de gorra —hay verdaderos maestros del tema— es un aprovechado, un parásito, un chupóptero, como diría un célebre periodista deportivo hoy ya retirado; en definitiva, un gorrón. La locución es antigua y la recoge ya Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes* (donde se da cabida a *meterse de gorra* o *entrarse de gorra*). Por tanto, se documenta ya a principios del siglo XVII . Resulta evidente la ironía en una de las poesías de Quevedo: «Érase una cena *con cinco personas;* todas cinco cenan; *una menos que otra.* Sentámonos juntos, *desgracia notoria,* los dos de sombrero, / y los tres de gorra».

Pero ¿de dónde procede la expresión? Pues parece que de lo mucho que había de prodigar el gorrón los saludos, quitándose, como era costumbre, la gorra, y realizando los aspavientos correspondientes. Por entonces la gorra era prenda de gala: «ornamento de la cabeza con que andamos […] cuando se ha de hacer visita y estar en alguna congregación pública con traje y hábito decente», en palabras de Covarrubias.

Podría pensarse que lo de vivir de gorra, por tanto, era propio de personas de cierta posición. Y no cabe duda de que esta lo facilita, aunque rara vez resulte gratuito. Pero al parecer era especialmente habitual entre estudiantes, y la tradición popular lo relaciona en particular con la Universidad de Salamanca. De hecho, a aquellos se les denominaba *capigorrones* —en realidad, a sus criados, que cursaban también estudios universitarios, según Covarrubias—, voz que en el *Diccionario de autoridades* se define así: «El que anda de capa y gorra,

para poder más fácilmente vivir ocioso».

MATEO ALEMÁN

Yo era conocidísimo. Había más de seis años que residía en Alcalá, siempre muy bien tratado, tenido por uno de los mejores estudiantes della y acreditado de rico. Las mozuelas eran triscadoras y graciosas. Ya querían comenzar a merendar, cuando burlando quise meterme **de gorra.**

Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache. Atalaya de la vida humana, 1604.

LUIS COLOMA

Leopoldina, furiosa dilettante, que recorría siempre **de gorra** todos los palcos del Real, tenía al dedillo los abonos de cada turno y los abonados a cada localidad.

Pequeñeces, 1891.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

Juanito Ventolera.— Parece que representáis el Juan Tenorio. Pero allí los muertos van a cenar **de gorra.**
Franco Ricote.— Convidado quedas. No hemos de ser menos rumbosos que en el teatro.

Las galas del difunto (*Martes de carnaval*), 1918.

JENNY E. HAYEN

¡Ah, pero no sin advertirle que pobre de ella si abría la bocota y les contaba a los demás que vivía ahí casi **de gorra** , ya que en ese preciso momento la pondrían de patitas en la calle […]!

Por la calle de los anhelos , 1993.

de punta en blanco

Quien va *de punta en blanco* va ‘bien vestido y arreglado’, como corresponde a una ocasión especial. Se trata de una locución con larguísima tradición, aunque su significado ha ido sufriendo deslizamientos semánticos. Covarrubias hace ya referencia a *armado de punta en blanco,* que Gonzalo Correas, en su *Vocabulario de refranes* (1627), define así: «armado de pies a cabeza, con todas las piezas de un arnés, y las demás armas defensivas y ofensivas desnudas, a punto y guisa de acometer y pelear». El propio maestro extremeño nos

proporciona las claves sobre su origen: «Se dice porque cuando un caballero va a entrar en batalla y acometer al enemigo, o en justas o torneos, va todo armado con la lanza en ristre, armada la cuchilla y descubierta en blanco la punta». Incide Correas en la cuestión, pero queda claro que *de punta en blanco* era, originalmente, 'con la punta del arma desnuda'.

Julio Casares investigó bastante más sobre la expresión —que entre los artilleros siguió otros derroteros—, pero nosotros aquí nos quedamos, porque de *armar de punta en blanco* (que la Real Academia definió como «armar a uno con todas las armas de pies a cabeza») derivaría la acepción actual: la armadura acabó identificándose con la vestimenta de gala y el blanco de la punta desnuda con la limpieza y pulcritud del traje, representadas por este color. Esta acepción parece estar ya en uso a mediados del siglo XVIII y el diccionario académico la incorpora en su decimotercera edición, de 1899. Entretanto, el modismo había dado mucho de sí en los juegos de palabras y agudezas propios del Siglo de Oro; valgan como muestra estos versos de Quevedo: «No de punta en blanco / van armadas ya, *mas de puño en blanca* y de puño en real» (*Entremés de la destreza* [c. 1620]).

ALONSO DE SANTA CRUZ

Y el rey lo hizo como buen capitán, porque armado **de punta en blanco** trabajó toda la noche, no habiendo aquel día comido [...].

Crónica de los Reyes Católicos, 1491-1516.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Doña Salomé bajó **de punta en blanco** a dar las gracias al generoso dueño de la casa. Presentose envuelta en ajadísimos tafetanes, adornada de podridas pieles y plumas pulverulentas.

Un faccioso más y algunos frailes menos, 1879.

FRANCISCO GUERRA NAVARRO

En esto entró como Pedro por su casa don Agustín, o séase Tinito. Vestido **de punta en blanco,** con el pecho sacado, alta la cabeza, parecía el amo.

Los cuentos famosos de Pepe Monagas, 1941-a. 1961.

EDUARDO GALEANO

Se vistió **de punta en blanco,** como si fuera domingo, y con todo sigilo se deslizó hacia el patio y se sentó a descubrir los misterios de la noche de Tucumán.

Bocas del tiempo, 2004.

de tiros largos

Ir de tiros largos es hacerlo ‘con vestimenta de gala o muy elegante’. La expresión se documenta al menos desde finales del siglo XVIII y la Real Academia se hizo eco de ella en la novena edición de su diccionario, de 1843. La cosa tiene fácil explicación, porque, como es sabido, se denomina *tiro* al conjunto de animales empleados como fuerza motriz de un carruaje, pero también a las correas o tirantes que, asidas a las guarniciones de la caballería, sirven para tirar del vehículo. Ambos estuvieron sometidos a restricciones en las ciudades. Así, tras su viaje a la península en 1668-1669, Giacomo Ciuti, tesorero de Cosme III, gran duque de la Toscana, además de hacer hincapié en el mal olor y la suciedad de las vías públicas, deja constancia de que «los grandes de España están con grandísimo lujo, teniendo coches de dos y cuatro mulas, con gualdrapas, pero ninguno puede llevar seis, sino por el campo, pues en la ciudad está reservado al rey». Esta restricción, como otras semejantes, estuvo en vigor en distintos periodos en Madrid, donde los problemas de tráfico vienen de antiguo. Por las calles de las ciudades circulaban entonces vehículos de muy distinto tipo: coches de colleras, berlinas, birlochos, landós, calesas… El coche era —ayer como hoy— un signo de lujo y ostentación. Y expresión evidente de ello, aparte del número de animales, era la separación entre estos, y en particular la distancia entre el tiro delantero y los demás, lo que se denominaba «tiros largos», por la longitud de los tirantes que los unían. Y ya puede imaginarse el lector que quienes descendían de tales carruajes —reservados en algunos periodos al rey y la alta nobleza— no iban vestidos precisamente de andar por casa. Ni siquiera sus cocheros.

JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

El tal hidalgo, al momento
que ve una moza, babea.
Y, así, le he dicho a mi hermana
que pase por aquí, puesta
de tiros largos. El pobre
se volverá una jalea.

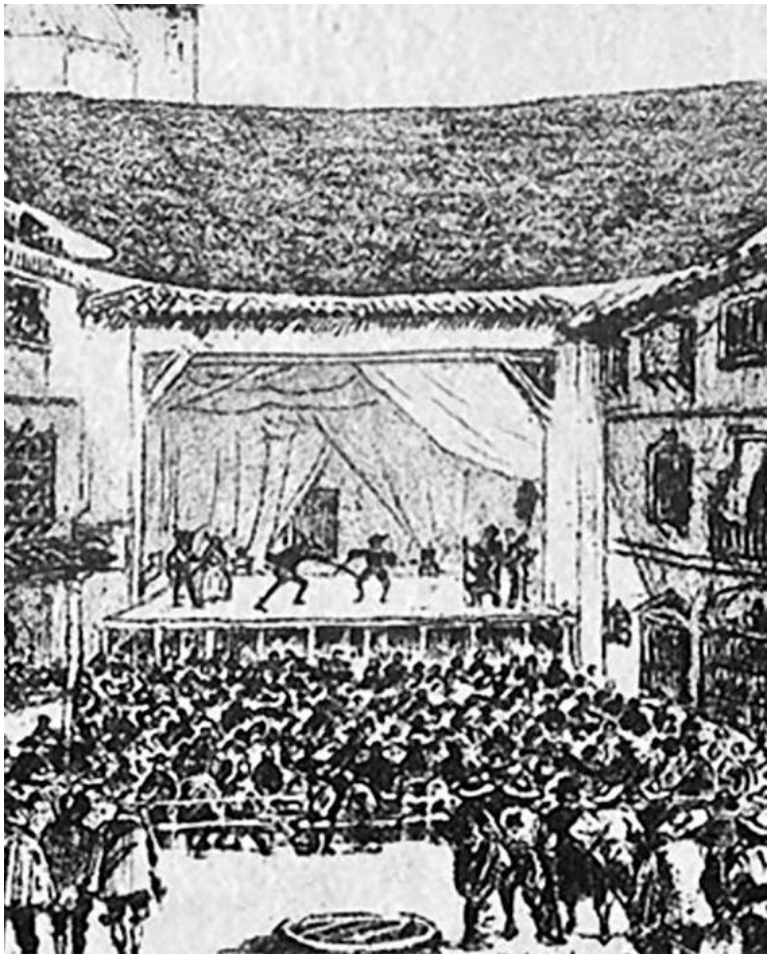
Los jugadores , c. 1800.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Lo encontré metido en una caja lujosa, vestido **de tiros largos** , y con la peluca puesta: quizá por la mano caritativa de la criada.

defender a capa y espada

Hay cosas que merece la pena defender a capa y espada; es decir, 'con mucho afán, con todas las fuerzas posibles'. La expresión se documenta muy tempranamente, en el siglo XVI, y se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1729). Tiene, pues, larga tradición. Covarrubias, nos da una pista decisiva sobre su origen en su *Tesoro* (1611), donde define así *reñir con capa y espada* : «es de hombres que no vienen prevenidos para cuestión y revuelven la capa al brazo izquierdo para repararse de los golpes de su contrario». Sabemos que la capa y la espada son atributos de los caballeros, de modo que estamos hablando de una forma de luchar caballeresca, como nos confirma Juan de Arce de Otárola en sus *Coloquios de Palatino y Pinciano* (c. 1550): «*Palatino.* — […] No basta que me lo pidan armados de onda y piedras, como acometió el rey David a Goliás. *Pinciano.* — No son tan villanos, que a fe que lo sepan pedir a capa y espada». Pues bien, de esa lucha a capa y espada —de la que, por cierto, deja ya constancia César en *De bello civili,* aunque no con este nombre, claro está— deriva la expresión de que tratamos, que pone de manifiesto una defensa decidida, a ultranza, de intensidad semejante a la de una contienda en que la vida está en juego. Pero rebajemos algo el tono, porque estamos a un paso de la comedia de capa y espada, tan de moda en el Siglo de Oro, y en ella lo que priva es el enredo, el honor y el tema amoroso. Eso sí, entre caballeros (no príncipes ni villanos): vamos, lo que hoy sería la clase media. O lo que queda de ella.



FRANCISCO DE LUQUE FAJARDO

El caso es que se llegan a estas casas cierto género de hombres, de cuyas obras se ofenden cielo y tierra; los cuales viven de dar favor y hacer espaldas a fulleros, **defendiéndolos a capa y espada** en los sucesos de su latrocinio.

Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos, 1603.

JUAN MONTALVO

¿Porque había propuesto su candidatura, debí haberle apoyado **a capa y espada,** aun cuando el cleriganso liberal hiciese traición a los principios y ofendiese a las personas, rodeándose de los esbirros más infames de García Moreno?

Las catilinarias, 1880-1882.

LAURA ESQUIVEL

Lucha siempre había disfrutado de la mirada que Lolita le echaba a su esposo de vez en cuando y nunca le molestó, todo lo contrario, la hacía sentirse orgullosa. Por lo mismo, no malinterpretaba que su querida amiga **defendiera**

a Júbilo **a capa y espada** y que estuviera tan preocupada por la situación por la que Lucha y Júbilo estaban atravesando.

Tan veloz como el deseo , 2001.

hacer de su capa un sayo

Todos sabemos lo que es una capa: una prenda larga y suelta, sin mangas, abierta por delante, que se lleva sobre los hombros encima del vestido. Fue durante mucho tiempo uno de los elementos más característicos de la vestimenta española. Poco tiene que ver con el sayo, una prenda también larga, con «falda», sin botones, pero que, según Covarrubias, «recoge y abriga el cuerpo» y sobre la que «se pone la capa para salir fuera de casa». Y el *Diccionario de autoridades* (1729) remacha que es prenda usual de «la gente de campo o de las aldeas». De modo que quien hace de su capa un sayo convierte un prenda cortesana, de vestir —la capa—, en otra más de abrigo —ya lo dice el refrán: «hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo»—, que admite otros vestidos encima y que, desde finales del siglo XVI , fue más propia de los villanos y campesinos que de los caballeros capitalinos. Total, que hace lo que le da la gana, sin atenerse a las convenciones sociales. Y tal es lo que significa la expresión, que se documenta tempranamente, en torno a 1600, y se recoge ya (con la forma «cada uno puede hacer de su capa un sayo») en el citado diccionario académico: «Frase con que se da a entender que cada uno es dueño de su voluntad, y que de sus cosas puede disponer a su gusto y como le pareciera». Claro que lo de transformar la capa en sayo tiene su aquel. Y más existiendo el capisayo, que sirve a la vez de capa y sayo… Pero, oiga, ¡allá cada cual!

JUAN RUFO

Esta copla, por lo que tiene de moralidad, la ingirió en la carta que escribió a su hijo, y porque cada uno puede, como dicen, **hacer de su capa un sayo .**

Las seiscientas apotegmas, 1596.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

De lo demás, nada tengo que disponer. Vms. **harán de su capa un sayo** , y concluirán las diligencias que haya que hacer para que se verifique la entrega y posesión de la dicha casa.

Cartas, 1817.

JUAN APAPUCIO CORRALES

Cierto es que cada quisque puede **hacer de su capa un sayo** y de cualquier cosa un papagayo; pero eso está bien cuando no se está cumpliendo una delicada función y cuando no se ejerce una comisión representativa que imprime carácter.

Crónicas político-doméstico-taurinas, c. 1908-1930.

BEGOÑA AMEZTOY

Sí, señor, no sé si tiene usted coRazón, pero seguro que tiene razón y está en su derecho de **hacerse de su capa un sayo** y de su picha un lío.

Escuela de mujeres, 2001.

meterse en camisa de once varas

A estas alturas de la película (léase en sentido figurado), no estamos ya para meternos en camisas de once varas; es decir, para inmiscuirnos en cosas que no nos incumben y que casi siempre acaban generando complicaciones. Así que vamos a centrarnos en lo nuestro, que es la lengua. La expresión se documenta desde antiguo y se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1729). Al parecer, procede de una antigua ceremonia medieval de adopción. Así puede leerse en la *Crónica general* elaborada por Ambrosio de Morales en la segunda mitad del siglo XVI , continuación de la de Florián de Campos, donde se hace referencia a uno de estos ritos (que se sitúa a caballo entre los siglos X y XI): «el día que fue bautizado Mudarra González, […] teniendo su madrastra vestida sobre sus ropas una camisa muy ancha para este efecto, tomó por su mano a su alnado [hijastro] y lo metió por la manga de aquella su muy extendida camisa, y lo sacó por el cabezón [cuello], y con esto quedó por su hijo y heredero».

La trayectoria posterior del bastardo Mudarra, vengador de sus hermanastros, los siete infantes de Lara, es muy reseñable. Pero dejando a un lado este pequeño matiz, convendremos en que la camisa tenía que ser grande. Muy grande. Y la cosa parece que cuadra, porque —como recoge Gonzalo Correas— *once varas* aparece en otras expresiones de la época con este significado figurado. Este es claro en *pico de once varas* o *lengua de once varas,* ambas utilizadas para referirse a la persona que habla mucho e insustancialmente:

«Quemado vea yo ese pico de once varas», puede leerse en el *Entremés del viejo celoso* (1615), de Cervantes. De modo que el origen del modismo parece resuelto, puesto que lo de meterse en camisas de once varas, es decir, lo de ser prohijado, tiene sus riesgos. Lo mismo sale bien que mal. Y, en todo caso, entra uno en casa ajena.

JOSÉ NICOLÁS DE AZARA

Yo quise averiguar su paradero, pero como era menester enviar hombres seguros detras, hice este silogismo: si los que gastan para esto de la bolsa del Rey, no lo quieren averiguar, quién **me mete** a mí **en camisa de once varas,** cuando lo he de hacer todo con mis pocos paolos?

Cartas de Azara al ministro Roda , 1768.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

[...] y Merlín le llamó, como de costumbre, imbécil. «Sí, de Jota Be precisamente. Y no sé si con ello **me meteré en camisa de once varas,** o, mejor dicho, en territorio ajeno».

La saga/fuga de J. B., 1972.

no doler prendas

La verdad es que no nos duelen prendas en reconocer que este artículo nos plantea de entrada algunas dudas; es decir, no tenemos ningún inconveniente en reconocerlo, no nos importa. La expresión tiene su origen en un refrán atestiguado ya en el siglo XVI y que recoge Pedro Vallés en su *Libro de refranes* (1549): «Al buen pagador no le duelen prendas». El propio Cervantes lo utiliza en diversas ocasiones en la segunda parte del *Quijote.* Su significado es bastante evidente. Se emplea *doler* en el sentido de 'causar pesar o aversión' y *prenda* en el de 'cosa que sirve de garantía'. Expresa, por consiguiente, que a quien desea cumplir con lo que debe no le importa proporcionar alguna garantía de ello.

Se empleó figuradamente desde antiguo y el salto hacia su significado y uso actual —ya como locución— parece casi evidente. Se intuye, de hecho, en época temprana, aunque todavía en referencia al refrán: «Y a Cristo, que, como buen pagador de lo que buscaba y deseaba, que era el alma de Tomás, no le duelen prendas, no reparó ni le dolió el dar lo que le pedían; y así ofrece manos y costado, no solo a

los sayones para que lo rompan y desangren, sino a Tomás y a los demás discípulos, para que lo vean y palpen» (*Exhortaciones a la perseverancia* [c. 1610-1612], San Juan Bautista de la Concepción). Habría que esperar, sin embargo, hasta el siglo XVIII para que se consolidara. Una centuria después, ya en 1843, lo incorporó la Real Academia a su diccionario.

JUAN DE SEGURA

[...] que bien sabéis que dádivas quebrantan peñas y que no hay el día de hoy cosa que por interese no se aya, y al buen pagador **no le han de doler prendas.** Quiero, amor mío, dezir que al buen amador no le ha de doler la liberalidad, quanto más a vos [...].

Proceso de cartas de amores, 1549.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

Ni tú ni yo nos conocemos tanto que podamos fiarnos absolutamente uno de otro, y cuando de buena fe se procede **no duelen prendas** .

Sancho Saldaña o El castellano de Cuéllar, 1834.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

¿No quieres decirme lo que has hablado con el fraile? Te lo diré yo, que a mí **no me duelen prendas,** Facundo. Habéis hablado de don Pedrito y Angustias. Queréis casarlos.

Berlamino y Apolonio, 1921.

ENRIQUE TIERNO GALVÁN

Parece, y **no ha de dolernos prendas** reconocerlo, que algunos sectores de la minoría dirigente de nuestro país comienzan a descubrir la complejidad.

España y el socialismo, 1966-1974.

GREGORIO SALVADOR CAJA

Si la cadena no se hace perpetua, no es porque tú me indultes, es porque Tali se lo propone y prepara hábilmente la higa, **no me duelen prendas** en reconocerlo.

El eje del compás, 2002.

poner como chupa de dómine

Poner a alguien como chupa de dómine es ‘criticarlo, reprenderlo con

dureza'. No hemos conseguido documentar la expresión antes del segundo cuarto del siglo XIX y el diccionario académico la recoge por vez primera en su duodécima edición, de 1884. Según la Real Academia, la chupa—muchos pensaran que es este un nombre moderno, pero la lengua va y viene— era una «prenda de vestir masculina que cubría el tronco, con faldillas de cintura para abajo y mangas ajustadas, que se llevaba generalmente debajo de la casaca». Y el dómine era el maestro o preceptor de gramática latina. Y el latín, claro, no daba para mucho, de modo que su vestimenta —y por tanto su chupa— no era precisamente elegante. Piénsese, por ejemplo, en el dómine Cabra del *Buscón* (1626): «Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa; era de cosa que fue paño, con los fondos en caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul. […] Al fin, él era archipobre y protomiseria».

Es cierto que Quevedo tiende siempre a la hipérbole, pero el mismo *Diccionario de autoridades* (1732) señala que «como la mayor parte andan vestidos de hábitos largos, se extiende esta voz [dómine] a todos los que andan en este traje, mal vestidos y vagantes». Y José Francisco de Isla incide sobre la cuestión en su *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas* (1758):«Era este [dómine] un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso; […] perpetuamente aferrado en un tabardo talar de paño pardo, con uno entre becoquín y casquete de cuero rayado, que en su primitiva fundación había sido negro, pero ya era del mismo color que el tabardo». Son muchos los ejemplos literarios que dejan constancia del asunto. La crítica a la vestimenta del dómine fue tan frecuente que acabó haciéndose proverbial: hoy, lo mismo da poner como chupa de dómine que poner de vuelta y media, poner como un trapo, poner a caer de un burro o poner a parir. Y es que para algunas cosas —las importantes— hay que tener variedad. Por si acaso.

CARLOS COELLO

Cervantes rechazó indignado semejante proposición, y [...] no tuvo más remedio que guardarse su novela y contentarse con la triste satisfacción de **poner** al catalán **como chupa de dómine.**

Cuentos inverosímiles, 1872-1878.

JULIO FEO

Cuando llegamos, no había más de diez personas. Total, que a la par que insolidarios, ineficaces y estúpidos. Como podían esperarse, los **puse de chupa de dómine.**

Aquellos años, 1993.

ponerse las botas

En una u otra acepción, ‘obtener un provecho extraordinario’ o ‘hartarse de algo placentero’, lo de ponerse las botas resulta siempre beneficioso. Así que no extraña que alguno le coja más afición de la debida. La expresión es relativamente antigua, y el diccionario académico incorpora ya la primera de sus acepciones —de la que acabaría derivándose la segunda: una cosa lleva a la otra— en 1884. Se usaba bastante antes, claro, al menos desde el segundo cuarto de la centuria. Hay que tener en cuenta que en el siglo XVIII el zapato de cuero era todavía percibido como una prenda de lujo, de uso restringido a las clases más acomodadas. Las clases populares utilizaban alpargatas o abarcas. Como novedad, a principios del siglo XIX , por influencia militar, se puso de moda el uso de las botas altas. No extraña, por tanto, que estas fueran identificadas como un símbolo de riqueza o de bienestar. De modo que la metáfora —que refleja muy bien el deseo de ascenso en la escala social— estaba servida. Y las fechas cuadran. Pero todo este asunto despierta algunas incógnitas, porque como hemos visto ponerse las botas es, por naturaleza, propio de advenedizos. Hay quien las lleva puestas desde la cuna. Y entonces estos… ¿qué hacen? ¿Ponerse «moraos»?

TOMÁS CARRASQUILLA

La revolución del 60, «la guerra grande», los cogió ya establecidos [...]. Y como los Alzates eran el paño de lágrimas para todos con su abastecida tienda, y como jamás se metieron en honduras de opinión política, ni güelfos ni gibelinos tuvieron que ver con ellos, como no fuera para comprarles. Con la tal guerra **se pusieron las botas.**

Frutos de mi tierra , 1896.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN

¡Ahí tienes las contratas del ramo de Guerra! Para ti, cero, ni pensar en ello. ¡Para un organismo, **ponerse las botas** ! Es su función propia...

La hija del capitán, 1927-1930.

LUIS ROSALES

La crítica cervantina tiende siempre a **ponerse las botas** con nuestro autor, y

el misterio inquietante del Quijote ha dado pábulo a las más fabulosas licencias interpretativas.

Cervantes y la libertad, I, 1960.

EDUARDO MENDICUTTI

A los pensionistas les han sobrado tres décimas. Ya pueden estar alborozados con este Gobierno los pensionistas, que habrán podido **ponerse las botas,** de noviembre a noviembre, no con una, ni con dos, sino con tres décimas.

«Vacaciones inolvidables», *El Mundo,* 15/12/1996.

tirar de la manta

Cada cierto tiempo, la frase copa los titulares de prensa: «¡XXX [pongan el nombre que quieran] dispuesto a tirar de la manta!». La verdad es que la cosa suele generar grandes expectativas —suponemos que también cierta congoja en algunos afectados— porque la manta oculta casos escandalosos que generalmente se quieren mantener en secreto. Pero, no se sabe por qué, suele quedar en nada.

La Real Academia se hace eco de la expresión en la decimoquinta edición de su diccionario, de 1925; se empleaba, sin embargo, bastante antes, al menos desde finales del siglo XVIII . Sobre su origen circula una teoría interesante que a título anecdótico apunta —no defiende—Iribarren. Según el académico, la manta, en algunas áreas de España, era el lienzo en que aparecían los nombres de los judíos conversos. Y ahí, naturalmente, parece haber hilo del que tirar. Pero aunque aquella prueba infamante se conservaba todavía en muchas iglesias navarras a las puertas del siglo XIX , las fechas no acaban de cuadrar, por lo que la hipótesis no resulta demasiado convincente.

Lo lógico es pensar en la metáfora más inmediata, porque la manta tapa las vergüenzas: «Ya no hay que esperar remedio, tiró el diablo de la manta quedando todos en cueros» (*El celoso don Lesmes* [c. 1790], Vicente Rodríguez de Arellano). Y bajo ella, en la cama, tienen lugar —desde el punto de vista de la tradición cristiana, la propia de nuestro pueblo— actos no precisamente ejemplares. La idea está presente en nuestra cultura desde antiguo y Gonzalo Correas recoge un dicho que se adapta a ella como un guante: «El diablo lo hace y lo traza, y el diablo lo tapa con una manta, y el diablo lo saca con un tamborino a la plaza». A veces, claro, no queda más remedio que

ponerse de parte del diablo. Aunque esté feo.

JULIÁ N ZUGASTI Y SAENZ

[…] debía intentar, por lo visto, llamarse a la parte en los pingües beneficios de aquellos adalides del merodeo con levita, amenazando con **tirar de la manta** , descubrir el pastel […].

El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas , 1876-1880.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Adelaida .— […] No, hijo, no; si yo no he supuesto nada... […] ¡Ahora que vengo a hablar! ¡Vengo a **tirar de la manta** y a descubrirle a esa señorita que le estás haciendo el amor por cuarenta mil duros!

Usted tiene ojos de mujer fatal, 1932.

BELÉN GOPEGUI

Lo más difícil empezaría luego y no ha terminado todavía. ¿De qué sirve **tirar de la manta** ? El conocimiento no existe si no lo sustentan quienes tienen la capacidad de producirlo, difundirlo y hacerlo respirar.

Lo real , 2001.

tirar la toalla

No es raro que cuando nos enfrentamos a una tarea larga o complicada sintamos en algún momento la tentación de desistir y abandonarla; en definitiva, de tirar la toalla. La Real Academia se hizo eco de esta expresión recientemente, en la vigesimoprimera edición de su diccionario, ya en 1992. Y su uso figurado, el que aquí nos interesa, no parece ser muy anterior, pues se sitúa aproximadamente en los años sesenta. Esto de la toalla, por cierto, tiene su aquel, porque el término, de origen germánico (de un hipotético *thwahljô*), dio tumbos en castellano hasta acomodarse en su forma actual, de modo que en textos históricos podemos encontrar un poco de todo: *tobaja, tovaja, toballa, tovalla* y hasta *toaja.* Pero dejemos estas disquisiciones y volvamos a lo nuestro, porque lo que toca ahora es la fraseología. Y si a algún lugar hay que ir es al boxeo, donde es costumbre que el preparador del púgil, a la vista de la inferioridad de su pupilo, lance una toalla al cuadrilátero para que el árbitro ponga fin al combate, quiera o no el boxeador. Tal es el significado recto de la expresión,

que, como se ve, da nombre a una rendición en toda regla. El salto semántico resulta evidente, pero no deja de ser curioso que en algunos países de América *tirar la toalla* se utilice con un sentido bien diferente: 'ayudar a alguien, interceder en su favor'. Como se ve, la misma acción puede ser interpretada de muy diversas formas. De ahí la dificultad que muchas veces entraña tirar del hilo histórico de una expresión cuando se ha perdido su referente original.

GUILLERMO CABRERA INFANTE

Pero hay gestos que obligan y cuando la servilleta cayó sobre el mantel, blanco sobre blanco, supimos los dos que fue como si **arrojara la toalla** al ring.

Tres tristes tigres , 1964-1967.

JUAN GARCÍA HORTELANO

—También dijiste anoche que no valdría para nada. Reconoce que lo dijiste. Que era inútil pasear juntos y todo eso.
—**Tira la toalla,** Tub.
—Que nada, que sí, pero que nada. Lo sabes muy bien, cariño, no puedo irme a vivir contigo ahora.

El gran momento de Mary Tribune , 1972.

JAVIER GARCÍA SÁNCHEZ

Nuevo acelerón de Jabato: el italiano **tira la toalla.** Va dando bandazos, es triste verle. Aunque los mecánicos siguen jaleándole como críos. «Uno menos», se oye […].

El Alpe d'Huez, 1994.

PATRICIA VERDUGO

[…] el director adjunto Karamessines dijo que si Estados Unidos no intervenía a fondo se interpretaría «como que **tiró la toalla** ». Obviamente, se aprobó el plan de la CIA.

La Casa Blanca contra Salvador Allende. Los orígenes de la guerra preventiva , 2001.

zurrar la badana

La locución *zurrar la badana* (se emplea también con el verbo *sacudir*) se usa con el significado de 'golpear, dar muchos golpes' a alguien, aunque tiene también abundante uso figurado, en relación con el

maltrato de palabra. Se documenta ya en el primer cuarto del siglo XVII y, de hecho, la mencionan en sus repertorios Covarrubias y Gonzalo Correas. Un siglo después, el *Diccionario de autoridades* señala que «es locución muy usada en lenguaje familiar». Su origen no plantea demasiadas dudas. El término *badana* hace mención a una piel fina y curtida de carnero u oveja, que se empleaba fundamentalmente para forros, de ahí su nombre (proviene del árabe hispánico *ba ṭ ána,* y este del árabe clásico *bi ṭā nah,* 'forro'). Zurrar un cuero es curtirlo y trabajarlo para darle el acabado necesario. Para este fin era necesario el engrase y golpeo de las pieles, que podía hacerse manualmente o mediante los mazos de un batán. Precisamente a esta operación hace referencia Covarrubias: «Díjose así casi *batana* […] por batir o ablandar batiendo: porque con los muchos golpes que le da el zurrador la ablanda». Queda claro, por tanto, el origen del uso figurado de *zurrar,* 'castigar con golpes, pegar'. Hay quien ha querido relacionar la elección de *badana,* suponemos que por su origen árabe, con la piel de los musulmanes o los infieles. Pero no nos atreveríamos a ir tan lejos.

MIGUEL DE BARRIOS

Apetito. — Miren, que les notifico
no busquen tres pies al gato,
zurrándome la badana,
porque soy la piel del diablo.

Contra la verdad no hay fuerza, c. 1672.

CARLOS COELLO

Yo era un niño muy corto de genio y que tenía muy buena memoria; por lo cual todos mis compañeros me **zurraban la badana** y el maestro me marcaba doble lección que a los demás.

Cuentos inverosímiles, 1872-1878.

IGNACIO ALDECOA

El otro día armó un escándalo con su mujer. Ha dado en **zurrarle la badana** y la pobre, en cuanto lo siente llegar bebido, se mete debajo de la cama porque le tiene más miedo que a un nublado.

El fulgor y la sangre, 1954.

JORDI SIERRA I FABRA

Para nosotros Europa es un lío. ¿Cómo pueden haber tantos países distintos y con tantas lenguas en tan poco espacio? No me extraña que cada pocos años **se zurren la badana.**

El regreso de Johnny Pickup, 1995.

A mi manera

a brazo partido

Luchar *a brazo partido* es hacerlo ‘con mucho empeño y tesón’. La locución la recoge ya Covarrubias, que la define así: «es proceder igualmente, sin ventaja de uno o de otro». Y el *Diccionario de autoridades* (1726) añade «que denota el modo de contender, luchar y batallar uno con otro con los brazos, igualmente, y sin otras armas ofensivas». Esta acepción se conserva en el repertorio académico, aunque en la práctica haya caído en desuso, y proporciona alguna pista sobre el origen y evolución del modismo.

De hecho, si hacemos caso a Correas, *a brazo partido* es la forma en que se «asen los que luchan en paz». Se trataría, por tanto, de una lucha incruenta con los brazos de los contendientes trabados entre sí. La cosa queda clara en la segunda parte del *Quijote* (1615)*:* «viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie y, arremetiendo a su amo, se abrazó con él a brazo partido y, echándole una zancadilla, dio con él en el suelo boca arriba». Es esta una lucha en igualdad de condiciones, de tú a tú, aspecto que destacan los dos diccionarios mencionados y que prevalece en el uso figurado original. Pero es lógico que en este tipo de disputas, en las que ninguno parte con ventaja y no se dispone de armas ofensivas, la constancia y la porfía sean también elementos decisivos. Y no sería raro, además, que una vez olvidado el significado recto, la locución se interpretara literalmente, en el sentido de luchar hasta el final, hasta partirse el brazo.

JERÓNIMO DE URREA Es locura perder el tiempo en esto, pues daña al heridor más que al herido.

[Van **a brazo partido** y así presto]
el rey pagano al Conde así lo ha asido, creyendo de él hacer en un rodeo lo que el hijo de Júpiter a Anteo.

Traducción de *Orlando furioso,* de Ludovico Ariosto, 1549.

ROSA REGÁS

Pero aun así siguió viva la esperanza y aunque sabía desde el principio que languideciendo de amor nunca llegaría a nada, no hizo más que ver la ciudad con los ojos de ambos, pelearse **a brazo partido** con un idioma que se le resistía y trabajar de tercer ayudante en una serie para televisión que le había conseguido la propia Andrea a través de Leonardus.

Azul, 1994.

a carta cabal

Se emplea esta expresión para señalar que algo, especialmente una cualidad humana, se manifiesta en grado sumo. Así, si decimos de alguien que es «honrado a carta cabal» queremos indicar que lo es 'completamente y de manera indiscutible'. Existe escasa información sobre su origen y la poca que hay remite sin demasiada investigación a carta como documento. En particular se hace referencia a la carta credencial o de creencia, llamada con anterioridad *de crédito,* que como bien indica su nombre tiene un carácter acreditativo. Y Rosa María Espinosa Elorza, que es quien más y mejor ha estudiado el tema, sugiere la posibilidad de un cruce entre *carta de crédito* y *crédito cabal,* secuencia que atestigua desde el siglo XVII . Sin embargo, sorprende que no haya rastro documental de la locución hasta el siglo XIX y que no exista en todo este periodo una sola referencia a esa hipotética *carta cabal* .

Sí tenemos, por el contrario, documentos de la época —de finales del XVIII y principios del XIX — que aluden a los naipes. Las cartas cabales eran las cartas justas, las que corresponden (ni más ni menos). Y existe, además, un refrán: «Cartas cabales, triunfos a pares». Y es que tener las cartas cabales implicaba en algunos juegos, el mediator (antecedente del tresillo) y el revesino, una ventaja. A ello cabría sumar el cruce con un significado de *cabal* muy asentado desde antiguo, el de 'justo e íntegro', aplicado a persona. El uso del singular en la locución no resulta descabellado, pero es que, además, en algunos lugares de América no es desconocida la forma plural: *a cartas cabales.* La argumentación, por tanto, podría considerarse convincente, pero Espinosa Elorza introduce un elemento de distorsión: el empleo, con el mismo sentido, de la variante *a carta acabada,* que podría remitir de nuevo al documento acreditativo. ¿Se trata de un cruce posterior o está en el origen de la locución? No podemos estar seguros, así que, después de todo, seguimos sin saber a qué carta quedarnos.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

El hombre de bien no tiene que avergonzarse de nada. Usted lo es **a carta**

cabal, de consiguiente debe tener la conciencia tranquila y reírse de todo.

La bruja de Madrid , 1850.

JOSÉ RAMÓN MEDINA Allá, en sus soledades llaneras, erguido en su dignidad y defendiendo **a carta cabal** la pureza de sus ideales, volvió a las faenas cotidianas y humildes de oscuro médico de pueblo […].

Los homenajes del tiempo. Vida y obra de Francisco Lazo Martí , 1971.

a la bartola

Lo de tumbarse o tirarse a la bartola, esto es, 'sin ninguna actividad o preocupación', resulta siempre tentador. Los primeros usos de la expresión parecen remontarse a mediados del siglo XVIII . Y la Real Academia la incorpora a su diccionario en la décima edición, de 1852. Según Corominas, procede «por antonomasia de Bartolo, forma abreviada de Bartolomé empleada a menudo como nombre de personajes desocupados o perezosos». *A la bartola,* por tanto, sería 'a la manera de Bartolo'. Yendo algo más allá, podría pensarse, incluso, que esta fijación por Bartolo (ahorraremos al lector expresiones más o menos soeces) no es casual, sino que tiene que ver con la festividad de San Bartolomé, que se celebra el 24 de agosto y coincide con el final de la cosecha, y por tanto con la celebración y el solaz.

No obstante, el propio Corominas deja constancia de que *bartola* significa 'vientre'. Existe documentación que lo atestigua desde finales del siglo XVIII y Esteban de Terreros y Pando, en su diccionario (1786), se hace eco del término y lo define así: «Voz jocosa. Lo mismo que panza, barriga». Ya a la centuria siguiente pertenecen estos versos de Bretón de los Herreros: «¡Cuál gimes, pobre virtud! *Vicio, ¡cuál es tu insolencia!* Mas ¿qué se ha de hacer? Paciencia. *Mientras yo tenga salud* y llene bien la bartola, / ruede la bola» («¡Ruede la bola!»). De modo que *tumbarse a la bartola* sería simplemente, y de forma literal, hacerlo con la panza hacia arriba, en posición supina. Esta es la teoría de Sbarbi, que en su *Diccionario de refranes* (1922) afirma que «la bartola es la barriga, estómago, buche o pancho». Nos encontramos, por tanto, ante uno de esos dilemas que atormentan el pensamiento y hasta el alma humana: ¿qué fue antes, el huevo (*bartola*) o la gallina (*a la bartola*)?

TOMÁS DE IRIARTE

Yo te aseguro, como soy gorrino, que no hay en esta vida miserable gusto como tenderse **a la bartola,** roncar bien y dejar rodar la bola.

Fábulas literarias, 1782.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA Y Blas salió del corral afuera como alma que lleva el diablo, mientras su mujer se tendió **a la bartola** en mitad del estragal, riendo y llorando a la vez de puro gusto.

Tipos y paisajes, 1871.

ALONSO ZAMORA VICENTE

A ver, al que va a divertirse, le da lo mismo tomar el sol aquí que allá enfrente. ¡Toma! El caso es tenderse **a la bartola** y: ¡hala!, a respirar hondo.

A traque barraque, 1972.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Nuestro buen colega Primo Guerrero, corresponsal de *El Espectador,* hacía la siesta **a la bartola** en una hamaca primaveral bajo la enramada de su casa, como si el silencio que lo rodeaba fuera la paz de los sepulcros.

Vivir para contarla, 2002.

a la chita callando

Son varias las teorías sobre el origen de esta locución, que en su versión actual se incluye por vez primera en el diccionario académico en 1884 y significa 'calladamente y con disimulo'. Alguna, la más exótica, quiere relacionarla con un felino introducido por los árabes en la península, una especie de guepardo (se ha llamado también *chita,* nombre procedente del hindi) que se empleaba para cazar y que fue prohibido en los reinos cristianos. Más defensores —entre otros el cervantista Rodríguez Marín— tiene la creencia, sostenida tradicionalmente, de que proviene del antiguo juego de la chita, consistente en tirar con tejos o piedras a una taba (o chita) puesta derecha, con el objetivo de derribarla.

Sin embargo, en la actualidad tiende a pensarse que se trata de un mero juego de palabras y que *chita* procede en realidad de *chito,* una interjección que se utiliza para imponer silencio equivalente a *chitón o chist.* Este es el criterio de la Real Academia y el más fácilmente defendible. Son muchas las variantes históricas de esta voz: en la

edición del diccionario académico de 1780 se da cabida no solo a *chitón* y *chito,* sino también a *chite.* Y en el *Diccionario de autoridades* (1729) aparece *chiticallar* (documentado ya en el siglo XVI), que se define así «No hablar ni chistar». Pero el dato definitivo, desde nuestro punto de vista, es la existencia, todavía en el siglo XVII, de la variante *chite callando* , que se encuentra, por ejemplo, en las poesías de Salvador Jacinto Polo de Medina: «Mas Pan, que no era muy necio / ni se dormía en las pajas, *y puesto con tanto ojo* como un vecino atisbaba, *así como la miró,* deseando que se alargara, *chite callando de paso* le seguía las pisadas» (1630-1655). Así que la cosa parece más o menos clara.

EMILIA PARDO BAZÁN

Vivía Pilar con su padre y con una tía paterna; ni uno ni otro se resolvieron acompañarla; el padre, magistrado jubilado, por no dejar la Bolsa, donde **a la chita callando** realizaba sus jugaditas modestas y felices […].

Un viaje de novios, 1881.

MERCEDES SALISACHS

Lo que más me dolía era que Estrella hubiera cesado en su trabajo sin despedirse de mí.
— ¿Por qué no se despidió de nadie?
—Porque había que llevar las cosas **a la chita callando.** Estrella es capaz de prestarse por dinero a lo que sea. Por lo pronto se ha independizado y ya no vive con los tíos. Se ha instalado en una pensión.

La gangrena , 1975.

a la pata la llana

El modismo no es precisamente de hace dos días, pues se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* (1737), donde se define así: «Frase adverbial que significa llanamente, sin afectación». Su origen no es en absoluto claro. Circula una teoría poco convincente que remite a la fortaleza de Al Batha, en las cercanías de Orán, conocida en España como la Pata y mencionada en el Quijote. Se trata de justificar así la presencia de esa *pata* que no acaba de explicarse bien. La construcción, la presencia de ese segundo artículo ante el adjetivo, no resulta tan problemática, porque se documentan muy tempranamente las variantes *a pata llana* (1589) y *a la pata llana* (1627), de las que

también se hace eco el diccionario académico. La última es la que recoge Gonzalo Correas, que no da explicación alguna sobre su procedencia y se limita a definirla: «Proceder, ser hecho y dicho sin cuidado de adorno». Parece clara la referencia al hombre llano, sencillo, «que no tiene altiveces ni cautelas», en palabras de Covarrubias.

La estructura es la misma que la de *a la pata coja* y *a pata peón* ('andando', el peón era el peatón), que cita también Correas, de modo que por analogía podría interpretarse en el sentido de 'como anda la persona llana'. El problema, claro, es que la expresión no hace alusión a la forma de andar, sino de proceder (a la que en pura lógica corresponde otra construcción que tiene también larga tradición: *a la llana*). Y la documentación no avala la existencia de ese supuesto uso recto. Así que vamos a hacer mutis discretamente, con el rabo entre las piernas.

CARLOS GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS (CONDE DE FERNÁN NÚÑEZ) Danos pues noticias suyas en la primera carta. Mucho hubiera celebrado ver al Cid haciendo los honores de la biblioteca del duque de la Valière tan **a la pata la llana.**

Cartas , 1768-1784.

BENITO PÉREZ GALDÓS

¡Vamos, que vivir en una casa de corredor, y no tratar más que con gansos, y vestir tan **a la pata la llana...!** Esto no está bien, ni medio bien.

Torquemada en la Cruz, 1893.

MIGUEL MURILLO GÓMEZ

Con lo feliz que yo era antes, Dios mío, cuando llamaba a la puerta un novicio y me decía, **así a la pata la llana** : «Que me la he meneado». Y yo le mandaba al confesor directamente.

Dogma de fe , 1986.

a la virulé

'Desordenado, estropeado, de mal modo, en mal estado', tal quiere decir *a la virulé* . Pero no fue este su significado primigenio. La Real Academia recoge la expresión en la decimosexta edición de su diccionario, de 1936, con una definición bien distinta: «expresa la

forma de llevar la media arrollada en su parte superior». Y nos proporciona información etimológica relevante: «Del galicismo antiguo *barulé* y este del francés *bas roulé* [literalmente, 'bajo enrollado']».

Barulé formó parte del diccionario académico desde 1770. Sin embargo, no es fácil encontrar documentación y es bastante posible que la adaptación del galicismo no tuviera demasiada difusión: «eso del *barulé* que ustedes dicen que es un "rollo que se hace revolviendo la media sobre la rodilla" no es verdad que haya venido del francés, no porque no sea palabra francesa, sino porque no ha dejado de serlo, ni ha salido de Francia», afirma Miguel de Escalada en *El Imparcial* en 1886. De hecho, la Real Academia suprimió la entrada en 1925.

De lo que sí hay abundante documentación en el siglo XIX es de las «medias a la virulé», que ya cita Moratín en su *Discurso preliminar a las comedias* (c. 1825-1828). Bastante posterior es el uso figurado del modismo, aunque a finales de la centuria se emplea aplicado a personas, con sentido peyorativo: «revolucionarios a la virulé», «políticos a la virulé». Así que el salto semántico definitivo —que sin embargo tardó en generalizarse, ya en la segunda mitad del siglo XX— era previsible. Y el diccionario académico se hizo eco de ello en 1984.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

[…] sombrero de plumaje debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de terciopelo, medias **a la virulé,** su espadín de concha y su corbata guarnecida de encajes.

Discurso preliminar a las comedias , c. 1825-1828.

MIGUEL ÁNGEL RELLÁN

Torrijo.— ¿Qué quieres? ¿Irte de vagabundeo como Ventura?
Torrija.— Al menos, para que no se me pudran los ojos de tanto mirar lo mismo. **A la virulé** tengo ya esta pupila.
Torrijo.— Las entendederas, eso es lo que tienes tú **a la virulé.**

Crónica indecente de la muerte del cantor, 1985.

JUAN MARSÉ

Le quita la navaja de las manos y examina la hoja mellada. Además del ojo **a la virulé,** Paulino tiene también la napia inflada […].

Rabos de lagartija , 2000.

a machamartillo

Todos tenemos grabadas determinadas ideas a machamartillo. Pero ¿de dónde sale esto del machamartillo? Lo mejor es que empecemos haciendo referencia al significado de la expresión, que no es otro que 'con gran firmeza, a conciencia'. Su uso está atestiguado desde muy antiguo, pues se documenta ya en el siglo XV y se recoge en el *Tesoro* (1611) de Covarrubias. Nos estamos adentrando, en realidad, en la jerga propia de los herreros (nada mejor si buscamos firmeza). No hace falta incidir sobre el martillo. Y la voz *macho* se aplica en la herrería a distintos instrumentos: puede ser tanto un yunque cuadrado como un mazo grande para forjar el hierro. En ambos casos tendría sentido la expresión «a macho y martillo» (que se encuentra esporádicamente con el mismo significado, aunque más tardíamente). Esta es la teoría —en concreto la que hace referencia al macho como mazo grande— que se desarrolla en la revista *El Averiguador Universal* y de la que se hace eco Iribarren. Tiene sentido, pero, sin cambiar de tercio, puede defenderse otra hipótesis, que justificaría además la presencia de esa *a* insidiosa. Para ello hay que volver de nuevo los ojos al diccionario, y más concretamente a la entrada *machar,* que se define como «machacar» ('golpear algo para deformarlo, aplastarlo o reducirlo a fragmentos pequeños'). Y tal hace
—aunque no se emplee hoy este término— el herrero. La cosa queda bastante reforzada por la existencia de una antiguo dicho que recoge Hernán Núñez en su *obra Refranes o proverbios en romance* (c. 1549): «El herrero de Arganda, que él se lo fuella y él se lo macha y él se lo saca a vender a la plaza». No nos negarán que la teoría está fundamentada a mazo y escoplo.

ALFONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO

[…] fríos, invernizos, de poco hablar, solitarios, medio mudos, hechos **a machamartillo** sospechosos, nonentremetidos, flacos de saber, ligeros de seso, judíos de corazón e mucho más de hechos.

Arcipreste de Talavera (Corbacho), 1438.

BENITO PÉREZ GALDÓS

—Como usted comprende, me enseñó el latín **a machamartillo,** porque, según él, es el latín la madre de todas las enseñanzas, y única escuela segura del buen gusto.

Mendizábal, 1898.

JAIME BAYLY

Enrico soltó una carcajada.
—Carajo, Francisco, tú eres un liberal **a machamartillo** —dijo, las manos en los bolsillos de su chaleco.

Los últimos días de «La Prensa», 1996.

a palo seco

A palo seco es ‘sin añadidos ni complementos, sin nada que atenúe o suavice’. Así, por ejemplo, quien bebe una ginebra a palo seco —la cosa tiene su mérito— la bebe sola, sin ningún aditamento. Y es que prescindir de todo lo accesorio suele implicar no solo austeridad y sobriedad, sino también cierta reciedumbre. La expresión se documenta desde antiguo, con significado diferente, en el ambiente marinero. Los palos son, claro, los mástiles de la embarcación. Y el palo seco es el palo desnudo, sin velas. De modo que cuando una embarcación navega con las velas recogidas, y esto ocurre generalmente cuando hay tormenta, lo hace a palo seco: «Creció el viento, y la mar tanto más se ensoberbecía. Vino con la noche el espanto a emposesionarse de nuestros corazones; manda el capitán amainar el treo para correr fortuna a palo seco», puede leerse en *Eusebio* (1786), del ilustrado Pedro Montengón.

El salto al significado figurado parece evidente. Este se produjo, al parecer, a mediados del siglo XIX —al menos es entonces cuando se documenta— y se recoge ya en la decimoquinta edición del diccionario académico, de 1925. Y, de aquí para allá, terminamos en las mismísimas fuentes del flamenco, concretamente con una toná de Tío Luis el de la Juliana, puesto que estas se cantan a palo seco, esto es, sin acompañamiento musical: «Yo soy como aquel buen viejo *que está puesto en el camino* yo no me meto con nadie / naide se meta conmigo». ¡Digo!

FRANCISCO LEANDRO DE VIANA Continuó con más furia el temporal, los navíos que ayer arriaron sus masteleros pusieron hoy las vergas sobre las bordas, y quedaron **a palo seco** con muchas anclas.

Diario del sitio de la plaza de Manila por los ingleses, 1764.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Un infalible axioma militar nos dice que el oro es el más eficaz elemento de guerra; no es menos axiomático que no se han hecho ni se harán revoluciones **a palo seco.**

Los Ayacuchos, 1900.

JUAN MARSÉ

Después de comer unos platos combinados en la barra de un bar [...] fueron a tomar un cuba-libre en una terraza con discos (allí fue donde Luis tomó sus dos primeras ginebras **a palo seco**) y bailaron.

Últimas tardes con Teresa, 1966.

JUAN JOSÉ ALONSO MILLÁN

Fina.— [...] Que a mí, esto no me va, Pichu.
Pichu.— Pues tienes que irte, tronca, porque a mí, el sexo **a palo seco,** me corta cantidad.

Pasarse de la raya, 1991.

a pie(s) juntillas

La expresión —que significa 'al pie de la letra, sin discusión ni variación alguna'— genera desazón en cualquier hablante: esa aparente falta de concordancia… Pero hay que aceptarla, naturalmente; los modismos, como el fútbol, «son así». Su uso se documenta desde mediados del siglo XVI y lo recoge ya el *Diccionario de autoridades* (1737), que también se hace eco del significado recto original: «Frase adverbial que vale con los pies juntos, y así se dice: "saltó a pie juntillas"». Esta última acepción se relaciona con los juegos infantiles, y es precisamente en el lenguaje de los niños donde algunos han querido ver una razón para la citada discordancia (que podría justificarse por la elipsis de «las rodillas»). Sea como sea, ¿cómo se articula el salto semántico al uso figurado, el que aquí interesa?

Hay quien piensa que remite a un antiguo juego que consistía en saltar con los pies juntos y los ojos tapados siguiendo las instrucciones de un compañero: implicaba, por consiguiente, confianza ciega y seguir sus indicaciones al pie de la letra. Pero esta hipótesis, que se adapta muy bien al significado actual de la expresión, no acaba de cuadrar con el primigenio: «firmemente, con gran porfía y terquedad». De hecho, en origen la colocación más usual, casi única, es «negar a pie juntillas». Y tal nos inclina a pensar —ahora que tan de moda está la interpretación del lenguaje gestual— en el paralelismo entre la imagen de los pies juntos y las rodillas unidas, y la firmeza, la terquedad, la cerrazón, en definitiva.

No obstante, no deja de ser más que una hipótesis, así que permítasenos abrir otra puerta, para lo cual nada mejor que reproducir un fragmento del *Arauco domado* (1596), de Pedro de Oña: «Aunque les amenacen con la muerte, / descubren el gentílico defecto; *y cáusalo el temor, la fe y respeto* que tienen con aquel armado fuerte, *el*

cual, por no soltallos de sus grillos, los hace así negar a pie juntillos [variante en desuso]». Porque, claro, a pie juntillas niega, literalmente, quien tiene grilletes en los pies. Y se requiere firmeza, tesón y hasta obstinación para negar bajo tortura.

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA El emperador supo de un vizcaíno que fue con Magallanes en su nao capitana lo que portugueses hicieron en Tidore a castellanos y enojose mucho; y confrontó al marinero con los embajadores de Portugal, que lo negaban **a pie juntillas** […].

La primera parte de la Historia natural de las Indias , 1554.

TERENCI MOIX

Pero esta vez los dioses la perdonaron porque comprendieron que era mejor tenerla a favor que en contra, y además todo el mundo creía **a pies juntillas** que Amón había accedido a depositar su semilla en el vientre de una noble damita de Tebas.

El arpista ciego. Una fantasía del reinado de Tutankamón , 2002.

a trancas y barrancas

Cuando llevamos a cabo una tarea a trancas y barrancas lo hacemos ‘con dificultad, superando muchos obstáculos’ La expresión se documenta ya en la segunda mitad del siglo XIX , y se incluye en la decimosexta edición del diccionario, de 1936. Su origen es simple y hasta deducible, pero muestra bien a las claras los escasos elementos necesarios para que un modismo triunfe. Para abrir boca, una preposición, *a,* que expresa modo. Después, dos sustantivos que por vía de la connotación están relacionados semánticamente con el significado de la construcción: *tranca* (‘palo o barra gruesos que sirven para asegurar una puerta, generalmente atravesándola por detrás’) y *barranca* (‘barranco, desnivel abrupto del terreno, en particular el originado por corrientes de agua); ambos en plural y coordinados, lo que refuerza la idea de obstáculo o dificultad por vía doble. Y todo ello salpimentado con la rima
—recurso habitual en esto de la fraseología—, para darle algo de fuerza y salero al asunto (tanto que, por la vía festiva, hoy ocupa un espacio de privilegio en horario televisivo de máxima audiencia). Nada de esto, lógicamente, es premeditado, pero todo cuadra: es casi minimalismo de precisión. Porque, como se ve, no solo las grandes

historias o las metáforas ingeniosas tienen éxito.

RICARDO LEÓN

Corrían **a trancas y barrancas,** a punto de estrellarse a cada tumbo, el segundo año de la República y la vida del duque de Ayamonte.

Cristo en los infiernos, 1941.

CAMILO JOSÉ CELA El refrán dice que el lobo viejo, a la tarde aúlla. En el invierno de Ávila, el lobo aúlla desde las cinco de la tarde hasta que el día, **a trancas y barrancas,** se levanta.

Judíos, moros y cristianos, 1956.

MAX AUB

Como no tienen que ver directamente con él y sí con el contexto del diario que sigo **a trancas y barrancas,** copio unas páginas que escribí, en el tren, al volver.

La gallina ciega. Diario español, 1971.

LUISA CASTRO

La tocó y la mujer se volvió para tranquilizarle, pero en su cara no había ninguna objeción al cambio de planes del chófer, que seguía conduciendo el mercedes **a trancas y barrancas** por el medio del monte.

La fiebre amarilla, 1994.

ANTONIO GALA El niño, que nació a pesar suyo, fue un incordio.Ahora no podrían vivir sin él, lo estaban sacando a flote **a trancas y barrancas.**

Los invitados al jardín, 2002.

a troche y moche

'Disparatadamente, sin orden ni medida', tal es el significado de la expresión, que se documenta ya a mediados del siglo XVI , con distintas variantes: *a troche y moche, a troche moche, a trochemoche, a trochi mochi* y *a trochimochi.* Total, un trabalenguas. La tercera es la que recoge Covarrubias (otros diccionarios de la época —bilingües— lo escriben tal y como se usa hoy), que nos da una primera explicación sobre su origen: «está tomada la metáfora del que yendo a cortar leña al monte, no atendiendo a las leyes de la corta, desmocha las encinas sin dejar guía ni pendón, y lo demás que se

manda, y aún no contento con esto, corta la encina con el pie, que aquello llaman *trochar,* esto es, tronchar, y el *mochar,* desmochar».

El *Diccionario de autoridades* (1726) insiste en este origen: «Es voz baja y jocosa, y al parecer formada de los verbos *tronchar* y *desmochar,* y con alusión al que hace cortes en los árboles sin guardar las reglas prescritas para ello, y corta tronchando y desmochando sin reparo alguno». Si atendemos a la actual etimología que da la Real Academia: «De *trocear* [‘dividir en trozos’] y *mochar* [‘desmochar’]», la cosa no parece ir desencaminada. Así que dejémoslo aquí. Pensábamos soltar alguna frase hecha, dicho o refrán más o menos ingenioso, pero buscando buscando hemos topado con una cita del *Quijote:* «Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a troche moche hace la plática desmayada y baja». Por tanto, contención.

JUAN DE ARCE DE OTÁROLA Y lo mejor es que ellos no estudian para esto sino de repente, **a troche moche,** a Dios y a ventura entran sacando sangre y dineros.

Coloquios de Palatino y Pinciano, c. 1550.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes **a troche moche** hace la plática desmayada y baja.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (segunda parte), 1615.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Creía sin duda cumplir con su conciencia rezando por él **a troche y moche** y pidiendo a Dios que le apartase de los malos caminos.

Tormento, 1884.

ROSA CHACEL

Al señor aquel le llamaban así [Don Pijota] porque esa era su interjección favorita, que soltaba **a troche y moche .**

Desde el amanecer. Autobiografía de mis primeros diez años , 1972.

AMANDO DE MIGUEL

Varias veces he criticado esa moda o manía de utilizar la palabra *tema* **a troche y moche,** venga o no a cuento, convirtiéndola en comodín que todo lo quiere decir.

La perversión del lenguaje, 1994.

al pie de la letra

La expresión se usa con el significado de ‘literalmente, palabra por palabra’: «Seguimos sus instrucciones al pie de la letra». Se documenta tempranamente y, de hecho, está ya en uso a comienzos del siglo XV . La recogen Covarrubias y Gonzalo Correas, que la define así: «Cuando se dice algo como está escrito o como pasó». Tiene su origen en la glosa o traducción de los textos clásicos. Esta, ayer como hoy, podía hacerse *ad sensum* (‘por el sentido’), atendiendo al sentido general de la frase, o *ad verbum* (‘palabra a palabra’), es decir, de forma literal. Esta última se lleva cabo, por tanto, *ad litteram* (‘a la letra’), y al pie de letra (*ad pedem litterae*), esto es, junto a ella o debajo de ella, se situaba a menudo la traducción o glosa. Con el tiempo, la frase se empleó, por extensión, para hacer referencia a este tipo de traducciones y a todo aquello hecho ‘de manera literal, sin añadir ni quitar nada’. En paralelo se documenta, y con el mismo significado, la locución neolatina —citada más arriba— *ad pedem litterae:* «¡Vítor! me calaste; *lo mismo que yo pienso, idem ad pedem litterae* pensaste», escribe en sus *Diálogos satíricos* (1816-1817) Francisco Sánchez Barbero. Y con su forma y significado literal juega ya festivamente Cervantes en *La ilustre fregona* (1613): «Puestos, pues, a la ligera y del modo que Avendaño pudo y supo, se pusieron en camino de Toledo *ad pedem litterae* ». *Ad pedem litterae* o en el coche de san Fernando: un ratito a pie y otro andando.

SAN VICENTE FERRER

Los religiosos, hablando brevemente dellos, no hay en todo el mundo quien al **pie de la letra** tenga e guarde su regla, como todos son corruptos e pervertidos e malvados.

Sermones, 1411-1412.

ANÓNIMO

Esta copla se debe tomar al **pie de la letra,** porque va harto clara, y publica su vida y fortuna d’este abominable cornudo, [...] que solamente de los gajos que hay en los cuernos grandes que consigo trae, podrían colgar dos mil calabaças.

Carajicomedia, 1519.

BENITO JERÓNIMO FEIJOO

Los autores de las Memorias no dan más noticia del caso que una carta que ponen, copiada **al pie de la letra,** de Mr. Chandè a Mr. Postel.

Theatro Crítico Universal, 1733.

ÁLVARO POMBO

Los campesinos mexicanos que se alzaron en armas [...] tomaron las palabras de la Iglesia **al pie de la letra.**

Una ventana al norte, 2004.

al (buen) tuntún

Al tuntún o *al buen tuntún,* así parece que se hacen las cosas a veces. Lo decimos por cómo salen: como si se hubieran hecho 'al azar o sin reflexión'. Pero es lo que hay, así que no le demos más vueltas. La expresión se documenta ya en las segunda mitad del siglo XVIII y la Real Academia la incorpora a su diccionario en la decimotercera edición, de 1889. Este no ofrece etimología alguna. Bien pudiera ser de origen onomatopéyico, aunque está bastante extendida la idea de que —como otros términos castellanos— procede de una deformación del latín eclesiástico, concretamente de uno de los salmos (sea el XXVI o el XLIV) en los que aparece la secuencia *vultum tuum* ('tu rostro'). Es ya conocida la dificultad del pueblo para entender el latín, que pese a ello siguió empleándose en la misa hasta bien entrado el siglo XX , con motivo del Concilio Vaticano II. Pero ¿cómo pudo producirse tal confusión? Y, sobre todo, ¿cómo pudo asignársele tal significado? Pues, probablemente, por un cruce con *a bulto* ('a ojo, sin cálculo previo'), identificando *ad vultum* como forma latina de la expresión, lo que, además, no deja de ser de una lógica aplastante, puesto que *bulto* procede precisamente de *vultus* ('rostro'). Otra posibilidad es que venga del *Tunc* con que comienzan no pocos episodios de los evangelios.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

[...] todo lo cual, unido a unos ciertos pastorcitos y pastorcitas y un corderito que se extravía, y la pastorcita que llora porque no le encuentra, y varios pasages imitados, **a buen tuntún,** de tragedias, de églogas, epopeyas y villancicos, hilvanados unos a otros con hilo gordo, forman un conjunto de cosas buenas, que provoca al sueño más profundo.

Viaje a Italia, 1793-1797.

CARLOS ARNICHES

Señá Justa. — ¿Y cómo conoce a los títulos?
Señá Librada. — No, si lo de marquesa lo dice **al tuntún;** pos ahí está la gracia.

A lo mejor le llama vuecencia a un ama de cría.

Los pobres, en *Del Madrid castizo. Sainetes* ,1917.

CARLOS FISAS

De los 522 000 minutos de existencia del mundo —contados **al buen tuntún** y sin tener en cuenta los años bisiestos—, la raza humana hace 30 minutos que vive en esta tierra.

Historias de la Historia, 1983.

Con la música (y la escena) a otra parte

dar el do de pecho

Cuando una persona da el do de pecho —y utilizamos aquí la expresión en sentido figurado— solo cabe felicitarla, puesto que da lo máximo de sí, lleva hasta el extremo lo que le permite su capacidad para alcanzar un objetivo. Tal es el caso también del tenor, aunque en este caso en sentido recto: el do de pecho es una de las notas más agudas de su tesitura. Se trata, por tanto, de uno de los mayores retos a los que aquel puede enfrentarse y el virtuosismo en su ejecución ha encumbrado a algunos de los más celebres tenores de la historia. Existe cierta controversia acerca de su nombre debido a que, al parecer, no se trata en puridad de una nota de pecho (las notas graves resuenan en el pecho y las agudas en la cabeza), pero esta es una cuestión que escapa a nuestros conocimientos.

Por lo que respecta al sentido figurado, la cuestión apenas requiere explicación, así que nos ahorraremos cualquier comentario para evitar dar la nota (y no el do de pecho, precisamente). Se trata, no obstante, de un modismo de moderna creación y no se documenta antes del siglo XX . De hecho, solo se incorpora al diccionario académico en su decimoquinta edición, de 1925.

LUIS AGROMAYOR

El viajero, que es más bien prudente, tirando a cobardón, cuando tiene que **dar el do de pecho,** a veces pierde el aplomo y se hace un lío.

España en fiestas , 1987.

LORENZO DÍAZ

Terelu Campos consiguió **dar el «do» de pecho** y alcanzar una cuota de pantalla superior a la media de Telemadrid.

Informe sobre la televisión en España, de 1989 a 1998 , 1999.

el año de la polca

La polca es una música de origen bohemio, de ritmo rápido y compás dos por cuatro, que se puso de moda en los salones centroeuropeos en torno a 1830 y se extendió después por toda Europa y América, donde arraigó con variantes populares en diversos países. Se bailaba generalmente por parejas, ejecutando pasos cortos, y mantuvo toda su vigencia como baile de salón —en París causó furor— hasta finales de la centuria. Pero los tiempos, como las ciencias, avanzan que es una barbaridad. Y las modas aún más. Cuando la frase comenzó a emplearse en España, a mediados del siglo XX , la polca era ya percibida como un baile muy antiguo, así que *el año de la polca* pasó a significar 'un pasado muy lejano'.

La expresión parece, en realidad, una actualización del *año de la nana* o *de la nanita,* que se incluye ya en el diccionario académico de 1869, donde se define como «el tiempo incierto y muy remoto». Según señala José María Iribarren, en el archivo parroquial de Chillón, en Ciudad Real, se conserva un documento que podría atestiguar su origen: «Este año de 1634 es llamado de la Nanita, porque una mozuela de quince a dieciséis años paseó, según parece, toda la España cantando la Nanita [podría ser un diminutivo *nana,* 'madre']». Y añade que fue un año «muy estéril». No obstante, volvemos a encontrar referencias al año de la Nanita o de la Nanica en documentos muy posteriores; por ejemplo, en el tomo IV de la *Librería de jueces* (1771), de Manuel Silvestre Martínez, en el que puede leerse lo siguiente: «La Pragmática […] fue promulgada el año que se llamó de la Nanita, infeliz para España por la esterilidad de sus frutos y causa de tantos robos, que no faltaron en todo el año en Madrid ni en sus contornos». El año de referencia es 1734, el de mayor hambre del siglo XVIII , el cual, qué duda cabe, quedó grabado a fuego en la memoria colectiva popular. Y también en el léxico, claro.

CAMILO JOSÉ CELA

El costurero, después del trajín de doña Visi, quedó abierto y, entre el algodón de zurcir y la caja de botones —una caja de pastillas de la tos **del año de la Polca** — asomaba tímidamente otra de las revistas de doña Visi.

La colmena , 1951-1969.

ÁLVARO POMBO

Y que aquí se vivía **en el año de la polca** pensando todavía que lo suyo es casarse o meterse monja y que estaban mal vistas las solteronas, nada más que por eso, porque aquí se era de provincias hasta la vida perdurable […].

El héroe de las mansardas de Mansard , 1983.

hacer luz de gas

La locución *hacer luz de gas* se emplea en el sentido de 'intentar que alguien dude de su razón poniendo en duda sus percepciones o recuerdos'. Se trata de un modismo relativamente reciente, puesto que no se documenta hasta la segunda mitad del siglo XX . Y, precisamente por su cercanía, constituye un buen ejemplo de cómo funciona la fraseología: se encuentra en esa fase intermedia en la que el referente de la metáfora es todavía evidente para los más mayores —también para los cinéfilos—, mientras que los jóvenes lo ignoran absolutamente. Pero con el paso del tiempo, si la expresión conserva su pujanza, aquel acabará perdiéndose de forma irremisible.

En este caso se trata de una película: *Luz que agoniza* (1944), dirigida por George Cukor y protagonizada por Charles Boyer e Ingrid Bergman. En ella, una pareja de recién casados se traslada a vivir a casa de una tía de la joven, misteriosamente asesinada años atrás. Pronto la flamante esposa empieza a oír ruidos que la aterrorizan. El significado del modismo descansa en el comportamiento del marido —se trata en realidad del asesino, cuyo objetivo es recuperar las joyas de la difunta—, que intenta volverla loca bajando la intensidad de la luz y negando que tal cosa suceda. La película está basada en una obra teatral de Patrick Hamilton estrenada en 1938, *Luz de gas,* y existe una versión cinematográfica inglesa anterior. Pero en el imaginario popular, y por tanto a efectos lingüísticos, lo mismo da. Siempre será Charles Boyer quien haga luz de gas.

MANUEL HIDALGO

Reconozco, sí, que en ocasiones te he hecho **luz de gas,** que he estado irritable, que te he dado alguna mala contestación, que incluso te he querido engañar con otra.

Azucena, que juega al tenis, 1988.

E. ORUÉ Y S. GUTIÉRREZ

Es descorazonador comprobar que los directivos que cuentan con las mujeres para sus equipos de trabajo […] lo hacen tras calcular el beneficio de imagen que eso les va a reportar y con la convicción de que ellas nunca les van a hacer **luz de gas.**

Locas por el fútbol. De las gradas al vestuario , 2001.

JAVIER MARÍAS

La gente admite que las cosas sigan mal, pero no que se le niegue que lo están si lo están. No que se le haga **luz de gas,** y se la tache de loca o idiota.

El País, Opinión, 12/07/2001.

hacer mutis por el foro

No resulta demasiado complicado intuir el origen de esta expresión, que significa 'callarse' y está claramente relacionada con el mundo de la escena. El mutis es, en el teatro, la salida de escena de un actor. El término (que algunos de sus biógrafos, sorprendentemente, quisieron vincular con el insigne ilustrado gaditano José Celestino Mutis, el descubridor de las propiedades medicinales de la quina) procede del italiano *mutisi,* 'muévase', 'váyase', voz empleada por el apuntador para indicar al actor que debía abandonar el escenario; esta deriva, por su parte, del latín *mut ā re,* 'mudarse', 'irse de un lugar'. ¿Y por dónde se hace el mutis? Pues por el foro, puesto que este es el fondo del escenario o del decorado, el lugar por el que suelen entrar y salir los actores.

Por tanto, quien hace mutis por el foro, en sentido recto, abandona el escenario y, en sentido figurado, se marcha de un lugar cualquiera. Y, claro, de una u otra manera calla. Así que blanco y en botella, como suele decirse. La expresión se documenta ya, en su versión reducida (*hacer mutis*), en la segunda mitad del siglo XIX y el diccionario académico la recoge con su sentido figurado en su decimocuarta edición, de 1914. Y solucionado el entuerto, nos vamos, pero para volver, como hacen los actores —buenos y malos— en el medio mutis, en el que simulan salir para regresar de inmediato a escena.

ANÓNIMO

Y al retirarse, puso en su boca «Sobaquillo» esta quintilla: «Antes que me parta un toro
o haya de marcharme al coro
(¡yo que fuí tan buen tenor!)
dejo el campo del honor
y **hago mutis por el foro».**

Historia de los matadores de toros (1738-1944), 1945.

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

¡Menudos pelmas! Hitler se los merendó en un santiamén, palabrita religiosa que se las trae. Oyeron una palabra en alemán y todos **hicieron mutis por el foro.** ¡Excepto Pétain! Algún día os contaré esta historia.

Los hombres lloran solos, 1987.

SANTI ORTIZ TRIXAC

Juan .— De usted nada me extraña, en especial cuando su señoría tiene el gusto de reaparecer después de **hacer mutis por el foro** y «perderse» todo el

fin de semana. ¡Un buen «pájaro» que está hecho mi maestro de remendones!

Lances que cambiaron la fiesta , 2001.

no dejar títere con cabeza

No dejar títere con cabeza es 'arremeter con todo y contra todos, no dejar persona o cosa exenta de crítica o ataque'. Ya en el *Diccionario de autoridades* (1739) se recoge la expresión, pero no nos resistimos a aludir al origen etimológico de un nombre tan sonoro como *títere* —onomatopéyico, según la Real Academia—. Nos informa Covarrubias: «los maestros que están dentro, detrás de un repostero y del castillo que tienen de madera, están silbando con unos pitos, que parecen hablar las mismas figuras, y el intérprete que está acá fuera declara lo que quieren decir, y porque el pito suena "ti, ti" se llamaron títeres». Y de ahí, claro, *titiritero,* que es quien maneja los títeres (las marionetas, los muñecos: no son precisamente titiriteros los que manejan títeres de otro jaez).

Ahora bien, ¿de dónde proviene la expresión *no dejar títere con cabeza* ? No hay seguridad, aunque ha habido quien apunte a uno de los episodios de la segunda parte del *Quijote:* el del retablo de Maese Pedro —en realidad el galeote Ginés de Pasamonte, liberado por el hidalgo en la primera parte—, que se gana la vida de pueblo en pueblo con un mono amaestrado y un teatrillo de títeres. Asisten don Quijote y Sancho a la representación de la historia de don Gaiferos y Melisendra; pero como la princesa es capturada por los musulmanes, cae el hidalgo en una de sus habituales ensoñaciones, toma la ficción por realidad y arremete contra «la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a este, destrozando a aquel»: en definitiva, organizando una escabechina y haciendo realidad, en sentido recto, la expresión figurada que tenemos entre manos. Probablemente, sin embargo, la cosa sea más sencilla, pues es tradición en los títeres, dados por naturaleza a la ejemplaridad, que las funciones terminen con la muerte violenta de cuantos malvados pueblan la ficción, y muy a menudo por decapitación.

RAMÓN DE LA CRUZ

Ponce.— Esta noche al amo de esta
no le queda en el vasar

un **títere con cabeza.**

La plaza mayor, 1765.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Primeramente examinaron todos los objetos con el mayor asombro; luego se atrevieron a tocarlos, y al fin terminaron por **no dejar títere con cabeza.**

La creación, 1861.

MAX AUB

—Lo que me hace gracia —bueno, gracia no— es que me reproches mi pesimismo y que seas tú el que **no deje títere con cabeza.**

La calle de Valverde, 1961.

poner en solfa

Poner en solfa algo o a alguien es 'destacarlo para ridiculizarlo o desacreditarlo'. Se documenta ya con este significado en la primera mitad del siglo XIX y la Real Academia recoge la expresión por vez primera en la decimotercera edición de su diccionario, de 1899. La solfa (amalgama de las notas *sol* y *fa*) remite al conjunto de signos musicales, pero también a la técnica de escribir, leer y entonar estos signos, es decir, el solfeo. Por extensión, *poner en solfa* vino a significar 'hacer con arte, regla y acierto'. Y pronto empezó a utilizarse en el sentido de 'poner música, musicar', como se atestigua en el *Correo de otro mundo* (1725), de Torres de Villarroel: «Yo advertí que nadie leía los pronósticos […]. Y púselos en solfa, y he logrado que me lean». Pues bien, según una teoría extendida, este sería el origen de la expresión actual: en solfa —con música— pregonaban de pueblo en pueblo los ciegos los crímenes, las incidencias políticas y otros temas de actualidad, muchas veces criticándolos, para vender después los pliegos de cordel. La cosa no acaba de ser totalmente convincente y quizá pueda buscarse una alternativa más sencilla, puesto que al musicar un poema o un fragmento de una obra, por ejemplo, este se subraya, se pone de relieve. Este uso figurado parece manifiesto en las *Escenas matritenses* (1838) de Mesonero Romanos: «¿Y me he de estar yo callando (interrumpió Trespies), yo, que guardo en mis adentros cosas estupendas y dignas de ser puestas en solfa?». Y claro, cuando se sitúa el foco sobre algo ridículo o criticable —sobre todo si se hace

con arte, regla y acierto—, se está poniendo en solfa.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Nosotros debemos procurar que Frontaura ignore nuestra llegada a su ínsula, a fin de sorprenderlo y de **poner en solfa** a sus esbirros e inquisidores.

Dos días en Salamanca , 1878.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Algunas noches se entretenían en **poner en solfa** a D. Lope, el cual, al verse en tan gran decadencia, desmintió los hábitos espléndidos de toda su vida, volviéndose algo roñoso.

Tristana, 1892.

JOAQUÍN LEGUINA

El único himno que sonaba como es debido era La Internacional. La gente que allí estaba había tenido muchas ocasiones de ensayarlo. El Rey, la Reina y el general Berenguer eran **puestos en solfa** de las formas más chuscas.

Tu nombre envenena mis sueños, 1992.

sonar la flauta

Si suena la flauta (o alguien la toca), lo hace por casualidad; al menos tal es el significado del modismo, que indica que un acierto es fruto del azar. El responsable no es otro que el burro flautista que protagoniza una conocida fábula de Tomás de Iriarte (1782). Anda el asno entre los prados cuando encuentra una flauta: «Acercose a olerla *el dicho animal,* y dio un resoplido *por casualidad.* En la flauta el aire *se hubo de colar,* y sonó la flauta / por casualidad». A mediados del siglo XIX la expresión estaba ya plenamente incorporada a la lengua, aunque el diccionario de la Real Academia no la recogiera hasta su decimoquinta edición, de 1925.

La fábula se cierra, como corresponde, con una enseñanza: «Sin reglas del arte, /
borriquitos hay *que una vez aciertan*
por casualidad». Iriarte se inspiró, y no por casualidad, en la obra «El asno y la lira», del fabulista latino Fedro, a la que también hacen referencia unos versos de Lope de Vega en *El caballero de Illescas* (c. 1602): «Ni es para el asno la lira, ni para el pobre la gala». Ejemplos

hay en la historia de la literatura de autores para los que una vez sonó la flauta, pero no es precisamente el caso del Fénix de los Ingenios. Si alguien conocía las reglas del arte ese era Lope, no en vano el mismísimo Cervantes lo llamó «monstruo de la naturaleza». Esta vez, sin embargo, parece errar, pues es bien sabido que a quien tiene cuerpo de pobre —la delgadez es, a su pesar, característica propia del que nada tiene— cualquier traje le cae bien. Y es que, como dice el refrán, Dios le da pan a quien no tiene dientes.

PÍO FUENT CUER

[...] si el hombre acertó solo cuatro veces, por aquello de **sonar la flauta,** y, sin duda por exceso de imaginativa, los animalitos lograron infinitas y difíciles substituciones.

Plantas medicinales. El Dioscórides Renovado, 1962.

ANTONIO DÍAZ-CABAÑATE

Torea a la verónica el desconocido borojeño. La gente le ovaciona con calor. Alguien, cerca de Salvador García, comenta: «**Sonó la flauta por casualidad** ». Salvador García se sonríe.

Paseíllo por el planeta de los toros, 1970.

JOAN ANTÓN BENACH

No sonaba la flauta por casualidad. Entre otras cosas, el director lograba transformar un material puramente narrativo en material de excelente factura dramática.

«Obsesiones a tres voces», crítica teatral en *La Vanguardia,* 30/01/1995.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ DE RIVERA

Acciones indiferentes o espontáneas, cuya causa o intencionalidad no está muy clara, pero que producen efectos. Las llamamos también «**tocar la flauta por casualidad** », suerte o, de manera metafórica, instinto u «olfato».

El maltrato psicológico. Cómo defenderse del mobbing y otras formas de acoso, 2002.

templar gaitas

A veces no queda más remedio que templar gaitas, ‘actuar conciliadoramente, con miramientos, para evitar enfados o problemas’. La expresión está ya en uso en el siglo XVI y en la centuria

siguiente la recoge Covarrubias, que la define así: «Desenojar al que está rostrituerto», es decir, al que manifiesta en el semblante enfado o pesadumbre. Este mismo diccionario identifica *gaita* con 'lavativa, enema' (se define *clister* como la «melecina o gaita que se echa al enfermo para purgarle el vientre»), por lo que algunos han querido buscar en ello el origen del dicho; pero la teoría, que puede resultar atractiva en particular por su componente escatológico —esta afición debe de ser un residuo de nuestra infancia—, resulta escasamente convincente.

Si acudimos al diccionario académico, comprobaremos que uno de los significados de *templar* es «disponer un instrumento de manera que pueda producir con exactitud los sonidos que le son propios»; en esta acepción equivale, por tanto, a *afinar*. Y Seijas Patiño, del que se hace eco Iribarren, indica que el modismo proviene de la forma «como en los instrumentos de cuerda y viento se tocan todas las llaves y registros para armonizar los tonos». Del mismo modo actúa quien templa gaitas figuradamente, hablando aquí y acullá, cediendo en esto y transigiendo en aquello, para contentar a quienes puedan estar a disgusto. La metáfora de la gaita —que resulta particularmente difícil de afinar— ha tenido largo éxito y está presente en todas las épocas: «¡Ah!, este mundo es una gaita con muchos agujeros, y hay que templar, templar para que suene bien», puede leerse en *Fortunata y Jacinta* (1885-1887).

COSME GÓMEZ DE TEJADA

Y por cuanto es gran trabajo **templar gaitas,** toda gaita vaya desterrada a Zamora, y si quebrantare el destierro a Galicia.

León prodigioso, 1636.

LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN»

Estaba de mal humor. Aquella enfermedad misteriosa de Ana —porque era una enfermedad, estaba seguro— le preocupaba y le molestaba. No estaba él para **templar gaitas:** los nervios le eran antipáticos.

La Regenta, 1884-1885.

CARMEN MARTÍN GAITE

Si la tía no hubiera metido cizaña, estaría encantado papá. Pero estoy harta, te lo digo. No sabes lo que es tener que estar **templando gaitas** todo el día.

Entre visillos, 1958.

ALBERT BOADELLA

«Mi general, he pensado invitar al Bufón a mi casa en Navidad; si tienen cojones, entren y nos detienen a los dos». Ante tamaño desafío, el militar trató de **templar gaitas:** «Mire usted, Senillosa, yo no he oído nada».

Memoria de un bufón, 2001.

tener bemoles

«La cosa tiene bemoles», se escucha por ahí. Y si es así es que resulta indignante, sorprendente o dificultosa. La frase se documenta ya en la primera mitad del siglo XIX y el diccionario académico la recoge en su undécima edición, de 1869. Para ser exactos, su forma original fue «tener tres bemoles». El número, naturalmente, no es baladí, porque viene a reforzar el carácter ponderativo de la expresión. Como es sabido, el bemol es un signo que se coloca delante de una nota musical en el pentagrama para indicar que está alterada en un semitono. El origen de la construcción puede explicarse, por consiguiente, por la dificultad de su lectura y correcta ejecución para quienes se están iniciando en el arte de la música. Y, de hecho, en ocasiones se remataba con otra figura musical: «tres bemoles y un sostenido». Pero es indudable que detrás parece asomar desde el principio un eufemismo. No hace falta mucho pesquis para percibirlo. Y el tipo de textos en que aparece, a menudo de carácter satírico, así lo confirma. Resulta evidente, por ejemplo, en la siguiente letrilla, de 1835: «Absolutista reacio *que criaron a su pecho* los hijos de san Ignacio, *así andas tú tan derecho!* Hoy mi musa te previene, *¡caracoles!,* una letrilla que tiene / tres bemoles».

RICARDO PALMA

Calculen ustedes si **tendría bemoles** la jarana, cuando a la cabeza del bochinche se puso nada menos que la bellísima doña Teresa, el ojito derecho, la mimada consorte del virrey don García de Mendoza.

Tradiciones peruanas, cuarta serie, 1877.

AQUILEO J. ECHEVARRÍA

Mas él no entra en una empresa
que **tiene tantos bemoles,**
pues si creara una diablesa
no quedaría en los peroles
un títere con cabeza.

Miscelánea. Concherías y otros poemas, 1903.

JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL

Allí nos citaron a la empresa y a mí, ¿os dais cuenta?, a la empresa y a mí, para que hubiera reconciliación, que **tiene bemoles,** ¡reconciliarme yo con la empresa!

Los curas comunistas, 1968.

GREGORIO SALVADOR

¡Qué tío tu padre! Me gusta que la gente se atreva a decir lo que piensa y no a repetir letanías. Dile de mi parte que eso es **tener** los **bemoles** en su sitio natural.

El eje del compás, 2002.

Viento en popa a toda vela

a todo trapo

Son varias las acepciones que tiene hoy esta expresión. A la metafóricamente más inmediata, 'a gran velocidad', se sumaron después 'con gran intensidad' y 'con gran lujo'. Así, uno puede conducir a todo trapo, pero también escuchar música o llorar o vivir de esa misma manera. Y, si no es a todo trapo, será a todo meter. Aunque se perderá entonces el aroma marinero del modismo. Este, por cierto, se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1739), donde se define así: «Modo adverbial que vale con eficacia y actividad, tomado de la celeridad con que caminan los navíos cuando tienden todas la velas».

El trapo (el término deriva del latín tardío *drappus,* 'paño, tela', voz de origen prerromano) es, claro, el velamen, el conjunto de las velas de la embarcación, que totalmente desplegadas permiten aprovechar toda la fuerza del viento, como puede leerse en la *Primera parte de noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales* (1627), de fray Pedro Simón: «Cayó en el mar por su descuido un pajecillo o grumete de una nave, que yendo con la velocidad de todo trapo y viento en popa, por presto que advirtieron en la caída del muchacho, se hallaron muy lejos de él».Y aunque podríamos hablar de otros trapos —no tan blancos ni tan limpios—, no entraremos a ellos, así que pleguemos velas y demos fin a este artículo.

DIEGO DE TORRES VILLARROEL

¿Qué más podían lograr, que encontrarse ricos de la noche a la mañana, con casa puesta, doctor comido, barbero pagado, mesa y cama **a todo trapo** […].

Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte , 1727-1728.

JAVIER MAQUA

Mientras pudo, Lucía conservó su pasión por la lectura, una lectura hecha sobre todo de enormes letreros, titulares de bandera, reclamos publicitarios y llamadas propagandísticas:en fin, eslóganes, consignas y esa general ponzoña que exige mayúsculas **a todo trapo.**

Invierno sin pretexto, 1992.

cada palo que aguante su vela

No resulta difícil intuir la procedencia de esta expresión de origen genuinamente marinero, que impele a cada cual a cargar con las consecuencias derivadas de sus actos sin echar balones fuera. Pues así como en los barcos los palos constituyen el elemento central de soporte de las velas, el responsable del comportamiento propio es uno mismo y con idéntica firmeza debe aguantar los hechos o acontecimientos negativos que de él puedan derivarse. Su uso se registra ya en la segunda mitad del siglo XIX , pero la Real Academia no lo recoge en su diccionario hasta fecha tan tardía como 1992, en su vigesimoprimera edición. No cabe duda de que tiene connotaciones ciertamente insolidarias, pues justifica en último término no echar una mano a quien pueda necesitarlo. Habrá que convenir que no es una actitud precisamente cristiana, aunque con el catolicismo tenga que ver una variante muy popular del modismo, que del ámbito náutico ha derivado hacia el eclesiástico tras alterar ligeramente su estructura: basta reemplazar el término *palo* por *cada cual* para pasar de la vela del barco al cirio del templo, ese que los fieles sostienen devotos, por ejemplo, en las procesiones. Y es que los caminos del Señor son siempre inescrutables.

JOSÉ MILLA Y VIDAURRE

—Yo, señor, contestó Basilio, digo que algo tiene el agua cuando la bendicen, como decía la finada. Será o no será, y tanto hay de ancho como de largo. Me he propuesto entender en mi oficio y nada más y **que cada palo aguante su vela.**

El visitador, 1867.

BENITO PÉREZ GALDÓS

—No, no, hija... ¡Qué cosas tienes!

—Claro, que si se me dice tanto así, yo no me meto en nada. Con su pan se lo coma, y **cada palo aguante su vela.**

Misericordia, 1897.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Conviene no olvidar, a fin de **que cada palo aguante su vela,** que algunos habíamos anunciado hace diez, hace quince años, esta sorprendente mudanza.

Artículos, 1917-1933.

CARMEN MARTÍN GAITE

—Y dos años yo que no veo a nadie de mi familia, pero maldita la falta que me hace. **Cada palo que aguante su vela,** chico. Tampoco ellos te quieren tanto como dicen.

Fragmentos de interior, 1976.

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Chupaba su pipa, envuelto en humo. Teresa sonrió para sus adentros. Que **cada palo aguante su vela.**

La Reina del Sur, 2002.

cantos de sirena

No conviene atender los cantos de sirena, pues estos no son sino tentaciones engañosas. Porque ¿puede existir mayor tentación que el dulce canto promisorio de las sirenas? ¿Mayor engaño que el de su voz armoniosa, que conducía inexorablemente a los marineros a los escollos, provocando el naufragio de sus embarcaciones? El contraste entre su proverbial belleza —aunque la representación con cola de pez sea tardía: inicialmente se imaginaban con alas y cuerpo de ave—, entre su irresistible melodía y sus inclinaciones antropofágicas es suficientemente revelador. Sobra cualquier otro comentario sobre la expresión. Detrás, claro, está también la tradición cristiana, la identificación de la sirena —de la mujer, en última instancia— con la tentación, la lujuria y el engaño. Pero vayamos a lo nuestro y apuntemos que el modismo se documenta ya, como imagen poética, en el siglo XVI , y está ampliamente extendido en el XIX , pese a que la Real Academia se hiciera eco de él tardíamente, en la

vigesimosegunda edición de su diccionario, de 2001. Sobre los cantos de sirena nos alertan con alguna frecuencia algunos de nuestros más avezados políticos, en sintonía con toda una cohorte de creadores de opinión, opinadores y voceros —que nadie se nos enfade—. Habrá que hacer como Ulises, que advertido por Circe tapó con cera los oídos de sus marineros y se hizo atar al mástil de su embarcación para escuchar sin sucumbir a ella la melodía de aquellos monstruos mitológicos. Sean estos quienes sean.

ANÓNIMO

¡Cuando los reyes se pagan
De falsas halagüeñas,
Mal parados van los suyos,
Luengo mal les viene cerca!
Rey Alfonso, rey Alfonso,
Esos **cantos de sirena**
Te adormecen por matarte:
¡Ay de ti si no recuerdas!

Romances, en *Flor de varios y nuevos romances 1.ª, 2.ª y 3.ª parte [Romancero*

general], 1591.

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

Estos amigos de ahora le dicen a uno: «Vente a ver *Éxtasis de amor,* que creo que es estupenda», con el mismo tono, entusiasmo y brillo en los ojos que los amigos de antes le decían a uno: «Anda, vente a ver a la Chelito y a la Vicenta Vargas, que están estupendas en la rumba». Confieso que cedí muchas veces a estos **cantos de sirena.** Confieso que ante estos de ahora me quedo en el café.

Historia de una tertulia, 1952.

cerrarse en banda

Se emplea la expresión, que la Real Academia recoge por vez primera en la duodécima edición de su diccionario, de 1884, con el significado de 'obstinarse, mantenerse firme, no ceder a las pretensiones de otros'. La encontramos ya (como *cerrarse a la banda,* su forma original; su usó también *de banda*) en textos del segundo cuarto del siglo XIX . Pero ¿de dónde procede? Pues según Gella Iturriaga, autor de un *Refranero del mar* (1944), del ámbito náutico, fuente inagotable de recursos léxicos, aunque a menudo solo comprensibles para iniciados en el tema. La *banda,* entre marineros y gentes del mar, es el 'costado de la nave'. Y «cerrarse a la banda» es 'hacer girar el timón todo lo posible a una banda'. Al parecer es una maniobra para colocarse a sotavento —la parte opuesta a aquella de donde viene el viento— cuando arrecia un temporal, continuando así la navegación pese a las dificultades. En todo caso, resulta evidente la influencia del sentido figurado del verbo, pues quien se aferra a una idea o propósito rechazando cualquier cambio «se cierra» a la influencia externa. La cosa parece más o menos resuelta, pero si alguien sigue en ascuas siempre puede, llegado el caso, buscar alternativas: atrincherarse en sus ideas, por ejemplo, o mantenerse en sus trece. Lo importante es no apearse del burro.

ALONSO DE ERCILLA

Unos dicen: «¡zaborda! »; otros:
[«¡detente!»,
«¡**cierra** el timón **en banda** !», y cuál
[turbado
buscaba escotillón, tabla o madero

para tentar el medio postrimero.

La Araucana, primera parte, 1569.

BENITO PÉREZ GALDÓS

—Estaba —dijo Clavería con dejo melancólico—, porque Topete **se ha cerrado en banda** por Montpensier... y con este señor naranjista y paragüero no transigimos...

La de los tristes destinos, 1907.

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

Por ejemplo, los japoneses, tan poco dotados para la metafísica, no conseguían aceptar la idea de un Dios-Creador
del universo. Ahí **se cerraban en banda,** sin dar su brazo a torcer [...].

El Japón y su duende, 1964.

ALFONSO ROJO

—¿Te has peleado con tu marido?
—inquirió él con más interés del necesario, lo que provocó que ella **se cerrara en banda.**
—No se trata de eso y, en cualquier caso, no es lo importante.

Matar para vivir, 2002.

de pacotilla

Se dice que algo o alguien es *de pacotilla* cuando es 'de mala calidad o de escasa categoría'. La expresión se documenta en el segundo cuarto del siglo XIX y se incorporó al diccionario académico en la duodécima edición, de 1884. ¿De dónde procede esto de la pacotilla? Pues del ámbito del comercio y la marinería, ya que no es sino la mercancía que pueden embarcar por su cuenta los marineros y oficiales de una nave sin pagar por ella: «Se prohíbe a los sobrecargos hacer negocio alguno por cuenta propia durante su viaje fuera de la pacotilla», puede leerse en un Código de Comercio comentado que se publicó en Barcelona en 1849. En realidad era este un nombre sin demasiada tradición en español (es posible que se trate de un portuguesismo: *pacotilho,* 'pacotilla', diminutivo de *pacote,* 'paquete', que se adaptó al español confundiendo la *-o* lusa con nuestra *-a*), pues para el mismo concepto se había utilizado *ancheta.* Pero ancheta o pacotilla lo mismo da, pues, aunque parece claro que los pacotilleros —los que negocian

con ellas— pudieron obtener algunos beneficios, estos no serían sino anecdóticos en relación con el flete del barco. Así que no extraña que todo aquello «de pacotilla» acabara identificándose con el valor escaso o la mala condición. La baja estofa, en definitiva. Ahora que, si bien esta debió de ser la norma —por eso se incorporó la expresión al lenguaje—, habría sus excepciones: alguna fortuna pudo fraguarse. Porque, como dice el dicho, hecha la ley, hecha la trampa. Y lo de los corruptores y las corruptelas no se improvisa de ayer para hoy. Es cosa de más tradición.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

En aquel álbum, y entre un diluvio de muñecos deplorables y de versos **de pacotilla,** vi algunas hojas en las cuales las amigas de colegio de Elena [...] habían escrito sus nombres [...].

Un boceto del natural, 1863.

EMILIO BOBADILLA

El desdén silencioso del médico le mortificaba, le hería en el amor propio. Se desquitaba a su modo, propalando malignamente que Baranda era un cirujano **de pacotilla.**

A fuego lento, 1903.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

A esos dos lugares se redujo su imperio **de pacotilla** , de gastados géneros exóticos, de perfumes falsos y pedrería barata.

Cien años de soledad , 1967.

ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT

Todo lo que presuntamente caracterizaba a mi país: casas encaladas, comida aromática, brisa de mar, me parecía una mitología **de pacotilla** para atraer turistas. Agosto en España es inhumano, absurdo, agotador.

Serpientes en el paraíso. El nuevo caso de Petra Delicado, 2002.

patente de corso

De quienes parece que hubieran obtenido autorización para realizar algo que los demás tienen prohibido se dice que tienen patente de corso. Históricamente, la patente de corso fue una cédula o contrato

concedido por el Gobierno de un Estado que permitía a los particulares, a armadores o propietarios de navíos, hostigar a los barcos enemigos de la nación y atacar sus posesiones y territorios. Ya desde la Edad Media, monarcas y corporaciones locales hicieron uso de ella, pero alcanzó notable desarrollo a partir del siglo XVI y, utilizada por españoles, franceses e ingleses, fue ampliándose. En cierta medida, otorgaba a su poseedor la condición de integrante de la Armada nacional, separando claramente su actividad del pirateo. En la práctica, constituía una suerte de encubrimiento institucional de la guerra sucia, que sirvió bien a los Estados que la utilizaron: en caso de queja por parte de los países atacados, las autoridades defendían su inocencia, atribuyendo estas acciones a piratas y elementos descontrolados que actuaban buscando el enriquecimiento propio, al margen de cualquier directriz o protección gubernamental. La deriva semántica experimentado por la expresión resulta, pues, evidente y el uso figurado se registra ya en textos de finales del siglo XIX , si bien el diccionario de la Academia no lo recoge hasta su edición del año 1956, la decimoctava. Dejando a un lado los intentos de dignificar la profesión a través de ordenanzas dirigidas a regular la actividad, podríamos concluir que en la mayoría de los casos el corsario no era más que un pirata de guante blanco; o, por circunscribirnos al tema, de bandera blanca. Y ya empieza a quedar claro que estos son los peores.

VICENTE FIDEL LÓPEZ

Drake obtuvo entonces de Isabel una **patente de corso** para entregarse a la pasión favorita que había nutrido desde su niñez; y sin más poder que el de su inmenso odio enrostró al Potentado más fuerte de su siglo, al que hacía temblar toda la Europa.

La novia del hereje o la Inquisición de Lima, 1854.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Ser rico es una **patente de corso.** La sociedad te tolerará todo mientras puedas encender tus cigarros con billetes de mil pesetas.

Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?, 1931.

JOSÉ LUIS LEÓN

Por eso la publicidad es el *bad-boy* de los *mass media,* con una bien ganada **patente de corso** para poder decirlo todo sobre todo, sin suscitar mayores censuras […].

Mitoanálisis de la publicidad, 2001.

quemar las naves

Esto de quemar las naves es una decisión desesperada, pues no tiene marcha atrás. La expresión se documenta ya en el segundo cuarto del siglo XIX y el diccionario académico la recoge en su decimoquinta edición, de 1925. ¿Pero de dónde procede? Corría el año 1519 y Hernán Cortés —pese a que carecía de autoridad para ello: el único cometido de su expedición era explorar la tierra firme— acababa de fundar la ciudad de Veracruz. Delegó después en su cabildo los poderes recibidos del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, para recibir de inmediato el nombramiento de capitán y justicia mayor. Soslayaba así los problemas legales de su empresa —la conquista del territorio azteca—, pues a partir de entones solo habría de rendir cuentas ante el rey. Pero antes de que aquella diera comienzo hubo de reprimir el motín de algunos partidarios de Velázquez y, para evitar deserciones o cualquier contacto con Cuba, ordenó destruir las naves. No las quemó, sin embargo. Si atendemos a las crónicas de Bernal del Castillo, que acompañaba a Hernán Cortés, o de López de Gómara, se limitó a hundirlas, ya fuera barrenándolas, ya «dándolas al través».

La leyenda del incendio de las naves, que venía a identificar la figura de Cortés con la de otros caudillos históricos o míticos, se gestó a partir de la crónica de Juan Suárez Peralta, elaborada ya a fines del siglo XVI sobre un ejemplo de la historia antigua: el del tirano Agatocles, que hizo justamente lo que se atribuyó después al conquistador español. Pero a efectos lingüísticos poco nos importa que la quema fuera real o legendaria. Lo importante es que dejó huella. En el siglo XVIII —la fecha tiene su importancia— diversos autores reivindicaron literariamente la figura del conquistador y su gesta. Incluso la Real Academia convocó en 1777 un certamen poético que tenía como tema la destrucción de las naves por parte de Cortés. Pero muchos de los poemas, entre ellos el de Nicolás Fernández de Moratín, que participó sin éxito, hicieron referencia a «la quema». Y la verdad es que la historia gana altura épica: ¡gloria o muerte!

BENITO PÉ REZ GALDÓS

Sepa usted que obligó a todos a firmar una copia del acta para enviarla a Godoy. Dice que esto se llama **quemar las naves** para conseguir que no haya desertores en la Junta.

El audaz. Historia de un radical de antaño , 1871.

ALBERT BOADELLA

El fracaso estuvo directamente relacionado con la actitud de rechazo político de los catalanes de primera clase hacia Els Joglars. Por lo tanto, en Madrid, me bullía la sangre, y estaba dispuesto a **quemar las naves** en los ocho minutos de máxima audiencia que iba a tener en la primera cadena.

Memorias de un bufón , 2001.

Lo que han de comer los gusanos…

con el pie derecho

También podría haberse dedicado este artículo al pie izquierdo, pero hemos preferido entrar en él con buen pie, y el pie bueno, el que garantiza la buena fortuna, es —como es sabido—el pie derecho. Hay que remontarse hasta época romana para encontrar una explicación a la dicotomía entre izquierda y derecha en esto de la fortuna. Y más concretamente a los agüeros, en los que el vuelo de las aves a la izquierda del augur era interpretado como signo de mala suerte. La creencia que relacionaba la izquierda con la mala fortuna se mantuvo a la largo de toda la Edad Media. Tanto es así que el primitivo término castellano, *siniestro* (del latín *sinister, -tri,* 'izquierdo'), se cargó de connotaciones negativas y acabó siendo sustituido en su significado original, el espacial, por *izquierdo* .

Ahora bien, para el origen concreto de la expresión se han querido buscar razones más específicas. Y concretamente se ha relacionado con la liturgia de la misa, puesto que para acceder al altar el sacerdote debía mover primero el pie derecho. Sea como sea, lo de usar antes el pie derecho era una costumbre bien asentada. Hay muchos ejemplos en la literatura antigua. Así se refleja, por ejemplo, en el *Coloquio tercero a la consagración del doctor don Pedro Moya* (1574), de Fernán González de Eslava: «Que por echar el pie derecho adelante al salir de casa, creo que eché el izquierdo. Dígolo porque las viejas abusioneras tienen creído que es pronóstico para que suceda algún suceso malo». No extraña, por tanto, que la secuencia se lexicalizara tempranamente, como atestigua el hecho de que fuera ya recogida por Covarrubias.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Vitruvio amonesta que las gradas o escalones se deben constituir de manera que siempre sean nones o dispar, porque cuando **con el pie derecho** se sube la grada primera, así por el semejante en la última será el primero que se ponga.

Historia general y natural de las Indias , 1535-1557.

ALFONSO GROSSO

Todo lo más que te puede pasar es que acabes por aterrizar en Bélgica, en las minas. Y en las minas también se ganan billetes. Es lo que yo pensaba cuando me fui. Porque entré en Francia **con el pie derecho,** que si no…

La zanja , 1961.

con la boca pequeña

Con la boca pequeña o la boca chica se dicen las cosas que no responden a una intención verdadera, que se manifiestan por cumplir. Aunque no exista demasiada documentación de época antigua, la construcción tiene tradición larga, como atestigua el hecho de que se incluya ya en el *Diccionario de autoridades* (1726). Se pone en relación en ella la medida de la boca, o de su abertura, con la forma de decir. No es un caso aislado. Y no extraña, puesto que abrir la boca no es sino hablar y, como es natural, uno la abre más o menos en función de la repercusión que quiera dar a sus palabras. Porque es conocido que las palabras también se miden. Así, decimos a boca llena las cosas que queremos expresar con claridad, abiertamente. Y con la boca pequeña las que surgen de mala gana y contra la propia voluntad, como si nos las estuviesen arrebatando. Estas se dicen en realidad de boquilla. Puede, incluso, que para conquistar alguna boquita de piñón, que, aunque por tamaño pudiera parecerlo, no es exactamente lo mismo. Pero por aquí nos estamos desviando del tema, de modo que permítasenos reconducirlo y purgar nuestros excesos con un sermón que viene al caso: «es descortesía, es impostura, es peste de la sociedad humana y propio lenguaje de políticos malvados, decir con la boca quiero o no quiero ejecutar esto, al tiempo que ya en el corazón tienen determinado hacer lo contrario o contradictorio» (*El porque sí y porque no* [a. 1772], fray Martín Sarmiento).

FRANCISCO GARCÍA PAVÓN

La abuela se quejaba a veces por compra tan abundante, pero **con la boca chica,** pues sabía para sus adentros que aquel lote cubriría un invierno de bien comer y poco gastar.

Los liberales, 1965.

JOSÉ MARÍA PEMÁN

Todo era embrollo, Gil Robles envió a su segundo de a bordo, José María Valiente, a entrevistarse con don Alfonso XIII, en el hotel Meurice. Se supone que a rogarle que entrara en esa difícil política fisionómica que intentaba montar: defender la República **con la boca chica** y pedir al rey que hiciera la vista gorda.

Mis almuerzos con gente importante, 1970.

JAVIER MARÍAS

Creo que fui yo también quien propuso casarnos, quizá por mi mayor edad, quizá porque eso no lo había hecho nunca, casarme ni proponerlo, o esto último solo una vez, **con la boca pequeña** y ante un ultimátum.

Corazón tan blanco, 1992.

con un palmo de narices

Un palmo de narices es una nariz más que considerable. Pero, claro, no hay que interpretarlo en sentido recto. Es lo que pasa con los modismos. La expresión se emplea con el significado de 'chasquear, dejar sin lo que se esperaba conseguir'. Se documenta desde principios del siglo XVIII y la Real Academia la recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1734). ¿Pero de dónde viene lo del palmo de narices? Sorprende en particular porque las narices grandes no parecen ser percibidas de forma negativa. Es verdad que si se nos hinchan las narices —si se dilatan las aletas— es que estamos hartos o enfadados. Cabreados, más bien. Pero quien tiene narices o un par de narices es un valiente. En fin, que el origen de la expresión de marras no está nada claro.

Hay quien dice que puede hacer referencia al gesto de burla consistente en apoyar en la nariz el dedo gordo de la mano, extendiendo a un tiempo la palma y moviendo el resto de los dedos. En ocasiones se hace con las dos manos, puesta una a continuación de otra; y con dos palmos de narices se puede quedar también el chasqueado. Pero es raro que el mismo nombre no haga referencia al gesto. De hecho, este no parece tener un nombre específico en el español peninsular. Sí en catalán. Y en algunos países de América se conoce como «pito catalán». Es, además, ilustrativo, que en portugués exista, con el mismo significado, «ficar con nariz de palmo e meio» ('quedarse con nariz de palmo y medio'). Con esta última expresión parece cuadrar más la teoría que relaciona el alargamiento de la nariz

con el deseo de conseguir algo, del mismo modo que parecen estirar el hocico los perros cuando husmean. Y retirada la presa, el objetivo ambicionado, queda el gesto, naturalmente: la nariz de un palmo, o de palmo y medio. En manos del lector queda. Confiamos en su buen olfato.

JOSÉ NICOLÁS DE AZARA

Conque el pobre cardenal Callini, quedó, como dicen, **con un palmo de narices,** volviendo a meter el papelon en el bolsillo, con el que iría despues á enjugar las lágrimas al cardenal Ferroni y al general Ricci.

Cartas de Azara al ministro Roda, 1769.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

El café de Marianne, cerrado, con un rotulito que anunciaba la ausencia indefinida de su ama, nos dejó **con el último palmo de narices,** abandonados en el Barrio Latino, cansados, desesperados y, yo, con mucha hambre.

Don Juan, 1963.

darse con un canto en los dientes

La expresión *darse con un canto en los dientes* se emplea con el significado de 'darse por satisfecho por conseguir algo, conformarse con ello porque es menos desfavorable de lo que se podía esperar'. Su uso es bastante reciente, pues no se documenta hasta el último cuarto del siglo XIX . De hecho, en el diccionario académico no se incluye hasta la edición de 1970. Este nos proporciona, sin embargo, alguna pista: con el mismo sentido venía empleándose la variante *darse con un canto en los pechos* (incluida en el repertorio académico desde 1884).

Golpearse con un canto en los pechos era una mortificación poco habitual, pero con cierta tradición en la Iglesia católica, como puede atestiguarse en obras como *De los oficios más comunes* (c. 1607), de san Juan Bautista de la Concepción: «Algunas veces se ha hecho en nuestro refectorio y fuera de él una mortificación de darse con un canto en los pechos, y esta me parece muy justo que no se consienta más», o en *La pecadora arrepentida* (1737), de José Esteban de Noriega:

«Y descubriéndome el pecho, me daba en él golpes con un canto grande, con cuantas fuerzas tenía. Y el hacer esto me nacía de contemplar en los azotes que dieron a Cristo».

Se trata, claro, de un ejercicio de penitencia y agradecimiento extremado. Y es precisamente este carácter extremo, excesivo, el que hace funcionar, por su valor hiperbólico, el uso figurado de la expresión, que se atestigua ya abundantemente en la obra de Galdós: «¿No es mejor que le busquen mujer en cualquiera de las familias reinantes, que a buen seguro todas ellas se darían con un canto en los pechos por entroncar con nuestros reyes […]?» (*La corte de Carlos IV* [1873]). Poco después encontramos ya en prensa diversas referencias de la variante hoy más extendida, que no deja de ser un «disparo por elevación», algo así como la hipérbole de la hipérbole. ¡Como si lo de la piedra en el pecho no hubiera sido suficiente!

DIEGO ALFONSO VELÁSQUEZ DE VELASCO

No sé cómo podremos sacar a mi hermano y volver a mi alma a su casa. Mal haya el diablo, a fe que se podría Cervino dar con un **canto en los pechos** antes que me sacara la presa de las manos, a no tener tal prenda... en su casa.

El celoso, 1602.

CARLOS PÉREZ MERINERO

Hasta ahora las cosas —con sus más y sus menos; no hay dicha perfecta— están saliendo a pedir de boca. Después de todo pienso que sí, que quizá debiera darme **con un canto en los dientes.**

Días de guardar, 1981.

de bigote(s)

Si tiene bigote es ‘grande, extraordinario’; al menos eso parece deducirse del uso de la expresión, que se emplea siempre en ese sentido: «Hace un calor de bigote», suele decirse. Pese a su general divulgación, la Real Academia la recogió muy tardíamente, en la decimosegunda edición de su diccionario, de 2001. Poco puede aportar, por tanto, en el esclarecimiento de su procedencia. La identificación del bigote con la hombría es tradicional. Un hombre de bigote es un hombre en toda regla, hecho y derecho: «A lo menos, en aquellos tiempos que nuestros abuelos se atusaban, había hombres de

bigote. ¿Y en estos últimos? Hombrecillos que no parecían hombres ni mujeres» (*Centinela contra franceses* [1808], Antonio de Capmany). Las condiciones para que se diera el salto semántico, por tanto, existían, pero ¿cuándo se llevó a cabo?

Iribarren se hace eco de un texto en que el general Mola apunta hacia otro militar, Serrano Orive, quien combatió en Marruecos entre 1912 y 1924, al afirmar que fue este el que hizo célebre «la frase *de bigote negro* , que igual aplicaba a ensalzar la belleza de una mujer hermosa como a expresar que la jornada se presentaba o había sido pródiga en tiros». En todo caso, situaciones propias para un hombre como Dios manda, «de bigote». El color del mostacho probablemente venga a oponerse al cano o blanco, símbolo ya del ocaso, para destacar aún más la potencia viril. La documentación parece avalar esta teoría —fuera Orive su creador o su más conspicuo divulgador—, pues el primer texto que hemos localizado coincide en el tiempo y se centra precisamente en la guerra de Marruecos: «Ya de vuelta, nos acercamos a las guerrillas de nuestros regulares, a los que podíamos coger las chichias […] y en seguida a tomar altura y a casa dando tumbos. ¡Está el día "de bigote negro"» (*Heraldo Deportivo,* 1922). La expresión se generalizó después en el transcurso de la Guerra Civil: «Siempre que nuestra acción es interesante, siempre que hacemos retroceder al enemigo después de enconadas batallas, oímos a los milicianos repetir la frase "La lucha ha sido de bigote negro"» (*La Libertad,* 1936). Ya solo quedaba un paso: perder el color. Y también, naturalmente, un poco de ardor guerrero y algo de testosterona.

FEDERICO GAMBOA

[…] ya que está cerca, nos llama muchachos ¡y algunos son **de bigote** !... Dicen que de joven estuvo en Italia, y que su mujer es romana […].

Suprema ley , 1896.

LAURO OLMO

Nacho .— Con cinco petardos no hay na que hacer. (Sale Balbina y reanuda el tendido de la ropa). Si conseguimos tres más, el susto va a ser **de bigote.**

La camisa, 1962.

de perilla(s)

‘Muy bien o a propósito’, tal es el significado de esta expresión, que está en uso ya en la primera mitad del siglo XVIII y se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1737). Esto de la perilla o de las perillas resulta estupendo, pero ¿de dónde procede? ¿Acaso de la porción de pelo que crece en la punta de la barbilla? ¿Tal vez de uno de esos ricos perucos cada vez más difíciles de encontrar? Porque la cosa, aparentemente, no se entiende. Pero para eso está el diccionario, claro. Y una de las acepciones del de la Real Academia dice: «Parte superior del arco que forman por delante los fustes de la silla de montar». No podíamos encontrar nada mejor a lo que agarrarnos. Vamos, que nos viene al pelo, como al jinete la perilla, cuerno o cabezuela de la silla en caso de urgencia.

De modo que la cosa parece aclarada y, aparentemente, todo ha salido de perlas. Ahora que, hablando de todo un poco, ¿no resulta curioso que nos den lo mismo perlas que perillas en la construcción de marras? Su valor es equivalente. Y eso nos da que pensar. Porque en joyería se utilizan a menudo perlas —o piedras más o menos preciosas — con figura de perilla: «Adorno en forma de pera», dice el diccionario. Y en el gremio se emplea con alguna frecuencia el sustantivo. ¿Será una simple casualidad? Confiemos en que sí y aferrémonos para ello a esa *perilla* en singular.

FRAY FRANCISCO ALVARADO

Quedemos pues, señores Concisores, en que les viene a VV. como **de perilla** el malos operarios, que nos manda observar el Apóstol.

Cartas críticas del Filósofo Rancio, II, 1811-1813.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

—Para mí todos los santos son iguales. ¡Qué rico está este bacalao! Ya se ve, esta noche hay tanta hambre como frío, y el fuego y la cena vienen **de perilla.**

La bruja de Madrid, 1850.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

—Eres bella todavía —siguió don Juan—, mucho más bella que entonces. Hay en tu rostro una triste madurez muy atractiva. Y ese traje masculino te viene **de perilla.**

Don Juan, 1963.

ANDRÉS BERLANGA

La Liboria responderá, a los silencios maliciosos y arteros, con que «tomar las aguas sienta **de perilla** para la salud».

La gaznápira, 1984.

LUIS MATEO DÍEZ

—Fue el traje, donde lo hayas robado no me importa, un traje de fiesta en un día de diario, sólo a ti podía ocurrírsete. Con esa vestimenta no hay otro.
—¿No me, digas que no me queda **de perilla.** ..? Voy a dar una zapateta [...].

El oscurecer (Un encuentro), 2002.

la niña de mis ojos

Como oro en paño, de este modo conviene cuidar a la niña de nuestros ojos, pues esta es 'la persona o cosa más preciada, la más querida'. La expresión se documenta desde comienzos del siglo XVII y la recoge ya Covarrubias, que nos da pistas claras sobre su origen: «aquella figura que se espeja en ellos [en los ojos] que es la del que nos mira. Para encarecer solemos decir querer una cosa como a las niñas de nuestros ojos». La definición no es del todo clara porque la niña de los ojos es, en sentido recto, la pupila, la abertura situada en el centro del iris por donde penetra la luz. Y toma este nombre
—ahora sí acierta Covarrubias— porque en ocasiones actúa como un espejo, reflejando la imagen exterior; puede aparecer en ella, por tanto, una pequeña figura humana —la de nuestro interlocutor— identificada de forma popular con una niña o muchacha. Este es también el origen del sustantivo *pupila,* que procede del latín *pupilla,* diminutivo de *pupa* utilizado propiamente con el significado de 'niña' o 'huérfana'. Y es que la metáfora se repite en distintas lenguas del mundo sin ninguna relación entre sí. Pero dejemos de divagar y volvamos a lo nuestro, porque aún falta el salto semántico al uso figurado de la expresión. Es casi evidente: pocas cosas pueden ser dignas de mayor cuidado, más estimadas y delicadas (siguiendo la definición del primer diccionario académico) que nuestros ojos. Y la imagen de la niña también ayuda, de modo que no le demos más vueltas.

JUAN CAXES

No es eso,
sino que todas las veces
que yo cantaba estos versos
a **la niña de mis ojos,**
lo mismo me respondieron
unos blancos pajarillos
que andaban en su aposento.

Auto famoso de los desposorios de la Virgen , 1609.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

—¿Víctima tú? ¿De quién? ¿No te quiero como a **la niña de mis ojos** ?

Tigre Juan, 1926.

JORDI SIERRA I FABRA

Mi dulce nenita, mi ángel, mi corazoncito, **la niña de mis ojos,** mi tesoro, mi alegría, mi luz.

El regreso de Johnny Pickup , 1995.

meter en cintura

Meter en cintura es 'someter a unas norma de conducta y disciplina'. La expresión se atestigua ya a comienzos del siglo XVII y se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1729). Quizá por sus connotaciones semánticas, se ha relacionado con alguna frecuencia con los castigos corporales infligidos con el cinturón o la correa, con la acción de azotar. Pero la verdad es que no hace falta ir tan lejos.

Ya en el primer diccionario académico se incluye una acepción de *cintura* que nos proporciona la clave del asunto: «Cinta o pretinilla de que suelen usar las damas, ajustada con una hebilla, para hacer más airoso el talle». Su función queda clara en los *Coloquios matrimoniales* (1550), de Pedro de Luján: «la tercera cosa que una mujer debe hacer es no ceñirse, ni ponerse muy apretada, ni metida en cintura, porque en verdad que hay muchas mujeres que por parecer hermosas se ponen tanto en cinturas que vienen a morir sus criaturas». Y el pro pio origen etimológico de la voz (del latín *cinct ū ra,* y este de *cingere,* 'ceñir, rodear oprimiendo')es significativo.

Meter o poner en cintura (la segunda variante se documenta tempranamente y pervive en el español de América) implica, literalmente, estrechamiento, constricción, y ese es el significado que, por vía metafórica, ha pervivido en el modismo. Antiguamente, se uso como variante *meter en pretina,* término este equivalente a 'cintura, cinturón': «Cierta señora que había sido delgada y hermosa, era ya de más de cincuenta años, y tras haber engordado muchísimo, martirizábase por meterse en pretina, negando su edad» (*Las seiscientas apotegmas* [1596], Juan Rufo). Y es que lo de meter en

cintura o en pretina está muy bien, pero no para quien anda ya metido en harina… o entrado en carnes, que lo mismo da.

GABRIEL LOBO LASSO DE LA VEGA

Dime a visitar comadres
y tópeme entre ellas una,
con unos bellos ojuelos
que me **han metido en cintura.**

Manojuelo de romances, 1601.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Y ya sabemos lo que son los trabajadores: ¡mala gente! Con ellos, el pan en una mano y el garrote en la otra. Necesito un hombre como tú, que los **meta en cintura** y cuide mis intereses.

La bodega, 1905.

CARLOS FUENTES

¿Nada más? Dígale al comisario ejidal que me los **meta en cintura,** que para eso le pago. Solo faltaba...

La muerte de Artemio Cruz, 1962.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

[...] y el hombre me decía, joder, señora, la acompaño a la comisaría a poner una denuncia, que hay que **meter en cintura** a todos esos cabrones [...].

Sefarad, una novela de novelas, 2001.

nacer de pie

Quien evita la desgracia, quien sale con bien hasta de las situaciones más comprometidas, quien tiene buena fortuna, en suma, ha nacido de pie. La expresión estaba ya en uso en la primera mitad del siglo XIX y, de hecho, la Real Academia la incorporó a su diccionario en 1817, en su quinta edición. Su origen se relaciona con una creencia largamente asentada. La gran mayoría de los niños nacen con la cabeza por delante, en posición cefálica. Los que vienen al mundo de nalgas, los que asoman antes estas o los pies por el canal del parto, son los menos. A menudo ocurre cuando el niño es prematuro o cuando no viene solo, cuando nacen gemelos. En todo caso, esta posición, la

podálica, complica sobremanera el parto y lo convierte en peligroso. Tanto que hoy suele recurrirse a la cesárea si se dan estas circunstancias. Por eso se dice que los niños que nacen con los pies por delante, los que nacen de pie, son niños con suerte: porque han sobrevivido al parto. Todos conocemos a alguno, en sentido recto o figurado. Pero son los menos. Porque lo que corresponde hacer con los pies por delante es lo contrario, morir. Y es que, como asegura la tradición popular, no somos nadie. Y menos en calzoncillos.

FERNÁN CABALLERO (CECILIA BÖHL DE FABER)

—Sobre que ese Pepe Vera **nació de pie** —dijo uno de sus compañeros.
—¡Tiene más suerte que quiere!

La gaviota, 1849.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Los hombres, en los cafés o en el Casino, envidiaban a Rafael, comentando con ojos brillantes su buena suerte. Aquel chico **había nacido de pie.**

Entre naranjos, 1900.

LUICIANO G. EGIDO

Había llenado los días de su existencia de desafíos y desdenes y nadie fue nunca mejor que él en nada; parecía que **hubiera nacido de pie,** la desgracia ni le rozó, aunque muchas veces le pasó cerca y en ocasiones se le cruzó en el camino [...].

El corazón inmovil, 1995.

BORIS IZAGUIRRE

Emocionados por esa mezcla única de tecnología, naturaleza y lujo que Miami les regalaba, Mónica y Andrés se levantaron a aplaudir a la vez que los ocupantes del velero respondían con risas y copas de champagne. «Sí, Andrés, **has nacido de pie** ».

1965, 2002.

pelillos a la mar

«Pelillos a la mar», decimos cuando queremos dar por zanjado un problema o discusión y reanudar con alguien el trato amistoso. Esto de

los pelillos, aunque suena casi chistoso, tiene larga tradición. En la voz correspondiente del *Diccionario de autoridades* (1737) se incorpora ya un uso metafórico del sustantivo: «Causa o motivo muy leve de desazón y que se debía despreciar». Pero no es esta la acepción que nos interesa, aunque bien pudiera estar relacionada. En este mismo diccionario encontramos *pelitos a la mar*. Y, además, se nos ofrece una explicación sobre su origen: «Juego o modo que tienen los muchachos para afirmar que no faltarán a lo que han tratado y convenido, lo cual hacen sacando un pelo de su cabeza y, soplándole, dicen "pelitos a la mar"».

Lo mismo da *pelitos* que *pelillos,* naturalmente. Y, de hecho, en la primera parte del *Quijote* el buen hidalgo utiliza ya esta variante: «Echemos, Panza amigo, pelillos a la mar en esto de nuestras pendencias». Más información nos proporciona *Días geniales o lúdricos* (1626), de Caro Rodrigo, que da noticia evidente de la ceremonia infantil: «¿por qué los muchachos, cuando han reñido, y se meten en paz, para firmeza de ella, echan pelillos, cortándoselos de la ropa y echándolos por el viento?». Y hasta un intento de explicación: «es lo mismo echar pelillos que decir que como aquellos se los lleva el viento y de ellos no se hallará arte ni parte, aunque con cuidado los busquen; así no se acordarán más de los agravios pasados como si el viento se los hubiese llevado y no importasen un pelo». La ceremonia, de alto contenido simbólico, podría remontar su origen a la antigüedad. Y en este sentido se cita repetidamente el episodio de la *Iliada* (III 271ss.) en que aqueos y troyanos sellan temporalmente la paz cortando y repartiendo algunos pelos de la cabeza de los corderos destinados al sacrificio. Pero la ceremonia es en este último caso un acto ritual.

JUAN VÉLEZ DE GUEVARA

Si es que puedes engañar
de tu rigor lo enojado,
haz cuenta que te has vengado
y **pelitos a la mar.**

Los celos hacen estrellas, 1672.

BENITO PÉREZ GALDÓS

¿Qué razón había para que el General no hiciese paz honrosa con el Perú, echando **pelillos a la mar,** sin pensar más que en la reconciliación de dos pueblos hermanos?

La vuelta al mundo en La Numancia, 1906.

poner pies en polvorosa

Ha habido autores que han querido relacionar la frase con la batalla de Polvoraria o Polvorosa, que tuvo lugar en 878 a orillas del río Órbigo, al norte de Zamora, y en la que según la historiografía cristiana las huestes de Alfonso III el Magno provocaron la huida atropellada de las tropas musulmanas. Pero sobre su génesis existe hoy consenso general. El modismo, que se utiliza en el sentido de 'huir, escapar de forma precipitada', remonta su origen a la lengua de germanías, la propia de los ladrones, pícaros y rufianes.

Se documenta ya en la primera mitad del siglo XVI y se recoge en el primer diccionario de la Real Academia, el de «autoridades». Esta misma obra nos informa acerca del significado recto de *polvoroso* y de su vigencia*:* «Lo mismo que polvoriento; y tiene más uso». Porque, en efecto, el adjetivo estaba ampliamente extendido en la época de que hablamos: «la tierra de Nicaragua es muy polvorosa», dice, por ejemplo, Gonzalo Fernández de Oviedo en su historia de las Indias (1535-1537). Hay que situarse temporalmente, en un tiempo en que las calles y caminos no estaban asfaltados ni adoquinados y, por lo tanto, se levantaba en ellos abundante polvo. De hecho el citado diccionario académicos afirma que se utilizó la expresión «porque el que huye va levantando polvo de la tierra con los pies». Y así es, pero es que, además, en la jerga de los rufianes era habitual la transposición de categorías gramaticales y significados. En este caso el procedimiento —por otra parte habitual en la lengua— es sencillo: un adjetivo que caracteriza a una cosa se emplea para designar a esta misma cosa; de modo que la polvorosa pasa a ser la calle o la senda.

ANÓNIMO

Y presumo que acobardado el enemigo de oírme o atemorizado de verme comenzó a desmayar y a **poner pies en polvorosa.**

Vida y obra de Estebanillo González, 1646.

JOSÉ MILLA Y VIDAURRE

Cuando oyó silbar las balas, se echó del caballo abajo, y cata ahí que el peso de la armadura no le permitió **poner pies en polvorosa,** como sus dignos compañeros, los corchetes.

El visitador, 1867.

LEÓNIDAS CASTRO BASTOS

Las [nubes] del Pacífico **pusieron pies en polvorosa;** se retiraron y se

guarecieron entre los peñascos de la cordillera Occidental. Las masas nubosas del Atlántico habían ganado el singular combate.

Paisajes natural y cultural del Perú, 1971.

MARTA RIVERA DE LA CRUZ

Brooke Shields no tardó demasiado en **poner pies en polvorosa.** Lo que había visto aquella noche era demasiado, incluso para una estrella de cine.

Fiestas que hicieron historia (Del glamour de Hollywood a los escándalos de la alta sociedad), 2001.

Los toros, desde la barrera

agarrar el toro por los cuernos

La imagen de un hombre agarrando a un astado por los cuernos es suficientemente expresiva, de modo que no extraña el significado del modismo: ‘abordar una dificultad directamente y con decisión’. Esto de sujetar al toro por los cuernos es tradición antigua en España en los juegos taurinos, como atestigua Luis Vélez de Guevara en *La serrana de la Vera* (c. 1613): «Asir un toro me viste *por los cuernos en las fiestas* que te hizieron, y rendillo». De hecho, esta tradición ha pervivido, convertida en espectáculo, en Portugal, donde es costumbre entre los forcados.

Pero la imagen se remonta al menos a la Antigüedad grecolatina (en realidad es anterior, aparece ya en el poema de Gilgamesh, donde el salvaje Enkidu agarra al Toro Celeste por los cuernos). Así, está presente en las pinturas de Cnosos y no es infrecuente en la iconografía del séptimo trabajo de Heracles, la captura del toro de Creta. Se manifiesta más propiamente, sin embargo, en el enfrentamiento del semidiós con Aqueloo, a la sazón transfigurado en toro, en el que sujeta al astado por su cornamenta y lo arrastra por el suelo hasta arrancarle uno de los cuernos (según una de las versiones, por cierto, este acabaría siendo el cuerno de la abundancia, la célebre cornucopia). Y la misma prueba solía hacer con los *aurochs* Ursus, el gigante de *Quo vadis* .

Indicio claro de lo común de la imagen es que empezara ya a emplearse en este periodo, como señala José Luis García Remiro, con valor metafórico. Por ejemplo, en la «vida de Arato», en las *Vidas paralelas* de Plutarco: «“Si tuvieres —le dijo— el alma de un adivino, dejarías intacto el sitio; mas si la tuvieres de rey, asirías el buey por los dos cuernos”, queriendo designar el Peloponeso, y que si juntaba a Itomata con el Acrocorinto, enteramente le tendría sumiso y humillado». En español, sin embargo, el paso del uso figurado al

lenguaje común parece ser muy tardío, puesto que no se documenta fehacientemente hasta finales del siglo XIX o principios del XX .

EDUARDO BLANCO

Todo en la vida se reduce a empezar, a no quedarse rezagado, en la cola, sino por el contrario a **tomar el toro por los cuernos,** lo que es más fácil de lo que muchos creen, con un poco de audacia y buena voluntad.

Tradiciones épicas y cuentos viejos, 1912

ANTONIO GALA

Guapa, pero gordísima; bien vestida, pero tremenda, ¿qué le vamos a hacer? No cabía silenciarlo, ni hacerse el distraído. Ante un acontecimiento tan evidente había que **coger el toro por los cuernos.**

Los invitados al jardín , 2002.

apretarse los machos

La locución verbal *apretarse los machos* significa 'prepararse para afrontar una situación muy difícil'. Para cualquier buen aficionado a los toros el origen de esta expresión no debe plantear mayores incógnitas. Para el común de los mortales, sin embargo, no vendrá mal una explicación. De hecho, podría relacionarse intuitivamente el término *macho* (del latín *masc ŭ lus,* diminutivo de *m ā s,* 'varón') con el sexo masculino e incluso con los atributos que lo caracterizan. Nada más lejos de la realidad.

Los toros, con sus muchos incondicionales y detractores, han sido desde siempre una fuente de inspiración artística. Y, también, de creación léxica popular, como deja bien a las claras un somero repaso de nuestro acervo. Pues bien, tal y como se recoge en el diccionario académico, los *machos* son los 'cordones rematados por una borla con que se ciñe la indumentaria de los toreros', y en especial los que sujetan la taleguilla o calzón a las corvas. El acto de vestirse de luces —que no es tarea sencilla y requiere la ayuda inestimable del mozo de espadas— está conformado por un riguroso ceremonial en el que apretar los machos ocupa un lugar nada desdeñable. En particular porque, según una tradición extendida en el mundo taurino, para arrimarse al astado y hacer una buena faena aquellos deben estar bien ajustados, ciñendo la taleguilla a la pierna. Apretar los machos, por

tanto, tiene un valor simbólico y predispone al matador a arriesgar en la faena. Y este es el significado que, metafóricamente, ha pasado al lenguaje común.

De aquí a ponerse el mundo por montera apenas hay un paso.

JOSÉ MARÍA CARRETERO (EL CABALLERO AUDAZ)

En eso pasa como aquí: mucha afición y poco torero: claro que allí los tienen buenísimos y hay que **apretarse los machos** para competir con ellos, porque en general son muy valientes.

El libro de los toreros. De Joselito a Manolete , 1947.

CARLES SOLA

El éxito ha causado un problema de diseño del sistema: no sabemos adónde vamos hay que **apretarse los machos** y pensar con rigor, sin demagogia.

El País , 30/09/1997.

brindis al sol

Hacer un brindis al sol puede resultar romántico, pero convendremos en que carece de cualquier utilidad. No extraña, por tanto, el significado de este modismo, que se utiliza cuando se lleva a cabo una promesa a sabiendas de que no podrá cumplirse, de que no se hará realidad o tendrá efecto. Generalmente este tipo de conductas no son gratuitas, sino que responden a algún objetivo: el sufragio de los electores, por ejemplo. Y tan frecuente resultan en algunos casos que bien pudiera hablarse de «brindis electoral».

Son muchos los que defienden, sin embargo, que la expresión —que no encontramos documentada hasta bien entrado el siglo XX — proviene del ámbito taurino, puesto que tradicionalmente en el tendido de sol se ha situado el publico con menos poder adquisitivo, pero también el menos exigente y entendido (la cosa, en realidad, no está tan clara, pues por ejemplo el célebre tendido siete de Madrid, el más crítico, ocupa localidades de sol). Pues bien, era costumbre en otro tiempo que el diestro, cuando preveía dificultades, brindara la faena al tendido de sol, lo que le garantizaba su apoyo incondicional. Se trataba, por tanto, de un acto populista, hecho de cara a la galería, pues se ganaba el favor de la plaza —o de su parte más bullanguera— dedicando una faena que no se intuía brillante.

JORGE DE ESTEBAN

[…] mientras que no sea obligatorio prestar juramento para testimoniar y no sea tipificado como delito el perjurio cometido ante los representantes del pueblo, esta forma de control tendrá la misma eficacia que un **brindis al sol.**

« Comisiones de Investigación, ¿para qué?», *El Mundo,* 08/12/1994.

PATXO UNZUETA

No ha sido apreciado como merece el hecho de que un dirigente socialista en la oposición se proclamara partidario del equilibrio presupuestario. Se le ha reprochado que fue un **brindis al sol** porque a continuación planteó una serie de políticas sociales cuyo coste descabalgaría el equilibrio.

El País, 30/10/2002.

hasta la bandera

«El estadio estaba lleno hasta la bandera», suelen reportar las noticias deportivas para hacer referencia a la masiva afluencia de espectadores. La expresión —que significa 'por completo', si tiene valor adverbial, o 'repleto, abarrotado', si equivale funcionalmente a un adjetivo— se incluyó en el diccionario académico muy recientemente, en la vigesimosegunda edición, de 2001, pero se documenta ya en las crónicas taurinas de comienzos del siglo XX: « Con un lleno hasta la bandera se celebra la cuarta de abono, actuando Machaco, Vicente Pastor y Gallito, con seis pupilos de Benjumea», puede leerse en un ejemplar de *La Correspondencia de España* de abril de 1913. No se trata de un dato baladí, claro, porque la fecha y la abundante documentación nos permiten descartar cualquier otro origen. La construcción procede con certeza del mundo de los toros. Y la cosa cuadra, pues era tradición cuando había corrida que en lo alto de los cosos ondeara siempre la bandera nacional. Todavía ocurre hoy. Así, por ejemplo, en la página web sobre las características de Las Ventas, la plaza madrileña, se lee: «Siempre que en su interior se desarrolla actividad pública, ondean las banderas sobre el torreón de la Puerta Grande». Todo muy bonito…, aunque no todos lo disfruten por igual, claro. ¿O acaso es lo mismo ver los toros desde la barrera que desde la bandera?

ANDRÉS MERCÉ VARELA

Se emitieron tantas cuantas localidades y billetes podía contener el estadio. Puede afirmarse que este se hallaba completo **«hasta la bandera».**

Traducción de Fútbol. La Copa del Mundo de Jules Rimet , 1955.

LAURO OLMO

Suegra .— […] Pregúntaselo, anda; se lo he dicho más de una vez. Tú eres como ella, y como yo. ¡Ay, si viviera tu suegro! Mira, ¡mira con qué entusiasmo te beso también el uniforme! (Poniéndole la gorra de plato). Y ponte, ponte la gorra, que te sube el guapo
hasta la bandera.

El cuarto poder, 1963-1967.

ALFONSO ROJO

El bar estaba **hasta la bandera** y el bullicio era notable. Quizá por eso no descubrió a Villamuera hasta al cabo de un buen rato y eso que el comisario permanecía a diez pasos de él, acomodado en una de las mesas situadas junto a la puerta.

Matar para vivir , 2002.

ponerse el mundo por montera

Ponerse el mundo por montera supone prescindir de la opinión de los demás, hacer lo que uno quiere atendiendo exclusivamente a sus criterios e intereses. Y es algo que viene haciéndose o, al menos, diciéndose desde tiempo atrás, pues la Real Academia recoge la expresión en la duodécima edición de su diccionario, de 1884. La montera —que hoy identificamos exclusivamente con los toreros— era una especie de gorro o sombrero de paño que tuvo diversas formas o hechuras. La idea de trastocar los usos y poner por montera otro objeto es relativamente común en nuestra lengua desde antiguo y tiene fuerza como imagen: «Si me apuras la paciencia *te he de poner el puchero*
en los sesos por montera» (*El celoso don Lesmes* [c. 1790], Vicente Rodríguez de Arellano). Tanto que a lo largo del siglo XIX son numerosos los textos en que se utiliza esta hiperbólicamente: «entró el célebre don Martín Garay, que más que hombre era una escuela, pues trajo al ministerio todo un plan e idea completa para reformar la

Hacienda Pública, tarea equivalente a beberse el mar o a ponerse por montera el Moncayo», puede leerse en *La segunda casaca* (1876), de Galdós. Y a partir de aquí queda un paso, porque el modismo no solo funciona por vía de la hipérbole (quien es capaz de ponerse el mundo por montera es capaz de cualquier cosa), sino también a través del juego de palabras (el mundo es, además, la sociedad humana, con sus modas, usos y costumbres). Resulta curioso, por otra parte, constatar cómo el pueblo —como hacedor de la lengua— relaciona la moda con la falta de libertad individual. Piénsese, por ejemplo, en la capa y el sayo. Y por algo será, porque sin hilo no se dan puntadas.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

Y a unos y a otros los seducía, los corrompía, y los juntaba en una especie de solidaridad del vicio la vida que hacían, **poniéndose el mundo por montera,** según la frase predilecta de Emma, y, viviendo alegres, siempre mezclados en conciertos, en jiras campestres, en banquetes a puerta cerrada.

Su único hijo, 1891.

LUIS MATEO DÍEZ

—Ahora es peor, Garduña. La edad me hizo perder fondo, no piso sobre seguro. La cabeza la tengo volada.
—Yo la tuve siempre y de ello me complazco. La niña que la tenía a pájaros fue la muchacha que perdió los estribos y la joven que **se puso el mundo por montera.** De la mujer de armas tomar no voy a vanagloriarme […].

El oscurecer (Un encuentro), 2002.

saltarse algo a la torera

La expresión equivale a ‘no respetar una obligación o compromiso, no hacer caso de ellos’ y tiene cierta solera: está ya en uso a comienzos del siglo xx y la Real Academia la recoge en la decimosexta edición de su diccionario, de 1936. Ya sabemos que «saltarse una cosa» es precisamente ‘omitirla, no tenerla en cuenta’, pero ¿por qué a la torera? Es tradición antigua que en algunos festejos y espectáculos taurinos se realicen saltos por encima del lomo del toro cuando este lleva a cabo su embestida. Todavía hoy mantienen esta tradición secular los recortadores, que practican distintas suertes: a pies juntos,

el ángel, el tirabuzón, el mortal… Saltar a la torera no es llevar a cabo ninguno de estos saltos —aunque se inspire en ellos—, sino hacerlo apoyando una o ambas manos sobre el obstáculo, pasando por encima el cuerpo con los pies juntos y sin rozarlo. Como cuando se salta la barrera. A la torera, como es ley de vida, saltan niños y jóvenes, y así se atestigua en este texto de 1906 tomado del semanario satírico *Monos* : «Separa el jardín del paseo de coches la famosa barra donde han aprendido a saltar a la torera el Ninchi y el Garipa, aquí presentes, y algún zángano que a saltos ha llegao a ministro». De esta expresión se deriva el uso figurado, el que aquí interesa, en el que «a la torera» tiene un valor enfático. Porque a la torera, como es sabido, se hacen las cosas con gallardía y desenvoltura. Vamos, que quien se salta una norma a la torera se la salta poco menos que olímpicamente. Y con más arte.

EUGENIO D'ORS

Este, fuerte en su experiencia técnica, les sorprendía, proclamando la verdad de una sensación que los otros, bajo el peso de versiones cenestésicas y hasta literarias, y hasta si se quiere tópicas, **se saltaban a la torera.**

Tres horas en el Museo del Prado, 1923.

JOAQUÍN CALVO SOTELO

¿En qué nos basábamos? En que la Cancillera bebía los vientos por el Embajador del país vecino y no estaba dispuesta a que se lo quitasen por una cuestión de límites, puesto que ella se los **había saltado** todos **a la torera.**

Una muchachita de Valladolid, Comedia en dos partes, 1957.

ROSA M. TRISTÁN

Cumpliendo con las órdenes de la Junta, una patrulla acudió a inspeccionar el lugar y observó «in situ» cómo los propietarios **se habían saltado** el precinto «**a la torera** ». Acto seguido pusieron la correspondiente denuncia.

El Mundo, 19/07/1996.

GABRIEL GARCÍA MÁQUEZ

No traté de aliviar la alarma de nadie. Al contrario, exageraba mi condición de minusválido para eludir deberes. Sin embargo, mi padre **se saltó** la ciencia **a la torera** y antes de irse me proclamó responsable de casa y familia durante su ausencia

Vivir para contarla, 2002.

¿Ciencias o letras?

de tres al cuarto

Algo de tres al cuarto es algo 'de escaso valor, importancia o categoría'. El uso de la expresión se atestigua ya a comienzos del siglo XVII y la Real Academia se hace eco de ella en el *Diccionario de autoridades* (1737). El cuarto, según confirma este primer repertorio académico, era una moneda de cobre que circulaba en Castilla desde el siglo XIV , equivalente a cuatro maravedís. Su valor era más bien escaso, lo que hacía de las monedas de cuarto las más empleadas en el día a día, en la vida cotidiana. Se utilizó, por ejemplo, para fijar el precio del pan. En 1608, el importe de las dos libras (la libra equivalía en Castilla a 460 gramos) de pan de corte, el de mejor calidad, ascendía a seis cuartos. Así que imagine el lector la estimación de un producto del que se podían adquirir tres piezas por un único cuarto, tal y como deja bien a las claras la construcción. De lo que no cabe duda es de que la moneda —no en vano siguió acuñándose hasta el siglo XIX — dejó huella en el pueblo. Tanta que, como muchos lectores ya habrán intuido, se deriva de ella ese término popular que, en plural, hace referencia al dinero: porque, como es natural, todos pensamos en los cuartos de vez en cuando. Sobre todo cuando escasean.

ANTONIO ENRÍQUEZ GÓMEZ

«Hola», dijo el diablo, «la cortesía en su punto, ¿qué modo de hablar es, "Ven acá, perro"? ¿Piensas, inquisidor **de tres al cuarto,** que soy yo algún pobrete de los que haces confesar a puro cáñamo? [...]».

La inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos, 1642-1643.

JOSÉ MARÍA PEREDA

—Es que yo no soy como esas embaucadoras **de tres al cuarto,** que andan por la plaza engañando a las inocentes con una mala baraja sin virtud.

Tipos y paisajes, 1871.

DULCE CHACÓN

La detención de Pepita resultará decisiva para don Fernando, que lleva una semana escogiendo las palabras que le dirá a su padre cuando le comunique que rechaza su oferta de trabajar como médico en la prisión de Ventas. Una semana le dio de plazo su padre para pensarlo.
—Mira, Fernando, tú eres médico, no un contable **de tres al cuarto.**

La voz dormida, 2002.

erre que erre

'Tercamente, con tenacidad, de forma obstinada', tal es el significado de la expresión que tenemos entre manos. Se atestigua su uso desde mediados del siglo XVII y se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1732). Muy minoritaria, pero también documentada, es la versión *erre a erre,* que emplea Quevedo en el *Cuento de cuentos* (1626): «¿Hay cosa como ver un graduado, con más barbas que textos, decir enfurecido: "¡Voto a tal que se lo dije de pe a pa!"? ¿Qué es pe a pa, licenciado? Y para enmendarlo dice que se está erre a erre todo el día». Según opinión extendida, podría proceder de la dificultad que implica para algunos niños, cuando están aprendiendo las letras, pronunciar la erre —el fenómeno se denomina rotacismo, tropiezan también en ello muchos extranjeros—: de modo que no es extraño que estuvieran, y que estén hoy todavía, erre que erre practicando con ella. Resultan muy clarificadores los versos de Carlos de Sigüenza y Góngora: «Letras ignora perfectas, *y si alguna a aprender va* erre que erre se está; / pero sabe bien las zetas» (*Triunfo parténico* [1683]). Y piénsese en ese célebre trabalenguas del perro de San Roque, el que no tiene rabo. Sin embargo, la Real Academia —siguiendo la idea de arabistas como Federico Corriente— parece discrepar abiertamente, pues interpreta ese *erre* (no es cuestión baladí que en Andalucía se escribiera también *herre,* con esa hache delatora)como un posible acortamiento del árabe hispánico ḥ *írr (úmmak),* ' la vulva de tu madre', interjección malsonante que utilizaban los arrieros moriscos para espolear a las caballerías. Y nosotros apuntando a los niños. ¡Angelitos!

BAPTISTA REMIRO DE NAVARRA

Sacó doña Terencia la cara, clamando furiosa: «¡arre, arre!», y los caballos **erre que erre.** La fatiga de todos era grande; el cochero latía su azote y los caballos juzgaban que el sonido era campana de queda.

Los peligros de Madrid, 1646.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Ya he dicho a Prim que me parecen ridículos esos tratos y contubernios... Y

Prim, **erre que erre,** empeñado en echarme a mí el mochuelo...

La de los tristes destinos, 1902.

MIGUEL ÁNGEL SABADELL

—Les habla el capitán de un buque de la armada de los Estados Unidos. Repito, cambien su curso.
Y los canadienses, **erre que erre,** respondieron:
—No, repetimos: ustedes deben cambiar su curso.

El hombre que calumnió a los monos, 2003.

gramática parda

La expresión se documenta en la primera mitad del siglo XVIII y, de hecho, se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* (1734), donde se define así: «Se llama la ciencia natural que tiene el hombre, y con la cual discurre en sus negocios, de suerte que no se deje engañar». Y se añade: «Díjose *parda* porque su método en hablar es basto y rudo». Ahondando en este aspecto, Covarrubias señala que el «vestido pardo es propio de gente humilde, y el más basto se llama *pardillo* ». Y así se define este último término en el primer diccionario académico: «Paño más tosco, grosero y basto, que se hace del color pardo y sin tinte, de que viste la gente humilde y pobre».

El origen de la gramática de que hablamos, por tanto, parece claro: es la propia de la gente humilde, sin instrucción ni pulimento, y por tanto innata, del mismo modo que resulta natural el vestido pardo, el pardillo, que carece hasta de tinte. Ahora bien, vistas así las cosas, y como sucede a menudo en el refranero, términos semejantes significan una cosa y la contraria. Porque las «gentes del pardillo» —así se llamaba a quienes vestían este paño— eran a la vez percibidas como incautas y fáciles de estafar. No hace falta incidir en el significado actual de esta voz. Y, por el contrario, la gramática parda exige habilidad y astucia, recelo y algo de malicia. Claro que es más que posible que quienes estén dotados naturalmente de gramática parda logren abandonar las humildes huestes del pardillo, generalmente para servir a los poderosos, que saben utilizar sus artes sin tener que recurrir personalmente a ellas. Por cierto, que quien tenga interés en mejorar en estos menesteres, puede leer el *Curso de gramática parda* (1833) del costumbrista Ramón Soler, obra satírica en la que el bachiller Cantaclaro proporciona «reglas fáciles y sencillas para poder

vivir sin trabajar».

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

Pudiera suceder que, así como todas las susodichas saben al dedillo la **gramática parda,** algunas supieran igualmente deletrear, y llegase a sus manos este articulejo, o se lo oyeran leer a algún oficioso ayuda de cámara.

Opúsculos en prosa , 1888.

FERNANDO SÁNCHEZ DRAGÓ

[…] y, naturalmente, de chulos, bribones, pillos y golfantes, que siempre la santidad y el trajín litúrgico han hecho buenas migas con las juntas de pícaros y la **gramática parda .**

El camino del corazón , 1990.

hablar en plata

La expresión, que se emplea con el significado de ‘hablar claramente, sin rodeos ni ambages’, tiene larga tradición y, aunque aisladamente, se documenta en la primera mitad del siglo XVI . De hecho, se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1737), el primero de la Real Academia. La realidad es que no hay certidumbre sobre su origen. Es verdad que la plata puede interpretarse como un símbolo del dinero, y ya se sabe que el lenguaje del dinero resulta siempre directo, inequívoco, rudo. Montoto, en *Un paquete de cartas* (1888), señala a propósito del modismo que «de nuestra lengua dijo un escritor francés que es “pura como el oro y sonora como la plata”». No es más que una cita literaria, naturalmente. Y, en realidad, si de la sonoridad de la voz se trata, hubiera sido más adecuada la imagen del bronce: broncínea era la voz de Estentor (de ahí la «voz estentórea»), heraldo de los aqueos en la guerra de Troya. Sin embargo, la comparación del oro y la plata tiene su sentido, pues el oro representa —aparte del vil metal — la pureza, y hablar en plata a menudo implica cierta aspereza o brusquedad.

Todo esto está muy bien, claro, pero existe una hipótesis bastante más verosímil. Las vetas de plata contienen generalmente muchas impurezas. El metal precioso, el más blanco de la naturaleza, se presenta combinado con otros elementos formando los minerales de plata. Así que es necesario llevar a cabo un proceso de refinado —

antiguamente se sometían al fuego—. El resultado es, por tanto, un producto puro, acrisolado, como el lenguaje cuando se elimina cualquier elemento superfluo o engañoso. La imagen no es nueva. Aparece ya en el Libro de los Salmos, donde Dios responde así a un suplicante que se lamenta de las mentiras, los «labios engañosos y doblez de corazón» de los hombres: «Las promesas del Señor son sinceras como plata purificada en el crisol, depurada siete veces».

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Pero pues ha venido al propósito **hablar en plata,** quiero que sepáis, lector, que adelante hallaréis fecha mención de una nao que vino de las Indias poco ha […].

Historia general y natural de las Indias , 1535-1557.

SEBASTIÁN DE MIÑANO

[...] porque, **hablando en plata,** me añadió, hace ya unos tres años que estoy en pleito con un bergante, el cual me quiere cobrar la renta de un molino que tiene junto a Yébenes.

Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional, 1820-1823.

MIGUEL DELIBES

Pues, entonces, botarate, ¿a qué con tanta indulgencia con mi hermana? Hay que ser imparciales, cariño, y Julia, **hablando en plata,** fue una sinvergüenza [...].

Cinco horas con Mario, 1966.

llámalo hache

Se emplea la expresión para indicar que no importa el nombre que se le dé a algo: «¿Que no es exactamente un error? Llámalo hache», suele decirse. Existe una variante más reciente con el sustantivo *equis,* puesto que esta letra es el símbolo de la incógnita en las ecuaciones matemáticas. Puede corresponderle, por tanto, cualquier valor. Como se ve no es una elección aleatoria y tampoco debería serlo en el caso de la hache. Pero el motivo de la presencia de esta letra sería —según Julio Cejador— precisamente el inverso, porque si algo caracteriza a la hache en español es la ausencia de valor fónico (de ahí que en italiano *non valere un' acca* signifique 'no valer un bledo'). Por tanto

llámalo hache viene a significar 'llámalo de cualquier manera, incluso con el nombre de una letra que no representa sonido alguno (que no es, en última instancia, nada): es igual'. Esto no fue siempre así —nos referimos a la ausencia de valor fónico de la hache—, porque la procedente de la efe inicial latina, que se perdió en castellano por influjo del vasco (*far ī na* > *harina; folia* > *hoja*), mantuvo su aspiración hasta mediados del siglo XVI. Sin embargo, para el caso que nos ocupa lo mismo nos da, puesto que la expresión, que la Real Academia incorporó en el suplemento de la undécima edición de su diccionario, de 1869, no parece estar en uso mucho antes del segundo cuarto del siglo XIX . Y por entonces, naturalmente, la hache no era ya más que una reliquia etimológica.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Allí se trataba de vivir como ahora vive usted, y aquí se trata de vivir de otra manera muy distinta.
—Pues **llámelo hache** , con todo y con ello.

Peñas arriba, 1895.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

«En ese caso, vengo a anunciarte que el anatema te coloca fuera de la ley, y que como delincuente vulgar caes bajo la jurisdicción civil». «Mejor podrías decir que a merced de la fuerza». El canónigo sonrió con desprecio. **«¡Llámale hache!».** «Le llamo simplemente asesinato». «Quien mata en nombre de Dios, ejecuta».

La saga/fuga de J. B., 1972.

ANDRÉS BERLANGA

—¡**Llámala hache** , cagüental! ¿Qué es sino una bici con la que te paseas y hasta te vas a Anchuelilla?

La gaznápira , 1984.

mantenerse en sus trece

Estamos ante una expresión antigua, que se emplea con el significado de 'mantenerse o persistir con pertinacia en una actitud u opinión'. Se recoge ya (con el verbo *estarse*) en el *Diccionario de autoridades* (1739), pero se documenta con bastante anterioridad, a mediados del siglo XVI . Existen distintas hipótesis sobre su origen. Hay, por

ejemplo, quien la ha relacionado con el aragonés Benedicto XIII, el célebre Papa Luna, por su obcecación en mantener la mitra papal durante el Cisma de Occidente hasta su muerte en el castillo de Peñíscola (1423). En esta interpretación, naturalmente, «sus trece» hace referencia al número que acompaña a su nombre como pontífice.

La teoría más comúnmente aceptada, sin embargo, es la que relaciona el modismo con un juego semejante a las siete y media o a las veintiuna. El objetivo de este, por consiguiente, era alcanzar una puntuación determinada —quince en este caso— o acercarse lo más posible a ella sin pasarse. De modo que *mantenerse en sus trece* equivalía a plantarse en esta puntuación, desechando una nueva carta. De la antigüedad del juego —que recoge la Real Academia desde su primer diccionario— deja constancia Covarrubias al hablar de otra expresión *pecar por carta de más o de menos:* «Es tomado del juego del quince o del juego del veintiuno». Y el *Guzmán de Alfarache* (1599) confirma su popularidad: «en este tiempo me enseñé a jugar la taba, el palmo y al hoyuelo. De allí subí a medianos: aprendí el quince y la treinta y una, quínolas y primera».

No obstante, no se trata más que de una teoría, y nada prueba el que con alguna frecuencia se oponga al trece el catorce —jugada superior, lógicamente—, como se ha sugerido: «Una niña de lo caro, *que en pedir está en sus trece* y en vivir en sus catorce,
que unos busca y otros tiene, no dejó en todo su barrio / alhaja que no pidiese («Toros y cañas en que entró el rey nuestro señor don Felipe IV», Quevedo)». Puede interpretarse como un simple juego de palabras.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Pero allá tiene la honra
el cristiano en tal extremo,
que asir en un trance el remo
le parece que es deshonra;
y, mientras ellos allá
en sus trece están honrados,
nosotros, dellos cargados,
venimos sin honra acá.

Comedia llamada Trato de Argel , 1580.

ESMERALDA SANTIAGO

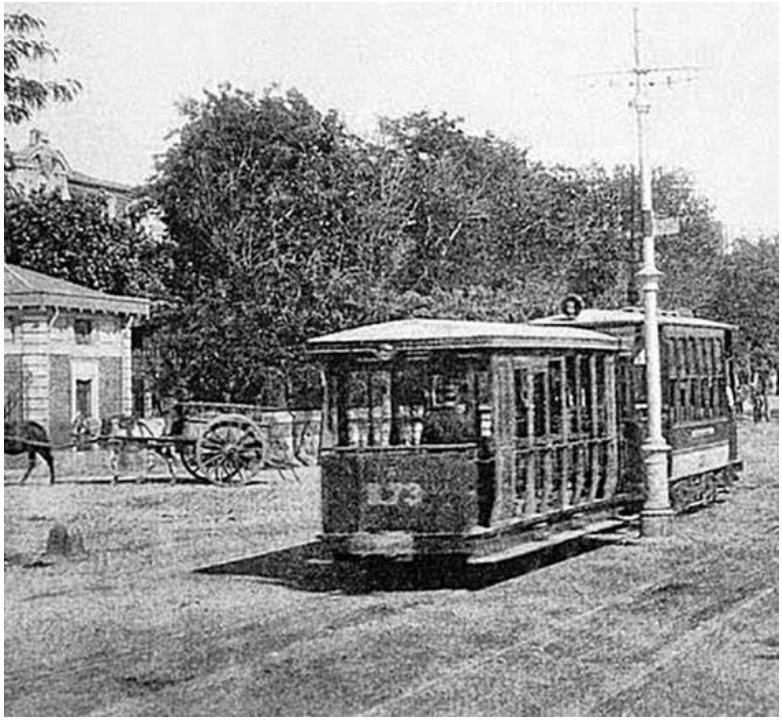
Pero Rosalinda **se mantiene en sus trece** , una niña de catorce años que parece una mujer, que cree ser mujer porque tuvo relaciones sexuales con un hombre.

El sueño de América , 1996.

más chulo que un ocho

Quien es más chulo que un ocho es 'muy chulo'. Se trata, por tanto de una expresión ponderativa. Su origen no está nada claro, aunque la teoría más extendida apunta al tranvía número ocho de Madrid, que unía la Puerta del Sol con la Bombilla, donde había dos merenderos de mucho renombre, La Huerta y Casa Juan, y sonaba la música de los organillos: el chotis, es de suponer. Pasaba además por el paseo de la Florida, en las inmediaciones del Manzanares, junto a la ermita de San Antonio, atravesando algunas de las áreas del Madrid más castizo, el de los chulapos y chulapas. Estos, especialmente en las festividades más señaladas, abarrotaban el tranvía, de modo que bien acuñado está el dicho. ¡Qué mayor chulería que la de un tranvía, el ocho, cargado de chulapos!

Las fechas cuadran, porque la línea —inicialmente no electrificada, los primeros tranvías eléctricos circularon en 1899— se inauguró en 1879 y la expresión no se documenta hasta entrado el siglo XX . Lo que llama la atención y plantea algunos interrogantes es que en los periódicos madrileños de la época la explicación del tranvía se enfoca siempre de forma jocosa, y que la difusión del modismo coincide con la publicación de *Más chulo que un ocho* (1917), novela erótico-festiva de Joaquín Belda. Eso y que no se puede negar la figura arrogante y jaranera del ocho, del guarismo en este caso, con su singular simetría: «más chulo que un ocho con dos agujeros», se dice a veces, o «más chulo que un ocho al revés», o «más chulo que un ocho, que de pie vale ocho y tumbado infinito». Así que a achantar la mui, que no por mucho que el menda le dé a la húmeda, la hipótesis acaba de ser más fetén.



RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁ N

El capitán Pitito.— ¡Por borrachín, a la Delega!
Max. — ¡Y **más chulo que un ocho** ! Señor Centurión, ¡yo también chanelo el sermo vulgaris!

Luces de bohemia , 1924.

CARLOS PÉREZ MERINERO

—Buenos días —me dice uno de los guripas, un tipito **más chulo que un ocho por ocho,** que seguro que en los buenos tiempos fue de la social. ¿Es suyo el coche?

Días de guardar, 1981.

poner los puntos sobre las íes

El punto de la *i* minúscula es relativamente reciente. Cuando se

introdujeron los caracteres góticos —en torno a los siglos XII-XIII —, existía el riesgo de equivocar la secuencia *ii* con la *m,* la *n* y, sobre todo, la *u.* De modo que comenzó a emplearse una virgulilla sobre ambas íes. Este es el origen del punto que hoy remata la vocal, que data ya del siglo XVI . Es posible que tal añadido fuera percibido en origen por los copistas y escribanos como una tarea minuciosa, por lo que algunos autores han pensado que fue entonces cuando se formó la frase. La cosa cuadraría muy bien con la primera definición que de ella ofrece la Real Academia, que solo la incorpora a su diccionario en el suplemento de su decimotercera edición, de 1899: «Acabar o perfeccionar una cosa con gran minuciosidad». Sin embargo, la tardanza de la docta casa no es casual, puesto que no parece existir rastro de la expresión hasta la primera mitad del siglo XIX . La teoría, por tanto, parece descartada, al menos en lo relativo a la secuencia temporal. Podría haberse formado más tarde. El mismo Galdós deja constancia de que la preocupación por el tema continuaba existiendo siglos después en *Juan Martín el Empecinado* (1874): «Cuidado con los puntos sobre las íes... que no se te olviden... ponlos bien redondos», dice el protagonista. En todo caso, el punto sobre la *i* no deja de ser, ahora y también entonces, un detalle que clarifica, un remate, una precisión, de modo que el empleo metafórico de la construcción en el sentido de 'puntualizar o concretar algo que no había sido suficientemente determinado' —el que hoy entendemos como más habitual, atestiguado desde el principio— no resulta sorprendente.

Y la expresión podría proceder, incluso, de la Biblia; en Mateo 5, 18 dice Jesús: «Antes pasarán el cielo y la tierra que pase una sola jota o una tilde de la ley»; en efecto, la jota es la *i* y la tilde es el punto que se pone encima. De ahí procede, evidentemente, *no faltar ni una jota,* pero también puede venir lo de *poner los puntos sobre las íes.*

BENITO PÉREZ GALDÓS

Aparisi, propietario y concejal de oficio, era un hombre que se preciaba de **poner los puntos sobre las íes;** pero con el marqués de Casa-Muñoz no le valía su suficiencia, [..].

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

CARMEN MARTÍN GAITE

Pero ahora, a finales del siglo, la escritora aragonesa **ponía** mucho más vigorosamente **los puntos sobre las íes** que nadie lo hubiera hecho nunca antes de ella.

Usos amorosos del dieciocho en España, 1972.

Ardor guerrero

andar a la greña

«Dos no riñen si uno no quiere», asegura el refrán. Y lo mismo puede decirse de andar a la greña, que,
a fin de cuentas, no es sino reñir acaloradamente.

Una greña —se usa generalmente en plural— es el pelo o el mechón de pelo revuelto o despeinado: «sin aseo ni compostura», si hacemos caso del *Diccionario de autoridades* (1734). Este mismo diccionario recoge ya la locución, que define así: «Frase familiar que se dice de las mujeres cuando riñendo se agarran y tiran de los cabellos».

Dejando a un lado el rancio machismo de la definición —a veces es conveniente echar la vista atrás para comprobar cuánto hemos avanzado, aunque quede todavía un largo camino por delante—, esta deja bien a las claras el origen de la expresión y demuestra que viene de antiguo (incluso anterior es otra expresión semejante que hoy ha caído en desuso: *andar al pelo,* que equivalía a 'andar a golpes'). Todos tenemos la imagen en la mente. Y es que hasta la más cuidada cabellera acaba convertida en greña tras una disputa de este tipo. O desgreñada, que, para el caso, es lo mismo.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

[…] les cuenta que la cena no tiene arte ni sustancia, y que sus hermanas no piensan más que en emperejilarse, y que no tienen más camisa que la puesta y otra, y que a veces **andan a la greña** […].

Tipos y paisajes, 1871.

ISABEL HIDALGO

¿Por qué siempre acabáis **a la greña** con la política? ¿Qué más dará que manden unos u otros? A ver si crees que alguno tiene una varita mágica.

Todas hijas de su madre, 1988.

caballo de batalla

La expresión se utiliza hoy, fundamentalmente, para hacer referencia al ‘punto más debatido de una cuestión, el que genera mayor polémica’. Su uso con este significado se remonta a la primera mitad del siglo XIX y el diccionario de la Real Academia lo recoge ya en la

edición de 1899, la decimotercera. Treinta años antes se había hecho eco de la acepción recta: «el [caballo] que los antiguos guerreros y paladines se reservaban para el día de combate, por ser el más fuerte, diestro y seguro entre los que poseían». Era costumbre, en efecto, reservar para este cometido uno de los caballos, ejercitándolo para tal fin. Debía ser, claro, veloz y ágil, pero también fuerte, pues al peso del caballero había que sumar el de sus armas y armadura. Hasta el momento de entrar en combate el caballo de batalla era el más cuidado, el que recibía todas las atenciones. Y este significado es el que, en primera instancia, acabó adquiriendo figuradamente la expresión: «Aquello en que se pone más empeño para conseguir algo o vencer una dificultad». En el paso de esta acepción —recogida también por la Real Academia en 1869— a la que tenemos entre manos el deslizamiento semántico es ya mínimo y viene determinado por las propias características del caballo: este es el preferido, el más atendido de la cuadra, pero es además el de la guerra, el de la contienda, el de la controversia, por tanto. Y hasta época moderna, pieza básica de la batalla.

MODESTO LAFUENTE

Y en cuanto a los términos en que venían redactadas las credenciales, que fue y está siendo todavía el gran **caballo de batalla,** si lo hubieran estado como las que a mí me acreditaban cerca de Luis Felipe, no hubieran dado lugar a tantas disputas [...].

Viajes de fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin, 1842.

BENITO PÉREZ GALDÓS

A propósito. Mi maestra dice que pronto sabré más que ella. La pronunciación es el **caballo de batalla;** pero ya me soltaré, no te apures, que esta lengüecita mía hace todo lo que quiero.

Tristana, 1892.

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

En cuanto al amor, era el **caballo de batalla** del doctor Enmanuele, siempre y cuando se tratase del amor que no pide nada a cambio.

Mujer, levántate y anda. Novela, 1962.

ÁNGEL BAHAMONTE MAGRO

De manera reiterada se asistió a la manipulación de cifras, a la interpretación subjetiva de las mismas, de modo tal que el endeudamiento se convirtió en **caballo de batalla** permanente y en discurso de agitación.

El Real Madrid en la historia de España, 2002.

carne de cañón

Pocas expresiones pueden ser más crueles y desdeñosas que esta, pues ser carne de cañón implica una ausencia absoluta de valor personal, hasta el punto de ser expuesto a la muerte —o, por extensión, a cualquier otro peligro o situación grave— sin ninguna consideración ni miramiento. Su uso se documenta ya a mediados del siglo XIX y en la siguiente centuria, en la decimoquinta edición de su diccionario, de 1925, la recogió la Real Academia. La metáfora es transparente, pues la carne es la correspondiente a los soldados condenados a morir en la batalla, a ser sacrificados en ella por consideraciones tácticas y servir, por tanto, de alimento a los caño nes. La frase (en francés, *chair à canon*) se atribuye a Napoleón Bonaparte. Y de ello se hace eco Ramón de Campoamor en sus *Doloras* (1946): «Él [Napoleón], que carne de cañón *pudo a los hombres llamar,* ve a un insecto peligrar / con pena en el corazón». Con seguridad, la emplea Chateaubriand, uno de los fundadores del Romanticismo literario galo, en *De Bonaparte et des Bourbons* (1814), precisamente un alegato antinapoleónico. Pero fuera uno u otro quien la acuñara, parece claro que el español la tomó del francés. La imagen, en todo caso, es universal, y ya Shakespeare, en la primera parte de *Enrique IV* (a. 1597), hace decir a Falstaff, refiriéndose a sus soldados, que son «food for powder» (literalmente 'comida para pólvora').

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Conjuntamente con la organización política del Perú bajo su nueva planta teórica, el futuro «Protector de indígenas» [...] decretó la organización de cuatro ejércitos, cuya **carne de cañón** serían, en el momento oportuno, aquellos mismos infelices indígenas sus protegidos.

La campaña de Lima, 1881.

ALBERTO INSÚA

Los blancos habían decretado que el hombre de color fuese una bestia o un hombre primitivo en quien se llamase celo lo que ellos, los blancos, llamaban amor. [...] El negro fuera de su tribu solo podía ser **carne de cañón,** máquina humana o músico de *jazz-band.*

El negro que tenía el alma blanca, 1922.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

«¡En la jerarquía de los santos, los casados no somos más que soldados rasos, **carne de cañón** vil!», había asegurado el Poncio en su comentario [...].

La saga/fuga de J. B., 1972.

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Quería que el público supiera cómo fue la batalla [de Trafalgar] desde dentro, que se sintiera **carne de cañón** en esa carnicería, que se horrorizara de su propia memoria.

El Mercurio, 04/11/2004.

con cajas destempladas

«Salió de allí con cajas destempladas», se oye a menudo. La expresión, que se utiliza con el significado de 'con malos modos, de mala manera', está en circulación al menos desde el siglo XVII . Tiene ya entrada en el *Diccionario de autoridades* (1737), donde, además, se nos facilitan las claves sobre su origen, que hay que situar en el Ejército. Pero antes aportemos algo de luz sobre sus componentes, pues la caja es el tambor, según uso frecuente entre los militares, y destemplar un instrumento musical es 'hacer que se aparte del tono adecuado, que presente un sonido disonante'. Pues bien, atendiendo al citado diccionario, *con cajas destempladas* se echaba de una compañía o regimiento al soldado que había cometido algún delito «ruin e infame»: destemplando las cajas o tambores y acompañándolo con su sonido hasta abandonar el lugar. Las cajas destempladas eran en general manifestación de un acontecimiento luctuoso: «Casi a los fines del año de 1559 llegó la nueva de su fallecimiento […]. Pregonose en toda esta villa a son de cajas destempladas, y recibieron todos la noticia con muchas demostraciones de sentimiento» (*Historia de la villa imperial de Potosí* [1702-1736], Bartolomé Arzans de Orsúa y Vera). En este caso, sin embargo, expresaban deshonor e infamia. De hecho, acompañaron en ocasiones el recorrido de los reos que eran conducidos al patíbulo. ¡Como si la horca no fuera suficiente castigo!

ANÓNIMO

Reí[a]me yo de todos estos disparates, y por un oído me entraba su reprehensión y por otro me salía; y finalmente fueron tantas mis rapacerías y inquietudes que me vinieron a echar del estudio poco menos que **con cajas destempladas.**

La vida y hechos de Estebanillo González, 1646.

LUCIO VICTORIO MANSILLA

Estaba haciéndoles estas prudentes observaciones sobre la regla de conducta que debían observar, y como un indio me pidiera el pañuelo de seda que tenía al cuello, aproveché la ocasión para despedirlo **con cajas destempladas.**

Una excursión a los indios ranqueles, 1870.

ADOLFO BIOY CASARES

Garmendia me recibió **con cajas destempladas.** El pobre no podía ocultarlo: estaba de veras molesto.

La trama celeste, 1948.

dejar en la estacada

Abandonados en situación comprometida o peligrosa: así quedamos cuando alguien nos deja en la estacada. El modismo se documenta desde mediados del siglo XVII y se recoge por vez primera en la undécima edición del diccionario académico, de 1869. Sihacemos caso a este último, la estacada era un tipo de fortificación de refuerzo, una simple hilera de estacas clavadas verticalmente que venía a hacer más efectivo otro obstáculo: un foso o un parapeto, por ejemplo. Se trataba, qué duda cabe, de un lugar peligroso, situado en primera línea de batalla. Ahora bien, por el momento en que empieza a utilizarse, los tiros —en lo que al origen del modismo se refiere— no parecen ir por ahí.

Al menos tan peligrosa como esta estacada era otra histórica, que rodeaba y daba nombre al recinto destinado a los desafíos públicos, donde entraban dos, pero normalmente solo uno salía con bien. Después, se empleó este mismo nombre para denominar el palenque o liza, lugar destinado a los torneos, justas y demás juegos caballerescos. Según Rodríguez Marín, es aquí donde se encuentra el origen de la locución. Y es que, pese a que se empleaban armas ofensivas no tan peligrosas como las de guerra (las llamadas *armas corteses:* espada roma, lanza de punta embotada…) no eran raros los accidentes con heridos graves y muertos. Tantos —uno de ellos el mismísimo Enrique II de Francia— que la Iglesia llegó a prohibir los juegos en diversas ocasiones**,** aunquemantuvieron su auge hasta el siglo XVI .

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Pero si preguntamos de dónde viene ese apetito de universo, de integridad del mundo, que es raíz de la filosofía, Aristóteles nos **deja en la estacada.** Para él la cuestión es muy simple, y comienza su *Metafísica* diciendo: «Los hombres sienten por naturaleza el afán de conocer».

Artículos, 1917-1933.

LLUIS FOIX

El Gobierno tendrá que buscar soluciones alternativas, en otras latitudes y en otros caladeros, para no **dejar en la estacada** a la poderosa industria de pesca española.

La Vanguardia, 17/04/1995.

echar su cuarto a espadas

Lo de que alguien eche su cuarto a espadas siempre nos ha resultado un poco críptico. ¿Qué quiere decir exactamente? Pues según el diccionario nada demasiado complicado: 'tomar parte en una controversia o discusión ajena'. La frase tiene su tradición, pues se documenta ya en la segunda mitad del siglo XVIII y la Real Academia la recoge en la quinta edición de su diccionario, de 1817. Lo del cuarto parece suficientemente claro, pues este debe ser una moneda (" DE TRES AL CUARTO "), y lo mismo se echa un cuarto a espadas que se da un cuarto al pregonero. Más complicado es determinar lo de las espadas. No son pocos los que piensan en los naipes y, más concretamente, en el palo de la baraja española. Bien pudiera ser, naturalmente, pero existe otra hipótesis en general más aceptada. Sabemos que a finales del siglo XVIII y principios del XIX viajaban por los pueblos y ciudades de España maestros de armas ambulantes que ofrecían lecciones públicas de esgrima. Y los interesados en adiestrarse en el uso de la espada y tomar parte en el espectáculo —por aquí se relaciona el hecho con el significado de la expresión— depositaban una moneda o cuarto en el platillo dispuesto a tal efecto. Pero, en todo caso, la espada como metáfora de la disputa o controversia funciona en los dos casos. Decantarse por una u otra opción queda en manos del lector. Vamos, que en esta ocasión nos abstenemos de echar nuestro cuarto a espadas. ¿O acaso ya lo habremos hecho?

MARIANO JOSÉ DE LARRA

Es de primera necesidad que se vista de majo y **eche un cuarto a espadas** en cualquier funcioncilla de toros extraordinaria que entre señoritos aficionados se celebre [...].

«Carta última de Andrés Niporesas al bachiller don Juan Pérez de Munguía», *Fígaro,* 1833.

EUGENIO NOEL

El cinematógrafo tiene de bueno sobre las novelerías escritas dos cosas: que corre y que rechaza lo superfluo. Pero las novelas tienen sobre la cinemática que el autor puede cuando le da la real gana **meter su cuarto a espadas,** y filosofar por su riesgo y cuenta [...].

Las siete cucas, 1927.

LUIS MATEO DÍEZ

—Haré lo que me dé la gana... —gritó el perro enojado, con la voz del Viejo.
—Se ve que hablan la misma lengua, menuda ocurrencia. El amo y el perro **echan** cuando quieren **un cuarto a espadas** .

El oscurecer (Un encuentro), 2002.

mandar a la porra

Lo de mandar a una persona a algún sitio no demasiado agradable cuando estamos enfadados es algo normal. Pero ¿por qué a la porra? ¿Qué tiene de malo? La locución no parece documentarse antes del siglo XIX y el diccionario académico —que no nos da ninguna pista— la recoge muy tardíamente, en el suplemento de la edición de 1970.

Pues bien, la porra era el gran bastón del tambor mayor, el jefe de la banda de tambores y cornetas de los regimientos de infantería, que estaba rematado por un gran puño de plata en forma de globo: «Jamás he contemplado espectáculo tan magnífico para mí como la primera vez que vi en Borja, el año 1833, a los gastadores con gorras de pelo, mandiles, útiles y largas barbas, y al colosal tambor mayor, galoneado de plata, manejando la porra a compás», puede leerse en la obra autobiográfica de Romualdo de Nogués*Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja,* publicada en *La España Moderna* (1895-1897). Y era costumbre en la época que al acampar o acantonarse las tropas se clavara en algún lugar del campamento o acantonamiento este bastón, donde tenían que dirigirse en tiempo de descanso los soldados arrestados que habían cometido alguna falta leve. «¡Vaya usted a la porra», por tanto, debía de ser una voz habitual en la milicia de la época. Tanto que acabó convertida en modismo.

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

Dúo. **Vete a la porra,**
Cara de sarna,
Barriga sucia,
Piernas chorreadas.

La Quijotita y su prima, c.1818.

CARMEN MARTÍN GAITE

Ya estoy harta de oírte todo el día lo que es mi bien y lo que es mi mal. **Te vas a la porra** con tus consejos, te los guardas. Lo que quiero lo sé yo y a nadie le importa. ¡¡Te vas a la porra!!

Entre visillos , 1958.

LUIS MATEO DÍEZ

—Nunca vi animal más pegajoso...
—aseguró, haciendo el gesto de espantarlo—. **Vete a la porra,** chucho, déjame en paz, ya tengo bastante con lo que tengo.

El oscurecer (Un encuentro), 2002.

morder el polvo

Hay que asumir las derrotas, pero lo de morder el polvo puede resultar especialmente doloroso, pues a menudo implica cierta humillación. La expresión se encuentra ya en uso en la primera mitad del siglo XIX y la Real Academia la recoge en 1884. En origen se empleó exclusivamente en el sentido de 'caer rendido en la pelea, ser derribado o muerto' y este es todavía el único significado que figura en el diccionario académico. Según José María Iribarren, «los caballeros de la Edad Media, cuando se sentían mortalmente heridos, tomaban un puñado de tierra y lo mordían, como beso postrero a la madre Tierra». No dudamos de su palabra, pero la expresión no es tan antigua y, en la época en que aparece, tal costumbre había caído en el olvido. Parece más bien un calco del francés *mordre la poussiére,* en uso desde el siglo XVII , puesto que la metáfora, existiera o no la costumbre medieval a que hace referencia el escritor navarro, funciona con mucha naturalidad. Quien ha quedado tendido o muere en la contienda «muerde» figuradamente la tierra (se ha empleado también está variante de la expresión) y traga el polvo que de ella pueda levantarse. Su origen último, eso sí, remite a las justas o torneos medievales, que se celebraban sobre tierra o arena, superficies especialmente polvorientas. En todo caso, y por muy francés que sea su origen, lo de morder el polvo no es plato de gusto, como tampoco lo de besar el suelo, pero, si hay que elegir, cualquier cosa es preferible a mascar la tierra, pues quien tal hace está ya enterrado.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

—No; he venido aquí para deciros, que he visto muerto por mis propios ojos a Sancho de Erviti y a dos escuderos suyos: que los demás se han dispersado, han huido temerosos de **morder el polvo** como sus compañeros.

Doña Blanca de Navarra, crónica del siglo XV: intitulada Quince días de reinado, 1846.

RAFAEL NOGALES MÉNDEZ

Docenas de rurales milicianos y soldados **mordían el polvo,** pero inmediatamente eran reemplazados por otros. Nuestros caballos estaban fatigados.

Memorias, a. 1936.

JUAN BAUTISTA RIVAROLA MATTO

Porque Daniel siempre ganaba. Contaban que desde niños habían rivalizado, y que el sueño dorado de aquel hombrón era hacer **morder el polvo** a Daniel Domínguez. Por eso eran tan amigos.

Yvypóra, 1970.

LORENZO SILVA

Sería, quizá, una tara adquirida a fuerza de indagar la vida de quienes **mordían el polvo,** pero lo cierto era que cada día me sentía más ajeno a los triunfadores y más próximo a los humillados.

El alquimista impaciente, 2000.

oído al parche

«¡Oído al parche!, alguien se acerca», habremos escuchado más de una vez, aunque hoy la expresión, con la que se reclama atención hacia algo, está en franca decadencia. Su uso, sin embargo, tiene alguna tradición, pues se remonta a la segunda mitad del siglo XIX . Bastante más tarde, en la edición de 1970 de su diccionario, la decimonovena, se hizo eco de ella la Real Academia. Si atendemos a la docta casa, comprobaremos que entre los significados de *parche* se incluyen 'piel del tambor' y, por extensión, 'tambor'. El modismo procede precisamente del ámbito militar, en el que se utilizaba para solicitar a los soldados y combatientes que agudizaran el oído para atender a este instrumento, ya fuera del enemigo o propio, pues el tambor se empleaba para transmitir órdenes.

También para llamar la atención, pero fuera del ámbito castrense, se utiliza otra voz relacionada con los sentidos: «¡Ojo!». Y el parche de la expresión original, el del tambor, ha acabado identificándose con el trozo de lienzo que en ocasiones cubre el ojo. De modo que no es raro escuchar: «¡Ojo al parche!». Como es natural, por mucho que miremos con aplicación el parche no suele pasar nada de interés. Pero aun así la expresión tiene posibilidades de prosperar. Menos mal que en el futuro dispondremos de abundantes fuentes documentales, porque, si

no, ¡a ver quién es el listo que explica su origen!

JUAN APAPUCIO CORRALES

—Entonces que se descubra el amigo —pedí yo—, ¡**oído al parche,** muchachos! Señor espíritu, tenga la bondad de decir su nombre.

Crónicas político-doméstico-taurinas, 1908-1930.

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

Me convenció de que el Ricitos tenía razón, y desde entonces puse las mujeres a un lao y a ninguna le consentí que se mezclara en lo mío. Conque **ojo al parche,** que es de vidrio.

Paseíllo por el planeta de los toros, 1970.

MANUEL LEGUINECHE

Son unas estadísticas imbatibles, por mucho que Borges asegure que la democracia es el abuso de la estadística. **Oído al parche:** el 81 % confiaba en la policía, el 67 % en las fuerzas armadas, un 64% en el sistema educativo [...] y un 62 % en el sistema judicial.

La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sidney, 2000.

puñalada trapera

'Traición o mala jugada', tal es el significado de esta expresión, que, aunque se documenta desde la segunda mitad del siglo XIX , no se incluye en el diccionario académico hasta su vigésima edición, de 1984. Hace dos días, como quien dice. Lo de la puñalada resulta evidente, pues como tal se siente la traición. Ahora bien, ¿por qué *trapera* ? Si atendemos a una tradición muy extendida en Úbeda —que reclama protagonismo no solo por sus cerros—, el modismo tendría su origen en las luchas de finales del siglo XIV entre los dos bandos nobiliarios de la ciudad, los Trapera y los Aranda. Y más concretamente en uno de sus episodios más turbios: un Aranda resultó malherido en una reyerta con un Trapera y buscó refugio en la iglesia de Santo Tomás. Se celebraba en ella misa en aquel momento, pero el Trapera no paró en mientes, entró en el templo e, inmisericorde, remató a su enemigo en sagrado. Aunque la historia es atractiva, como suele ocurrir en estos casos hay que tomarla con cierta prevención.

Para intentar encontrar una alternativa habría que retroceder al

significado recto de la expresión. Así la definen Iribarren y Ollaquindia en su *Vocabulario navarro* (1952): «la que produce una herida ancha, un desgarrón extenso, pero poco profundo». A ello recurren algunas fuentes para relacionar la carne herida con el trapo rasgado: una puñalada trapera sería, por tanto, aquella que desgarra la carne superficialmente como si fuera un trapo viejo. Bien pudiera ser, pero siguen existiendo más sombras que luces, porque en su uso figurado la idea de traición está presente desde los primeros documentos. Y parece claro que hay que descartar la relación directa de esta con la humilde figura del trapero —uno de los oficios menudos de Larra, uno de los modos de vivir que no dan de vivir—, que recorría las calles con una cesta en una mano y un gancho en la otra, rebuscando entre las basuras trapos para la fabricación de papel. Aunque bien pensado quizá pudiéramos agarrarnos, siquiera con alfileres, a ese sempiterno gancho trapero —así se llamaba popularmente al número siete en el juego de la lotería, por cierto—, que no hiere de frente, sea la carne o el trapo, sino de forma oblicua, torticera, a traición, por tanto.

MIGUEL DE UNAMUNO

—¿Y lo negarás ahora? ¿Tendrás cara para negármelo?
—Pues bien, Joaquín, somos amigos de antes de conocernos, casi hermanos...
—Y al hermano, **puñalada trapera,** ¿no es eso?

Abel Sánchez. Una historia de pasión , 1917.

JAVIER GARCÍA SÁNCHEZ

No debía de olvidar que estaba en medio de una manada de cocodrilos, de un puñado de chacales, de un nido de serpientes. En fin, de periodistas. Aquello era un permanente conciliábulo de la maledicencia. Ya no del rumor, sino de la **puñalada trapera.**

La historia más triste, 1991.

A la Justicia y la Inquisición, chitón

a beneficio de inventario

Hay herencias envenenadas de las que no conviene hacerse cargo alegremente. Y precisamente para proteger de ellas a los herederos y su patrimonio contempla el derecho la figura del beneficio de inventario, la facultad de aceptar una herencia sin quedar obligado a pagar a los acreedores más de lo que importe, para lo cual debe hacerse inventario de ella.

Esta figura jurídica se remonta a la antigua Roma, donde —al menos en la etapa inicial— la herencia (del latín *haerentia,* de *haer ē re,* 'estar adherido') no era exclusivamente económica, sino que tenía sobre todo implicaciones familiares y religiosas, puesto que el heredero sustituía a todos los efectos al difunto como *pater familiae,* incluso en el culto de los dioses familiares. Este hecho originaba situaciones de manifiesta injusticia, puesto que en ocasiones eran más las deudas que los bienes del legado. Fue el emperador Gordiano quien, en el año 238, instituyó entre los soldados el beneficio de inventario, que se universalizó en tiempos de Justiniano.

El beneficio constituye, en la práctica, una aceptación condicionada de la herencia que «blinda» al heredero, de forma que puede asumir aquella de forma más despreocupada. Y este matiz es el que ha pasado a la lengua general en la expresión «a beneficio de inventario», que, en su uso hoy más extendido —casi siempre con el verbo *tomar* —, significa 'sin seriedad o esfuerzo, a la ligera, de manera frívola'. El empleo figurado de la locución no es reciente, sino que se atestigua ya a finales del siglo XVI en el *Guzmán de Alfarache,* de Mateo Alemán, y se documenta más regularmente a partir del siglo XIX , cuando se utiliza de forma reiterada con el significado de 'con dudas o reservas', acepción que, aunque hoy menos habitual, mantiene también su vigencia.

MATEO ALEMÁN

Los unos cayendo, los otros trompezando, dando cada uno traspiés fuese como pudo, según me lo contó un vecino, y mis amos a la cama, dejándose abierta la casa, la mesa puesta y el vasillo de plata en que brindaron rodando por el suelo, y todo **a beneficio de inventario.**

Guzmán de Alfarache, 1599.

CARMEN MARTÍN GAITE

O sea que también las biografías de mujeres, con las que bombardeaban a sus lectoras todas las publicaciones femeninas y que descollaban sin ningún tipo de *nihil obstat* entre los títulos de los «Libros recibidos», había que tomárselas no solo a pequeñas dosis sino también un poco **a beneficio de inventario.**

Usos amorosos de la posguerra española, 1994.

abogado del diablo

A la persona que de forma sistemática refuta lo que otro dice poniendo en cuestión sus argumentos se le denomina coloquialmente *abogado del diablo*. La construcción remite de forma directa a un supuesto defensor del maligno, pero yerra quien tal piense. Si buceamos en el diccionario académico veremos que se recoge por vez primera en la decimotercera edición, de 1899, aunque con significado muy diferente: «Promotor de la fe». ¿Y qué es exactamente eso del promotor de la fe? Pues desde finales del siglo XVI, cuando la figura fue instituida por Sixto V, es el miembro de la Congregación de Ritos responsable de evitar la beatificación o canonización de candidatos no suficientemente virtuosos. Su obligación, en abierta oposición al abogado de Dios, era suscitar dudas y oponer objeciones en las causas, impugnando pruebas y documentos.

De modo que el significado figurado, que se recoge ya en el *Diccionario manual* de 1927, viene de suyo. La figura del promotor de la fe desapareció tras la reforma de los procesos de canonización promulgada por Juan Pablo II en 1983. Y con ella, en su sentido recto, el abogado del diablo (parte de sus funciones fueron asumidas por el promotor de la justicia), aunque no fueran pocos los que desde dentro de la Iglesia actuaran como tal con este motivo, aduciendo que suponía una relajación de las exigencias y, por tanto, una devaluación de las canonizaciones.

Algo de razón debían de tener, puesto que en el pontificado de Juan

Pablo II —a la sazón santo poco después— se sucedieron las beatificaciones y santificaciones: exactamente 1340 y 483, más que en los cinco siglos anteriores.

JULIO CASARES

El Sr. Ortega y Gasset, enterado como el que más de los últimos adelantos de la lingüística, hacía generalmente el papel de **abogado del diablo,** y acomodándose a la modesta postura de aprendiz, ponía en aprieto a los técnicos, a quienes obligaba, mediante agudas y luminosas objeciones, a precisar o rectificar todo concepto que no fuera evidente *prima facie.*

Introducción a la lexicografía moderna, 1950.

ANTONIO ÁLVAREZ GIL

—Déjese de tonterías —le interrumpe el actor que está sentado a su derecha y que tiene asignado el papel de **abogado del diablo.**

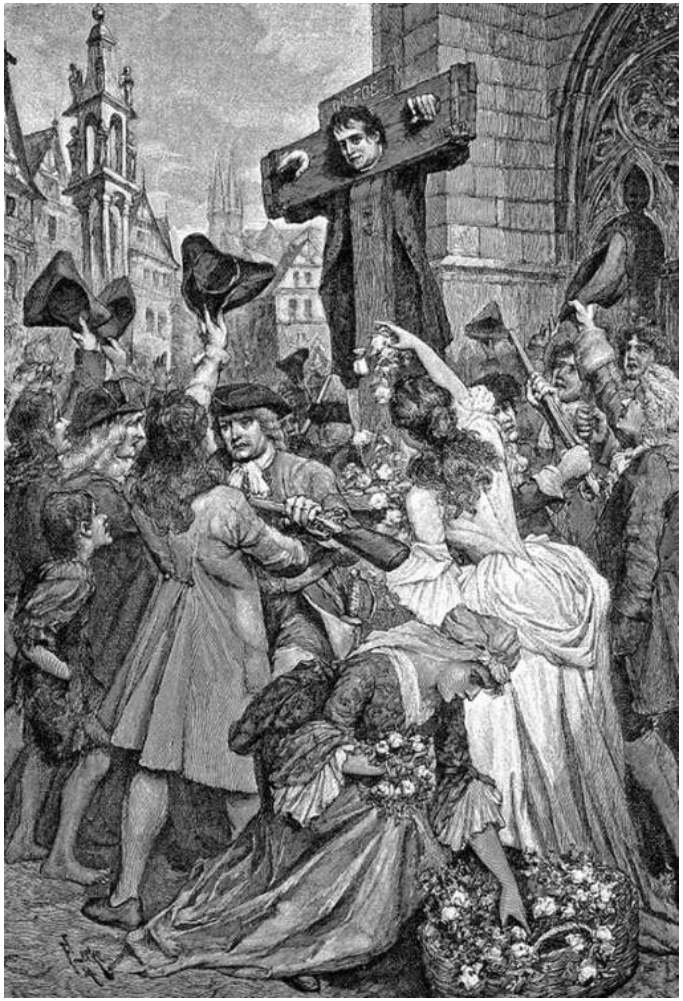
Naufragios , 2002.

en la picota

Confiamos en no ser puestos en la picota con motivo de este libro, porque estar en situación de ser cuestionado o caer en el descrédito —tal es el significado de la locución— no es plato de gusto. Pero, puestos a elegir, siempre es preferible estar en la picota figuradamente. El origen de la locución en este caso es transparente. La picota es una columna con remate agudo (de ahí el término, que procede de *pico* o *pica)* , que se erigía a la entrada de algunas poblaciones como símbolo de jurisdicción. En ella se exhibía en escarnio público a los presos o se les sometía a la pena de azotes; en ocasiones el reo era untado de miel «porque lo coman las moscas», como aseguran las Partidas, o incluso emplumado, si hacemos caso a los versos del *Cancionero musical de palacio:* «¡Si se cumpliese, marido, *lo que esta noche he soñado:* que estuviésedes subido en la picota, emplumado! *¡Yo con un mozo garrido* en la cama, a mi costado, *y, tomando aquel placer* del cual vos sois ya cansado» (siglo XVI).

También se exponían en la picota las cabezas de los ajusticiados. Algunas ilustres; por ejemplo, las de los líderes comuneros Padilla, Bravo y Maldonado tras ser ejecutados en la misma plaza de Villalar. La picota, que todavía puede verse en muchos pueblos a lo largo de

nuestra geografía, siguió empleándose en España hasta el siglo XIX —fueron suprimidas inicialmente por las Cortes de Cádiz en 1813—, centuria en que, por cierto, empieza a documentarse el modismo.



ENRIQUE GIL Y CARRASCO

—No, señora, respondió el criado con resolución, venga la carta, que yo se la llevaré, aunque hubiera que atravesar por medio toda la morería. Si el amo lo llega a saber me mandará azotar y **poner en la picota** y me echará de casa que es lo peor.

El señor de Bembibre, 1844.

JOAQUÍN CALVO SOTELO

Ahora bien, denunciarles así, sin prevenirles, sería **poner en la picota** a quienes, al fin y al cabo, me colocaron en su contabilidad, y yo no hago faenas a nadie.

El inocente , 1968.

en tela de juicio

Una de las obligaciones de este trabajo es poner en tela de juicio muchas de las informaciones que llegan hasta nosotros: esto es, ponerlas en duda, cuestionarlas. Pero, por una vez, el origen de la expresión es claro y no está sujeto a controversias. Desde antiguo se empleó el sustantivo *tela* —que inicialmente hacía referencia al sitio cerrado dispuesto para lides públicas y otros espectáculos— en el sentido de 'examen, disputa, debate'. Y así, la *tela de juicio* , expresión documentada ya en los albores del siglo XVI , era el 'examen judicial, el procedimiento judicial' («la forma o modo de proceder judicialmente», si atendemos a los primeros diccionarios académicos).

En la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* (1604), por ejemplo, podemos leer lo siguiente: «Quedé tan escarmentado, tan escaldado y medroso, que de allí adelante aun del agua fría tuve miedo. […] No veía vara de arriero que no se me antojase justicia. Desde allí propuse para siempre dejarme antes vencer que comparecer en tela de juicio». Nada tiene que ver esta tela, claro, con el paño o tejido; ni siquiera etimológicamente: el término deriva del latín *tela,* plural de *telum,* 'dardo'. El paso al sentido figurado, el único que hoy mantiene su vigencia, resulta evidente y se recoge ya en la undécima edición del diccionario académico, de 1869.

FRAY LUIS DE GRANADA

Después de esto, considera cuán estrecha será la cuenta que allí a cada uno se pedirá. Verdaderamente, dice Job, no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios. Y si se quiere poner con él **en tela de juicio,** de mil cargos que le haga, no le podrá responder a solo uno.

Libro de la oración y meditación , 1554.

GABRIEL GARCÍA MARQUEZ

Víctor Cohen, el propietario, vigilaba como un cancerbero el orden de la casa, tanto como su reputación moral amenazada por los forasteros disipados. Era también un purista de la lengua que declamaba de memoria a Cervantes con ceceos y seseos castellanos, y ponía **en tela de juicio** la moral de García Lorca.

Vivir para contarla , 2002.

estar a la cuarta pregunta

‘Estar sin blanca, sin dinero’, tal es significado de la expresión, que cuenta con cierta tradición, pues se documenta en los albores del siglo XIX . De hecho, el *Diccionario académico* la recoge ya en su quinta edición, de 1817. Su origen ha suscitado cierta polémica, aunque hoy se acepta de forma generalizada que procede del ámbito judicial. Fue Fernán Caballero quien primero lo sugirió, al afirmar que era costumbre en las justificaciones de testigos, y en particular en las de acreditación de pobreza, que la cuarta pregunta del interrogatorio fuera la siguiente: «Si sabe el testigo y le consta que la parte que lo representa es pobre, sin poseer bienes raíces ni rentas, por manera que cifra su subsistencia absolutamente en el producto de su personal trabajo». Después la teoría fue tomando forma, e Iribarren recoge un testimonio, repetido numerosas veces, según el cual existía tiempo atrás en los juzgados un formulario de preguntas generales al que debía someterse sistemáticamente el escribano en el momento de tomar declaración. Era el siguiente: «1. Nombre y edad. 2. Patria y profesión. 3 Religión y estado. 4. Renta». Y los declarantes, ya ante el juez, se remitían con cierta frecuencia «a la cuarta pregunta», en la que generalmente habían negado tener renta alguna, fuera verdad o simple estrategia para evitar posibles indemnizaciones o embargos. No lo hemos podido comprobar, pero el argumento resulta aparentemente intachable.

FRANCISCO FLORES ARENAS

Porque hay mucha diferencia
de andar, como dice el pueblo,
siempre **a la cuarta pregunta;**
a gastar lujo, aderezos,
palco, trajes, figurines
en fin, a tener dinero […].

Coquetismo y presunción: comedia original en tres actos , 1831.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Aquí nadie paga: el Sr. de Picio no tiene un cuarto; la señorita Celia de los Bufos, **está a la cuarta pregunta;** D. Blas el del gabinete está cesante; de modo que tengo que mantenerlos, porque ni a palos se van a la calle [...].

Rosalía, c. 1872.

CARLOS FUENTES

Resulta que ha tomado todo el dinero del banco para unas inversiones

rarísimas que no le resultaron, y anda **a la cuarta pregunta,** pidiendo prestado para recuperar lo que perdió.

La región más transparente , 1958.

JOSÉ LUIS TOMÁS GARCÍA

—Pero, bueno, chica, ¿es que quieres que te pongan en un altar? Se te iba a apolillar todo el asunto... No te comas malamente el coco, ¿me entiendes? Yo me he dado cuenta. A veces sueltas unas paridas, como si **estuvieras** ya **a la cuarta pregunta.**

La otra orilla de la droga, 1984.

oler a cuerno quemado

Cuando algo huele a cuerno quemado es que resulta sospechoso, que mueve a recelo. Los cuernos son a un tiempo símbolo de infidelidad y atributo del diablo, de modo que la cosa no extraña del todo. De hecho, según recoge el diccionario académico, una variante de esta locución como *oler a chamusquina* se empleaba para expresar que una palabra o un discurso eran peligrosos en materia de fe.

¿Pero por qué el olor a chamusquina o a cuerno quemado? Pues por las hogueras inquisitoriales en que ardían los condenados por herejía —en realidad, solo los impenitentes y algunos relapsos, porque los arrepentidos de este último grupo eran estrangulados antes— o, yendo aún más lejos, por el fuego eterno con el que en el propio relato bíblico se identifica el infierno. Aunque, si atendemos a la definición que de *olor a chamusquina* se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1729): «metafóricamente vale tener sospecha de que alguno está indiciado de delito, por lo cual merece pena de fuego», tendremos que contentarnos con la primera hipótesis. Esta última locución, por cierto, se documenta ya en el siglo XVII , mientras que la variante que da título al artículo
no la encontramos hasta el XIX .

El olor a cuerno quemado es un olor penetrante y desagradable —ya Plinio el Viejo señalaba que tenía la virtud de ahuyentar a las serpientes— y ello se debe a la queratina (del griego *keratín ē* , 'córnea, de cuerno'), presente en todas las formaciones epidérmicas. Ahora bien, lo curioso es que este hecho no viene sino a cerrar el círculo, puesto que la queratina es una proteína particularmente rica en… azufre, y es este elemento, tan íntimamente asociado al maligno,

el que produce tan particular olor.

CAMILO JOSÉ CELA

Los dos hermanos, después, cenaron casi todo el tiempo en silencio.
—Oye, esto de los alemanes va de cabeza.
—Sí, a mí ya me empieza a **oler a cuerno quemado.**

La colmena , 1951-1969.

ALFONSO ZURRO

Ángel.— **Huele a cuerno quemado.**
Diablo. — Se le estarán tostando a tu señora madre, guaperas de mierda de renacuajo.
Ángel.— A mi madre no se le pueden tostar, ni tengo, ni tuve; soy un Ángel, un espíritu puro.

Farsas maravillosas , 1987.

poner la mano en el fuego por alguien o algo

Existen registros tempranos del uso de esta frase, que se atestigua ya en el siglo XVI . A comienzos de la siguiente centuria recoge Covarrubias *meteré la mano en un fuego* con el significado de «juraré con seguridad». Y en 1734 el primer diccionario de la Real Academia, el de «autoridades», deja constancia de que es «expresión con que se asegura la verdad de alguna cosa o la inocencia de alguna persona». Pero ¿cómo se relaciona una temeridad como acercar la mano a una llama con que algo sea o no cierto y digno de confianza? Pues hay que remitirse, como en tantas ocasiones, al ámbito religioso, en concreto a una práctica de raíces bien antiguas, las ordalías o juicios de Dios, que tan caros resultarían después a la Santa Inquisición.

El acusado de haber faltado a la ley divina se sometía en ellas a determinadas pruebas de cuyo resultado se deducía un veredicto de culpabilidad o inocencia emitido nada menos que por el propio Dios. Así, si al poner la mano en el fuego el sospechoso salía indemne (o si tal acontecía tras sumergir una parte de su cuerpo en agua hirviendo, agarrar un hierro incandescente o, por cambiar de tercio, lanzarse al agua sin ahogarse), no había duda de la rectitud de su comportamiento. Y no crea el lector que era esta una prueba de

verificación exclusiva del vulgo. Que se lo digan, si no, a la reina Cunegunda (975-1040), esposa del emperador Enrique II, a quien las malas lenguas atribuyeron conducta deshonesta. Nada más lejos de la realidad, pues si por algo se caracterizó la soberana fue por su vida ejemplar y su consagración a Dios, extremo que quedó probado cuando
—según la tradición— anduvo sobre las brasas sin quemarse, con lo cual quedó restituido su honor y, lo que era aún más importante, el de su esposo.

BENITO PÉREZ GALDÓS

—Mariquita date tono —replicó Jacinta secándose las lágrimas que la risa y las cosquillas le habían hecho derramar—. Ya sé que hay otros peores; pero no **pongo** yo **mi mano en el fuego** porque seas el número uno.

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

—Digo, y **pondría una mano en el fuego,** que usté, en lo más oscuro del pecho, o en lo más claro, no cree nada de eso que achaca a las mujeres.

Tigre Juan, 1926.

MIGUEL DELIBES

Y no es que yo vaya a decir que tú hayas sido un don Juan, cariño, ni muchísimo menos, pero tampoco **pondría una mano en el fuego,** la verdad, que por mucho que digas que fuiste al matrimonio tan virgen como yo, esa no me la trago, *Cinco horas con Mario,* 1966.

ALFONSO ROJO

No conocía a Bárbara como para **poner la mano en el fuego** por ella en toda circunstancia, pero estaba seguro de que no soltaría prenda.

Matar para vivir, 2002.

Poderoso caballero es don dinero

a tocateja

A todos nos gusta cobrar a tocateja; es decir, ‘al contado, en el acto’. Por lo que pudiera ocurrir. Aunque existe escasísima documentación del modismo antes del siglo XIX , se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* (1726); eso sí, en una sola palabra: *atocateja.* Desaparece después de la obra académica para volver —imaginamos que por la puerta grande— años más tarde, en su quinta edición, de 1817. Es posible que estas idas y venidas, así como la falta de textos que avalen su uso, se deban a que fuera considerado «término bajo y familiar». Seguimos a pie juntillas el primer diccionario de la Real Academia, que nos proporciona también las claves sobre su origen: «Es compuesto de la partícula *a,* del verbo *tocar* y del nombre *tejo,* en la significación de moneda grande de plata, como real de a ocho; y así el uso de esta locución se entiende y toma de ordinario cuando se da o paga algún dinero en mano y de contado». El diccionario no recoge este significado de *tejo,* que pudo derivarse de una acepción más general sí incluida desde antiguo: «Plancha metálica gruesa y de forma circular». En todo caso, el uso de la voz —que también significaba ‘lingote de oro’— en este sentido está atestiguado. En un *Libro de cabildos de la ciudad de Quito* (1603) puede leerse: «lo ha de volver en otro tal oro en la misma cantidad, peso, valor y quilates que se le depositaren, aunque no sean los mismos reales ni los mismos tejos de plata corriente». Así que caso resuelto.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Rosalía, si algo compraba, después de pensarlo mucho y dar mil vueltas al dinero, pagaba siempre **a tocateja.**

La de Bringas, 1884.

EMILIO BOBADILLA

La culpa, en parte, la tiene ese cochino gobierno italiano, que nos obliga a

pagarle **a tocateja** más de diez millones de liras […].

A fuego lento , 1903.

ALONSO ZAMORA VICENTE

Y pretendes esa cocina retardada, modelo BJ415873300. Y pago al contado. ¡Pero, niña, que te frían un Barreiros! Aquí, **a tocateja,** no pagan más que los catetos.

A traque barraque, 1972.

ARTURO PÉREZ REVERTE

Luego, cuando mi abogado pidió una indemnización increíble que ni soñábamos cobrar, los suyos pagaron **a tocateja.** Como te lo cuento.

La Reina del Sur , 2002.

aflojar la mosca

La expresión *aflojar la mosca* significa ‘dar dinero, apoquinar’. En el diccionario académico se añade «a disgusto», pero es una apreciación que casi podría decirse que sobra, porque con esto del parné hay cierta rara unanimidad: a nadie le gusta deshacerse de él. Si puede evitarse, se evita. Aunque para ello haya que viajar a amenos jardines de las delicias, próximos o lejanos, ya sea en Suiza o en Panamá. Pero dejemos, por obvias, tales disquisiciones y centrémonos en lo nuestro.

La locución se usa también con el verbo *soltar,* variante que, aunque sea hoy minoritaria, nos acerca más intuitivamente al origen de la expresión, ya que tras cazar una mosca solo puede retenerse cerrando la mano. *Aflojar* o *soltar la mosca,* por tanto, implica abrir el puño, y remite a otras expresiones populares, como *ser de la cofradía* (o *de la virgen*) *del puño (cerrado);* esto es, ‘ser tacaño, avaro, miserable’. La imagen, qué duda cabe, se repite. De hecho, el término *mosca* se recoge en el diccionario académico como ‘dinero corriente’ y este uso coloquial sigue vigente en diversos países americanos, entre ellos Argentina.

En realidad responde a una percepción muy humana, la de que el dinero se va volando. Al parecer, esta identificación procede de la lengua de germanías del Siglo de Oro, y, desde luego, se documenta profusamente en la obra de Quevedo; por ejemplo, en la *Cartas del*

Caballero de la Tenaza (c. 1606-1613), «donde se hallan muchos y saludables consejos para guardar la mosca y gastar la prosa», obra epistolar de carácter humorístico en la que el tal caballero, cofrade de la mencionada hermandad, utiliza su ingenio para defenderse de los embates de su insaciable —en lo económico— amante.

ÁNGEL DE SAAVEDRA (DUQUE DE RIVAS)

Oficial.— Y en el desafío que tuvo con el capitán de artillería se portó como un caballero.
Preciosilla. — El marqués de Calatrava es un vejete tan ruin, que por no **aflojar la mosca** y por no gastar […].

Don Álvaro o la fuerza del sino , 1835.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Se nombró un triunvirato que dirija los trabajos, Prim, Aguirre, Becerra, y se hace un llamamiento a los ricos del partido para que **aflojen la mosca** y podamos ir formando el tesoro de la Revolución.

La de los tristes destinos, 1902.

LUIS RICARDO ALONSO

—Informa nuestro ministro en Londres que la banca británica se niega a **aflojar la mosca** si no hay un gobierno elegido que garantice estabilidad.

El supremísimo , 1981.

echar / tirar la casa por la ventana

La expresión, que es bien conocida, significa ‘gastar de forma espléndida, con prodigalidad, generalmente con motivo de una celebración’. Su uso se remonta a la segunda mitad del siglo XVIII y la Real Academia la recoge en la duodécima edición de su diccionario, de 1884. Si atendemos a la hipótesis más extendida, tiene su origen en una tradición que se instauró casi al mismo tiempo que la lotería nacional, cuyo primer sorteo —semejante a los de la actual lotería primitiva, de ahí el nombre moderno de este juego— tuvo lugar en 1763, en tiempos de Carlos III. Según estas fuentes, entre los afortunados se extendió la costumbre de arrojar por la ventana los muebles y enseres viejos, expresando así simbólicamente el inicio de

una nueva vida. Al mismo tiempo —suponemos— se llevaría a cabo alguna celebración, en la que como es lógico participarían vecinos y allegados, lo que justificaría muy bien el significado del modismo.

Pero, para nuestra desgracia, la frase ya existía antes de la implantación de la lotería —aunque fuera poco antes—, como atestigua un volumen de 1762 del jesuita Tomás Serrano, en que se da cuenta de las fiestas celebradas en Valencia con motivo del tricentenario de la canonización de san Vicente Ferrer: «Ya no pensaba cada gremio sino en distinguirse entre todos en gloria de San Vicente; ya no había quien con el deseo no echase la casa por la ventana». En realidad la expresión funciona por vía de la hipérbole sin necesidad de un referente histórico o real. Tal y como puede leerse en *La Ilustracion Española y Americana* (volumen 19, 1875), «es un capricho de la lengua valerse de la estrechez de una ventana para tirar todo el volumen de la casa en que la misma ventana está contenida». Y de eso se trata, naturalmente, de una exageración, lo que casa muy bien, además, con su significado.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO

—Porque he querido sorprender a ustedes con un opíparo convite.
—¡Hola! ¿Con qué opíparo?
—Sí, señor, hoy vamos a **echar la casa por la ventana,** como suele decirse.

La bruja de Madrid, 1850.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

[…] y su mujer, que vestía hábito para gastar menos y guisaba la comida con tal estrechez que apenas si dejaban algo para los criados, era la más espléndida al llegar la lucha, y poseída de fiebre belicosa, ayudaba a su marido a **echar la casa por la ventana.**

Entre naranjos, 1900.

ALMUDENA GRANDES

[...] su padre, que había creído preferir un varón hasta el instante en que la miró a la cara, **tiró la casa por la ventana** y se juró a sí mismo que nada ni nadie impediría que aquel bebé llegara a ser una mujer feliz.

Los aires difíciles, 2002.

el oro y el moro

En general, lo más sensato es desconfiar cuando alguien nos ofrece el oro y el moro; esto es, cuando nos hace una oferta desmedida, demasiado atractiva. La expresión, que se emplea para enfatizar lo exagerado de aquello que se ofrece, se pide o se pretende tener, se documenta desde antiguo. Así, la encontramos ya a mediados del siglo XVI y se recoge en el *Diccionario de autoridades* (1737). Según la tradición, su origen hay que buscarlo en la Reconquista, cuando algunos caballeros de Jerez de la Frontera apresaron en una escaramuza al alcalde de Ronda, Abdalá, y a su sobrino Hamed. Tras satisfacer una importante cantidad de oro, el alcalde fue puesto en libertad, pero no su sobrino, por el que los cristianos seguían pidiendo un rescate. Enterado de ello, el rey Juan II reclamó que se trasladara a Hamed a su corte. Y fue entonces cuando las malas lenguas —las de los caballeros jerezanos, se supone— comenzaron a difundir la idea de que el monarca no solo quería al moro, sino también el dinero de su rescate: el oro y el moro, pues.

La historia tiene su gracia, pero dudamos mucho de que esté en el origen del dicho. Este se sustenta, más bien, en dos elementos: la rima y la identificación del moro como fuente de riqueza. Es bien sabido que los reinos cristianos obtuvieron grandes beneficios gracias a las parias que pagaban las taifas musulmanas convertidas en tributarias y, también, por medio de los tributos a que estaba sometida la población islámica establecida en su territorio. La cosa queda suficientemente clara en el siguiente texto de *Los heterodoxos españoles* (1880-1881), de Menéndez Pelayo: «Casi al mismo tiempo los moros del arrabal de Teruel pidieron espontáneamente, y con muestras de sinceridad, el bautismo; y alarmados con esto los señores aragoneses y valencianos, que sacaban de los infieles grandes rentas, y sabían la verdad de aquellos dos antiguos refranes: "Quien tiene moro, tiene oro" y "A más moros, más ganancia", lograron de Fernando el Católico, por el fuero de Monzón de 1510, que en aquellos reinos no se innovase nada en materia de morisco». Y es que una cosa es la religión y otra el dinero. Y, por lo que se ve, no conviene mezclarlas.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

[…] pero nunca la pude reducir a bondad, y eso que la conté **el oro y el moro,** y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire.

Escenas y tipos matritenses, 1842-1851.

ALEJANDRO PISCITELLI

Las empresas nos encandilaron tanto con la magia de Internet que los clientes terminamos creyéndoles y pedimos **el oro y el moro** [...].

Ciberculturas 2.0. En la era de las máquinas inteligentes, 2002.

en la inopia

La expresión parece estar cayendo en desuso, pero quienes tenemos una cierta edad la hemos escuchado una y mil veces; a nuestros padres y profesores, particularmente, porque estar en la inopia es 'estar en las nubes, no enterarse de nada'. Su uso es relativamente reciente, pues no parece documentarse antes del siglo XX y la Real Academia la incorporó a su diccionario en la vigésima edición, de 1984. Según este mismo diccionario, el significado recto del sustantivo *inopia* (del latín *inopia,* de *in-,* prefijo negativo, y *ops, opis,* 'recurso, riqueza') es «indigencia, pobreza». ¿Cómo se produjo el deslizamiento semántico que condujo al uso figurado?

Si prestamos alguna atención a la prensa española en el periodo de transición entre los siglos XIX y XX, podremos comprobar la frecuencia de uso del sustantivo, que, sin embargo, la propia Academia registra como culto. Además de en sentido recto, es habitual su empleo como 'falta o escasez': «inopia de los argumentos», «inopia de los entendimientos», «inopia de las iniciativas»…, por lo que en ocasiones acabó interpretándose como 'falta de conocimiento o ignorancia', significado que se prefigura tempranamente: «La principal [enfermedad de la sociedad] consiste en la división extrema de las diversas facciones del territorio o en el conflicto de las religiones, o en la inopia de los partidos políticos o sociales, produciendo la guerra civil» (*La Revista Blanca,* julio de1901). Al salto definitivo debió de contribuir, naturalmente, la identificación de la pobreza con la marginalidad, pues quien está en la inopia está figuradamente fuera del mundo, como en la práctica los menesterosos, segregados por la sociedad; y algo también hubieron de influir expresiones parecidas como 'estar en la luna' o 'estar en babia'.

TOMÁS CARRASQUILLO

Preparando estaba las cortas y largas que tendría que meterle, para lo cual se inspiraba en el recuerdo de las andróminas de que se valió en Bogotá con aquella su amiga —la vieja de la tienda a quien dejó **en la inopia—.**

Frutos de mi tierra, 1896.

FLORENCIO SÁNCHEZ

Sí, señor; viá a visitar a mi comadre y a las muchachas, que las pobres son tan güenas y usted las tiene **viviendo en la inopia,** soterradas en una madriguera.

Barranca abajo. Drama en tres actos, 1905.

ALFONSO GROSSO

—Hoy te has librado por tablas —dice Mariquita—. Porque tu madre parece que está hoy **en la inopia,** que si no... Hace más de una hora que debías ya estar dentro.

La zanja, 1961.

LUIS MATEO DÍEZ

Cuando estuve más solo y escondido, cuando ya había muerto mi mujer, quise vivir **en la inopia,** en el olvido, esa costumbre tan propia del Territorio, y siempre hubo un residuo de memoria para hacerme infeliz.

El oscurecer (Un encuentro), 2002.

fondo de reptiles

Según señala el diccionario académico, que recoge el modismo por vez primera en su decimosexta edición, de 1936, este hace referencia a los fondos secretos de algunos ministerios u organismos públicos que se emplean para la captación de voluntades —en particular de la prensa y de otros sectores influyentes en la opinión pública— o para el simple favor personal. Y casos haylos en nuestra historia reciente que atestiguan su existencia.

El nombre se emplea en español desde finales del siglo XIX . Y no es muy anterior, pues los hechos parecen a apuntar a Otto von Bismarck. Tras la victoria en la guerra austro-prusiana de 1866, el canciller alemán utilizó los intereses generados por la fortuna de Jorge V y la casa de Hannover —aliada de Austria y cuyos integrantes hubieron de marchar al exilio— para perseguir «a esos reptiles malignos hasta sus propias cuevas». El eje central de esta política fue la actividad propagandística dentro y fuera de la nueva Alemania. Así lo atestigua un escrito admirativo de 1875 que Francisco Merry Colom, embajador en Berlín, envió al Gobierno español, encabezado entonces por Cánovas del Castillo: «La prensa aquí está toda en manos de gente desacreditada. Los fondos copiosos que Bismarck tiene destinados para subvencionar periodistas en Alemania y a favor de Alemania […] se llaman públicamente “fondos de reptiles”».

En realidad, resulta casi ingenuo cifrar el origen de esta caja B en la actividad de Bismarck. En España, por ejemplo, parece estar vinculada desde antiguo —aunque no tan ostentosamente— a los fondos reservados, cuya creación se atribuye al marqués de la Ensenada a

mediados del siglo XVIII . Pero desde el punto de vista exclusivamente filológico, el que aquí interesa, el «mérito»hay que atribuírselo, qué duda cabe, al fundador del moderno Estado alemán.

PÍO BAROJA

En nuestra sociedad literaria, y en la no literaria, era más denigrante tener una fabriquita o una tiendecita que cobrar del **fondo de reptiles** o de las casas de juego.

Desde la última vuelta del camino , 1944-1949.

ALONSO ZAMORA VICENTE

¿Acaso no hemos callejeado con Max Estrella por Madrid, [...] y hemos cobrado algo del **fondo de reptiles,** y hemos visto la primera palidez de la amanecida, hasta llegar al aniquilamiento del trasnochador?

Discurso de recepción ante la Real Academia Española: Asedio a «Luces de bohemia », 1967.

FRANCISCO UMBRAL

En política tenemos el «**fondo de reptiles** », que aparece ya en Valle-Inclán y antes, y que el otro día un periodista, por la tele, invocaba como costumbre, uso y frase de esta democracia.

«El sobre», *El Mundo,* 22/11/1994.

hacer el agosto

La expresión se utiliza con el significado de ‘conseguir grandes ganancias aprovechando una ocasión oportuna’. Desde la perspectiva contemporánea, sería fácil pensar en el mes de agosto —que, por cierto, recibió este nombre en honor de Octavio Augusto, el primer emperador romano—, como un mes de bonanza: es el mes consagrado al turismo y la vacación, proclive a los excesos, también en el gasto, y por tanto provechoso para quienes trabajan, fundamentalmente para quienes lo hacen en la hostelería. Pero la teoría se desmorona si lo analizamos diacrónicamente, pues el uso del modismo es muy antiguo y se documenta ya a mediados del siglo XVI . Habría que pensar, por tanto, en la actividad económica preponderante en la época, la agricultura, y Covarrubias nos proporciona las claves: «Regularmente,

en el mes de agosto coge el labrador el trabajo de todo el año e hinche sus trojes de trigo y cebada y de las demás semillas. Y de aquí, por alusión, decimos al que ha recogido mucha hacienda, mal o bien, que ha hecho su agosto». Aunque hoy se haya perdido, a menudo se añadía también una referencia a la vendimia, que, como es sabido, en algunas áreas puede prolongarse hasta octubre: «Los mancebitos, que tenían ya hecho su agosto y su vendimia, pues habían ya robado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayor, dijeron que solo los dejase aquel día, en el cual querían ir a ver la fuente de Argales» (*La ilustre fregona* [1613], Cervantes). Todo esto —la cosecha y la vendimia— sigue existiendo, claro, pero no deja de ser una actividad relativamente marginal: la agricultura apenas representa el 2,5 % del producto interior bruto español. Así que, si de hacer el agosto se trata, mejor dedicarse a otras cosas.

MATEO ALEMÁN

Entonces comí, como dicen, a rempujones media hogaza y, si fuera razonable y hubiera de hartar a mis ojos, no **hiciera mi agosto** con una entera de tres libras.

Primera parte del Guzmán de Alfarache, 1599.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Lantigua es el abogado de los curas y de los obispos, **hace su agosto** con las causas de sus espolios, de capellanías colativas, de disciplina eclesiástica.

Gloria, 1876-1877.

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

En Barcelona, las echadoras de cartas, varias de las cuales eran amigas de Ezequiel, **hacían su agosto** entre las madres y las novias de los combatientes «rojos» [...].

Un millón de muertos, 1961.

lo que vale un peine

Se usa la expresión para advertir a alguien de las consecuencias o implicaciones adversas que tiene o puede tener una acción: «Cuando vayas a trabajar al campo te vas a enterar de lo que vale un peine». No existe certeza sobre su origen. La teoría más extendida lo relaciona

con un antiguo instrumento de tortura, una especie de rastrillo con púas afiladas de acero «con que los tiranos mandaban atormentar a los santos mártires», en palabras del *Diccionario de autoridades* (1737), desollándolos. No negamos que la cosa resulta atractiva —la hipótesis — y parece cuadrar, pero habría que soslayar un inconveniente mayúsculo: las fechas, puesto que el modismo no se documenta antes de la década de los setenta del siglo XX (o al menos nosotros no hemos encontrado una referencia anterior). Por entonces, el instrumento de marras, el peine de torturar, había caído en el olvido, de modo que la argumentación resulta difícil de aceptar.

Hablando de tortura, sin embargo, no está de más plantear siquiera una posibilidad mucho más simple, pues es bien conocida la aversión general al trabajo, que no deja de ser percibido como una maldición bíblica (resulta clarificador el origen etimológico del término: el hipotético latín vulgar *tripali ā re* , que significaría 'torturar', derivado a su vez del latín tardío *tripalium, '* instrumento de tortura compuesto de tres maderos'). Pues bien, la frase podría hacer referencia sencillamente al esfuerzo que implica la compra o adquisición de un peine. La insignificancia del objeto no es un impedimento, porque refuerza aún más la idea de sacrificio (puede suponerse ahí una preposición implícita: «lo que vale hasta un peine, incluso la cosa más nimia»). De hecho, circulaba desde tiempo antes —con un significado muy parecido, pero centrado exclusivamente en lo económico— la construcción *lo que vale un duro,* que podría derivarse del refrán «nadie sabe lo que vale un duro hasta que lo pide con apuro».

No obstante, quienes gusten de teorías con más poder de seducción pueden agarrarse a una tercera que circula aquí y allá, y que apunta —nunca mejor dicho— a otro de los significados del sustantivo: 'pieza metálica que en algunas armas de fuego contiene una serie de proyectiles'; en resumidas cuentas, una especie de cargador. Como amenaza, la cosa puede funcionar, pero… ¿no resulta un poco excesiva?

VÍCTOR CHAMORRO

—¡Vaya íntimo amigo! Más bien íntimo enemigo.
—Perdemos por tres a dos.
—A ese fiscal no le deseaba yo más que una cosa y se iba a enterar de **lo que vale un peine.**

El muerto resucitado, 1984.

sin blanca

La expresión, que se emplea coloquialmente para indicar que se está 'sin dinero, sin un duro', es realmente antigua; debió de alcanzar popularidad ya en el siglo XV y aparece recogida en el *Diccionario de autoridades* (1726). Ahora bien, ¿qué es exactamente eso de la blanca? El término se aplicó desde tiempos bajomedievales a un tipo de moneda de vellón, de aspecto blanquecino y escasamente apreciada, cuyo valor sufrió alteraciones según las épocas. No obstante, parece claro que la equivalencia entre un maravedí y dos blancas fue la más frecuente a lo largo de la historia.

Ya se sabe, sin embargo, que todo en este mundo es relativo. Y sin negar la evidencia del escaso valor de la pieza, contrastado en cuantos textos se refieren a ella, un refrán popular nos advierte de que «más vale blanca de paja que maravedí de lana». Sugiere el dicho la lógica preferencia de una buena hoguera encendida con paja frente a una prenda de abrigo. Estamos ante esa sensata máxima de la sabiduría popular formulada en tiempos contemporáneos por Antonio Machado —que consideró necedad tal confusión— y que nos recomienda no equiparar valor y precio, o lo que es lo mismo, no caer deslumbrados ante el aspecto meramente crematístico de las cosas. Porque el dinero, a fin de cuentas, no da la felicidad… O eso dicen.

JUAN DEL ENCINA

[...] y acordé, por mi pecado,
sin vestidos y camisa,
y todo muerto de risa
de me ver tan despojado
y s**in blanca** y sin cornado.

Cancionero, 1481-1486.

GREGORIO GONZÁLEZ

Consideren agora los que me oyen qué haría yo en la Corte **sin blanca,** sin posada, sin amigo, sin dueño, sin hurtar y sin pedir: papar viento como camaleón.

El guitón Onofre, 1604.

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

[...] y como el tal señor marqués las dejó tan **sin blanca** como sin recursos, la tonta y bribona madre fácilmente se sometió a vivir a expensas del honor y conciencia de su hija [...].

La Quijotita y su prima, c. 1808.

CAMILO JOSÉ CELA

Si supiera que voy **sin blanca** me hubiera echado a patadas, me hubiera deslomado de un palo.

La colmena, 1951-1969.

Como en botica

alma de cántaro

De la persona sumamente ingenua o pasmada se dice popularmente que es un alma de cántaro. Y se dice desde antiguo, pues los primeros registros de esta expresión datan del siglo XVI . Covarrubias la recoge a comienzos de la siguiente centuria y asegura que se emplea para caracterizar «al que es vacío y tonto». El *Diccionario de autoridades* (1726) va aún más allá en su definición, aplicando el modismo «al que es de cortísimo talento, casi del todo incapaz y tonto».

Que estamos ante alguien de pocas luces ha quedado suficientemente claro. Y habrá quien sostenga que la asociación del cántaro, vasija popular por excelencia, con la falta de sofisticación intelectual de la gente llana no es nueva. Sin embargo, más que en el cántaro, para indagar sobre la génesis del modismo hay que centrarse en el núcleo del sintagma, pues el alma es, por oposición al cuerpo, lo interior, lo que está dentro. Y resulta innecesario especificar lo que hay en el interior del cántaro. De hecho una de las acepciones de *alma* del diccionario académico hace referencia a ello: «Hueco o parte vana de algunas cosas». Y, naturalmente, la oquedad, lo hueco o vacío, en definitiva, carece de cualquier sustancia.

El paso que relaciona la falta de inteligencia y la candidez es intuitivo. Y este último significado —hoy predominante— está ya presente en las palabras que incluimos a renglón seguido, que ni al más ingenuo de nuestros lectores escapará a quién van dirigidas: «Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines?».

JUAN DE ARCE DE OTÁROLA

Agustín López, con su **alma de cántaro,** os mandará comer un pollo muerto y cenar una lechuguita verde [...].

Coloquios de Palatino y Pinciano, c. 1550.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

—Vergüenza me da, ¡vive Dios! —dijo el Velludo soltando el hacha—, de pensar que has sido tú el que ha tratado de quitarme el mando. Ven acá, **alma de cántaro,** corazón de gallina, ¿qué demonios tiene la muerte que tanto te asusta?

Sancho Saldaña o El Castellano de Cuéllar, 1834.

EDUARDO MENDOZA

Si quieres que una mujer te proteja, maltrátala y traiciónala; no hay mejor sistema. Yo porque soy un **alma de cántaro,** que si no, conociéndolas como las conozco, podría vivir de ellas sin ningún esfuerzo.

La ciudad de los prodigios, 1896.

bailar el agua

Esto de bailar el agua a una persona no acaba de entenderse bien. Al menos en su sentido literal, puesto que en el figurado su significado es suficientemente conocido. Intentemos, aportar algo de luz sobre su procedencia. La locución (más exactamente *bailar el agua delante*) se recoge ya en el *Tesoro* (1611) de Sebastián de Covarrubias y en el *Diccionario de autoridades* (1726), donde se define así: «Frase vulgar que equivale a dar gusto en todo a uno, asistirle y servirle con grande puntualidad y diligencia, procurando hacer cuanto sea o pueda ser de su agrado».

De hecho, es bastante anterior y la encontramos a mediados del siglo XVI . Por entonces, como ya se ha apuntado, era más habitual *hacer bailar el agua delante,* que según Gonzalo Correas significaba «mucho cuidado en servir y dar gusto a quien se sirve, señor o marido». Por aquí podríamos acercarnos a nuestro objetivo, porque intuimos que se trata de una mera exageración. Así, la imagen lleva la diligencia en el servir y en el cuidado de la persona a la que se sirve hasta la hipérbole: es tal que se hace bailar el agua delante de ella. En definitiva, servilismo y adulación. Pero, sin descartar esta idea, es obligado prestar oídos a Covarrubias, que asegura que «está tomada esta manera de hablar de las criadas que en tiempo de verano, cuando sus amos vienen de fuera, refrescan las piezas y los patines con mucha presteza, y el agua va saltando por los ladrillos y azulejos que parecen baile». Sea como sea, convendremos en que, si de agradar se trata, habiendo agua de por medio no está de más, para rematar la faena, dar algo de jabón.

JUAN DE ARCE DE OTÁROLA

Estas tales son propias para mesoneras, que deternán los caminantes como detenían las serenas a los compañeros de Ulixes. Yo apostaré que esta nos hace **bailar el agua.**

Coloquios de Palatino y Pinciano , c. 1550.

JESÚS ALVIZ ARROYO

Pobre Marco..., también tú... A la hoguera todos, por negarnos a **bailar el agua** a esos chollireros…Como no pueden tiranizarnos el alma, quieren tiranizar nuestros cuerpos...! ¡Ay, dolor, dolor!

Un solo son en la danza , 1982.

bajar los humos

Por muy humana que sea la cosa (" VANITAS VANITATUM), hay gente a la que de vez en cuando es obligado bajarle los humos; es decir, 'hacerle perder su orgullo o presunción'. La expresión se empleó tempranamente, al menos desde el siglo XVII , y el diccionario académico se hace eco de ella en 1884, en su duodécima edición. Mucho antes —desde sus orígenes— había recogido el uso figurado de *humos* como 'vanidad, altivez', de donde, lógicamente, procede la frase (porque para bajar los humos a alguno primero ha de tenerlos). De hecho lo registra ya indirectamente Covarrubias, que, apuntando a la antigua Roma, nos proporciona además las claves para entender su significado: «[A] Los retratos e imágenes de sus mayores que tenían en los atrios, como decir agora en las sala de los linajes, les daban por epícteto [las llamaban] humosas, o por esa vanidad y presunción, o porque estaban del tiempo denegridas y llenas de humo». En efecto, la expresión *fumosae imagines* aparece en Cicerón y en Séneca. Y cuanto más «humosas» estuvieran estas imágenes, cuanto más hubieran ennegrecido, mayor sería su antigüedad, lo que daba tono aristocrático a las familias. El humo, en definitiva, venía a identificarse con el rancio abolengo e, inevitablemente, con la arrogancia y la vanidad. Nada nuevo bajo el sol.

ANÓNIMO

Quiso mi desgracia que reñí un día con un pobre mendigante por haberme querido ganar la palmatoria al repartir de la sopa, y, **bajándole los humos** con mi hierro de abrasabigotes, lo dejé con dos dientes menos.

La vida y hechos de Estebanillo González, 1646.

EMILIA PARDO BAZÁN

Segundo, provisto de una vara fuerte, cogió al jaco por las crines de la cerviz y de un salto estuvo en la silla. [...] Este, que ya se iba a la empinada, soltó un relincho de dolor y **bajó los humos,** quedándose quieto, trémulo y domado.

El cisne de Vilamorta, 1885.

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR Y JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ VESGA

Los reveses del Eje hacen **bajar los humos** de Falange y orientan la liturgia del régimen en otra dirección, con menos saludos azules y mayor dosis de cosmética aliada.

Breve historia de España, 1994.

beber los vientos

Beber los vientos es 'desear con ansia' y, en el caso de que el objeto de deseo sea una persona, 'estar enamorado' de ella. La locución es antigua y la recoge ya Covarrubias (1611), que da algunas pistas sobre su origen en la definición: «es desear una cosa con grande ahínco, y porque el carecer de ella hasta alcanzarla causa al corazón angustia y congoja, es fuerza haber de respirar muy a menudo, de manera que parece beberse el viento». Pudiera ser, pero la imagen parece remitir más directamente a los perros de caza, que olfatean el aire a fin de descubrir el rastro de una presa: son los perros venteadores. La estampa es inconfundible y en este sentido es bastante elocuente la definición de *ventear* que encontramos en el diccionario académico: «Tomar el viento con el olfato».

La cosa, por tanto, está más o menos clara, así que es mejor que no nos pongamos estupendos. Y para evitar cualquier malsana tentación, valga como remate una letrilla satírica de don Luis de Góngora y Argote, aquí más príncipe de la luz que de las tinieblas: «Al que, con ansia mortal *y encumbrados pensamientos,* anda bebiendo los vientos *por dejar fama inmortal,* porque no le hagan mal /
tantos vientos y fatigas, / trece higas».

PEDRO DE RIBADENEYRA

[…] y les da luz para que se conozcan y lloren el estado en que antes estaban, y se levanten con mayor ánimo y esfuerzo, no para volar por el aire y **beber los vientos** de la fama vana y gloria popular […].

Tratado de la Tribulación , 1589.

ELVIRA LINDO

Miren a su alrededor, enseguida se distingue a una gorda feliz. La gorda siempre lleva a su lado a un hombre delgadillo. Nuestro espíritu miserable piensa: «¿Qué hará ese pobre hombre con esa cacho gorda?», pero si seguimos observando veremos que el tipo **bebe los vientos** por ella. Las gordas tienen un misterio que solo conoce aquel que las disfruta […].

Tinto de verano, 2001.

brillar por su ausencia

La locución verbal *brillar por su ausencia* es uno de esos logros literarios condenados a perpetuarse. Su significado actual es simplemente 'faltar o no existir', pero en origen, y literalmente, remite a la no presencia como medio de llamar la atención, de alcanzar mayor repercusión. No es infrecuente que los medios de comunicación destaquen una ausencia por encima de cualquier presencia. En un acto público, por ejemplo. Y es que a veces el mutis —como bien sabe algún conocido hombre de Estado español, que ha hecho de ello todo un arte político— puede convertirse en el más poderoso argumento.

Se ha repetido insistentemente que la paternidad de la imagen corresponde al historiador romano Tácito, quien, en ese extraordinario fresco que son sus *Anales* (principios del siglo II), narra así los funerales de Junia, viuda de Casio y hermana de Bruto, los asesinos de Julio César*:* «Precedían el cortejo las imágenes de veinte familias ilustrísimas, Manlios, Quincios y otros nombres de igual nobleza. Sin embargo, brillaban especialmente Casio y Bruto, precisamente porque sus efigies no estaban a la vista» (*praefulgebant Cassius atque Brutus eo ipso quod effigies eorum non uisebantur,* III 76). No obstante, no encontramos la expresión en textos españoles hasta que José María de Heredia tradujo en 1827 la obra *Tiberio,* de André Chénier, quien se hace eco de ella precisamente en relación con este mismo episodio. Fue entonces, y especialmente en la segunda centuria del siglo XIX , cuando comenzó a popularizarse en nuestra lengua.

ARTURO AZULEA

El Buick arranca por la Avenida de Montes Urales cuando Rosario ve su reloj: ya son las ocho y quince de la mañana. Solo falta un cuarto de hora, «aunque estos trenes, la puntualidad de estos trenes siempre **brilla por su ausencia** ...».

El tamaño del infierno, 1973.

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Hoy, en un mundo cruel y egoísta, es necesario fijarse en la importancia sobre todo de la afectividad que **brilla por su ausencia** en el mundo del desarrollo económico-material, sea como sea y caiga quien caiga,

¿Qué nos falta para ser felices?, 2002.

caer chuzos de punta

Si caen chuzos de punta más nos vale buscar refugio cubierto, porque estará arreciando la lluvia o el granizo. Pero ¿qué es eso de un chuzo? Pues bien, en sentido recto, el término (su origen es oscuro: es probable que se trate de una metátesis o cambio silábico de un hipotético *zucho,* derivado del árabe *zu ğğ* , 'cuento de la lanza') hace referencia a un arma rudimentaria, una especie de palo con un pincho de hierro en su punta. El chuzo se empleó como arma ofensiva en época medieval, pero en España pervivió asociado a la figura del sereno, vigilante nocturno encargado de velar por la seguridad del vecindario y que en algunos lugares tenía también la función de abrir los portales. Los serenos —y con ellos esta arma blanca— formaron parte del panorama nocturno de las calles españolas durante cerca de dos centurias y solo desparecieron avanzada la segunda mitad del siglo XX .

En alguna áreas, y por la semejanza de su forma, *chuzo* se emplea también como sinónimo de *carámbano* ('pedazo de hielo más o menos largo y puntiagudo'). Podría pensarse que este significado está en el origen de la locución, pero la identificación de los chuzos con la lluvia intensa viene de antiguo. Así, el *Diccionario de autoridades* (1729) recoge la expresión *llover chuzos,* que encontramos ya en el siglo XVI , y con el mismo sentido, y en fecha no muy posterior, se empleó *llover* o *granizar a chuzos.* Sin embargo, no hemos localizado documentación de la expresión *caer chuzos de punta* hasta mediados del siglo XIX . ¿Y qué tiene que ver todo esto con la figura del sereno? Seguramente, nada; aunque desde su desaparición el término ha caído en franco retroceso: algún mérito habrá que atribuirle.

ROSA CHACEL

Si en el invierno llegase a haber dos palmos de nieve en la calle nadie me llevaría en brazos, pero yo iría aunque lloviesen **chuzos de punta.**

Desde el amanecer. Autobiografía de mis primeros diez años , 1972.

EDUARDO MENDOZA

Nemesio acabó de despachar la cena sin decir palabra y, en cuanto hubo arrebañado el último plato, hizo ademán de abandonar el local.
—¿Te vas ya, Nemesio? —le decía Rosita—. ¿No ves que **caen chuzos de punta?**
—Sí, menuda noche de perros —corroboró el tabernero.

La verdad sobre el caso Savolta, 1975.

caérsele a alguien los palos del sombrajo

Por la documentación que hemos podido encontrar, los primeros palos del sombrajo empiezan a caerse a mediados del siglo XIX , y el diccionario académico incluye la locución en su duodécima edición, de 1884. Un *sombrajo* (del latín *umbrac ŭ lum,* aunque con influencia de *sombra*) es un 'resguardo hecho de ramas, mimbres o esteras que sirve para dar sombra'. El origen del modismo, que significa 'abatirse o desanimarse', está claro, puesto que en el sombrajo los palos tienen una función estructural, de soporte. Cayéndose estos, todo lo demás se viene abajo. Hasta el alma. De modo que el sombrajo —por algo está ahí ese *-ajo* despectivo— parece ser sombra mala e inestable. Aunque que se venga abajo no pueda achacarse a la mala sombra (siempre resulta muy tentadora la idea de atribuir nuestras desgracias a la mala ventura), sino al mal hacer. En todo caso, mejor arrimarse a un buen árbol. Por lo de la buena sombra, se entiende. Y es que en España una sombra, en verano, vale más que el oro. Pero solo en verano, porque lo de estar a la sombra todo el año —por muy de moda que se haya puesto entre personajes de alto copete— no ha sido nunca propio de hombres de bien.

JULIÁN ZUGASTI Y SÁENZ

[...] y yo dije para mi capote: «esto va bueno, porque así soltarán mejor la mosca»; pero en seguida **se me cayeron los palos del sombrajo,** cuando me dijo que los batos eran unos pobrecitos, y que era una locura pedirles doce mil duros, porque no los tenían [...].

El bandolerismo. Estudio social y memorias históricas , 1876-1880.

RAMIRO DE MAEZTU

[...] el lector idealista tiene que preguntarse, al recogerse en sí mismo: «Estas ideas mías, estos entusiasmos generosos, estos deseos de sacrificio, ¿serán también locuras y delirios?». Uno a uno **se les caen** a los idealistas «**los palos del sombrajo** » [...].

Don Quijote, Don Juan y la Celestina. Ensayos en simpatía, 1926.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

El Secretario nos puso en guardia. «¡Quiten ustedes de ahí el busto por unos días, y ya veremos cómo se arregla!»; y nosotros quedamos **con los palos del sombrajo** por los suelos, pues, aunque nadie lo hubiera proclamado, todos sabíamos que, sin Coralina, no habría Tabla Redonda.

La saga/fuga de J. B., 1972.

LUIS JIMÉNEZ DE DIEGO

Con **los palos del sombrajo** absolutamente abatidos por la nefasta secuencia que iban tomando los acontecimientos, el médico se decidió a hacer una heroicidad.

Memorias de un médico de urgencias , 2002.

dar el pego

A veces nos contentamos con que una cosa pase por lo que no es, es decir, con que dé el pego; pero esto, lógicamente, no deja de ser un engaño. La expresión, que se utiliza también aplicada a personas, se documenta ya en la segunda mitad del siglo XIX y la Real Academia la incorporó a su diccionario en 1925, en su decimoquinta edición. Su origen está claramente identificado. El pego era una fullería que consistía en unir disimuladamente dos naipes con alguna sustancia pegajosa para que aparentaran ser solo uno cuando fuera de interés para el tramposo, que hacía para ello «el pise». Según puede leerse en *El juego de monte o sus treinta trampas o secretos* (1898), de Florentino Andueza, existían distintos tipos de pegos, que recibían nombres específicos: la infernal, la americana, la comadreja… Y, naturalmente, cuando el tahúr ganaba la mano utilizando uno de estos trucos, «daba el pego»: «Tu tranquilidad vale más que un poco de moral de timba, tratándose de estos bobalicones que vienen aquí a divertirse conmigo. En un día de gran ahogo, y antes que verte padecer por cochinos mil reales, le doy yo el pego al lucero del alba», escribe Galdós en *Realidad*

(1889). De aquí al significado actual del modismo apenas hay un salto: a fin de cuentas esto del pego —ayer y hoy— es una cuestión de apariencias. Y en ello hay verdaderos maestros, en el Misisipi y en lugares más cercanos.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Él podrá ser un pillo de siete suelas, y de fijo lo es cuando todo el mundo lo dice, pero a las primeras de cambio, **da el pego** al lucero del alba.

La incógnita, 1888-1889.

MIGUEL DELIBES

A última hora me pasé por el salón con la Anita y el Efrén. El carpintero le ha colocado un zócalo muy majo y realmente **da el pego.**

Diario de un emigrante, 1958.

JORGE MARTÍNEZ REVERTE

Era un coñac con cualidades indudables: al acabar con las papilas gustativas mediante abrasión, hacía imposible darse cuenta de que no era coñac, así que **daba el pego.**

Demasiado para Gálvez, 1979.

JAVIER TOMEO

—Hasta ahora han conseguido **darme el pego** . La longitud de los miembros posteriores es mayor que la de los anteriores y la columna vertebral se le prolonga en la cola. Muy bien, hasta ahí todo correcto. Hace un momento, sin embargo, acabo de descubrir que le faltan dos vértebras lumbares.

La mirada de la muñeca hinchable, 2003.

de bóbilis, bóbilis

A nadie le amarga un dulce, así que obtener algo de bóbilis, bóbilis, esto es, 'de balde, sin esfuerzo', es algo que siempre se agradece. La expresión, que en la actualidad se encuentra en franco retroceso, se documenta al menos desde mediados del siglo XVI y se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* (1726), donde se señala que **«** es vulgar y permitida en lo jocoso». Según esta misma obra, tiene su origen «en la palabra *bobo* con terminación latina en *-bilis* para hacerla más

ridícula».

En la actualidad, sin embargo, tiende a pensarse en otra procedencia (al menos, parcialmente). Para justificarla se recurre a la primera parte del *Quijote* : «Cásese, cásese luego, encomiéndole yo a Satanás, y tome ese reino que se le viene a las manos de vobis, vobis», dice en ella Sancho Panza. ¿Se trata de una ultracorrección o esta fórmula latina da origen al modismo castellano? La mayoría de los especialistas se inclina por esta última opción: *vobis* significa 'a vosotros, para vosotros', es muy posible que exista, en efecto, un cruce con *bobo* y la repetición tendría un carácter enfático o expresivo. La teoría se vería además reforzada por el uso intermedio (*bóbilis vobis*) que hace Tirso de Molina en *La lealtad contra la envidia* (1629).

No obstante, la cosa no está tan clara, porque ningún otro texto avala esta hipótesis. Y el propio Sancho, en la segunda parte del *Quijote,* afirma: «Pues yo les voto a tal que si me traen a las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías, que el abad de donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis, bóbilis».

JUAN DE ARCE DE OTÁROLA

Nadie piense que se le ha de venir la ciencia **de bóbilis bóbilis,** porque aunque venga del cielo a parte luminum quiere que trabajemos de nuestra parte.

Coloquios de Palatino y Pinciano , c. 1550.

BENITO PÉREZ GALDÓS

¡Ay, qué miedo me ha entrado! Dios mío, líbrame de esta tribulación. Este hombre me quiere matar y hace todas estas comedias para vengarse de mí y asesinarme a lo **bóbilis, bóbilis...**

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

Lástima que la pastelera Mady no quiera ni verme, porque, como todos los franceses, paso hambre y si ella me hiciera caso podría comer **de bóbilis, bóbilis.**

Los hombres lloran solos , 1986.

de buten

Pese a que pueda pensarse que se trata de una locución relativamente moderna
—vivió un periodo de gran auge en las décadas finales de la pasada centuria—, *de buten,* que se emplea con el significado de 'excelente, estupendo', tiene cierta tradición y se documenta ya en la segunda mitad del siglo XIX . Unos años después, en 1927, la recoge por vez primera la Real Academia de la Lengua en uno de sus repertorios. Su etimología no acaba de estar clara, aunque parece haber cierta coincidencia en que deriva del caló. No obstante, no son pocos los autores que se inclinan por un origen alemán, lengua en la que *guten* significa 'bueno' (de ahí, claro, *guten Morgen,* 'buenos días').

Existen también otras teorías, pero la más razonable, como hemos apuntado, conduce al caló, el dialecto peninsular del romaní, la lengua de los gitanos: en ella *bute* significa 'mucho' (a esta misma raíz pertenecen *but,* 'muy', y *buter,* 'más', al parecer presentes en la gran mayoría de los dialectos gitanos). Viene a reforzar esta hipótesis el que se trate de una expresión de argot o jergal (en 1895 Elías Zerolo ya la considera voz de germanías), pues no son pocos los términos calós que han penetrado al castellano por esta vía. Por cierto, que el modismo, que cruzó el charco tempranamente, se ha conservado en el lunfardo, el habla de las clases populares de Buenos Aires, como *de bute* . Y es que los caminos de la lengua son muchas veces caprichosos.

VICENTE RIVA PALACIO

Así pasaron tres o cuatro días; y una tarde, por la calle del Caballero de Gracia, al salir del hotel, vio pasar una chica **de buten** [...]. Esta me conviene —dijo— y se puso a seguirla.

Cuentos del General, 1896.

LAURO OLMO

(Agustinillo sale de la tasca con dos copas de anís. Al llegar al centro se para y después de mirar a un lado y a otro, sorbe un poco de cada copa. Relamiéndose, exclama).
Agustinillo.— ¡Está **de buten** ! (Entra en la chabola). ¿Me dejáis echar un chupito?

La camisa , 1962.

LUIS JIMÉNEZ DE DIEGO

—«Joé», «macho», qué «pasada», esto funciona **«de buten».** «Pa» que luego otros «coleguis» se quejen de cómo les atienden en Urgencias. ¡Si ya te lo decía yo!

Memorias de un médico de urgencias, 2002.

dorar la píldora

La locución *dorar la píldora* se emplea hoy sobre todo con el significado de 'dar coba, adular'. En origen, sin embargo, era 'suavizar con palabras halagadoras una noticia o contrariedad'. Tiene larga tradición, pues la encontramos en torno al año 1600. Y la idea circulaba bastante antes. Así, Hernán Núñez, en su *Refranes o proverbios en romance* (c. 1549), recoge ya el siguiente: «Si la píldora bien supiera, no la doraran por fuera».

La costumbre de dorar las píldoras para hacerlas más atractivas a la vista debía de estar muy extendida en la época. Covarrubias define *píldoras* (voz que procede del latín *pil ŭ la,* diminutivo de *pila* , 'bola') así*:* «Unas pelotillas medicinales y purgativas que se toman por la boca, y los boticarios suelen dorarlas para disimular el amargo del acíbar que llevan dentro». Y el *Diccionario de autoridades* (1737) coincide en que generalmente están cubiertas «por encima de una telilla dorada o plateada». De forma que el modismo no requiere mucha más explicación. Porque con tanta buena palabra, tanto dulcificar o edulcorar la realidad, no resulta difícil caer en el jabón y la adulación. Todo es empezar.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

De todo, como en botica,
llevan estos versos toscos;
dorad la píldora, amigos;
tragad verdades con oro.

Poesías, 1597-1645.

BENITO JERÓNIMO FEIJOO

Assimismo agradezco, como dictado de su urbanidad, el nombre nada odioso que les da, de descuidos, sustituyéndoles al ofensivo de yerros. Pero esto no quita que yo dé a la voz el sentido en que debo tomarla, atento todo el contexto de su carta. El nombre moderado **dora la píldora,** sin quitar que se perciba su amargura.

Cartas eruditas y curiosas, 1753.

MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA

Bruno.— ¡Qué mosca le habrá picado! Jamás le vi tan fosco... [...] pero esto no quita que yo trate de **dorar la píldora** ... no sea también que se enfade y que yo vaya a pagar lo que no debo.

Contigo pan y cebolla, 1833.

MARIO VARGAS LLOSA

—En alguna parte leí, Su Excelencia, que usted dispuso que los soldados usaran machetes, que no dispararan —preguntó Simon Gittleman—. ¿Para ahorrar municiones?
—Para **dorar la píldora** , previendo las reacciones internacionales —lo corrigió Trujillo, con sorna.

La Fiesta del Chivo, 2000.

dormirse en los laureles

Lo de dormirse en los laureles es algo muy humano. Los laureles, como es sabido, son las glorias o éxitos del pasado. Y quien cifra en ellos su actitud presente, quien se confía, acaba descuidándose —perdón por la rima— en el día a día. La expresión tiene bastante tradición, pues se documenta ya en el segundo cuarto del siglo XIX , pero la Real Academia se lo tomó esta vez con calma y hasta 1970, en la decimonovena edición, no lo incorporó a su diccionario.

En la mitología griega, el laurel es el árbol sagrado de Apolo y, también, la representación de su amor desdichado por Dafne. Pero el árbol elegido para coronar a los campeones olímpicos no fue el laurel, sino el olivo, consagrado a Atenea. Eran los poetas —Apolo fue el protector de la poesía, la música y las artes— quienes recibían tal distinción. Fue en época romana cuando el laurel se convirtió en símbolo del triunfo militar. Con el verdor perenne de la laurea se coronaba a los generales victoriosos y al emperador. La identificación del laurel y la gloria pervivió, especialmente en el ámbito poético y artístico, durante la Edad Media y el Renacimiento. Y esta tradición, repetida una y otra vez a lo largo del tiempo, había de dejar huella en el lenguaje, de modo que pronto se extendió el uso figurado del término, que se recoge ya en el *Diccionario de autoridades* (1734): «Metafóricamente se toma por premio o corona».

Ahora bien, una tradición tan cargada de refinamiento y gentileza, de glamur, como decimos ahora, debía tener necesariamente su reverso popular y campesino. Y, claro, en las áreas rurales quien se dejaba vencer por la comodidad, quien descuidaba alguna labor o actividad no se dormía en los laureles, sino en las pajas —las eras y el pajar siempre han dado mucho juego—. ¡Todavía hay clases!

MANUEL ABRIL

En cuanto inventaban algo bueno, salía en seguida un diablillo que lo convertía en peligros y trastornos; en cuanto inventaban el patín, nacía la costalada; en cuanto inventaban la honda, nacía el chichón. Ya no se pudieron **dormir en los laureles** y estarse a la bartola...

«Los tres hijos del diablo». *Cuentos para niños I y II,* c. 1930.

JOSÉ CARRASCO

Con ello se confió y **se durmió** el Barcelona **en los laureles,** creyéndose que el Madrid, impresionado por el 2-0, decaería, con lo que dejaron el camino libre a nuestros delanteros.

«3-2 Buen triunfo del Madrid en Las Corts»*, Marca,* 16/01/1950.

JOSÉ MANUEL OTERO NOVAS

Nadie puede **dormirse en los laureles.** Siempre hay que mejorar para defenderse de otros.

Fundamentalismos enmascarados. Los extremismos de hoy, 2001.

el parto de los montes

Si atendemos al *Diccionario de autoridades* (1737), *el parto de los montes* «es cuando se está en expectación de que suceda una cosa grande y ruidosa y viene a parar en una sutil y ridícula». Dejando a un lado que cualquier maestro de escuela hubiera reprobado hoy esta definición, su presencia en el primer diccionario académico viene a demostrar que se trata de un modismo con larga tradición. Se documenta ya, de hecho, a comienzos del siglo XVII .

Su origen está bien atestiguado, puesto que hace alusión al verso 139 de la *Epístola a los Pisones,* de Horacio (siglo I a. C.): «Parturient montes, nascetur ridiculus mus» ('Están de parto los montes: nacerá un insignificante ratón'), en referencia a los autores de estilo alambicado, que prometen mucho y nada ofrecen. En realidad, la idea del parto de los montes procede de una fábula de Esopo, que fue retomada después por Fedro y, ya en las letras hispánicas, por Félix María de Samaniego: «Con varios ademanes horrorosos *los montes de parir dieron señales;* consintieron los hombres temerosos *ver nacer los abortos más fatales.* Después que con bramidos espantosos *infundieron pavor a los mortales,* estos montes, que al mundo estremecieron, / un ratoncillo fue lo que parieron». Y el acierto poético de la imagen bien merecía ser inmortalizado por la lengua del común.

BARTOLOMÉ JIMÉNEZ PATÓN

Estos son los que dice Horacio, que prometen grandezas, y luego concluyen con nada, como **el parto de los montes** [...].

Elocuencia española en arte, 1604-1621.

ANTONIO ALVERÁ DELGRÁS

El R. P. Fr. Luis de Olod, capuchino en Barcelona, publicó en 1768 el *Tratado del origen y arte de escribir bien, etc.* El título de esta obra promete mucho, pero es el verdadero **parto de los montes,** pues Olod no hizo nada sino seguir a Patiño, y no presentó nada nuevo ni bueno.

Nuevo arte de aprender y enseñar a escribir la letra española, 1847.

CARMEN MARTÍN GAITE

—La novela esa debe ser **el parto de los montes** —dijo.
—No, hija —confesó él con una súbita sinceridad—. Lo que pasa es que nunca me meto con ella en serio. Llevo años poniéndome pretextos a mí mismo. Eso es lo que pasa.

Fragmentos de interior, 1976.

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Y, al final, lo que han dado estos últimos elucubradores, como resultado de sus ideas, ha sido el **parto de los montes,** que, tras grandes estruendos, únicamente sale de la montaña un pequeño ratoncillo.

¿Qué nos falta para ser felices?, 2002.

el quinto pino

¿Dónde está el quinto pino? Pues en principio no lo sabemos, pero, en todo caso, lejos, muy lejos. Curiosamente, el modismo no se recoge en el diccionario académico hasta su vigesimosegunda edición, de 2001. Es, en efecto, relativamente reciente; pero no tanto, puesto que se documenta ya en los primeros años del siglo XX . Según una tradición, durante el reinado de Felipe V, en la primera mitad del siglo XVIII , se plantaron en Madrid, en el eje del paseo de la Castellana, cinco frondosos pinos. El primero de ellos se situaba en el actual paseo del Prado, cerca de Atocha. A considerable distancia uno de otro se iban escalonando los otros cuatro, de modo que el último, el quinto pino, se localizaba ya en las afueras, en lo que hoy se conoce como Nuevos Ministerios. Para quienes no conozcan Madrid: a una distancia de unos

siete kilómetros.

Con el tiempo, los pinos se convirtieron en punto de referencia ciudadana, por lo que se podía concertar una cita en el segundo pino, por ejemplo. Y el quinto —al que se desplazaban casi exclusivamente los novios para dar rienda suelta a su amor— acabó convertido en modismo. La historia es ciertamente atractiva, pero plantea muchas dudas porque el número cinco se emplea con el mismo sentido en otras expresiones equivalentes, alguna de ellas anterior en el tiempo. Y no es necesario ir a la quinta puñeta, al quinto carajo o al quinto coño, hay infiernos igualmente lejanos. Así que la cosa tiene pinta de eufemismo.

ELENA QUIROGA

Esa noche habló con su compañero de cuarto, estuvo desfogando su humillación hasta muy tarde. Valentín escuchaba con fruición, pero de vez en cuando le hacía con la mano ademán de bajar la voz.
— ¿Quién nos va a oír en este **quinto pino** ?

La careta , 1955.

ÁNGEL PALOMINO

Si no avergonzadas, estaban descontentas tanto del aspecto de su padre, que no se quitaba la boina ni para comer, como de aquella casa mezquina, así que cuando sus padres se negaban a dejársela por las buenas al casero, ellas ofrecieron ayuda económica para instalarse en un piso nuevo **en el quinto pino.**

Torremolinos, Gran Hotel, 1971.

LUIS MATEO DÍEZ

[…] aunque no sepa con exactitud dónde bajó del tren, si es que bajó y no me engaña, no es raro imaginar que de allí pudiera venir y que de allí fuese. No es que Celama esté en **el quinto pino,** está ahí mismo […].

El oscurecer (Un encuentro), 2002.

en olor de multitud(es)

No han sido pocos los que han tachado de erróneo este giro, empleado para indicar que algo sucede ‘entre el entusiasmo y la admiración populares’, haciendo mofa del olor a humanidad característico de las concentraciones multitudinarias. Pero lo cierto es que la Real

Academia lo considera aceptable —el giro, la expresión, se entiende— y que la alternativa propuesta por aquellos, *en loor de multitud(es),* no solo resulta afectada, sino que es una ultracorrección no recomendable.

En realidad, como señala el *Diccionario panhispánico de dudas,* la construcción adverbial formada por *en olor de* yun sustantivo de cualidad tiene larga tradición en español; procede, de hecho, del latín, y desde época medieval se documenta abundantemente en nuestra lengua. Así, encontramos secuencias como *en olor de mansedumbre* (siglo XIII) o *en olor de suavidad* (siglo XV). Se trata de un uso metafórico, como emanación de la virtud (o más raramente del vicio) que se considera. Y se aplicó de forma muy particular a la santidad y al momento de la muerte: *morir en olor de santidad,* con más razón por cuanto, según algunas tradiciones, el cuerpo de los santos exhala en el momento del tránsito un olor especial. El *Diccionario de autoridades* (1737) define así este uso especializado*:* «se entiende [olor] en las cosas morales por fama, opinión y reputación».

Por analogía con esta construcción habría surgido *en olor de multitud,* sobre la que no hay documentación antigua. Los primeros textos corresponden a los años iniciales del siglo XX , pero es que, además, la locución no se corresponde con el modelo, puesto que *multitud* no es un sustantivo de cualidad (existe algún otro caso aislado; por ejemplo, Galdós, en la *Segunda casaca* , de 1876, utiliza «en olor de candidato»). Bien pudiera tratarse de una creación poética. Y, si es así, el foco parece centrarse en el poeta hispano-argentino Benjamín Taborga (1889-1918), que en un epigrama dedicado a Víctor Hugo escribe: «Horro de humanos desengaños, / tardó en bajar al ataúd. *Cargado de años y laureles* murió en olor de multitud». El paralelismo con *olor de santidad* es absoluto, ya que se aplica igualmente al momento de la muerte. Y Eugenio d'Ors celebra particularmente el hallazgo, lo que no acabaría de explicarse si se tratara de una imagen ya extendida.

J. L. GÓMEZ TELLO

Es lo romanesco, lo popular y lo religioso del alma musical de nuestro pueblo, guardado **en olor de multitud** y aldeanía.

Para una interpretación de Manuel de Falla , 1939.

LUIS AGROMAYOR

Tras un domingo bullicioso y polvoriento **en olor de multitudes,** en el que se han exhibido por el recinto del Real los rostros más conocidos del cine, del teatro, de la política […].

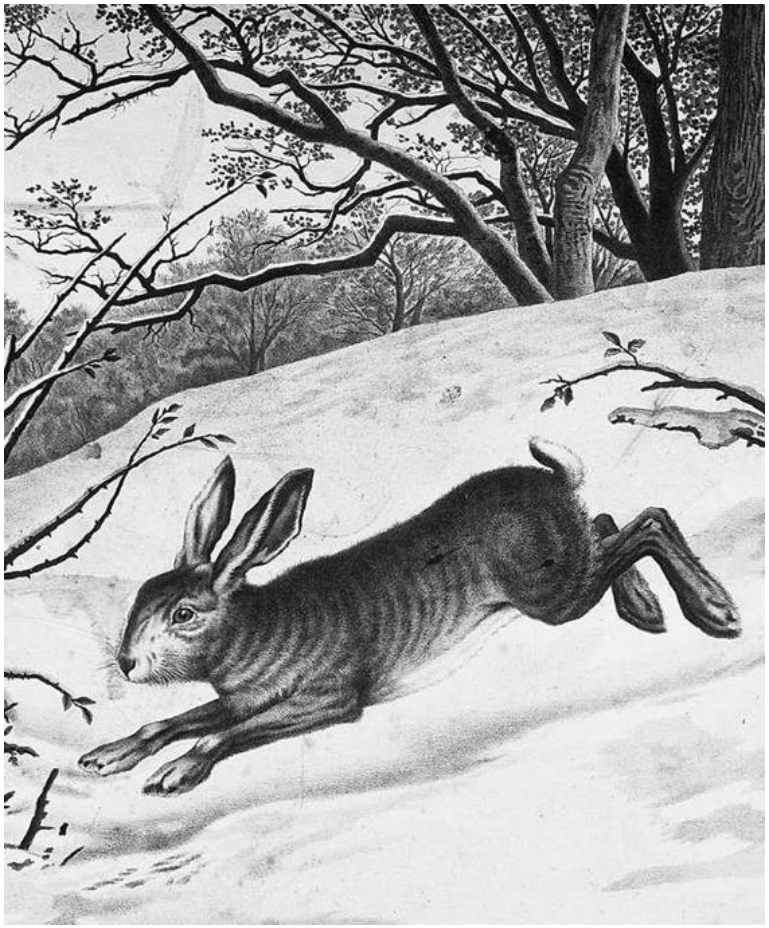
España en fiestas, 1987.

estar a la que salta

La locución adverbial *a la que salta* se emplea para expresar que alguien está 'pendiente de aprovechar cualquier oportunidad que se presente'. Con el verbo *andar* (se usa generalmente con este y con *estar*), se incluye ya en el *Diccionario de autoridades* (1726), aunque con un significado distinto que todavía está presente en la obra académica, de modo que *andar a la que salta* sería «entregarse a la bribonería y no querer trabajar».

Las acepciones, en todo caso, no son tan dispares, puesto que quien no quiere trabajar a menudo está a la que salta para sacar provecho de cualquier circunstancia sin mayor esfuerzo. Y, claro, suele acabar en la «holgazanería picaresca», en expresión utilizada en el repertorio de la Real Academia y que se adapta como un guante a diversos personajes que pululan con más o menos salero por nuestra vida pública. En todo caso, no habría que esperar mucho, hasta la edición de 1789, para que el *Diccionario de la lengua* atestiguara su significado hoy más usual.

¿Pero de dónde procede este? Acertaremos si nos dejamos guiar por la intuición, que nos conduce a la caza. Cualquier mediano conocedor del campo sabe cómo actúa la liebre, que cuando es descubierta arranca súbitamente dando grandes saltos antes de iniciar su frenética carrera en pos de la salvación. La que salta, por tanto, es la liebre —o rabona, como es también conocida—. Y los cazadores quienes están a la que salta. Y, por lo que se ve, la actividad cinegética no se percibe en el acervo como una tarea particularmente exigente, aunque sí requiera una cierta dedicación.



TOMÁS DE IRIARTE

Tío Pedro
Digo que si yo me hallara
con una chica sin madre,
y en la edá que acá se llama
el tiempo de la vendimia,
cuando me desapartara
de su lao ni un menuto...
Y más con lo adelantaa
que está hoy día la malicia...
Bartolo
¡Y en Madril, digo, donde andan
tantos de los pitimetres,
osías **a la que salta** !

La señorita malcriada , 1788.

ALONSO ZAMORA VICENTE

Oye, ¿no sabes lo que le pasó a Rosita la otra tarde en el metro? Huy, pues tiene un rato gracia. Fíjate que entró en el metro, y claro, se puso a la cola, y

venga a esperar, y aquello que no corría, y... Bueno, ¿te has dado cuenta cómo nos mira ese que va ahí? Ya podía mirar para otro lado, chica, es que aquí todo mundo está **a la que salta.**

A traque barraque , 1972.

fiera corrupia

Según el diccionario académico esta expresión se usa para «designar ciertas figuras animales que se presentan en fiestas populares y son famosas por su deformidad o aspecto espantable». No se recoge, sin embargo, el uso figurado, aplicado a la 'persona o animal particularmente agresivo o violento'. En realidad, ambas acepciones proceden de un nombre propio, el que se dio a una de las fieras más famosas de la literatura de cordel, que floreció entre los siglos XVII y XIX . Esta hace mención a letras populares, de escasa calidad, que se vendían en pliegos o cuadernillos atados por un simple cordel o una caña, acompañadas de grabados. Los pliegos de cordel recogían los textos que los ciegos recitaban o cantaban de plaza en plaza, lo que se ha dado en denominar *romances de ciego.* Su temática era muy variada, pero gustaban de los temas truculentos y, en particular, alcanzaron gran difusión los dedicados a los estragos originados por monstruos y fieras. Entre estas últimas, la más popular fue la Fiera Corrupia, que acabó convirtiéndose en paradigma de este tipo de animales prodigiosos.

Pío Baroja, en sus memorias, deja constancia de ello: «Varias veces estuve escuchando las narraciones horripilantes, y a veces cínicas, de dicha fiera fantástica. La corrupia tenía forma de dragón rojo [se la ha representado también con cabeza de toro], con siete cabezas, siete cuernos y unos candeleros con velas en cada cabeza. Era, evidentemente, la bestia del Apocalipsis, más o menos camuflada, que venía a la plaza pública a presentar sus respetos a la gente».

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

A mí no se me encoge el ombligo por un tigre homicida ni por la **fiera corrupia.** Agur. Ya le pesará lo de hoy, tanto como lo de ayer.

Tigre Juan , 1926.

MANUEL LONGARES

[…] como si la blanda violencia percutiese en el núcleo polar de las partes sensibles de la moza, cual **fiera corrupia** reaccionará esta al contacto y diciendo
—No me toques—, bravamente expulsará de su lado la rijosa dinamita del lascivo, sin más explicaciones a su balbuciente
—¿Por qué? —que la siguiente contestación donosa, perfecto paradigma de su cabal honestidad:
—Porque... no está bien.

La novela del corsé, 1979.

hacerle la cama a alguien

Esto de hacerle la cama a alguien, es decir, 'trabajar en secreto para perjudicarlo', no es cosa del otro día; es tan viejo como la humanidad. El uso de la expresión también tiene su tradición, pues se remonta al menos al siglo XVI . La recoge ya Covarrubias, aunque aplicada a «negocio» y exenta del componente de trama artera que tiene hoy: sería simplemente «disponerle y facilitarle» (ya nos perdonará el lector el leísmo). Este significado es manifiesto —aunque la presencia del maligno pueda llevar a confusión— en la *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* (1604-1618), de fray Prudencio de Sandoval: «el demonio iba ya haciendo la cama a los grandes males y desventuras que dentro de tres años sucedieron en estos reinos».

Aplicado a persona, debió de emplearse sobre todo «en materias criminales», como atestigua el primer diccionario académico. Coincide en ello con Gonzalo Correas: «Hacer la cama: se dice por hacer información secreta de los delitos de alguno, para castigarle». Aparecen ya en esta definición los tres elementos semánticos centrales del significado actual del modismo (la preparación, el secreto y el perjuicio). Los tres se manifiestan también en el fragmento siguiente de la segunda parte del *Guzmán de Alfarache* (1604): «Sepan, señores, que comen de sus carnes, en el hato está el lobo, presente tienen el agraviado, de quien se sienten agradecidos. […] Porque les va mullendo los colchones y haciendo la cama, donde tendrán mal sueño y darán más vueltas en el aire que me hicieron dar a mí sobre la manta». La cosa, naturalmente, tiene su sentido, porque, a fin de cuentas, quien hace la cama está preparando y disponiendo lo necesario para el sueño ajeno. Y este es momento de confianza e indefensión. El más adecuado para sacar provecho o causar algún

daño.

JERÓNIMO DE BARRIONUEVO

Es tan mal visto, que hasta los cantos de las calles se han levantado contra él, y dicen cosas que asombran. Vanle **haciendo la cama** de manera que parece imposible escapar de una muerte afrentosa.

Avisos, 1654-1658.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Doña Cristina sabe a dónde va y, dulcifica que te dulcificarás, está **haciendo la cama** al democratismo.

Los apostólicos, 1879.

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

—¡Que buscan **hacernos la cama** ! El Gobernador es un novato con mucha fantasía, y conviene advertir a los amigos para que se suman, en tanto dura esta justicia de enero.

La corte de los milagros, 1927-1931.

ENRIQUE FEO

Evidentemente, el presidente no sabía que estaban intentando **hacer la cama** al Gobierno con el referéndum de la OTAN.

Aquellos años, 1973.

ir / andar de picos pardos

El modismo *ir* o *andar de picos pardos* se emplea desde antiguo con el significado de ‘ir o andar de juega, divertirse en lugares de mala nota’. Es decir, lugares de prestigio dudoso, de mala fama (ya se puede imaginar el lector). Se documenta desde el siglo XVI: «el rey piensa que dormís / en su cámara real *vos andáis os por las calles* a picos pardos buscar», puede leerse ya en la tercera parte de la *Silva de varios romances* (1551). En general, la expresión aparece ligada históricamente a la prostitución o a experiencias sexuales ajenas al matrimonio, pero no siempre es así. De hecho, no existe referencia expresa alguna en el *Diccionario de autoridades* (1737): «Frase con que se da entender que alguno, pudiendo ocuparse a cosas útiles y provechosas, se entrega a las inútiles o insustanciales, por no trabajar

y por andarse a la briba [a la holgazanería picaresca]».

Sea como sea, la mayoría de los autores vincula el origen del modismo con la prostitución. Montoto, en *Un paquete de cartas* (1888), afirma que los picos pardos fueron *«* distintivo de las mozas de partido, pelanduscas. Estas tales, en tiempos pasados […] vestían como se les ordenaba». Y, en efecto, desde la antigüedad, las prostitutas estuvieron obligadas a llevar una vestimenta especial que las distinguiese de las «mujeres decentes». En la época de que hablamos, la regulación de este atavío —así como la de las mancebías o prostíbulos— se establecía en las ordenanzas municipales. En Sevilla, por ejemplo, estas «mozas de partido» llevaban sobre los hombros una mantilla corta y encarnada.

Pero para el caso que nos ocupa es preferible reproducir un fragmento de *La esclava de su deber (memorias de Antonio Pérez, secretario de Felipe II),* una novela histórica de Manuel Fernández y González publicada en 1865: «una dama de picos pardos: una desgraciada, una vendedora de amores de cinco minutos. Se las llamaba de picos pardos porque no podían, con arreglo a las ordenanzas, llevar otro traje que un habito franciscano de estameña, pardo, con picos en los codos». En honor a la verdad, hemos de admitir que el novelista sevillano, enormemente popular en su época, no se caracterizaba por su rigor histórico, pero el texto, qué duda cabe, viene a incidir en la idea general, comúnmente aceptada.

BERNARDINO DE REBOLLEDO (CONDE DE REBOLLEDO)

Cojo, en fin, y semidiós,
bien sufrido y mal casado,
dio en artífice de fuegos
y en ingeniero de rayos;
y como sus oficinas
son garitos de soldados,
dice que **se fue** con uno
su mujer **a picos pardos.**

Ocios, 1650-1660.

CARLOS RUIZ ZAFÓN

Ya sé que a su edad estas cosas parecen el fin del mundo, pero todo tiene un límite. Esta noche usted y yo nos **vamos de picos pardos** a un local de la calle Platería […].

La sombra del viento , 2001.

la ocasión la pintan calva

La expresión, que se emplea para señalar que hay que aprovechar la oportunidad cuando esta se presenta, se documenta a principios del siglo XIX y se recoge por vez primera en el diccionario académico en su undécima edición, de 1869. Su origen está claro: en la mitología grecorromana, la diosa Ocasión era representada sin pelo, excepto por un mechón que caía sobre su frente. Según Covarrubias: «Pintábanla de muchas maneras y particularmente en forma de doncella con solo un velo, con alas en los talones y las puntas de los pies sobre una rueda volúbil, con copete de cabellos, que le caían encima del rostro, y todo lo demás de la cabeza sin ningún cabello».

La imagen, que se atribuye a Fidias, venía a significar que si se presenta la ocasión hay que asirla (de ahí los pelos), pues una vez que pasa no es posible hacerlo (no hay cabello de donde agarrarla). En uno de los sonetos preliminares de la primera parte del Quijote, el de don Belianís de Grecia, pueden leerse los siguientes versos: «Tuve a mis pies postrada la Fortuna, *y trajo del copete mi cordura* a la calva Ocasión al estricote [a mal traer]». Y en la segunda parte incide Cervantes sobre ello cuando afirma que Sancho «tomaba la ocasión por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecía». Así que la ocasión la pintan calva, pero no del todo. Y, aunque sea por los pelos, aprovechamos para despedirnos, que la cosa queda aclarada y amenaza con alargarse más de la cuenta.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

[…] es llamada la Cuesta de los Ciegos, aunque más de cuatro han visto en ella lo que no querían; y supuesto que a ella hemos llegado, y supuesto también que a **la ocasión la pintan calva,** vuesa merced, señor castellano, se servirá darme todo aquello que en su cinto le huela a moneda […].

Escenas matritenses (segunda serie 1836-1842), 1838.

FERNÁN CABALLERO (CECILIA BÖHL DE FABER)

Si yo hubiese rehusado a tu difunto tío, cuando mis padres trataron la boda, sabe Dios con quién estaría casada a estas horas. Ten siempre presente lo que suelen olvidar muchas niñas, que a **la ocasión la pintan calva** […].

Clemencia, 1852.

CAMILO JOSÉ CELA

El vagabundo, quizá por aquello de que **a la ocasión la pintan calva,** se comió tres platos de judías con chorizo, una perdiz escabechada y medio jamón, de postre.

Judíos, moros y cristianos, 1956.

LUIS MATEO DÍEZ

— Si un perro todavía es un perro... —aseguró el Viejo, encarando al vagabundo que se movía desconcertado a su alrededor— **la ocasión la pintan calva.** Si de veras lo es, demuestra lo que vale. El hombre puede arredrarse, pero el perro no.

El oscurecer (Un encuentro), 2002.

llamarse andana

Llamarse andana es hoy 'desentenderse de un compromiso u obligación, no darse por enterado de ellos'. Pero para conocer el origen de tal expresión hay que remontarse al Siglo de Oro, y más concretamente a la lengua de germanías hablada entonces. Como es sabido, durante toda la Edad Media —y hasta entrado el siglo XVII, cuando este derecho sufrió las primeras restricciones— los perseguidos por la justicia podían acogerse a la protección de iglesias y monasterios, que quedaban al margen de la jurisdicción civil. Pues bien, en el siglo XVI , *altana* (de *alto,* así de simple) significaba, en la lengua de los pícaros y malhechores, 'templo, iglesia', de modo que *llamarse a altana* era 'acogerse a sagrado' («Iglesia me llamo», afirmaban quienes buscaban así refugio de la justicia, desentendiéndose de esta). Del término inicial se derivan las variantes *antana* y *andana,* única con vitalidad en la actualidad.

En realidad, este derecho de asilo existía ya en la antigua Grecia en algunos templos que eran considerados inviolables (la voz *asilo* proviene del latín *a s ¯ y lu m,* y este del griego *ásylon,* 'sitio inviolable'). Buen ejemplo es el del príncipe espartano Pausanias, quien, tras ser juzgado y condenado a muerte por sus devaneos con los persas, logró escapar y refugiarse en el templo de Atenea. De nada le sirvió esta estratagema, sin embargo, puesto que los lacedemonios respetaron el carácter sagrado del santuario, pero optaron por una solución sencilla: tapiar las puertas del templo y dejar que muriera por inanición.

Aunque con limitaciones, el asilo en sagrado pasó después a Roma y a través del cristianismo se extendió por todo Occidente. Pero si

atendemos al *Estebanillo González,* una de las últimas novelas picarescas de nuestra literatura (1646), el recurso no siempre dio los frutos apetecidos: «anduvo tan diligente un quitapelillos suyo, abanillo de la compañía y hijo de güevo de la armada, que sin valerme antana ni defensa de motilones, ni aquello de "iglesia me llamo", me hizo, con una cuadrilla de alguaciles y corchetes, sacar de sagrado y meterme en la cárcel del Tarazanal». Y es que, por lo que se ve, esto de no respetar el derecho de asilo —tan de moda en nuestros días— no es cosa del todo nueva.

BENITO PÉREZ GALDÓS

¡Cansado otra vez, cansado; y allá por junio […] me dijo que nunca más me dejaría, que se avergonzaba de haberme abandonado dos veces, y qué sé yo cuántas mentiras más!... Lo que hace ahora es buscar un pretexto para **llamarse andana…**

Fortunata y Jacinta , 1885-1887.

PEDRO J. RAMÍREZ

Aznar debe intentar arrancarle ese compromiso durante el debate del Estado de la Nación y está obligado a presentar una moción de censura si, cumplido ese trámite, el presidente se obstina en **llamarse andana.**

David contra Goliat. Jaque mate al felipismo , 1995.

no haber tutía

El modismo se usa, como expresión de desaliento, con un significado cercano a 'no haber remedio, no existir forma o manera de cambiar una cosa'. Su inclusión en el diccionario de la Real Academia es muy reciente, pues se llevó a cabo en la vigesimosegunda edición, de 2001, coincidiendo con la revitalización que el dicho experimentó hace unos años. Sin embargo, tiene bastante tradición y se documenta al menos desde finales del siglo XVIII .

Su origen no plantea demasiadas dudas. La tutía o atutía es la mezcla de óxido de cinc y otros cuerpos que, a modo de costra dura y grisácea, se adhiere a los conductos y chimeneas de los hornos donde se tratan minerales de cinc o se fabrica latón. Pues bien, con este compuesto se elaboraba desde antiguo un ungüento medicinal, en particular un remedio para los ojos: «Si hubiere nube o paño, tomarás

una dracma de tutía preparada y otra dracma de venda de lagarto, y con estos polvos le alcoholen los ojos con una pluma sotil», puede leerse, por ejemplo, en el *Libro de albeitería* (1546), de Francisco de la Reina. Así que la cosa tiene lógica. Si no hay tutía, no hay remedio, no hay solución posible.

Alguna debería haber, no obstante, para corregir la deriva de su escritura, en la que una vez perdida la noción de lo que es la tutía o atutía se tiende a separar el sustantivo, como si se hiciera referencia a un pariente cercano. Convendremos en que esta falsa separación, aunque ya aceptada por la Real Academia, es más propia del lenguaje cinematográfico de los indios norteamericanos que del español: «Gran Halcón Negro decir no haber tu tía».

LUCIO VICTORIA MANSILLA

— Dando, dando más, Coronel —me decían varios a la vez, ya caldeados, queriendo rematar.
No hubo tutía .
Viéndome firme, fueron despejando el campo uno tras de otro.

Una excursión a los indios ranqueles , 1870.

MARCO ANTONIO FLORES

Pero a veces uno se levanta con la pata izquierda y todo sale torcido. Un buen día me cayó el escuadrón de la muerte y **no hubo tu tía** con ellos.

La siguamonta, 1993.

ELVIRA LINDO

No hay tu tía, él ha dicho que viene, que nunca le ha tocado nada en la vida, ni en la tómbola de su pueblo, ni en la lotería que jugaba como humilde funcionario, ni en la que juega ahora con unos ilustres ancianos todas las navidades.

Tinto de verano, 2001.

pegar la hebra

Es sabido que hay gente muy aficionada a pegar la hebra, es decir, a ‘trabar conversación y hablar prolongadamente’. El uso de la expresión solo parece documentarse a partir de la segunda mitad del siglo XIX . Es bastante reciente, por tanto, y la Real Academia la incorpora a su diccionario en su decimoquinta edición, de 1925. La

hebra de la que hablamos no es sino la fibra textil o hilo, que a fin de cuentas «cose» el discurso y la conversación. Tanto que cuando perdemos el hilo nos vemos obligados a volver a hilvanar nuestras ideas. Así que el que pega la hebra alarga su discurso e incluso lo une al de otro. A lo mejor al hilo de sus palabras. Ya Pedro Valles, en su *Libro de refranes* (1549), y después Gonzalo Correas mencionan *coger la hebra* ('coger el hilo del discurso'), y Covarrubias se hace eco de *cortar la hebra* ('cortar el hilo del razonamiento'). La metáfora es realmente antigua y está muy presente en nuestra lengua. Así que, aunque tengamos todavía carrete, vamos poniendo fin a esta plática o, como se dice en nuestros tiempos, cortando el rollo —a fin de cuentas, la imagen es muy parecida—. Porque lo de pegar la hebra no es cosa censurable, sino todo lo contrario, pero se ruega cierta mesura. Ya se sabe que en el justo medio está la virtud. O eso decía Aristóteles, que a sabio no le gana nadie.

BENITO PÉREZ GALDÓS

—No le hablo ahora —añadió el capitular— porque está embelesada oyendo las tonterías de Jacintillo... ¡Demonches de chicos! Cuando **pegan la hebra** hay que dejarles.

Doña Perfecta, 1876.

SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Don Julián. — Hijita, pareces tonta algunas veces: ¿qué ha de haber pasado? Que Adolfo vino a saludarme, y mientras fui yo a cambiar de ropa llegó tu sobrina casualmente y **pegaron la hebra.** Adolfo es todo un caballero.

Puebla de las mujeres, 1912.

MAX AUB

P. va a ver a una amiga suya que no ha visto hace más de cincuenta años. Entramos en la casa como si nada:
—¿Tú quién eres?
Y se reconocen y **pegan la hebra** como si fuese ayer.

La gallina ciega. Diario español, 1971.

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

Iba con Txomin Ciordia, o solo, a la busca de noticias frescas sobre la marcha de «la urba» o simplemente porque le gustaba **pegar la hebra** con unos y con otros, poner la oreja, como él decía [...].

Un infierno en el jardín, 1995.

ÁLVARO POMBO

Y ahora, además, para colmo, Isabel no parece huirle, rehuirle, sino que parece hacerse la encontradiza, dejarse encontrar en el zaguán, **pegar la hebra.**

Una ventana al norte, 2004.

poner los cuernos

La expresión, que como es bien sabido significa ‘cometer una infidelidad’, tiene larguísima tradición, y ya en una recopilación de refranes de mediados del siglo XIV , conocida como *Romancea proverbiorum* , se recoge «Contigo come qui te los pone». El primer diccionario de la Real Academia, el de «autoridades» (1729), la incluye con el significado de «Faltar o hacer faltar a la fe del matrimonio», y considera «voz jocosa» el verbo *cuernar:* «Consentir el marido que su mujer sea mala y le ponga los cuernos». Porque lo cierto es que tradicionalmente, y hasta hace cuatro días, como quien dice, se da por sentado que las que ponen los cuernos son ellas; el cornudo —término en uso ya en el siglo XII — siempre es el esposo.

En el mundo antiguo, los cuernos se asocian con frecuencia con la fertilidad masculina; con cuernos se representó a los sátiros, criaturas lujuriosas donde las haya, así como a las divinidades fluviales, vinculadas igualmente a la fecundidad del varón. ¿Y de dónde procede entonces el sentido actual de la expresión que nos ocupa? Se podría recurrir, para tratar de explicarlo, al símil que sugiere identificar al marido burlado —tanto da ignorante que consentidor— con el cabrón, animal que ni se inmuta si otros de su especie montan la misma cabra que él montó. Y *cabrón* se llamó al cornudo, «a quien su mujer no le guarda lealtad, como no la guarda la cabra, que de todos los cabrones se deja tomar», en palabras de Covarrubias.

Este asunto de los cuernos alcanzó enorme relevancia durante el Siglo de Oro en relación con el tema de la honra (al «siglo del cuerno» hace referencia Quevedo). La metáfora, en todo caso, hizo fortuna, y se multiplicaron los eufemismos para aludir al término en cuestión. Proliferan, claro, los nombres de los cornúpetas, los animales con cuernos, pero resulta especialmente llamativo el cucú, el canto del cuclillo, pajarillo que deposita sus huevos en nidos ajenos para que otros críen sus polluelos. Fuentes diversas atestiguan que para hacer burla de los maridos cornudos las gentes aficionadas al escarnio ajeno imitaban a su paso el trino de esta ave, utilizando la onomatopeya con ánimo provocador. Y no es una cosa aislada, porque *cucullus,* ‘cuco’, en latín quiere decir ‘cornudo’, y el nombre del ave está en el origen del francés *cocu,* que tiene la misma significación. La verdad es que el tema da para una tesis, pero aquí lo dejamos, con una seguidilla popular: «Al entrar en su casa, *dijo un marido* o la puerta ha menguado / o yo he crecido».

ANÓNIMO

Si el mançebo asoldadado, o el pastor, o el boyarizo, o el hortelano, a su señor **pusiere los cuernos,** matelo con la mujer, como fuero es; o la mate publicamente, como fuero es [...].

Fuero de Cuenca, 1284-1295.

FELIPE TRIGO

—En Ernesta, en mi queridísima tita la condesa; fíjate, Mariano, es una puta. Le **pone los cuernos** al marido, sin duda, con Octavio. Fíjate, fíjate en los dos.

Jarrapellejos, 1914.

por arte de birlibirloque

Algo de ayuda vamos a necesitar en este caso, porque el origen del dicho no está nada claro. Pero pongámonos a ello, no con idea de que la inspiración nos encuentre trabajando, sino a ver si hay suerte y la cosa cuadra, aunque sea por arte de magia, o de birlibirloque, que lo mismo da. Los primeros documentos se remontan a la segunda mitad del siglo XVIII, pero el origen del dicho es anterior. La Real Academia, por su parte, lo incorpora a su diccionario en su séptima edición, de 1832.

Hay consenso sobre su procedencia inmediata, pues se forma por contracción de «birliqui birloque» o «birlique birloque». Así se atestigua, por ejemplo, en el *Tratado de las fuentes intermitentes* (1781): «L. S.: Irineo se inclina a que tenía demonio familiar y en ese caso se haría por arte del diablo. D: También le hace jugador de pasa, pasa, que podía hacerlo por arte de birlique birloque». El juego de pasa pasa es, como puede imaginarse, el juego de manos, el truco de prestidigitación, y el de birlique birloque es el arte del escamoteo, la ligereza de manos en el engaño.

Aquí empiezan las discrepancias, pues hay quien relaciona este último con el término *birlar* (‘hurtar con disimulo’), a cuya familia pertenecen en lengua de germanías *birlo* y *birlesco* (‘ladrón’), pero tiene pinta de ser una creación espontánea o festiva (semejante, por ejemplo *a traque barraque*). Esta última es la teoría de Corominas, que defiende que se trata de una «fórmula alternante de creación expresiva». Curiosamente, sin embargo, tiene equivalentes muy cercanos en otras lenguas romances, como el portugués y el francés. ¿Se trata de una mera coincidencia? Es difícil de creer. De momento,

dejémonos seducir por su sonoridad: «birliqui birloque, birlibirloque».

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

¡Dios les perdone esa y otras pifias a mis caros paisanos los Carrascos, grandes hombres de palacio, y de poner y quitar gente de candelero **por arte de birlibirloque!**

Discurso del diputado estremeño Gallardo, 1837.

ÁLEX GRIJELMO

Imaginemos la noticia que nos transmite un contertulio: «El ministro se ha sacado de la manga 100 millones del presupuesto como **por arte de birlibirloque** ».Lejos de constituir una merecida censura, la palabra se habrá puesto a favor de tan insigne contable.

La seducción de las palabras, 2000.

salir del armario

Sale del armario, o del clóset, como se dice en América, aquel que declara abiertamente y sin complejos su condición de homosexual. Es esta una locución bastante habitual en nuestros días —se generaliza en los años noventa del siglo XX —, en un momento en que se extiende el consenso acerca de que las preferencias afectivas y sexuales de cada uno son ciertamente eso: cuestión de cada uno. La expresión procede del mundo anglosajón: *coming out of the closet,* si bien en inglés es bastante habitual eliminar la información acerca del lugar del que se sale, hasta el punto de que revelar que uno es gay, lesbiana, bisexual o transexual es en el uso común, y así está recogido en los diccionarios, una acepción más del verbo preposicional, que significa 'darse a conocer', 'declarar públicamente algo', 'presentarse en sociedad'.

De hecho, la imagen del armario se asoció inicialmente con el alcoholismo y no se hizo habitual en el lenguaje del colectivo homosexual estadounidense hasta los años sesenta, y el verbo *coming out* no se relacionaba tanto con la noción de 'dejar un lugar secreto' como con la de 'darse a conocer ante una comunidad de iguales'. Es más que probable que la frase completa —la que da origen a la española— provenga de un cruce con *to have a skeleton in the closet* ('tener un esqueleto en el armario'), que hace referencia a un secreto infamante. Aunque en este caso predomina la idea de liberación,

implícita en el abandono de un espacio cerrado y oculto, opresivo a fin de cuentas.

CHAVELA VARGAS

En España, cuando un homosexual se presenta públicamente como tal, dicen **«salir del armario».** En México se decía, y aún se sigue diciendo, «viajar», o «salir del closet», y se llama «abierto » o «abierta» a quien no trata de ocultar sus opciones sexuales.

Y si quieres saber de mi pasado, 2002.

JAVIER VALENZUELA

21 gays de El Cairo irán a la cárcel por exhibir su condición en una ruidosa fiesta junto al Nilo. Su crimen fue **salir del armario;** en concreto, organizar una fiesta en uno de los lugares más visibles de El Cairo, el Queen Boat,uno de esos barcos amarrados a las orillas del Nilo que sirven de restaurantes y salas de fiestas.

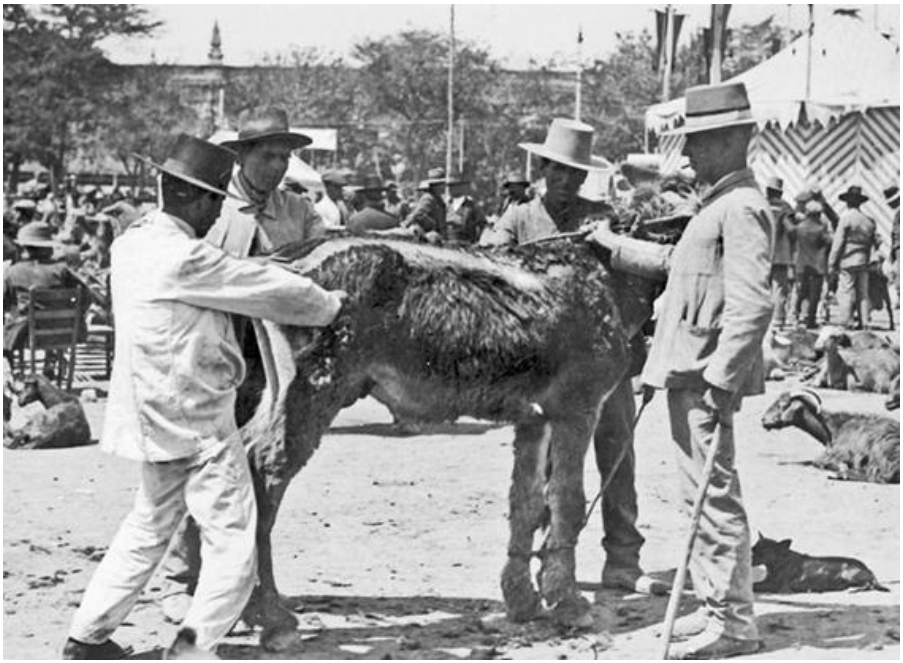
«Peligros por "salir del armario"», *El País,* 17/03/2003.

ser la caraba

'Ser extraordinario, fuera de lo normal', tal es el significado de esta frase, que se usa tanto en sentido positivo como negativo. Si nos atenemos al criterio de la Real Academia, el sustantivo en el que recae la carga semántica procede del árabe hispánico *qarába,* y este del árabe clásico *qar ā bah,* 'parientes próximos'. Ahora bien, ¿cómo se relaciona esto con su significado actual? Es difícil decirlo, la verdad. Existe una acepción específica de Extremadura y el área occidental de Castilla, donde la voz tiene larga tradición y se utiliza en el sentido de 'reunión festiva'. Pero no es algo que, al menos en apariencia, aporte demasiada luz a la cuestión. En particular si tenemos en cuenta que la expresión
—que el diccionario de la Real Academia recoge en 1984— no se atestigua hasta el primer cuarto del siglo XX .

Hay, sin embargo, otra teoría que explicaría muy bien su significado y se adapta perfectamente a la secuencia temporal. Para esbozarla hay que remontarse a la segunda mitad del siglo XIX , cuando comenzó a circular en Andalucía una historia picaresca
—su difusión está bien documentada— que pasamos a relatar. «Pasen a ver la increíble Karaba», pregonaba en la feria con un redoble de

tamboril un muchacho junto a un chamizo improvisado. «Son solo dos cuartos, señores, dos cuartos». Y el nombre y el aparente misterio que rodeaba la atracción captaban la atención del público, que imaginaba un animal exótico o un fenómeno de la naturaleza y se arremolinaba alrededor de la cortinilla de vistosos colores que ocultaba a la bestia. Pero todo se precipita después: un feriante harapiento descorre la cortinilla y deja ver una mula vieja y flaca, rodeada de moscas y consumida por el hambre y la enfermedad. «¡Pero, oiga, esta no es la Karaba!», dicen los visitantes indignados. «¡Ya lo creo que es la que araba! —contesta el pícaro—, hasta hace dos días». Y, claro, tuviera algo de verdad la historia o fuera un simple chistecillo, la Karaba, o la Caraba, pasó de boca en boca y acabó convertida, por vía festiva, en algo extraordinario. ¿O acaso alguien puede dudarlo?



RICARDO LEÓN

Con estos dos puntales y el apeo de los otros ministros, allegados después de muchos apuros, intrigas y sofocones, el nuevo Gobierno, bajo la férula del cacique mayor de la República, va a **ser la «caraba».** ¡El Señor nos coja confesados!

Cristo en los infiernos , 1941.

MANUEL HIDALGO

Esta madre tuya **es la caraba,** toda la vida, erre que erre, empeñada en que mi madre se queja de vicio, en que mi madre no sabe mover un dedo, en que mi madre no ha pegado ni chapa, en que mi madre es la enferma imaginaria, en

que mi madre nació para marquesa, joder qué leche.

Azucena, que juega al tenis, 1988.

JUAN MARSÉ

Todo está ocurriendo como en un sueño congelado en la placenta de la memoria, en un tiempo suspendido que **fue la caraba** de mascaradas públicas e infortunios privados, atropellos y desventuras, calabozos y hierros.

Rabos de lagartija, 2000.

sin decir oxte ni moxte

«Entró sin decir oxte ni moxte», podemos oír todavía por ahí. Y si tal ocurrió es que lo hizo sin decir nada, sin despegar los labios. Es una pena que una expresión tan sonora como esta esté cayendo en desuso. Se registra ya en el siglo XVI y aparece recogida en el *Diccionario de autoridades* (1737), el primero de la Real Academia. Entretanto, Gonzalo Correas se hizo eco de la variante *ni oste ni moste,* que define así: «Cuando no se habló palabra». *Oxte* (del árabe hispánico *u šš ,* voz de la que procede también *ojear, '* ahuyentar la caza') es una interjección empleada desde antiguo en el sentido de 'aparta, aléjate, vete'. Covarrubias dice que es una «palabra bárbara, pero muy usada de los que llegando con la mano a alguna cosa, pensando que está fría se queman». Y el citado diccionario académico aclara que se emplea a menudo en la expresión «oxte puto»: «No había entonces otro puto sino oxte, que siempre fue oxte puto», dice Quevedo en *Sueño de la muerte* (1610). El lector, como es natural, no tendrá problemas en imaginar algunos equivalentes más contemporáneos. Pues bien, de este término deriva, por vía expresiva —*moxte* carece de cualquier otro uso en español—, el dicho que tenemos entre manos, que repite una fórmula de éxito en nuestra lengua, basada en la estructura bimembre y la rima consonante: *a trancas y barrancas, a troche y moche, sin ton ni son, por fas o por nefas, mondo y lirondo…* Y así, repartiendo a diestra y a siniestra, ponemos fin a la cosa. Sin oxte ni moxte que valga.

EUGENIO DE SALAZAR

[...] que si estos licenciadillos que andan por aquí perdidos mil años supiesen hablar y decir bien las cosas en que han servido, yo fío no tardase tanto el

Presidente en proveerlos. Mas si cuando se ven delante de él no saben **decir oxte ni moxte,** ¿qué les ha de dar?

Carta a Juan Hurtado de Mendoza, 1560.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Pero la señá Frasquita metió el montante, apartando al corregidor con el brazo de marras, y Su Señoría, en evitación de otra voltereta y del consiguiente ludibrio, se dejó atropellar **sin decir oxte ni moxte.**

El sombrero de tres picos, 1874.

JUAN VALERA

Mi queridísimo amigo D. Marcelino: Aunque no vino usted a despedirse de mí, y aunque yo sigo encerrado en casa y en el mayor aislamiento, presumo que usted, **sin decir oxte ni moxte,** se largó a Santander y a Santander le dirijo esta carta.

Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo, carta de 10 de julio de 1901.

BORITA CASAS (LIBORIA CASAS REGUEIRO)

—Por favor: ¿el piso de doña Isabel Lángara?... —pregunté amablemente al portero, que, **sin decir oxte ni moxte,** se apresuró a encerrarme en un guateado ascensor, demostrando con su comportamiento silencioso que la tal doña Isabel Lángara no era una inquilina moco de pavo.

Antoñita la Fantástica y Titerris, 1953.

tener la negra

Quien tiene la negra tiene mala suerte. Ni más ni menos. La expresión, en su forma actual, es relativamente reciente, pues no parece documentarse antes del siglo XX . De hecho, el diccionario académico no la recoge hasta la edición de 1970, la decimonovena. Sin embargo la tradición que relaciona el color negro con la desgracia —«es color infausta y triste», en palabras de Covarrubias— se remonta a la Antigüedad. Habría que retrotraerse hasta el mito de las Moiras o Parcas, personificación del destino, que hilaban en su rueca el hilo de la existencia humana: lana blanca para la vida larga y feliz; lana negra para la breve y desdichada. En Grecia fue costumbre dejar en manos del azar, como juicio o sentencia divina, determinadas elecciones e incluso la resolución de causas judiciales. Aquel estaba determinado por habas o piedras blancas (símbolo de la buena fortuna) y negras

(símbolo de la desventura). Lo mismo ocurría en Roma, como sabemos por el testimonio de Horacio y Tibulo. «Los romanos, o por curiosidad o por superstición, o por ambos títulos, contaban con piedras blancas y negras los días que habían tenido alegres o infaustos, y abriendo al fin del año la alcancía, si excedían las piedras blancas daban el año por dichoso, si las negras por desgraciado», nos cuenta Alonso Núñez de Castro en su *Crónica de los señores reyes de Castilla* (1665). La tradición está todavía muy presente en la España del Renacimiento y el Barroco. Y el mismo Cervantes hace más de una referencia al caso en la segunda parte del *Quijote:* «¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día conpiedra blanca o con negra?». En Roma otras expresiones se valieron de la misma contraposición cromática: *ser un hombre negro* o *blanco* significó 'ser una persona desagradable' o 'agradable', *hijo de una gallina blanca* quiso decir 'nacido de alta cuna'. Con estos antecedentes lo de tener la suerte negra —principio directo de la construcción— solo podía interpretarse en un sentido. Y no precisamente venturoso: piénsese en el luto, por ejemplo, aunque en el Extremo Oriente el color del duelo sea el blanco. Pero por si acaso, lagarto, lagarto.

JOSÉ CABALLERO BONALD

—Como ha sido un accidente... —aclaró el Troncho. [...]
—¿Y Lola? —preguntó Ayuso. [...]
—Figúrese usted cómo estará, una lástima, y encima, eso. Joaquín **tenía la negra.**

Dos días de septiembre, 1962.

JOSÉ ANTONIO LABORDETA

Gudar, empinado en una loma, te vuelve a recordar dónde andas: por tierras turolenses. Con Gudar siempre **he tenido la negra.**

Aragón en la mochila, 1983.

tirar / echar los tejos

Siempre nos ha generado cierta inquietud esta frase, pues lo de tirar los tejos no parece la mejor manera de insinuarse o dar a entender a alguien nuestro interés, menos aún cuando este es amoroso. A fin de cuentas los tejos son trozos de teja o piedras de pequeño tamaño, por

mucho que tengan un fin lúdico. ¿Dónde queda la sutileza?

El uso de la expresión es reciente, pues no parece atestiguarse antes de los años cuarenta del siglo XX . Con los tejos se practicaban distintos juegos: la rayuela o el chito, por ejemplo. Este último tenía como objetivo derribar un cilindro de madera situado a cierta distancia, encima del cual se colocaban algunas monedas. Existe, por tanto, un fin en el que se concentra la intención. Lo mismo ocurre en la rayuela y hasta en la rana, que estaba en auge en ese periodo. Y este es el sentido que, figuradamente, asumió el dicho. La cosa cuadra especialmente bien si hacemos caso del diccionario académico, que en origen —lo incorpora en 1956— no le asigna un significado específicamente amoroso: «Dirigir la mira, intención o conato a un fin que se desea».

No obstante, circula también otra hipótesis que relaciona la génesis de la expresión con la costumbre existente en algunas zonas de lanzar festivamente una rama de tejo a la muchacha que se pretendía. Este origen es menos factible pero más romántico y propio de los enamorados. Y es que, como decía aquel, España y yo somos así, señora.

ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE

No, no era mala para novia la Media Almendra pero era poco para él y nunca le **tiró los tejos** del amor. Charlaban del baile, de las menudas cosas de la vida.

Paseíllo por el planeta de los toros, 1973.

CARMEN RIGALT

María Teresa Campos acababa de llegar de Miami, donde **le han echado los tejos** en Univisión, y aprovechaba su parada y fonda en Madrid para asistir al estreno.

«El novio», *El Mundo,* 02/08/1994.

GREGORIO SALVADOR CAJA

«Este va a ser mío; no se me escapa», resolvió. No lo comentó con nadie, naturalmente, ni conocía ella, recién llegada, sin amistades, alguien que la hubiera alertado. Se dedicó a **tirarle los tejos** durante el resto del curso, a coquetear con él abiertamente.

El eje del compás, 2002.

traer / llevar por la calle de la amargura

Hasta su diccionario de 1970 no recogía la Real Academia la frase, que se emplea con el significado de 'situación angustiosa prolongada'. No son pocas las ciudades que tienen calles que se llaman o se llamaron así. Es el caso de Madrid, donde ocupaba la actual Siete de Julio, junto a la muy castiza plaza Mayor. Los cronistas locales nos informan de las posibles razones de la amargura original de esta vía, entre las que se cuenta que era lugar de tránsito obligado de los condenados a muerte que iban a ser ajusticiados. Allende los mares, en la colombiana Cartagena de Indias, encontramos noticia de cierto diálogo que según la tradición tuvo lugar en 1626 entre dos reos acusados de herejes, episodio que vendría a apoyar esta opción: «Amigo, falta muy poco para llegar al lugar del tormento, apenas nos falta andar la callecita que viene, que con el tiempo debería llamarse la ruta de la amargura». Parece claro, pues, que la calle de la amargura es la que conduce a la muerte, pero el nombre hace referencia muy en particular —aquí hay que buscar el origen de la expresión— al camino que recorrió Jesucristo con la cruz a cuestas hacia el calvario. Son numerosos los textos que atestiguan este uso desde el siglo XVI . Y también los que, por extensión, otorgan esta misma denominación a la conmemoración que de este viacrucis (" VÍA CRUCIS) realizan los católicos durante la Semana Santa saliendo en procesión.

GREGORIO GONZÁLEZ

—Este —me contaba ella— es nuestro Señor, que llevaba la cruz a cuestas cuando **iba por la calle de la amargura.** Este es Sant Jerónimo, que, pidiendo a Dios perdón de sus culpas, se está dando con aquella piedra de golpes en los pechos.

El guitón Onofre, 1604.

FRANCISCO AYALA

[...] ahí lo veía aún, rechoncho, más bajo que él, sucias las piernotas y con una gorra de visera encima del rapado melón, espiando su paso hacia el colegio **por** aquella **calle de la amargura,** para, indefectiblemente, infligirle alguna imprevisible injuria.

La cabeza del cordero, 1949.

ROSARIO FERRÉ

Se la pasan llorando porque al marido el huracán Hugo le destruyó el velero de cincuenta mil dólares y como no estaba asegurado la **trae** a ella **por la calle de la amargura** [...].

La batalla de las vírgenes, 1993.

LUIS JIMÉNEZ DE DIEGO

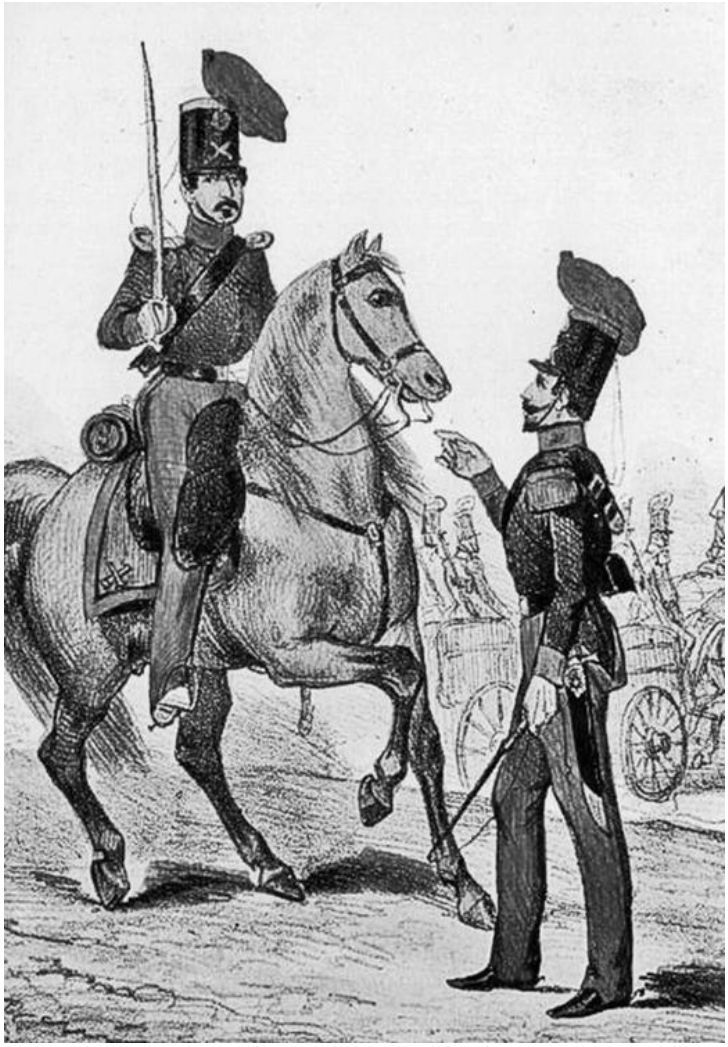
—Mire, doctora, el problema de mi padre es que está obsesionado con el

asunto del sexo. Mi madre vive y a la pobre la trae **por la calle de la amargura** [...].

Memorias de un médico de urgencias, 2002.

vérsele el plumero

Cuando una persona descubre sus intenciones o defectos, se dice de ella que se le ve el plumero, por más que intente disimular la verdad. La expresión fue registrada por vez primera en el diccionario de la Real Academia en su edición de 1970, la decimonovena, y no hemos encontrado registro escrito de ella anterior a los años veinte de la pasada centuria, si bien su origen parece remontarse al siglo XIX . El plumero en cuestión era una suerte de penacho, una cimera o morrión, si hablamos con propiedad, que coronaba el casco de los voluntarios de la Milicia Nacional, creada en España en el Trienio Liberal como fuerza de oposición al absolutismo y que desempeñó un papel importante en la primera mitad del siglo XIX . Como es natural, los integrantes de este cuerpo estaban vinculados a las ideas liberales y progresistas. Y del ámbito militar a la arena política, el morrión o plumero se convirtió en símbolo del liberalismo. Esta identificación es manifiesta a lo largo de toda la centuria. Galdós, en *De Oñate a La Granja* (1876), escribe: «Es liberal sin morrión, monárquico sin cogulla». Por tanto, cuando alguien evidenciaba por su comportamiento, sus maneras o la manifestación de sus opiniones la simpatía hacia el partido liberal, podía aplicársele con razón la frase de marras. De hecho, en un periódico de signo conservador —según Iribarren— se publicó una caricatura de Sagasta, dirigente del partido liberal y presidente del Consejo de Ministros en varias ocasiones durante el periodo de la restauración borbónica, en la que el político aparecía tocado con el citado morrión miliciano; puede adivinar el lector cómo rezaba el pie de foto: «¡Don Práxedes! ¡Que se le ve el plumero!».



JOSÉ SOMOZA

¡Mentira, que **vi** yo luego
el plumero en el tejado
del sacristán, que a Dios nada
dicen que le toca ogaño!

Un alcalde en este año de 1835, 1938.

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

—¡Ya **se te vio el plumero** ! ¡Y se te vio!
—gritaba Coca-Coña—. Con tanto disculparte no has hecho más que ponerte en evidencia. ¿Eh, qué tal?

El Jarama, 1956.

ERNESTO EKAIZER

—[...]. Garzón ya lo sabe, y podría llamarme a declarar sobre lo que yo puedo haber hablado con Julián sobre el GAL —**se le veía el plumero** por lo pésimo actor que era.

Vendetta, 1996.

Juan Gil
Quandoque bonus dormitat Homerus

«Algunas veces se adormila el buen Homero»
(Horacio, *Arte poética* , 359),
o sea, incluso el mejor puede tener un fallo.

NOTA : El latín, al revés del griego, no tiene acentos. Sin embargo, se han puesto tildes en los lemas para indicar su correcta pronunciación; perdónesenos esta licencia, verdaderamente horrorosa, que hemos cometido en evitación de daños mayores a la prosodia latina.

ab ouo

En su *Arte poética* (vv. 145-146) Horacio aconseja al futuro poeta épico que no comience su narración desde el principio (*ab ouo*), sino que introduzca al lector *in medias res,* 'en el meollo del asunto'. La expresión *ab ouo,* 'desde el huevo' (en realidad, *gemino… ab ouo,* 'desde el doble huevo'), se refiere a la muy extraña manera en que nació Helena, la causante de la guerra de Troya. Su madre, Leda, fue seducida por Zeus, previamente metamorfoseado en cisne (el dios no se puede mostrar a un mortal tal cual es " RÉSPICE). A causa de este notable ayuntamiento la mujer, en vez de tener un parto normal, puso dos huevos, de los que nacieron Helena y Clitemestra y sus dos hermanos, los Dioscuros (*Diòs koûroi* ,o sea, 'mozos de Zeus') Cástor y Pólux. En conclusión, pues, la epopeya no debe remontarse a los orígenes más remotos: la *Ilíada* no arranca del nacimiento de Helena, sino de la cólera de Aquiles.

Con *ab ouo* el mismo Horacio (*Sermones* , I 3, 6) creó otra frase proverbial, *ab ouo usque ad mala,* 'desde el huevo [los aperitivos] hasta las manzanas [la fruta]', esto es, desde el comienzo hasta el final de la

cena, que era la comida fuerte para los romanos y aún hoy para buena parte del mundo, menos para los españoles. El dicho se aplica a un hombre de carácter inestable, el cantor Tigelio, que unas veces permanecía callado, sin que ni el propio Augusto pudiera sacarlo de su silencio, y otras cantaba sin parar durante toda la cena, «desde el huevo hasta la fruta». Luego también en este caso *ab ouo* significa 'desde el principio'.

JOSÉ NICOLÁS DE AZARA El dicho librito cumple con la parte de las rentas. Marca […] hace bien la historia de la jurisdicción eclesiástica; pero uno que lo abrace todo ***ab ouo ,*** no sé que lo haya.

Cartas al ministro Roda , 1768.

MARIANO JOSÉ DE LARRA Mi objeto era referir simplemente un hecho de que no ha muchos meses fui testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, más que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relación ***ab ovo.***

«El duelo». *Fígaro,* 1835.

CARLOS FUENTES

—Yo quiero decir —agarró aire— que a los escorpiones se los mata, como dijese Horacio el poeta, ***ab ovo,*** o sea en el huevo, antes de que puedan dañar, y a los cuervos en su nido, antes de que nos saquen los ojos [...].

Cristobal Nonato, 1987.

álea iacta est

El 10 de enero del 49 a. C., César detuvo sus tropas ante el puente del Rubicón. El pequeño río formaba la frontera de Italia con las dos Galias (Cisalpina y Transalpina), las provincias cuyo gobierno había ejercido el tan ambicioso como genial político durante nueve años. Traspasar esa frontera suponía un acto de guerra. César dudó. En ese momento crucial, según la tradición mítica y exculpatoria que cuenta Suetonio (*Divino Julio* , 33), una maravilla de propaganda cesariana, apareció en las cercanías un hombre sentado, de gran tamaño y belleza, tocando un caramillo. Los soldados y cornetas acudieron para escuchar su melodía. Uno de ellos, trompeta en mano, se lanzó al agua para alcanzar la otra orilla y empezó a dar el toque de combate. Ante tal espectáculo, las vacilaciones desaparecieron. «Vayamos», arengó César a sus allegados, «adonde nos llaman los prodigios de los dioses y

la iniquidad de los enemigos. El dado está echado». Con estas palabras y el paso del Rubicón comenzó una cruenta guerra civil, que se decidió en el 48 d. C. con la muerte de Pompeyo, pero solo acabó en el 45 d. C. con la victoria definitiva en Munda, cerca de Osuna, sobre los hijos de su rival.

Las palabras de César reproducen un dicho griego, y tal vez fueran también pronunciadas en esa lengua, como lo fue el famoso «¿Tú también, hijo?» (" TU QUOQUE). Ahora bien, la frase en el original es un imperativo pasivo: *anerrhíphtho kýbos,* 'sea arrojado el dado', una frase que se dice de quienes se lanzan a una empresa desesperada, bien por propia voluntad, bien forzados por la necesidad. Erasmo dedujo, en consecuencia, que el presente latino debía sustituirse también por un imperativo pasivo: *alea iacta esto* . De hecho, antes de cruzar el Rubicón César no había tentado la suerte todavía; por tanto, si se dirigió a sus amigos en latín, parece verosímil que dijese «arrójese el dado», como quería Erasmo, y no el «está echado» tradicional.

JOSÉ MARÍA DE PEREDA Pero ***alea jacta est:*** aquellas mujeres que se resolvieron a pasar una vez los límites del respeto con sus pertrechos de odios y de antipatías, no pueden retroceder ya [...].

El buey suelto..., 1878.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA […] limpiaba las espuelas del gallo con medio limón, para mundificarlas, por si estaban emponzoñadas, y las enjugaba después con el pañuelo, y, por último, depositaba levemente el gallo sobre el ruedo, como diciendo: ***alea iacta est,*** y ya no hay poderío terrenal que desvíe la voluntad de los hados.

Belarmino y Apolonio , 1921.

RAFAEL UMBERTO MORENO-DURÁN

No hay marcha atrás, pues la rueda ha comenzado a girar y no es posible —no quiero, ***alea iacta est,*** y lo demás es un mambo— pensar siquiera en detenerla.

El toque de Diana, 1981.

JOSÉ ANTONIO GABRIEL Y GALÁN

Al fin tomaste posesión del segundo rellano, ***alea jacta est ,*** ya no había forma de retroceder.

El bobo ilustrado, 1986.

amícus Plato

La búsqueda de la verdad exige un entendimiento insobornable y un corazón que no se deje llevar por los sentimientos. No sorprende que el núcleo de la frase en cuestión remonte al círculo de Sócrates, el hombre que supo dar la vida por un ideal ético. En efecto, el filósofo ateniense, en el *Fedón* platónico (91 c), al reiniciar su dramática pesquisa sobre la suerte del alma tras la muerte, exigió a sus discípulos Simias y Cebete que, en el curso de la averiguación, no se preocupasen por él mismo —y eso que estaba a punto de ser ajusticiado y que, por ello mismo, la cuestión que se dilucidaba era trascendental, para él el primero —, sino por la verdad, es decir, por el problema de la supervivencia o del aniquilamiento del alma. Con el paso del tiempo, el nombre de Sócrates fue sustituido por el de su seguidor más ilustre, Platón, que pronto eclipsó la fama del maestro; como consecuencia del cambio, se puso la frase en boca de Aristóteles. La sentencia, en efecto, se encuentra en una tardía *Vida de Aristóteles* y, traducida al latín, tomó la forma en la que hoy la usamos; así la citó ya en el siglo XIII el franciscano Roger Bacon en su admirable *Opus maius* , el libro en que, entre otras cosas, reunió todos los datos que apoyaban la proximidad de España con la India: los datos que harían teóricamente posible el viaje de Cristóbal Colón.

El dicho se prestó a otros usos, incluso a chistes. En efecto, Juan de Salinas jugó en el siglo XVII con el equívoco *plato/Plato* (el nombre del filósofo en latín, *Pláton* en griego): «Un filósofo beato, / tan atento
a la verdad, / como el de la Antigüedad, /
dijo al plato: *amicus Plato* ». Pío Baroja buscó el efecto cómico que produce la incomprensión del nombre por parte de una persona inculta: «—Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad —contestó Victor Ouvrard. —¿Amigo de quien? —preguntó la bailarina. —De Platón..., un banquero… —¿Rico? —¿Muy rico? —Me gustaría conocerle» (*Los recursos de la astucia*). A su vez, en uno de sus *Paliques* Clarín varió irónicamente su formulación: «*Amicus* periodista» (¡con qué gusto no pocos políticos harían suya esta frase de Clarín!).

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA […] tengo que cumplir antes con mi profesión que con su gusto, conforme a lo que suele decirse: «***Amicus Plato,*** *sed magis amica veritas*» .

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, 1615.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Dicen que dijo Aristóteles, en griego, por supuesto, ***Amicus Plato,*** *sed magis amica veritas.* ¡Bravo! Pero frente a la leve y cortés agresividad latente en esas palabras, yo me he propuesto y he propuesto a los demás una norma de comportamiento matizadamente distinta de la aristotélica: *Amica veritas, sed etiam* ***amicus Plato.***

Descargo de conciencia (1930-1960), 1976.

Árcades ambo

La poesía bucólica romana gustó de situar a sus pastores en un mundo feliz, una Arcadia inexistente, aunque en esa Arcadia dichosa acabase por colarse asimismo la Muerte (*et in Arcadia ego,* 'también yo [estoy] en la Arcadia', proclama la poco grata y esquelética dama en un conocido proverbio cuyo significado elucidó Erwin Panofsky).

Pues bien, al comienzo de una de sus *Eglogas* Virgilio nos presenta a dos pastores, Coridón y Tirsis: el primero, conduciendo un rebaño de cabras, el segundo, uno de ovejas; los dos en la flor de la edad y los dos naturales de Arcadia, *Arcades ambo* (VII 4), dispuestos a cantar y responder en un canto amebeo (es decir, correlativo, un canto en el que van alternando uno y otro sus canciones). Así fue: poco después Tirsis y Coridón se enzarzan en una competición poética, igual que los juglares rivalizaron siglos más tarde en una *tençó* y de la misma manera que hoy unos vates más o menos inspirados intentan alcanzar el primer premio en una justa de las Musas: el mundo intelectual cambia poco; solo varían los nombres de los actores y de las cosas.

Para Virgilio, todos los árcades están cortados por un mismo patrón. En consecuencia, la expresión *Arcades ambo* se utiliza hoy para designar a dos personas muy parecidas y de iguales gustos; algunas veces, no siempre, con un tonillo despectivo. Podríamos traducirla por «tal para cual».

BENITO PÉREZ GALDÓS

[...] y si algún extraño entraba en la casa para hablar con los jesuitas, Grijalva le había de echar su latín correspondiente, *verbi gratia:* «Videte Piaonem ad petendum Gratianum... **a *rcades ambo*** ».

Un faccioso más y algunos frailes menos , 1879.

BENITO LORENZO VILLALONGA Ni tú ni yo (***Arcades ambo,*** como decía, medio en serio, medio en broma, el Rector del Seminario) olvidaremos los largos diálogos bajo el almez del patio comentando a San Agustín y a Descartes.

Bearn, o la sala de las muñecas, 1956.

beátus ille

«Feliz aquel que, alejado de las ocupaciones, como la raza primitiva de los mortales, labra el campo paterno con sus bueyes, libre de todo pago de intereses, y no es despertado en guerra por el horrible toque de combate, ni se espanta ante la ira del mar». Así comienza el conocidísimo epodo II de Horacio, un encendido canto a la vida rural, entendida como una Arcadia (" ARCADES AMBO). Pero no nos dejemos engañar por las apariencias. Quien entona este panegírico de los encantos rústicos es un usurero, Alfio, y este prestamista, que pregona a los cuatro vientos su inminente intención de convertirse en un labriego, recoge imperturbable sus ganancias en las idus (el 13 o 15 de mes) y vuelve a colocar su dinero en las calendas (el primero de mes). La lección de Horacio, largo tiempo olvidada, la hemos vuelto a aprender, por desgracia, escarmentando en cabeza propia: los Alfios modernos, trufados de políticos, han predicado la austeridad a los demás, mientras ellos se enriquecían de manera obscena y arruinaban el país.

Fray Luis de León hizo una muy hermosa traducción libre de este epodo de Horacio («¡Qué descansada vida…»). Llama la atención que la primera novela de Antonio Muñoz Molina se llamase precisamente *Beatus ille* (1986). Aunque la acción transcurre en un cortijo andaluz, La Isla de Cuba, el argumento, cuajado de sorpresas, dista mucho de ser bucólico. El título parece deberse a que así se llamaba «una especie de diario» o «libro» que, en teoría, estaba escribiendo o había terminado un personaje omnipresente en la obra, incluso durante sus ausencias, Jacinto Solana; pero el propio Solana es calificado dos veces de *Beatus ille* y, como Alfio, tiene una cara oculta. El título, pues, es ambiguo, pues puede referirse al título de la obra o al autor de la misma: los novelistas se resisten a revelarnos todos sus secretos, y hacen bien.

ANÓNIMO

E los maestros de los estrumentos llaman clausulas así commo preçiosos verssos sometidos a los enteros, así commo dize en Oraçio: ***Beatus ille*** *qui procul negociis,* que quiere dezir: «Bienaventurado aquel que lexos ha los trabajos».

Las etimologías romanceadas de San Isidoro, c. 1450.

JOAQUÍN GARRIDO

Presenta a la sociedad vasca del momento enferma por la corrupción española. Utiliza el motivo del ***beatus ille*** para oponer el presente degradado al pasado feliz y virtuoso.

Clac. Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación, n.º 14, 05/2003.

carpe diem

En una oda famosa, enderezada a una desconocida Leucónoe (las amantes de los poetas romanos solían llevar nombres griegos, para evitar peligrosas indiscreciones), Horacio le da los siguientes consejos: «No investigues, Leucónoe, pues es un sacrilegio el saberlo, qué fin a mí, qué fin a ti nos hayan deparado los dioses… Mantente cuerda, cuela el vino y en un tiempo breve recorta una esperanza larga. Mientras hablamos, habrá huido la celosa edad. Coge el día, depositando las menos esperanzas posibles en el venidero» (*Odas* ,I 11). La metáfora *carpe diem* viene del cosechar la fruta, con un sobreentendido erótico; a su vez, el filtrado del vino invita a gozar de todo lo bueno, sin apurar las heces.

En otra composición tardía muy conocida, esta anónima (*De rosis nascentibus*), se exhorta como moraleja a la doncella a que coja las rosas (*Collige, uirgo, rosas*) antes de que se marchiten, esto es, a que disfrute de su hermosura sin esperar a que venga el tiempo a ajarla. En el Renacimiento esta poesía, que se conserva en la llamada *Apéndice virgiliana* , tuvo numerosos imitadores (Ronsard, Góngora, Lope, etc.). No deja de ser curioso que la comparación con la flor, en un principio, se aplicara no a las mujeres, sino a los hombres. Desde Homero, el joven caído en combate fue parangonado a la amapola doblada por el peso de su fruto y las lluvias primaverales (*Ilíada* , VIII 306 ss.). Todavía hoy se deplora que alguien muera en «la flor» de la juventud. Traer a colación la efímera belleza de las flores es un eficaz recordatorio de la no menos pasajera condición de la naturaleza humana.

CONDE DE NOROÑA (GASPAR MARÍA DE NAVA ÁLVAREZ DE NOROÑA) Los poetas de todas las naciones, principalmente los voluptuosos, aconsejan a los hombres que se aprovechen del momento presente. El ***carpe diem*** de Horacio es su máxima favorita.

Poesías, 1799-1815.

JULIO CORTÁZAR

Y ahora una voz rota, abriéndose paso desde un disco desgastado, proponiendo sin saberlo la vieja invitación renacentista, la *vieja tristeza anacreóntica, un* ***carpe diem*** *Chicago 1929.*

Rayuela, 1963.

MIGUEL DE UNAMUNO

La posición epicúrea, cuya forma extrema y más grosera es la de «comamos y bebamos, que mañana moriremos», o el ***carpe diem*** horaciano, que podría traducirse por 'vive al día', no es, en el fondo, distinta de la posición estoica.

Del sentimiento trágico de la vida, 1913.

GUILLERMO CABRERA INFANTE

Hasta en la batalla de los sexos la vanidad es la única arma prohibida. Pareció pensarlo llevada por mi versión cubana del ***carpe diem*** o al menos puso cara de pensarlo, que ya es bastante [...].

Tres tristes tigres, 1964-1967.

coram pópulo, coramvobis

Todavía hay quien se escandaliza de que se digan o hagan ciertas cosas *coram populo* , 'delante del pueblo'.Por dos vías la expresión pudo hacerse proverbial. En un verso famoso, Horacio dio un sabio consejo a los futuros escritores de tragedias: *ne pueros coram populo Medea trucidet* (*Arte poética* , 185), 'que Medea no mate a sus hijos en presencia del pueblo', es decir, 'a la vista del público'. Pero más famosa todavía es la escena en la que Poncio Pilatos se lavó las manos ante la muchedumbre, *lauit manus coram populo* (Mt 27.24). A partir de esa frase debió de popularizarse el dicho; y, muy probablemente, ese es también el origen del vulgar *pópulo,* 'pueblo'.

La preposición *coram* vuelve a aparecer en otra locución proverbial que ya ha caído en desuso: *coram uobis* , 'en vuestra presencia', significó desde el siglo XVI al siglo XIX 'cara', por ser lo único que hombres y mujeres mostraban en público —ahora se enseñan en la playa partes más íntimas—.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Poco le aprovechó a Pilatos lavarse las manos ***coram populo,*** ni decir: «Inocente soy de la sangre deste justo».

Historia general y natural de las Indias, 1535-1577.

JUAN VALERA Y si al fin me presento protegido por Sartorius a luchar con Rios y quedo vencido, cosa más que probable, resultará que, sin honra ni provecho alguno, quedaré ***coram populo*** por ministerial, sartoriesco y hombre de poco más o menos.

Cartas, 1847-1857.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Sin forzar mucho las cosas, podemos interpretar el verso «El bautismo del agua tentadora» como referencia a lo que quizá se hubiera convertido en rito suplementario o costumbre inocente de bañar a la criaturita ***coram populo.***

La saga/fuga de J. B., 1972.

AGUSTÍN MORETO

¿Qué hará la condesita en viéndome el ***coramvobis*** ?

El lindo don Diego, 1662.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Jamás he tenido el poco envidiable gusto de mirar ese ***coramvobis*** de fariseo.

La redoma encantada , 1839.

deus ex máchina

En la tragedia antigua —y sobre todo en las tramas de Eurípides, tan enrevesadas—, había veces que el nudo dramático se complicaba hasta tal extremo, que parecía de todo punto imposible un desenlace feliz; entonces aparecía un dios, traído por un artilugio mecánico, que dirimía la cuestión: era el *deus ex machina* , el 'dios de la tramoya', en griego *epì m ē chanês… theòs* , una expresión que aparece por primera vez en el *Clitofonte* (407 A) de Platón. Un ejemplo: los habitantes de Tauros (la península de Crimea) están a punto de dar alcance a Orestes, a su hermana Ifigenia y a Pílades, que intentaban huir de aquel país bárbaro, cuando de repente surge Atenea en el aire y ordena al rey Toante detener la persecución (Eurípides, *Ifigenia en Tauros* [no *en Táuride* , como dicen algunos, por reminiscencia de la otra tragedia *Ifigenia en Áulide*]). La expresión resultó demasiado banal para algunos latinicultos actuales que, rizando el rizo, han preferido hablar de *deux ex machina* , quizá porque *dos* en francés se dice *deux*. «¡Oh, mon Dieux! ¡Parbleu!».

NICOMEDES PASTOR DÍAZ

Harto temo que se me diga que este desenlace de las cuestiones filosóficas por la introducción del ***Deus ex machina,*** como en los antiguos dramas, no pasa de ser en mis labios una declamación poética.

Los problemas del socialismo, 1848.

JUSTO SIERRA [...] era el hombre visible por excelencia; el pueblo tenía en él, en cuanto se alejaba, una vaga confianza de que podía hacer milagros; era el hombre de las crisis, era nuestro ***deux ex machina,*** era un salvador que nunca salvó nada.

Evolución política del pueblo mexicano,
1900-1902.

JOAQUÍN CALVO SOTELO

La luz será el ***deus ex machina*** de la representación. Ella, en efecto, subrayará las vicisitudes de la acción, reavivará a unos personajes, olvidará a otros y cuidará, en suma, de crear la atmósfera en que se desenvuelven.

El inocente , 1968.

JUAN GARCÍA HORTELANO

—Pablo se largó y creo que hizo bien. A Pablo seguramente nadie le quita de la cabeza que se largó por propia iniciativa. Haz tú lo mismo con Mary.
—Decirle que se marche, sin decírselo. Uno no sirve para ***deus ex machina.***

El gran momento de Mary Tribune , 1972.

JOSÉ LUIS LEÓN

En todo caso, lo fundamental es que se trate de seres venidos del exterior, para colmar nuestras esperanzas de una solución **deus ex machina** , a la vista de nuestra ineptitud para la autosalvación [...].

Mitoanálisis de la publicidad, 2001.

ecce homo

Estas palabras fueron pronunciadas en un momento trágico. Pilatos, en un último intento de salvar la vida de Jesús, lo hizo llevar ante el pueblo, después de que los soldados romanos, no contentos con haberlo abofeteado, le hubiesen puesto una corona de espinas y un manto de color grana, llamándolo en son de mofa «rey de los judíos». *Ecce homo* (‘aquí está el hombre’), exclamó el gobernador, esperando que el lastimoso aspecto del reo moviese a compasión. Pero una multitud de corazón endurecido gritó: «Crucifícalo» (Jn 19.5). La patética figura de Cristo, escarnecido, maltratado y expuesto ante la multitud, fue un tema predilecto de la pintura medieval, renacentista y barroca. Artistas de la categoría de Quentin Massys, Tiziano, Luis de Morales, Rubens, Guido Reni y Rembrandt llevaron a sus lienzos la

escena del *Ecce homo* . No es extraño, en consecuencia, que las mismas palabras se empleasen para designar a un hombre con la cara ensangrentada y cubierta de heridas y magulladuras: así nacieron expresiones como «ser un *Ecce homo* », «estar hecho un *Ecce homo* ». Más castellanamente, se dijo también «estar hecho un cristo».

FRANCISCO DE QUEVEDO

Entré en casa, y el morisco que me vio, comenzose a reír y a hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije: —Mire que no soy ***Ecce homo.***

Historia de la vida del Buscón , 1626.

MARIANO JOSÉ DE LARRA Se ve al jugador salir ensangrentado y hecho un***ecce homo.***

Artículos , 1884.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Encontrole en la misma actitud de **Ecce homo** sin caña.
«¿Qué te pasa, hijo mío? —le dijo besándole en el pelo, y dando a su voz toda la ternura posible—. Voy a peinarte».

Torquemada en la Cruz , 1893.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Mucho le dolía el golpe, andaba apoyado en sus amigos, con la cabeza entrapajada, hecho un ***Ecce homo,*** según afirmaban las indignadas comadres [...].

La barraca, 1898.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

Dama Blanca, yo me preocupo por tu futuro y tú te vas de pendoneo, para que un día de estos te preñe un gatazo facineroso, con carajito rosadito y te deje hecha un ***ecce homo*** [...].

Galíndez, 1990.

et cétera

Una enumeración puede hacerse interminable, luego conviene cortar por lo sano y acabar con un «y las demás cosas», que eso es —ni más ni menos— lo que quiere decir en latín *et cetera* (y en griego *kaì tà loipá* , en inglés *and so on* ,en alemán *und so weiter*). Esta locución, que se popularizó en latín en el siglo I a. C., la empleó ya Cicerón tal como la usamos nosotros: bien para indicar que se omiten muchas cosas que se podrían seguir diciendo, bien para interrumpir una cita que resulta demasiado larga con la advertencia de que el texto continúa en el original citado. En la Edad Media los escribanos recurrieron a este procedimiento para abreviar la larga titulatura de los reyes y omitir la retahíla de fórmulas legales o frases de despedida. Después, el cómodo *etcétera* pasó de la jerga notarial a ser del dominio común. Galdós usó también una forma alternativa, *et reliqua* .

Contra la tendencia del español, que hace femeninas las palabras terminadas en *-a* , *etcétera* es un masculino («un largo etcétera»); y aunque *cetera* es ya de suyo un plural neutro, recibe la *-s* de plural en castellano («muchos etcéteras»).

En diccionarios antiguos se lee que se puede abreviar *etcétera* mediante el signo &. Es una doctrina errónea, ya que & no significa *et cetera* , sino *et* ('y'). En realidad, se trata de un nexo de la *E* cursiva

con la *t* , en el que todavía es muy reconocible la vocal, mientras que la *t* se ha reducido a los dos rabitos que le salen a la *E* . ¡Qué chasco para esas compañías que se dan ínfulas de muy inglesas por llamarse «Pérez & Martínez», sin darse cuenta de que no son «Pérez *and* Martínez», sino «Pérez *et* Martínez»!

Dos usos más de *ceterus* han arraigado en español: *ceteris paribus,* 'estando las demás cosas iguales', esto es, 'en igualdad de condiciones', y *et sic de ceteris,* 'y así sobre las demás cosas', empleado como una variante de *etcétera* .

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Podrá también darles para con que vivan haciéndose vecinos, como arriba es dicho, y podrá preferirlos a otros extraños ***ceteris paribus,*** y no de otra manera.

Avisos para confesores, 1552.

JOSÉ CADALSO

[…] Neptuno con su tridente, Marte con su espada, Vulcano con su martillo, ***et sic de ceteris*** […].

Cartas marruecas, 1773-1774.

ex ungue leónem

El león, «el más fuerte de los animales salvajes» (Prov. 30, 30), protagonista de muchas fábulas, ha dado origen a infinidad de dichos. Aristófanes se burla de los hombres que son «en casa leones, en el combate zorras» (*Paz* 1189). El diablo es como un león que ruge, buscando a quien devorar (I Pedro 5, 8). Es de necios afeitar a un león (Platón, *República* 341 C) o enfrentarse a un león con una aguja (Séneca, *Cartas,* 82, 24). A estos ejemplos se añade «por la uña (conocer) el león», que se dice de quienes, a partir de una minucia, calculan la totalidad de algo o de alguien; el mismo significado tienen otras expresiones griegas como «por la orla, todo el bordado», «por el fruto, el árbol», «por la vista, el etíope», «por un pequeño trago, la fuente». Luciano atribuyó la frase al pintor Apeles, Plutarco al poeta Alceo. La expresión, en la forma *leonem ex unguibus aestimare* , fue popularizada por Erasmo.

Deriva también del león otro dicho, «condición leonina», derivado

de una fábula de Esopo (la 209.ª Chambry). El león, el asno y la zorra forman una sociedad para cazar. Habiendo tomado una presa, ordena el león que la reparta el asno, que la divide en tres porciones iguales. El león, indignado por ese reparto igualitario, despedaza al asno. Le toca entonces dividir a la zorra, que entrega lo mollar al su irascible socio, reservándose para sí una pequeñez. El león, agradablemente sorprendido, pregunta a la zorra quién la había enseñado a repartir tan bien. «La desgracia del asno», respondió la zorra. Condición leonina es, pues, la que impone quien se queda con la mejor parte; o, como se dice también, quien se lleva la parte del león.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Hecho Rey Arlequín [...] le aconsejan que empieze su cumplimiento amoroso con un suspiro; él empieza a apretarse y frotarse fuertemente la barriga, haze mil gestos y contorsiones, y, por último, dice a los circunstantes que ya salió el suspiro, esto es, un pedo, ***ex ungue leonem.***

Viaje a Italia, 1793-1797.

JORGE LUIS BORGES

Alfonso Reyes, harto de esas fatigas subalternas de índole policial, propone que entre todos acometamos la obra de reconstruir los muchos macizos tomos que faltan: ***ex ungue leonem*** .

Ficciones , 1944-1956.

festína lente

«Apresúrate despacio» es traducción del griego *speude bradé ō s* , una construcción antitética que aparece en otras frases proverbiales como *concordia discors* . Es fama que Augusto gustaba de citar este dicho en griego, según Suetonio (*Divino Augusto* , 25, 4), afirmando que lo que más perjudicaba a un general eran las prisas y la temeridad y añadiendo en confirmación de esta idea dos sentencias, la primera dicha también en griego («es mejor un general seguro que uno osado») y la segunda en latín («se hace con suficiente rapidez lo que se hace suficientemente bien»). Pero este modo de actuar, que Suetonio considera exclusivo de su estrategia bélica, presidió en realidad todo el reinado de Augusto, un soberano a quien conviene el apodo de rey prudente tanto como a Felipe II.

Según Erasmo, la recomendación *festina lente* debería grabarse por doquier: en las columnas, en las puertas de los palacios y en todos los monumentos. Y sigue contando el gran humanista que una vez, estando en casa de Aldo Manucio, vio una moneda de plata, acuñada bajo Vespasiano, que le había enviado a Aldo un joven veneciano muy erudito, Pedro Bembo —el futuro cardenal y famoso literato—. En el anverso de la moneda figuraba el busto de Vespasiano; en su reverso estaba grabado un delfín enroscado en un ancla. De inmediato Erasmo dio con lo que significaba tal figura: el delfín, el más veloz de los peces, entorpecido en su curso por un ancla no podía ser sino una representación ideográfica del tradicional *festina lente* . No es, pues, ningún azar que el emblema adoptado por Aldo Manucio para su famosa imprenta fuese el ancla y el delfín, un símbolo muy glosado después por todos los tratadistas de emblemática, como Andrea Alciato y Pierio Valeriano.

ANÓNIMO

Llevava un escudo, en el cual traía un delfín arrebuelto a un áncora en campo de mar y dos letras: F. L. que dezían ***«festina lente»*** que quiere dezir «date priessa a espacio» [...].

Baldo, 1542.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

[…] Augusto César tenía por empresa un delfín rodeando a un áncora, con un mote que decía: ***Festina lente*** .

Inundación castálida, 1689.

LEOPOLDO ALAS CLARÍN

Festina lente, pensaba Pipá, aunque no en latín, y esperando que algún día sus méritos y sus buenas relaciones le hiciesen delantero.

Pipá, 1886.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

[...] a ratos laxo y a ratos rígido, según convenía a sus fines, a los cuales iba despacio, pero sin dar paso en falso, conforme al proverbio antiguo ***festina lente*** [...].

Historia de los heterodoxos españoles, 1880-1881.

gaudeámus

¿Por qué no divertirse mientras dura la juventud? Ese es el consejo que nos da una conocidísima canción de los goliardos, los *hippies* del Medievo. Y como para apremiarnos a poner en práctica esa amonestación cuanto antes, la misma canción nos recuerda que, después de la incómoda vejez, nos aguarda la tierra. La sentencia es muy trillada, tan trillada y manida como la invocación de la rosa para expresar la condición efímera de la hermosura (" CARPE DIEM). Aun así, a pesar de la ramplonería de su mensaje, o quizás por ello mismo y la jocoseriedad de su música, el *Gaudeamus igitur* , símbolo de la transitoriedad de lo humano,se sigue cantando en todos los actos académicos de la Universidad. Toda una filosofía de la vida se cifró en la frase *Edamus, bibamus, gaudeamus,* 'comamos, bebamos, gocemos', compuesta sobre la famosa recomendación recordada por el profeta Isaías (22, 13): *Manducemus et bibamus, cras enim moriemur,* 'Comamos y bebamos, pues mañana moriremos'.Por tanto, hasta que llegue el inevitable ocaso, el vivo, al bollo y, sobre todo, al *gaudeamus* , esto es, al 'gocemos', desprovisto de todo aditamento. Así fue como una exhortación, *gaudeamus* ,cristalizó en la lengua como prototipo de la 'francachela', bienvenida mientras el cuerpo aguante.

FRANCISCO DE OSUNA No te acontezca como al caminante que entra en la posada y, aun después de harto, no haze sino pedir una cosa y otra [...]. Al comer,***gaudeamus;*** al pagar, *ad te suspiramus.*

Quinta parte del Abecedario espiritual, a. 1540.

MIGUEL DE CERVANTES CERVANTES

[...] después de haber visitado una iglesia, dio el capitán con todas sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente ***gaudeamus.***

El licenciado Vidriera , 1613.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA Y pues hemos de decirlo todo, añadamos presto que los acompañantes, en vez de duelo, iban de boda, y en lugar de requiem, de jolgorio y ***gaudeamus.***

Doña Urraca de Castilla, 1849.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) De todas suertes, los días de Paquito Vegallana no solían celebrarlos con **gau *deamus,*** ni él estaba invitado ni... […].

La Regenta , 1884-1885.

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA Ya éramos cuatro; y la gallina, sustantífica base del ***gaudeamus,*** aunque dorada y suculenta, no del tamaño de una pava.

La oración de la tarde, 1929.

ARTURO ANAYA TREVIÑO

De no ser porque el tinto se había acabado, el ***gaudeamus*** hubiera sido perfecto.

Ángel caído: Sephyro, 2008.

hic Rhodus, hic salta

Cuenta una de las fábulas de Esopo (la 51.ª) que un atleta que practicaba el pentatlón volvió tras una larga ausencia a su ciudad natal y, enumerando sus muchas hazañas en varias ciudades, se jactó sobre todo de que una vez en Rodas había dado un salto tan grande que ninguno de los vencedores en las Olimpíadas había sido capaz de igualarlo, como de ello podrían dar fe los presentes si fueran a Rodas. Entonces le replicó uno de la concurrencia: «Amigo, no te hacen falta testigos, pues aquí está tanto Rodas como el salto» (*autoû gàr kaì*

Rhódos kaì pédema); es decir, piensa que estamos en Rodas y salta: esfuérzate aquí. El dicho nos ha llegado bajo otra forma, aunque también con variantes, pues se escribe bien *autoû Rhodos, autoû pédema,* 'Aquí Rodas, aquí el salto', bien *idoú Rhodos, idoú kaì pédema,* 'He aquí Rodas, he aquí el salto'. Todos los paremiógrafos, sin embargo, están de acuerdo en la moraleja (*epimýthion*): sobran las palabras si no vienen acompañadas de los hechos.

En el prefacio a sus *Elementos de la Filosofía del Derecho* , Hegel citó la frase entendiéndola a su manera, como si la filosofía no pudiera salir de su presente, esto es, saltar más allá de Rodas. Pero el pensador alemán propuso introducir una ligera variación en su significado: «Hier ist die Rose, hier tanze!», 'Aquí está la rosa, aquí danza', poniendo, en vez de *Rhodos* , 'Rodas', *rhodon* , 'rosa', y dando al imperativo latino *salta* su valor más genuino, el de 'danzar'; la «rosa» sería entonces la razón (*die Vernunft*), puesta en la cruz del presente, pero reconciliándose con él. Bajo esa forma citó también la frase Karl Marx en las primeras páginas de su libro sobre *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* . Teniendo en cuenta estos antecedentes, no extraña que sean los filósofos quienes hacen más uso de este dicho, encareciendo la necesidad de superar una dificultad.

BERNARDO DE TORRES

Espléndido cierto y honorífico teatro de las ciencias; pero ***hic saltus, hic Rhodus,*** aquí el peligro, aquí se esconde el escollo, o arrecife del honor [...].

Crónica Agustina, 1657.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Mientras lo imaginario era por sí mismo poético, la realidad es por sí misma antipoética. ***Hic Rhodus, hic salta:*** aquí es donde la estética tiene que aguzar su visión.

Meditaciones del Quijote , 1914.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Cada uno de los momentos de su existencia —y mucho más si el instante pertenece al número de los que solemos llamar decisivos— para el hombre un***hic Rhodus, hic salta*** .

La espera y la esperanza, 1957.

in púribus

La desnudez suele causar pudor, hasta el punto de que incluso el mencionarla produce vergüenza. Tanto fue así, que *desnudo* en el siglo XVI equivalió a nuestro 'estar en paños menores'; para indicar la desnudez total la generación de Cervantes dijo «desnudo en carnes». Con el mismo sentido se empleó *in puribus* , un locución apocopada de *in puribus naturalibus,* 'en los puros naturales', 'en pelota'. Se trata de una expresión que, en un principio, utilizaron personas de baja extracción social (los graciosos de la comedia), pues *puribus* atenta contra las más elementales reglas de la morfología latina: lo correcto sería *in puris naturalibus* . ¿Qué ocurrió, entonces? Pues que hubo una atracción de las desinencias, de modo que *-is -ibus* se transformó en *-ibus -ibus* (*puris naturalibus* > *puribus naturalibus*), una secuencia mucho más fácil y sencilla de recordar; igual que a menudo, en vez de *in partibus infidelium* , se nivelan las terminaciones y se acaba por decir, desbarrando, *in partibus infidelibus* (referido siempre al obispo nombrado «en regiones de infieles» y que, por lo tanto, no tomaba jamás posesión de su sede, aunque disfrutaba de las prebendas correspondientes
a su cargo). En la lengua vulgar, *in puribus* sustituyó muchas veces a «en cueros», tomando sus acepciones: así, se dijo «dejar *in puribus* » por «dejar en cueros» (i. e., 'desnudar', 'despojar').

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Andemos, como la borra, en pelota, que es barato; o repelemos la higuera, que fue tienda del manzano; o salgamos, como el vino, en cueros, ya que los charcos no le consienten andar **in puribus** en los jarros.

Poesías, 1597-1645.

TIRSO DE MOLINA Seré, si **en púribus** quedo,

Cupido de los lacayos.

Tanto es lo de más como lo de menos, 1614.

LOPE DE VEGA [...] que por eso, y por dejar **en puribus** las higueras,

del lugar me desterraron.

La nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba, 1641.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Hacia las dos de la tarde regresábamos a nuestra residencia casi deshidratados, fue tórrido aquel verano, comíamos las ruralísimas viandas que allí podían prepararse, dormíamos la breve siesta que el sudor nos permitiera, nos bañábamos **in puris naturalibus** en una poza del río contigua a la casa y conversábamos un rato.

Descargo de conciencia (1930-1960), 1976.

MATILDE PONS

Vuelvo, pues, a dormir ***in puris naturalibus.***

Lugares de ceniza, 2003.

ínter nos

Se emplea *inter nos,* 'entre nosotros', para dar un tono confidencial a la conversación, cuando no queremos que trascienda lo que estamos diciendo. El uso proverbial parece derivar de un verso de Terencio (*Haut* . 511 *ne inter nos congruere sentiant* , 'para que no perciban que entre nosotros hay un acuerdo'), aunque en los contratos escritos en latín durante la Edad Media es comunísima la fórmula *inter nos placuit,* 'entre nosotros se ha acordado'. Exactamente lo mismo significa en español «entre nosotros», en francés «entre nous» (un buen título, si bien algo facilón, para libros que prometen revelar sensacionales secretos) y en inglés «between ourselves». Por tanto, la resistencia a morir de la locución latina es en verdad admirable; tan admirable como la afición a soltar latines que tiene la gente. *Inter nos* , ¡qué pedantería!

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

Frutos.— Pues corriente.
Remigio.— Y... ¿quiere usted que le diga, acá ***inter nos,*** lo que siento?
Frutos.— Norabuena.

El pelo de la dehesa, 1840.

EMILIA PARDO BAZÁN

Acá, ***inter nos*** , lo tengo por algo chocho [...].

La tribuna , 1883.

MIGUEL DELIBES

Que aquí, para ***inter nos*** , la vida no te ha tratado tan mal.

Cinco horas con Mario , 1966.

MÓNICA BUSTOS

Acá, ***inter nos*** , yo sé la clase de trabajo que hacés.

Chico Bizarro y las moscas, 2010.

ANDRÉ GIDE

Naturellement je ne dis pas cela dans mes cours... Mais, ***entre nous,*** *quel avantage pour le bâtard!*

Les caves du Vatican, 1914.

WILLIAM T. THACKERAY

Between ourselves, *old Mr. Sedley had a feeling very much akin to contempt for his son.*

Vanity Fair, 1847-1848.

ínter pócula

P ō culum , un neutro de la misma raíz que *p ō tare,* 'beber', y *p ō tio,* 'bebida', (de ahí viene en castellano *poción* , pero también *ponzoña,* la 'bebida envenenada'), es el instrumento con que se bebe, es decir, la copa. Por tanto, la expresión *inter pocula,* 'entre las copas', no necesita explicación, como dirían los juristas: tan claro es su significado. El origen de la misma puede ser bíblico. En efecto, los habitantes de Siquem, rebeldes a la autoridad de Abimelec, rey de Israel, entraron en el tempo de su dios e, *inter epulas et pocula* ('entre el festín y la borrachera'), maldijeron a Abimelec (Jc 9.27), una maldición, por cierto, que les costó bastante cara, pues el monarca hebreo era hombre de armas tomar. Pero otra vez es más probable que la cita proceda de los poetas latinos: el arte dramático nació *inter pocula* , en la algazara de las fiestas dedicadas a Dioniso, el dios del vino, según cuenta Virgilio (*Geórgicas* , III 383); pero también Agamenón fue asesinado por Egisto y Clitemestra *media inter pocula,* 'en medio de las copas', es decir, a la llegada a su hogar, después de la cena, cuando menos esperaba la traición de su mujer, tal y como refiere Juvenal (*Sátiras* ,VIII 217). Huelga decir que se emplea la locución para indicar un grato ambiente de euforia etílica.

Ahora bien, hay que tener cuidado con excederse en la bebida, pues quien se emborracha puede cantar las verdades. Así lo atestigua el dicho *in uino ueritas* (en griego *oînos kaì alétheia*), recordado por Plinio el Viejo en su *Historia natural* (XIV 141). Y se dice que algunos tiranos se fiaron más del vino que del tormento a la hora de averiguar la lealtad real de algunos súbditos sospechosos.

LUIS COLOMA Jacobo comenzó ***inter pocula*** sus confidencias, hablando lentamente, muy bajo, a retazos, como un hombre agobiado de pena [...].

Pequeñeces, 1891.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) Orsini —Toreno, vg.— cantará aquel himno horaciano, epicurista, del desprecio de la muerte:**inter pocula** escucharán la misa de difuntos.

Palique , 1893.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Estaba en gran parola, ***inter pocula*** *,* con Ibero y otros oficiales, entreteniendo los ocios con historias picantes y libaciones de chacolí.

Vergara , 1899.

Minerva

El romano, un pueblo un tanto irreverente, no tuvo el menor recato en hacer metonimias con sus dioses. Así, mencionar a Liber (Baco), Ceres y Venus fue tanto como decir 'vino', 'pan' y 'apetito sexual', respectivamente: de ahí el proverbio de Terencio *sine Cerere et Libero friget Venus,* 'sin pan ni vino tirita el apetito sexual' (*Eunuco* , 732). De la misma manera, Minerva, la diosa de la inteligencia, equivalió a 'ingenio' en locuciones como *pingui Minerua* , '[hacer algo] con una Minerva gorda', expresión tomada del arte de tejer («con hilo gordo» por oposición a «con hilo fino»), o *crassa Minerua,* '[hacer algo] con una Minerva obesa'. A este respecto, conviene recordar que los antiguos consideraron la gordura como característica de las personas de mente roma, buena prueba de que la mayoría de las personas estaba flaca por carecer de medios para alimentarse mejor ('los gruesos', *hoi pakheîs* , fueron llamados en Grecia los aristócratas, los ricos). Otra expresión proverbial, usada por Cicerón y Horacio, es *inuita Minerua* : hacer algo «contra la voluntad de Minerva» significa componer una cosa sin arte alguno, y se dice sobre todo de los malos literatos.

BALTASAR GRACIÁN

Conozca la suya [la suerte] cada uno, así como su **minerva.**

Oráculo manual , 1647.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Italia tiene sus Zabalas, Comellas y Monzines, que abastecen los Teatros de comediones hechos en cuatro días ***invita Minerva.***

Viaje a Italia , 1793-1797.

JOAQUÍN COSTA La obra… le caracteriza como filósofo y como sociólogo, aunque no de muy levantada **minerva.**

Colectivismo agrario en España , 1898.

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA Mas, al llegar a este remate del habitual introito, que pergeñé ***crassa Minerva,*** con auxilio de mi memoria […].

Los costumbristas malagueños, 1948.

moritúri te salútant

Parece mentira que un pueblo como el romano pudiese sentir afición a los sangrientos juegos que se celebraban en el anfiteatro. El espectáculo comenzaba con un gallardo desfile *(pompa)* de los diversos gladiadores a través de la arena, al cabo del cual los luchadores, formados ante la tribuna como la cuadrilla taurina al terminar el paseíllo, pronunciaban las palabras de rigor: *Aue, Caesar, morituri te salutant,* 'Salud, César, los que van a morir te saludan'

(Suetonio, *Claudio* , 21, 6; se dice que este emperador, con el humor macabro que le caracterizaba, les respondió una vez: «O no»). Después, el magistrado que ofrecía el espectáculo examinaba el estado de las armas (es fama que Druso, el hijo de Tiberio, ponía especial empeño en que estuvieran muy afiladas). A continuación tenía lugar un «prejuego» *(prolusio),* donde se combatía con armas desprovistas de punta (*arma lusoria* :las espadas que la esgrima posterior llamó «negras») al compás de una música; este entrenamiento servía para calentarse *(calefieri)*. Un toque de trompeta anunciaba el fin del simulacro: la lucha entonces era a muerte y se disputaba con armas de verdad *(arma decretoria)*. Cuando el valor de un gladiador flaqueaba, el público prorrumpía en gritos tan desaforados como estos, registrados por Séneca (*Cartas* , VII 5): «¡Mátalo! ¡Azótalo! ¡Quémalo! ¿Por qué mata con tan poca decisión? ¿Por qué muere con tanta desgana?», hasta que una buena rociada de latigazos convencía al desdichado de que más le valía reanudar la pugna, donde al menos cabía la posibilidad de vencer.

Hoy, lo más parecido a ese espectáculo es una corrida de toros (y más parecida aún debió de ser en el siglo XIX , cuando se azuzaba con perros a los toros mansos); no en vano el torero es llamado todavía «el espada» (recuérdese que *gladiador* viene de *gladius* , 'espada'). Asistir a un enfrentamiento entre la vida y la muerte —toda la corrida viene a cifrarse en la suerte de matar— continúa ejerciendo en el ser humano una morbosa fascinación, potenciada por la vistosidad y el dramatismo del espectáculo.

MARIANO JOSÉ DE LARRA […] y vueltos al César, al tirano, es decir, al gobierno, pronunciamos, como los atletas que van a morir, la antigua fórmula de costumbre: «César, ***morituri te salutant»;*** es decir, «ministerio Calatrava, los escritores que vas a desterrar te saludan».

Fígaro dado al mundo, 1836.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Batiéndose con desesperación, los cántabros [el batallón cántabro] pudieron decir a su expugnador [Espartero]: ***Morituri te salutant.***

Vergara, 1899.

ne sútor ultra crépidam

El dicho se refiere a una famosa anécdota del pintor griego Apeles, relatada por Plinio el Viejo (XXXV 84). El pintor, al acabar sus cuadros, los exponía en una galería descubierta, mientras él, oculto detrás de las tablas, escuchaba atento las críticas que se le hacían, fiándose más de los juicios del vulgo que del suyo propio. Una vez lo censuró un zapatero *(sutor)* porque había pintado en unas sandalias *(crepidae)* menos ojales de los debidos. Al día siguiente el zapatero, orgulloso de su triunfo, comenzó a burlarse de una pierna. Entonces el pintor asomó la cabeza, gritándole indignado al zapatero que no juzgase más arriba de la sandalia, una exclamación que se hizo proverbial. Aunque todas las fuentes antiguas atestiguan que las palabras empleadas por Zeuxis fueron *supra crepidam* (en griego diría *hypèr krepída*), sin embargo la locución, que corresponde a nuestro «Zapatero, a tus zapatos», se ha hecho famosa bajo la forma *ultra crepidam,* 'más allá de la sandalia». Caprichos de la tradición clásica.

La preposición *ultra* aparece también en compuestos como *ultramar,* 'allende el mar' (por ese nombre fue conocido el Levante en la Edad Media y las Indias Occidentales en la Edad Moderna); *ultramontano,* 'el que habita allende los montes [Pirineos]' (en la Edad Media se dijo también *ultra puertos* ;en el siglo XIX la palabra *ultramontano* , con su abreviación *ultra* ,adquirió una connotación política), *etc.* Como adverbio, *ultra* ('más allá') forma parte del emblema de Carlos V, *Plus ultra,* ideado por el humanista Luigi Marliano, que indica orgullosamente la apertura del océano Atlántico, una apertura realizada en realidad por Colón bajo el reinado de los Reyes Católicos. Para los antiguos, en efecto, las columnas de Hércules (Abila en África y Calpe en Europa) representaron siempre el *Non plus ultra* , el 'No más allá' de la Tierra. De ahí vienen dos expresiones: «el non plus ultra», 'el no va más', que dio título a una comedia de Tirso de Molina (*Cómo han de ser los amigos, y el non plus ultra de la amistad*) y a un libro de Jerónimo Cortés (*El non plus ultra del l unario y pronóstico perpetuo, general y particular para cada reino y provincia* , Madrid,1695), y «plus ultra», 'el más allá', usado también como un reclamo publicitario por el dominico fray Ignacio Muñoz en su *Manifiesto geométrico. Plus ultra de la Geometría práctica* (Bruselas, 1684).

FRAY ALONSO DE CABRERA Y si le parecía que tenían razón, corregíalas después, y si no, o los dejaba por ignorantes o les reñía como al zapatero: ***ne sutor ultra crepidam.***

Consideraciones sobre los Evangelios de los domingos después de la Epifanía , a. 1598.

MATEO LUJÁN

Nadie advierte el proverbio ***ne sutor ultra crepidam,*** que ha quedado

generalmente en el mundo por aviso perpetuo de los que razonaban y hablaban con tanta libertad en cosas que no entienden, como si del vientre de su madre salieren graduados en ellas.

Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache , 1602.

nosce te ipsum

Cuenta Jenofonte que Creso, el famoso rey de Lidia, después de acudir varias veces al oráculo de Delfos, al que colmó de ofrendas, le consultó, por último, sobre qué debería hacer para pasar el resto de su vida de la manera más feliz posible. El dios le contestó, según su costumbre, con un verso: «Conociéndote a ti mismo, Creso, llegarás feliz a término». Gran alegría produjo al soberano lidio la respuesta, pues pensó que todo hombre sabe quién es él mismo. Sin embargo, se equivocó de medio a medio en su interpretación, como confesó el propio Creso al rey persa Ciro: prestando oídos a los aduladores, que le auguraban que sería el hombre más poderoso del mundo, el iluso declaró a Ciro una desastrosa guerra en la que perdió el trono (*Ciropedia* , VII 2, 15-22).

En el templo de Delfos estuvo grabada esta máxima, *Gnôthi sautón,* 'Conócete a ti mismo', junto con otra sentencia famosa, *medèn ágan,* 'Nada en exceso' (*Ne quid nimis*). Con el paso del tiempo, se atribuyó la autoría del «Conócete a ti mismo» a uno de los siete sabios de Grecia, sin que se llegara nunca a un acuerdo sobre un nombre: fue adjudicada indistintamente a Bías, Tales, Quilón y Solón. Sobre la máxima y su recto entendimiento se escribieron en la Antigüedad no pocos tratados, y no es extraño, pues ¡qué difícil es conocerse a uno mismo!

JUAN DE ARCE DE OTÁLORA El principal consejo que nos dan los sabios… es***nosce te ipsum.***

Coloquios de Palatino y de Pinciano, c. 1550.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Practica el ***nosce te ipsum*** tan al pie de la letra, que jamás se permite el intento de formular una idea propia.

La incógnita , 1888-1889.

per áccidens

El gran Aristóteles, muy amigo de clasificar las cosas, distinguió entre lo que es «por sí mismo» (*kath' heautó*) y lo que es «sobrevenido» (*symbebekós*). Calias tiene la tez pálida; pero el hecho de tener la tez pálida no define la sustancia del hombre, sino que es algo aleatorio, o sea, un *accidens* , el término por el que los romanos tradujeron *symbebekós* . De Aristóteles pasó esta doctrina a la Edad Media, santo Tomás la desarrolló en su *Summa Theologica* , y la escolástica puso de moda hablar de lo que es *per accidens* y lo que es *per se,* una distinción verdaderamente muy útil.

En el siglo XV y XVI se dijo «de *per accidens* », como si *per accidens* fuese una sola palabra: hasta tal punto era común su uso. El término ha cobrado con el paso del tiempo una connotación más amarga. Hoy, por desgracia, hay accidentes que matan, y algunos —los accidentes de tráfico, demasiado numerosos— son la cuota de vidas que parece exigir nuestra «civilización» para su «normal» desarrollo, como antes los dioses, supuestamente, requerían de sus fieles sacrificios humanos; un intolerable tributo que todos, posibles víctimas y posibles verdugos, pagamos sin rechistar.

JUAN DE PINEDA Ansí de ***per accidens*** podréis dar medios y extremos.

Diálogos familiares de la agricultura cristiana, 1589.

BENITO JERÓNIMO FEIJÓO

El agua causa en ellos buen efecto ***per accidens,*** no *per se* .

Theatro crítico universal , 1729.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Esto es muy de ***per accidens*** o accidentalmente.

Diario del primer viaje de Cristóbal Colón, 1892.

MANUEL MINDÁN

El médico ***per se,*** cura; ***per accidens,*** escribe novelas.

Historia de la Filosofía y de las Ciencias , 1969.

por fas o por nefas

Dos palabras fundamentales informan la mentalidad romana, y las dos pertenecen, curiosamente, al género neutro: el *ius* , lo lícito por el derecho, y el *fas* , lo lícito por la religión.La enorme diferencia que media entre ambos conceptos se percibe bien a las claras en la diversa manera de formar su antónimo: se dice *in-justo* (formado como tantos otros adjetivos en *in-* ; el prefijo *in-* tiene la misma etimología que el alfa privativo del griego: *A-niceto,* 'invicto', *an-odino,* 'in-doloro'), pero se usa la negación, que recalca el horror a cometer un sacrilegio, en *ne-fasto* (obsérvese que la negación solo se vuelve a emplear en *ne-fando*). Jugando con las dos formas, se creó la locución *per fas et nefas* para resaltar la falta de escrúpulos de todo tipo, la audacia impía de quien no se para en barras y todo lo atropella: Lucano reprochó a César que, con tal de conseguir el poder único, se precipitara *per omne fasque nefasque,* 'por todo lo lícito y lo ilícito' (*Farsalia* , V 313). Así se dijo en latín clásico. De fecha más tardía es la construcción paralelística *per fas et per nefas* , el origen transparente de «por fas o por nefas», una adaptación híbrida que mezcla el latín con el español: un batiburrillo muy nuestro. Por otra parte, el correr de los años ha ido vaciando de contenido la expresión, que, usada correctamente en el siglo XVI , a partir del siglo XIX equivale a un descafeinado 'por una cosa o por otra'. El tiempo acaba por desacralizar todo, incluso el *nefas* .

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

De bolsas ajenas codicia tu pluma **por fas y por nefas** hacer grande suma […].

Poesías , c. 1541-1550.

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

[…] no cesamos de porfiar, de querer investigar, **por fas o por nefas,** lo que ignoramos, ansí cerca de las cosas naturales como cerca de las cosas sobrenaturales.

Historia general de las cosas de Nueva España, 1576-1577.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA […] y él se ve entre las ondas [anegarse del mar de la privanza, do procura, o **por fas o por nefas** levantarse […].

Epístola a Mateo Vázquez , 1577.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) Todos piensan en que…, **por fas o por nefas,** no hay mejor camino que representar al país para vivir sobre el país.

Paliques , 1893.

CONSUELO ÁLVAREZ DE TOLEDO

Poco podría imaginar entonces el del PP, y tampoco el mismísimo Pujol, que andando los años, cuatro más o menos, las urnas les iban a poner en el brete de tener que organizar la gobernabilidad nacional **por fas o por nefas.**

«Pujol y González: cierre de ejercicio», *El Mundo,* 15/03/1996.

pro domo sua

La pena sumaria de muerte impuesta en el 63 a. C. a cinco ciudadanos importantes, cómplices de Catilina (entre ellos, el pretor Publio Léntulo), acarreó a Cicerón gravísimos problemas. Cuando en 58 a. C. el tribuno de la plebe Publio Clodio propuso restablecer la ley que condenaba al destierro a quien hubiese ajusticiado a un ciudadano sin juicio previo, Cicerón huyó previsoramente de Roma. Los sicarios de Clodio arrasaron entonces su casa, situada en el Palatino, y el solar fue consagrado a la Libertad. Restituido en su dignidad con el apoyo de Pompeyo, el orador hizo todo lo posible para que se declarase nula esa consagración y se le devolviese el inmueble. El senado se consideró incompetente en materia religiosa y dejó la decisión última en manos de los pontífices, ante los cuales pronunció Cicerón un vibrante discurso *pro domo sua* , 'en defensa de su casa',el 30 de septiembre de 57 a. C. Este es el origen de la locución actual, que se aplica a quienes hablan o actúan en pro de sus intereses particulares, aunque a veces simulen velar solo por el bien común. Una advertencia gramátical: es necesario el cambio de adjetivo pronominal (*mea* en vez de *sua*), si quien habla lo hace en primera persona.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Felipe aprovechaba las noches en que su amo le dejara solo, para trabajar ***pro domo sua.***

El doctor Centeno , 1883.

RUBÉN DARÍO

Y debo hacer un corto paréntesis, ***pro domo mea.***

El canto errante , 1907.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA Lo referente a sellos debe aplicarse a las anotaciones que convierten los libros en alegatos **pro domo sua,** en autobiografías encomiásticas y en padrones de ignominia para vivos y muertos.

Nota informativa (acerca de la Biblioteca Nacional), 1912.

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ

Moreno de Vargas amplía generosamente (no sé si ***pro domo sua***) el privilegio de nobleza de los doctores a los abogados que ejercen en capitales de provincia.

Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen , 1973.

Quos ego

En la *Eneida* cuenta Virgilio que Éolo, a petición de Juno, desencadenó todos los vientos a fin de hundir con una tormenta deshecha la armada de Eneas, que iba en demanda de Italia. Pero Neptuno, dios favorable a los designios del troyano, apercibiéndose del estruendo del temporal, sacó la cabeza de las ondas y llamó al Euro y al Zéfiro, amenazándolos con un *Quos ego,* 'A quienes yo' (1.135). La oración está cortada (falta el verbo: «castigaré», «daré su merecido») por la urgencia del momento; sigue diciendo el dios: «Pero más vale aplacar el movido oleaje». Virgilio hace uso de la figura retórica llamada *aposi ō p ē sis* , esto es, una interrupción en medio del discurso (*si ō pé* significa en griego 'silencio'). La amenaza no llega a expresarse. Sin lugar a dudas, este verso virgiliano constituye la más famosa aposiopesis de toda la literatura occidental. De ahí su extrema popularidad en el siglo XIX , aunque su fama decayera considerablemente en el siglo XX , menos dado al estudio de los tropos y figuras.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

En vano el emperador Napoleón… ha herido las olas del revuelto mar de la política y ha pronunciado el formidable ***Quos ego*** *,* de Neptuno.

Artículos y escritos diversos , 1870.

BENITO PÉREZ GALDÓS

¡Vaya un silencio, camaradas! Creo que se podría oír el ruido que hiciera una mosca frotándose la trompa con las patas... Después, poquito a poquito, saltaba un murmullo, una sílaba, una palabra, y de esto se iba formando susurro hondo

y creciente que no se sabe a dónde llegaría si D. Pedro con su potente ***quos ego*** no lo atajara.

El doctor Centeno, 1883.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) Pero el nuevo tenor Sr. Ortisi, no bien comenzó a cantar, lanzó al aire, en forma de bípedo implume, un tremendo ***Quos ego*** [es decir, un gallo], que suscitó tempestades no calmadas en el resto de la noche.

Paliques , 1893.

rara avis

Con estas palabras, que significan 'ave extraordinaria', se suele encarecer la singularidad, el carácter excepcional y encomiable de una persona. La expresión *rara auis* , documentada por primera vez en Horacio (*Sermones* ,2.2.26), aplicada a un pavo, fue recogida por Juvenal en un verso famoso: *rara auis in terris nigroque simillima cycno* , 'una ave rara en la tierra y parecidísima a un cisne negro' (*Sátira* 6.165). ¿De cuál de los dos poetas procede la expresión nuestra? Sin duda, de Juvenal, el mayor satírico de Roma, un poeta que, durante la Edad Media y el Renacimiento, surtió de dichos y proverbios a infinidad de escritores por el tono moralizante de sus poemas. A él remontan otras sentencias famosísimas como *mens sana in corpore sano* , 'una mente sana en un cuerpo sano' (alguien ha llegado a decir *in corpore insepulto* , por aquello de que se celebra una misa *corpore insepulto* , esto es, antes del entierro); *maxima debetur puero reuerentia* , 'máximo respeto se debe al niño'; *dat ueniam coruis, uexat censura columbas* , 'concede el perdón a los cuervos, vilipendia la censura las palomas',
o *sit pro ratione uoluntas* , 'valga por razón mi voluntad'. Normalmente, se usa la expresión correctamente en femenino, pero tampoco falta ya quien diga «un *rara avis* » o «el *rara avis* ».

FR. FRANCISCO ALVARADO

[…] el escribano hombre de bien, ***rara avis in terris,*** pasa con el intrigante […].

Cartas críticas del Filósofo Rancio II , 1811-1813.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) D. Juan Nepomuceno, amante de toda verdad, como no fuera del orden aritmético, en el cual prefería las lucubraciones de la fantasía, declaró, con la mano sobre la conciencia, que en aquella ocasión ***¡rara avis!*** (dijo) Bonifacio tenía de su parte la razón; que el hígado estaba al otro lado, en efecto.

Su único hijo , 1891.

JORGE VOLPI […] Stauffenberg es, en todos los sentidos, una **rara avis** en el ejército. Mientras era adolescente perteneció a un grupo de entusiastas seguidores del poeta Stefan George […].

En busca de Klingsor, 1999.

ALFONSO ROJO

Porta no alimentaba esos grises rencores. Además de ser rico de familia y haber sido un estudiante brillante, tenía talento para la informática y éxito con la pluma. Los compañeros le consideraban una ***rara avis*** que podía estar forrándose en la Bolsa o en una multinacional y se dedicaba a cazar malos.

Matar para vivir , 2002.

réspice

El hombre, un ser muy imperfecto a pesar de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, comete infinidad de errores a lo largo de su precaria y azarosa existencia. Por eso, cuando el Yaveh terrible del Antiguo Testamento lo llama a capítulo, es para echar al pobre pecador una buena regañina. «Adán, Adán, ¿dónde estás? », llama Dios a nuestro primer padre antes de expulsarlo del Paraíso. No menos tremendas consecuencias puede tener la mirada, y no digamos ya la epifanía divinal, incluso en la mitología antigua: Sémele quedó abrasada por las llamas de Zeus cuando la infeliz pidió al padre de los dioses que se le apareciese en toda su majestad. Por esta razón, en la Biblia, el agraviado suele pedir a Dios que «contemple» a quienes lo humillan: *Respice cunctos superbos* ,'mira a todos los soberbios' (Jb 40.6); *respice inimicos meos* ,'mira a mis enemigos' (Ps. 24.19). Así fue como *respice,* 'mira', pasó a significar 'reprimenda', un cambio semántico que se incubó, probablemente, en los seminarios.

EUGENIO HARTZENBUSCH

Al cabo de una granizada de **réspices,** sale mi tío con la pata de gallo de que,

no sirviendo yo para comerciante, seré militar.

La visionaria , 1840.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Y no solo robaba al Estado, sino a la empresa, porque en los comienzos del negocio confiaba sus paquetes a los conductores, y después, cuando aquellos se trocaron en voluminosas cajas y no quiso exponerse a un **réspice** de los jefes, facturaba, sí, pero aplicando a sus mercancías de lujo la tarifa de envases de retorno o maderas de construcción.

Miau , 1888.

HERMILIO ALCALDE DEL RÍO

—No es que sea mala, sino su lengua, que tiene un **réspice** que ya! Ya! El domingo último, sin más tardar, tuve con ella en el baile una pelotera de mil diablos, a causa de echar a volar la especie de haber sido yo la culpable de romper las relaciones Quilino con Toña...

Escenas cántabras (apuntes del natural), segunda serie, 1928.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA —[…] ¡No lo volverá a hacer! Y queda castigado a no comer pan en tres días.

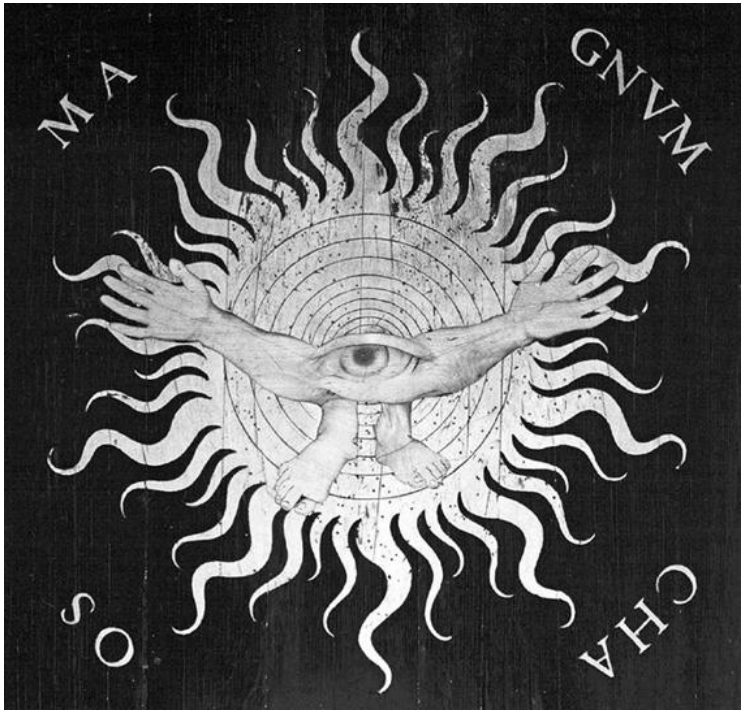
El subdirector, que estaba presente al **réspice,** dijo ensañado:
—Yo le daría una libreta y que se la comiese entera.

Automoribundia, 1948.

rudis indigestáque moles

La obra capital de Ovidio (43 a. C.-17 d. C.), las *Metamorfosis* , es una historia cronológica de todas las transformaciones habidas y por haber, algo así como una biblia de los cambios de forma sufridos por el ser humano desde el origen del universo hasta el tiempo del poeta: la última transformación es el catasterismo de César, es decir, la conversión de César, asesinado en el 44 a. C., en estrella (*katasterismós* es un derivado de *astér* , 'estrella'; la misma raíz tiene *ástron,* de donde procede el latín *astrum* , 'astro'). Como es de rigor, la magna epopeya comienza por el Caos —a la Antigüedad clásica le repugnó la idea de una creación a partir de la nada—, un Caos en el que luchaban los diferentes elementos hasta que dirimieron la pugna «un dios y una naturaleza mejor». Es muy de notar esta intervención divina, que aproxima más la alborada del mundo pagana al relato del Génesis: se

hace patente en Ovidio la influencia de las religiones monoteístas, mientras que Hesíodo, en su *Teogonía*
(c. 700 a. C.),se había limitado a presentar una sucesión cosmogónica: «Lo primero de todo fue el Caos —*kháos* , 'el abismo'—, y después la Tierra de ancho pecho», dos seres monstruosos de cuya unión nacieron el Érebo (la oscuridad, el infierno) y la negra Noche (los dos primeros elementos habrían sido, según Esopo, el caos y el agua). Ese caos, antes de ser hecho *kósmos,* 'orden', fue descrito por el poeta latino como una *rudis indigestaque moles* (I 7), 'una masa informe y desordenada'. La expresión tuvo éxito y fue usada bien para significar un inmenso desbarajuste e o bien para calificar una obra de aborto literario; vamos, para decir que es un bodrio.



BENITO JERÓNIMO FEIJÓO

La crasa mole de la materia, ***rudis indigestaque moles,*** es una misma en todos los entes y por sí misma inútil para todo.

Theatro crítico universal, 1729.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

El estudio, árido y enojoso como otro ninguno […] del proceso de Carranza, ***rudis indigestaque moles.***

Historia de los heterodoxos españoles,
1880-1881.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) Tal me han puesto tantos periódicos y revistas recibidos de sopetón, que […] confundo […] a Moret con el número extraordinario del Madrid cómico ***¡Ruda*** [sic] ***indigestaque moles!***

Paliques, 1894.

sesquipedália uerba

Horacio prohíbe al futuro poeta el uso de *sesquipedalia uerba* , 'palabras de pie y medio de largo' (*Arte poética* , 97). En efecto, tal fue el denodado empeño de algunos trágicos, que quisieron elevar por ese medio el tono del lenguaje, en la idea de que los dioses y los héroes no podían expresarse de manera llana, como hablaba el pueblo. En *Las ranas* de Aristófanes, Eurípides acusó a Esquilo de crear compuestos incomprensibles, *rhémata hippókremna,* 'palabras despeña-caballos' (v. 929); de hecho, una de sus muchas creaciones, «rubio caballo-gallo» (*xouthòs hippalectrýon*), dejó perplejo al dios Dioniso, uno de los protagonistas de la obra aristofánica, que confiesa irónicamente que se pasó muchas noches en blanco tratando de averiguar qué pájaro podría ser aquel bicho tan raro (vv. 930-32).

El latín, al revés que el griego, el inglés y el alemán, no tiene facilidad para componer compuestos altisonantes. Un trágico del s. II a. C., Pacuvio, intentó rivalizar con sus modelos griegos creando nuevos términos. Muchos de ellos resultan algo ridículos, como la expresión *repandirostrum et incuruiceruicum pecus,* 'ganado de pico prominente y de cerviz curva', dicha de los delfines. Otro tanto les ocurre a las lenguas romances, aunque en francés se han hecho estupendos derivados de *cocu,* 'cornudo': *cocufier,* 'cornudificar' (Molière), y *ridicoculiser,* 'ridicornudizar' (Rostand). Entre nosotros, Lope fue un gran creador de compuestos, fallidos en buena parte: valgan de ejemplo *Brutigena,* 'descendiente de Bruto', o *penícomo,* 'orlado de plumas'. A estas palabras de dimensión desmesurada se les aplica el término acuñado por Horacio.

IGNACIO DE LUZÁN

Esta no era materia que pidiese un estilo sublime, pero el poeta, queriendo engrandecerla, recurrió a metáforas impropias, a expresiones extravagantes y a términos pomposos, que son de los que Horacio llama *ampullas et* ***sesquipedalia verba.***

La Poética o reglas de la poesía en general y de sus principales especies,

1737-1789.

JUAN DE ESCÓIQUIZ

Sesquipedal interminable nombre.

Memorias, 1807-1808.

FR. FRANCISCO ALVARADO

No es, pues, a aquella tarabilla interminable de *ampullas et* ***sesquipedalia uerba*** con que ellos nos han inundado a lo que deben sus progresos.

Cartas críticas del Filósofo Rancio, 1811-1813.

sunt lácrimae rerum

Habiéndose librado de la tempestad (" QUOS EGO "), el troyano Eneas, envuelto en una nube, entra en la recién fundada Cartago, se asombra ante el hervir frenético de las obras de la ciudad y examina admirado el templo que Dido, la reina de la ciudad, había erigido a Juno. Cuando en sus puertas ve representada la guerra de Troya, junto con sus principales protagonistas —los Atridas, Príamo, Aquiles y demás caudillos—, su corazón se anima. Conmovido, exclama entonces el héroe: «¿Qué lugar, que región, Acates, no está llena de nuestros infortunios? Aquí está Príamo. También aquí la alabanza recibe su recompensa. Hay lágrimas por las desdichas [literalmente, 'por las cosas'] y las cosas humanas tocan el corazón» (*Eneida* , I 459-62). Este verso —*sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt* — se hizo justamente famoso ya en la Antigüedad.

Los héroes suelen andar en pareja (en la Antigüedad, Aquiles y Patroclo, Orestes y Pílades, Teseo y Pirítoo; en la Edad Media, Roldán y Oliveros, el Cid y Álvar Fáñez). En este primer libro de la epopeya romana por excelencia no se separa de Eneas el «fiel Acates» (*fidus Achates*), llamado así por Virgilio, según el comentarista Servio (s. IV d. C.), porque el ágata (*achates*) es una piedra preciosa queprotege a quien la lleva: un invento que, *se non è vero, è ben trovato* . Y este personaje, una creación virgiliana, ha quedado como paradigma del amigo y compañero leal.

JUAN VALERA ***Sunt lacrimae rerum,*** querido Don Serafín, y si le escribo a usted casi siempre de broma, es por no fastidiarle con mi llanto, no porque me falten

ganas de llorar.

Correspondencia, 1847-1857.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Sunt lacrimae rerum, o son melancolías de caminante, que no necesitan explicación.

De Madrid a Nápoles, 1861.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) […] hablaban las murallas como libros y solían decir: «tiemblan mis cimientos y mis almenas tiemblan»; y tal puerta cochera hubo que hizo llorar con sus discursos patéticos; por lo cual solía terminar el artículo del arqueólogo diciendo: «En fin, señores de la comisión, ***sunt lacrimae rerum»*** .

La Regenta, 1884-1885.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Su biógrafo [de Moratín] y ***fidus Achates*** **,** D. Manuel Silvela, afrancesado como él, lo cuenta sin escándalo ni sorpresa.

Historia de los heterodoxos españoles, 1880-1881.

suum cuique

Aunque hubo otras más antiguas y muy parecidas, al famoso jurista Ulpiano se debe la definición más precisa de la justicia (*Digesto* , I 1, 10), que, según él, «es la voluntad decidida y permanente de dar a cada uno su derecho» (*iustitia est constans et perpetua uoluntas ius suum cuique tribuendi*). De estas palabras se derivó la abreviación *suum cuique,* 'a cada uno lo suyo', que condensa la esencia de su doctrina.

Ulpiano no fue un hombre con suerte. Le tocó vivir bajo el reinado de Heliogabalo, de quien fue consejero, y murió asesinado por los pretorianos, la guardia del emperador (223 d. C.), que tal vez temieran la severidad de sus medidas. La secular lucha por la justicia, en cambio, ha tenido mejor fortuna. El mundo occidental ha conseguido abolir la esclavitud, mejorar la condición de los trabajadores y acabar con la postergación de la mujer, logrando una sociedad más igualitaria. Pero ¡cuánto cuesta, aún hoy, dar a cada uno lo suyo! La fórmula latina se usa a veces hoy con un sentido más diluido, como para resaltar el respeto debido a la propiedad intelectual.

Erasmo incluyó en sus proverbios otra expresión semejante en la forma pero muy diferente en el contenido, *suum cuique pulchrum,* 'cada cual considera bello lo suyo', tomada de las *Cuestiones tusculanas* de Cicerón (V 63). Variando un poco las palabras, también se dijo *suam cuique sponsam, mihi meam,* 'a cada uno le gusta su mujer; a mí, la mía' (*Cartas a Ático* , XIV 20, 3).

BACHILLER FRANCISCO DE OSUNA [FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN]

La receta no es mía; ***suum cuique;*** la dio el insigne Lope, por boca de uno de sus ingeniosos lacayos […].

Coser y cantar. Apuntes para una figura de mujer, 1933.

EUGENIO ASENSIO

Y puestos a dar ***suum cuique,*** hemos de hacer constar que ni don Francisco de Silva Cueva ni Juan de la Cueva fueron los primeros en llevar a las tablas una leyenda inspirada en romances tradicionales.

Itinerario del entremés. Desde Lope de Rueda a Quiñones de Benavente, 1965-1971.

ALONSO ZAMORA VICENTE

Bueno, hay que decirlo todo, a cada uno lo suyo, o sea,***suum cuique,*** ¿eh?, ya ves que no se me da tan mal el latín.

A traque barraque, 1972.

tu quoque

Cuando se quiere echar en cara a un amigo querido una traición inesperada, se le espeta *tu quoque* , 'tú también': las palabras de reproche que dirigió César a su amado Bruto cuando vio que este, en las fatídicas idus de marzo, se aprestaba a apuñalarlo. Y cuenta Suetonio (*Divino Julio* , 82, 2) que el dictador, que había intentado defenderse de la cuchillada de Casca, al ver tantos puñales desenvainados ante sí se cubrió la cabeza con la toga, resignado a su suerte, pero deseoso de no mostrar en su rostro un gesto descompuesto: un afán de morir con decoro característico de la Antigüedad. Lo más curioso del caso es que César no dijo *Tu quoque* , sino quepronunció estas palabras en griego, la lengua que solían usar los romanos cultos con sus más allegados: *¿Kaì sú, téknon?,* '¿Tú

también, hijo?', como para encarecer a Bruto la enormidad de su crimen mediante el paso de la lengua común a la más íntima. Por tanto, *tu quoque* es la versión al latín de la exclamación originaria: una prueba más, si ello hiciera falta, de que incluso en la Europa del Renacimiento el griego era un idioma poco conocido y, por consiguiente, necesitado de traducción.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Corrieron el uno hacia el otro y se dieron los brazos. ***Tu quoque*** … ¡También usted, D. Pedro! dijo Calpa con el gozo amargo
de la venganza.

Mendizába l, 1898.

JUAN VALERA Dice mamá que la vizcondesa y otras muchas damas son cómplices e instigadoras de un amor en que ella ni soñaba. El general, dirigiéndose a mí en latín, y diciéndome ***tu quoque, filia,*** me acusa también de complicidad y de provocación al delito.

Los telefonemas de Manolita, 1896.

MARUJA TORRES

El descubrimiento de que los suecos esterilizaron mujeres —***tu quoque,*** *socialdemocratus nordicus?* —[…].

«Hogueras de agosto», *El País,* 30/08/1997.

urbi et orbi

Dos veces al año, en el domingo de Pascua y en el día de Navidad, el papa da la bendición en la plaza de San Pedro *urbi et orbi,* 'a la ciudad y al orbe'; de ahí que, por extensión, se diga «anunciar cosas *urbi et orbi* » por 'pregonarlas a todo el mundo'. Pero ¿qué ciudad es esta que no necesita presentación? La respuesta es obvia. La «ciudad» por antonomasia es aquella Roma que, gracias a su gigantesco imperio, llegó a ser cabeza de buena parte de la tierra «habitada» (la *oikouméne* conocida entonces). Hay mil ejemplos de este uso en latín. Tito Livio puso por título a su historia *ab urbe condita* , 'desde la fundación de la ciudad'; a su vez,los miliarios esparcidos por todos los rincones del mundo mediterráneo pregonaban cuántas millas faltaban para llegar *ad urbem* , 'a la ciudad'. Cuando, a partir de un oscuro pasaje de san Pablo, se identificó el Imperio romano con el poder que detendría la

llegada del Anticristo, Roma pasó a ser llamada con toda razón *Ciudad Eterna* (el epíteto se encuentra ya en las elegías de un pagano como Tibulo, II 5, 23). Mas también los enemigos de lo que la ciudad significaba se despacharon denostándola a placer. Para el autor del *Apocalipsis* (y, más tarde, para Lutero), Roma fue una *Babilonia* , una infernal ramera (resulta llamativo que exista una cierta predestinación onomástica: el nombre de Roma, leído al revés, equivale a Amor; así se anuncia ya en inscripciones antiguas). Sea como fuere, Roma constituye un verdadero milagro de continuidad en el tiempo: al imperio de los césares sucedió sin solución de continuidad el imperio del papado. Bien. Volviendo a lo nuestro, lo milagroso es que hoy no se escriba o se pronuncie *urbi et orbe* o *urbe et orbe* .

CARLOS COELLO

[…] opinaba que las últimas aventuras no eran tan buenas ni graciosas como las primeras, y lo decía ***urbi et orbi*** con esa rudeza crítico-militar que le caracteriza.

Cuentos inverosímiles , 1872-1878.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) El señor obispo de Linares cree que, en su calidad de pastor, se puede poner a tocar la zampoña***urbi et orbi.***

Paliques , 1893.

CARLOS FUENTES

En público, mostró el duro rostro autoritario de la monarquía española, condenando a muerte a quien se opusiese al edicto de expulsión y aun advirtiendo, ***urbi et orbi,*** que «pues de una vez para lo venidero deben saber los súbditos de el gran Monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer y no para discurrir, ni opinar en los altos asuntos del Gobierno».

El espejo enterrado, 1992.

Vade retro

Todas las religiones tienen conjuros para alejar el mal, aunque también cabe ahuyentarlo por el ruido, el remedio más simple: de ahí la función apotropaica que tienen las campanas en las iglesias o las campanillas en la vestimenta del sumo sacerdote judío. Las palabras que se utilizan en estas invocaciones responden generalmente a un

mismo y muy simple esquema conceptual, como «vete fuera» o «apártate»: en griego, *thýraze,* 'a la puerta', y *éx ō ,* 'fuera', en latín *procul,* 'lejos' (*thýraze* , *béb ē loi* se corresponde con *procul este, profani* , 'apartáos, los no iniciados').

A Cristo, para alejar al demonio, le bastó con decirle *Vade* , «Vete» (Mt. 4.10). Pero a Pedro, cuando este le hizo un cariñoso reproche por haber predicho su futura pasión, Jesús lo increpó con muy airadas palabras: *Vade retro me, Satana* , «Ve detrás
[i. e., apártate] de mí, Satanás» (Mc 8.33, cf. Mt 16.23), y eso que previamente, según san Mateo (16.18), lo había llamado «piedra» de su iglesia y le había dado las llaves del cielo. Basándose en la aparente incongruencia entre los dos pasajes de san Mateo, Calvino negó que el apóstol hubiese sido constituido cabeza de la Iglesia.

Durante toda la Edad Media se usó esta fórmula a la hora de hacer un exorcismo. En tiempo de los visigodos, por ejemplo, en la misa que se decía para librar de su mal a un endemoniado, el obispo o el sacerdote más antiguo hacía la señal de la cruz sobre el poseso y exclamaba: «A ti se te dice, Satanás, apártate [*uade retro*]. Vence el León de la tribu de Judá, la Raíz de David». Después el pueblo, sin descender a honduras teológicas, hizo suya esta expresión latina para indicar un tajante rechazo a alguien o a algo.

GARCÍ SÁNCHEZ DE BADAJOZ

Díxele sin pensar más: ***Vade retro*** *,* Satanás,
no tientes a mi señora.

Cancionero , 1500-1520.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) Pero, tate, que estos párrafos largos me indican que me iba poniendo serio. ***Vade retro*** .

Paliques, 1893.

FERNANDO VIVAS

Sin entrometerse en la libertad de expresión que esta es harina de otro costal constitucional. La ética y la lógica detrás de esta regulación no es la censura **—¡vade retro!—** sino la defensa del consumidor.

Caretas, 29/08/2001.

Vae uictis

En el 390 a. C. los galos tomaron Roma. Únicamente se libró el Capitolio, salvado por los gansos que, con su graznar, avisaron a Manlio del ataque nocturno que había intentado hacer el enemigo. El cerco del Capitolio se prolongó durante algún tiempo, de modo que, cansados, sitiadores y sitiados llegaron a un acuerdo: se levantaría el asedio a cambio de mil libras de oro. A este tratado, indigno de un pueblo que habría de dominar el mundo, se añadió otra indecencia, tal y como refiere Tito Livio (V 48, 9): los galos pretendieron utilizar pesos trucados; y cuando el tribuno Q. Sulpicio se negó a aceptarlos, el reyezuelo Breno añadió insolentemente al peso su propia espada, prorrumpiendo en una exclamación intolerable para un romano: *Vae uictis,* '¡Ay de los vencidos!». La llegada de Camilo con un ejército salvó la denigrante situación, y los invasores fueron totalmente derrotados.

Los romanos no mostraron mayor piedad que los galos con los pueblos que sometieron a su dominio. En el 146 a. C. fueron totalmente destruidas Cartago y Corinto. Pero mientras no consta que Memmio sintiera compasión alguna por el sino de los corintios, se dice que Escipión Emiliano se conmovió ante el incendio de Cartago y, ante el asombro de los suyos, lloró, pensando que algún día, como así fue, Roma correría la misma suerte: la educación griega, la *paideîa* , comenzaba a dar sus frutos.

CONCEPCIÓN ARENAL

Considerado, más bien que como un hombre a quien había que juzgar y corregir, como un vencido, se le aplicaba la ley del más fuerte, compendiada en aquel horrible grito del mundo antiguo: ***«¡Vae victis!».***

Estudios penitenciarios, 1877.

ELISEO ALBERTO

¡Ay Susana, Susanita, *vae soli* ,***vae victis!*** le dijo en su emergente latín de diccionarios, y le recostó la cabeza en los hombros: «Flor que toco se deshoja».

La eternidad por fin comienza un lunes, 1992.

Vánitas uanitátum

Muchas veces se condena en el Antiguo Testamento la fatua jactancia de los proyectos humanos, pero nunca quizás con tanta rotundidad como en el Eclesiastés: *Vanitas uanitatum, et omnia uanitas,* 'Vanidad de vanidades, y todo vanidad' (1, 2 = 18, 8).Muchos siglos después volvió a retumbar solemnemente el viejo dicho en una basílica. En el 399 d. C. el eunuco Eutropio, destituido por el emperador Arcadio, se acogió al asilo de una iglesia, un asilo que él antes, cuando era un valido todopoderoso (395-399), había intentado suprimir por las bravas. San Juan Crisóstomo, que trató de amparar a su antiguo amigo, empezó su sermón recordando la sentencia bíblica: «Siempre, pero sobre todo ahora, conviene decir: vanidad de vanidades y todo vanidad». La gloria de Eutropio había pasado; habían caído las hojas, sacudidas por el viento, y solo quedaba el árbol desnudo. De nada valió el favor del santo. El eunuco fue decapitado en el curso de ese mismo año.

La fragilidad del ser humano fue objeto de muchos y acertados parangones en la Antigüedad pagana. El héroe Glauco, en la *Ilíada* , comparó la caducidad de los hombres con la de las hojas de los árboles.Los comensales de Trimalquión, en un rango inferior más bajo —el anfitrión era un liberto— equipararon a los mortales con odres hinchados y burbujas. Pero la metáfora más bella, sin duda, la acuñó Píndaro (s. V a. C.): «el hombre es el sueño de
una sombra», una metáfora que Esquilo quiso emular, sin conseguirlo, invirtiendo uno de los términos: el hombre es «la sombra del humo».

FRANCISCO NARVÁEZ DE VELILLA *Velasquillo.* — ¿Y aquello de Salomón: ***Vanitas vanitatum*** *et omnia vanitas* , no se podría entender de los capones?

Capitán.— A lo menos de su vanidad y faltas.
Velasquillo. — ¿Y por qué no de sus vainazos?

Diálogo intitulado el capón, 1597.

LUIS ALFONSO DE CARVALLO

¿Y qué mucho esto, si aquel divino amador de las verdades y que todas las cosas fuera della tenía por vanas, según dice san Pablo, ***Vanitas vanitatum*** *et omnia vanitas* , se aprovecha y ayuda de versos de poetas gentiles […]?

Cisne de Apolo, 1602.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Entre la risa de todos, el juego de un niño fue deshaciendo con rapidez lo que ante mis ojos nunca había pasado de ser oropel inane. El mejor destino, sin duda, para unas cintas y unas cruces que ni siquiera el consabido ***vanitas vanitatum*** merecían.

Descargo de conciencia (1930-1960), 1976.

velis nolis

A veces, en la vida cotidiana es preciso dar una orden tajante: haz esto, quieras o no. Una disyuntiva tan áspera se expresa en latín por medio del asíndeto *uelis nolis,* 'quieras, no quieras', una frase que, por su fuerza expresiva, fue adoptada por toda la literatura europea. Por otra parte, siempre queda mejor recurrir al latín cuando se tiene que decir algo desagradable.

La expresión *uelis nolis* es correcta cuando se usa en segunda persona de singular. En cambio, varían las desinencias, como es lógico, si se emplea en tercera persona de singular o de plural: se ha de decir entonces *uelit nolit* o *uelint nolint* , respectivamente. Por desdicha, nuestros escritores del siglo XIX consideraron que la expresión estaba fosilizada, y, atolondradamente, la utilizaron en todos los casos sin atender ni a la persona ni al número. El descuido puede pasar en Alarcón, un narrador formidable mas poco impuesto en las lindezas gramaticales de la latinidad. Sorprende, eso sí, que incurrieran en este feo barbarismo personas tan cultas y tan miradas con el buen uso de la lengua como Leopoldo Alas y Ortega. Cabe engalanar o no la prosa con latines; pero, de hacerlo, conviene usarlos bien.

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN) […] todos los curas de todas las parroquias del obispado han de venir ***velis nolis*** .

La Regenta, 1840-1841.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Entretanto, doña Teresa, y sobre todo la locuacísima Rosa […] enteraron ***velis nolis*** al ceremonioso marqués de todo lo acontecido […].

El capitán Veneno , 1881.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Una de dos: o para no vivir ineptamente, sin noticia de lo que es el mundo material en que nos movemos, tendrían todos los hombres —***velis nolis*** — que ser físicos […].

Misión de la Universidad , 1930.

MANUEL LONGARES

De este modo el cura aplazaba su contacto con el postre […] y con ello crecía su desesperación al no resolver la disputa, porque si se abalanzaba sobre el triángulo […] y con la avidez del reprimido lo engullía, atragantándose incluso

en el afán de poseerlo ***velis nolis,*** se cerraba la posibilidad de contradecir a su opositora al tener que permanecer por un rato mudo, masticando y rumiante.

Romanticismo, 2001.

vía crucis

Es costumbre que los peregrinos visiten devotamente en Jerusalén todos los lugares hollados por Jesús y, sobre todo, que recorran para ganar indulgencias la *uia crucis* , 'el camino de la cruz'. Después de su peregrinación a los Santos Lugares (1419), el dominico Álvaro de Córdoba erigió en los arrabales de Córdoba el convento *Scala Coeli* , con oratorios que figuraban la vía dolorosa.De la misma manera, tras su viaje a la Ciudad Santa en 1519, don Fadrique Enríquez de Ribera instituyó en Sevilla un *vía crucis* ,una procesión que partía de su propia mansión (que hacía de palacio de Pilatos: de ahí que la morada del duque de Medinaceli se llame todavía hoy la *Casa de Pilatos*), y tenía catorce *estaciones* o paradas para rezar, hasta completar, en la Cruz del Campo, el número de pasos que había dado Jesús en la penosa subida al Calvario, el «lugar de la Calavera» (un latinismo — *Caluariae locum* — que prevaleció sobre el nombre hebreo); monte, por cierto, que dio origen a otra expresión, *sufrir un calvario* . Algunos escritores hispanoamericanos han respetado la forma correcta femenina, «la vía crucis» (Lucio Victorio Mansilla, Benjamín Vicuña Mackenna, José Toribio Medina, Justo Sierra), pero en España se impuso muy pronto un bárbaro masculino, «el vía crucis»: el uso acaba por justificar los solecismos.

EUGENIO HARTZENBUSCH

Nicodemus. — Y ¿qué os ha sucedido?
Junípero. — Mil calamidades. Venid al cuarto y os contaré más pasos que tiene un **vía-crucis** .

Los polvos de la madre Celestina, 1840.

EMILIA PARDO BAZÁN

Para dominar su turbación, puramente nerviosa, recogió los periódicos, y se determinó a leer antes lo que traía la señal de la cruz... Recorrió el **vía-crucis,** en toda la extensión de la palabra.

El cisne de Vilamorta , 1885.

Y lo que me hace sufrir más es la idea que pueda haberlos empujado a ustedes a un sacrificio inútil, a un **vía crucis** que no merecían.

La frontera del adiós, 1970.

víribus et armis

La fuerza y las armas: he aquí las dos principales causas de la victoria en la guerra hasta que la ciencia y la técnica redujeron considerablemente el efecto de la primera. No pocos hombres del Renacimiento se quejaron de que la pólvora hubiera hecho desaparecer «el esfuerzo bélico heroico» de que habló Juan López de

Palacios Rubios, el gran jurista que fue consejero de Carlos V. La batalla de las Dunas, en la que el almirante Oquendo fue derrotado por la superior táctica del holandés Tromp (1639), nos enseñó que en un combate naval mandan los cañones.

Y ¿para qué hablar hoy de la precisión de un misil lanzado desde un lugar que está a cientos de kilómetros del frente? Claro está que la fuerza no lo fue todo, ni siquiera en los tiempos de Maricastaña: sirva de escarmiento el sino de Goliat.

«Con fuerzas y con armas» se dijo en latín *armis et viribus* , con la palabra más larga puesta al final, según manda en retórica la ley de los miembros crecientes, que exige que en una enumeración ocupe el último lugar el término más lleno, más rotundo. Así se encuentra escrita la expresión en la Biblia (I Macabeos 6.6) y en el historiador Amiano Marcelino (XX 6, 1). Sorprendentemente, en la Edad Media se invirtió el orden. Arnoldo de Lübeck nos cuenta que los ciudanos de Lübeck estaban dispuestos a defender su ciudad contra el emperador *uiribus et armis* (*Crónica* II 21).Y así fue como quedó fijado el dicho para la posteridad.

Otras personas, más sabiamente, han preferido encarecer el valor (*uirtus*) y no la fuerza. Por eso, el escudo del estado de Mississippi reza *uirtute et armis,* 'con (nuestro) valor y con (nuestras) armas'.

BENITO PÉREZ GALDÓS

[…] había entrado en Sigüenza once años antes, ***viribus et armis*** , asolando el país y llevándose cincuenta mil reales como botín de guerra.

Las tormentas del 48, 1902.

PÍO BAROJA […] iba a conquistar, ***viribus et armis*** , la gloria.

Zalacaín el aventurero, 1909.

volavérunt

Curiosamente, *volaverunt* , 'volaron', se documenta sobre todo en los entremeses del siglo XVII con uno de los valores que tiene el verbo en castellano: 'desaparecieron', 'se esfumaron'. Se trata, por tanto, de una expresión popular. Presumiblemente, ese mismo sentido ha de tener el *Volaverunt* que lleva por título un aguafuerte de Goya, en el que una bella mujer —¿la duquesa de Alba?— vuela con su mantón extendido

sobre un grupo de tres ¿toreros? Teniendo a la duquesa por protagonista, el escritor uruguayo Antonio Larreta escribió con el mismo título una excelente novela que, premiada con el Premio Planeta en 1980, fue llevada al cine por Bigas Luna en 1999. En ella el escritor dio dos explicaciones a la leyenda del grabado: la primera, puesta en boca del propio Goya, explica *volar* por los efectos de la droga («esos terribles polvillos nos llenan la cabeza de maravillosas mariposas multicolores, pero al fin nos sumen en el horror gris de los demonios»); la segunda, hecha por Luis de Borbón, compara el alma de su hermana M.ª Teresa, la mujer de Godoy, al «tenue aleteo de las mariposas de su infancia», pues, sin poder alzar el vuelo, «no pudo conjurar los monstruos de su camino». Pero hay más. La obra concluye con una confesión de ignorancia por parte de Godoy respecto al significado de la expresión: «¿Le hubiera encontrado yo aún otro sentido? He olvidado mis latines. Ni siquiera sé lo que significa esa palabra: *Volavérunt* ». ¿Es ello así, o el novelista quiso gastarnos una broma con sus dos explicaciones y media? Sin duda, Larreta dejó deliberadamente la cuestión en el aire. Pero la verdad es que el aguafuerte de Goya se resiste a entregarnos su misterio. ¿Fue *Volaverunt* un sarcástico adiós a la duquesa? ¡Quién sabe!

En la prensa diaria se ha empleado erróneamente *volavérunt* como sinónimo de ‘espíritu’, ‘espectro’. Así, en *El Mundo* 03/04/1994 se lee: «En un excelente teatro de la capital, el *volavérunt* del Generalísimo contempló, absorto, que don Jaime de Mora… interpretaba una obra de Emilio Romero».

LUIS QUIÑONES DE BENAVENTE

Estése quedo,
que echará a perder la cura; diga, diga ***volaverunt.***

Entremés famoso del Angulo , c. 1651.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA ¿Y mis joyas? ***Volaverunt*** ...

Entremés de las carnestolendas, 1736-1759.

Bibliografía básica ALVAR, JAIME, *Diccionario de la mitología universal,* Madrid, Espasa, 2000.

BASTUS, JOAQUÍN, *La sabiduría de las naciones,* Barcelona, Librería de Salvador Manero, 3 vols., 1862-1867.

BUITRAGO, ALBERTO, *Diccionario de dichos y frases hechas,* Madrid, Espasa, 2010.

CALLES, JOSÉ, yBERMEJO, BELÉN, *Dichos y frases hechas,* Alcobendas, Madrid, Libsa, 2000.

CEJADOR, JULIO, *Fraseología o estilística castellana* (1921), Barcelona, El Serbal, 2008.

—, *Tesoro de la lengua castellana , origen y vida del lenguaje,* Madrid, Perlado, Páez y Compañía, Sucesores de Hernando, 9 vols., 1908-1914.

CELDRÁN, PANCRACIO, *Dichos, comparaciones y frases populares,* Cuenca, Aldebarán, 2010.

CENTRE NATIONAL DE RESSOURCES TEXTUELLES ET LEXICALES, «Portail lexical», en <http://www.cnrtl.fr/>.

COROMINAS, JOAN, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana,* Madrid, Gredos, 2008.

—, y PASCUAL, JUAN ANTONIO, *Diccionario crítico etimológico,* Madrid, Gredos, 2000.

CORREAS, GONZALO, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), Madrid, Castalia, 2000.

CORRIENTE, FEDERICO, *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance* , Madrid, Gredos, 1999.

COVARRUBIAS, SEBASTIÁN DE, *Nuevo tesoro de la lengua castellana o española* (1611), Madrid, Castalia, 1995.

DOVAL, GEGORIO, *Del hecho al dicho,* Madrid, Ediciones del Prado, 1995.

«Etimologías», en <www.dechile.net/>.

GARCÍA REMIRO, JOSÉ LUIS, *A buen entendedor…,* Madrid, Alianza, 2011.

Gran enciclopedia Larousse, Barcelona, Planeta, 1993.

HARPER, DOUGLAS, *Online etymology dictionary,* en <http://www.etymonline.com/>, 2001-2016.

HOROZCO, SEBASTIÁN DE, *Libro de los proverbios glosados* (1570-1580), Kassel, Reichenberger, 1994.

IRIBARREN, JOSÉ MARÍA, *El porqué de los dichos,* Gobierno de Navarra, Pamplona, 2000.

JUNCEDA, LUIS, *Diccionario de refranes, dichos y proverbios,* Madrid, Espasa, 2006.

LUJÁN, NÉSTOR, *Cuento de cuentos,* Barcelona, Folio, 2 vols., 1993-1994.

MARTIN, RENE, *Diccionario de la mitología griega y romana,* Madrid, Espasa, 2002.

MOLINER, MARÍA , *Diccionario de uso del español,* Madrid, Gredos, 1986.

MONTOTO, LUIS, *Un paquete de cartas. De modismos, locuciones, frases hechas, frases proverbiales y frases familiares,* Sevilla, Oficina Tipográfica, 1888.

—, *Personajes, personas y personillas que corren por las tierras de ambas Castillas,* Sevilla, El Correo de Andalucía, 1911.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de autoridades,* Madrid, 6 vols., 1726-1739.

—, *Diccionario de la lengua española,*
23.ª edición, Madrid, Espasa, 2014.

—, *Diccionario del estudiante,* Madrid, Santillana, 2011.

RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO , Edición crítica del *Quijote* , Madrid, Atlas,
1947-1949.

—, *Cantos populares españoles* , Madrid, Atlas, 1951.

SBARBI, JOSÉ MARÍA, *Florilegio o ramillete alfabético de refranes y modismos comparativos y ponderativos de la lengua castellana* (1873), Madrid, Atlas, 1980.

—, *Monografía sobre los refranes, adagios y proverbios castellanos y las obras o fragmentos que expresamente tratan de ellos en nuestra lengua* (1891), Madrid, Atlas, 1980.

—, *Diccionario de refranes, adagios, proverbios, modismos, locuciones y frases proverbiales de la lengua española* , Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1922.

SECO, MANUEL; ANDRÉS, OLIMPIA, y RAMOS, GABINO, *Diccionario fraseológico documentado del español actual,* Madrid, Santillana, 2004.

Autores y textos citados La mayoría de las citas que ilustran los usos de cada palabra han sido extraídas de los corpus de la Real Academia Española, tanto del CORDE (Corpus Diacrónico del Español) como del CREA (Corpus de Referencia del Español Actual). Ambos están en línea en http://www.rae.es.

ABRIL, MANUEL , *Cuentos para niños I y II* , Madrid-Barcelona-Buenos Aires, CIAP, 1930.

AGROMAYOR, LUIS , *España en fiestas* , Madrid, Alfaguara, 1987.

AGUINIS, MARCOS, *La cruz invertida* , Barcelona, Planeta, 1970.

ALARCÓN, PEDRO ANTONIO DE , *De Madrid a Nápoles* , Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1861.

— , *Dos días en Salamanca* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.

— , *El capitán Veneno* , Madrid, Espasa Calpe, 1999.

— , *El sombrero de tres picos* , Barcelona, Crítica, 1993.

ALAS, LEOPOLDO (CLARÍN), *La Regenta* , Madrid, Castalia, 1990.

— , *Palique* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2001.

— , *Pipá* , Madrid, Cátedra, 1995.

— , *Su único hijo* , Madrid, Cátedra, 1990.

ALBERTO, ELISEO , *La eternidad por fin comienza un lunes* , Barcelona, Anagrama, 1995.

ALBORCH, CARMEN , *Malas. Rivalidad y complicidad entre mujeres* , Madrid, Aguilar, 2002.

ALCALDE DEL RÍO, HERMILIO , *Escenas cántabras (apuntes del natural)* , Torrelavega, Mnémáen, 1928.

ALCÁZAR, BALTASAR DE , *Poesías* , Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1910.

ALDECOA, IGNACIO, *El fulgor y la sangre* , Barcelona, Planeta, 1954.

ALEMÁN, MATEO , *Guzmán de Alfarache* . Primera parte. Madrid, Cátedra, 1992.

ALMEIDA, CRISTINA , *Carta abierta a una política honrada sobre la corrupción* , Barcelona, Península, 1995.

ALONSO, LUIS RICARDO, *El supremísimo* , Barcelona, Destino, 1981.

ALONSO MILLÁN, JUAN JOSÉ , *Pasarse de la raya* , Madrid, SGAE, 1993.

ALTABE, JUAN , *Entrevista a Francisco Fernández Marugán* , Madrid, *Cambio16,* 26/03/1990.

ALTAMIRANO, IGNACIO MANUEL , *Clemencia* , México, Ediciones Oasis, 1959.

— , *El Zarco: episodio de la vida mexicana en 1861-63* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003.

ALVARADO, FRAY FRANCISCO DE , *Cartas críticas del Filósofo Rancio,* Madrid, Imprenta de E. Aguado, 1824.

ÁLVAREZ DE TOLEDO, CONSUELO , «Pujol y González: cierre de ejercicio», Madrid, *El Mundo,* 15/03/1996.

ÁLVAREZ GIL, ANTONIO , *Naufragios* , Sevilla, Algaida, 2002.

ÁLVAREZ QUINTERO, SERAFÍN , *Puebla de las mujeres* , Madrid, Espasa Calpe, 1993.

ALVERÁ DELGRÁS, ANTONIO , *Nuevo arte de aprender y enseñar a escribir la letra española* , Alicante, Universidad, 2003.

ALVIZ ARROYO, JESÚS, *Un solo son en la danza* , Badajoz, Diputación Provincial de Cáceres, 1982.

AMBURCEA, DIEGO DE , *Carta a Esteban Ibarra* , Imprenta y Fundición de M. Tello, 1890.

AMESTOY EGIGUREN, IGNACIO *, Durango, un sueño, 1439. La utopía se acaba esta noche* . Madrid, Primer Acto, 1989.

AMEZTOY, BEGOÑA , *Escuela de mujeres* , Madrid, Oberón, 2001.

ANAYA TREVIÑO, ARTURO , *El ángel caído: Sephyro* , Madrid, Suma de Letras, 2010.

ANÓNIMO , *Balda* , Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.

— , *Carajicomedia* , Madrid, Espasa Calpe, 1943.

—, *Carta de S. M. al P. San Próspero* , Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1908.

— , *El bravo Juan García Nebrón. Romances de ciego* , Madrid, Taurus, 1966.

— , *Fuero de Cuenca* , Madrid, Academia de la Historia, 1935.

— , *Historia de los matadores de toros* , México, Impulsora de Publicaciones S. A., 1945.

— , *La vida y hechos de Estebanillo González* , Madrid, Cátedra, 1990.

— , *Las etimologías romanceadas de San Isidoro* , Salamanca, Universidad-CSIC-Institución Fray Bernardino de Sahagún-Diputación Provincial de León, 1983.

— , *Romances* (Segunda parte del *Romancero General),* Madrid, Rivadeneira, 1851.

ANSÓN, LUIS MARÍA , *Don Juan* , Barcelona, Plaza y Janés, 1996.

APAPUCIO CORRALES, JUAN , *Crónicas político-doméstico-taurinas* , Perú, Compañía de Impresiones y Publicidad, 1938.

APARICIO, JUAN PEDRO , *Retratos del ambigú* , Barcelona, Destino, 1989.

ARCE DE OTÁROLA, JUAN DE , *Coloquios de Palatino y Pinciano* , Madrid, Turner, 1995.

ARENAL, CONCEPCIÓN , *Estudios penitenciarios* , Madrid, Victoriano Suárez, 1895.

ARENALES, YOLANDA , *Desde el Arauco* , México, Diana, 1992.

ARGUEDAS, JOSÉ MARÍA , *El zorro de arriba y el zorro de abajo* , Madrid, Colección Archivos, 1969.

ARNICHES, CARLOS , *Los culpables (Del Madrid castizo. Sainetes),* Madrid, Cátedra, 1994.

— , *Los pobres (Del Madrid castizo. Sainetes),* Madrid, Cátedra, 1994.

ARRABAL, FERNANDO , *La torre herida por el rayo* , Barcelona, Destino, 1983.

ARROYAL, LEÓN DE , *Los epigramas* , Madrid, Imprenta de Ibarra, 1784.

ASENSIO, EUGENIO , *Itinerario del entremés. De Lope de Rueda a Quiñones de Benavente* , Madrid, Gredos, 1971.

ASTURIAS, MIGUEL ÁNGEL, *El señor presidente* , Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000.

— , *La nacionalización de las tierras debe preocupar a los guatemaltecos* , Madrid, Archivos, 1988.

— , *Las cuentas del Gran Capitán o la crisis en Guatemala* , Madrid, Archivos, 1988.

—, *¡Voz de alarma! (París 1924-1933. Periodismo y creación literaria),* Madrid, Archivos, 1988.

AUB, MAX , *La calle de Valverde* , Madrid, Cátedra, 1985.

— , *La gallina ciega* , *Diario Español,* Barcelona, Alba, 1995.

AYALA, FRANCISCO , *La cabeza del cordero* , Madrid, Cátedra, 1993.

AYERRA, RAMÓN , *La lucha inútil* , Madrid, Debate, 1984.

AYGUALS DE IZCO, WENCESLAO , *La bruja de Madrid* , Barcelona, Taber,

1969.

AZARA, JOSÉ NICOLÁS DE , *Cartas de Azara al ministro Roda en 1768* , Madrid, Imprenta de J. Martín Alegría, 1846.

AZÚA, FÉLIX DE , *Diario de un hombre humillado* , Barcelona, Anagrama, 1991.

AZUELA, ARTURO , *El tamaño del infierno* , Madrid, Cátedra, 1985.

BAEZA FLORES, ALBERTO , *La frontera del adiós* , Barcelona, Editorial San Juan y Ediciones Época y Ser, 1970.

BAHAMONDE MAGRO, ÁNGEL , *El Real Madrid en la historia de España* , Madrid, Taurus, 2002.

BAREIRO SAGUER, RUBÉN , *Ojo por diente* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

BAROJA, PÍO : *Desde la última vuelta del camino. Memorias.* Madrid, Biblioteca Nueva, 1978.

— , *Zalacaín el aventurero* , Madrid, Espasa Calpe, 1997.

BARRERAS, ANTONIO , *El espadachín: narración histórica del motín de Madrid en 1766* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.

BARRIONUEVO, JERÓNIMO DE , *Avisos* , Madrid, Imprenta de M. Tello, 1892-1893.

BARRIOS, MIGUEL DE , *Contra la verdad no hay fuerza* , Madrid, Ohio State University Press, 1962.

BAYLY, JAIME , *Los últimos días de «La Prensa»,* Barcelona, Seix Barral, 1996.

BECCARIA, LOLA , *La luna en Jorge* , Barcelona, Destino, 2001.

BÉCQUER, GUSTAVO ADOLFO, *Artículos y escritos diversos* , Madrid, Renacimiento, 1923.

— , *El beso (Leyendas),* Barcelona, Crítica, 1993.

— , *La creación* . Madrid, Turner, 1995.

— , *Maese Pérez el organista* , Barcelona, Crítica, 1993.

— , *Un boceto del natural,* Madrid, Turner, 1995.

BENACH, JOAN ANTÓN , «Obsesiones a tres voces», Barcelona, *La Vanguardia,* 30/01/1995.

BENAVENTE, JACINTO , *La losa de los sueños . Comedia en dos actos en prosa* , Madrid, Librería de los Sucesores Hernando, 1914.

BERLANGA, ANDRÉS , *La gaznápira* , Barcelona, Noguer, 1990.

BIOY CASARES, ADOLFO , *El gran Serafín* , Madrid, Cátedra, 1984.

— , *La trama celeste,* Madrid, Castalia, 1990.

BLANCO, BENIGNO y MESEGUER , JUAN, *Familia. Los debates que no tuvimos.* Madrid, Encuentro, 2012.

BLANCO, EDUARDO , *Tradiciones épicas y cuentos viejos* , París, Librería Paul Ollendorf, 1912.

BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE , *Entre naranjos* . Madrid, Cátedra, 1997.

— , *La barraca* , Barcelona, Plaza y Janés, 1994.

— , *La bodega* , Madrid, Cátedra, 1978.

BOADELLA, ALBERT , *Memorias de un bufón* , Madrid, Espasa Calpe, 2001.

BOBADILLA, EMILIO , *A fuego lento* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003.

BÖHL DE FABER, CECILIA (FERNÁN CABALLERO), *Clemencia* , Madrid, Cátedra, 1984.

—, *La gaviota* , Barcelona, Crítica, 1997.

BONILLA , JUAN , «Menos lobos», Madrid, *El Mundo,* 05/10/1996.

BORGES, JORGE LUIS , *Ficciones* , Caracas, Ayacucho, 1986.

BRETÓN DE LOS HERREROS, MANUEL , *El pelo de la dehesa* , Madrid, Cátedra, 1988.

— , *Marcela o, ¿cuál de los tres?* , Logroño, Servicio Cultural de la Diputación de Logroño, 1975.

— , *Opúsculos en prosa* , Madrid, Imprenta de Manuel Ginesta, 1888.

BULLRICH, SILVINA , *Los burgueses,* Buenos Aires, Libros Perfil, 1998.

BURGOS, ANTONIO , «Testimonios varios», Madrid, *El Mundo,* 29/04/1995.

BUSTOS, MÓNICA . *Chico Bizarro y las moscas* , Madrid, Alfaguara, 2010.

CABALLERO BONALD, JOSÉ MANUEL , *Dos días de setiembre* , Barcelona, Seix Barral, 1962.

CABRERA, FRAY ALONSO DE , *Consideraciones sobre los Evangelios de los domingos después de la Epifanía* , Madrid,
Bailly-Baillière, 1906.

CABRERA INFANTE, GUILLERMO , *Tres tristes tigres* , Madrid, Cátedra, 2010.

CACHO, JESÚS , *Asalto al poder. La revolución de Mario Conde* , Madrid, Temas de Hoy, 1993.

CADALSO, JOSÉ , *Cartas Marruecas* ,
1773-1774, Madrid, Cátedra, 1993.

CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO , *Entremés de las carnestolendas* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2000.

CALVO SOTELO, JOAQUÍN , *El inocente* , Madrid, Grupo Libro, 1993.

— , *Una muchachita de Valladolid* . Madrid, Grupo Libro, 1993.

CAMPANY, JAIME , «Escenas políticas», Madrid, *ABC* , 19/04/1986.

CARPENTIER, ALEJO, *El siglo de las luces* , Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1962.

CARRASCO, JOSÉ , «3-2 Buen triunfo del Madrid en Las Corts», *Marca,* Madrid, 16/01/1950.

CARRASQUILLA, TOMÁS , *Frutos de mi tierra* , Madrid, E. P. E. S. A., 1952.

CARRETERO, JOSÉ MARÍA (EL CABALLERO AUDAZ), *El libro de los toreros. De Joselito a Manolete* , Madrid, Biblioteca Nueva, 1989.

CARRIÓ DE LA VANDERA, ALONSO, *El Lazarillo de ciegos caminantes* , Ayacucho (Caracas), Salvador Bueno, 1965.

CARRIÓN, IGNACIO , *Cruzar el Danubio* , Barcelona, Destino, 1995.

CARVALLO, LUIS ALFONSO DE , *Cisne de Apolo* , Kassel, Edition Reichenberger, 1997.

CASARES, JULIO , *Introducción a la Lexicografía moderna* , Madrid, CSIC, 1950.

CASARIEGO, MARTÍN, «Dos veces Miranda», Madrid, *El Mundo,* 08/08/1996.

CASAS, BORITA (LIBORIA CASAS REGUEIRO), *Antoñita la Fantástica y Liborris* , Madrid, Gilsa, 1953.

CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS, *Avisos para confesores* , Madrid, Alianza Editorial, 1992.

— , *Diario del primer viaje de Cristóbal Colón* , Barcelona, Amigos del Libro, 1944.

CASTELLS, MANUEL , «La insidiosa globalización», Madrid, *El País,* 29/07/1997.

CASTILLEJO, CRISTÓBAL DE , *Poesías* , Madrid, Ediciones la Lectura, 1927-1928.

CASTILLO SOLÓRZANO, ALONSO DE , *La garduña de Sevilla* , Madrid, Espasa Calpe, 1941.

CASTRO, LUISA , *La fiebre amarilla* , Barcelona, Anagrama, 1994.

CASTRO, RAIMUNDO , «Sucesión de González», Madrid, *El Mundo,* 20/02/1995.

CASTRO BASTOS, LEÓNIDAS , *Paisajes natural y cultural del Perú* , Lima, Universo, 1971.

CAXES, JUAN , *Auto famoso de los desposorios de la Virgen* , París, Revue Hispanique, 1901.

CELA, CAMILO JOSÉ , *Cristo versus Arizona* , Barcelona, Plaza y Janés, 1992.

— , *Esas nubes que pasan* , Madrid, Afrodisio Aguado, 1945.

— , *Judíos, moros y cristianos,* Barcelona, Destino, 1989.

— , *La colmena* , Barcelona-Madrid, Noguer, 1986.

— , *La familia de Pascual Duarte* , Barcelona, Destino, 1995.

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE, *Comedia llamada Trato de Argel,* Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995.

— , *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* , Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998.

— , *El licenciado Vidriera* , Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994.

—, *Entremés de la cueva de Salamanca,* Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995.

— , *Epístola a Mateo Vázquez* , Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995.

— , *Los trabajos de Persiles y Segismunda* , Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994.

CERVANTES DE SALAZAR, FRANCISCO , *Crónica de la Nueva España* , Madrid, Atlas, 1971.

CHACEL, ROSA , *Barrio de Maravillas* , Barcelona, Seis Barral. 1991.

— , *Desde el amanecer. Autobiografía de mis primeros diez años,* Madrid, Revista de Occidente, 1972.

CHACÓN, DULCE , *La voz dormida* , Madrid, Alfaguara, 2002.

CHAMORRO, VÍCTOR , *El muerto resucitado* , Madrid, Albia, 1984.

CHUECA GOITIA, FERNANDO *, Breve historia del urbanismo* , Madrid, Alianza Editorial. 1995.

— *, El semblante de Madrid* , Madrid, Revista de Occidente, 1994.

COELLO, CARLOS , *Cuentos inverosímiles* , Madrid-París, Biblioteca Benito Perojo, 1878.

COLOMA, LUIS , *Pequeñeces* , Madrid, Cátedra, 1987.

CORREAS, GONZALO , *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* ,

Madrid, Castalia, 2000.

CORTÁZAR, JULIO , *Rayuela* , Buenos Aires, Sudamericana, 1963.

COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE , *Los mejores toreros de la historia* , Toledo, El Alcázar, 1966.

COSTA, JOAQUÍN , *Colectivismo agrario en España* , Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2011.

COTTO- THORNER, GUILLERMO , *Trópico de Manhattan* , San Juan de Puerto Rico, Cordillera, 1967.

CRUZ, RAMÓN DE LA , *Los picos de oro* , Madrid, Cátedra, 1990.

— , *La plaza mayor* , Madrid, Bailly-Baillière , 1915.

— , *Poner la escala para otro* , Madrid, Baylly-Baillière, 1915.

— , *La presumida burlada* , Madrid, Castalia, 1986.

CRUZ, SOR JUANA INÉS DE LA , *Inundación Castálida* , Madrid, Castalia, 1982.

CRUZADA, TOMÁS , *La Peña,* Alicante, Ayuntamiento de Alicante, 1910.

DARÍO, RUBÉN , *El canto errante* , Caracas, Ayacucho, 1977.

DELIBES, MIGUEL , *Cinco horas con Mario* , Barcelona, Destino, 1996.

—, *Diario de un emigrante* , Barcelona, Destino, 1958.

DELIBES DE CASTRO, MIGUEL , *Vida. La naturaleza en peligro* , Madrid, Temas de Hoy, 2001.

DELICADO, FRANCISCO , *La lozana andaluza* , Madrid, Cátedra, 1994.

DÍAZ, LORENZO *, Informe de la televisión en España, 1989-1998* , Barcelona, Ediciones B, 1999.

DÍAZ- CAÑABATE, ANTONIO , *Historia de una tertulia* , Madrid, Espasa Calpe, 1978.

— , *Paseíllo por el planeta de los toros* , Madrid, Salvat-Alianza Editorial, 1970.

DÍEZ, LUIS MATEO , *El oscurecer (Un encuentro),* Madrid, Ollero y Ramos, 2002.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, ANTONIO , *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen* , Madrid, Istmo, 1985.

ECHEVARRÍA, AQUILEO, J., *Miscelánea* , *Concherías y otros poemas,* San José de Costa Rica, Universitaria, 1953.

EGIDO, LUCIANO , *El corazón inmóvil* , Barcelona, Tusquets, 1995.

EKAIZER, ERNESTO , *Vendetta* , Barcelona, Plaza y Janés, 1996.

ENCINA, JUAN DEL , *Cancionero* , Madrid, Universidad Complutense, 2003.

ENRÍQUEZ GÓMEZ, ANTONIO , *La inquisición de Lucifer y visita de todos los diablos* , Amsterdam, Editions Rodopi, 1992.

ERCILLA, ALONSO DE , *La Araucana* , Madrid, Cátedra, 1993.

ESCÓIQUIZ, JUAN , *Memorias* , Sevilla, Renacimiento, 2008.

ESPRONCEDA, JOSÉ DE , *Sancho Saldaña o el Castellano de Cuéllar* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.

ESQUIVEL, LAURA , *Tan veloz como el deseo* , Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

ESTEBAN, JORGE DE, «Comisiones de investigación, ¿para qué?» Madrid, *El Mundo,* 8/12/1994.

EZKERRA, IÑAKI , *ETA pro nobis . El pecado original de la Iglesia vasca* , Barcelona, Planeta, 2002.

FAJARDO, JOSÉ MANUEL , *La epopeya de los locos* , Barcelona, Seix Barral, 1990.

FEIJOO, BENITO JERÓNIMO , *Cartas eruditas,* Madrid, Real Academia Española, 2004.

— , *Theatro Crítico Universal,* Madrid, Real Academia Española, 2003.

FEO, JULIO , *Aquellos años* , Barcelona, Ediciones B, 1993.

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, JOSÉ JOAQUÍN , *La Quijotita y su prima* , México, Porrúa, 1967.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, LEANDRO , *Cartas,* Madrid, Castalia, 1973.

—, *Discurso preliminar a las comedias* , Madrid, Rivadeneyra, 1957.

— , *Viaje a Italia* , Madrid, Espasa Calpe, 1991.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO , *Historia general y natural de las Indias* , Madrid, Atlas, 1992.

—, *La vida del Gran Capitán* , Madrid, Bailly-Baillière, 1908.

FERRÉ, ROSARIO *, La batalla de las vírgenes* , San Juan, Universidad de Puesto Rico, 1995.

FISAS, CARLOS , *Historias de la historia* , Barcelona, Planeta, 1993.

FLORES ARENAS, FRANCISCO , *Coquetismo y presunción: comedia original en tres actos* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003.

FOIX, LLUIS , Artículo de prensa, Barcelona, *La Vanguardia* , 17/04/1995.

FUENT QUER, PÍO , *Plantas medicinales . El Dioscórides renovado* , Barcelona, Labor, 1962.

FUENTES, CARLOS , *Cristóbal nonato,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1988.

— , *El espejo enterrado,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1992.

— , *La muerte de Artemio Cruz,* Madrid, Anaya-Muchnik, 1994.

— , *La región más transparente* , México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

GALA, ANTONIO , «La extraña regeneración», Madrid, *El Mundo,* 15/12/1996.

— , *Los bellos durmientes* , Madrid, Espasa Calpe, 1995.

— , *Los invitados al jardín* , Barcelona, Planeta, 2002.

— , *¿Porqué corres, Ulises?,* Madrid, Espasa Calpe, 1994.

GALEANO, EDUARDO , *Bocas del tiempo,* Madrid, Siglo XXI de España Editores, S. A., 2001.

— , *El fútbol. A sol y sombra* , Madrid, Siglo XXI, 1995.

GALLARDO, BARTOLOMÉ JOSÉ , *El criticón, Número Tercero* , Madrid, Imprenta Blass, 1927.

GALLEGOS, RÓMULO , *Camaima* , Madrid, CSIC, 1935.

GAMBOA, FEDERICO , *Suprema ley* , México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

GARCÍA, ALAN , *El mundo de Maquiavelo* , Santafé de Bogotá, Tercer Mundo, 1994.

GARCÍA CASALS, IBÁN , «Pistas locales», Barcelona, *La Vanguardia,* 03/04/1995.

GARCÍA DE CORTÁZAR, FERNANDO , *Breve historia de España* , Madrid, Alianza, 1994.

GARCÍA HORTELANO, JUAN , *El gran momento de Mary Tribune* , Barcelona, Grupo Zeta, 1999.

— , *Mucho cuento* , Madrid, Mondadori, 1987.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL , *Cien años de Soledad* , Caracas, Ayacucho, 1989.

— , *Vivir para contarla* , Barcelona, Mondadori, 2002.

GARCÍA PAVÓN, FRANCISCO , *Los liberales* , Barcelona, Destino, 1965.

GARCÍA SÁNCHEZ, JAVIER , *El Alpe d'Huez* , Barcelona, Plaza y Janés, 1995.

—, *La historia más triste,* Barcelona, Anagrama, 1991.

GARRIDO, JOAQUÍN , *Clac. Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación* , n.º 14, Madrid, Universidad Complutense, 2003.

GIDE, ANDRÉ , *Les caves du Vatican* , París, Gallimard, 1972.

GIL Y CARRASCO, ENRIQUE , *El señor de Bembibre* , Madrid, Castalia, 1989.

GIMÉNEZ BARTLETT, ALICIA , *La deuda de Eva. Del pecado de ser feas y el*

deber de ser hermosas , Barcelona, Lumen, 2002.

GIRONELLA, JOSÉ MARÍA , *El Japón y su duende* , Barcelona, Planeta, 1964.

— , *Los hombres lloran solos* , Barcelona, Planeta, 1987.

— , *Mujer, levántate y anda. Novela,* Barcelona, Planeta, 1989.

— , *Un millón de muertos,* Barcelona, Planeta.

GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN , *Automoribundi* a, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948.

GÓMEZ DE TEJADA, COSME , *León prodigioso* , Madrid, Abraham Madriñal, Edición electrónica, 2000.

GÓMEZ TELLO, J. L., *Para una interpretación de Manuel de Falla. Nacionalismo e imperio en la música* , Madrid, Gráficas Uguina, 1939.

GONZÁLEZ, ELADIA , *Quién como Dios* , Madrid, Espasa Calpe, 1999.

GONZÁLEZ, GREGORIO, *El guitón Onofre* , Logroño, Consejería de Cultura del Gobierno de La Rioja, 1995.

GONZÁLEZ ANAYA, SALVADOR , *La oración de la tarde,* Madrid, Biblioteca Nueva, 1944.

— , *Los costumbristas malagueños* , Málaga, Real Academia Española, 1948.

GONZÁLEZ DEL CASTILLO, JUAN IGNACIO , *Los jugadores* , Madrid, Real Academia Española, 1914.

GONZALEZ PRADA, MANUEL , *Nota informativa (Acerca de la Biblioteca Nacional)* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.

GONZÁLEZ DE RIVERA, JOSÉ LUIS , *El maltrato psicológico. Cómo defenderse del* mobbing *y otras formas de acoso* , Madrid, Espasa Calpe, 2002.

GOPEGUI, BELÉN , *Lo real* , Barcelona, Anagrama, 2001.

GOROSTIZA, MANUEL EDUARDO DE , *Contigo pan y cebolla* , Alicante, Universidad, 2003.

GOYTISOLO, JUAN , *Reivindicación del conde don Julián* , México, Joaquín Mortiz, 1973.

GRACIÁN, BALTASAR , *Agudeza y arte de ingenio* , Madrid, Turner, 1993.

—, *El Criticón* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002.

—, *Oráculo manual* , Madrid, Cátedra, 2005.

GRANADA, FRAY LUIS DE , *Libro de la oración y meditación* , Madrid, Fundación Universitaria Española-Dominicos de Andalucía, 1994.

GRANDES, ALMUDENA , *Los aires difíciles* , Barcelona, Tusquets, 2002.

GRIJELMO, ÁLEX , *La seducción de las palabras* , Madrid, Taurus, 2001.

GROSSO, ALFONSO , *La zanja* , Madrid, Cátedra, 1984.

GUELBENZU, JOSÉ MARÍA , *El río de la luna* , Madrid, Cátedra, 2012.

GUERRA NAVARRO, FRANCISCO , *Los cuentos famosos de Pepe Monagas* , Madrid, Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, 1976.

GUIBELALDE, JUAN , Artículo de prensa, Madrid, *Cambio 16* , 22/01/1990.

GURRUCHAGA, CARMEN e ISABEL SAN SEBASTIÁN , *El árbol y las nueces. La relación secreta entre ETA y PNV* , Madrid, Temas de Hoy, 2000.

GUTIÉRREZ, SARA y ORUÉ , EVA, *Locas por el fútbol. De las gradas al vestuario* , Madrid, Temas de Hoy, 2001.

GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS, CARLOS (CONDE DE FERNÁN NÚÑEZ), *Cartas 1768-1784* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

HARZENBUCH, EUGENIO , *La redoma encantada* , Palma de Mallorca, Palma Libros, 2004.

— , *La visionaria* , Madrid, Imprenta Ripollés, 1840.

— , *Los polvos de la madre Celestina* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2008.

HAYEN, JENNY E., *La calle de los anhelos* , México, EDAMEX, 1993.

HERRERA, ELOY, *Un cero a la izquierda* , Madrid, Vasallo de Mumbert, 1978.

HIDALGO, ISABEL , *Todas hijas de su madre* , Madrid, Antonio Machado, 1990.

HIDALGO, MANUEL, *Azucena que juega al tenis* ,MADRID, MONDADORI, 1988.

INSÚA, ALBERTO , *El negro que tenía el alma blanca* , Madrid, Castalia, 1998.

IRIARTE, TOMÁS DE , *La señorita malcriada* , Madrid, Castalia, 1986.

ISLA, JOSÉ FRANCISCO DE , *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas alias Zotes* , Madrid, Gredos, 1992.

IZAGUIRRE, BORIS , *1965* , Madrid, Espasa Calpe, 2002.

JARDIER PONCELA, ENRIQUE *, Pero… ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?,* Madrid, Cátedra, 1996.

— *, Usted tiene ojos de mujer fatal* , Madrid, Castalia, 1995.

JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN , *Platero y yo* , Madrid, Espasa Calpe, 1987.

JIMÉNEZ DE DIEGO, LUIS , *Memorias de un médico de urgencias* , Madrid, La Esfera de los Libros, 2002.

JIMÉNEZ LOSANTOS, FEDERICO *, Lo que queda de España. Con un prólogo sentimental y un epílogo balcánico,* Madrid, Temas de Hoy, 1995.

JIMÉNEZ PATÓN, BARTOLOMÉ , *Elocuecia española en arte* , Barcelona, Puvill, 1993.

JUAN DE ANDRÉS, AMADO , *Mecenazgo y patrocinio. Las claves marketing del siglo XXI , del signo del patrocinio* , Madrid, EDITMEX, 1993.

LABORDETA, JOSÉ ANTONIO , *Aragón en la mochila* , Madrid, Penthalon, 1983.

LAFUENTE, MODESTO , *Viajes de fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin* , Madrid, Imprenta de la Calle del Sordo, 1842.

LAÍN ENTRALGO, PEDRO , *Descargo de conciencia (1930-1960),* Madrid, Alianza, 1989.

— , *La espera y la esperanza* , Madrid, Alianza Editorial, 1984.

LANDERO, LUIS , *Juegos de la edad tardía* , Barcelona, Tusquets, 1993.

LARRA, MARIANO JOSÉ DE , *Artículos* , Madrid, Alianza, 2008.

— , *Fígaro dado al mundo* , Barcelona, Crítica, 2000.

— , *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios y de costumbres,* Barcelona, Crítica, 2000.

— , *El doncel de don Enrique el Doliente* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

— , *Los inseparables , primer apunte de Scribe* , Madrid, CSIC, 1991.

LEGUINA, JOAQUÍN , *Tu nombre envenena mis sueños* , Barcelona, Plaza y Janés, 1992.

LEGUINECHE, MANUEL , *La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sidney* , Madrid, Aguilar, 2000.

LEÓN, JOSÉ LUIS , *Mitoanálisis de la publicidad* , Barcelona, Ariel, 2001.

LEÓN, RICARDO , *Cristo en los infiernos* , Madrid, Victoriano Suárez, 1941.

LEZAMA LIMA , JOSÉ , *Paradiso* , Madrid, CSIC, 1988.

LINAZASORO, IÑAKI , *La otra Guipúzcoa* , San Sebastián, Banco de Vizcaya, 1969.

LINDO, ELVIRA , *Tinto de verano* , Madrid, Aguilar, 2001.

LIZARBE, JUAN JOSÉ , Artículo de prensa, Pamplona, *Diario de Navarra* , 7/01/2001.

LOBO LASSO DE LA VEGA , GABRIEL , *Manojuelo de romances* , Madrid, Saeta, 1942.

LONGARES, MANUEL , *La novela del corsé* , Madrid, Mondadori, 1988.

— , *Romanticismo* , Madrid, Alfaguara, 2002.

LÓPEZ, VICENTE FIDEL , *La novia del hereje o la Inquisición de Lima* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.

LÓPEZ DE GÓMARA, FRANCISCO , *La primera parte de la Historia natural de*

las Indias , Salamanca, CILUS, 2000.

LÓPEZ DE HARO, RAFAEL , *Yo he sido casada* , Madrid, Estampa, 1930.

LÓPEZ DE ÚBEDA, FRANCISCO , *La pícara Justina* , Madrid, Editora Nacional, 1977.

LÓPEZ SILVA, JOSÉ , *La revoltosa* , Madrid, Universidad Complutense, 2002.

LÓPEZ VILLABRILLE, FAUSTO , *Colección de juegos para niños de ambos sexos* . Alicante, Biblioteca Virtual Cervantes, 2003.

LUJÁN, MATEO , *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* , Madrid, Castalia, 2001.

LUJÁN, NÉSTOR , *Los espejos paralelos* , Barcelona, Planeta, 1991.

LUNA, JUAN DE , *Diálogos familiares en lengua española* , Madrid, Imprenta Gómez Fuentenebro, 1874.

— , *Segunda parte del Lazarillo de Tormes* , Edición electrónica, Francisco Rico (S. L.), 1996.

LUQUE FAJARDO, FRANCISCO DE , *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* , Madrid, Real Academia Española, 1955.

LUZÁN, IGNACIO DE , *La poética o reglas de la poesía en general y de sus principales especies* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

MADARIAGA, SALVADOR DE , *¡Viva la muerte! Tragedia moderna en tres actos,* Madrid, Espasa Calpe, 1983.

MAEZTU, RAMIRO DE *, Don Quijote, Don Juan y la Celestina. Ensayos en simpatía* , Madrid, Espasa Calpe, 1981.

MANSILLA, LUIS VICTORIO , *Una excursión a los indios ranqueles* , Caracas, Ayacucho, 1957.

MAQUA, JAVIER *, Invierno sin pretexto* , Madrid, Alfaguara, 1992.

MARAÑÓN, GREGORIO , *Tiberio* , Madrid, Espasa Calpe, 1998.

MARÍAS, JAVIER , *Corazón tan blanco* , Madrid, Anagrama, 1994.

— , «Bajo la luz de gas», *El País,* Madrid, 12/07/2001.

MARSÉ, JUAN , *Rabos de lagartija* , Madrid, Mondadori, 2000.

— , *Últimas tardes con Teresa,* Barcelona, Seix Barral, 1996.

MARTÍN GAITE, CARMEN, *Entre visillos* , Barcelona, Áncora y Delfín, 1958.

— , *Fragmentos de interior* , Barcelona, Destino, 1976.

— , *Nubosidad variable* , Barcelona, Anagrama, 1994.

— , *Usos amorosos de la posguerra española* , Barcelona, Anagrama, 1994.

MARTÍN VIGIL, JOSÉ LUIS , *Los curas comunistas* , Barcelona, Círculo de Lectores, 1968.

MARTÍNEZ DE TOLEDO, ALFONSO (ARCIPRESTE DE TALAVERA), *El Corbacho,* Madrid, Espasa Calpe, 1990.

MARTÍNEZ MEDIERO, MANUEL, *Las bragas perdidas en el tendedero* , Madrid, Fundamentos, 1982.

— , *Juana del amor hermoso* , Madrid, Fundamentos, 1982.

— , *El niño de Belén* , Madrid, Centro de Documentación Teatral, 1991.

MARTÍNEZ REVERTE, JORGE , *Demasiado para Gálvez* , Barcelona, Anagrama, 1989.

MASANO MERTENS, FEDERICO , *Después de la derrota: Un eslabón débil llamado Uruguay* , México, Nueva Imagen, 1980.

MEDINA, JOSÉ RAMÓN , *Los homenajes del tiempo. Vida y obra de Francisco Lazo Martí* , Caracas, Monte Ávila Editores, 1972.

MELGARES, FRANCISCO , *Anselmo B o la desmedida pasión por los alféizares* , Madrid, Antonio Machado, 1986.

MEMBA, JAVIER , «Empieza el espectáculo», Madrid, *El Mundo,* 10/05/1995.

MENDICUTTI, EDUARDO , *El palomo cojo* , Barcelona, Tusquets, 1995.

—, «Vacaciones inolvidables», Madrid,
El Mundo, 15/12/1996.

MENDIZÁBAL, RAFAEL , ¡Viva el *cuponazo!,* Madrid, SGAE, 1994.

MENDOZA, EDUARDO , *La ciudad de los prodigios* , Barcelona, Seix Barral, 1993.

— , *La verdad sobre el caso Savolta,* Barcelona, Seix Barral, 1994.

MENDOZA, FRAY ÍÑIGO DE , *Cancionero* , Madrid, Espasa Calpe, 1968.

MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO , *Historia de los heterodoxos españoles* , Madrid, CSIC, 1946-1948.

MERCÉ VARELA, ANDRÉS , *Traducción de Fútbol. La Copa del Mundo de Jules Rimet* , Barcelona, Juventud, 1955.

MESONERO ROMANOS, RAMÓN DE , *Escenas matritenses* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

MIGUEL, AMANDO DE , *Las perversiones del lenguaje* , Madrid, Espasa Calpe, 1994.

MILÁN, LUIS , *El Cortesano* , Madrid, Imprenta de Aribau, 1874.

MILLA Y VIDAURRE, JOSÉ , *El visitador* , Guatemala, Tipografía Nacional, 1935.

MINDÁN, MANUEL , *Historia de la Filosofía y de las Ciencias* , Madrid, Anaya, 1969.

MIÑANO, SEBASTIÁN DE , *Sátiras y panfletos del Trienio Constitucional (1820-1823),* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1994.

MIRET MAGDALENA, ENRIQUE , *¿Qué nos falta para ser felices? Un nuevo modo de pensar y vivir ,* Madrid, Espasa Calpe, 2002.

MOIX, TERENCI , *El arpista ciego . Una fantasía del reinado de Tutankamón* , Barcelona, Planeta, 2002.

MONTALVO, JUAN , *Las catilinarias* , Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.

MORENO- DURÁN, RAFAEL HUMBERTO , *El toque de Diana* , Mataró (Barcelona), 1981.

MORETO, AGUSTÍN , *El lindo don Diego* , Cátedra, Madrid, 1972.

MUÑOZ MOLINA, ANTONIO , *Sefarad, una novela de novelas* , Madrid,

Alfaguara, 2001.

MURILLO GÓMEZ, MIGUEL , *Dogma de fe* , Badajoz, Diputación Provincial, 1986.

NÁPOLES FAJARDO, JUAN CRISTÓBAL (EL CUCALAMBÉ) , *Poesías Completas* , La Habana, Editorial de Arte y de la Cultura, 1974.

NARVÁEZ DE VELILLA, FRANCISCO , *Diálogo intitulado el capón* , Madrid, Visor Libros, 1993.

NAVA ÁLVAREZ DE NOROÑA, GASPAR MARÍA (CONDE DE NOROÑA), *Poesías* , Madrid, Rivadeneyra, 1871.

NAVARRO VILLOSLADA, FRANCISCO , *Doña Urraca de Castilla* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2003.

NERUDA, PABLO , *Confieso que he vivido* , Barcelona, Seix Barral, 1993.

NIEVA, FRANCISCO , *La carroza de plomo candente* . *Ceremonia negra en un acto* . Toledo, Junta de Castilla La Mancha, 1991.

—, *Coronada y el toro* , Toledo, Junta de Castilla y León, 1991.

NOEL, EUGENIO , *Las siete cucas* , Madrid, Cátedra, 1992.

NOGALES MÉNDEZ, RAFAEL , *Memorias* , Caracas, Ayacucho, 1991.

OBLIGADO, CLARA , *Salsa* , Barcelona, Plaza y Janés, 2002.

OLMO, LAURO , *La Camisa (El cuarto poder)* , Madrid, Cátedra, 1988.

OROZCO, SEBASTIÁN DE , *Cancionero* , Franckfurt, Herbert Lang, 1975.

ORS, EUGENIO D' , *Tres horas en el Museo del Prado* , Madrid, Tecnos, 1989.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ , *Artículos (1917-1933)* , Madrid, Revista de Occidente, 1983.

— , *Meditaciones del Quijote* , Madrid, Cátedra, 1990.

— , *Misión de la Universidad* , Alianza Editorial-Revista de Occidente, 1983.

ORTIZ, JAVIER , «Independentistas camuflados», Madrid, *El Mundo,* 20/08/1994.

ORTIZ TRIXAC, SANTI , *Lances que cambiaron la fiesta* , Madrid, Espasa Calpe, 2001.

OTERO NOVAS, JOSÉ MANUEL , *Fundamentalismos enmascarados. Los extremismos de hoy* , Barcelona, Ariel, 2001.

PALMA, RICARDO, Tradiciones peruanas, Madrid, Espasa Calpe, 1967.

PALOMINO, ÁNGEL , *Torremolinos, Gran Hotel* , Barcelona, Planeta, 1996.

PARDO BAZÁN, EMILIA , *El cisne de Vilamorta* , Madrid, Librería de Fernando Fe, 1885.

— , *El niño de Guzmán* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2002.

—, *La Tribuna* , Madrid, Cátedra, 1995.

—, *Los pazos de Ulloa* , Madrid, Espasa Calpe, 1987.

— , *Un viaje de novios* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2002.

PARDO DE SANTAYANA, JOSÉ IGNACIO , *El beso del chimpancé. Divertidas e insólitas historias de la vida cotidiana en un zoo* , Madrid, Aguilar, 2001.

PASTOR DÍAZ, NICOMEDES , *Los problemas del socialismo* , Barcelona, Editorial Anthropos, 1996.

PAULA VALLADAR, FRANCISCO , *Fiestas del Corpus en Granada* , Granada, Imprenta Lealtad, 1886.

PAVÓN, ANTONIO , *Lucrecia y la rata* , Libros en red, 2006.

PEDRAZA, PILAR , *La pequeña pasión* , Barcelona, Tusquets, 1990.

PEMÁN, JOSÉ MARÍA , *Mis almuerzos con gente importante* , Barcelona, Dopesa, 1970.

PEREDA, JOSÉ MARÍA DE , *El buey suelto,* Santander, Ediciones Tantin, 1990.

— , *La Montálvez* , Madrid, Imprenta de M. Tello, 1888.

— , *Peñas arriba* , Madrid, Cátedra, 1995.

—, *Tipos y paisajes* , Santander, Ediciones Tantín, 1989.

PÉREZ DE AYALA, RAMÓN , *Belarmino y Apolonio* , Madrid, Cátedra, 1996.

— , *El curandero de su honra* , Madrid, Castalia, 1991.

— , *Tigre Juan* , Madrid, Castalia, 1991.

PÉREZ CARMONA, JUAN , *Piedra libre* , Madrid, Escelicer, 1971.

PÉREZ GALDÓS, BENITO , *Amadeo I* , Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Cánovas* , Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Doña Perfecta,* Madrid, Turner, 1993.

— , *El audaz, Historia de un radical de antaño* , Madrid, Real Academia Española, 1983.

— , *El doctor Centeno* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

— , *El grande Oriente,* Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *El terror de 1824* , Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— *, Fortunata y Jacinta* , Madrid, Turner, 1993.

— , *Gloria* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 2002.

—, *La de Bringas,* Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *La de los tristes destinos,* Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *La incógnita* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

— , *La vuelta al mundo en* «La Numancia», Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Las tormentas del 48* , Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Los Apostólicos,* Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Los Ayacuchos* , Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

—, *Mendizába* l, Madrid, Alianza, 2010.

— , *Miau* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

— , *Misericordia* , Madrid, Cátedra, 1993.

— , *Napoleón en Chamartín* , Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Rosalía,* Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Tormento* , Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Torquemada en la Cruz,* Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Tristana,* Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Un faccioso más y algunos frailes menos* , Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

— , *Vergara* , Alicante, Universidad de Alicante, 2002.

PÉREZ MERINERO, CARLOS , *Días de guardar* , Barcelona, Bruguera, 1981.

PÉREZ- REVERTE, ARTURO, Artículo de prensa, Santiago de Chile, *El Mercurio* , 04/11/2004.

— , *La Reina del Sur* , Madrid, Alfaguara, 2002.

PINEDA, JUAN DE , *Diálogos familiares de la agricultura cristiana* , Madrid, Atlas, 1963-1964.

PISCITELLI, ALEJANDRO , *Cibelculturas 2.0. En la era de las máquinas inteligentes* , Buenos Aires, Paidós, 2002.

POMBO, ÁLVARO , *El año de las mansardas de Mansard* , Barcelona, Anagrama, 1990.

— , *El metro de platino iridiado* , Barcelona, Anagrama, 1993.

— , *Una ventana al norte* , Barcelona, Anagrama, 2004.

PONS, MATILDE , *Lugares de Ceniza* , Guadalajara (México), Secretaría de Cultura de Jalisco, 2003.

PRADO, BENJAMÍN , *Ajuste de cuentas* , Madrid, Alfaguara, 2013.

PRENSA, « Chalés a 25 minutos de la oficina», *Época ,* Madrid, 28/04/1997.

— , «Gerardo Iglesias propugna el regreso al movimiento de masas», *ABC,* Madrid, 3/12/1983.

— , «Un novelista en busca de la verdad», *La Razón Digital,* Madrid, 21/06/2004.

— , «Raphael concluye hoy en el Conde Duque sus actuaciones en Madrid», *El Mundo,* Madrid, 24/8/1994.

QUEVEDO, FRANCISCO DE , *Cuento de cuentos* , Madrid, Cátedra, 1993.

— , *Historia de la vida de El Buscón* , Madrid, Anaya, 2010.

— , *Poesías* , Madrid, Castalia, 1969-1971.

QUIÑONES, FERNANDO , *Las mil noches de Hortensia Romero* , Barcelona, Planeta, 1979.

QUIÑONES DE BENAVENTE, LUIS , *Entremeses* , Madrid, Cátedra, 1991.

QUIROGA, ELENA , *Escribo tu nombre* , Madrid, Espasa Calpe, 1993.

— , *La careta* , Barcelona, Noguer, 1955.

RAMÍREZ CODINA, PEDRO J., *David contra Goliat. Jaque mate al felipismo* , Madrid, Temas de Hoy, 1995.

RAMOS- PEREA, ROBERTO , *Obsesión, Drama en dos actos* , Mayagüez, Ediciones Gallo Galante, 1989.

REBOLLEDO, BERNARDINO (CONDE DE REBOLLEDO), *Ocios* , Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.

REGÁS, ROSA , *Azul* , Barcelona, Destino, 1994.

RELLÁN, MIGUEL ÁNGEL , *Crónica indecente de la muerte del cantor* , Badajoz, Diputación Provincial, 1986.

REMIRO DE NAVARRA, BAPTISTA , *Los peligros de Madrid* , Madrid, Castalia, 1996.

RIBADENEYRA, PEDRO DE , *Tratado de la Tribulación* , Madrid, Tello, 1877.

RICO- GODOY, CARMEN , *Cómo ser mujer y no morir en el intento* , Madrid, Temas de Hoy, 1991.

RIGALT, CARMEN , «El novio», Madrid,
El País, 02/08/1994.

— , «…y Pombo cogió su fusil», Madrid,
El Mundo, 10/05/96.

RIVA PALACIO, VICENTE , *Cuentos del general* , México, Porrúa, 2000.

RIVAROLA MATTO, JUAN BAUTISTA , *Yvypóra* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

RIVERA DE LA CRUZ, MARTA , *Fiestas que hicieron historia* , Madrid, Temas de Hoy, 2001.

RODRÍGUEZ FREILE, JUAN , *El Carnero o Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada* , Santa Fe de Bogotá, Instituto Caro y cuervo, 1997.

RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO (BACHILLER FRANCISCO DE OSUNA), *Coser y cantar. Apuntes para una figura de mujer.* Sevilla, Tipografía de Manuel Carmona, 1933.

— , *Quinta parte del Abecedario espiritual* , Madrid, FUE, 2002.

ROJO, ALFONSO , *Matar para vivir* , Barcelona, Plaza y Janés, 2002.

ROMERO ALPUENTE, JUAN , *Wellington en España, y Ballesteros en Ceuta,* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1989.

RONCAL, RAFAEL , «Un Grammy para Susana», *El Pregonero,* Madrid, 26/09/2002.

ROSALES, LUIS , *Cervantes y la libertad* , Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1960.

RUBIO, FANNY , *La sal del chocolate* , Barcelona, Seix Barral, 1992.

RUFO, JUAN , *Las seiscientas apotegmas* , Madrid, Espasa Calpe, 1972.

RUIZ ZAFÓN, CARLOS , *La sombra del viento* , Barcelona, Planeta, 2003.

SAAVEDRA, ÁNGEL (DUQUE DE RIVAS), *Don Álvaro o la fuerza del sino* , Barcelona, Planeta, 1988.

SABADELL, MIGUEL ÁNGEL, *El hombre que calumnió a los monos* , Madrid, Acento, 2003.

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE , *Historia general de las cosas de Nueva España* , Madrid, Historia 16, 1990.

SALAZAR, EUGENIO DE , *Carta a Juan Hurtado de Mendoza* , Madrid, Imprenta Rivadeneyra, 1866.

SALINAS, PEDRO , *Correspondencia (1923-1951),* Barcelona, Tusquets, 1992.

SALISACHS, MERCEDES , *La gangrena* , Barcelona, Planeta, 1976.

SALVADOR CAJA, GREGORIO , *El eje del compás* , Barcelona, Planeta, 2002.

SÁNCHEZ, FLORENCIO , *La tigra* , Alicante, Universidad de Alicante, 1999.

SÁNCHEZ DE BADAJOZ, DIEGO , *recopilación en metro* , Madrid, Real Academia Española, 1929.

SÁNCHEZ DE BADAJOZ, GARCI , *Cancionero* , Madrid, Editora Nacional, 1980.

SÁNCHEZ DRAGÓ, FERNANDO , *El camino del corazón* , Barcelona, Planeta, 2003.

SÁNCHEZ FERLOSIO, RAFAEL , *El Jarama* , Barcelona, Destino, 1994.

SÁNCHEZ MAZAS, RAFAEL , *La vida nueva de Pedrito de Andía* , Barcelona, Planeta, 1995.

SÁNCHEZ- OSTIZ, MIGUEL , *Un infierno en el jardín* , Barcelona, Anagrama, 1995.

SANCHIS SINISTERRA, JOSÉ , *Los figurantes* , Madrid, SGAE, 1993.

SANTA CRUZ, ALONSO DE , *Crónica del emperador Carlos V* , Madrid, Real Academia de la Historia, 1920.

SANTIAGO, ESMERALDA , *El sueño de América* , Barcelona, Mondadori, 1996.

SARMIENTO, FRAY MARTÍN , *El porque* sí y *el porque no* , Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 1988.

SASTRE, ALFONSO , *M.S. V. (o La sangre y la ceniza)* , Madrid, Cátedra, 1990.

SEGURA, JUAN DE , *Proceso de cartas de amores* , Madrid, El Archipiélago, 1980.

SELGAS Y CARRASCO , José, *Hechos y dichos* , Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1879.

SEMPRÚN, JORGE , *Autobiografía de Federico Sánchez* , Barcelona, Planeta, 2002.

SENADOR, JULIO , *La ciudad castellana* , Barcelona, Minerva, 1918.

SENDER, RAMÓN J., *Imán* , Barcelona, Destino, 1995.

SIERRA, JUSTO , *Evolución política del pueblo mexicano, 1900-1902* , Caracas, Ayacucho, 1985.

SIERRA, PEDRO DE LA , *Espejo de príncipes y caballeros* , Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.

SIERRA I FABRA, JORDI , *El regreso de Jonny Pickup* , Madrid, Espasa Calpe, 1995.

SILVA, LORENZO , *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos,* Barcelona, Destino, 2001.

—, *El alquimista impaciente* , Barcelona, Destino, 2010.

SIMÓN , FRAY PEDRO , *Primera parte de noticias historiales de las conquistas*
de tierra firme en las Indias Occidentales, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992.

SOLÀ, CARLES , Entrevista. Madrid, *El País,* 30/09/1997.

SOLARES, IGNACIO , *Los mártires y otras historias* , México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

SOMOZA, JOSÉ , *Un alcalde en este año de 1835* , Madrid, Imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1903.

TAMARIZ, CRISTÓBAL DE , *Novelas en verso* , Charlottesville, Biblioteca Siglo de Oro, 1974.

THACKERAY, WILLIAM T., *Vanity Fair* , Londres, Penguin, 2007.

TIERNO GALVÁN, ENRIQUE , *España y el socialismo* , 1966-1974, Madrid, Ticar, 1976.

TOMÁS GARCÍA, JOSÉ LUIS , *La otra orilla de la droga* , Barcelona, Destino, 1985.

TOMEO, JAVIER , *La mirada de la muñeca hinchable* , Barcelona, Anagrama, 2003.

TORRENTE BALLESTER, GONZALO , *Don Juan,* Barcelona, Destino, 1963.

— , *Filomeno, a mi pesar . Memorias de un señorito descolocado* , Barcelona, Planeta, 1993.

— , *La saga/fuga de J. B.* Barcelona, Destino, 1995.

TORRES, BERNARDO DE , *Crónica agustina* , Lima, Imprenta de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1974.

TORRES, MARUJA , «*Hogueras de agosto»* , Madrid, *El País,* 30/08/1997.

TORRES VILLARROEL, DIEGO DE , *Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la corte,* Madrid, Espasa Calpe, 1991.

TRIGO, FELIPE , *Jarrapellejos,* Madrid, Espasa Calpe, 1991.

TRISTÁN, ROSA M., «Óscar Gil continúa haciendo en un ático…», Madrid, *El Mundo,* 19/07/1996.

UMBRAL, FRANCISCO , «El sobre», Madrid, *El Mundo,* 22/11/1994.

UNAMUNO, MIGUEL DE , *Abel Sánchez. Una historia de pasión* . Madrid, Turner, 1995.

— , *Del sentimiento trágico de la vida* , Madrid, Espasa Calpe, 1996.

— , *En torno al casticismo* , Madrid, Espasa Calpe, 1991.

— , *La tía Tula,* Madrid, Turner, 1995.

UNZUETA, PATXO , «Z», Madrid, *El País,* 30/10/2002.

URREA, JERÓNIMO DE , Traducción de *Orlando furioso* , Barcelona, Planeta, 1988.

VALBUENA, ANTONIO DE , *Rebojos. Zurrón de cuentos humorísticos* , Barcelona, MRA, 2000.

VALDÉS, ALFONSO DE , *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* , Madrid, Cátedra, 1992.

VALDIVIELSO, JOSÉ DE , *Auto de las ferias del alma (Doce actos sacramentales y dos comedias divinas),* Madrid, Ediciones y Distribuciones Isla, 1975.

VALENZUELA, JAVIER , «Peligros por salir del armario», Madrid, *El País,* 17/03/2003.

VALERA, JUAN , *Correspondencia* , Madrid, Imprenta Alemana, 1913.

— , *El comendador Mendoza* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

— , *Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo* , Madrid, Espasa Calpe, 1946.

— , *Los telefonemas de Manolita* , Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante, 1993.

VALLE- INCLÁN, RAMÓN MARÍA DEL , *La corte de los milagros* , Madrid, Espasa Calpe, 1997.

— , *La hija del capitán (Martes de carnaval)* , Madrid, Espasa Calpe, 1996.

— , *Las galas del difunto (Martes de carnaval) Corte de los milagros* , Madrid, Espasa Calpe, 1996.

— , *Los cuernos de don Friolera* , Madrid, Espasa Calpe, 1996.

—, *Luces de bohemia* , Madrid, Espasa Calpe, 1995.

VALLÉS, PEDRO , *Libro de refranes* , Madrid, Guillermo Blázquez, 2003.

VARGAS, CHAVELA , *Y si quieres saber de mi pasado* , Madrid, Aguilar, 2002.

VARGAS LLOSA, MARIO , *Conversación en la catedral* , Barcelona, Seix Barral, 1996.

— , *La Fiesta del Chivo* , Madrid, Alfaguara, 2000.

— , *La tía Julia y el escribidor* , Barcelona, Seix y Barral, 1996.

— , *La verdad de las mentiras* , Madrid, Alfaguara, 2002.

VÁZQUEZ MONTALBÁN. MANUEL , *Galíndez,* Barcelona, Seix Barral, 1993.

— , *La soledad del mánager* , Barcelona, Planeta, 1988.

VEGA Y CARPIO, FÉLIX LOPE DE , *La gatomaquia* , Madrid, Castalia, 1983.

VELÁSQUEZ DE VELASCO, DIEGO ALFONSO , *El celoso* , Roma, Bulzoni Editore, 2000.

VÉLEZ DE GOMARA, JUAN , *Los celos hacen estrellas* , Londres, Támesis, 1970.

VERDUGO, PATRICIA , *La Casa Blanca contra Salvador Allende. Los orígenes de la guerra preventiva* , Madrid, Tabla Rasa Libros y Ediciones, 2004.

VIANA, FRANCISCO LEANDRO DE , *Diario del sitio de la plaza de Manila por los ingleses* , Madrid, Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1908.

VICENTE FERRER, SAN , *Sermones-1411-1412* , Salamanca, Junta de Castilla y León, 1994.

VICUNDA MACKENA, BENJAMÍN , *La campaña de Lima* , Alicante, Universidad de Alicante, 2003.

VILLALONGA, BENITO LORENZO , *Bearn, o la sala de muñecas* , Madrid, Cátedra, 1985.

VIVAS, FERNANDO , Artículo de prensa, Lima, *Caretas,* 29/08/2001.

VOLPI, JORGE , *En busca de Klingsor* , Barcelona, Seix Barral, 1999.

XIMÉNEZ, XIMENO (ALBERTO DÍAZ DE LA QUINTANA), *Siluetas filipinas* , Madrid, Librería de Robles, 1887.

YNDURÁIN, DOMINGO , *Del clasicismo al 98* , Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

ZAMORA VICENTE, ALONSO , *A traque barraque* , Madrid, Alfaguara, 1972.

— , *Discurso de recepción ante la Real Academia Española: Asedio a «Luces de bohemia»* , Madrid, Real Academia Española, 1967.

ZUGASTI Y SÁENZ, JULIÁN , *El bandolerismo. Estudio social y memorias históricas* , Córdoba, Ediciones Albolafia, 1983.

ZURRO, ALFONSO , *Farsas maravillosas* , Sevilla, Ediciones Júcara, 1987.

Notas

[1] Quiero dar las gracias a don José Antonio Pascual por haber leído y corregido estas páginas.

[2] En otras novelas de Thackeray se transparenta el aprecio reverencial que tenían los ingleses por las Humanidades. Un hombre tosco y de pocas luces como el coronel Rawdon Crawley, a pesar de su incultura, «had that decent and honest reverence for classical learning which all English gentlemen feel» (*Vanity Fair* , cap. 52). Sobre esta veneración del pueblo inglés por el mundo clásico, sobre todo por la cultura helénica, escribió penetrantes páginas Ortega en *Una interpretación de la historia universal . En torno a Toynbee* , cap. I.

[3] Para el lector curioso, señalo aquí los latines que pone Larra en boca de Peransúrez, pues denotan la extensión de sus lecturas bíblicas: *pax vobiscum* (*cf.* Jn 20, 21), *Te Deum laudamus, et super flumina Babylonis* (Ps. 136, 1), *vetat regula, vinum laetificat cor hominis* (Ps. 103, 15; *cf.* Eccli. 40, 20), *exaltemus et laetemur* (Ps. 117, 24), *tanquam tabula, benedictus qui uenit* (Mt 23, 39), *manet nobiscum Dominus* (*cf.* I Jn 4, 12), *Deus uigilat* (*cf.* Baruc 2,9; Dan. 9, 14), *introibo ad altare* (Ps. 42, 4), *ite, missa est.*

[4] También para satisfacer la curiosidad de algún lector indico las frases citadas, que son *urbi et orbi, per se* y *per accidens, relata refero, modus vivendi, omissis curis, jucunde vivendum esse, ab irato, eloquendi suavitatem* y *uiribus et armis.*

La ocasión la pintan calva

300 historias de dichos y expresiones

Espasa

Dirigido por Juan Gil, de la Real Academia Española

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Redacción y documentación: Fernando de la Orden Osuna
Documentación gráfica y de los ejemplos: Manuel Durán Blázquez
Diseño de la cubierta: © Planeta Arte & Diseño
© del Prólogo: Juan Gil Fernández, 2016
© Espasa Libros, S. L. U., 2016
Avenida Diagonal 662-664
08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2016

ISBN: 978-84-670-4885-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: safekat, S. L.
www.safekat.com

Una historia diferente del mundo

Trías de Bes, Fernando 9788467063868
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Sabía que el trueque apareció para evitar las sangrientas venganzas de los saqueos entre tribus y que las primeras monedas surgieron por falta de memoria? ¿Sabía que la propiedad privada la inventaron los monarcas corruptos para recaudar más o que las sociedades anónimas se crearon para ocultar la identidad de los nobles agraciados por los reyes? ¿Qué conducta hizo que el pan no cambiara

de precio en tres siglos? ¿Por qué un falsificador es el ladrón más justo de todos o por qué, gracias a la productividad industrial, ya no hay apenas dictaduras? ¿Sabía que debemos los seguros a las personas insolidarias, o que el nuevo capitalismo es un capitalismo de emociones? Normalmente ahondamos en la historia a través de los sucesos, los acontecimientos, las guerras, los descubrimientos… Pero cada invento social ha sido resultado de nuestros impulsos, instintos y emociones: desde el miedo hasta el perdón, pasando por la ambición, la envidia, la insatisfacción, el sometimiento, la corrupción, la vulnerabilidad, la especulación, la compasión, el afán de poder, el deseo de justicia, el sufrimiento, el disfrute… Estos y tantos otros instintos y emociones explican cómo nos organizamos, cómo trabajamos y cómo se han forjado nuestras aspiraciones, derechos y libertades actuales. En esta Historia diferente del mundo, Fernando Trías de Bes revisa la evolución de las civilizaciones a través de los comportamientos que las condicionan y determinan el devenir de la humanidad. El resultado, una lectura sorprendente, entretenida y rompedora, que descubre las arquitecturas psicológicas y descarnadamente humanas que sostienen nuestro sistema social.

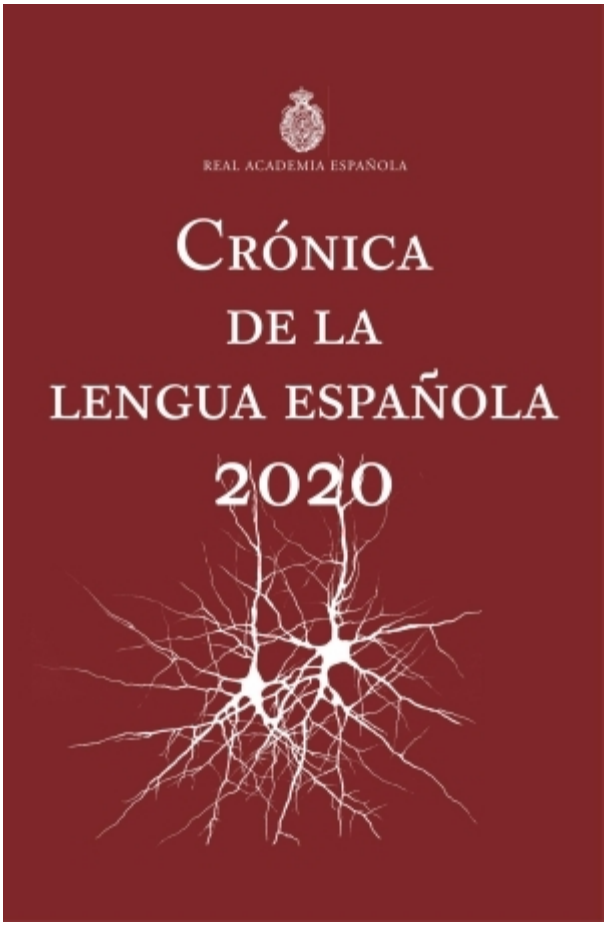
Cómpralo y empieza a leer

Phrasal verbs. Inglés - Español

Espasa Calpe 9788467056129
492 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Una práctica y completa recopilación de phrasal verbs que aclara las diferencias de significado y uso de estas construcciones, que tantas dificultades suelen plantear a los estudiantes de inglés. Ejemplos de uso en todos los phrasal verbs. Una obra de consulta imprescindible para comprender y utilizar correctamente la lengua inglesa.

Cómpralo y empieza a leer



Crónica de la lengua española

Real Academia Española 9788467061253
992 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Crónica de la lengua española es un libro inclinado, sobre todo, a la transparencia y la información, que la Real Academia Española publicará periódicamente al final de cada año. Su objetivo principal es dar a conocer los trabajos desarrollados por la institución y describir o explicar los problemas más relevantes que afectan a la unidad de nuestra lengua en el universo hispano hablante, exponer sus criterios

sobre cómo abordarlos y enfrentar los cambios que experimenta nuestro idioma, tanto en cuanto al léxico como a la gramática, estimulando las reformas que convengan en la normativa establecida". Santiago Muñoz Machado Director de la Real Academia Española

Cómpralo y empieza a leer

Los juegos florales

Isla, Santiago 9788467063851
298 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una tragicomedia rabiosamente actual. Una novela generacional. En Madrid, la joven generación del desencanto sigue sobreviviendo en sus trabajos precarios sin mayor horizonte que el día siguiente, agarrada a sus aficiones con una obsesión no exenta de la melancolía que impregna los finales de época: la música, las fiestas, las marcas, el coleccionismo de chicos y chicas, la gastronomía y mucho de ese

amor ideal que Ginsberg consideraba el peso del mundo. Este es el paisaje en el que vive Ignacio Benavides, quien, para complicarlo aún más, ha elegido como tabla de salvación la literatura, eso de lo que ya sabemos que es muy difícil vivir… A no ser que tengas contactos en las productoras de contenidos: y eso es lo que le acaba de suceder. Con la ilusión de ver sus sueños cumplidos y de redimirse de su propio spleen, Ignacio empieza a frecuentar a los conseguidores del pijerío cultural madrileño que viven de las rentas y a las musas de cartón piedra que los acompañan. Santiago Isla sigue siendo un flâneur en esta novela "sobre las promesas, las decepciones, la frustración", con ese narrador connotado, irónico y autocrítico que, sin embargo, conserva la esperanza "de un último tren hacia el futuro". El joven autor marca distancia con un estilo tremendamente personal y confirma los dones con los que se calificó su primera novela: frescura, luminosidad, altura, elegancia, inteligencia y entusiasmo.

Cómpralo y empieza a leer

Tu refugio en el infierno

Fuster-Fabra, José María 9788467063790
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La vida requiere acción contra el aburrimiento intolerable. Me llamo Francisco de Borja Alba de Lauria y Monforte, marqués de Gules, pueden llamarme Fran, para abreviar, y soy, sí, soy, inspector del Cuerpo Nacional de Policía en la Jefatura de Barcelona. Marqués por la gracia de mi padre; no es que me entusiasme, pero he de afirmar que mi educación privilegiada me ayuda a desempeñar un cargo que

es, cómo decirlo, una vocación. Pasé por una temporada hippie en Ibiza aclarándome las ideas y luego otra temporada en la Legión para curtirme como es debido. Me gustan las mujeres, los buenos restaurantes y, aunque tengo una marcada tendencia a ir por libre, soy leal y cumplidor, y estoy convencido de que la vida requiere acción. Siempre he pensado que en el mundo hay dos tipos de personas: los que hemos venido a no aburrirnos y los que sí lo hacen; los segundos no me interesan en absoluto. Desde que Mariela Vegas, prostituta en un club de alterne, ha aparecido asesinada en Colombia no paro de dar vueltas a cómo hincar el diente a un caso que, como las estadísticas, oculta más de lo que enseña. ¿Trata de blancas? ¿Narcotráfico? ¿Terrorismo? ¿Corrupción institucional? Si me ayudan a resolver este caso, les prometo un paseo por los bajos y los altos fondos barceloneses y una visita pormenorizada a la cocina del trabajo de policías, guardias civiles, espías, abogados, fiscales, jueces… Y políticos corruptos. ¿Me acompañan? Como lectores de novela policiaca, demos la bienvenida a esta novela en la que el reconocido abogado José María Fuster-Fabra ha vertido gran parte de su invaluable experiencia con humor, soltura e ingenio.

Cómpralo y empieza a leer